

HISTORIA UNIVERSAL

LA EDAD  
MEDIA



CARL GRIMBERG

**Fotografía de la carátula: Yelmo inglés del siglo XIV (París, Museo del Ejército, Hôtel des Invalides, H8)**

**HISTORIA UNIVERSAL  
CARL GRIMBERG  
TOMO IV**

**LA EDAD MEDIA**  
**El choque de dos mundos:  
Oriente y Occidente**

**TABLA DE CONTENIDO:**

<b>LA INDIA ANTIGUA .....</b>	<b>13</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>13</b>
El subcontinente indio .....	13
Los primeros pobladores .....	15
<b>LA CIVILIZACIÓN DEL INDO.....</b>	<b>18</b>
Un milenio y medio .....	18
<b>MOHENJO-DARO Y HARAPPA.....</b>	<b>22</b>
Dos ciudades gemelas en el Indo.....	22
<b>LA INVASIÓN ARIA .....</b>	<b>26</b>
La Rig Veda, el espíritu de una nueva era .....	26
Los arios invasores .....	29
<b>DESARROLLO DE LA INDIA INDOARIA HASTA LAS REFORMAS RELIGIOSAS.....</b>	<b>32</b>
Los puranas.....	32
El Ramayana.....	35
El Mahabharata.....	42
El "Bhagavad-Gita" .....	45
Especulación mística .....	51
Antropología y sociología .....	54
Las leyes de Manú.....	56
<b>SURGE LA FILOSOFIA EN LA INDIA .....</b>	<b>62</b>
De las Upanishadas a la samkhya.....	62
<b>EL YAINISMO.....</b>	<b>63</b>
<b>BUDA Y EL BUDISMO .....</b>	<b>65</b>
Vida del Buda.....	65
La meta: el nirvana .....	67
El nirvana es alcanzable .....	70
La vía al nirvana .....	72
<b>PRIMERA UNIFICACIÓN DE LA INDIA ARIA.....</b>	<b>72</b>

De Darío a Alejandro Magno .....	72
El imperio maurya: Ashoka .....	74
Indo-griegos, indo-partos, indo-escitas.....	77
<b>CHINA, EL CELESTE IMPERIO .....</b>	<b>79</b>
<b>CHINA, EL CELESTE IMPERIO .....</b>	<b>79</b>
Una historia nebulosa .....	79
El imperio de la Gran Muralla .....	80
La primitiva espiritualidad china .....	82
Lao-Tsé y el taoísmo .....	83
Confucio, el sabio perfecto .....	85
Los grandes inventos chinos.....	87
Un arte original.....	88
Literatura china.....	89
<b>LAS GRANDES INVASIONES .....</b>	<b>91</b>
<b>MIGRACIONES ASIÁTICAS.....</b>	<b>91</b>
De China al Atlántico .....	91
La presión de los godos .....	91
División del imperio .....	93
El reino hispano-visigodo.....	95
Vándalos y burgundios pasan el Rin .....	96
Anglos y sajones en la Gran Bretaña.....	97
Leyendas célticas.....	98
Atila, el "azote de Dios" .....	99
Los Campos Cataláunicos .....	100
<b>CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE.....</b>	<b>102</b>
Una larga agonía.....	102
Teodorico el Grande en Italia .....	104
Clodoveo y el reino de los francos .....	105
Los sucesores de Clodoveo .....	107
<b>EL IMPERIO BIZANTINO.....</b>	<b>108</b>
Constantinopla, la nueva Roma .....	108
Invasiones eslavas .....	109
Las disputas cristológicas .....	109
El emperador Justiniano .....	113
La obra de Justiniano.....	114
Decadencia de los vándalos y ostrogodos .....	115
Ultimo episodio de las invasiones germánicas .....	119
Tradiciones y leyendas de las grandes invasiones .....	120
<b>LA IGLESIA Y SU EXPANSIÓN ESPIRITUAL .....</b>	<b>121</b>
Los eremitas y el monacato .....	121
Pacomio, fundador de la vida cenobítica.....	122
Benito, organizador de monasterios .....	122
Agustín, padre del pensamiento.....	124
Gregorio Magno, base del pontificado romano .....	126
La obra misionera gregoriana .....	128
<b>MAHOMA Y EL ISLAM.....</b>	<b>131</b>
<b>LOS ÁRABES.....</b>	<b>131</b>
El concepto de "árabe" .....	131



<b>LA PENÍNSULA ARÁBIGA EN LOS ALBORES DEL ISLAM .....</b>	<b>132</b>
La Arabia del sur .....	134
La Arabia septentrional .....	135
La Arabia central .....	136
<b>MAHOMA Y EL ISLAM .....</b>	<b>139</b>
Mahoma .....	139
La fe islámica .....	143
El culto islámico .....	147
<b>LA EXPANSIÓN ÁRABE.....</b>	<b>151</b>
<b>EL CALIFATO ORTODOXO .....</b>	<b>151</b>
La sucesión de Mahoma y la organización del Estado árabe-musulmán .....	151
Abu Bakr .....	153
Umar .....	153
Utman .....	154
Ali .....	155
<b>EL CALIFATO OMEYA .....</b>	<b>156</b>
La pugna política interna .....	157
La expansión del imperio .....	159
Organización del califato .....	160
Actividad cultural .....	161
<b>EL CALIFATO OCCIDENTAL .....</b>	<b>165</b>
<b>EL EMIRATO DE CÓRDOBA .....</b>	<b>165</b>
Abderrahmán I.....	165
Inestabilidad política .....	165
Abderrahmán II y la problemática mozárabe .....	168
<b>EL CALIFATO CORDOBÉS: ABDERRAHMÁN III .....</b>	<b>169</b>
Los comienzos de un gran monarca.....	169
Luchas al norte y al sur.....	170
El Califato.....	171
Esplendor de Córdoba .....	173
Alhakem II el Sabio.....	175
<b>EL CALIFATO MILITAR.....</b>	<b>176</b>
Almanzor, dictador del Califato .....	176
Reorganización militar: las Cincuenta Campañas .....	177
Derrumbamiento del Califato occidental.....	179
La convivencia hispanomusulmana .....	180
<b>EL CALIFATO ABASÍ.....</b>	<b>181</b>
Génesis y desarrollo .....	181
La ascensión de los abasíes al poder y los primeros califas .....	182
La dinastía abasida y su edad de oro .....	184
Administración, economía y sociedad en el imperio abasí.....	186
Los conflictos ideológicos y la desmembración del imperio.....	189
Primeros síntomas de decadencia y desmembración .....	190
El triunfo del shiismo .....	191
Cármatas y fatimíes .....	195
Los Estados independientes en el norte de África .....	197
La decadencia abasí.....	198
Selyúcidas y mongoles .....	200

<b>LA CULTURA ÁRABE .....</b>	<b>203</b>
Desarrollo intelectual y científico.....	203
Las humanidades .....	205
Las ciencias .....	208
«Las mil y una noches» .....	218
<b>LA ÉPOCA CAROLINGIA .....</b>	<b>222</b>
<b>CARLOS MARTEL Y PIPINO EL BREVE .....</b>	<b>222</b>
Poder de la nobleza. Feudalismo y servidumbre .....	222
Carlos, el martillo de Poitiers .....	223
Pipino el Breve .....	224
Bonifacio, apóstol de Germania .....	225
<b>CARLOMAGNO.....</b>	<b>228</b>
Contra el reino lombardo.....	228
Contra los sajones.....	228
Otras campañas del "emperador de la barba florida".....	232
Un "Augusto" medieval.....	233
Retrato de Carlomagno, por Eginardo .....	235
Carlomagno, estadista patriarcal.....	237
El fugaz Renacimiento carolingio .....	239
El ocaso de un imperio .....	240
<b>EL IMPERIO CAROLINGIO SE FRAGMENTA .....</b>	<b>241</b>
Luis el Piadoso .....	241
Una guerra de familia .....	242
Tratado de Verdún, año 843 .....	243
Al este: moravos y magiares.....	246
La decadencia definitiva.....	247
<b>PUEBLOS ASIÁTICOS (SIGLOS IV AL X).....</b>	<b>250</b>
<b>LA INDIA ESPLÉNDIDA E INASIMILABLE.....</b>	<b>250</b>
La unificación gupta.....	250
La dinastía Vardhana .....	251
El maravilloso mundo khmer .....	252
<b>CHINA, DESPUÉS DE LAS INVASIONES.....</b>	<b>253</b>
Los Wei en el Celeste Imperio .....	253
Reunificación de los Suei .....	254
El imperio de los T'ang.....	255
El reino del Sol Naciente.....	259
<b>EL SACRO IMPERIO ROMANO-GERMÁNICO .....</b>	<b>260</b>
<b>ORÍGENES DEL ESTADO ALEMÁN.....</b>	<b>260</b>
Un rey caballero .....	260
Enrique el Cetrero .....	260
Otón I el Grande .....	261
La romántica expedición a Italia .....	263
Un nuevo "imperio de Occidente" .....	263
Otón II: la proyección italiana .....	265
Otón III y el Papa Silvestre .....	265
Enrique II el Santo.....	266
<b>APOGEO DEL PODER IMPERIAL .....</b>	<b>267</b>
Conrado II de Franconia.....	267

Enrique III y la "Tregua de Dios" .....	268
Un emperador distinto: Enrique IV .....	271
Un Papa también diferente, Gregorio VII.....	272
<b>PONTIFICADO E IMPERIO .....</b>	<b>276</b>
<b>EL CONFLICTO DE LAS INVESTIDURAS .....</b>	<b>276</b>
Enrique y Gregorio miden sus fuerzas.....	276
Canosa, un castillo célebre .....	277
La "paz" de Canosa .....	279
Últimos años de Gregorio VII .....	280
<b>REANUDACIÓN DE LA LUCHA .....</b>	<b>282</b>
Urbano II se alía a un hijo rebelde de Enrique IV .....	282
Los últimos años de Enrique .....	284
Personalidad de Enrique IV.....	285
Enrique V: fin de la guerra de las investiduras .....	286
El concordato de Worms .....	287
<b>VIDA Y POESÍA CABALLERESCA .....</b>	<b>288</b>
Idealismo de la Caballería .....	288
La vida en los castillos .....	290
Literatura de gesta .....	291
Las lenguas y las letras en España.....	293
Mester de juglaría.....	294
Los trovadores .....	295
<b>LA EXPANSIÓN ESCANDINAVA .....</b>	<b>298</b>
<b>DOMINIOS ESCANDINAVOS EN OCCIDENTE.....</b>	<b>298</b>
Los vikingos, nueva invasión escandinava.....	298
Los normandos en Francia, España y Gran Bretaña .....	299
La fundación de Normandía .....	300
Alfredo el Grande y sus sucesores.....	302
Los normandos en Italia meridional y Sicilia.....	304
La travesía del mar Tenebroso.....	308
<b>DOMINIOS ESCANDINAVOS EN ORIENTE .....</b>	<b>310</b>
Los suecos, en el Oriente europeo .....	310
El hábitat de las Rusias.....	311
La evangelización de los eslavos.....	312
Cosacos y rusos .....	313
Kiev, metrópoli mercantil.....	313
"El cristianismo no es para varegos" .....	314
Orígenes de la Santa Rusia .....	315
Yaroslavl el Sabio .....	317
Vladimir II Monómaco y la decadencia de Kiev .....	318
<b>LA RECONQUISTA HISPÁNICA .....</b>	<b>320</b>
<b>LAS PRIMERAS EXPANSIONES.....</b>	<b>320</b>
El reino asturiano.....	320
El núcleo navarro.....	321
La Marca Hispánica.....	322
El condado de Barcelona.....	323
<b>LA MESETA, CAMPO DE BATALLA.....</b>	<b>324</b>
Repoblación del valle del Duero .....	324

El condado castellano .....	326
Conquista de la cuenca del Ebro.....	326
El reino de Castilla y León .....	328
Alfonso VI y el Cid .....	329
Orígenes de la monarquía portuguesa.....	330
<b>ÉPOCA DE TRANSICIÓN Y CONTENCIONES .....</b>	<b>332</b>
Toledo, la capital simbólica.....	333
El "Poema del Mío Cid" .....	335
Los arietes norteafricanos.....	337
Al-Andalus, amenazado .....	339
<b>LAS PRIMERAS CRUZADAS EN ORIENTE .....</b>	<b>344</b>
<b>LA PRIMERA CRUZADA .....</b>	<b>344</b>
El Islam, a la ofensiva, y la Cruz, a la defensiva .....	344
Los turcos en Jerusalén.....	344
Clermont: un concilio provinciano y universal.....	345
Pedro el Ermitaño .....	347
Las huestes de los cruzados en Constantinopla .....	347
Los cruzados en Antioquía .....	349
Los cruzados en Jerusalén .....	349
<b>LA SEGUNDA CRUZADA .....</b>	<b>351</b>
Las Órdenes de caballería.....	351
Bernardo de Claraval.....	354
<b>NUEVAS DINASTÍAS EN INGLATERRA Y FRANCIA .....</b>	<b>355</b>
Guillermo el Conquistador y sus hijos.....	355
Enrique II y Tomás Becket.....	358
Crimen y castigo.....	359
Los Capetos en Francia .....	361
Felipe II Augusto y sus matrimonios.....	362
<b>SACRO IMPERIO Y PAPADO EN EL SIGLO XII .....</b>	<b>365</b>
Conrado III y su sucesor.....	365
El emperador Federico Barbarroja .....	365
Una marcha sobre Roma .....	367
Sumisión de las ciudades lombardas .....	368
Colonización germánica al este del Elba .....	369
<b>NUEVA CAMPAÑA ANTIPAPAL .....</b>	<b>370</b>
La liga lombarda.....	370
La lucha contra Enrique el León.....	371
Federico Barbarroja y su política italiana .....	372
<b>LA TERCERA CRUZADA .....</b>	<b>373</b>
Caída de Jerusalén .....	373
Federico Barbarroja muere en la cruzada .....	375
Ricardo Corazón de León y el sultán Saladino.....	376
<b>LA CARTA MAGNA.....</b>	<b>379</b>
Regreso y muerte de Ricardo Corazón de León .....	379
Juan Sin Tierra.....	379
Bouvines, una batalla decisiva.....	381
La "carta magna" .....	382
Eduardo I: irlandeses, galeses, escoceses .....	384
<b>LAS ÚLTIMAS CRUZADAS EN ORIENTE .....</b>	<b>386</b>

<b>CUARTA Y QUINTA CRUZADA .....</b>	<b>386</b>
El emperador Enrique VI.....	386
Inocencio III, el Papa-emperador .....	387
La cuarta cruzada y el imperio latino de Bizancio.....	389
Cruzadas infantiles .....	390
<b>FEDERICO II EL SABIO, EMPERADOR.....</b>	<b>392</b>
El primer rey "moderno" .....	392
Carácter de Federico II.....	393
Emperador y civilizador .....	394
Labor reformista siciliana de Federico II.....	395
Federico en Tierra Santa: sexta cruzada .....	397
El papa y el emperador se reconcilian .....	399
<b>LOS HOHENSTAUFEN SE EXTINGUEN.....</b>	<b>401</b>
Otra vez la Liga Lombarda. Muerte de Federico.....	401
Conrado IV y el eterno problema siciliano .....	403
Manfredo, el ilustre bastardo.....	403
Conradino y Carlos de Anjou.....	404
Las Vísperas Sicilianas.....	405
Los catalanoaragoneses entran en escena .....	407
<b>TEMPESTAD EN ORIENTE .....</b>	<b>408</b>
Gengis Kan y la invasión mongol.....	408
Los gengiskánidas .....	410
<b>LAS ÚLTIMAS CRUZADAS.....</b>	<b>411</b>
Luis VIII y Luis IX el Santo.....	411
San Luis en Egipto y Túnez.....	414
Ultimo acto del drama de las cruzadas .....	416
Influencia de las cruzadas en la civilización europea .....	416
Economía y cultura.....	417



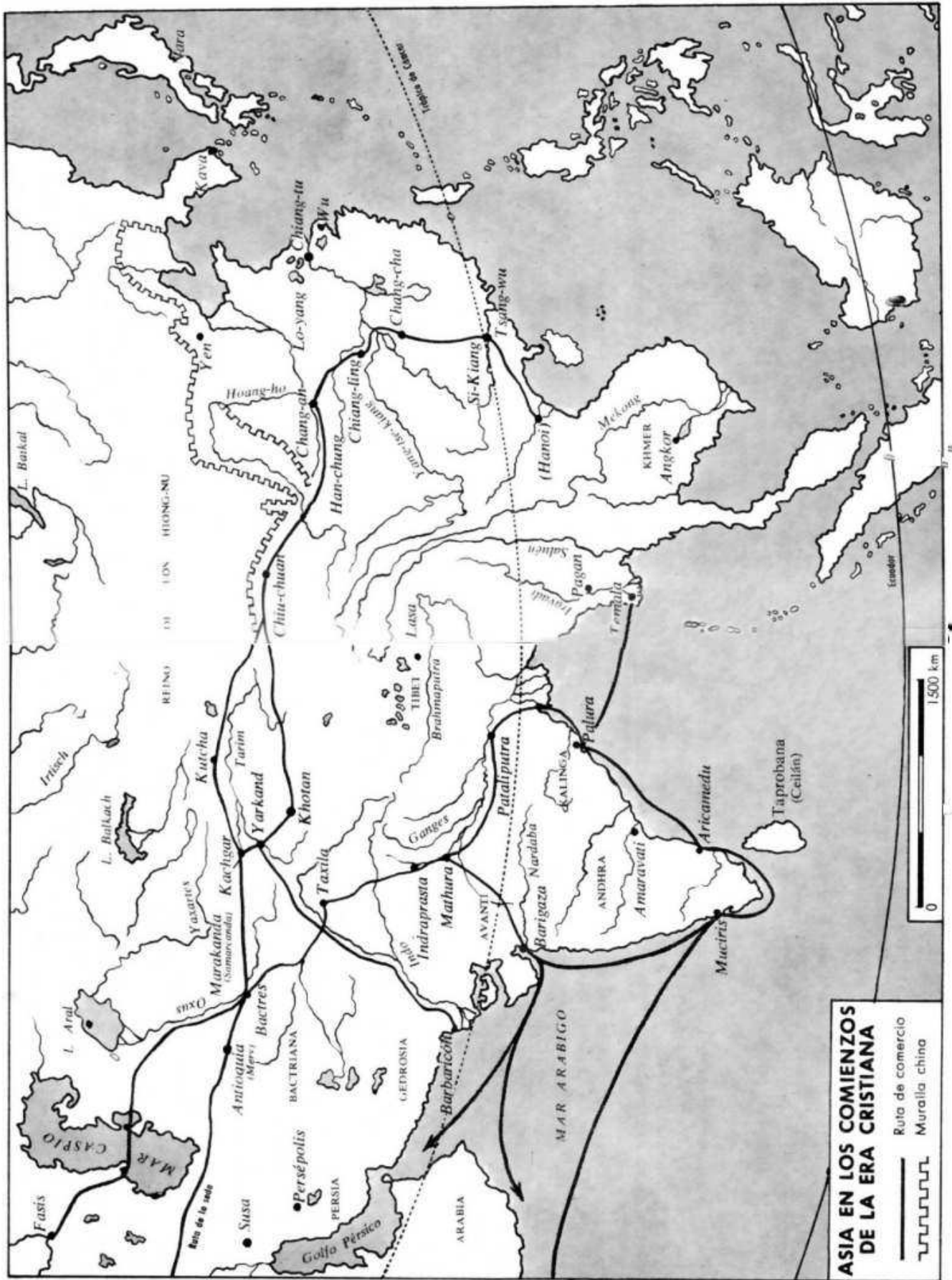
## LA EDAD MEDIA

*La Edad Media abarca mil años. Y así como Roma o Grecia presentan una gran homogeneidad histórica, en el extenso período que ahora estudiamos se enfrentan violentamente mundos distintos e ideologías dispares. Las migraciones procedentes de Asia, remueven los posos dormidos de la Europa central y meridional y los proyectan sobre las fronteras del gran imperio mediterráneo. Pero esas masas extranjeras — «bárbaras»—, que logran penetrar y establecerse en el reducto del mundo clásico, se sentirán a su vez subyugadas por la perfección de su vida, su admirable organización y su grandioso influjo civilizador.*

*Tras las invasiones de los pueblos del Norte oriental, los dos centros de pugna y contacto son determinados por el avance musulmán. Sus focos son dos: Constantinopla y Córdoba. Por ellos llegan a Europa ideas nuevas que van conformando, por influencia directa o por reacción, la mentalidad de los pueblos cristianos.*

*De la lucha, de sus exigencias y necesidades, proviene el gran fanatismo y el régimen feudal que adopta aquella sociedad, cuyos destellos culturales quedan reducidos a unos cuantos conventos, mientras que en el mundo musulmán florecen cortes brillantes de donde irradia el saber, en los momentos breves pero intensos de su gran esplendor.*

*Así surgirá una sociedad nueva: al romper el estrecho recinto de los castillos protectores, las ciudades populosas van adquiriendo independencia, riqueza y vida propia. Frente al castillo, surge la catedral, y en torno a la catedral, la ciudad sigue ensanchándose más y más. Nos hallamos ya en puertas de otro período: el que llamamos «los siglos del Gótico».*



**ASIA EN LOS COMIENZOS DE LA ERA CRISTIANA**

— Ruta de comercio  
 - - - - - Muralla china



# LA INDIA ANTIGUA

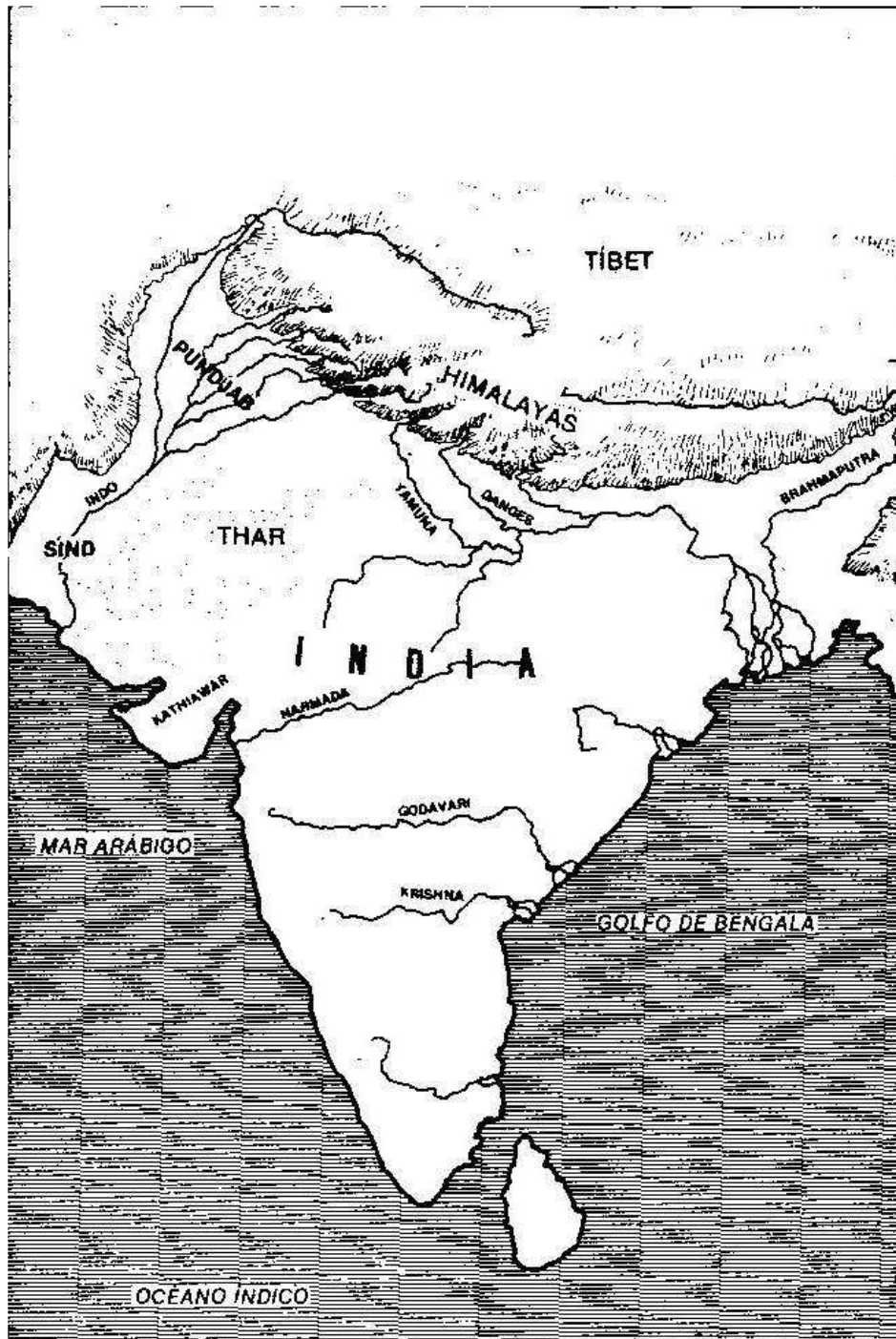
## INTRODUCCIÓN

Si nos pidiesen aplicar a la India los conceptos instrumentales de Spengler y Toynbee, afirmaríamos sin muchas vacilaciones que hay una "unidad mínima inteligible de estudio histórico" —una civilización toynbeana— y no más de una, a lo ancho del llamado subcontinente indio y a lo largo de la historia de dicho subcontinente; titubeando aun menos, también sostendríamos que la cultura india, no obstante su antigüedad y sus fases de estancamiento, no ha decaído del estadio estival creativo y pujante, llamado "Kultur" por Spengler.

La vieja India, cuya "primavera" ubicaríamos entre el tercer y el primer milenio antes de Cristo, sigue hoy madurando; por algo será que el viajero, envuelto en su colorido y transportado por el olor a incienso y perfumes que flotan en su aire, se siente espiritualmente cautivado. Semejante al fluir de sus ríos sagrados —el Indo (hoy en Pakistán) y el Ganges (o Ganga, como lo llaman los hindúes)—, la India pasa sin pasar, mengua a ratos sin secarse, y en sus temporadas de euforia rebasa el cauce sin destruir los campos ya cultivados. Pese a sus hondos períodos de crisis, pese a la enorme multiformidad existente en cada sector de su cultura, pese a la constante llegada de grupos étnicos diversos —cada uno de los cuales ha procurado perpetuar su lengua, usos y costumbres—, la India parece seguir siendo una sola en todo su espacio a través del tiempo y de sus manifestaciones culturales. Toda su variedad transpira un aroma común y exhala un hálito similar, que, por lo demás, sólo ella brinda en el ámbito, hasta cierto punto culturalmente afin, del Lejano Oriente.

## **El subcontinente indio**

El llamado "subcontinente indio" corresponde al amplio territorio que se extiende desde las serranías del Beluchistán —límite natural con la meseta irania— hasta la cuña de Assam, donde se juntan la cordillera húmeda de Birmania con el gran Himalaya. El país se prolonga hacia el sur a través de toda la península índica, que culmina en la isla de Ceilán, en épocas remotas unida al continente. Al norte, formando un arco de tres mil kilómetros, la cordillera del Himalaya, abruptamente escarpada en su vertiente india, es la espalda natural que siempre ha separado al país del interior de Asia. Ese magnífico murallón deja escurrir algunos ríos milenarios a través de impresionantes gargantas, encaramado en cuyos flancos, transitando peligrosas sendas, el hombre ha conducido por siglos caravanas de mulas o yaks, poniendo en comunicación las llanuras de la India con las mesetas de Nepal o del Tíbet, o, a través de Cachemira, con el Turquestán por el Poniente o, por los estrechos pasos de Gilgit (Tarim), con el río Amarillo y la China por el Oriente.



Sus costas, aunque relativamente parejas, no dificultaron la navegación antigua, lo que permitió desde tempranas épocas la relación del hombre con el mar, entre el Macrán (Pakistán) y la bahía de Bengala.

En general, el clima de la India es tropical, pero con notables diferencias regionales de este a oeste y de norte a sur. En Assam, un clima húmedo casi insoportable (sobre cinco mil milímetros de pluviosidad anual) que se repite en la bahía de Bengala, se va haciendo más seco a medida que remontamos el río Ganges, hasta culminar en el desierto de Thar, inmediato al río Indo.

Rehuyendo las zonas bajas, tórridas, reseca y polvorientas en el invierno, y lluviosas y malsanas en el verano, muchas ciudades se han ubicado en las estribaciones

del gran macizo del Himalaya, de clima más suave y parejo. Otra característica del país indio es la alternancia de monzones.

Se entiende por monzón un fuerte viento estacional que atraviesa el cielo de India e Indochina, alternativamente de noreste a suroeste y viceversa, curvándose de acuerdo al movimiento de rotación del planeta. En el invierno del hemisferio norte el aire frío y pesado estacionado en el corazón de Asia, centro, entonces, de alta presión continental, sobrepasando el Himalaya, se desplaza hacia el centro de baja presión del océano Índico, produciendo un efecto de secado en el noroeste de India y de escasa pluviosidad en el centro y este.

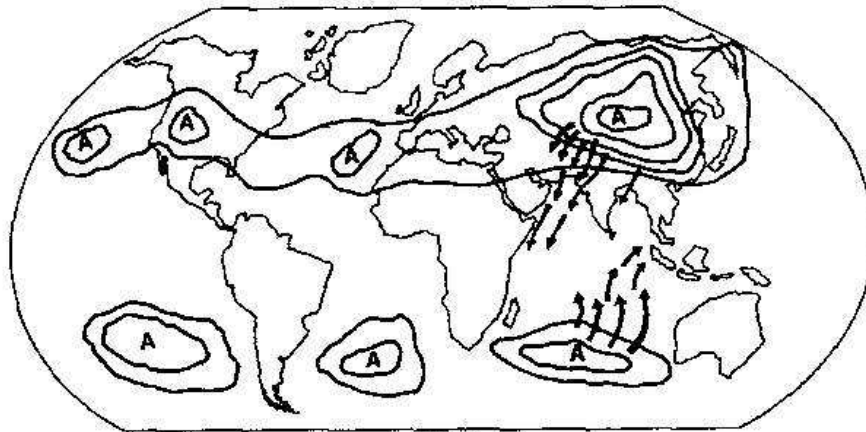
En verano, los vientos vienen desde el sur (donde están ahora las altas presiones), descargando con furia la humedad marina que arrastran consigo, en tempestades que hinchan los ríos y transforman en un barrial todos los caminos. Empapado de humedad el aire caliente, pululan por doquier insectos, reanimándose todo tipo de vida; para el hombre occidental resulta ser una época insufrible e infesta.

Tales diferencias climáticas se reflejan, por cierto, en una gran disparidad de paisajes. La India del sur se caracteriza por su exuberancia, plantas enmarañadas, flores, aromas, palmeras y abundancia de frutas. Todo el sur de la India es un festival de vida y color, plantas, aves y grandes mamíferos. También en Bengala: entre las altas hierbas de esa región se desliza el majestuoso tigre que vigila atento a las gacelas y venados, y en el horizonte se recorta, entre bosquecillos, la silueta del gran elefante de la India. El valle del Ganges ostenta esa misma exuberancia, desde los valles cordilleranos de los que salen el Yamuna y otros afluentes suyos; en dichos valles la naturaleza se cuelga entre los escarpes y cobija tanta variedad de fauna como en Bengala y el sur.

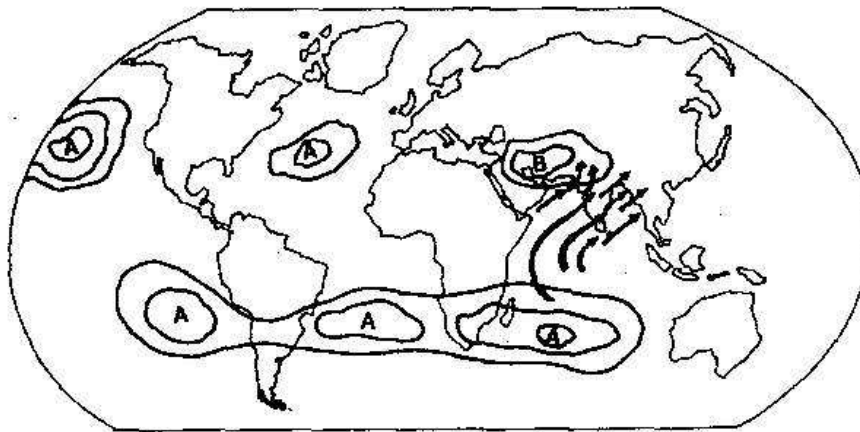
El noroeste, en cambio, es semidesértico. Sin embargo, hace unos tres mil años hubo ahí un ambiente más apropiado que el actual para la existencia de comunidades humanas, así como para mantener a animales grandes, como lo prueban los enigmáticos sellos de Mohenjo-daro y Harappa, que trataremos luego. En ellos el hombre dejó testimonio del paisaje que habitaba, de los elefantes que veía pasearse y de los hipopótamos que se revolcaban en los remansos del Indo, mientras los cocodrilos, quietos y alertas, observaban desde el agua, corrían por la pradera las gacelas y acechaba el león bajo un griterío de monos que desde la arboleda anunciaba el festín de frutas que se daban.

## **Los primeros pobladores**

Esta maravilla atrajo, desde temprano, a muchos grupos que erraban en busca de pasto para sus ganados o de presas que cazar y de frutos que recolectar para sí mismos, y que se fueron quedando en esa tierra amable. Los inmensos espacios daban cabida a todos. Mientras los grupos establecidos fueron pequeños y aislados, se ignoraron mutuamente, preocupándose sólo de subsistir y disfrutar de lo que la naturaleza obsequiaba. Así llegó gente de tipo negroide hamítico, probablemente tras largo proceso de corrimiento desde las costas de Somalia (África), y se establecieron en Gujarat y zonas vecinas. A su vez, por el noreste, desde la Manchuria, cruzando pasos o explorando valles, fueron descolgándose grupos mongoloides que ocuparon las costas y zonas vecinas a Bengala.



**ENERO**  
**MONZÓN**  
**DE INVIERNO**  
**SOBRE INDIA**  
 (sequedad)



**JULIO**  
**MONZÓN**  
**DE VERANO**  
**SOBRE INDIA**  
 (humedad)

A = CENTROS DE ALTA PRESIÓN

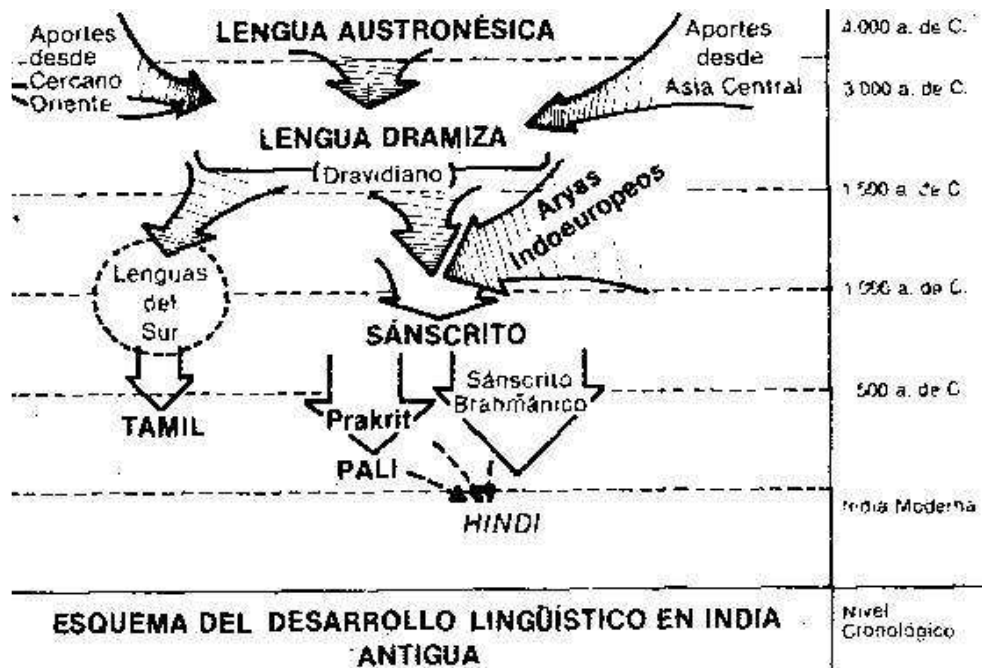
B = CENTROS DE BAJA PRESIÓN

Pero, invariablemente, las principales novedades llegaron por el noroeste, tradicional puerta de entrada a la India. Probablemente por esta región entró el conocimiento de la agricultura. Se piensa que las primeras aldeas de agricultores sedentarios surgieron en los vallecitos serranos del Beluchistán, donde se guarnecían mejor de invasores y merodeadores. Sus primitivos moradores construyeron pequeñas represas, condujeron el agua por sistemas bien planeados de regadío y cultivaron semillas de procedencia occidental, verduras y frutas.

El comienzo del uso de los metales en India resulta difícil de datar, ya que durante un prolongado período prehistórico deben haber entrado muchos grupos de migrantes, trayendo desde los talleres metalúrgicos montañoses utensilios y herramientas metálicas que iban dejando a su paso, en los incipientes centros de cultura agraria. Se han encontrado objetos de cobre tales como hachas, dagas, espadas, arpones y anillos dispersos por casi todo el norte y centro de India; en el sur no hay rastros del uso de metales hasta un período muy posterior.

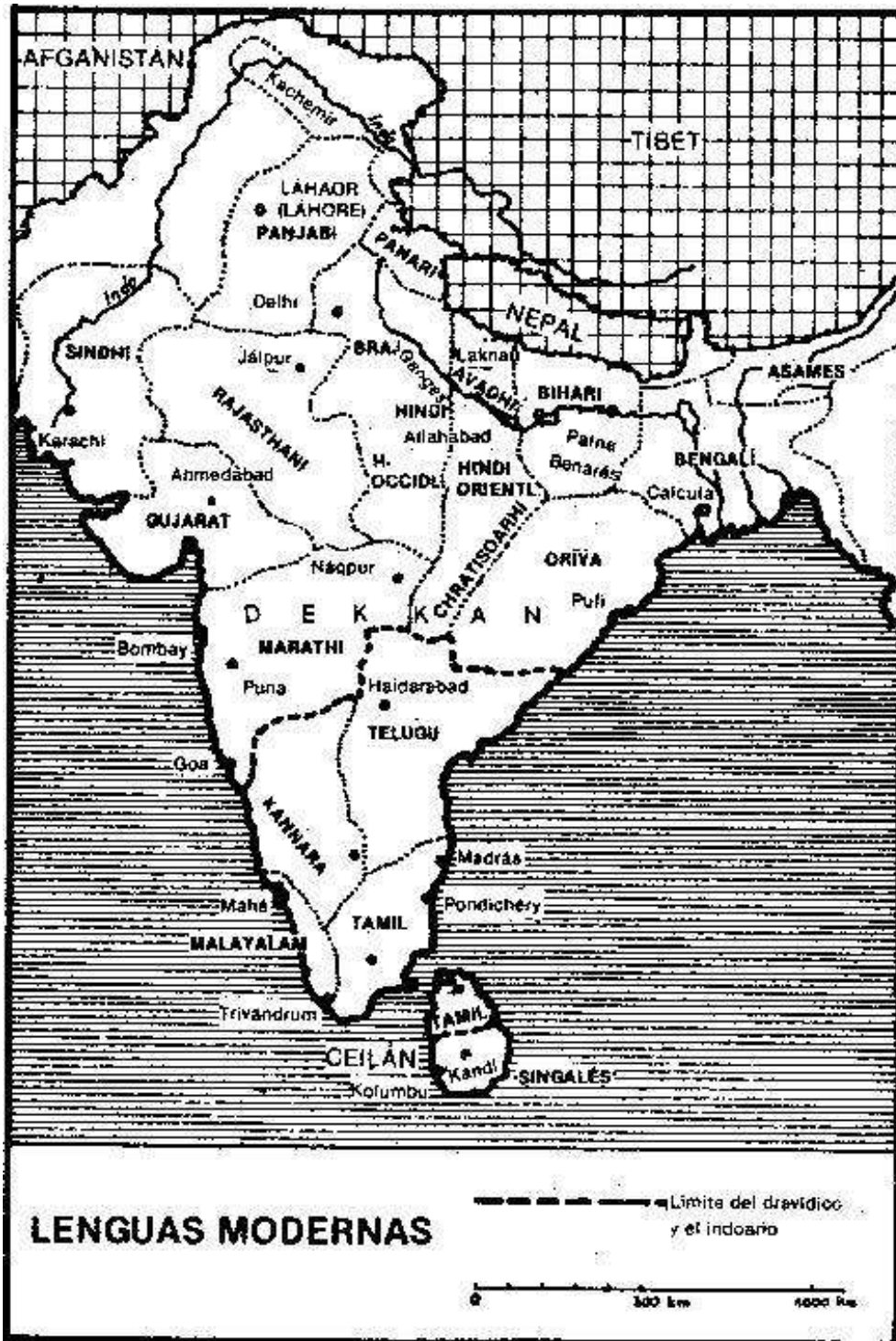
La existencia de armas o utensilios de metal es una prueba del intercambio más o menos frecuente entre el norte de India y la meseta del Irán o las regiones transhimaláicas de Eurasia; los arpones de metal, en cambio, podrían ser un desarrollo

local ribereño logrado a partir de los anteriores, de hueso. Incluso se puede afirmar que las culturas ribereñas del Sind son bastante recientes y derivaron de las del interior. El uso del bronce y del hierro se extendió desde el segundo milenio antes de Cristo; armas de hierro y bronce mezclados con elementos líticos han sido halladas en monumentos funerarios en Karnatak, Deccán, Provincias Centrales, Orissa y Rajputana. La profusión y mezcla ha estorbado la interpretación de esa transición.



Así, grupos diferentes se fueron extendiendo por todo el norte y centro de la India, repartiendo los adelantos técnicos. Logróse de esta manera un grado de desarrollo cultural más o menos similar; algunos quedaron más retrasados, debido al aislamiento y lejanía de las vías de acceso a la India.

Desde el quinto milenio antes de Cristo, en los ahora resecos suelos de Beluchistán, Macrán y el Sind se fueron distribuyendo grupos de pastores con rudimentarios conocimientos de agricultura. En esos vallecitos estrechos, orientados de este a oeste y encerrados por montes, entonces verdes, se ubicaron los grupos que, provenientes del golfo de Omán y de las costas del cuerno de África, deambulaban por las costas aledañas a la desembocadura del Indo. Allí se conocieron con otros grupos provenientes del Irán, instalados en el norte de India, intercambiaron sus avances en alfarería y cultivos de plantas, y se mezclaron.



## LA CIVILIZACIÓN DEL INDO

### Un milenio y medio

En estas serranías, hoy verdaderos peladeros, se dio la primera vida cívica organizada de la India. Los arqueólogos han exhumado aldeas de casas resistentes, galpones y graneros, a cuya vera se sembraba en terrazas; sus importantes diques y obras de canalización delatan el trabajo paciente y planificado de hombres que usaban

bestias de carga y quizás conocían la rueda, invento llegado a través de Irán desde Mesopotamia, puesto que movían y asentaban piedras de gran tamaño.

La zona de Beluchistán está integrada al Afganistán por el norte y al Irán por el oeste. Con ellos forma un gran país, accidentado e interrumpido, pero con íntimas conexiones. Los avances en agricultura y los primeros poblados en el Jorazán están en directa relación con estas nacientes sociedades agrarias del país de Beluchi. Siempre ha habido una relación más que evidente entre las culturas del Irán, Beluchistán, Afganistán y ciertos enclaves dispersos del Turkeistán. A esos países han llegado grupos de diferentes partes y resultaría inapropiado sacar conclusiones a partir de los actuales habitantes y sus dialectos. Como ha afirmado el checoslovaco Biedrich Hrozny, "el proceso de esta área de Asia es una integración de efectos, causado por los sucesos simultáneos de Asiria, Babilonia, Irán, Afganistán y Beluchistán", todas situaciones locales, pero interrelacionadas. Aquí se registró una continua mezcla étnica y lingüística con aportes que enriquecían el horizonte de conocimientos de estas gentes. Hubo trueque por milenios entre agricultores y pastores; entre éstos y montañeses que poseían el secreto misterio de la fundición de los metales, que lo extraían desde las entrañas de los montes Cáucaso en el país de Kush, más allá del mar Caspio; o con mercaderes que iban y venían desde las grandes estepas vecinas al mar de Aral, que estaban en contacto con pueblos del Kazakistán y culturas del lago Baikal. Podemos afirmar que hacia el tercer milenio la comunicación en el interior de Asia era apreciable.

Fue en el anfiteatro que rodea al valle del Indo en donde se preparó la base de la civilización del Indo. Esta civilización no resultó de una mera "evolución" interna, ni de puros trasplantes extranjeros; fue un proceso histórico al cual concurrieron muchísimas variables, entre ellas el impredecible elemento humano, con sus infinitas maneras de crear sin responder a ley alguna. Los grupos étnicos que participaron en su gestación fueron muchos; no obstante, por obra de una prolongada experiencia local llegaron a conformar un sistema lingüístico que permitía la total relación del hombre con esa naturaleza. Hablase, pues, alcanzado la culminación de un proceso de incubación y estaba por nacer un nuevo ser histórico: la India propiamente tal.

Muchos etnólogos y antropólogos occidentales han tratado de entender el proceso de formación de la India y han fracasado en el empeño de conciliar los estudios académicos con la tradición de India, reflejada, por ejemplo, en escritos como el *Rama Prasad Chanda*; pues los indios, cuando se refieren a su pasado remoto, dicen: India es tan antigua, tanto, que es el primer lugar del mundo donde nació el hombre a la vida. Hay numerosos mitos que sostienen eso; mitos que no dejan de ser respetables, si optamos por considerarlos como la expresión más corriente de la comprensión que los pueblos ágrafos tienen de su propia historia y su mundo. Tal vez haga falta otro Schliemann, que porfie hasta demostrar que tales tradiciones no son sólo una leyenda.

En la posterior lengua sánscrita se conservarían muchas palabras procedentes de estratos lingüísticos correspondientes a la civilización del Indo<sup>1</sup>. Esta persistencia indica, en primer lugar, la exactitud y fuerza que tenían para "poseer" las cosas designadas (flora, fauna, procesos agrícolas, meteoros, fenómenos orgánicos), o sea, la carga mágica que se les atribuía; de ahí que pasaran a formar parte de la lengua litúrgica de la India posterior al primer milenio antes de Cristo. Los mismos hindúes dicen que en este amanecer de su civilización se manifiesta como en tantas otras situaciones el

---

<sup>1</sup> Por ejemplo: akshatán (arroz), tambulán (betel), vatingana (brinjal o árbol del huevo), alabú (pumpkin o planta exótica), ninbuka (lima), jamba (manzana fragante), karpasa-tá (algodón), simbalí (seda), kurkuta (gallina), mrok (pavo real), matariga (elefante), sada (caballito extinguido), bana (flecha), linga (falo; también, palo para penetrar la tierra donde se había de depositar semillones).

Veda o conocimiento místico, esotérico, de la vida. Su expresión externa fue el lenguaje que se habló en ese primer horizonte de civilización y que permitió que los hombres, desde sus ciudades-santuarios, pudieran controlar el cosmos y dominar su vida agrícola y urbana.

Este primer nivel de civilización fue abundante en intensidad y amplitud de vida. A través de los restos lingüísticos que dejó, se puede afirmar que antes del segundo milenio anterior a Cristo tenían vigencia los siguientes fenómenos culturales: una muy adelantada comprensión de las propiedades de las hierbas y plantas (base para el posterior *Ayurveda* o medicina natural hindú), cultivo del arroz y de la caña de azúcar, uso del licor de betel con fines rituales y sociales, aritmética a base de conjuntos de veinte unidades, uso del bermellón y tumeric en el ritual religioso, tabúes, ritualismo mágico, creencia en la eternidad y, posiblemente, en la transmigración de las almas (mitos ancestrales que reaflorecieron en los posteriores *puranas*), indumentaria confeccionada fundamentalmente con algodón, y domesticación del elefante. La analogía de algunos de estos rasgos con los de culturas de Indonesia y Polinesia sería explicable por difusión desde India, sirviendo de vehículo el habla austronésica.

Una de las cosas más significativas para la India posterior fueron las avanzadas ideas astronómicas de la etapa que estamos tratando; aun cuando, presumiblemente, se hayan originado en el Cercano Oriente, tuvieron acá un fuerte desarrollo local. Particularmente importantes eran las creencias en torno a la Luna. Las palabras para indicar sus diferentes fases, eclipses y halos eran variadas y muy precisas, lo que indica la trascendencia que la Luna tenía para los autores de la primera alta civilización de India. La Luna era el símbolo de las fuerzas misteriosas que radican en la Tierra y en sus organismos, y la vía mágica para el dominio de los ciclos agrícolas y de la fertilidad en general; además les parecía vinculada a los sueños, tenidos por actividad nocturna de conversación lunar. La vida era, entonces, regida por conceptos lunares y, por lo mismo, femeninos. El calendario era lunar. Especial significación tenían las serpientes y otros animales fríos como las noches de luna, pues todo ello evocaba el tremendo misterio de la creación, desarrollo y destrucción de la vida; tal cosa era expresada por la idea de la Gran Diosa Madre.

El profesor polaco Jean Przyluzki acierta al decir que junto con el despliegue de la cultura agraria en las civilizaciones de Egipto, Sumer, Mesopotamia e India, se dio un colosal paso en la comprensión humana de la vida en cuanto tal y en la relación que se estableció con ésta. Para la naciente civilización del Indo, Shiva (el Señor), la más poderosa y temible de las deidades de la India ancestral, ya había salido de su retiro sempiterno en el monte Kailash, en el Himalaya central, y bajado al Pundjab para tutelar esta confederación de sociedades de campesinos que lo tenían como su principal dios y guardián. La vida giraba en torno a él y a su aún más terrible esposa, Durga, quien reclamaba sacrificios cruentos para calmar su furor, desencadenado por los hombres que herían con sus herramientas el vientre de la madre tierra (la misma Durga), y atentaban contra los animales del jardín de Shiva Prajapati o Señor de las bestias, su esposo.

La lengua hablada entre los años 3000 y 1500 antes de Cristo en la India septentrional era el *dramiza*, lengua que, compuesta por aportes múltiples, maduró lentamente hasta ser el instrumento de comunicación más eficaz de los hombres con la naturaleza. Cuando los arios invadieron hacia 1500 el valle del Indo, muchos indígenas del Sind, Pundjab y Rajastán se replegaron hacia el sur conservando su lengua original —llamada "drávida" por los intrusos invasores del norte—. El *dramiza*, al entrar en contacto con dialectos meridionales y adaptarse a la nueva geografía, derivó en tamil, dialecto preponderante del sur; el nombre mismo se transformó de *dramiza* en *damis*, luego en *tamiz* y finalmente en *tamil*.



A la llegada de los grupos arios a la India (hacia 1500-1400 antes de Cristo), había dos tipos distintos de gente, que fue retratada en la poesía épica que surgió en ese momento de invasiones. Uno lo constituía la población del noroeste, que en general poseía un alto nivel de civilización y estaba federada en un extenso y bien organizado sistema teocrático cuyas dos sedes ceremoniales y cívicas eran las ciudades de Mohenjo-daro y Harappa. Los invasores los llamaron *dasas* o *dasius*, para distinguirlos de otros grupos más retrasados de las regiones boscosas situadas más al sur y sureste, a quienes llamaron *nishadas*. En la nomenclatura del invasor ario también va la connotación de los indígenas vencidos: *dasiu* pasó a ser sinónimo de "inferior", "sometido", "impío", "que debe ser custodiado para que no peque"; a los *nishadas* les cupo aún peor suerte, pues ese apelativo quiere decir "esclavo", "demonio", "oscuro" (esto, no sólo por el color de su piel).

Esta catalogación nos da una pista sobre las castas que comenzaron a formarse en este período de invasiones, y que más tarde constituirían un sistema social denotado por la palabra *varna*, alcanzando la típica estratificación y rigidez con que las han conocido los occidentales.

Sin embargo, cabe advertir que el apelativo *dasiu* no siempre fue despectivo. En una etapa anterior a la invasión a la India (fase indo-irania), los grupos arios se denominaban a sí mismos *dasius*, de lo que podría colegirse que si llamaron *dasiu* al pueblo de esa civilización del Indo, fue en testimonio de su admiración por ellos. Después, hacia fines del segundo milenio, en pleno período de guerras entre reinos arios ya instalados en el Pundjab y el valle del Ganges, y en avanzado proceso de mestizaje y aculturación, se empezó a llamar *dasiu* a todos los vencidos y sometidos a la autoridad y dominio del reino más fuerte, fuesen drávidas puros, mestizos o arios puros. De este modo se fue configurando la estructura social jerarquizada que hemos esquematizado así:



Sociedad del noroeste de India al rayar el primer milenio a. de C.

Esta civilización "dravidiana" que los arios encontraron cuando llegaron a la India, estaba muy adelantada en lo que respecta a su capacidad para producir alimentos o para organizar la vida en ciudades; en muchos aspectos se asemeja a la civilización de Sumer y Mesopotamia (con la que mantuvo contacto frecuente) pero tiene un destacado sello autóctono, proporcionado, sobre todo, por su religión. Contrastando con antiguas leyendas y libros las palabras dramizas que aún quedan en las diferentes lenguas de la India, se ha logrado una cierta información respecto al significado efectivo que tales palabras tenían entonces; contenidos semánticos que, por supuesto, nos remiten a la realidad histórica de esa civilización.

Así por ejemplo: Tenían reyes (*Ko, Mannan*), vivían en aldeas (*palli*), en casas bien construidas (*kottai, arán*) que se agrupaban en distritos (*natu*), donde en las plazas

cantaban los poetas (*pulawan*) bellas canciones (*cheyyul*). Se celebraban festivales (*kontatam*, *tiraviza*), tenían alfabeto (*czultu*) y escribían (*varai*) con estilo (*iraku*) en hojas de palma (*olai*), que unían en forma de libro (*etu*). Conocían a Dios (*Ko* o Gran Rey), que bendecía sus leyes y costumbres (*kattalai*, *pazzakam*), y a quien dedicaban templos (*koil*, *kovil*, *koyil*). Sabían astronomía (*yoti*) y ubicaban los planetas Venus (*velli*), Marte (*chevay*), Júpiter (*viyazam*). Usaban medicinas (*maruntu*), construían canoas (*toni*), botes (*otam*), veleros (*vallam*) y barcos (*kapal*). Practicaban la agricultura (*velan-mai*), hilaban (*nul*), confeccionaban (*ney*) ropa y la teñían (*miran*). Se defendían con arcos (*vil*), flechas (*ampu*), lanzas (*vel*) y cuchillos (*val*).

En el cruce y mutua penetración cultural que ocurrió cuando arios y dravidianos convivieron, se mezclaron también las tradiciones religiosas de ambos pueblos. La tradición religiosa aria por excelencia, conocida como *nigama*, estribaba en el ritual del fuego u *homa*, consistente en quemar mantequilla entre las llamas de leños de árboles especiales, mientras el ambiente se cargaba de aromas y se ofrecían tortas de cebada, miel y leche; el *nigama* ha sido conservado celosamente hasta hoy por los grupos brahmánicos. En cambio, la tradición dravídica más pura es el llamado *agama*, ritual de índole tántrica, cuya mejor expresión son las pullas o actos de salutación y reverencia ante la imagen de la divinidad, durante los cuales se le ofrecían alimentos, vestidos y ornamentos, y se le veneraba con flores, luz y agua, mientras, sumergidos entre bocanadas de incienso, los devotos avivaban sus sensaciones y entonaban hipnotizantes salmodias que ensimismaban sus mentes.

Ambas tradiciones se mezclaron, produciéndose una riquísima hibridación muy bien simbolizada por el piadoso Rama, protagonista de la epopeya india *El Ramayana*, quien en su retiro en el bosque hacía *pullas* a los dioses. Hasta el más exclusivo y conservador brahmanismo védico fue penetrado por la cultura drávida; asimismo, lo mejor de la civilización del Indo fue transportada a los siglos venideros por la lengua sánscrita, que pasó a ser el idioma religioso y el habla de la aristocracia hindú.

La civilización del Indo —la primera India— es, sin duda, la clave para entender el proceso posterior que sobre aquellos cimientos levanta el edificio hindú. En ella están buena parte de los modelos que se desarrollarán siglos más tarde en sucesivas ampliaciones. Valga nombrar la institución del yoga, de tanta significación: ya era practicado por los habitantes de las ciudades del Indo.

Pasemos ahora a describir estas ciudades según han quedado al descubierto en los últimos sesenta años de trabajo arqueológico.

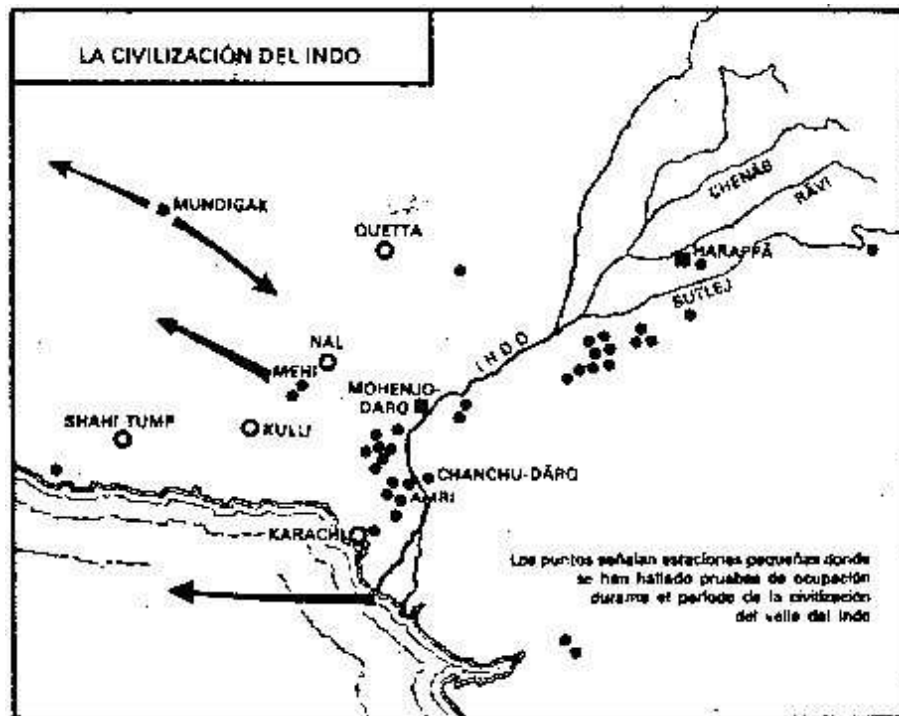
## MOHENJO-DARO Y HARAPPA

### Dos ciudades gemelas en el Indo

El mérito del descubrimiento y despeje de ambas ciudades está muy relacionado con los arqueólogos sir Mortimer Wheeler, Ernest Mackay, Stuart Piggott y otros que han trabajado desde 1924, sólo interrumpidos por la segunda guerra mundial y por los conflictos subsiguientes a la independencia de la India.

Ambas ciudades dominaban en conjunto una enorme extensión de terreno en la que habitaba una población de varias decenas de miles de personas, agrupadas en aldeas desde donde acudían a labrar los fértiles valles, obteniendo en abundancia trigo, cebada, melones, guisantes, sésamo, dátiles, algodón —el primer cultivo extensivo de algodón en el mundo—; criando búfalos, camellos, caballos, asnos. Con buenos bosques han de haber contado, para nutrir de leña a las industrias alfarera, metalúrgica y ladrillera. Los excedentes de granos y productos preciados en los reinos del oeste, tales como sándalo,

aceites aromáticos o algodón, eran transportados en balsas anchas hasta las caletas del Sind, donde mercaderes sumerios los canjearan por manufacturas venidas del Poniente.



Las ciudades están cuidadosamente planificadas, denotan una dirección central y la participación de arquitectos profesionales; tanto ellas como las aldeas utilizaron el mismo tipo de ladrillo, normalizado por monopolios estatales que abastecían completamente el mercado de la construcción.

Cada una de las ciudades ocupa un morro de tres millas de perímetro, junto al poblado. Están construidas sobre una plataforma de adobes revestida de ladrillos, con el fin de evitar el desgaste y aguantar las crecidas del río. El trazado es geométrico e indica el uso de lienzas, planas, plomadas; la arquitectura es en general lisa y utilitaria, más funcional que hermosa: quienes planificaron las ciudades del Indo se propusieron que la vida fuera más cómoda que estética. Los salones, antecámaras, patios, cubículos higiénicos, escaleras y pozos existentes en casi todas las viviendas dan la impresión de haber sido meticulosamente concebidos para satisfacer todas las exigencias de la comodidad.

Tal severidad y estrictez habla por sí sola de un complejo completo, una vida cívica enmarcada en rígidos esquemas morales inspirados en la continuidad de los ciclos naturales, ciclicidad capaz de marcarle un ritmo a la vida y dar pautas para las aplicaciones tecnológicas. De ahí que por siglos esas ciudades no hayan sufrido modificaciones de ninguna especie: ni arquitectónicas, ni en cuanto a la tenencia de la tierra ni respecto a las profesiones, regidas por un sistema gremial hereditario, de base religiosa. Estas ciudades son la comprobación misma de la fuerza espiritual de una civilización que logró un pleno equilibrio consigo misma, y con la naturaleza. Las ciudades del Indo expresan plásticamente el desarrollo espiritual que en ellas hubo. Eran dos inmensos santuarios, especie de monasterios cívicos. No sería raro que todo el trazado y las proporciones tuviesen un simbolismo cosmológico o representara complejas claves de comprensión del cosmos; prueba de ello es la curiosa disposición de las ramplas y escaleras, con peldaños irregulares, recovecos y pasadizos por donde las procesiones litúrgicas recorrían la ciudad siguiendo a los sacerdotes; éstos entonaban

himnos que cargaban el ambiente de fervor, asegurándole a la comunidad éxito en sus cosechas y en su vida privada. Tras salir por anchas avenidas hacia las puertas monumentales, el desfile circunvalaba la ciudad y luego, bajando por numerosas ramblas, terminaba en el río, donde todos efectuaban sus baños rituales.

Mohenjo-daro y Harappa fueron verdaderos modelos de urbanización: gozaban de agua potable o al menos de pozo en cada casa, y alcantarillado público subterráneo, al que se acoplaban las viviendas, dotada cada cual de un foso de drenaje que podía ser mantenido tan limpio como hermético. En un edificio que puede haber sido una especie de colegio sacerdotal, se hallaron una piscina central y pozuelos individuales. Por doquier resalta la preocupación por la sanidad, rasgo distintivo de la civilización del Indo.

La medicina estaba a cargo de médicos que atendían en edificios ad hoc; también había sanatorios y farmacias donde se preparaban las pociones recetadas.

Las dimensiones de los ladrillos, puertas y ventanales eran estandarizadas. Las casas particulares no eran todas iguales, pero sí los edificios públicos. Entre los últimos se destacan los grandes graneros de la ciudad, donde tal vez se recolectaban las contribuciones de los campesinos del valle, quienes, luego de reservar una porción de sus cosechas para consumo y semilla, enviaban el excedente a guardarse en grandes depósitos; la administración centralizada de estos silos garantizaba un equilibrio político-religioso-económico, a la vez que servía para prevenir años secos, de malas cosechas.

Existía, además, una zona industrial, donde funcionaban los molinos públicos, las fábricas municipales de ladrillos y fundición estatal que proveía a la población de herramientas y utensilios.

También había industrias particulares, sobre todo de objetos preciosos, joyas y cerámica. La alfarería de todo el valle del Indo seguía un estilo clásico, simple y utilitario, aunque cada familia de alfareros le diera un toque peculiar. Al lado de esta sencilla artesanía, no podía faltar la escultura artística, representada por impresionantes trabajos como "el torso de un joven" o la "danzante", amén de muchísimas pequeñas estatuas votivas. Ambas ciudades estaban cercadas por tajamares alzados originalmente para protegerse de las crecidas del río, pero que, fortificados de trecho en trecho con puestos de vigilancia y bastiones, también servían de defensa ante posibles ataques.

Los poblados que voluntariamente fueron agrupándose hasta conformar este enigmático reino del Indo, llenaron todo un milenio de esplendor (2500 al 1500 antes de Cristo). Bajo la férula de ese Estado se hallaba un territorio trapezoidal, de unos 400.000 kilómetros cuadrados (superficie equivalente a más de la mitad de Chile continental), cuyos vértices eran la actual Karachi, el curso superior del río Jalam (o Shilam), en Cachemira, la actual Lahore y Kathiawar. Alrededor de cuarenta villas o villorrios existieron allí, teniendo por centro dos ciudades gemelas a más de quinientos kilómetros una de otra, que en perfecto acuerdo y armonía se distribuían la jurisdicción sobre este enorme territorio y velaban por el normal curso de la vida humana. A fin de cuentas, ésa era su finalidad: controlar por medio de la magia el buen flujo del cosmos y el orden de la naturaleza; por eso los campesinos justamente las mantenían. Tan eficiente sistema teocrático no dejó mayores vestigios que los aún no descifrados "sellos del Indo", que por sí solos nos hablan del organizado sistema de aduanas y peaje, ya que estos sellos (abundantísimos) al parecer eran fabricados y entregados por el Estado a los administradores de cada aldea para que fueran sellados los fardos, sacos o paquetes que se despachaban en barcas por el río entre Mohenjo-daro y Harappa.

Esta eficiente civilización colonizó incluso regiones vecinas, con objeto de disponer de fuentes de materias primas y de dar salida a sus mercancías. Recientes

excavaciones realizadas en Bactria por un equipo de arqueólogos franco-soviético dejaron en evidencia una ciudad idéntica a Harappa, aunque de menores dimensiones, llamada Shortugarai, capital de varias otras más pequeñas, ubicadas en las riberas del río Amudarya y a una distancia de dos mil kilómetros del reino del Indo. Allí encontraron también los característicos sellos del Indo. Todo hace pensar que entre la colonia bactriana y el reino del Indo había una constante comunicación. Desde Bactria, los indios pudieron controlar la valiosa ruta del lapislázuli, que iba desde las canteras contiguas al río Amudarya hasta Mesopotamia.

Cómo desapareció tan armoniosa civilización, es hasta hoy motivo de conjeturas. Parece haber una alta probabilidad que haya ido perdiendo su lozanía y volviéndose decrepita. Un sistema social complejo como ése requería de una "alta calidad ciudadana"; es decir, honestidad y eficacia en todos los niveles. Puede ser que la alta clase sacerdotal haya perdido su fuerza mágica por su propia molicie. Podría haberse sumado a lo anterior una serie de años seguidos de sequía, capaces de provocar el malestar de los campesinos y de acumular tensiones que reventasen en una insurrección sangrienta, como lo sugiere el hallazgo de cementerios donde se arrojó en desorden a muchos cadáveres. También puede ser que un presumible estado de debilidad política y de calamidades naturales haya sido aprovechado por bandas foráneas de montañeses y extranjeros, que desde algún tiempo antes se hubiesen instalado como allegados en colinas cercanas, convirtiéndose luego en los principales incitadores o aliados en el levantamiento campesino y hayan sido los que, finalmente, sacaron el mejor provecho al adueñarse del poder e inaugurar una nueva etapa para la historia de India. Como sea, hubo una invasión en el siglo XV antes de Cristo, realizada por los arios, a quienes dedicaremos un apartado especial.

La decadencia y fin de las civilizaciones es perfectamente explicable por la concepción cíclica del mundo y del hombre que ya en esa época constituía parte de la sabiduría de la India; sin mencionar el pensamiento típicamente indio que el equilibrio y la perfección de una sociedad están dados por la calidad de sus componentes humanos: hombres sabios y rectos hacen, por añadidura, sociedades justas. La sapiencia es la armonía del ser: la integridad del hombre y su unidad con la vida universal (*yoga*). Cuando esa sabiduría se va ocultando tras los velos del error (pecado, agitación del alma), entonces los individuos caen en desvaríos, e igualmente la sociedad; pero el señor Shiva hace girar otra vez la rueda del destino y vendrá la destrucción (o transformación) del cuerpo enfermo y cansado para que su semilla transmigre a uno nuevo y plétórico de vida, comenzando un nuevo ciclo de crecimiento que acabará también algún día.

Esto puede ser precisamente lo que ocurrió en el Indo: tres mil años de desarrollo culminaron en la magnífica civilización del Indo, que en su pleno esplendor contenía ya el germen de su propia destrucción: el hombre, que habiendo perdido la energía, la inspiración, sintió alterado su espíritu. Y vino la decadencia, que se corta con la invasión de los arios, feroces guerreros que limpian la tierra del Indo, borrando con sus espadas todo vestigio anterior. Pero la semilla la asimilaron, quedó latente y brotó en el nuevo pueblo, que se mezcló con los vencidos, aprendió de ellos, con las artes y las ciencias, su lengua, y así comenzó una nueva India, la del período védico... es decir, del veda o sabiduría eterna.

Veamos, pues, quiénes eran esos arios invasores para entender mejor el nuevo ciclo.

## LA INVASIÓN ARIA

### La Rig Veda, el espíritu de una nueva era

*Agnim ile puro hitam yagyasia  
devam ritvijam hotaram ratnadha.*

Con este verso comienza el *Rig Veda*, núcleo primigenio de la *Rig-Samhita* (o "colección armoniosa") y que bien podría ser una de las más ricas, antiguas y venerables tradiciones en la historia de la humanidad.

Esa samhita, según la misma tradición védica, es increada y eterna. Sin embargo, se ha ido revelando a la humanidad progresivamente, en un proceso similar a los que siguen los seres de la naturaleza al formarse, crecer y madurar. Del mismo modo que, cuando ponemos una semilla en la tierra, y, tras echarle agua, de súbito sale de su letargo y asoma un pequeño y tierno tallo, que contiene ya en sí toda la majestad del árbol, con su tronco, ramas y hojas; o como cuando al juntarse un óvulo y un espermio tenemos de pronto ¡la vida humana!, y en ese embrión ya está todo el hombre, tal como será cuando adulto, con sus manos, cerebro y corazón —todo comprimido en unas cuantas claves cromosómicas—, así en la tradición védica se dice que en las primeras dos letras (AG) del *Rig Veda*<sup>2</sup> está contenida la primera palabra (*agnim*) y dentro de *agnim* se comprime todo el primer verso, y en el primer verso está condensado el primer himno (*sukta*), y en el primer *sukta* se incluye el *Rig Veda* completo, con sus 1.028 himnos. A su vez, el *Rig Veda* contiene en potencia todos los sucesivos comentarios y libros derivados.

De cada rama del árbol védico se han desprendido miles de comentarios hechos en sánscrito. Según la biblioteca sánscrita de Bombay, sólo las obras clásicas sobrepasan fácilmente las diez mil. Todas las formas de culto o ideas religiosas en la India reconocen depender y basarse en el *Rig Veda*. El *Rig Veda* es la pauta para cualesquiera variaciones. Sin embargo, en el vedismo también se dice que si una de estas ramas, por alejarse tanto del tronco, deja de recibir savia, se seca y no expresa ya vida. Para todo aquel que se siente conectado con la tradición védica, se precisa la experiencia cotidiana del Veda como ejercicio espiritual (digamos, éxtasis místico); de ese modo, aunque su fase de expresión védica sea alejada, equivaldrá a una ramita bien nutrida y, como tal, podrá desarrollar una semilla que a su vez contenga comprimido todo el árbol védico. Sucesiones infinitas, universos dentro de universos, como si cada átomo contuviera un universo y nuestro universo fuera un átomo dentro de otro universo, la literatura védica es el más antiguo exponente de esta idea de universos (o existencias), agrandándose y achicándose hasta el infinito.

Se dice en India que la historia humana ha tenido muchas eras, cada una es un ciclo completo de nacimiento, desarrollo y destrucción, regido por una encarnación de Vishnú. En cada una la humanidad es susceptible de resbalar hacia el abismo a través de varias etapas o *yugas*. La primera consiste en que el Veda (o conocimiento universal pleno) es accesible y comprensible a cualquiera que lo busque. Las diversas funciones

---

<sup>2</sup> Los sonidos "a" y "g" simbolizan el origen y la extinción, o sea, la totalidad de un ciclo; "a" expresa el hálito vocal o vivacidad más elemental; "g" es el cierre brusco y total del aliento al pronunciar palabras. La expresión "ag" equivale, pues, a una semilla, y el paso súbito de la "a" a la "g" reproduce seminalmente el proceso completo de la revelación divina. La letra sánscrita "a" representa la eternidad o un punto situado en el infinito, desde el cual surge la *Samhita*.

de la sociedad son desempeñadas sin roces; cada cual en lo suyo lleva una vida llena de bendiciones. Esta etapa dorada se llama *sattva* y se caracteriza por el hecho que todos los hombres viven sin estorbarse entre sí, cumpliendo con el *dharma* o ley universal. Pero por natural desgaste se va pasando a la segunda etapa o *treta*; los hombres realizan acciones que contravienen las leyes de la naturaleza o *dharma*, acciones cuyos efectos retrasan el cumplimiento del *dharma*, acumulándose *karma* (distancia, alteración) en sus transgresores. Así se cae en la tercera etapa o *dvapara*, en que por efecto de la distancia y la oscuridad propias del *karma*, la luz que el entendimiento recibe de las leyes de la naturaleza se vuelve tan tenue, que las criaturas son fácilmente tentadas a cometer errores. Por fin llega *kali*, el estado de error constante; el *veda* o conocimiento de la realidad total ha sido casi olvidado y la gente vive encandilada por reflejos fatuos y engañada por lo que no es. *Kali* termina con la terrible danza del Señor Shiva, que tras destruir y borrar todo pecado en una colosal purificación, abre paso a una nueva era áurea o *sattva yuga* y se vuelve a repetir todo el ciclo. Lo que acabamos de explicar corresponde a lo que bien llama Mircea Eliade, distinguido culturólogo rumano, el pensamiento mítico esencial, que concibe el tiempo de un modo cíclico, entendiendo el transcurrir histórico como sucesivas creaciones, como vueltas al punto de partida. Pero, como rectamente dice el filósofo de las formas simbólicas Ernst Cassirer, el mito es una vía intuitiva a través de la cual los pueblos antiguos tuvieron acceso a la realidad a la cual nosotros hemos llegado a través del largo camino de la ciencia y tal vez con un margen mayor de error.

Nos preguntamos, ¿cómo conciliar lo expuesto acerca de la tradición védica con el desarrollo histórico que describíamos anteriormente? Pensamos que la solución de esta aparente antinomia reside en la adecuada interpretación de la razón de ser del *Rig Veda*.

El *Rig Veda* fue compuesto físicamente en los años de mestizaje de arios y drávidas, entre los años 1400 y 1000 antes de Cristo, en la región norponiente de la India; lo dicho no quita que algunos himnos sean más antiguos y hayan sido compuestos en los años de vagabundeo de los clanes arios por el Luristán o Afganistán. También es posible que en el *Rig Veda* se hayan traspuesto arquetipos y tradiciones ancestrales indoeuropeas con lo más significativo de la cultura dravídica; ello se refleja en varios himnos en los que el dios ario por excelencia, Indra, aparece junto con los *maruts*, que, por ser descritos como de piel oscura y por otras consideraciones, podemos identificar con divinidades indígenas. Ejemplos para demostrar ese cruce y mixtura final armoniosa hay muchos en el *Rig Veda*, que en general apoyan la hipótesis de la necesidad que hubo en ese tiempo de mestizaje (1400-1000 antes de Cristo) de lograr un sistema efectivo para operar sobre la naturaleza (*prakriti*), motivo que indujo a los brahmanes, expertos en el manejo de las fuerzas celestes y los meteoros, a acoplar fuerzas con los sacerdotes dravídicos, hábiles en la comunicación con las fuerzas telúricas y en el manejo del misterio de la fertilidad.

Pues la verdadera finalidad del *Rig Veda* es servir de delicada guía de instrucciones para el ejercicio de los ritos mágicos (*ritam*). A través del ritual se maneja el mundo: se hace llover o se logra que las estaciones vengan a su tiempo. El ritual fundamental consiste en la extracción del soma, jugo de plantas especiales que, esparciéndose en el ambiente cual fluido místico, despierta a los dioses de su letargo y los alimenta, tomándolos favorables.

El soma es alabado sin cesar en el *Rig Veda*:

*Los inteligentes jugos del soma  
se precipitan como oleadas de agua,*

*como búfalos hacia los bosques.  
Los rutilantes y bronceados jugos se  
precipitan hacia las jarras como un  
torrente de ambrosía; ellos vierten sustento  
acompañados de ganado.  
Las libaciones discurren hacia  
Indra, hacia Vayu, hacia Varuna,  
hacia los Maruts, hacia Vishnú.  
Los sacerdotes entonan los tres textos  
sagrados, las vacas lecheras mugen  
al ser ordeñadas, el glauco soma  
se dirige resonando a las vasijas.  
Los muchos himnos sagrados, las  
madres del sacrificio, alaban y purifican  
al soma, el infante del cielo.  
Desde cada flanco, oh, soma, derrama sobre  
nosotros cuatro océanos de riquezas,  
concédenos miles de deseos. (Mandala IX, 33).*

Este himno al soma, compuesto por el rishi Trita, es uno de los seiscientos himnos que aproximadamente se dedican al *soma* en el *Rig Veda*. Del soma se dice que proviene de los senos de la gran diosa madre, la Tierra, y, por ende, vive en las plantas y se estruja de ellas; que es como la leche materna que alimenta a los dioses, señores del mundo; que da fuerza interior para hacer posible la materialización del *dharma* —incluyendo el cumplimiento del destino del pueblo indo-ario y el comienzo de un nuevo *yuga*— que reaviva en India, personificación del ardor y la valentía, el poder necesario para vencer la adversidad que puede intentar disolver la nueva sociedad en formación; que es el espíritu interior mismo (la fuerza anímica del pueblo indo-ario).

Sin embargo, el *Rig Veda* no sólo es un manual de encantamientos. Por haber nacido junto con la nueva sociedad indo-aria, es el mejor testimonio de su formación, así como del empeño puesto en sacarla adelante (pues también en el *Rig Veda* se refleja un tiempo de tensiones y roces entre los diferentes reinos indo-arios, que se disputaban la supremacía sobre los valles del Indo y del Ganges). Es obvio suponer que el propósito de historiar o de dejar ciertas constancias históricas, era apenas consciente, y más bien se reducía al grupo director (digamos, la aristocracia y la casta sacerdotal).

Tal es la razón de la incompleta interpretación hecha hasta ahora por los historiadores y lingüistas occidentales, que se refieren al *Rig Veda* como "un himnario propio de una época de invasiones", "poesía épica", "poesía de campesinos", asignando en cambio más valor a las epopeyas acuñadas más tarde, como el *Mahabharata* o el *Ramayana*. Es claro que la monotonía del *Rig Veda* no resiste la comparación con el cuidado estético de la poesía posterior; pero lo que desconocieron indianistas tan respetables como Abel Bergaigne, Hermann Oldenberg, Louis Renou o Jean Filliozat, es que el *Rig Veda* es susceptible de dos lecturas, cada una con sus propias claves. Una lectura es la histórica; entonces el *Rig Veda* aparece como una epopeya que refiere el proceso vivido por los arios entre 1400 y 1000 antes de Cristo, en su conquista de la India y sometimiento de los indígenas. La otra interpretación se plantea el problema del servicio que prestaba; o sea, la intención con que fue compuesto. Su finalidad consistía en ayudar a los hombres que lo compusieron, y a quienes lo utilizarían, a manejar el mundo. Por eso es que en el *Rig Veda* importan más los sonidos (los *mantras*) que los significados; el libro es, por tanto, una obra maestra de ingeniería poética. Es por eso, también, que se dice que los *rishis* védicos lo sacaron a luz en la etapa *sattvica* de un nuevo ciclo. Hoy se cree en India que el pleno significado de esta obra magnífica se está recuperando gracias al concurso de modernos y grandes iluminados o *maharishis* (*maha* = grande).



## Los arios invasores

El grupo conocido como "ario" era una etnia de la comunidad de pueblos que habitaron entre los milenios quinto y tercero antes de Cristo las estepas del sur de Rusia. Dicha comunidad constaba de etnias heterogéneas a las cuales el constante contacto mantenido a lo largo de dos milenios de vida nómada hizo llegar a desarrollar y compartir una lengua que les permitía nominar la naturaleza con la que se relacionaban. Hoy, tras casi dos siglos de investigación y gracias a los abnegados aportes de muchos estudiosos de filología y mitología comparada, se ha llegado a conocer la lengua que se habló en el territorio ubicado entre los Cárpatos y el Turkeistán. Se puede afirmar que en esas interminables estepas pastosas convivieron muchos grupos que compartieron un similar nivel de desarrollo cultural, así como pudieron comprender y manipular ese mundo de dimensiones descomunales a través de sus también colosales mitos, según los cuales, los dioses celestiales galopan como el trueno y dirigen el rayo contra la Tierra, cuando no son complacidos en sus deseos.

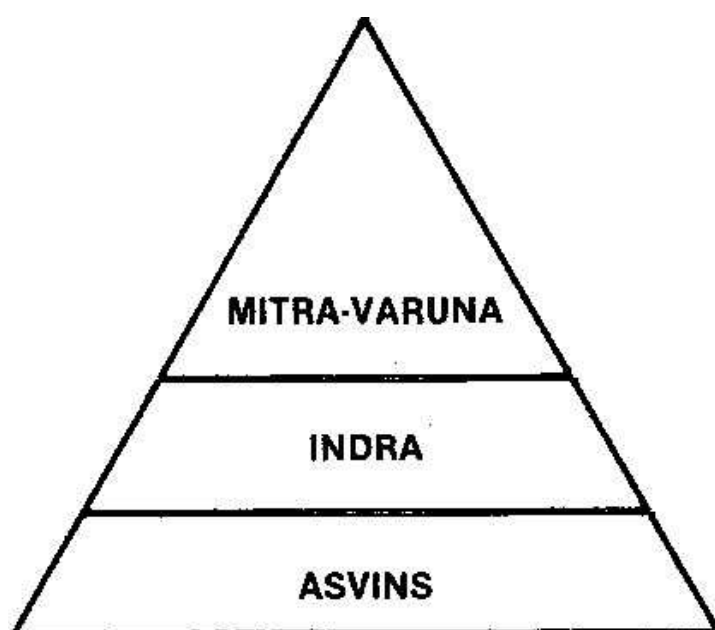
Estos pueblos, llamados comúnmente indoeuropeos, vivieron libres como el viento que lame y agita los pastizales sin fin, acostumbrados a tener sobre sí sólo al Sol y la cúpula celeste tachonada de estrellas..., "almas de guerreros heroicos que viajan en naves aladas por el mar azul del cielo"... decían en sus viejas sagas, acostumbrados a que su vista únicamente topara con el horizonte, dondequiera que volvieran la mirada. Aunque ya tardíamente, también usaron el caballo; montados, corrían veloces donde su antojo los llevara. Todo esto les hizo desarrollar un muy especial modo de ser. Su actitud era altiva, orgullosa, de desprecio hacia quienes se movían lento o se amarraban al suelo. A ellos nada los ataba, ni sus muertos, que, incinerados, llevaban consigo en pequeñas ánforas en sus alforjas, poniéndolos con respeto y devoción bajo las piedras donde hacían el fuego sagrado, cada vez que acampaban en círculo —imitando el mundo— alrededor del altar del sacrificio y del fogón, donde también se preparaba el alimento comunitario.

Organizados en pequeños grupos de fuerte cohesión, respetaban a los viejos, que, sentados en el sitio principal, presidían los ceremoniales al caer el sol y recitaban himnos de alabanzas al Sol y la Luna, a los dioses y antepasados. Todos oían recogidos las resonantes palabras de los ancianos, mientras con cuidado las memorizaban, pues algún día también los más jóvenes serían viejos y tendrían que continuar la recitación, día tras día, del tesoro del clan —la tradición oral de himnos rituales—, modo eficaz de asegurar el funcionamiento de la vida global y de continuar la existencia del grupo: "Dioses todos, traednos muchos hijos varones, comida abundante, valor ante los enemigos; defendednos de toda iniquidad, dadnos fortaleza para vencer nuestra propia debilidad", bien podrían ser algunas de las rogativas hechas al caer el Sol, cuando se compartían la lumbre del fuego, su calor y la comida en él calentada.

Cambios climáticos quizá, sequías continuadas, fueron provocando entre 2000 y 1500 antes de Cristo un derrame hacia los bordes de la gran estepa de muchos grupos que, tras lento corrimiento, se dejaron caer sobre las viejas civilizaciones agro-urbanas. Así hacia el 1900 antes de Cristo pasaron al Asia menor los hititas; en la alta Mesopotamia se establecieron los mitanos o hurritas; y sobre la despreocupada civilización cretense cayeron los aqueos, quienes a su vez recibirían sobre sí violentamente a los dorios, hacia 1200 antes de Cristo.

En el Medio Oriente ocurrió un proceso similar: desde las inmediaciones septentrionales del mar Caspio, grupos indoeuropeos se movieron hacia el Sur, en lento avance tras mejores pastos para sus ganados. Nunca formaron un Estado, un frente único o algo parecido ni ninguna asociación, y eran sólo turbas arremolinadas en torno a

sus jefes guerreros que se apropiaban de las cosechas, saqueaban, mataban y utilizaban a los vencidos que no alcanzaban a huir. Adonde los indoeuropeos, llegaron, invariablemente desorganizaron el orden anterior para fundar uno nuevo donde, por cierto, ellos ocupaban la cúspide de la pirámide social. Dentro de la mentalidad indoeuropea existe como característica fundamental la tendencia a ver el mundo estructurado en un ensamble bien articulado y armónico de tres niveles bien diferenciados. Es lo que el estudioso francés Georges Dumézil ha llamado "la ideología trifuncional de los indoeuropeos" (entendiendo por "ideología" un concepto cosmológico). Estos tres estados de la existencia o funciones del Ser Uno, serían: el alto pináculo o función directora universal, la ley o dirección de la expansión de la vida; el nivel intermedio o nivel del eterno dinamismo de la existencia; y por último, el nivel de la reproducción o creación continua de la vida universal. Estos tres niveles, fundidos en uno solo, reciben el nombre de Ishvara —el eterno, el principio—, pero separados tienen el nombre de sus dioses.



Mitra y Varuna son los dos opuestos complementarios que rigen la totalidad del comportamiento universal. Indra es la acción o dinamismo; por eso se le imagina como un fogoso guerrero. Los asvins son los pastores y agricultores celestiales, amigos de las plantas y animales, patronos de la fertilización y la procreación.

Los indoiranios o indoeuropeos que se ubicaron en el Luristán entre el 1600-1500 se dividieron en dos: el grupo iranio, que se esparció sobre la meseta irania, dando origen (tras fundirse con los habitantes lugareños) a la civilización medo-persa.

La otra porción cruzó el Beluchistán o descendió por el paso de Kabul atenuando la civilización del Indo. Eran los arios (*arya* = brillante, rutilante, esplendoroso), que dominaron fácilmente a esa gente, en plena decadencia. No obstante la admirable organización de esa civilización, las costumbres y tradiciones orgiásticas de los drávidas, sus danzas endemoniadas e incomprensibles, su adoración por la sexualidad, representada profundamente en la estatuaria, les parecieron grotescas e impías. Todo esto era chocante para la estricta y pulcra moral indoeuropea, de allí que identificaran a estos habitantes del Indo, ricos y ostentosos, con demonios o gente poseída por espíritus malignos. La piel oscura de aquéllos, contrastada con la tez clara, gran talla y larga cabellera ondulada de los suyos, les parecía francamente repugnante.

No tardó en relacionárselos con actividades inferiores; así, la pirámide social, que en la mentalidad indoeuropea debe ser equivalente a la estructura del cosmos, quedó entendida de este modo:

<b>Niveles de ISHVARA (la Divinidad)</b>	<b>GUNAS</b> (cualidades de los entes materiales)	<b>VARNA (castas)</b> ("Por la diversa distribución de gunas emanaron de mí las cuatro castas" - Cita IV, 13)	<b>TRIVARGAS</b> (funciones)	<b>SHAstra</b> (tratados)	<b>CONDUCTAS INDIVIDUALES</b>  Alimentos que consumen      Forma de dar Limosna
<b>MITRA-VARUNA</b> (más tarde ocupará este puesto i Brahmaná)	<b>SATTVA</b> - (pureza, ritmo, armonía y ánimo tranquilo, autocontrol, austeridad, luz, sabiduría, fe en Dios, misericordia)	<b>RAJAS</b> (reyes) y <b>BRAHMANES</b> (sacerdotes)	<b>DHARMA</b> (administración de la ley)	<b>DHARMASHASTRA</b> o Código de Manú	sanos y nutritivos      a gente necesitada; desinteresadamente
<b>INDRA</b> (más tarde reemplazado por Vishnú)	<b>RAJAS</b> (emoción, afectividad, pasión, ambición, deseo de vida, activismo, generosidad, apostura, vigor, destreza, valentía)	<b>KASHATRIYAS</b> (caballeros)	<b>ARTHA</b> (valor guerrero)	<b>KANTILIA ARTHASHASTRA</b>	con mucho aliño      con interés (ostentación u otro)
<b>ASVINS</b> (en parte desplazados por Shiva)	<b>TAMAS</b> (prejuicios, ignorancia, hedonismo, apatía, pereza, Marcia, acción que "no repara en su eficacia ni en las consecuencias nocivas")	<b>VAISIAS</b> (pastores, campesinos, comerciantes) y <b>SUDRAS</b> (artesanos, sirvientes)	<b>KAMA</b> (fertilidad, habilidad práctica)	<b>KAMASUTRA</b>	pútridos      con demostración de insolencia; a personas Indignas

Entre los siglos XV —de la invasión aria— y XI antes de Cristo se dio el período de asentamiento y acomodamiento, tanto territorial como jerárquico, de los clanes arios en el norte, centro y este de la India. Los nuevos reyes (*rajás*) lograron mantener en torno a sí una zona de influencia, gracias al concurso de su aristocracia guerrera (*kashatryvas*); bajo su férula, la clientela indígena pasó a ser la servidumbre de los amos arios, encargada de las labores agrícolas, artesanales y, en general, productivas; tributando a estos señores guerreros, recibían en contrapartida su protección y justicia. (Compárese este proceso con el surgimiento de la nobleza feudal europea, tras la invasión de los germanos sobre el imperio romano.)

Sin embargo, en la India, todo dominador termina dominado. La necesidad de recurrir a la ancestral sabiduría indígena, más aclimatada y apropiada para controlar la geografía de la India, hizo que los arios fueran indianizándose, al punto que, tras quinientos años, la mezcla de ambas culturas fue completa. De este cruce histórico colosal surgió una nueva civilización, representada por una nueva lengua —el sánscrito— y bien definida por una nueva cosmología: la tradición védica ariodravídica, pues si la estructura es aria, buena parte del contenido es indígena. Como ya dijimos, un nuevo ciclo de vida comenzaba, un nuevo nacimiento en buena armonía (entendiendo como tal la buena correlación e identidad del hombre y su ambiente), espejado en el *Rig Veda*.

Trataremos de explicar qué es esto y habremos, tal ver, mostrado el embrión de lo que sería la posterior civilización hindú.

## DESARROLLO DE LA INDIA INDOARIA HASTA LAS REFORMAS RELIGIOSAS

La historia de la India entre la compilación del *Rig-Veda* y las fuentes búdicas y jainas fue esencialmente un desarrollo del pensamiento, ambientado en una convivencia no del todo pacífica entre los diferentes príncipes arios.

En los textos compuestos con posterioridad al *Rig Veda* fue quedando constancia del dominio sobre la geografía. La toponimia, muchas veces de origen pre-ario, quedó incorporada a la poesía épica del período; así, por ejemplo, se referirán a "el país de los cinco ríos" (alto Indo), "el país de los kauru" o kauravas entre el Ganges y el Yamuna, la zona de Kochala y Videha (Ganges medio), aunque aún se refieren a Maghada y Bengala como países extranjeros.

### Los puranas

Pero el género literario de todas esas historias de príncipes arios, los *puranas*, no resultan ser únicamente eso: poesía épica. Hay una finalidad mística en estas largas descripciones puránicas, llenas de detalles y minuciosidades; ellas describen la geografía del alma y las batallas interiores en las que la voluntad y el deseo del bien, debe imponerse sobre toda inclinación hacia el mal. Cuando en los Puranas se describen reinos con ricos habitantes, mandados por bondadosos reyes que viven en lujosos palacios, ubicados en un paisaje que podemos reconocer como algún lugar del norte de India, no sólo tenemos el testimonio histórico del período de los reinos arios, sino también una poesía que a través de su textura logra guiar, al que la medita en su corazón, por los caminos del ascenso espiritual. La tradición puránica contiene elementos de antigüedad inmemorial, como es por ejemplo la leyenda de Krishna, probablemente de origen local y preario.

Escritos para edificación del pueblo, los *puranas*, consagrados en su mayor parte a Vishnú, son poemas que ponen de manifiesto, con una ingeniosa inventiva y una riqueza de imágenes y de expresión que llega hasta el refinamiento, la historia de la creación del mundo y de los primeros destinos del pueblo ario en la India.

Son, en suma, la teogonía y la historia de la India primitiva, puestas al alcance del pueblo indio, obra de fe, llevada a cabo con una elevación de pensamiento y una riqueza de imaginación que no han sido sobrepujadas por ninguna otra literatura.

La doctrina de los *puranas* tiene por principio la identidad del ser humano con la divinidad.

Damos aquí un extracto del *Brahma Vaivarta*, que, con más perfección que cualquier otro libro, sintetiza las bellezas de los puranas.

Krishna (o Vishnú) ha dicho a su mujer Radha: "marcharás errante por la Tierra bajo la forma de una mujer mortal". Radha se lamenta y desea conjurar la desdicha que la amenaza:

—Tomaré la forma de una mujer. ¡Damán<sup>3</sup> ha lanzado sobre mí su maldición! ¿A qué recurso acudiré ahora? Oh, tú que destruyes el temor, dímelo. Sin ti ¿qué haré para vivir? Sin ti, mi señor, un segundo me parece la eternidad. Mi corazón, privado de tu mirada, se secaría.

Tu rostro, bello como la luna en noche de otoño, y resplandeciente como la bebida de los dioses, oh, mi señor, lo bebo con mis ojos, a través de las pestañas de mis párpados, de noche y de día.

---

<sup>3</sup> Esclavo preferido de Krishna.

Tú eres mi alma, mi esencia, mi espíritu, mi verdadero cuerpo, lo juro. Tú eres mi vista, mi vida y mi riqueza suprema. Que yo duerma o que, vele, en ti se cifra mi pensamiento; y veo siempre tus pies de loto.

Yo no podría vivir un instante, oh, mi dueño, sin ser tu esclava.

Emocionado por esta plegaria, Krishna estrechó a la bella Radha contra su corazón: la consoló y la tranquilizó.

Yo también, le dijo, iré a la superficie de la Tierra, oh, noble diosa. Puesto que decidido está que tú debes nacer allí, desciende conmigo. Me pasearé en los bosques de Vi-rajá cuando allí te encuentres, oh, bella deidad.

Te amo más que a la vida: ¿qué podrás temer, si estoy a tu lado?

Cierto día en que Hari (Krishna) acababa de separarse de su mujer Radha, después de un largo paseo en el bosque encontró a otra *gopi*, Viraja, a quien rodeaban mil y mil ninfas admirablemente bellas.

De repente, el dios veleidoso se sintió herido de amor por aquella graciosa pastora, a quien muchos jóvenes servían de humilde cortejo.

He aquí de qué manera el poeta refiere la entrevista de los dos amantes, y el efecto que produjo a la infeliz Radha la traición de su esposo:

Sentada en su carroza, que hacía las veces de trono real, vio a Hari delante de ella y Hari la contempló: el rostro de la joven se parecía a la Luna llena; su belleza era arrebatadora, su mirada seducía, sus gracias eran las de una ninfa de dieciséis años; llevaba adornos del coral más rico, vestía un traje blanco, y su cuerpo se estremecía de placer al sentirse objeto de las flechas del dios del amor.

Después de haberla contemplado, Han la llevó consigo, en un instante, a un montecillo de flores de la gran selva desierta.

Entregada a la delicia del amor, Viraja se olvidó del mundo, oprimiendo contra su corazón al señor de su vida.

Las compañeras de Radha, viendo a la ninfa y al dios, juntos en su fresco retiro, se apresuraron a informar del suceso a su soberana.

"¿Podéis mostrármela? les dijo la gran diosa; si vuestras palabras son ciertas, venid conmigo. Yo recompensaré como lo merecen, al perjuro y a la moza. Traedme sin demora todas las demás mujeres a quienes él quiere. En cuanto a ese engañador cuyos labios sonrientes están humedecidos por un néctar emponzoñado, si por capricho amoroso se presenta, no lo dejéis entrar."

Oyendo las palabras de Radha, las ninfas se sobrecogieron de temor. Todas, juntando las manos en forma de copa e inclinando la cabeza con respeto delante de su buena y bien amada señora, exclamaron: "Nosotras te mostraremos a ese dios, en los brazos de Viraja".

A esas palabras la diosa se dirigió a su carro.

Aquel carro era un admirable monumento, un edificio inmenso de cien *yodjanas* de longitud; de una latitud y de una altura proporcionadas; construido sobre un número infinito de ruedas, rodeado de tapicerías preciosas de voluptuosos ropajes y de espléndidos espejos; su ornamentación era de perlas, de diamantes, de leones de oro, de soles formados de toda clase de pedrerías, de guirnaldas y de coronas, de maderas olorosas y perfumadas... Columnas gigantescas le servían de soportes; por medio de incalculables tramos, se llegaba a sus departamentos, espléndidamente amueblados, provistos de vasos y de utensilios de oro, de todas clases.

La diosa montó en él, seguida de dos mil veces diez millones de ninfas.

Rápida como el pensamiento, la carroza llegó prontamente al retiro de Krishna y de Viraja.

Habiendo descendido de la carroza, la diosa vio delante de la puerta del tocador de verdura a Damán, el muy bello guardián de rostro franco tal como un loto, el servidor querido de Krishna, rodeado de una tropa innumerable de gente.

La diosa irritada lo apostrofó de esta manera: "Vete lejos de aquí, huye muy lejos, esclavo de un dueño libertino: ¡Quién sabe si habré de verle aún otra favorita!" Habiendo oído la voz de

Radha, el vigoroso boyero se colocó delante de ella atrevidamente, con la vara levantada para impedirle la entrada en el retiro de su señor; pero las compañeras de Radha, temblándoles de cólera los labios, rechazaron prontamente a Damán con sus manos, sin embargo delicadas.

Al oír el ruidoso tumulto que producían todas aquellas mujeres, el mismo Hari se desvaneció reconociendo entre todas las demás voces, la voz de Radha.

Temiendo la cólera de esta diosa, cuyos clamores habían trastornado a Krishna, Viraja entregada totalmente a la pasión de su corazón, perdió súbitamente la vida; y su cuerpo se convirtió en un río, río admirable y bello, abundante en perlas, de diez mil yodjanas de ancho, y de una longitud diez veces mayor, que formó su lecho al pie de la montaña, teniendo su curso en medio de la comarca de las *gopis*.

Radha penetró en el retiro voluptuoso de su esposo infiel. Lo buscó dirigiendo la mirada a todas partes; pero Hari a quien la pasión arrastraba, había desaparecido de aquel lugar: caminaba a lo largo de la ribera, y queriendo detener el curso del río, llamó a voces, llorando, a Viraja, que convertida en río de aguas rápidas, obedecía al poder cuyo decreto fatal tenía que sufrir, y seguía el declive que la atraía, la arrastraba y la precipitaba, entonces, para siempre y sin cesar.

"Ven a mí, decía, ven, oh, mujer, la mejor, la primera, la más querida entre todas las mujeres; sin ti ¿cómo podré yo vivir?"

"Reina de los ríos, diosa excelente, tú, a quien bendigo, tú, tan graciosa, ¡toma un cuerpo! De lo que fuiste hace poco, no queda más que agua que se escapa; triunfa del sortilegio, oh, predilecta mía, y reviste una forma aún más admirable que la que antes tuviste.

"¡Escápate de las ondas, levántate y ven hacia mi con una belleza nueva!"

Y bella como Radha, la ninfa salió de las olas, para volver al lado de Hari.

Al ver a la bella deidad, Krishna, el señor de los mundos, se entregó a todos los transportes del amor; olvidó el universo y se retiró con su adorada al fondo de la más completa soledad.

Un siglo después, Viraja fue madre de siete bellos hijos.

Pero, abandonada por el dios, maldijo a sus hijos.

"¡Que éste se convierta en océano —dijo— y que nunca beba de su agua ningún hombre!"

Profirió otras imprecaciones contra todos sus hijos. "¡Insensatos! ¡que vivan en la Tierra! ¡que bajen al suelo de la agradable Jambudipa!"

"Pero ¿dónde tendrán su morada? En cualquier isla en que fijen su residencia, ¿vivirán felices mis hijos? Donde quiera que se hallen, en medio de las islas o del desierto, mis hijos correrán de una parte a otra jugando entre los ríos."

Por efecto de la maldición materna, el más joven se convirtió en océano; y los otros, penetrados de dolor, se resignaron a bajar a su destierro terrestre, después de haberse humillado a los pies de su madre, inclinando ante ella la cabeza con respeto.

Convertidos en siete mares distintos, en otras tantas islas diferentes, se apartaron los unos de los otros, y cada uno de ellos formó uno de los mares siguientes, objeto de los deseos humanos: mares de sal, de azúcar, de licor espirituoso, de manteca, de leche cuajada, de leche y de agua de lluvia.

La desgraciada ninfa, privada de sus hijos, vertió abundantes lágrimas.

Sabiendo que ella se encontraba abismada en un mar de dolores, el esposo de Radha, fue de nuevo a encontrar a Viraja, con rostro franco, a semejanza de la flor del loto.

A la presencia del dios preferido, la aflicción y los suspiros cesaron: un océano de alegría inundó el corazón de Viraja. Hari estrechó contra su pecho a la ninfa que sufría de amor, y la consoló por la pérdida de sus hijos, que ella misma había proscrito.

Hari volvió en seguida al lado de Radha. Pero ésta se hallaba muy irritada por la nueva fuga de su esposo.

"¡Esta bien, Krishna, tú, el amante de Viraja! Vete; aléjate de mi residencia. ¿Cómo tu impudor se atreve a acercarse a mí, libertino, disoluto, ladrón de amor?"

¡Ve otra vez a encontrar a aquella mujer que te encanta, aquel loto, aquella perla! Dirígete, si quieres, a cualquier muchacha del campo, aunque sea muy ordinaria, con tal que ame el placer de los sentidos.

Sí, amante de un río, tú soberano señor, dueño de los dioses, te lo ordeno; séparate del umbral de mi morada solitaria.

Tú que te rebajas hasta sentir las pasiones humanas y te corrompes en el vicio, entra en el seno de una mortal y sé concebido por ella. Desciende a la Tierra, desde el cielo de las *gopis*.

¡Vamos, Sucila, Sacikala, Madavi, que sea expulsado ese engañador! ¿Qué hace aquí?"

Las ninfas de Radha no sabían cómo ejecutar la orden de su reina. Sin embargo, rechazaron dulcemente al dios, que retrocedió. Esa despedida irritó a Damán, que se dirigió en estos términos a Radha:

"¿Por qué motivo, oh, diosa, dirigís tan duras palabras a mi señor?"

"Vos, la reina y la más perfecta de todas las excelentes diosas que se hallan bajo su poder y que le besan los pies para adorarlo, ¿no lo conocéis, pues, oh, diosa preferida?..."

"Calmad pronto vuestra cólera; someteos a Hari, que puede, con sólo fruncir el entrecejo, aniquilar la creación, arruinar la obra de Brahma en un abrir y cerrar de ojos, y precipitar del cielo en un solo día a 28 Indras."

En vez de apaciguar el enojo de Radha, las palabras de Damán no hicieron más que aumentarlo. Con los ojos encendidos y los labios trémulos, se lanzó hacia el umbral del palacio y dijo:

"¡Vergüenza para ti, despreciable insensato, servidor de un libertino! Escucha: tú lo sabes todo, sin duda; pero yo, yo, no conozco a tu señor; porque ese Krishna a quien sirves, no es tu señor de igual manera que lo es mío. ¡Atrás, pues, vil esclavo!"

"Lo mismo que los *asuras*<sup>4</sup> desafían sin cesar a los dioses, así tú me insultas, ser irracional: conviértete, pues, en asura. Boyero, vete al cielo de las *gopis* y ve a nacer de un seno miserable. Ahora que estás maldecido por mí, ¿quién podrá salvarte?"

Habiendo hablado de esa manera, Radha se quedó inmóvil y como privada de sentimiento. Las ninfas la rodearon agitando mosqueros guarnecidos de piedras preciosas.

Damán, cuando oyó el discurso de la diosa, se mostró irritadísimo. Con los labios temblorosos, pronunció esta imprecación:

"¡Lejos de aquí! ¡Ve a nacer en un seno abyecto! Te dejas dominar por la cólera como una mortal: ve, pues, a ser una mujer en la Tierra, oh, reina, cuya exigente voluntad yo castigo."

Radha descendió a la Tierra, en la que vivió separada de Hari durante un siglo. Damán llegó a ser jefe de los asuras. En cuanto a Krishna, ese dios, nació hijo del rey Vasudeva y de la reina Devaki. Dicha princesa tenía un hermano, Kansú, al cual presagios misteriosos le habían anunciado que moriría víctima del octavo hijo de su hermana. Kansú quiso entonces matar a la reina; pero renunció a su proyecto, fiado en la promesa que le hizo Vasudeva, de entregarle todos los hijos que Devaki diese al mundo. Seis de esos hijos habían sido ya sacrificados. El séptimo escapó milagrosamente de la muerte. Krishna fue el octavo. Cuando nació, su madre lo substituyó por la niña Radha, hija de Nandi y de Yasoda.

Algún tiempo después, Kansú celebró la paz con su hermana y su cuñado; todo temor se había desvanecido: Radha volvió a su familia, y Krishna a la suya.

De ese modo entró en la India aquel héroe famoso, tipo de la raza aria, que siguiendo el curso de los ríos y de los arroyos, conquistó la gran península.

## El Ramayana

Toda la producción intelectual de la época está llena de simbolismo. En su envoltura lingüística están reflejadas las costumbres de ese tiempo, pero contiene un fino y poderoso espíritu que trasciende su propia época. Otra de las más destacadas epopeyas brotadas entonces es el Ramayana, una de las obras más sublimes y compactas

---

<sup>4</sup> Demonios.

de la literatura sánscrita. Se atribuye a Valmiki, poeta védico que bien pudo haberla ordenado, imponiéndole su sello, la forma definitiva se habría logrado hacia el siglo VIII antes de Cristo. El *Ramayana* es voluminoso, aunque no es tan excesivo como el Mahabharata; pero tiene menos frases hechas, menos repeticiones, y por lo mismo, gana en fuerza y claridad. En él, todo es inmenso: la bondad del héroe Rama, su protagonista, la lealtad de su esposa Sita, la entereza proverbial, divina, de sus aliados; en cambio, sus enemigos representan la maldad infernal; las batallas duran semanas "sin tregua de una hora; ni aun de un minuto..."; cuadros sangrientos en que los ejércitos combatientes se disparan flechas por centenares de millares, y donde los héroes atacados desarraigan árboles para convertirlos en mazas, y los titanes y los monstruos espantosos se arrojan los unos a los otros montañas enteras. El argumento central del *Ramayana* consiste en las aventuras del príncipe Rama, encarnación de Vishnú que sólo descubre la verdadera dimensión de su existencia cuando, al final de las tareas que debe emprender para liberar a su esposa y recuperar el trono usurpado por una de sus madrastras, aflora su conciencia divina.

Todas las batallas de la epopeya tienen por único objeto la liberación de una joven, cuyo nombre por sí solo es una sonrisa: Sita. Solamente demonios horribles son exterminados, y los ágiles monos que mueren por ella en los combates, serán resucitados por Indra, el señor de los dioses, a ruego del jefe victorioso.

La sensibilidad, el encanto, la imaginación más fecunda, el más deslumbrador estilo, caracterizan esta obra; son las cualidades que se encuentran en todas las producciones de esta literatura, porque son el reflejo del alma del pueblo indio; de ese país donde las maravillas de la naturaleza despiertan profundos pensamientos, nobles acciones y apetitos de goces dulces y refinados de la vida fácil, sencilla y sonriente; de esas comarcas de la leyenda y del sueño.

Los dioses son amenazados por los raksasas, raza de demonios terribles, de inmensa fuerza, gobernados por el rey de diez cabezas, Rayana, que reside en Lanka (Ceilán). Aquellos seres dedicados al mal, invaden poco a poco el universo y hasta amenazan al cielo y a sus divinos habitantes; el dios Vishnú se sacrifica por el bien de todos y encarna entre los hombres.

Dasarata, rey de Ayodya, hace beber a sus cuatro mujeres un brebaje compuesto por los dioses; Kaosalya, su primera mujer, da al mundo a Rama. El cuerpo de este príncipe es el que anima Vishnú.

Otra mujer del rey, Kekeyi, da al mundo a Barata; Sumitra, la tercera, es madre de Laksmana y de Satruña. Éste era devoto de Barata, y Laksmana lo era de Rama.

Rama contrae matrimonio con Sita, hija del rey de Mitila, del país de Videa; después de ese acontecimiento, el rey Dasarata madura el proyecto de compartir su poder real con Rama; pero el día en que Rama debía ser consagrado, Kekeyi, inspirada por la raksasa Mantara, obliga al rey, su esposo, a cumplir una promesa que le había hecho de concederle el primer favor que ella le pidiese. Le pide, pues, que destierre a Rama y que en lugar de éste ponga en el trono a su propio hijo, Barata. El rey se resiste, pero Kekeyi porfía y vence hasta la voluntad de Kaosalya, madre de Rama, la que, "delirante de pena", teme que su hijo sea desterrado en medio de los bosques.





*Sri-Sita-Rama-Lakshmana-Han*

Rama, hijo respetuoso, da cumplimiento a la voluntad de su padre y marcha a la selva, donde habrá de residir catorce años. Le siguen a su retiro Sita y Lakshmana.

"Y he aquí que entraron en el bosque de Chitrakuta, de árboles variados: Rama habló de este modo a Sita:

"—Mira, mi bella amada, mira cómo en los bordes del Mandakini, la naturaleza, al pie de cada árbol, nos ha preparado lechos bordados con multitud de flores."

Los dos hermanos se construyeron, pues, una cabaña. Llegamos a saber, en el intervalo, que Dasarata se halla bajo la maldición de un anciano anacoreta ciego, a cuyo hijo ha matado por descuido en una cacería. El poeta nos refiere la escena patética en la que Dasarata presenta al anciano y a su mujer, ciegos, el cadáver de su hijo Yadjnyadata.

Oprimidos por una pena mortal, el anciano y su mujer cayeron inanimados exhalando un doble grito de dolor. La madre recobró primeramente sus sentidos y cubrió de caricias el rostro de su esposo; después gimió de una manera lamentable, como una vaca a la que han quitado el ternero que cría. "Oh, hijo mío, mi Yadjnyadata, muy amado —exclamó la infeliz—; ahora guardas un profundo silencio: ¿por qué me has dejado, a mí, a tu madre, que era para ti más querida que la vida? Tú no me has abrazado antes de partir para tu último viaje." El padre de

Yadjnyadata se reanimó al cabo, sintiendo el corazón traspasado por el sufrimiento. Dirigió a su hijo palabras extraviadas por el dolor, al mismo tiempo que palpaba con sus manos trémulas el cadáver del infortunado adolescente: "Oh, hijo mío, ya no reconoces a tu padre, ciego el infeliz. ¡Vamos, levántate! Pasa un brazo alrededor del cuello de tu madre y el otro alrededor de mi cuello. Guíanos y marchemos al bosque... Después, párate, coge frutas para nosotros, corta leña para encender el fuego que cocerá nuestros alimentos..., porque ¿de qué modo podría hacer ese oficio, yo que soy ciego, y cómo tu madre, ciega también, podría subsistir sin tu ayuda? Pero estás muerto. No te moverás más. Espera el día que seguirá al presente: la pena habrá agotado nuestra resistencia, ya tan débil, y partiremos contigo..."

"Tú has vivido inocente y has sucumbido bajo los golpes de un malvado: por ese motivo habitarás en el cielo con los héroes que han sido libertados del suplicio de una nueva existencia. Habitarás en la esfera en que residen aquellos que fueron en vida fieles a sus esposas: vivirás una existencia inmortal al lado de todos aquellos que procuraron en la Tierra el bien de sus semejantes, porque fuiste el fundamento de la felicidad de tus padres."

Yadjnyadata se aparece a sus padres y sube al cielo. El anacoreta maldice entonces a Dasarata y le desea una desdicha. Dasarata, ya en la vejez, muere dulcemente. A la muerte del rey, su padre, Barata quiere que pase el poder a manos de Rama, y marcha a buscarlo.

Cuando Barata hubo atravesado el Ganges con todas sus tropas, dijo a Gua: "¿Por qué camino deberemos ir para llegar al sitio en que se encuentra el digno hijo de Ragú?"

Gua le respondió: "A partir de aquí, debes ir hacia la selva a buscar la confluencia, donde hay multitud de variadas clases de pájaros. Harás alto en este sitio, y en seguida dirigirás la ruta hacia el retiro de Baradvadja, situado al este del bosque, a la distancia de un krosa".

Cuando a cierta distancia divisó el retiro de Baradvadja, el augusto príncipe mandó hacer alto a todo su ejército y él avanzó acompañado de sus ministros. Marchaba a pie detrás del gran sacerdote del palacio, sin armas, sin escolta, y vestido con un humilde traje de lino. Llegado al umbral de la cabaña siguiendo al gran sacerdote, Barata vio al anacoreta rodeado de una majestad suprema y con el brillo de un esplendor reluciente.

Al notar la presencia del santo, el digno hijo de Ragú suspendió en el acto la marcha de los ministros, y él entró solo con el consejero. Apenas el ermitaño de las grandes maceraciones hubo visto a Vasista, se levantó precipitadamente de su asiento. "Permíteme que te ofrezca — dijo el solitario al hijo de Kekeyi— los refrescos que un individuo debe dar a su huésped. Pero quiero, además, ofrecer un banquete a todo ese ejército que te sigue. Para mí será muy grato el pensar, oh, noble príncipe, que ese ejército haya recibido de mí una buena acogida."

Entonces penetró en el recinto del fuego sagrado, bebió agua, se purificó, y como necesitaba disponer de todo aquello que la hospitalidad demanda, invocó e hizo aparecer al mismo Visvakarma. "Quiero dar un banquete a mis huéspedes —dijo al celeste genio llegado a su presencia—. ¡Que se me proporcione sin dilación un espléndido festín! Haz que corran por aquí todos los ríos de la Tierra y del mismo cielo y que entren por Oriente y salgan por Occidente; que unos sean de licor, que otros contengan vino en vez de agua, y que en otros corra una onda fresca y dulce semejante, por el sabor, al jugo que se extrae de la caña del azúcar.

"Que la luna me proporcione alimentos más sabrosos, todas las cosas que se comen, se saborean, se chupan, se beben; toda clase de carnes y de bebidas, y diversidad de ramos de flores y guirnaldas, y que haga que de estos árboles mane miel y toda especie de licores espirituosos."

Mientras que el ermitaño, con las manos juntas, permanecía con el rostro inclinado hacia Oriente y con el alma sumergida en la contemplación, todas las divinidades llegaron a su retiro, familias por familias.

La Tierra se allanó por sí misma en una extensión de cinco yodjanas a la redonda, y se cubrió de tierno césped que semejava un semillero de lapislázuli coloreado de azul. Allí aparecieron plazas espléndidas cerradas por cuatro edificios, caballerizas destinadas a los corceles, establos para elefantes, numerosas arcadas, una multitud de suntuosas casas,

innumerables palacios y hasta un castillo real adornado de majestuoso pórtico, regado con aguas perfumadas, tapizado de flores blancas y parecido a grupos argentados de nubes.

Cuando el héroe de los fuertes brazos, hijo de Kekeyi, se hubo despedido del gran sacerdote, entró en aquella morada deslumbradora por las muchas pedrerías. En el mismo instante, a una voz de Baradvadja, se presentaron delante del huésped los coros de las Apsaras, adornadas con sus más preciosos ornamentos, formando numerosos enjambres enviados por el dios de las riquezas, mujeres celestes en número de veinte mil, parecidas al oro por su esplendor y flexibles como los tallos del loto. El huésped fue cogido por una de ellas, que haría enloquecer de amor repentinamente a cualquier hombre. Treinta mil mujeres más acudieron de los bosques de Nandana.

"—¡Vamos —decían—; todo está dispuesto! ¡Que sin medida se beba leche y sura mezclada con agua o pura! Tú, que deseas comer, saborea aquí a toda tu satisfacción las viandas más exquisitas."

Complacidos en todas las cosas que el deseo puede apetecer, adornados con velos rojos, arrebatados hasta el encantamiento por los atractivos de las Apsaras, los hombres del ejército lanzaban al aire estas palabras: "No queremos regresar a Ayodya! ¡No queremos volver a la selva de Dandaka! ¡Adiós, Barata! ¡Que Rama haga de nosotros lo que quiera!"

Así hablaban infantes, jinetes, servidores, guerreros que combatían montados en carros o en elefantes. Miles de hombres lanzaban gritos de alegría diciendo: "¡Éste es el paraíso!"

Mientras que así se regocijaban en el retiro del anacoreta, como los inmortales en los bosquecillos de Nandana, transcurrió la noche entera. Entonces, los ríos, los Gandarvas y las ninfas celestes se despidieron de Baradvadja y se marcharon como habían venido.

.....  
Después de alojado el ejército, el eminente Barata, impaciente de ver a su hermano, se dirigió al retiro de éste acompañado de Satruña. "Ya hemos llegado, según creo, al sitio de que Baradvadja nos ha hablado. De la cabaña de Rama procede, sin duda, aquel humo que veo subir y confundirse en el cielo azul, humo del fuego sagrado que los penitentes alimentan sin fin en medio de las selvas. Hoy verán mis ojos a ese digno vástago de Kakutsta, cuyo aspecto es semejante al porte de un gran santo, y cuyo proceder está completamente ajustado a los mandatos de mi padre."

Allí, en un lugar situado entre el norte y el este, Barata vio en la casa de Rama un altar elevado, donde brillaba el fuego sagrado; después vio al reverendo solitario sentado en el interior de su choza de follaje, aquel Rama de hombros de león, que, fiel al cumplimiento de su deber, llevaba humildemente su áspero vestido de corteza y sus cabellos al estilo de los anacoretas.

Inundado por el dolor y la pena, ante el aspecto del noble ermitaño, que descansaba sentado entre su esposa y Laksmana, el afortunado Barata, hijo virtuoso de la injusta Kekeyi, se precipitó a los pies de su hermano y balbuceó estas palabras con voz sofocada por las lágrimas:

"—¡Por causa mía, mi hermano, acostumbrado a todos los placeres de la existencia, fue condenado a tal infortunio! ¡Yo soy un bárbaro! ¡Vergüenza eterna para mi vida, censurada por todo el mundo!"

Llegado cerca de Rama, afligido y con el rostro inundado de sudor, el desgraciado Barata cayó llorando a los pies de su hermano. El mayor de los ragüidas besó en la frente a Barata, lo estrechó entre sus brazos, lo hizo sentar a su lado y le dirigió dulcemente estas preguntas:

"—¿Dónde está tu padre, amigo mío, cuando has venido a estos bosques? Porque tú no podrías venir sin él viviendo nuestro padre. ¿Cómo está el rey Dasarata, fiel observador de la verdad? Y Kaosalya ¿es feliz con su fiel compañero Sumitra? Y Kekeyi, la gran reina, ¿vive con alegría?"

Entonces Barata, con el alma turbada y bajo una profunda aflicción, hizo saber en estos términos al piadoso Rama que le interrogaba la muerte del rey su padre: "—Noble príncipe, el gran monarca ha abandonado su imperio y se ha ido al cielo, perturbado por el pesar del acto doloroso que llevó a cabo desterrando a su hijo. Siguiéndote a todas partes con sus remordimientos, privado de tu presencia, no pudiendo separar de tu pensamiento su alma siempre unida a ti, abandonado por ti, por causa tuya, tu padre ha descendido al sepulcro.

"¡Dígnate concederme ahora una gracia, a mí que soy tu servidor! ¡Hazte consagrar en el trono de tus padres, como Indra lo fue en el trono del cielo! Todos los súbditos que ves y nuestras nobles madres, las viudas del rey difunto, han venido a buscar aquí tu presencia: concédeles también el mismo favor."

Varios pasajes más adelante, ya enfrentados los enemigos, se celebra este terrible combate entre Rama y sus amigos contra el rey de los demonios y sus huestes infernales... A su vez, Rayana hostilizaba a Rama con una diversidad de flechas. La escena de aquel tumultuoso y formidable combate se desarrolló unas veces en el cielo y otras en la Tierra, y duró siete días, sin cesar ni una hora, ni un minuto.

Rama, en aquel trance, tomó un dardo que Brahma había fabricado en otro tiempo en favor de Indra; ese dardo, en su parte emplumada, tenía el viento, y en su punta, el fuego y el sol. Brahma había hecho que en el centro de ese dardo se sentaran las divinidades que representan el terror: tenía, además, la forma de la muerte.

Rama blandió con toda su fuerza su arco, e hirviendo de coraje lanzó a Rayana aquel dardo terrible, que cayó sobre el demonio y le horadó el corazón; en seguida, cumplido su objetivo, el dardo volvió por sí mismo a su aljaba.

Rayana, extinguido su esplendor, aniquilada su fogosidad, exhalada su alma, se desplomó desde su carro sobre la tierra.

La batalla ha concluido. Rama envía a Hanumat a la ciudad de Lanka y le encarga buscar a Sita, su esposa. Ésta, "cuya alegría no dejaba paso a su voz, incapaz de articular una sola palabra", se hace conducir al lado de su esposo.

En presencia de aquella mujer que animaba un cuerpo de celestial belleza, Rama no pronunció una sola palabra, porque la duda había entrado en su alma: sus ojos aparecían amoratados extremadamente, como consecuencia del esfuerzo que el héroe hacía para contener las lágrimas. Sita, sin tacha, inocente, de alma pura, no consiguió de su esposo ni una sola palabra. Así, con los ojos bañados por lágrimas de pudor, al hallarse entre los pueblos reunidos, prorrumpió en torrentes de llanto cuando se fue aproximando a Rama, a quien dijo: "¡Esposo mío!" Y se pudo observar que la intensa mirada que dirigió a éste expresaba más de un sentimiento: había en ella admiración, alegría, amor, cólera y dolor. Pero Rama, contrayendo sus negras cejas, le dirigió estas cáusticas palabras: "He hecho todo lo que puede hacer un hombre para lavar una ofensa; por ese motivo te he libertado. He dejado, pues, en salvo mi honor. Pero ¿es digno de un hombre de corazón, perteneciente a familia ilustre y en cuya alma ha brotado la duda, es digno que vuelva a vivir con su esposa, después que ésta ha habitado bajo el techo de otro hombre? Ve, pues, donde quieras; me despido de ti; ve, djanákida, allí donde te plazca. He ahí los diez puntos cardinales del espacio; escoge. Ya no hay nada de común entre nosotros dos".

Enjugando su rostro bañado por las lágrimas, Sita dijo a su esposo, lentamente y con voz conmovida, estas palabras: "Nunca, nunca, ni en pensamiento, he cometido contra ti la más mínima falta; que los dioses, nuestros dueños, te den una felicidad tan verdadera como cierta es esta afirmación mía. Si mi alma, príncipe, si mi natural casto y nuestra vida común no han sido bastante para darte confianza en mí, esa desgracia me matará para la eternidad".

Después dijo con tristeza a Laksmana: "Hijo de Sumitra, levanta para mí una pira; ése es el único remedio que a mi infortunio queda; castigada injustamente por tantos golpes, ya no me restan fuerzas para soportar la vida". Después de esas palabras de la mitilana, el robusto guerrero, conformándose a los deseos de Sita, preparó una hoguera.

Entonces, Sita, con suprema resolución, se prosternó un momento ante su esposo, y se arrojó a las llamas.

De pronto, Kuvera, rey de las riquezas; Yama, dios de la muerte, el dios de la mil miradas, monarca de los inmortales, y Varuna, soberano de los dioses, el afortunado; Shiva, de los tres ojos; el augusto y afortunado creador del mundo entero, Brahma, y el rey Dasarata, conducidos en una carroza por los aires, acudieron a aquellos lugares.

En seguida, el más eminente de los inmortales extendió su fuerte brazo y dijo al ragüida que estaba ante él con las dos manos juntas en forma de copa: "¿Cómo puedes ver con

indiferencia el hecho 'que Sita se arroje al fuego de una hoguera? ¿Cómo, oh, tú, el primero entre los mayores dioses, no te reconoces a ti mismo? ¡Cómo! ¿Eres tú quien se atreve a dudar de la casta videana, como si fueras un esposo vulgar?"

A estas palabras del creador de todo el Universo, Rama respondió: "Yo creo que soy simplemente un hijo de Manú; que sólo soy Rama, hijo del rey Dasarata". Entonces el Ser del esplendor infinito habló así al Kakútstida: "Escucha ahora la verdad, ¡tú, de quien la fuerza nunca se ha desmentido! Tu excelencia es Narayana, dios augusto y afortunado. Eres la morada de la verdad; se te ha visto desde el principio hasta el fin de los mundos, pero no se sabe ni tu principio ni tu fin. Para la muerte de Rayana entraste aquí abajo en un cuerpo humano. Para beneficio nuestro has consumado esa empresa, ¡oh, tú, la más fuerte columna que sostiene el principio del deber! Ahora que el impío Rayana ha muerto, vuelve gozoso a tu mansión".

Mientras tanto, el fuego ardiente y sin humo había respetado a la djanákida colocada en medio de la hoguera: de pronto, el fuego encarnó en un cuerpo y se lanzó por los aires, llevando a Sita en sus brazos.

El Fuego mismo puso en el seno de Rama a la joven, a la bella, a la sabia videana de las joyas de oro puro, vestida con traje escarlata, adornada de frescas guirnaldas de flores y parecida al Sol.

Entonces, el testigo incorruptible del mundo, el Fuego, dijo a Rama: "He aquí a tu esposa pura y sin tacha; yo, el Fuego que ve todo lo que hay manifiesto y Gatito, te garantizo que no existe en ella la menor falta..."

El rey Dasarata dijo a su hijo estas palabras: "Tú has visto, héroe, transcurrir catorce años, durante los cuales por mí has habitado los bosques en compañía de tu videana y de Laksmana. Tu estancia en los bosques es, pues, hoy una deuda pagada, y tu promesa está cumplida. Mora, sosegado, con tus hermanos disfruta de larga vida".

Mientras que el kakútstida deificado se fue por los aires, Indra dijo estas palabras a Rama: "Estamos contentos; dinos lo que tu corazón desea". A estas palabras, el ragüida, con serenidad de alma, contestó alegremente: "Voy a pedirte una gracia, soberano del mundo entero de los inmortales; dignate concedérmela. Que todos los monos, que vencidos en estos combates cayeron por mi causa en el imperio de Yama, resuciten, gratificados con nueva vida. Que ríos límpidos circulen por los lugares donde estén los monos, y que para ellos nazcan raíces, frutos y flores hasta en el tiempo en que no sea su estación propia..." El gran Indra le respondió: "Hoy mismo será así". Entonces, Sakra vertió una lluvia mezclada de ambrosía en el campo de batalla. Apenas el aguacero hubo caído, los magnánimos monos, vueltos a la vida, se levantaron como si despertaran de un largo sueño.

Rama, acompañado de Sita, recupera entonces la ciudad de Ayodya, de la que Barata le entrega el imperio.

Todos los días, el augusto y virtuoso Rama estudiaba por sí mismo con sus hermanos todos los asuntos de su vasto reino.

Este afortunado poema, que da la gloria, que prolonga la vida y que hace victoriosos a los reyes, es la obra principal que en tiempos compuso Valmiki.

Estará libre de todo pecado el hombre que pueda tener siempre ocupado su oído con el relato de esta historia, admirable y variada, del ragüida de brazos infatigables. Tendrá hijos si quiere hijos, tendrá riquezas si tiene sed de riquezas. Los que simplemente escuchen este poema, obtendrán del cielo todas las gracias, tales como las hayan podido desear.

El meollo del *Ramayana* tiene gran similitud con la leyenda griega de Heracles, lo que ha llevado a algunos estudiosos de mitología comparada a ver en el *Ramayana* una arcaica leyenda indo-europea, desarrollada con elementos locales. Tanto la leyenda de Heracles —"la aventura espiritual griega", como dice Bowra— como el *Ramayana* proveen al pueblo que la protagoniza, en este caso, los indo-arios, de una suerte de autoconciencia. El *Ramayana* representa el choque y la final armonización entre las

dinastías solares (el abolengo ario) y los reinos lunares (los pueblos nativos del sur). La obra guarda con gran belleza literaria un contenido metafísico de abismante riqueza

## **El Mahabharata**

El mismo drama del *Ramayana* es repetido en el *Mahabharata*, la otra magna epopeya de la literatura hindú, de complejísimo simbolismo y que, en su nivel histórico, explica el nacimiento de la sociedad hindú representada en el rey Parikshit, descendiente directo del príncipe Arjuna (la etnia y la tradición arias) y de Krishna (el dios más conspicuo de la literatura hindú). El *Mahabharata* relata la guerra de los Bharata, hecho histórico real, que se remonta al primer siglo de vida de los arios en la India, en sus roces con los indígenas o entre ellos mismos, pero que es ascendido a categoría de argumento poético para contener un mensaje más trascendente. Los Pandavas (hijos del rey Pandú) y sus primos los Kaurava (hijos de Kouru), usurpadores del trono que correspondía a aquéllos, viven aventuras que para unos significan el destierro y para otros, los esfuerzos ilícitos por conservar el poder. Como orgullosos brahmanes, los Pandava aceptan los desafíos que el destino les pone por delante, y como príncipes que eran, salen airoso de todas estas pruebas, demostrando estar en posesión de las virtudes propias de su casta.

A continuación se presenta una de las proezas del príncipe Arjuna, mientras estuvo doce años separado de sus hermanos, tras haberse los cinco enamorado de la misma mujer:

Arjuna, el de los brazos fuertes, había ido a ver a Sakra, rey de los Suras, y a Sankara, dios de los dioses.

Llevaba el arco de Gandara y su propia espada de puño de oro.

Se dirigió hacia el Himalaya y llegó a un bosque sombrío, aunque rico de frutos y de flores, y poblado de pájaros de todas clases.

En el momento en que marchaba por el bosque, un gran ruido de conchas y de címbalos estalló en el cielo; una lluvia de flores cayó seguidamente sobre la tierra, y una multitud inmensa de nubes cubrió el cielo.

Cuando hubo atravesado aquel lugar terrible, Arjuna llegó a la cima del Himalaya. Vio allí árboles con flores, poblados de pájaros que cantaban, y vio torrentes impetuosos cuyas aguas eran del color del lapislázuli.

Aquel guerrero de gran corazón se sintió atraído por tan deliciosa selva, y resolvió someter allí su energía indomable a una terrible penitencia.

Se vistió con un traje tosco, que recubrió con una piel de antílope, tomó un cayado y se alimentó con hojas secas.

Pasó el primer mes comiendo solamente una fruta cada tres noches; en el segundo mes no comió más que una fruta cada seis días; en el tercero triplicó ese intervalo, y cuando llegó el cuarto mes, el hijo de Pandú no tuvo más que el aire por alimento. Entonces, con los brazos extendidos y levantados en alto, sin apoyo alguno, se sostuvo, descansando solamente en la extremidad del dedo grueso de un solo pie.

En este otro pasaje, Arjuna recibe el premio a su rectitud moral.

Indra ha enviado a Arjuna su cochero Matali para que lo transporte al cielo. La carroza se lanza al aire desde lo alto de una montaña.

Temblando de gozo, Arjuna saltó al carro celeste, que en el instante se lanzó al cielo. Cuando hubo llegado a las regiones inaccesibles a los mortales, Arjuna vio pasar en todas direcciones, alrededor, por encima y por debajo de él, carros centelleantes. Ningún astro, ni el Sol ni la Luna, los iluminaba, pero de ellos mismos se desprendía una luz

deslumbradora. Los unos, en el fondo del cielo, parecían pequeños y oscuros, como lámparas próximas a extinguirse; otros, por el contrario, brillaban con diafanidad espléndida.

El héroe, desprendido de todo aquello que podía atarle a la Tierra, contemplaba aquel maravilloso espectáculo embellecido de armonías sublimes.

Vio pasar por delante de él reyes que fueron virtuosos, piadosos anacoretas y guerreros que perdieron la vida combatiendo con valor.

Finalmente divisó la mansión de los santos en la mayor gloria: allí, el suelo estaba alfombrado de flores siempre frescas, y una suave brisa extendía por todas partes un perfume dulce como la virtud.

Después de aquel lugar, había una selva siempre verde, en donde se producían sombras, por las que pasaban algunas ninfas asidas por la cintura y cantando celestes coros. Aquella selva era el refugio de los corazones constantes, donde nunca pueden habitar los mortales que no se arrepienten, ni aquellos que descuidan el hacer ofrendas a los dioses, ni los guerreros que abandonan el campo de batalla.

Aquel imperio está vedado a los que no van en peregrinación a los santos lugares, a los que no hacen limosnas, a los que han profanado objetos sagrados, a los que se entregan a los excesos de la alimentación o de la bebida y a los que son adúlteros.

Después de haber atravesado aquella maravillosa selva, se oía resonar una armonía musical voluptuosa y se penetraba en la residencia de Indra.

Un ambiente cefíreo, embalsamado de gratos olores, envolvía al señor de los dioses, rodeado de ninfas que cantaban sus alabanzas.

Arjuna, al penetrar en la ciudad celeste, fue saludado por sus divinos habitantes. Todos los instrumentos de música celeste resonaron a la vez: guiado por el cochero Matali, siguió un camino sembrado de estrellas, hacia el Sol radiante de Indra. Después, rodeado de todos los genios del cielo, de todos los reyes y de todos los brahmanes, llegó a los pies del mismo Indra.

También tenemos en el mahabharate episodios de ternura y lealtad ejemplares, como el de la princesa Savitri y su esposo Satiava. Esta princesa, pedida en matrimonio por numerosos príncipes, no se atrevía a decidirse por ninguno. Entonces, su padre le ordena que se busque por sí misma un esposo, digno de ella por el nacimiento y las cualidades. Savitri visita las ermitas de los alrededores y fija su elección en Satiava, hijo de un rey destronado y ciego. Ashvapati lo acepta por yerno; pero la joven llega a saber que Satiava ha sido condenado por un oráculo a morir después de un año de haberse casado. A pesar de todo no vacila, porque su corazón había ya hablado, y encarga a su padre que pida la mano de Satiava.

El casamiento se lleva a efecto. Inmediatamente Savitri abandona sus galas y se pone el traje ordinario de los anacoretas para compartir la condición de su esposo.

La joven desposada hace numerosos sacrificios en honor de los dioses, para obtener de éstos el perdón de Satiava; los dioses no se manifiestan, y pronto llega el día en que Satiava debe morir.

En dicho día, Satiava marcha a la selva con un hacha; Savitri le sigue, disimulando su angustia.

Desde los árboles floridos caían sobre la pareja amorosa el canto de los pájaros y el grito de los pavos reales; delante de ellos se ofrecía el espectáculo encantador de los arroyuelos formando cascadas de fuego. Satiava decía a su compañera: "Admira la belleza de todo lo que nos rodea. "Pero Savitri no pudo apartar los ojos de la fisonomía de su esposo, porque su corazón ardía en su pecho, considerando que iba a perder para siempre a Satiava, porque así lo habían dispuesto los hados.

Savitri cogió frutas y flores y llenó de ellas una cesta. Satiava tomó su hacha y con su auxilio derribó algunos árboles. Pero de repente se sintió presa de una pesada laxitud en todos los miembros y se tendió en tierra como para dormir. Savitri se sentó a su lado y apoyó en su pecho la cabeza de su esposo. El instante horrible se aproximaba y Savitri lo esperaba con terror, vertiendo lágrimas silenciosas.

De pronto apareció ante sus ojos espantados un enorme gigante, con los cabellos rojos y los ojos terribles y ardientes. En el momento clavó en Satiava su mirada de fuego.

Savitri, loca de amor, cogió entre sus brazos la cabeza de su esposo, como para impedir que el gigante le quitara lo que ella tanto quería, y exclamó con voz alterada por el terror:

—"¿Quién eres tú, en quien creo reconocer a un dios? Dime quién eres y qué es lo que quieres de mí."

El dios le anuncia, que no era ni más ni menos que Yama, el dios de la muerte. Al oír aquella noticia, la virtuosa Savitri sintió que el frío de la muerte penetraba en sus miembros. Un sudor abundante y frío cubrió todo su cuerpo. "Tú vienes —dijo al dios—, vienes a arrancarme mi esposo muy amado. Gracia te pido, oh, dios poderoso; te pido gracia para él. Toma, si quieres, mi vida, pero déjalo continuar su existencia virtuosa entre sus padres ciegos..." El dios frunció el entrecejo y dijo con voz parecida al ruido de una tormenta: "No intentes desobedecer las órdenes de los dioses".

—"¡Oh, dios poderoso! Yo, desgraciada de mí, no hago más que implorar gracia; no soy más que una mortal; pero, generoso tú, como todos los dioses, concédeme lo que te pido." —"¿Y qué es lo que me pides?" —" La vida de mi amado esposo, en cambio de la mía." —" No puedo concederte eso."

Entonces, para retrasar el instante en que habría de separarse de Satiava, al que ella dirige sostenidas miradas llenas de amor, Savitri pidió al dios... "Concédeme una gracia que voy a implorarte: puesto que habrás de quedar satisfecho con la muerte de Satiava, devuelve a los padres de mi esposo el uso de sus ojos, cerrados a la luz hace ya muchos años." El dios respondió: "Les concedo la facultad de ver". Y se bajó para coger a Satiava con un lazo que tenía en la mano. Pero Savitri separó el nudo fatal.

"Concédeme todavía una cosa: el padre de Satiava ha perdido su reino; va a perder a su hijo; haz que el virtuoso anciano recupere su poder y sus riquezas y que tenga cien hijos más." El dios Yama concedió esta otra gracia a la atractiva Savitri. Después se inclinó nuevamente hacia Satiava. Pero Savitri lo rechazó otra vez.

"Oh, dios poderoso, espera aún; el día no ha terminado. Déjame contemplar una hora más al que voy a perder para siempre, y de quien yo esperaba tener numerosos hijos. Concédeme, te suplico, oh, Yama, que igualas en poder a Indra, concédeme esos hijos en quienes vuelva a encontrar las virtudes de su padre."

El dios concedió también aquella merced después de vacilación. Pero el dolor y el amor retratados en los rasgos de Savitri habían conmovido su corazón de dios, y no pudo negar a la princesa lo que le pedía.

Entonces Savitri, levantando hacia él su cara radiante de alegría, le dijo estas palabras: "Oh, dios, he recibido tu palabra de dios; tendré numerosos hijos, en quienes volveré a encontrar las cualidades de su padre. El padre, por lo tanto, no me puede ser arrebatado. Puesto que sin él no puedo tener descendencia, no puedes llevar contigo a Satiava a tu tenebrosa mansión."

El dios, al oír aquellas palabras, se sintió dominado por un gran acceso de cólera, porque de ningún modo podía borrar la promesa que había hecho a la fiel Savitri. Se vio, pues, precisado a volverse, sin llevar consigo a Satiava.

Cuando el dios hubo desaparecido, produciendo el mismo estrépito que al hacerse astillas muchos árboles, Savitri oprimió fuertemente contra el pecho la cabeza de su esposo, y en la alegría de haberle arrancado a la muerte predicha por el oráculo, cubrió su frente de besos y de lágrimas.

Satiava entonces lanzó un profundo suspiro y abrió los ojos. Parecía salir de un penoso sueño en el que horribles pesadillas le hubieran agitado. El día, mientras que Savitri hablaba al dios, había ido poco a poco dando lugar a la noche, y Satiava quiso emprender el camino hacia su casa, donde su padre y su madre debían estarle esperando con inquietud.

Las tinieblas, mientras tanto, se llenaron de ruidos lúgubres. El bosque, durante el día iluminado por el sol y alegre por el canto de los pájaros, ahora era completamente negro,



y en él sólo se oía el grito de los chacales que aullaban a lo lejos. Satiava dijo entonces a Savitri:

"Vamos pronto a nuestra morada. Mis miembros ya no están lánguidos. Ayúdame a levantarme y dame el brazo en el camino, hacia la casa donde me esperan mi padre y mi madre."

Al llegar a casa, Satiava tiene una inmensa alegría: sus padres ya no están ciegos. Algún tiempo después recobran sus riquezas y su reino; crían numerosos hijos. También Satiava llega a tener cien hijos, que le hacen aún más precioso el amor de Savitri.



*En este bajorrelieve del siglo IX, perteneciente a un templo hindú en Java, Indonesia, Rama aparece junto a su mujer, Sita.*

## **El "Bhagavad-Gita"**

El *Mahabharata* logró su forma literaria definitiva hacia el siglo VII antes de Cristo, pero muchos de sus relatos se refieren al periodo de la invasión aria, si no a una época más remota.

El *Mahabharata* contiene una sublime enseñanza espiritual, cuya quintaesencia se presenta en el capítulo llamado "El canto del Señor", mejor conocido como el *Bhagavad-Gita*, considerado una de las producciones poéticas más preciosas en la historia de la humanidad. El *Bhagavad-Gita*, a juicio de comentaristas de todas las épocas, es la esencia misma de la tradición védica.

En sus breves excelsos versos radica lo mejor del genio indio. Por generaciones, el *Bhagavad-Gita* ha sido fuente de inspiración para literatos, músicos y artistas en general. El *Gita* (como se suele abreviar) es el diálogo que sostiene el príncipe Arjuna con su consejero y amigo Krishna (dios, vestido de incógnito), momentos antes de celebrarse la batalla campal entre Kauravas y Pandavas en la llanura del Kurushetra, sitio real ubicado entre el Ganges y el Yamuna. Como Arjuna titubea, porque no desea entrar en liza con sus propios parientes, Krishna lo insta a no abstenerse de la acción (Karma), sino a realizarla, pero con desprendimiento, como un deber.

La larga arenga de Krishna es un compendio destilado de lo mejor de la filosofía yoga (o realización del Ser). Arjuna es el alma individual que desvaría y vacila ante los

escollos y pesares del existir; Krishna es el Amor de Dios, que anima en todo momento al hombre a superar lo aparentemente adverso, puesto que sólo se trata de pruebas destinadas a intensificar el anhelo del Bien Supremo, la búsqueda de la perfección. La meta del hombre, idealizada en el *Gita*, es llegar a identificarse con la conciencia que Dios tiene de sí, y por consiguiente, a unirse con la creación universal, revelación de Dios. El cantar culmina cuando Arjuna reconoce en su amigo nada menos que a Dios encarnado (el *Avatara*).

El *Bhagavad-Gita* ha sido estudiado por los más eminentes indianistas, así como por prominentes personalidades indias; entre ellas se cuentan Rabindranath Tagore y Gandhi, que lo tradujeron y comentaron.

El Gita puede interpretarse en siete niveles, como siete son los estados posibles de la conciencia humana, a saber: inconsciencia, sueño, vigilia o conciencia ordinaria, conciencia trascendental (*samadhi*), conciencia cósmica (*purusha*), conciencia divina (*kaivalia*), conciencia de unidad (nirvana).

Arjuna, el kashattriya caviloso, planteó así, en pleno campo de batalla, su duda moral:

- I 34 Maestros, padres, hijos, abuelos, tíos, suegros, nietos, cuñados y demás parientes,  
I 35 aunque perezca, no quiero matarlos, ¡oh, Krishna!  
I 40 Destruída una familia, se pierden sus inmemoriales tradiciones, y al perderse las tradiciones, la licencia hace presa de la familia entera.  
I 41 El predominio de la licencia, ¡oh, Krishna!, llega a corromper a las mujeres de una familia, y de las mujeres corruptas, dimana la confusión de castas.  
I 42 Esta confusión arroja en el infierno a los matadores de la familia, y a la familia misma, porque los antepasados desfallecen desprovistos de las tortas de arroz y de las libaciones.

Esto dicho en el campo de batalla, dejóse caer Arjuna en el asiento de su carro, arrojando arco y flechas, con el alma transida de dolor. Entonces Krishna, compadecido, le reveló los secretos de la sabiduría.

#### 1. Desde luego, nadie puede permanecer inactivo:

III 5 Ni puede nadie, ni aún por un instante, permanecer en realidad inactivo, porque irremediamente le impelen a la acción las cualidades dimanantes de naturaleza (*gunas*).

XVIII 40 Nadie en la Tierra ni aún entre los mismos dioses del cielo, está exento de estas tres cualidades dimanantes de naturaleza. (3 *gunas*: *sattva*, *rajas*, *tamas*).

2. Hay acciones que obligan. Cada casta tiene su deber (*dharma*), acciones (*karma*) que cumplir; el deber de los caballeros es emprender guerras justas, como la que Arjuna tiene entre manos:

IV 17 Necesario es distinguir entre la acción obligada, la acción ilícita y la inacción.

XVIII 41 Entre los *brahmanes*, los *kashattriyas*, los *vaishyas* y los *shudras* fueron distribuidos los *karmas*, ¡oh, Parantapa!, de conformidad con las cualidades nacidas de su peculiar naturaleza.

XVIII 42 Ánimo tranquilo, subyugación propia, austeridad, pureza, misericordia, rectitud, sabiduría, conocimiento y fe en Dios: tal es el *karma* de los *brahmanes*, nacido de su peculiar naturaleza.

XVIII 13 Proeza, gallardía, vigor, apostura, destreza, generosidad e impavidez en el combate: tal es el karma de los *kashattriyas*, nacido de su peculiar naturaleza.

XVIII 44 Labranza, pastoreo y tráfico: tal es el karma de los *vaishyas*, nacido de su peculiar naturaleza.

XVIII 45 Los oficios serviles son el *karma* de los *shudras*, también nacido de su peculiar naturaleza.

XVIII 46 Por la conformidad con su propio karma alcanza el hombre la perfección.

XVIII 48 Nadie debe repudiar su congénito karma por vicioso que éste sea, ¡oh, hijo de Kuntil;

II 31 Advierte tus deberes y no vaciles; porque nada hay más acepto a una *kashattriya* que la guerra justa.

II 32 Felices, ¡oh, Pârtha!, los *kashattriyas* que militan en tal lucha, porque es no buscada coyuntura que les abre las puertas del cielo.

II 37 Muerto, ganarás el cielo; victorioso, dominarás la Tierra. Así, pues, yérguete, ¡oh, hijo de Kuntil! y determínate a luchar.

### 3. Los males que puedan ocurrir a sus adversarios, no son de su responsabilidad.

XVIII 47 Mejor es cumplir con el deber propio, aunque sin merecimientos, que con ellos el ajeno. Quien cumple el *karma* establecido por su peculiar naturaleza, no cae en pecado.

4. Además, los muertos no dejan de existir; sólo transmigran. Hasta el mismo Dios vuelve a encarnarse cuando quiera que la rectitud desmaya y cobra bríos la iniquidad. En realidad, uno solo es el Espíritu que se encarna en todos los cuerpos.

II 16 Lo que no existe no tiene ser, y lo que existe jamás cesará de ser. La verdad de ello ha sido percibida por los videntes de la esencia de las cosas.

II 22 Como un hombre desecha las ropas viejas y se viste de otras nuevas, así el morador del cuerpo deja el cuerpo viejo y entra en otro nuevo.

II 21 ¿Cómo puede, pues, ¡oh, Pârtha!, matar o morir quien sabe que es indestructible, perpetuo, nonato e indisminuible?

IV 6 Aunque soy el nonato e imperecedero Ser, el Señor de todos los seres y cobijo la naturaleza, que es mi dominio, también nazco por virtud de mi propio poder.

IV 8 para proteger a los buenos, confundir a los malos y restaurar firmemente la justicia. De edad en edad renazco Yo con este intento.

IV 5 Muchos nacimientos he dejado Yo tras mí y muchos dejaste también tú, ¡oh, Arjuna! Pero Yo los recuerdo todos y tú no recuerdas los tuyos, ¡oh, Parantapa!

XV 8 Cuando el Señor deja un cuerpo y pasa a otro nuevo, llévase consigo la mente y los sentidos, como del pensil recoge el viento los aromas.

II 27 Porque, en verdad, del nacimiento dimana la muerte y de la muerte el nacimiento. Así, no debes afligirte por lo inevitable.

II 18 Finitos son estos cuerpos del encarnado Ser, eterno, indestructible e inmenso. Así, pues, ¡pelea, oh, Bhârata!

5. Por último, hay una doble forma de no involucrarse en los actos que uno lleva a cabo. Y es dejando de solidarizarse con el propio cuerpo, causante de las acciones, e identificando el yo propio con el Yo absoluto, que es inactivo. Lo primero se logra cumpliendo las acciones que el deber ordena, sin apegarse en lo más mínimo a la bondad de la acción, ni a los resultados de ella.

Tal renunciamiento es el sacrificio más completo, la verdadera ascesis purificatoria. El que de esta manera se desliga totalmente de su *karma* (sus acciones), alcanza la bienaventuranza eterna, porque es el *karma* lo que mueve la rueda de las reencarnaciones.

- IV 17 Misterioso es el sendero de la acción.
- III 9 El mundo está ligado por la acción, menos por las que se cumplen con intento de sacrificio.
- III 7 Benemérito es quien, subyugando los sentidos por medio de la mente, ¡oh, Arjuna!, y manteniendo los órganos de acción sin apego a cosa alguna, realiza el yoga por la acción.
- XVIII 11 En efecto, no es posible que los seres encarnados renuncien enteramente a la acción. Así, en verdad debe ser llamado renunciante el que renuncia al fruto de la acción.
- IV 22 Satisfecho con lo que quiera que obtenga sin esfuerzo, libre de los pares de opuestos (= dolor-placer), exento de envidia, equilibrado en la dicha y en la adversidad, no está ligado a las acciones que ejecuta.
- II 47 Atiende tan sólo a la acción y no a las ventajas que puedas allegar de ella. No te determine la recompensa ni tampoco te aficiones a la inacción.
- II 48 Cumple tus acciones, ¡oh, Dhananjaya!, morando en unión (*yug*) con la divinidad, renunciando a todos los apegos y por igual sereno en el éxito que en el fracaso. Este equilibrio se llama *yoga*.
- II 52 Cuando tu discernimiento se haya desprendido de esta maraña de ilusiones, sentirás indiferencia por cuanto has oído y por cuanto has de oír.
- V 18 Por igual mira el sabio al brahman docto y humilde que a la vaca, al elefante y aún al perro y al suapaka.
- II 55 Cuando un hombre extirpa, ¡oh, Pârtha!, todos los deseos de su corazón, y se satisface en el Yo por el Yo, entonces puede llamarse de mente constante.
- II 64 El que, dueño de sí mismo, se mueve entre los objetos de sensación, con los sentidos libres de gusto y repugnancia, sojuzgados por el Yo, logra la paz.
- II 65 ¿Y cómo puede ser feliz quien no tiene paz?
- XII 13 Quien no malquiere a ser alguno, el amable y compasivo, libre de afecciones y egoísmo, ecuanime en la dicha y en la pena, indulgente,
- XII 14 siempre gozoso, en armonía con su regulado Yo,
- XII 15 que no conturba al mundo ni el mundo lo conturba;
- XII 17 que ni ama ni aborrece, ni se aflige ni desea, y con plena devoción renuncia al bien y al mal;
- XII 19 que por igual recibe la alabanza y el vituperio silencioso, sin hogar propio — ése es a quien Yo amo.
- V 22 Los deleites nacidos de externos contactos son verdaderamente manantiales de pena, porque tienen principio y fin.
- V 21 Aquel cuyo ser está desapegado de todo contacto externo y halla dicha en el Yo, goza de bienaventuranza perpetua.
- II 51 El sabio unido a la Pura Razón renuncia a la recompensa que le ofrecen sus actos y libre de las ataduras del renacimiento se encamina a la bienaventurada Sede.
- V 17 Pensando en Aquél, inmergidos en Aquél; enteramente entregados a Aquél, van allá de donde jamás se vuelve.

De la indiferencia a la sabiduría hay un paso. Porque la actitud de indiferencia rompe el encanto de las diferencias y predispone al verdadero conocimiento, en que el sujeto cognoscente, el objeto conocido y el medio a través del cual el sujeto conoce al objeto, son lo mismo. Ese conocimiento unitivo (*yug*, *yoga*) es salvador, porque la Totalidad de la que todo emana, en que todo se sostiene y a lo que todo retorna, es imperecedera.

- V 32 Yogui perfecto es, ¡oh, Arjuna!, quien por la identidad del Yo ve igualmente todas las cosas, ya placenteras, ya aflictivas.
- XIII 9 Desinterés, inidentificación con hijos, esposa y hogar, ecuanimidad en las sucesos prósperos o adversos;

Inquebrantable devoción a mí por yoga, frecuentación de pasajes solitarios, desregocijo en compañía de hombres;

XIII 11 Perseverancia en el conocimiento del Yo y comprensión del objeto de esencial sabiduría: he aquí en qué consiste la verdadera Sabiduría. Todo lo demás es ignorancia.

VI 29 El ser armonizado por el yoga ve morar al Yo en todos los seres y a todos los seres en el Yo, y al Yo ve por doquiera.

VII 19 Al término de muchos nacimientos llega a mí el hombre de plena sabiduría. Difícil de hallar es el Mahatma que dice: "Vasudeva es el Todo".

IV 35 Y cuando lo hayas aprendido, no volverás a caer en confusión, ¡oh Pândava!, porque por ello verás a todos los seres sin excepción en el Yo y de este modo en mí.

IV 36 Aunque fueras máximo pecador entre pecadores, aún podrías bogar sobre todo pecado en la nave de la sabiduría.

IV 38 Verdaderamente, no hay purificante en este mundo que a la sabiduría iguale.

VI 31 El yogui que afirmado en la unidad me adora residente en todos los seres, vive en mí comoquiera que viva.

6. Como el Ser Supremo es inactivo —porque sólo lo material actúa—, quien se une a Él, si mata, no mata.

II 19 Ignorantes son quienes miran como matador al que mora en el cuerpo y quienes lo creen muerto. El espíritu no puede matar ni morir.

XIII 19 Has de saber que ni la materia ni el espíritu tienen principio, y también sabe que de la materia dimanar todas las modificaciones y cualidades.

XIII 29 En verdad ve quien ve que la materia ejecuta todas las acciones y que el Yo es inactivo.

XIII 31 El imperecedero y supremo Ser que no tiene principio y carece de cualidades, aunque resida en el cuerpo, ¡oh, Kaunteya!, es inactivo e impasible.

XVIII 16 Por esto, ofuscada está la mente y ciega la vista de quien falto de discernimiento considera como agente a su aislado yo.

V 13 Renunciado que ha por el conocimiento a toda acción, el Soberano morador del cuerpo descansa tranquilo en la ciudad de las nueve puertas (= el cuerpo) sin actuar ni ser causa de acción.

V 7 El purificado, el de sentidos sujetos y disciplinados, el que está en armonía con el *yoga* y sabe que su yo es el Yo de todos los seres, no queda afecto por las acciones que ejecuta.

V 8 El armonizado, el que conoce la Esencia de las cosas, cuando vea, oiga, toque, huelga, coma, ande, aliente y duerma, podrá decir: nada hago.

Deseoso, a estas alturas, de conocer la "Esencia de las cosas", Arjuna se atreve a pedir:

X 17 ¿Cómo podré yo, ¡oh, *Yogui!*, conocerte por constante meditación? ¿En qué aspecto podré pensar de ti mi mente, ¡oh, Señor bendito?

XI 4 Si crees que me es posible verla, ¡oh, Señor poderosísimo!, muéstrame tu perdurable Esencia.

Entonces Krishna se transfigura:

XI 19 Hablado que así hubo, el gran Señor poderosísimo, mostróse a Pârtha, transfigurado en la suprema forma de Ishvara.

XI 10 Con múltiples ojos y bocas,

XI 11 de faz a todos lados vuelta,

XI 12 refulgía de modo que si mil soles juntos brillaran en el firmamento, fuera su luz tan sólo penumbra.

XI 13 Allí, en el cuerpo del Dios de los dioses; contempló Pandava resumido el universo entero con su inacabable variedad de partes.

Y dice a Aduna:

VII 26 Yo conozco, ¡oh, Aduna!, todos los seres que han sido, son y serán; pero de todos, ninguno me conoce.

XI 51 Los mismos dioses en verdad ansían contemplar ésta mi forma de tan difícil visión.

VII 25 Envuelto en mi poder ilusionante, no a todos me descubro.

XIII 12 Te declaré lo que es preciso conocer: Aquello cuyo conocimiento lleva a la inmortalidad, la Suprema Deidad sin principio, que no se llama ser, ni se llama no ser.

XIII 13 Por doquiera tiene Aquél manos y pies, por doquiera ojos, cabezas y bocas. Todo lo oye, mora en el mundo y todo lo envuelve.

XIII 14 Aunque carece de sentidos, brilla con todas las facultades sensitivas. De todo desligado, todo lo sostiene, y exento de cualidades, todas las reúne.

XVIII 61 En el corazón de todos los seres mora el Señor, ¡oh, Arjuna! Por su ilusionante poder de diferenciación, los mueve a evolucionar cual si atados estuviesen a torno de alfarero.

XV 9 En acecho tras del oído, vista, olfato y gusto, y también de la mente, goza de los objetos, de los sentidos.

XIII 15 Está fuera y dentro de todos los seres; a un tiempo es inmóvil y moviente; por Su tenuidad es imperceptible y a la par se halla próximo y lejano.

XIII 46 Aunque indiviso, entre todos los seres está distribuido Aquel que es el sostenedor de todos los seres. Él los engendra y Él los absorbe.

VII 7 Todo entretrejido está en mí como sarta de perlas en hilo de collar.

VII 8 ¡Oh, hijo de Kunti! Yo soy sabor en las aguas, refulgencia en sol y luna, palabra de poder en los Vedas, sonido en el éter y virilidad en los hombres.

VII 12 Reconoce como dimanantes de mí las naturalezas en que las cualidades predominan. Yo no estoy en ellas, pero ellas están en mí.

IX 4 En mi inmanifestado aspecto, penetro Yo el universo entero. Todos los seres tienen su raíz en mí y Yo no tengo raíz en ellos.

IX 5 Y, sin embargo, no tienen los seres raíz en mí. El sostén de los seres no radica en los seres. Mi Espíritu es su causa eficiente.

IX 6 Como el impetuoso viento sopla por doquiera, siempre arraigado en el éter, así has de saber que tienen su raíz en mí todos los seres.

IX 19 Yo soy la inmortalidad y la muerte, el ser y el no ser, ¡oh, Arjuna!

XI 32 Yo soy el tiempo desolador del mundo,

VII 9 Yo soy vida en todos los seres y austeridad en los ascetas.

VII 10 Reconóceme, ¡oh, Pârtha!, por eterna semilla de los seres todos.

VII 11 Soy el lícito deseo que a la ley no contraría.

IX 23 Aun los que llenos de fe adoran devotamente a otros dioses, también a mí me adoran, ¡oh, hijo de Kunti!, aunque contrariamente a la primitiva ley.

X 40 Mis divinos atributos no tienen fin, ¡oh, Parantapa! Lo que te he declarado da tan sólo un vislumbre de mi infinita gloria.

X 41 Cuanto quiera hay de glorioso, bueno, bello y potente, brota de una chispa no más de mi esplendor.

X 42 Mas ¿qué son para ti, ¡oh, Arjuna!, todos estos pormenores? Sabe que después de formar el universo entero con un átomo de mi Ser, sigo existiendo.

Arjuna cae en adoración:

XI 37 ¿Cómo no adorarte, Hogar de los mundos, Ser y no ser, Aquello Supremo?

XI 38 Tú eres el conocedor y el objeto de conocimiento.

XI 28 Como ríos que en rauda corriente arrojan sus aguas en el piélago, así estos hombres poderosos y señores de la tierra se lanzan prestamente en Tus llameantes bocas.

XI 41 Perdóname, ¡oh Ser Infinito!, si te hablé como a familiar amigo y desconociendo tu majestad exclamé: ¡Oh, Krishna!, ¡oh, Jádava!, ¡oh, amigo!, impulsado por la ternura de mi amor.

Krishna recupera su forma humana para no amedrentar a Varuna.

XI 47 Por favor, ¡oh, Arjuna!: te reveló mi poder esta suprema forma que nadie antes vio y que tú has visto refulgente, omnimoda, primaria e infinita.

XI 48 Sacrificios, Vedas, limosnas, buenas obras, ásperas austeridades y profundos estudios, no pudieron dar a hombre alguno la visión de esta forma que tú sólo contemplaste, ¡oh, primate de los Kuravas!

XVIII 5 Los actos de sacrificio, austeridad y limosna no deben omitirse, sino realizarse, porque medios son de purificación para el sabio.

XVII 5 Pero los hombres que practican rigurosas austeridades, no ordenadas por la Escritura, y sin embargo están poseídos de egoísmo y vanidad,

XVIII 6 y atormentan insensatamente el conjunto de elementos constitutivos de su cuerpo y también a mí, que en su interior resido: tales hombres tienen propensiones demoníacas.

XI 54 Sólo por devoción es posible percibirme así, ¡oh, Arjuna!, y conocer y ver y penetrar mi esencia, ¡oh, Parantapa!

XI 55 Quien por mi obra, aquel para quien soy el bien Supremo, el que a mí se consagra libre de afecciones, sin odiar a ser alguno, ése llega hasta mí, ¡oh, Pândava!

IX 32 Quienes en mí se refugian, ¡oh, Pârtha!, aunque concebidos en pecado, sean mujeres, vaisyas o sudras, también huellan el sendero supremo.

IX 33 Y mucho más todavía los santos brahmanes y los piadosos rajarshis.

XVIII 62 Vuela hacia Él para refugiarte con todo tu ser, ¡oh, Bhârata! Por su gracia obtendrás la suprema paz, la sempiterna morada.

7. Después de inculcarle la devoción a Él (*bhakti*), Krishna vuelve a incitar a Arjuna a acometer a sus adversarios, dándole un séptimo argumento:

XI 33 Yérguete, pues, alcanza fama, rinde a tus enemigos y goza el reino de riquezas lleno. Vencidos están ya todos por mí. Sé tú el brazo ejecutor, ¡oh, ambidiestro!

XVI 18 Egoístas, altaneros, insolentes, sensuales e iracundos, estos malignos hombres me odian en los cuerpos ajenos y en el suyo propio.

XI 34 Destruye sin temor, que muerte he dado a Drona y Bhîsma, a Jayadratha y Karma y a todos los guerreros que ahí se agolpan. ¡Pelea! En el campo aplastarás a tus rivales.

## Especulación mística

En términos generales se puede hacer la siguiente clasificación cronológica, según la producción con la que más se identifica cada sub-período del milenio que estamos tratando (1500-500 antes de Cristo):

Años (a. de Cristo)	Producción intelectual	Características generales del período
1400-1000	Se compilan samhita: <i>Rig Veda</i> , <i>Yajur Veda</i> , <i>Atharva Veda</i> y <i>Sama Veda</i>	invasión aria y formación de los reinos arios.
800-600	Las <i>brahmanas</i> Los <i>Aranyakas</i>	establecimiento del brahmanismo
800-?	Los <i>puranas</i>	reinos de Maghada y Kochala en el norte.
800-400	Los <i>upanishadas</i>	
800-200	Las epopeyas <i>Ramayana</i> y <i>Mahabharata</i>	
500	Predicación de Mahavira y Buddha	ciudades importantes: Benares, Pataliputra

También suele hacerse esta clasificación según el estilo:

- I. Período de los chandas o himnos, desde 1400-1000 antes de Cristo.
- II. Período de los mantras o versos, desde 1000-800 antes de Cristo.
- III. Período de las brahmanas o sentencias, desde 800-600 antes de Cristo.
- IV. Período de los sutras o tratados, desde 400 antes de Cristo a 600 d. de Cristo.

Desde el punto de vista de su aplicación, la literatura de este milenio se clasifica en:

- 1.- Ritual y uso sacro..... *Rig, Yajur, Atharva y Sama vedas; brahmanas*
- 2.- Épica y epopeya..... *Mahabharata, Ramayana*
- 3.- Mitología religiosa..... *Puranas*
- 4.- Especulación filosófica..... *Aranyakas y upanishadas*
- 5.- Cosmogénesis y derecho..... *Dharma-Shastra* ("Leyes de Manú")
- 6.- Mística devocional..... *Gita-Govinda* ("Pastor Lírico").
- 7.- Enseñanzas a través de fábulas... *Pachantantra*; la poesía y teatro búdico.

Cada obra en su temática se remonta a hechos anteriores en dos o más siglos y contiene elementos todavía más antiguos, aunque también se apoya en usos contemporáneos a su forma final.

Las *brahmanas* son las que siguen en antigüedad a las *Samhita*. En ellas se impartía a los sacerdotes o brahmanes, instrucciones precisas para realizar las ceremonias (*giagyas*).

Si en las *Samhita* están los mantras para el manejo del cosmos, en las brahmanas se entregan las instrucciones acerca de cómo usar los mantras correctamente. El brahmanismo es la religión india por excelencia. Se constituyó en tal a través de una evolución interna natural, donde intervinieron elementos arios e indígenas; el brahmanismo se asemeja en su comportamiento a las grandes religiones semíticas: extraordinariamente sincrética y tolerante, ha sido capaz de incorporar los elementos más ajenos. Sin embargo, su cúpula, conformada por la aristocracia sacerdotal, ha detentado el honor y la responsabilidad de conservar las tradiciones a través del ejercicio constante de ellas, razón por la cual los brahmanes deben ser ejemplos de piedad y disciplina, así como diestros en el conocimiento de los libros sagrados. Antes, los jóvenes brahmanes eran entrenados desde temprano; durante la etapa del aprendizaje

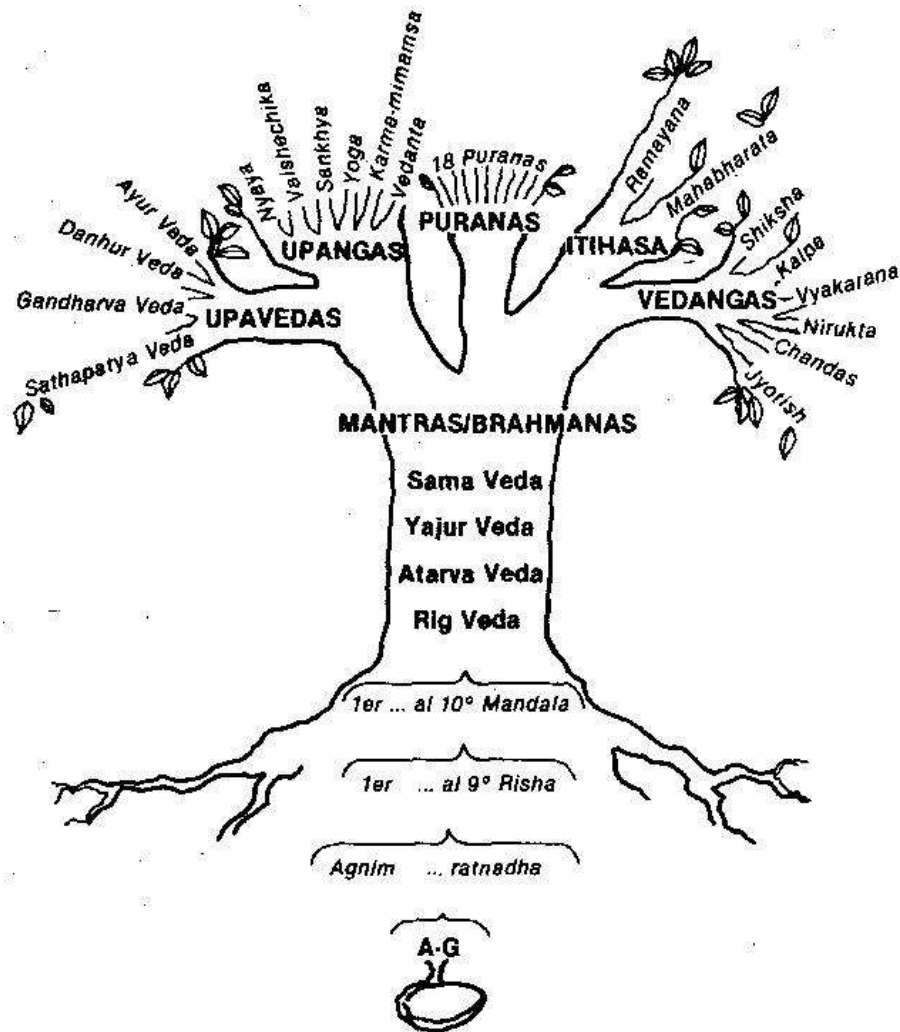


se les llamaba brahmacharin. Una vez que podían independizarse de sus maestros, pasaban a formar parte de los colegios sacerdotales encargados de realizar diariamente los complicados rituales. También podían casarse y vivir cómodamente, pues se supone que el brahmán poseía, por su nivel social, un patrimonio considerable; además, ejercían profesiones estimadas, como las de jueces o médicos, y ocupaban cargos importantes, sobre todo como consejeros de los reyes. Pero, pasando cierta edad, se retiraban de la vida pública y, dejando casa, familia y bienes materiales, se iban a vivir al bosque como renunciantes (*sanyasin*); allá en la floresta, en estática postura, esperaban recibir la iluminación

Los verdaderos ascetas o *saddhus* ("el que ha renunciado al mundo") eran seguidos por un enjambre de fieles discípulos, dispuestos a no perderse palabra de sabiduría que brotase de sus labios y a coleccionar románticas anécdotas de estos eremitas. Éstas recogidas por generaciones, abultadas y nimbadas con un aura romántica, fueron puestas por escrito. Los *Aranyakas*, literalmente "libros de los bosques", son una inigualable fuente de sapiencia acerca de la naturaleza humana, sus bondades y debilidades; a veces envueltas en el ropaje de la fábula, algunas de sus historias destacan por una singular belleza.

Con el transcurso de los siglos, los brahmanes fueron perdiendo el crédito y el respeto que inspiraban inicialmente, en buena parte porque su vida resultaba lejana a la del común de los mortales; hasta ellos mismos dejaron de comprender el significado de sus largas ceremonias; el sánscrito llegó a ser repetido, pero no sentido, perdiendo así su virtud mágica. Paralelamente, el hablar popular había ido haciéndose lugar en la liturgia, particularmente en las bodas. Frente al sánscrito (que significa "correcto hablar") fue cobrando importancia el prakrit ("lengua de campesinos"), y, conjuntamente, la vulgarización de las tradiciones brahmánicas, la comprensión popular de los secretos iniciáticos desembocaron en un agregado de leyendas, dichos, alegorías y comentarios conocidos como los *Upanishadas*. Los *Upanishadas* están ya en lengua prakrit y reflejan la situación india de los siglos VII-V antes de Cristo. Muchas de sus partes fueron originalmente enseñanzas esotéricas de ermitaños, conservadas popularmente.

En los *Upanishadas* se tratan problemas de general interés en el sentimiento religioso de India, como la ley de *karma*, las reencarnaciones sucesivas (*samsara*) antes de alcanzar la liberación (*moksha*) de las deudas por las acciones anteriores, y la iluminación (*samadhi*). La salvación que pregonan se logra equilibrando las tendencias naturales: la inclinación al placer (*kama*), con la utilidad (*artha*) y el acatamiento a la ley (*dharma*). Este arduo camino debía emprenderse bajo la dirección del recto discernimiento (*jñama*), hasta alcanzar el estado beatífico en que uno descubre a Dios en lo más profundo de su intimidad y reconoce gozoso ser una manifestación del todo: *tattvam asi* "yo soy el todo".



EL ÁRBOL VÉDICO O DESARROLLO HISTÓRICO DEL SABER UNIVERSAL PLENO

## Antropología y sociología

La vida humana armoniza tres tipos de actividades:

a) La actividad rajásica, que, inspirada en la sabiduría acumulada por la tradición, inclina al hombre hacia la búsqueda de lo trascendente y lo aficiona a las altas virtudes morales. El deber del hombre es cumplir el *dharma* (la ley universal), rol para el cual recibe una ayuda propicia a través del *Dharma shastra*, preceptiva de carácter visiblemente sagrado y arcaico, que declara y sanciona con castigos lo que se ha de seguir para tener un buen pasar en la vida, agradar a los dioses y ascender en la escala de las sucesivas reencarnaciones.

b) También es correcto que el hombre se esfuerce por enseñorear la naturaleza que lo rodea y quiera ser estimado en sus relaciones sociales. *Artha* es propiamente la virtud del guerrero, pero también podemos entenderla en general como el deseo de triunfar, incluso en los aspectos económico-sociales; para ello se acumuló todo un saber práctico jurídico-administrativo, llamado *Artha sastra*. La obra más conocida al respecto es el *Kaulatiya-Artha sastra*.

c) La tercera actividad —*kama*— corresponde a la natural tendencia humana a asegurar su sobrevivencia como especie. Es, por tanto, correcto que el hombre atienda a

su instinto de procreación. Para un correcto disfrute de los impulsos corporales, la tradición india desarrolló el *kamashastra*, conjunto de refinadas técnicas hedonísticas, recogidas y ordenadas por Vatsyayana en el *Kamasutra* (¿siglos VI antes de Cristo?)

El *Kamasutra*, escrito tanto en prosa como en verso, ofrece al rey, en forma de aforismos o sutras, un sin fin de tretas para conseguir el favor de las mujeres, sin desdeñar el recurso al engaño, y presenta descarnadamente un gran surtido de posturas eróticas. Se divide en siete partes, que tratan sucesivamente del amor como componente del *trivarga*; de varias maneras de gozar en el acto sexual con muchachas vírgenes, con la esposa, con amantes y con ramera, y acerca de las bebidas estimulantes y de los afrodisíacos.

La importancia histórica del *Kamasutra* radica en sus descripciones acerca de las costumbres indias a mediados del primer milenio anterior a nuestra era. En cuanto a la interpretación filosófica de esta obra, la mejor se produciría en el siglo XIII; nos referimos al comentario hecho por Yashodara en su *Jayamangala*, ensayo conocido por primera vez en Occidente a través de una traducción al alemán en 1897.

Como otras piezas inigualables de la literatura sánscrita, el *Kamasutra* es un espejo donde podemos admirar nuestra belleza o bien espantarnos ante nuestra propia bajeza moral.

Pero debe entenderse que estas tres actividades suponen una armonía entre sí. En el hombre prudente, *dharma*, *artha* y *kama* se equilibran. El goce pleno de la vida radica en un adecuado conocimiento y dominio de los *trivargas*.

La triple actividad (*trivarga*) responde, según la escuela filosófica *sankhya*, a los tres *gunas* o tres potencias, cuya combinación, siempre inestable en distintas formas y proporciones, explica toda la variedad existente y los cambios ocurridos en el mundo *prakrítico*.

Hay un reflejo de este concepto indio en el modo con que se ha concebido la sociedad en la India. No sólo cada individuo posee esas tres *gunas* y desarrolla la correspondiente actividad *trivárgica*, sino también la sociedad. Las tres *varna* o castas fundamentales corresponden en el cuerpo social a las tres *gunas*; sus funciones y sus virtudes, por tanto, difieren:

1) Los brahmanes son los custodios, para la sociedad toda, de la vida espiritual. Brahmanes y reyes (*rajás*) son los responsables de la sana conducción del pueblo por la senda del *dharma*. Equivalen a la naturaleza espiritual del hombre, que se caracteriza por ser contemplativa, autodisciplinante y armonizadora.

2) Los *kashatriyas*, o guerreros, corresponden al grupo que es emprendedor, enérgico, desafiante, ostentoso, conquistador. *Artha* también comprende los efectos del espíritu de empresa; por eso significa abundancia, riqueza y prestigio social.

Tal función social se relaciona con la naturaleza de la conservación de la vida humana; el instinto de conservación, con todo su despliegue de energía mental creativa y de expresión corporal.

3) Los *vaisyas* y *sudras* son el grupo encargado de la procreación o multiplicación más o menos repetitiva de los bienes. La función de los campesinos, comerciantes, artesanos y sirvientes corresponde al instinto de reproducción humano; su desempeño social equivale al del aparato reproductor y nutricio de la sociedad.

Podemos, pues, asegurar que entre las tres *gunas* individuales y las tres *varnas* sociales hay un paralelismo total, pues así como hablamos de un estado de equilibrio individual perfectamente alcanzable, así también en cada *kalpa* (era, eón) se logra un equilibrio social feliz; la armonía de todas las partes de la sociedad es propia del estado de *sattva*, principio y final de cada era, momento de la historia en que los *varna* están en armonía, cada cual haciendo lo suyo correctamente

Por cierto, tal antropología y tal sociología son comprensiones míticas; pero internamente coherentes. Además, corresponden a categorías más o menos universales; en efecto, podríamos hallar similitudes entre las tres *gunas* y los tres reinos naturales —vegetativo, afectivo-sensitivo e intelectual—, que se combinan de múltiples formas en los diversos seres humanos; en el plano social, hoy se distinguen claramente los trabajadores manuales de los hombres de empresa, y ambos, de los intelectuales.

## Las leyes de Manú

Nos hemos ya referido a la literatura ritual, épica y mística de la India premusulmana. Corresponde en seguida presentar trozos del *Código de Manú*, recopilación jurídica prácticamente imposible de datar. El sabor arcaico de sus estipulaciones y el rigor con que se distinguen las castas sugieren una procedencia anterior a la difusión del budismo; pero una cosa es el contenido, y otra, la edición. Generalmente se lo tiene por publicado a fines del siglo I antes de Cristo, porque sólo desde entonces aparece aludido en la literatura india; sin embargo, no es creíble que haya salido a la luz en esa época carente de Estados grandes, abiertos y estables, que son normalmente los que suelen interesarse por recopilar las prescripciones consuetudinarias dispersas.

El Código de Manú, como expresión del *Dharmashastra*, que regula la actividad rajásica del mundo, no abarca solamente las leyes positivas —preceptos y penas—, sino también declara algunas que supuestamente rigen las relaciones entre el hombre y los demás elementos del universo. *Dharma*, recordemos, significa ley universal; por eso citaremos al final trozos mitológicos sobre el origen del mundo y una de sus destrucciones cíclicas.

### 1. Sobre el casamiento.

El hombre que quiere casarse debe evitar unirse a una esposa que pertenezca a una de las familias siguientes, aunque sean muy ricas:

La familia que descuide los sacramentos; la que no, procree hijos varones; aquella cuyos individuos tengan el cuerpo cubierto de largos vellos o que padezca de hemorroides, de tisis, de dispepsia, de epilepsia, de lepra blanca o de elefantiasis.

Que tampoco se case con una joven de cabellos rojizos, o que tenga un miembro de más, o enfermo, o que no tenga vello, o que sea muy velluda, o insoportable por su charla, o que tenga el pelo rojo.

Que tome por esposa una mujer bien formada, cuyo nombre sea agradable de pronunciar, que ande con la gracia de un cisne o de un elefante joven, y que tenga cabellos finos, dientes pequeños y miembros de cierta dulzura voluptuosa.

Un padre que conozca la ley no debe recibir la menor gratificación al casar a su hija, porque al hombre que por codicia acepta una retribución semejante, se le considera como si hubiese vendido a su hija. (*Libro II*).

### 2. Sobre la condición de las mujeres.

El nombre de la mujer debe ser de fácil pronunciación, dulce, claro, agradable; debe terminar en vocales largas y parecerse a palabras de bendición.

Procrear hijos, educarlos y ocuparse en los cuidados domésticos: tales son los deberes de las mujeres.

Una niña, una joven, una mujer de edad avanzada, en ningún caso, ni aun en su propio hogar, debe hacer nada por sugestión exclusiva de su voluntad.

Nunca debe gobernarse a sí misma una mujer: en su infancia depende de su padre; en su juventud, de su marido; y cuando su marido muere, depende de sus hijos.

La mujer siempre debe mostrarse de buen humor, conducir con habilidad los asuntos de la casa, cuidar esmeradamente los utensilios del menaje y proporcionar a su marido un grato bienestar con el menor gasto posible.

Toda familia en la que el marido se complace con su mujer y la mujer se complace con su marido, tiene asegurada para siempre la felicidad.

Aunque la conducta del esposo sea censurable, porque éste se entregue a otros amores o porque se halle desprovisto de buenas cualidades, la mujer debe permanecer virtuosa y seguir reverenciando a su marido como si fuera un dios.

No hay sacrificios, ni prácticas piadosas, ni ayunos que conciernan particularmente a las mujeres; una mujer casada debe querer y respetar a su marido, y eso le basta para ser honrada en el cielo.

Después de haber perdido a su marido, la mujer debe procurar enflaquecer voluntariamente su cuerpo, viviendo de flores y de frutos puros; y jamás debe pronunciar el nombre de otro hombre.

Una mujer infiel a su marido se reduce a la ignominia durante toda su vida terrestre. Después de su muerte, renace del vientre de un chacal, o bien es atacada de elefantiasis o de tisis.

Todo hijo dado a luz por una mujer que haya tenido comercio carnal con otro hombre distinto de su marido, no es hijo legítimo de esta mujer; de igual modo, el hijo engendrado por un hombre en mujer ajena no pertenece a ese hombre.

La mujer virtuosa que después de la muerte de su marido se conserva perfectamente casta, va directo al cielo, aunque no haya tenido hijos.

Pero la viuda que por el deseo de tener hijos es infiel a su marido, después de la muerte de éste, incurre en el desprecio de las gentes y será excluida de la mansión celestial, donde habrá sido admitido su esposo. (*Libro V.*)

Las mujeres, aunque estén encerradas en su casa bajo la vigilancia de hombres fieles y devotos, no quedan bien guardadas: solamente pueden estar seguras cuando ellas mismas, y por su propia voluntad, se guarden.

A causa de su pasión por los hombres, de la inconstancia de su carácter y de la falta de afección que les es natural, por mucho que se las guarde con vigilancia, pueden ser infieles a sus esposos.

Manú dio en repartición a las mujeres el amor del lecho, de los atavíos, de la concupiscencia, de la cólera, de las malas inclinaciones, del deseo de hacer mal y de la perversidad.

Una mujer estéril debe ser reemplazada al cabo de ocho años; una cuyos hijos hayan muerto todos, debe reemplazarse a los diez años; aquella que no da al mundo más que hijas, al año undécimo; la que habla con aspereza, inmediatamente.

Cuando no se tienen hijos, la progenitura que se desea puede lograrse mediante la unión de la mujer, convenientemente autorizada por el esposo, con un hermano o con otro pariente.

### **3. Respecto al adulterio.**

Si una mujer que se enorgullece de su familia es infiel a su esposo, el rey debe hacerla devorar por perros en una plaza pública.

El hombre cómplice de la mujer adúltera será condenado al fuego, que sufrirá tendido en un lecho de fuego calentado al rojo por lumbre hecha con bambúes secos.

Por adulterio con una mujer de la clase de los brahmanes, un vaisya será privado de sus bienes después de un año de detención; un kashatriya sufrirá la pena de mil panas de multa y su cabeza será rasurada y regada con orines de asno.

#### **4. Cómo debe actuar un rey.**

Un rey por su poder y en sus actos, debe esforzarse en emular a los dioses...

Castigando a los malvados y recompensando a las gentes de bien, es como un rey se purifica; y los pueblos correrán hacia él como los ríos hacia el océano.

El mundo privado de reyes era, por todas partes, presa de temor: entonces el Señor creó un rey, tomando partículas eternas de la sustancia de Indra, de Anila, de Yama, de Surya, de Agni, de Varuna y de Chandra.

Un rey sobresale en magnificencia a todos los demás mortales, porque está formado de, partículas de la esencia de aquellos principales dioses.

Cuando el rey, en su benevolencia, reparte los favores de la fortuna y con su valor decide la victoria y con su cólera causa la muerte del hombre injusto, reúne toda la majestad de los guardianes del mundo.

El rey nunca debe separarse de las reglas que le sirven para determinar lo lícito y lo ilícito.

Después de haber deliberado con sus ministros acerca de todo lo que concierne al Estado, después de haber hecho los ejercicios que convienen a un guerrero y de haberse bañado al mediodía, que entre el rey en sus habitaciones interiores para comer.

Allí debe tomar los platos preparados por servidores devotos de su persona y dotados de una fidelidad inalterable; sus alimentos deben ser examinados escrupulosamente, consagrados por oraciones que neutralicen el veneno, y mezclados con antídotos.

Que mujeres cuyos vestidos y adornos hayan sido examinados con antelación, por temor de que oculten armas o sustancias tóxicas, vayan a abanicarlo.

Después de haber comido, que se distraiga con sus mujeres en el departamento interior conveniente, y cuando se haya regocijado durante un tiempo regular, que se ocupe nuevamente en los negocios públicos.

Que pase revista a las gentes de guerra, a los elefantes, las armas y los carros.

Por la tarde, que se retire provisto de sus armas, a un lugar adecuado del palacio, para oír los informes secretos de sus espías.

Después deberá volver rodeado de las mujeres que le sirvan, al departamento interior, para tomar la cena.

Luego que haya comido por segunda vez en cantidad moderada, puede entregarse al reposo, cuando sea oportuno.

Tales son las reglas que debe seguir un rey, para conducirse bien. Cuando se sienta enfermo, debe confiar a sus ministros el cuidado de sus asuntos. (*Libro VII.*)

#### **5. Acerca de la aplicación de castigos.**

El castigo es un rey dotado de energía; es un administrador hábil, un sabio dispensador de la ley. Gobierna y protege al género humano; y vigila mientras todo duerme; es la justicia. El castigo, aplicado con circunspección y oportunidad, asegura la felicidad de los pueblos; empleado sin consideración, destruye los reinos hasta en sus fundamentos.

Si el rey no castigase sin reparo a aquellos que merecen castigo, los más fuertes llegarían a ser víctimas de los más débiles.

El guerrero no debe emplear contra sus enemigos armas pérfidas, ni flechas envenenadas, ni dardos dentados, ni saetas inflamadas. Tampoco debe golpear a su enemigo si éste va a pie y aquél, en su carro; ni debe maltratar a aquel que junta las manos para pedirle merced; ni a aquel que le dice "Soy tu prisionero". (*Libro VII.*)

Aquel que pronuncia un falso testimonio con la esperanza de obtener algún beneficio, debe ser condenado a mil panas de multa; si mintió por temor, la multa debe ser de 150 panas; si obedeció a la amistad, pagará mil panas; si habló contra la verdad por concupiscencia, dos mil quinientas panas; por cólera, mil quinientas; por ignorancia, doscientas; por aturdimiento, cien panas solamente...

(*Libro VII.*)

Por crímenes cometidos en esta vida o por faltas de una existencia precedente, algunos hombres de corazón perverso padecen ciertas enfermedades o deformidades: el que ha robado oro a un brahmán, padece una enfermedad de las uñas; el bebedor de licores espirituosos prohibidos, tiene los dientes negros; el asesino de un brahmán, sufre una consunción pulmonar; el hombre que ha mancillado el lecho de su padre espiritual, es mutilado.

El que se complace en divulgar las malas acciones, tiene un fétido olor de nariz; el ladrón de granos, tiene un miembro de menos; el que hace adulteraciones, un miembro de más.

(*Libro XI.*)

## **6. Purificaciones rituales.**

La tierra y el agua purifican lo que está manchado; un río se purifica por su corriente; una mujer que haya tenido pensamientos culpables, se purifica por la enfermedad; la inteligencia se purifica por el saber.

Las telas de seda o de lana se purifican por medio de tierras mezcladas con sal; los tapices de lana de Nepal, con los frutos del jabonero; las túnicas y las capas, con los frutos del vilva; los tejidos de lino con granos de mostaza blanca macerados.

La hierba, la leña y la paja, se purifican regándolas con agua; una asa, barriéndola e impregnándola de boñiga de vaca.

Una cosa picoteada por un pájaro, husmeada por una vaca, o que haya sido tocada por el pie, o sobre la cual se haya estornudado, o hien que haya sido manchada por el contacto de un piojo, queda purificada mediante una aspersión de tierra humedecida.

La mano de un artesano es siempre pura, mientras aquél trabaja; también lo es toda mercancía expuesta a la venta.

La boca de la mujer es siempre pura; un pájaro es puro en el momento en que hace caer un fruto; un animal es puro mientras mama; un perro lo es cuando se dedica a la caza de animales bravíos.

Las moscas, las salpicaduras que se escapan de la boca, la sombra de una persona impura, una vaca, un caballo, los rayos del sol, el polvo, la tierra, el aire y el fuego que hayan tocado objetos impuros, a pesar de eso, deben considerarse como puros. Después de haber dormido, después de haber estornudado, después de haber comido, después de haber escupido, después de haber dicho mentiras, el individuo debe lavarse la boca, aun cuando se encuentre en estado de pureza. (*Libro V.*)

## **7. Condición de los brahmanes.**

Que el rey se guarde muy bien de matar a un brahmán, aunque éste haya cometido todos los crímenes imaginables; que lo destierre fuera del reino, pero dejándole todos sus bienes.

Una esposa, un hijo, un esclavo, por efecto de la ley no poseen nada por sí mismos: todo lo que puedan adquirir es de la propiedad exclusiva de aquel de quien dependen.

Un brahmán, al hallarse necesitado, puede con toda tranquilidad de conciencia apropiarse lo que pertenezca a su esclavo, sin que el rey pueda castigarlo. (*Libro VIII.*)

El brahmán, para cumplir las sagradas reglas, debe procurar que se hagan ofrendas en honor de los dioses; el que incurra en la menor transgresión, renacerá en otra existencia bajo la forma de un puerco.

Conviene que no vea comer a los brahmanes ningún hombre impuro, ni un puerco, ni un gallo, ni un perro, ni una mujer enferma, ni un eunuco. Lo que esos seres vean, no produce el resultado apetecido; el puerco lo destruye con su fetidez; el gallo, con el viento de sus alas; el perro, con su mirada; el hombre vil, con su contacto.

El brahmán no debe estudiar tendido en una cama, ni teniendo los pies sobre una silla, ni estando sentado y con las piernas cruzadas, ni estando vestido con traje que cubra sus rodillas y sus riñones, ni después de haber comido carne cocida o arroz que se hayan repartido con ocasión de un nacimiento o de una muerte.

Ni cuando hay neblina, ni cuando se percibe el silbido de flechas disparadas o el ruido de lucha, ni durante los momentos que preceden o siguen a la aparición y a la puesta del Sol, ni durante el día de la Luna nueva, ni el día décimo cuarto lunar, ni el día octavo. (*Libro IV.*)

Un brahmán que sepa de memoria el Rig Veda entero no será tachado de ningún crimen, aunque hubiese matado a los habitantes de los tres mundos o pedido la subsistencia a un hombre vil. (*Libro XI.*)

## **8. Otras prescripciones.**

La alimentación dada a un vendedor de soma para los sacrificios, se cambia en inmundicia; la que se da a un médico, se convierte en pus y en sangre; la que se proporciona a un encargado de mostrar los ídolos, es perdida; la que se da a un usurero, no recibe la sanción de los dioses.

Si un hombre despreciable fija los ojos en personas honorables convidadas a un banquete, el anfitrión no obtiene en el otro mundo recompensa alguna por la parte del festín correspondiente a los individuos sobre los cuales aquel hombre haya posado su mirada.

Un ciego que se haya encontrado en el sitio desde el cual un hombre despreciable hubiera podido ver a las personas honorables que toman parte en un banquete, anula para el anfitrión el mérito del servicio hecho por éste a noventa convidados honorables; un tuerto, el de sesenta; un leproso, el de ciento; un tuberculoso el de mil.

Durante el tiempo en que los platos se conservan calientes y en que los comensales comen en silencio, sin hablar de las cualidades de esos platos, los manes toman parte en el festín.

Se prohíbe leer los libros santos: durante la noche; cuando el viento sopla; durante el día, cuando el viento levanta polvo; cuando relampaguea, truena, llueve o sobrevienen grandes cataclismos del cielo o de otras partes. Si se produce un ruido



sobrenatural o un temblor de tierra o un eclipse, la lectura debe aplazarse para la misma hora del día siguiente.

El hombre que consiente en la muerte de un animal, el que lo mata, el que lo corta en pedazos, el que lo compra, el que lo vende, el que prepara la comida con sus carnes, el que la sirve, y, en fin, el que la come, son considerados como coautores de la muerte de aquel animal. (*Libro IV.*)

## 9. Mito sobre la creación.

Manú, en reposo, se entregó a la meditación... El mundo yacía entonces envuelto en espesas tinieblas y sumergido en sueño por todas partes. Entonces Manú, el Ser existente por sí mismo, en cuanto los sentidos externos pueden comprender, hizo perceptible el universo mediante los cinco elementos primitivos, se manifestó, y, resplandeciendo con la claridad más pura, disipó la oscuridad...

Habiendo decidido él solo, el Ser Supremo, hacer que todas las cosas emanaran de su propia sustancia (de la sustancia del Ser), hizo que surgieran las aguas, y en ellas depositó un germen fecundo.

Ese germen se transformó en huevo de oro, brillante como astro de mil rayos luminosos, en el cual el Ser Supremo se reveló en la forma de Brahma...

Por medio de partículas sutiles emanadas del Ser, se constituyeron los principios de todas las cosas que formaron este mundo perecedero, derivado del Ser imperecedero. Cada uno de los elementos primitivos adquiere las cualidades de todos los que le preceden: de ese modo un elemento cualquiera, mientras más separado esté en la serie, más cualidades reúne.

El Ser Supremo atribuyó a cada criatura una categoría distinta, y con arreglo a esa categoría, actos, funciones y deberes diversos.

Así fueron creados los seres de todas clases.

Esos seres, en virtud de actos anteriores, nacen entre los dioses, los hombres o los animales, y experimentan sus transformaciones sin fin a través del mundo que se destruye y se renueva sin cesar.

Después de haber creado el universo de esa manera, Aquel cuyo poder es incomprendible desapareció de nuevo, absorbido en su alma y reemplazando el tiempo que pasa por el tiempo que viene. Cuando ese dios vela, el universo realiza sus actos; cuando duerme, su espíritu queda absorbido por un profundo letargo y el universo se destruye a sí mismo. Y por medio de esos sueños y de esos reposos alternativos, el Ser inmutable, sin cesar y sin fin, hace vivir o morir al conjunto de criaturas inmóviles o vivientes.

## 10. Leyenda acerca del diluvio

que cada cien años de Brahma debe sumergir al mundo.

Manú en cierta mañana se hizo servir agua en un vaso. En tanto que se lavaba las manos, un pececillo que había en el agua le dirigió la palabra: "Manú, sálvame, y yo te salvaré del diluvio que debe arrastrar a todos los seres".

"—¿Qué es necesario hacer para salvarte?", preguntó Manú al pez.

"—Mientras somos peces pequeños, nuestra existencia es precaria, porque los peces grandes nos devoran. Déjame, pues, en este vaso. Cuando yo haya crecido, haz un estanque y llénalo de agua para que me reciba, y cuando haya aumentado más aún de tamaño, llévame al mar. Entonces seré bastante fuerte para librarme de todos los peligros."

Efectivamente, el pez creció y un día dijo a Manú: "Deberás construir una nave para salvarte del diluvio que te he anunciado. Haz exactamente lo que te digo. Cuando el

diluvio comience, métete en la nave que habrás construido y déjate llevar por las olas; yo iré entonces a salvarte".

Manú, cuando el pez llegó a ser enorme, lo llevó al mar. Después construyó una nave, y se metió en ella tan pronto como el diluvio comenzó.

Las olas pronto llegaron a levantar la nave y la transportaron de un lugar a otro. Manú vio entonces venir al pez que él había salvado; lo ató por medio de un cable a su nave, y el pez, nadando vigorosamente, lo condujo hacia una elevada montaña que el mar no había podido cubrir.

Allí, el pez le dijo: "Amarra tu nave al tronco de aquel árbol corpulento. Conviene hacerlo así, para evitar que las aguas, cuando se retiren, puedan arrastrarla". Después se alejó y Manú no lo volvió a ver.

Cuando las aguas se retiraron, Manú salió de su nave y se halló solo en la tierra, porque las aguas habían sumergido todo lo que existía en el mundo, y habían hecho perecer a todas las criaturas.

Manú vivió cuerdamente e hizo numerosas ofrendas al mar, al que pidió una compañera. Al cabo de un año, una mujer salió del mar y se dirigió hacia los dioses. Éstos le preguntaron quién era. "Soy la hija de Manú —respondió—, y a él pertenezco." Los dioses quisieron obligarla a permanecer con ellos; pero ella se negó, y fue a buscar a Manú, el cual le preguntó quién era ella.

"Soy tu hija", le respondió. "¿Cómo puedes ser mi hija?" "Las ofrendas que has dedicado al mar me han dado la vida, correspondiendo así a un voto que hiciste. Si quieres tener grandes riquezas y una larga prosperidad, hazme tu esposa durante un sacrificio, y todos nuestros deseos se realizarán."

Manú celebró entonces un sacrificio y se unió a aquella mujer; vivieron largos años y fueron padres de la llamada raza de Manú.

## **SURGE LA FILOSOFIA EN LA INDIA**

### **De las Upanishadas a la samkhya**

Comentando dos ideas que aparecen rudimentariamente en los libros más tardíos del *Rig Veda* —la que el universo se estructura como el cuerpo de un hombre (R V , X, 90) y de que la realidad última es una (RV, 1, 164, 46; X, 122)—, las *Upanishadas*, especialmente doce o trece de las 108 que existen, desarrollaron la opinión que no sólo el cuerpo del hombre, sino también su mente corresponden estructuralmente al universo; y abrieron una polémica acerca de la relación entre el alma individual y el *Brahman* o Absoluto. La tendencia general de las *Upanishadas* es monista (*advaita*): el alma es idéntica al Absoluto; y toda la realidad no es más que espíritu. Pero algunas de las *Upanishadas* postreras dan pie para ciertos dualismos (*dvaita*), pues incluso a la materia atribuyen realidad propia y establecen una distinción real más o menos sutil entre el yo y el *Brahman*. Abriendo, así, campos de debate racional, las *Upanishadas* despertaron en la India la inquietud filosófica, aproximadamente al mismo tiempo que en Grecia se acumulaba la "masa crítica" de problemas y herramientas conceptuales suficiente para el despegue de la actividad filosófica.

A partir de las especulaciones de las *Upanishadas* y del budismo, habían de desarrollarse en India las escuelas de filosofía, cuyos *sutras* fundacionales parecen datar de comienzos de la era cristiana. Expongamos por ahora, sucintamente, una de ellas: la escuela samkhya. Según dicha escuela, basada en los *sutras* de Kapila y los *Samkhya-karika* de Ishvarakrishna, la realidad se compone de dos tipos de principios eternos e irreductibles: el *prakriti* (naturaleza), sustancia única, material, inconsciente y activa, y

los *purusha*, inactivos y espirituales. El *prakriti* no es totalmente indiferenciado; tres cualidades o *gunas* lo constituyen: *teyas*, *rayas* y *lamas*; o sea, brillo, fuerza y masa, respectivamente. Quizás el *prakriti* deba concebirse como el equilibrio inestable entre ellas. La diferenciación entre los entes naturales y las pulsaciones del cosmos —esos cambios cíclicos que se observan en el mundo— tienen por causa el desequilibrio entre las tres *gunas*, de modo que los efectos se identifican con la causa, la que los había tenido desde siempre en potencia, y sobre la cual recaen, sin distinguirse realmente de ellas. Sin embargo, las *gunas* no modificarían su equilibrio ni, por ende, podría brotar de la *prakriti* el mundo, sin el contacto con *purusha*, que, siendo inactiva, se desempeña a modo de un Primer Motor aristotélico. Los órganos sensoriales, la percepción o sentido común (*manas*) y el intelecto activo (*buddhi*) son precipitados del *prakriti*, en que predomina *teyas*. Al iluminar un *purusha* al *buddhi* surgen el entendimiento y la autoconciencia individual. La verdad, adecuación entre pensamiento y objeto extramental, es posible gracias a que el *buddhi* evoluciona paralelamente a la naturaleza física, donde predomina *tamas*.

Así intentaba esta compleja cosmología precientífica de carácter dualista dar cuenta de los fenómenos, sin apelar a un creador externo —concepto extraño a la filosofía india— ni elaborar una ontología. El gran Shánkara va a ilustrar su posición en términos facilitados por las *samkhya*, al definir la realidad —el *Brahman*— como *nirgunam* (*prakriti* indiferenciado, sin *gunas*), y al mundo ilusorio, como *sagunam* (*prakriti* afectado por la interacción de los *gunas*).

Pese a la diversidad de sus posiciones, las principales corrientes filosóficas que profesan veneración por los libros védicos han tenido el mérito de no exagerar sus discrepancias hasta el punto de imposibilitar cierto ensamble entre sí. También ha habido cosmovisiones no ortodoxas, pero han gozado de una vigencia más bien esporádica; entre ellas cabe mencionar la *chárva*ka, que concebía el alma como una especie de soplo vital (*prana*); rechazaba por inobservables el atomismo de la escuela *vaichéshika* y el testimonio de la revelación (partes de cuyo mensaje consideraba inmoral), y ni siquiera admitía la validez de la inducción para completar nuestras percepciones. Decían que así como la combinación de ciertas sustancias no tóxicas origina propiedades intoxicantes, así la conciencia sobreviene cuando los cuatro elementos materiales se combinan de cierto modo. Igual que a los positivistas de todos los tiempos, se les objetaba que la doctrina que todo está compuesto de elementos materiales no podía ser derivada de la percepción.

## EL YAINISMO

Hacia el siglo VI, el brahmanismo fue perdiendo su fuerza inicial; las larguísimas ceremonias y el progresivo esoterismo de la casta brahmánica la habían distanciado de la religiosidad popular. La lengua sánscrita se había hecho ya difícil de entender hasta para los mismos sacerdotes oficiantes. Dice Surendranath Dasgupta, lato expositor de las filosofías de la India, que en el siglo VI antes de Cristo "había llegado la hora de la casta *kashatriya* y sobre ella recayó la responsabilidad de sacar adelante el pensamiento indio".

Efectivamente, Vardhamana (siglo VI antes de Cristo), fundador del yainismo, era igual que Siddharta, un *kashatriya* (caballero), aunque perteneciente al clan de los *Licchavi*, vecino al clan de aquél. Como buda, abandonó su vida seglar a los treinta años y se asoció a una secta fundada en el siglo VIII antes de Cristo por Parchavanatha, el cual predicaba la autolaceración y la tolerancia del sufrimiento para alcanzar la omnisciencia y ser un *mahavira* (gran héroe) o conquistador de la *yina* (victoria).

Notando las dificultades existentes para alcanzar dicho ideal, eliminó los rigores espectaculares, modificaciones que lo elevaron a la cabeza de dicha secta. La leyenda lo describe como un hombre excepcional en todo sentido; su físico —se decía— era "armonioso y bello como ninguno".

Tanto el Mahavira como Buda ofrecieron nuevas salidas a la bloqueada inquietud espiritual de la sociedad india. Sus soluciones surgieron precisamente en regiones de brahmanización más reciente, las que, por eso, se abrieron con más facilidad a las nuevas corrientes. El yainismo, cuyos inicios están referidos en el *Kalpasutra*, creció con rapidez, extendiéndose desde Orissa al oriente hasta Mathura al poniente antes de nuestra era, y después, por Gujarat y Kathiawar. Igual que el budismo, el yainismo se basa en la vida monástica, que los laicos deben sostener y también experimentar de cuando en cuando. En el siglo I antes de Cristo sufrió un cisma meramente disciplinario, surgiendo las sectas de los chevetambaras y los digambaras (los "vestidos" y los "desnudos"; estos últimos practicaban el nudismo como signo de desapego del mundo). Llama la atención la penetración del yainismo en todos los niveles sociales; incluso se dice que el emperador maurya Chandragupta habría sido yainista.

No obstante su contemporaneidad con el budismo, el yainismo se nos antoja arcaizante. El cosmos se compone de una serie de niveles dispuestos alrededor de un hombre gigante, en torno a cuya cintura —que es el océano circular— gira el disco de la Tierra; bajo ésta hay siete purgatorios, y encima de ella, una jerarquía de cielos poblados de dioses. El universo, increado y eterno, consta de infinidad de almas (*yiva*) y materia (*ayiva*). Las almas serían omniscientes y eternas, de no ser por su asociación con la materia y el *karma*. Pese a la aguda dicotomía *yiva-ayiva*, las almas son descritas en forma un tanto materialista, pues se expanden y contraen según el tamaño del cuerpo que animan, y pierden su elasticidad por el peso del *karma*, sutil sedimento que las acciones depositan dentro del alma. Según su concepción animista, incluso en un pequeño viviente hay verdaderas colonias de almas compartiendo la nutrición y respirando en común. Tal vez el considerable interés puesto por los filósofos yainas en la lógica se explique por su tendencia al esquematismo. En efecto, en su teoría del lenguaje no hay homonimia, y si una palabra posee más de un significado, se computa por más de una; y afirman que toda proposición es válida únicamente en cuanto al aspecto que enfoca y en un determinado contexto; ello indica que su epistemología es simple: correspondencia entre objeto y concepto.

Fundado en tales presupuestos, Vardhamana predicó la liberación de las almas mediante la aniquilación del *karma*, lo que se obtiene por la austeridad —prohibió el alcoholismo y los entretenimientos públicos— y la inacción; él mismo murió de inanición, forma extrema de la inacción. Otra norma esencial de su moral es la ahimsa, no violencia universal frente a cualquier viviente; así, sus monjes debían caminar como gacelas para no pisar los átomos vivientes, filtrar el agua que bebiesen, usar mascarillas sobre la nariz para no respirar insectos. Quizá sea la prohibición de ocuparse en empresas que destruyen la vida la principal razón que muchísimos yainas (hoy sólo unos dos millones, pero antaño, ciertamente más) laicos se hayan desempeñado como comerciantes, a veces bastante afortunados.

Aunque se les ve implorar gracias menores de los dioses hindúes, se hacen casar por brahmanes, y tienen templos similares a los hinduistas, no creen en el carácter revelado de los *vedas* ni en Dios: dos argumentos para calificarlos de ateos, junto con los budistas ortodoxos y las escuelas filosóficas samkhya, mimamsa y charvaka.

## BUDA Y EL BUDISMO

### Vida del Buda

El Buda (*buddha* significa iluminado) se llamaba Siddharta, y pertenecía a la familia Gautama. Su biografía ha sido decorada con tal profusión de leyendas, que cuesta desentrañar lo que en realidad sucedió. Nacido probablemente en 563 antes de Cristo en Kapilavastu, a los pies del Himalaya, en el actual Nepal, era hijo de un régulo de la casta guerrera kashatriya. No formaba, pues, parte de la casta de los brahmanes, tradicionales sostenedores del saber sagrado o *Vedas*, a la vez que sacerdotes de los ritos oficiales.

Criado en medio de los placeres de la pequeña corte de Kapilavastu, se casó a los dieciséis años con Gopa, que tardó doce años en darle un hijo: Rahula. Apenas éste nació, Siddharta abandonó todo en busca de algo que diera sentido a esta vida tan llena de sufrimientos. Sentóse entonces a los pies de varios yoguines<sup>5</sup> y maestros, uno tras otro, sin lograr la calma espiritual; incluso se sometió durante un tiempo a mortificaciones extremas que le valieron el apelativo de "Sakyamuni" (asceta del clan Sakya) y la admiración de Bimbisara, rey de Magadha, que posteriormente le obsequiaría un espléndido parque cerca de su palacio de Rajagriha, a fin de gozar " más establemente de su compañía. Los condiscípulos de entonces iban a ser sus primeros discípulos. Habiendo errado ya cinco años como mendigo, el inquieto renunciante (*sanyassi*) decidió indagar por sí mismo la causa del mal y la forma de librarse perennemente de él; al despedirse, los condiscípulos se prometieron hacerse seguidores del primero de ellos que hallara la panacea. Al cabo de un año, meditando en Gaya, arimado a un árbol junto al río Nairanyana, experimentó de noche un éxtasis que iluminó su entendimiento. Fue como si la multitud enmarañada de arbustos que antes no lo dejaban ver el bosque, se hubiera esfumado (*nirvana*); desde ese día, el iluminado (buda) viviría inmediatamente preparado para entrar de nuevo, y en forma perpetua, en trance (*parinirvana*), pero dilatando ese momento dichoso con el objeto de guiar a los demás seres humanos hacia la misma liberación; los santos que por compasión al prójimo permanecen una o más reencarnaciones en este estado especial se llaman *bodhisattvas* (a punto de ser budas).

---

<sup>5</sup> Tanto el brahmanismo oficial como el hinduismo popular han dado suma importancia al yoga; esto es, a los métodos para desasir el yo metaempírico del yo empírico y unirlo (*yug*) al Absoluto. Las escuelas de yoga son más de veinte, pero las prácticas yogas pueden clasificarse dentro de unos seis tipos: 1) el cumplimiento del deber, sin esperar retribución (*karma-yoga*); 2) la devoción afectuosa a alguna de las formas en que conocemos a Dios: Krishna, Rama, Vishnú, Shiva (*bhakti-yoga*); 3) la introspección y el análisis discursivo (*jñana-yoga*), 4) la renuncia ascética a la vida social, a los placeres, los bienes y cuanto está regido por la ley de la causalidad (*raya-yoga*); 5) la apropiación de fuerzas ocultas mediante ritos y sacramentos mágicos (*tantra-yoga*); 6) un conjunto de actitudes sicofísicas respecto a la posición corporal, respiración, sueño, comida, relaciones sexuales, recogimiento, etcétera (*hatha-yoga*), que es la base de todos los demás sistemas yogas. La meta consiste en lograr el equilibrio interior, armonía, paz y luminosidad necesarias para la contemplación y, en último término, para la fusión del *atman* (yo) con el *Brahman* (realidad metafísica, eterna e inmutable, simple ser de los entes) o con el *Brahma* o *Ishvara* (Dios único, personal, distinto del mundo), como prefieren la escuela filosófica yoga y Udana, un vaichéshika que aportó en el siglo IX la más antigua demostración sistemática de la existencia de *Brahma* en India.

Luego de vencer al demonio Mara, que lo tentaba a desaparecer sumiéndose en el *parinirvana*, el Buda salió a captar discípulos; para comenzar, peregrinó a la ciudad santa de Varanasi (Benares), cerca de la cual, en Sarnath, expuso por vez primera sus "cuatro nobles verdades". Algunos yainas quisieron polemizar con él, pero el Buda iba a eludir invariablemente las preguntas metafísicas y las disputas inútiles. En Varanasi y Rajagriha, el Tathagata ganó los primeros renunciantes para su comunidad (*sangha*); su mismo hijo Rahula se convertiría en el patrono de los novicios. A diferencia de la sociedad de entonces, el Buda invitaba a los discípulos mejor dispuestos a formar parte de la *sangha*, cualquiera fuese su casta, raza o sexo:

En ese tiempo, los Sakya, para honrar la orden del Buda, hicieron reverenda a los pies (de los monjes) uno después del otro, terminando por llegar a Upali. Cuando notaron sus pies diferentes (de los otros), levantaron los ojos y vieron el rostro de Upali. Entonces los Sakya se conmovieron y extrañaron. Semejante a un río impetuoso que se arroja desde la cima de una montaña, cuya corriente esquiva las rocas y cuyas olas revientan reculando, dijeron: "Nosotros somos de la clase de los kashatriya, salidos de la raza del Sol; el mundo nos honra. ¿Cómo podríamos hacer reverencias a nuestro propio esclavo, surgido de una clase baja, de la casta de los barberos? ¡Debemos dirigirnos al Buda y explicarle todo este asunto!" Ellos hablaron así al Buda: "¿También nosotros debemos hacer reverencia a Upali?" El Buda dijo a los Sakya: "Hombres de mi clan: en mi Ley no hay lugar para el orgullo". Entonces los Sakya respondieron al Buda: "¡Él es de la clase de los sudra!" El Buda les replicó: "Todo es perecible; las clases no son duraderas; la no eternidad tiene (en todo) un solo gusto, aun en las clases; ¿por qué diferirían ellas de las otras cosas perecederas?" Los Sakya contestaron: "¡Sublime! Él es de la casta de los barberos; nosotros somos de estirpe solar". Buda dijo a los Sakya: "Todo lo que existe en el mundo es como un sueño, como magia; ¿qué diferencia hay entre las clases?" Los Sakya dijeron al Buda: "Es un esclavo; nosotros, señores". El Buda les respondió: "En el mundo, todos merecen el afecto (de los padres, de los maestros, etcétera), no obstante ser esclavos; entre los nobles y los plebeyos que no se han emancipado del samsara no hay diferencia. ¡Renunciad a vuestra soberbia!"... Bhadrasakya y los otros, tanto tiempo enquistados en su orgullo, domaron pues sus sentidos; tomando entre sus manos los pies de Upali, les hicieron reverencias.

También se brindaba Buda a los que, sin renunciar a sus deberes temporales, querían plegársele como laicos; tan comprensivo era con el laicado, que, a pedido del abuelo de uno de los novicios, prohibió ordenarse monjes a los menores sin consentimiento de sus padres.

De paso por su tierra natal, logró convertir a su familia, una de cuyas tías organizó el primer grupo de monjas; el Buda, que se hallaba en Vaisali, lo aceptó a condición. que sus miembros se sometieran a ocho reglas suplementarias y quedasen bajo total dependencia de la *sangha* masculina; ésta temía, en efecto, que las mujeres echaran a perder la disciplina y banalizaran la buena doctrina; a los que lamentaban tal decisión en un país que no permitía a las mujeres abandonar sus hogares, ni menos vagar rasuradas, Siddharta respondía que una persona de sexo femenino también podía nacer varón en otra reencarnación.

Hasta su muerte, en 483 antes de Cristo, Buda pasaría dedicado a convivir con sus monjes, formándolos y sacándolos a predicar. Nunca se desplazó más allá de Mathura al poniente, Champa al oriente y el río Yamuna, afluente del Ganges, al sur. Al extinguirse se hallaba en Kusinagara, próximo a su patria. Su cadáver fue cremado y las reliquias distribuidas, de tal modo que los fieles pudieran venerarlas en capillas ad hoc (*stupas*) que en la India serían cupulares, y en China, torres de tejados superpuestos (*pagodas*).



*Los 8 grandes acontecimientos de la vida de Buda, desde su nacimiento, en Lumbini, arriba a la derecha, hasta la adquisición de la iluminación. Siglo VI. a. J.C. Museo arqueológico, Sarnath.*

## **La meta: el nirvana**

El nirvana es la meta suprema del budismo, uno de los conceptos más discutidos de la filosofía oriental. Para unos occidentales es el aniquilamiento total; para otros, una existencia eterna de inefable felicidad.

Los hombres de Occidente sentimos el anonadamiento después de la muerte como el peligro máximo, sólo conjurable por la existencia de un alma inmortal. Si no se acepta la existencia de ese principio espiritual, el hombre después de la muerte es sólo cenizas. El ansia de inmortalidad caracteriza así a la cultura Occidental.

El problema para el hombre indio es totalmente diferente. Después de la muerte se ve condenado a un devenir interminable, hecho de nacimientos y muertes sin fin en esta

realidad contingente, dominio del sufrimiento. El ansia de liberación de esa cadena de existencias (*samsara*) caracteriza así a la cultura de la India.

Buda nunca se refirió al nirvana en términos positivos: "así como no se conoce el destino del fuego ardiente que golpeado por el martillo se extingue de manera gradual, así tampoco se conoce el destino de los que se han liberado totalmente". Sin embargo, los budistas tienen al nirvana por un estado gozoso y siempre esculpen al Buda sonriente en su éxtasis. Se dice que el ex rey Bhadiya, preguntado por Buda por qué andaba exclamando "¡qué felicidad!", respondió:

"Ahora, señor, dondequiera que me encuentre, aunque esté solo, vivo sin temor, confiado, sin miedos, despreocupado, en paz, con lo que los otros me dan, con mi mente libre como un animal del bosque. Es por esta razón, señor, que yo, dondequiera que me encuentre, pronuncio repetidamente esta exclamación: ¡qué felicidad, qué felicidad!"

Buda hizo entonces el siguiente comentario: "Los dioses no pueden alcanzar con la mirada a aquel hombre en cuyo interior no existe cólera, que está más allá de cualquier forma de existencia o de inexistencia, cuyos temores han cesado, feliz y libre de pena. Cuando el sabio brahman por su sabiduría ha llegado por sí mismo al conocimiento, entonces se libera de la forma y de la no forma, de la felicidad y del sufrimiento".

Más allá de cualquier forma de existencia (*bhava*) o de inexistencia: en realidad, el nirvana, la liberación, es indescriptible, inimaginable e inconcebible.

"Existe, oh, *bhikkus*, aquel dominio en que no se dan ni la tierra ni las aguas ni el fuego ni el aire, ni el dominio de la infinitud del espacio, ni el dominio de la infinitud de la conciencia, ni el dominio de la nada, ni el dominio del conocimiento, ni este mundo ni el otro, ni el Sol ni la Luna. Yo os digo, oh, *bhikkus*, que ahí no se entra, que de ahí no se sale, que ahí no se permanece, que de ahí no se decae y que de ahí no se renace. Carece de fundamento, carece de actividad, no puede ser objeto del pensamiento. Es el fin del sufrimiento" (*Udana VIII, 1*).

Si no existiese ese Absoluto, lo por completo diferente, lo absolutamente otro, sólo existiría esta realidad y nada fuera de ella, hacia donde el hombre pudiera escapar. Cuando se llega al nirvana, escapa ya uno a todo conocimiento, se destruyen los caminos del lenguaje que llevaban a él. Quien alcanza el nirvana, no puede llevar consigo nada de lo que constituye su realidad: ni vida emocional ni personalidad ni conciencia; todo cesa al salir de los límites de esta realidad contingente. Incluso el estado transitorio de nirvana que alcanzan los monjes budistas en vida —y probablemente todo trance yóguico, según la experiencia personal del Buda— comporta la interrupción de casi todos los procesos mentales, el vaciamiento casi total de la conciencia. Pero estganiquilainiento no es el aniquilamiento tal como lo entendían los charvakas, para los cuales todo terminaba con la muerte, sino un salto hacia la trascendencia.





*Sakiamuni como Buda iluminado. Museo de Londres.*

Lo absoluto budista, el nirvana, tiene múltiples similitudes con lo absoluto de las *Upanishadas*, a saber, *Brahman*; pero existe una profunda diferencia entre ambos: mientras el *Brahman* es definido en términos de ser, plenitud y conciencia (universal, no individual), el nirvana (extinción) es un absoluto de signo negativo: lo absolutamente otro, *shunyata* (lo vacío), término que jugaría un rol de primerísima importancia en la especulación budista posterior al Sakyamuni. Por consiguiente, para el Buda no cabía la posibilidad de Dios, que si era posible para el hinduismo. Para colmo, pues, no se puede llegar al nirvana mediante ritos brahmánicos ni con ayuda de la gracia divina, sino por el propio esfuerzo personal, en un aislamiento hecho de desapego y de renunciamento.

No hay predestinación ni fatalismo; cada cual llega hasta donde realmente quiere: libertad, autocreación e individualismo superlativos.

## El nirvana es alcanzable

El punto de partida de la reflexión budista era doble: una constatación —el sufrimiento universal— y un principio (el principio de razón suficiente): todo tiene que tener una explicación, una causa. Buda no necesitaba buscar la causa del mal en algún ser sobrenatural o en la naturaleza inminente del ser o de la acción, porque la encontró en los entresijos del hombre. El ciclo de las reencarnaciones, simbolizado por una rueda que todos los monasterios budistas de antaño colocaban a su entrada, se mueve en virtud de la dependencia en círculo de doce causas: sufrimiento - nacimiento - existencia - apego - deseo (desde luego, el deseo sexual, causa del nacimiento) - sensación - contacto de los seis órganos de los sentidos con sus seis objetos sensibles - órganos y objetos sensoriales - individualidad - conciencia - residuos kármicos - ignorancia de la verdad (*dharma*). El dolor viene de la impermanencia misma de la existencia; de modo que, como lo advierten las más antiguas upanishadas, el apego a la existencia es la raíz del sufrimiento. Cual polillas acercándose a la lumbre mortal, los hombres gozan sufriendo.

"Mira este mundo. La mayor parte de los seres están dominados por la ignorancia, gozan con las manifestaciones de la existencia, no se han liberado. Toda existencia en cualquier respecto es impennante, dolorosa, sometida al cambio."

Pero las pasiones y los deseos no son inexorables. Si queremos, podemos secar la fuente del deseo, que es nuestra ignorancia del orden del mundo (*dharma*, ley, ley natural). La misión del *bodhisattva* consiste justamente en enseñar el dharma; quien lo comprende y asimila perfectamente, ha "atravesado a la otra orilla", vive en este mundo sin vivir en él.

Cuando la ignorancia cesa, cesan los residuos kármicos;  
cuando los residuos kármicos cesan, cesa la conciencia;  
cuando la conciencia cesa, cesa la individualidad;  
cuando la individualidad cesa, cesan los seis sentidos;  
cuando los seis sentidos cesan, cesa el contacto;  
cuando el contacto cesa, cesa la sensación;  
cuando la sensación cesa, cesa el deseo;  
cuando el deseo cesa, cesa el apego;  
cuando el apego cesa, cesa la existencia;  
cuando la existencia cesa, cesa el nacimiento;  
cuando el nacimiento cesa, cesan la vejez y la muerte, la pena y el llanto, el sufrimiento, el desagrado y la inquietud.

En efecto, ya que según la concepción mágica de los *Vedas* todo acto específicamente humano madura en una existencia posterior, el karma es la herencia que un individuo se deja a sí mismo en una vida anterior. Pero si el individuo desaparece, ya no hay más reencarnación; y si uno actúa o padece sin mezclarse con lo que hace o recibe, no se gesta nuevo karma. Ahora bien, el individuo y la conciencia son ilusiones y la vida síquica es de lo más impermanente que hay. Y no se puede probar, bajo o fuera de ella, la presencia de una sustancia una y permanente: un alma, *atman* o yo, ya que la introspección no revela más que una corriente acelerada de

vicisitudes, como cuando gira un caleidoscopio. "Yo" viene a ser el fantasma unitario que proyecta una serie de hechos mentales instantáneos, causados, en forma entrecruzada y sucesiva, unos por otros. Quien consiga apropiarse esta concepción del yo, tan semejante a la de los filósofos empiristas ingleses, logrará extinguir el fuego del deseo, provocado por el egocentrismo.

"Entonces, Bahiya, de esta manera debes tú ejercitarte: que en lo visto exista sólo lo visto; en lo oído, sólo lo oído; en lo pensado, sólo lo pensado; en lo conocido, sólo lo conocido. Entonces tú, Bahiya, no estarás en las cosas; y cuando tú, Bahiya, no estés en ellas, entonces tú, oh, Bahiya; ya no estarás ni en este mundo ni en el otro, ni entre uno y otro: éste es el fin del sufrimiento."

Por otra parte, un yo eterno no explica nada. Pues una causa eterna únicamente puede producir efectos eternos, ya que si los produjera impermanentes, habría que inquirir qué condición causa su existencia y su aniquilación; como el yo eterno, por definición, no cambia, habría algún factor extraño a él que intervendría; pero entonces esa condición no-yo bastaría para explicar el efecto, haciéndose inútil recurrir a una causa eterna. Claro: cada una de estas premisas es discutible; pero así argumentan algunos budistas; para otros, como Nagaryuna, el concepto mismo de causalidad es contradictorio.

El *arhat* o *arhant* (el que ha alcanzado el nirvana) está "mas allá del bien y del mal"; o sea, del bien a que uno se apega y del mal del que uno huye. La doctrina budista contiene muchas paradojas chocantes, de las que Siddharta, carente de formación filosófica y afectado, de remate, por un prurito ametático, tal vez ni se percató. Una de ellas es el concepto de *bodhisattva*, ente en quien la benevolencia suprema hacia los hombres nace justamente del conocimiento perfecto de la inexistencia de los hombres.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> A las contradicciones doctrinales del budismo súmanse las de su desarrollo histórico. Por ejemplo:

- 1.—Buda nunca se presentó como dios, ni siquiera indirectamente. Sin embargo, sus discípulos lo han divinizado; los tibetanos han añadido además una demonología muy numerosa.
- 2.—El nirvana, un estado mental vacío, se convertiría, según el Gran Vehículo, en sustancia densa que lo trasciende todo.
- 3.—La liberación, sólo alcanzable merced al esfuerzo individual, la regalaría el Buda a quienes tuvieran fe en él y lo invocasen, según las sectas pietistas.
- 4.—En el budismo hay diferencias verdaderamente cruciales. La importante secta theravada afirma la existencia de elementos naturales, pero tiene a la conciencia portuición; la secta vijñavadin afirma la conciencia como única realidad, considerando los elementos naturales como Creaciones de la mente.
- 5.—Sorprende el éxito entre los laicos de una doctrina tan difícil de aceptar por el sentido común.
- 6.—Aunque Buda no salió de la India, no era auténticamente hindú en sus concepciones. Incluso es considerado extranjero en el actual Nepal.
- 7.—Buda no dejó enseñanza escrita, lo que no impide que exista un gigantesco canon en chino y tibetano para el Gran Vehículo, y otro en pali para el Pequeño.
- 8.—Surgido de los indios y en contra del hinduismo, el budismo acabaría siendo eliminado por aquél. Hoy sólo cuenta doscientos mil practicantes en la India, aunque fuera de allí agrupe a más de ciento cincuenta millones de fieles, si excluimos a los chinos.
- 9.—Típicamente negativo, el budismo se convertiría en un formulario práctico positivo de salvación.

## La vía al nirvana

Puesto que la causa última de la existencia desgraciada es la ignorancia, la correcta meditación es el camino real para eliminar, junto con las quimeras, las reencarnaciones. El énfasis se pondrá en el análisis de las motivaciones y en la transitoriedad y vaciedad de cuanto conocemos. Como el intelecto discursivo poco ayuda, y hasta puede estorbar la contemplación, las sectas basadas en el sutra *Lankavatara* iban a procurar que el descubrimiento de los elementos del cosmos y de los mecanismos de causación (gradual, según Shen-hsui; repentino, según el cantonés Hui-neng y la escuela Zen) se hiciera espontáneamente, desprendiendo el espíritu del pensamiento lógico y, en general, de todos sus hábitos, a fin de familiarizarlo con lo aparentemente absurdo.

Pero la concentración mental implica todo un escenario de esfuerzos preliminares que predisponen el espíritu: desde luego, postura, respiración, silencio y luminosidad adecuados; mas también sueño, alimentación y guía pertinentes. Y una vida moral correcta. Las intenciones han de responder a los hallazgos; los actos, palabras y medios materiales en que tales intenciones se pongan por obra deben contribuir a la paz interior. Como mínimo, el Buda prescribía cinco mandamientos: no violencia deliberada, no apropiación indebida, continencia respecto a la mujer del prójimo, no engaño, no ingestión de alcohol. Es evidente que los tóxicos inhiben la concentración; por otro lado, la afición a los bienes, y a los seres queridos restan lucidez a la meditación y distraen del ejercicio de tener presente y aplicar constantemente lo aprendido. La acción nutre a la contemplación y le plantea problemas específicos. Para los monjes, las exigencias eran mayores: como en las órdenes religiosas católicas, renuncia al ejercicio del sexo y a los bienes, meditación, confesión pública quincenal, fuga de las conversaciones frívolas; represión de las dudas, de la desilusión de sí mismo, del deseo de renacer en el cielo, de las falsas visiones, envidia y mala voluntad, de la exageración de los poderes milagrosos propios y de la autocomplacencia moral —en fin, obediencia al reglamento monacal, que en su versión pali más antigua (*Patimokkha sutta*) contenía 227 artículos. Por su parte, los laicos debían construir los monasterios (*vihara*), retirándose en ellos de vez en cuando, y subvenir al mantenimiento de los monjes. Como el Buda, al revés de los maestros de su tiempo, no designó sucesor, la primera organización monacal fue democrática y mixta en lo sexual.

## PRIMERA UNIFICACIÓN DE LA INDIA ARIA

### De Darío a Alejandro Magno

Hemos aludido ya a la dificultad para conocer la real, histórica y desmitificada India antigua. Ella radica en la variedad de tradiciones, en la falta de un Estado que la abarcara permanentemente y en el retraso con que se iniciaron en India las investigaciones arqueológicas. Tan sólo disponemos de crónicas aisladas, pues la falta de un poder político central descuidó los testimonios históricos; únicamente la casta sacerdotal cultivó las letras, pero, más preocupada del pasado legendario que del presente, con un fin meramente religioso. Sin embargo, el factor fundamental es la poca inclinación de los indios por el realismo, especialmente el histórico. En India la historia es poesía. Ser lo más remoto posible resulta prestigioso para un hecho histórico; esto ha llevado a los indios, para desesperación de los investigadores occidentales, a correr

todas las fechas generosamente hacia atrás. En India el tiempo no tiene mucha importancia; por eso, para conocer los hechos reales, tenemos que recurrir a fuentes griegas, persas o chinas, y confrontarlas con la arqueología.

Sabemos que el rey persa Darío conquistó la región del Indo en el año 518 antes de Cristo, en pleno período de escisiones antibrahmánicas, llevadas a cabo por Mahavira y Buda. Eran años difíciles para la India. El centro del indianismo se había desplazado hacia el este; la brahmanización que se había llevado a efecto recientemente en reinos como Madhyadesa, Kochala, Videha, Magadha o Anga, tuvo que competir con el budismo, que se extendió rápidamente por esos mismos lugares. Por entonces los reinos de Kochala y Magadha rivalizaban por las zonas vecinas. Bimbisara, el quinto de los Sisunaga, dinastía reinante en Magadha desde el siglo VII antes de Cristo, fue budista (¿o jaina?), había conquistado Anga y establecido allí su capital, Rajagra (Rajgir). Su sucesor, Ajatachatru (554-527 antes de Cristo), había vencido a su suegro, el rey de Cochala, y fundado en tierras de aquél la nueva sede de su imperio, Pataliputra (Patna). Cochala, durante el dominio de Magadha, marcaba un paso más del proceso de crecimiento al este del dominio arya y del brahmanismo. Hacia el sur, los arios habían invadido hasta el Deccán, fundado el reino de Avanti con capital en Ujjayim (Ujjain), lugar donde nacería el *pali*, primera lengua universal india, en que se compuso el *Tripitaka*, libro canónico o normativo del budismo hinayana. El sisunaga contemporáneo a Darío el Grande fue el hijo de Ajatachatru, Darsaka (527-503 antes de Cristo), a quien sucedieron su hijo Udasin (503-470) y, finalmente, Nandivardhana y Mahanandi, los últimos sisunagas. Luego se tomaron el poder Mahapadma y sus ocho hijos (413 antes de Cristo), de la familia plebeya Nanda, que favoreció la extensión del budismo, a la vez que hizo de Magadha un reino grande y fuerte. La reacción brahmánica ayudó a Chandragupta a derribar a los Nandas en 322.

La información que tenemos sobre los Estados gangéticos de los siglos V y IV antes de Cristo es a través de la literatura sánscrita brahmánica, sánscrita budista y pali-budista, y de inscripciones persas como las de Persépolis o Naqsh-e Rostem, en las cuales la región del Sind figura como territorio persa conquistado.

También escribieron sobre la India los griegos Skilax —que trabajó para el rey persa—, Hecateo de Mileto, Ctesia de Cnido y Heródoto de Halicarnaso, que describe con objetividad el Sind y el Pundjab.

A la caída de los Aqueménidas, tras la invasión del macedonio Alejandro a Persia, el noroeste de India quedó momentáneamente libre. Alejandro, que no se contentaba con menos que el mundo entero, conquistó el Pundjab como base de una futura expansión al valle del Ganges, cuya desembocadura suponía ser el confín oriental del continente asiático.

La invasión de Alejandro a la India —hecho irrelevante para la literatura india, aunque muy bien documentado por los griegos Arriano, Diodoro de Agrión, Plutarco, Polieno y Estrabón— comenzó en el valle del Helمند, Seistán, donde fundó Alejandría de Aracosia (Kandahar) en el año 330 antes de Cristo. Franqueando las montañas, bajó luego al río Kabul en el invierno del 329 antes de Cristo. Le interesaba dominar Bactria, ex provincia persa. Estableció colonias militares a ambos lados del Hindu Kush e hizo la guerra a los montañeses del Chitral y Swat. Llegó al alto Indo tras celebrar pactos con el príncipe Ambhi, heredero del país ubicado entre el Chilam y el Indo. Tras cruzar el Indo por un puente de barcas, fue recibido con honores en Taksachila (Taxila), capital donde acababa de asumir el poder Ambhi, a quien el invasor confirmó magnánimamente en el trono.

Aquí comienza el contacto entre griegos e indios: Onesícrates, de la escuela de los cínicos, conversó sobre Pitágoras y Sócrates con ascetas desnudos.

Allende el río Chilam reinaba un paurava, al que los griegos llamaron Poros. Este rival de Ambhi levantó un gran ejército contra los invasores. Los griegos, aliados incidentalmente con los indios de Ambhi, los enfrentaron con astucia, derrotándolos gracias a la rapidez de su caballería. Poros peleó con valentía, pero tuvo al fin que ceder. Pidió "ser tratado como rey". Alejandro lo restauró en su trono con la condición de ser reconocido como emperador universal.

Esta guerra no debe ser vista como el esfuerzo de los indios por expulsar a los invasores, sino como continuación de las muchas luchas entre rajás indios. En seguida, Alejandro sometió a los glausai, del país entre el Ravi y Sutlej, y conquistó Sangala, la capital de los adhristas, que Poros arrasó cuando los griegos continuaron su marcha invicta. Enterado de las victorias del macedonio, el rajá Saubhuti lo recibió con agasajos y le ofreció su hospitalidad.

Al llegar al cuarto afluente del Indo, el Bías, sus generales obstinadamente pidieron a Alejandro volver, pues veían cansadas las tropas y no acabar la ambición del emperador. Alejandro accedió, tras celebrar sacrificios y dejar testimonios de su paso construyéndose altares monumentales. Ordenó al cretense Nearco que preparase una armada fluvial para descender por el río Indo hasta el mar. Terminados los preparativos, parte del ejército se embarcó. Mientras navegaban río abajo, por ambas orillas avanzaban sendas columnas al mando de Hefestión y Crátero, que escoltaban las naves y despejaban el camino de enemigos. Alejandro guiaba en medio de ese clima infernal su extenuado ejército con valor y ánimo ejemplares. Ya cerca del mar, ordenó a Crátero trepar la meseta irania y dirigirse hacia el Seistán. Llegando al mar, la flota torció hacia el golfo de Omán. Antes de regresar, Alejandro fundó algunos establecimientos marítimos en las desembocaduras del Indo. En Gedrosia instaló como sátrapa a Apolófanes. Llegó a Susa en mayo de 324 antes de Cristo. Poco después murió en Babilonia de una fiebre aguda a los 33 años de edad.

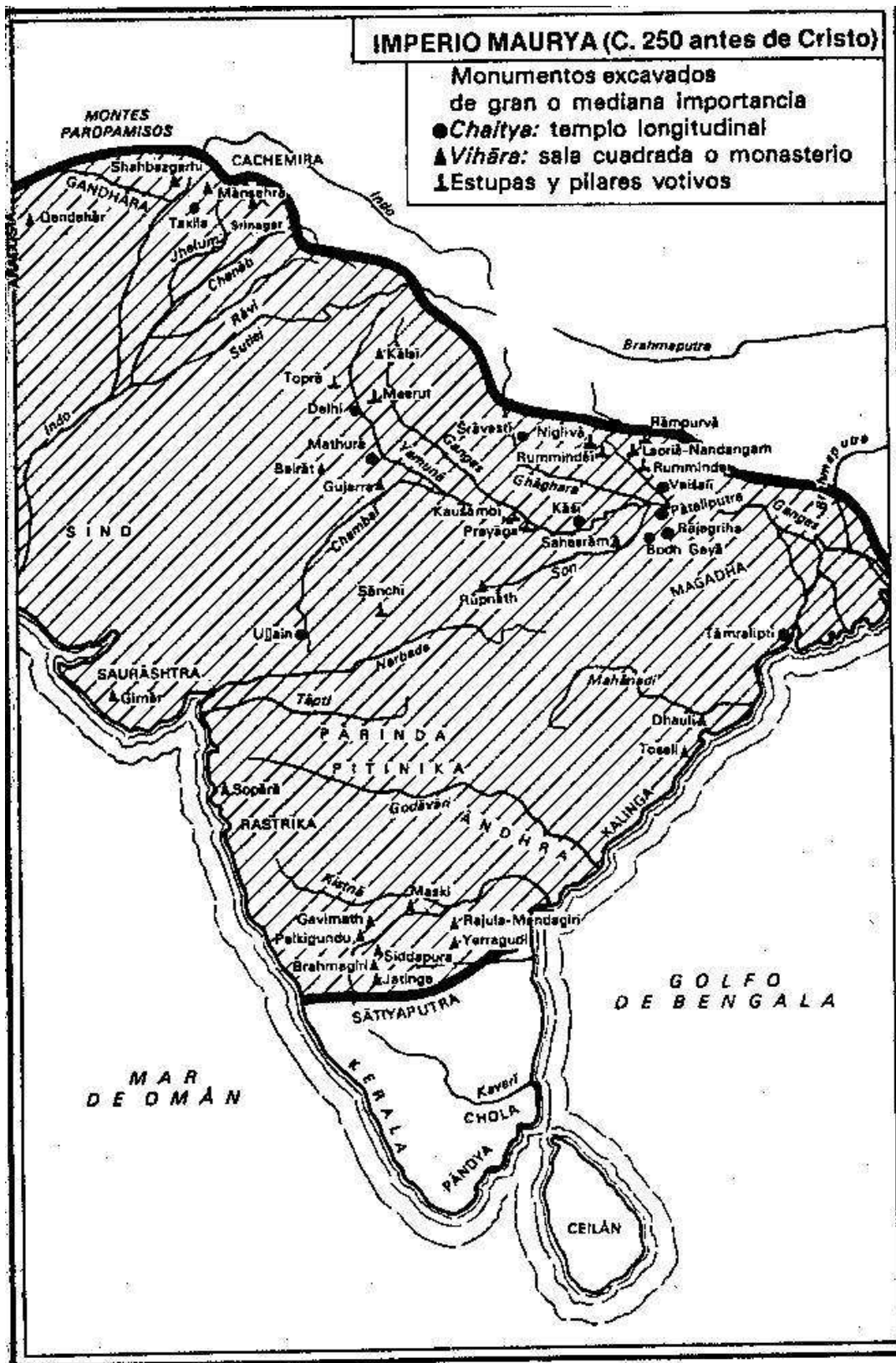
El balance de la campaña de Alejandro a la India puede resumirse en tres puntos:

1. Alteró el equilibrio político del noroeste de India al dejar como soberanos a reyes amigos (Ambhi, Abhisara, Uracha, Poros).
2. Puso en contacto las culturas griega e india; en su campaña de ocho años por India, se abrió el interés de ambas partes por conocerse.
3. Quedó superada la barrera natural entre el Pundjab y el Asia interior.

## **El imperio maurya: Ashoka**

Después del fugaz paso de Alejandro por la India, ocurrieron allí cambios importantes. Dijérase que los ejemplos persa y macedónico incitaron hacia la unificación política.

Dijimos que en el reino de Magadha había, en 322, ascendido al poder Chandragupta (Sandracotos, según las crónicas griegas), probablemente un Nanda bastardo, dando comienzo a la dinastía Maurya. De su reinado sabemos por un drama escrito posteriormente: el *Mudrarakchasa*. Consejero de este primer maurya fue Vishnugupta (Kautilya o Canakya), autor del *Artha shastra*.



Impreso en Mysore en 1909 según un manuscrito descubierto recién en 1905, el Kaulatiya Artha shastra versa sobre teoría y práctica política para tiempos de paz o de guerra; la forma en que nos ha llegado corresponde a una redacción o transcripción hecha en el siglo III o IV después de Cristo, pero su contenido se remonta al siglo IV

antes de Cristo. La primera traducción inglesa de esta obra la realizó Shamashastry en 1929.

La obra recomienda procedimientos tan "maquiavélicos" como los de ablandar al adversario con mujeres adecuadas; o de envenenarlo si se vuelve irreductible, reflejando usos aceptados y difundidos en la India antigua. Este tratado pone en jaque a la consabida imagen de la India como una tierra pacífica donde florecieron la ascesis y la filosofía. Describe el complicado funcionamiento de la máquina estatal, el orden económico y las muchas actividades de la vida pública de la India. Muestra la burocracia estatal, los mecanismos judiciales y tributarios, la dirección de la guerra, la diplomacia y una increíble red de espionaje que salvaguardaba la vida del rey. Contiene en germen disciplinas que serían desarrolladas, en forma específica, más tarde, y que dicen relación con el desarrollo de la riqueza del reino, tales como la agricultura, la construcción y la cría de caballos y elefantes.

Chandragupta tenía como capital a Pataliputra, pero se movilizó al Punjab para acabar con las guarniciones macedónicas. Las comunidades brahmánicas del Indo reaccionaron positivamente ante éste intento de unificación indoaria, formándose en todo el norte de India un gran bloque político favorable a Chandragupta. Pero tan promisorio porvenir fue alterado por la ambición del nuevo gobernante de Persia, Seleuco Nicator, lugarteniente de Alejandro, que heredó esa porción del imperio y que estaba dispuesto a reanexarse el Punjab. Pero Chandragupta, aprovechando la dispersión de las fuerzas del seléucida, que luchaba contra los otros diádocos en el Levante, logró arrebatarse Paropanisadai (Kabul), Aria (Herat), Aracosia (Kandahar) y Gedrosia. Con esto, los indios pasaron a ser los amos del Irán oriental. El imperio Maurya se extendía entonces de Afganistán a Bengala, y del Himalaya al río Narbada. En el Estado o, quizás mejor, en la confederación presidida por el maurya, "reinaban el bien y la justicia, simbolizada en el monarca sabio y justo".

El fin del reinado de Chandragupta no está muy claro. Con unos cincuenta años de edad, se retiró a la vida monástica (298 antes de Cristo), y, aunque esto puede ser sólo leyenda, se dejó morir de inanición como buen jaina.

Al retirarse había abdicado en su hijo Bindusura, quien extendió el imperio hacia el Deccán y mejoró la obra unificadora de su padre, dejando a su hijo Ashoka Priyadarchin un patrimonio de orden y paz. Bindusura mantuvo relaciones con Occidente, recibiendo embajadas de Antíoco Soter y de Ptolomeo Filadelfo. Varios griegos llegaron así a la India, sea como diplomáticos, sea como negociantes.

Ashoka es el más ilustre y famoso monarca indio. Sabio entre sabios, magnánimo, dulce y amable, valeroso y audaz, a la vez que piadoso y recogido. "El más íntegro de los hombres", dice Romila Thapar, investigadora indo-inglesa. Ashoka asumió íntegramente el poder político y espiritual del imperio, fue capaz de fomentar la paz social a partir del orden universal reflejado en su persona y en sus actos públicos, gracias al eco que halló en el corazón de sus súbditos.

Hay documentación suficiente para comprobar que su reino fue grandioso. Hizo grabar sus edictos en rocas o pilares esparcidos por todas las regiones del imperio, usando para ello el idioma popular: el prakrit. Mediante esas inscripciones comunicaba, además, al pueblo sus obras y logros. Se interesó por la prosperidad de todo. Embelleció Pataliputra, transformándola en digna sede imperial. Preocupado por la salubridad pública, hizo construir hospitales y postas así como obras de irrigación para los campos.

Ashoka encarna la idea del rey universal persa, más un añadido: el principio búdico-jaina de la bondad infinita. Permitió la coexistencia de todas las formas



religiosas, alentándolas y haciéndoles sentir su responsabilidad en la promoción del orden moral o dharma:

Querer a su secta despreciando a las demás, por afección a la suya, para exaltar su mérito, sería infligir a su propia secta la más grave de las injurias. Deben buscarse el dominio de los sentidos, la pureza de pensamiento, la gratitud, la firmeza en la devoción. En eso cada hombre debe ocupar sus fuerzas, y no emplearlas en pelear con su vecino. (Edicto en piedra, número VII.)

Este mandato, de innegable valor universal, parece tomado del "Diálogo de Vidura con los Pandavas" (Mahabharata VI, 38).

Ashoka personifica el reino del *dharma*, ley universal cuyo cumplimiento trae la felicidad a todas las creaturas. Así pudo unir los diferentes usos, tradiciones y distintos tipos de gente. Fue a la vez jefe brahmánico, monje budista y asociado jaina. Entronizado a los veintiún años (273 antes de Cristo), se hizo budista a los treinta. Citó a un concilio budista en la capital, Pataliputra, el año 240 y abrió en Srinagar, actual capital de Cachemira, fundada por él, muchísimos monasterios —quinientos, se dice—. Se cuenta que a causa de la guerra que sostuvo con el país Kalinga en el año 261 antes de Cristo, donde venció a costa de cien mil muertes por ambas partes, tuvo tal cambio de actitud; en el edicto en piedra N° XIII confiesa su remordimiento y proclama haberse refugiado en la ley de Buda. Su único fin pasó a ser desde entonces el triunfo de la ley y la justicia —el *dharmavijaya*— y el considerar a todos los hombres como a hijos. (En la mentalidad aria y, en general, indo-europea, se ha dado cierta propensión a aceptar al rey como padre de un Estado de carácter familiar.)

Mínimo de impiedad,  
máximo de buenas acciones,  
bondad, liberalidad, veracidad,  
pureza de acción y de pensamiento.  
(Edicto en piedra N° 2).

Sus embajadas a los reinos de Occidente, al reino Chola (tamules), a los pandyas, a Birmania, tenían por principal propósito contagiar al resto del mundo con ésa su nueva manera de hacer política. Su hermano Mahendra llevó el budismo a Ceilán (Lanka), siendo allá muy bien acogido por el rey Tissa, que hizo de su capital, Anuradha pura, un centro budista.

Ashoka murió en Taxila en 232 (?). Su glorioso imperio se bisectó entre sus dos nietos: Dacharatha se hizo cargo de la porción oriental y Samprati, de la occidental.

## **Indo-griegos, indo-partos, indo-escitas**

Las novedades en el Irán y el debilitamiento de los Mauryas trajeron de vuelta la atención al noroeste de India. Partia y Bactriana se habían emancipado de los gobernantes seléucidas en 250 antes de Cristo. Los partos (llamados pahlavas en los documentos en lengua pali) estaban emparentados' con los nómadas del Turquestán. Los bactrianos, sus vecinos, se ubicaban entre el río Oxus y el nudo montañoso denominado Hindú-Kush. Arsakes (Arsaces) había dirigido el alzamiento parto contra Seleuco III, logrando fundar en el Irán el reino arsácida. La provincia seléucida de Bactria, en tanto, por exceso de crecimiento y ambición de su administrador, Diodoto, había empezado a correr con colores propios. En el año 208, tras hacerle la guerra a Antíoco III el Grande,

Eutidemo —rey de Bactria emancipada— se lanzó hacia Afganistán, pretendiendo que los territorios indios, antaño tributarios de los persas, le pertenecían.

El cercano ruido de sables causó agitación en la India. Taxila cayó en manos de los aventureros griegos Pantaleón y Agatocles, que instauraron un breve interregno griego. Otro rey griego del Pundjab, Menandro (160-140 antes de Cristo), pretendió hacer crecer su reino hasta las actuales Provincias Unidas y Kathiawar, pero fue detenido por el rey indígena Pusyamitra. Entretanto, se seguía dando un nutrido intercambio cultural greco-indio, notorio a simple vista en el arte de la estatuaria; en realidad, el período helénico produciría una enorme influencia cultural en el corazón de Asia.

En el año 138 antes de Cristo, el rey parto Mitrídates anexó el Pundjab; testimonio de la convivencia de indios y griegos bajo égida parto son las monedas acuñadas entonces. Sin embargo, se avecinaba una tormenta: los *yue-che*, tribus de mongoles, que hablaban el tocario, una lengua ¡indo-europea!, habían sido expulsados desde su territorio en el desierto de Gobi por los feroces *hiung-nu* (hunos). El avance de los *yue-che* y los reacomodos de grupos nómadas trastornó al Asia. Los *yue-che* se instalaron a orillas del Yaxartes (Syr-Daria), de donde empujaron a los sakas, escitas iranizados. En su huida, éstos cayeron sobre Partia y Bactria, borrando los últimos vestigios de dominación griega en esas regiones (140-120 antes de Cristo). Los *wu-sun*, otro pueblo nómada expulsado por los hunos chocó a su vez con los *yue-che*, obligándolos a desplazarse de su posición y volver a empujar a los sakas, quienes entraron a través de Afganistán en el valle del Indo.

# CHINA, EL CELESTE IMPERIO

## CHINA, EL CELESTE IMPERIO

### Una historia nebulosa

Resulta difícil creer que cuatro mil quinientos años de Historia vieran desfilar a 125 emperadores. No es fácil poner orden en esta interminable complejidad; además, hasta el año 850 A. J. se enfrentan dos sistemas cronológicos. Por ello, adoptamos las concordancias que los manuales escolares chinos, más al alcance de los occidentales que nuestros libros sobre Asia, proponen a los estudiantes. La dinastía de Hia acaba en la Edad del Bronce. Los Chang reinan durante tres siglos, en la época en que Moisés pasa el mar Rojo y sube al Sinaí. Los Cheu corresponden a nuestra Edad del Hierro. Siguió después los reinados belicosos. Los Ts'in comienzan con Alejandro Magno y hubieran podido conocer la victoria de Roma sobre Cartago. En tiempo de los Han, Julio César conquistó las Galias. El primer año de nuestra era coincide con la caída de los Han. Escindida en tres reinos, China es reunificada por los Ts'in, y, en cambio, el Imperio romano se fracciona en dos por la misma época.

Sobre esta trama se compusieron bellas leyendas y una rara mitología. Se cuenta que en un principio existía el colosal gigante Pan K'u, que creó el cielo y la tierra separándolos, «como se separa la yema de la clara del huevo». Laboriosa fue su creación, pues le costó 18,000 años y aún quedaba incompleta a su muerte. Al desplomarse, su esqueleto formó las montañas de China; su carne, las llanuras; sus lágrimas, los grandes ríos; su grasa, el mar. Y añaden los celestes, sarcásticos a su costa: de sus piojos nació el pueblo chino.

Le sucede un trío divino: el Señor del Cielo y el Señor de la Tierra, ambos con doce cabezas, y el Señor del Hombre, que sólo tiene nueve, y reina 45 000 años. Después de un terrible diluvio, la reina Niu-Wa, de cuerpo de reptil, restablece el orden fundiendo la piedra mágica de los cinco colores.

Tras un breve período de calma, surge el primer emperador, Modesto aún, pero de gran talento. Este hombre activo, Hoan-ti (¿designará este nombre, como el Minos cretense, un rey o una dinastía?), gobierna ya un pueblo civilizado, mientras el resto de la Humanidad tiritaba en las cavernas. Con sus cuatro sucesores, forma «los cinco soberanos anteriores al diluvio». Luego, en el año 2205 A.J. según unos, y en 1989 según otros, Yu el Grande funda la dinastía Hia, históricamente la primera. Entre sus hazañas cabe citar la del envío de dos especialistas a medir la circunferencia de la Tierra, la de cavar el lecho de los ríos y construir canales para evitar las inundaciones. Por ello debe perdonársele que se transforme de vez en cuando en oso gris.

Durante 430 años, diecisiete emperadores Hia hacen prosperar la agricultura (conocen la cría del gusano de seda y el tejido) y la astronomía (consiguen imponer el calendario imperial). Se elabora también una cerámica desarrollada en Ho-nan. Durante 50 años más gobierna una serie de cincuenta y nueve emperadores, los Chang, que prefirieron llamarse Yin desde el 1302. Cinco siglos empleados en contener un feudalismo envalentonado. Se trabaja una cerámica perfecta, llamada Pan-Chan (Kansu), y la capital, Ngan-Yang, vive una existencia refinada. Uno de estos feudales sudistas, Wu-Wang, de Cheu, se adueña del poder mediante un golpe militar: con cuatrocientos mil hombres menos que el emperador, triunfa de este último alineando cuatro mil carros de guerra.

Seis emperadores Cheu fomentan el policultivo para remediar el hambre, azote constante de China. Tan, jefe de Cheu, hermano de Wu y uno de los seis soberanos, sobresale por una constitución ejemplar, que administra China en nueve provincias, divididas en feudos y subfeudos hasta llegar al menor, que abarca ocho familias. La capital Lo-Yang, sobre el río Amarillo, y seis ministros gobiernan el imperio. Después de Yeu el Melancólico (pasaba el tiempo desgarrando sedas) y P'ing el Pacífico, sobreviene la anarquía de los Seis Reinos belicosos (que en realidad existían ya desde el 481). Los Cheu se escinden en el año 440 y se extinguen en el 249. Pero en estos reinados alcanza el pensamiento chino sus más altos niveles: «Cien escuelas» han dicho todo cuanto había que decir desde el místico Lao-Tse a Confucio, el pedagogo ordenador. Los siglos VI y V A. J. constituyen la edad de oro de la filosofía china.

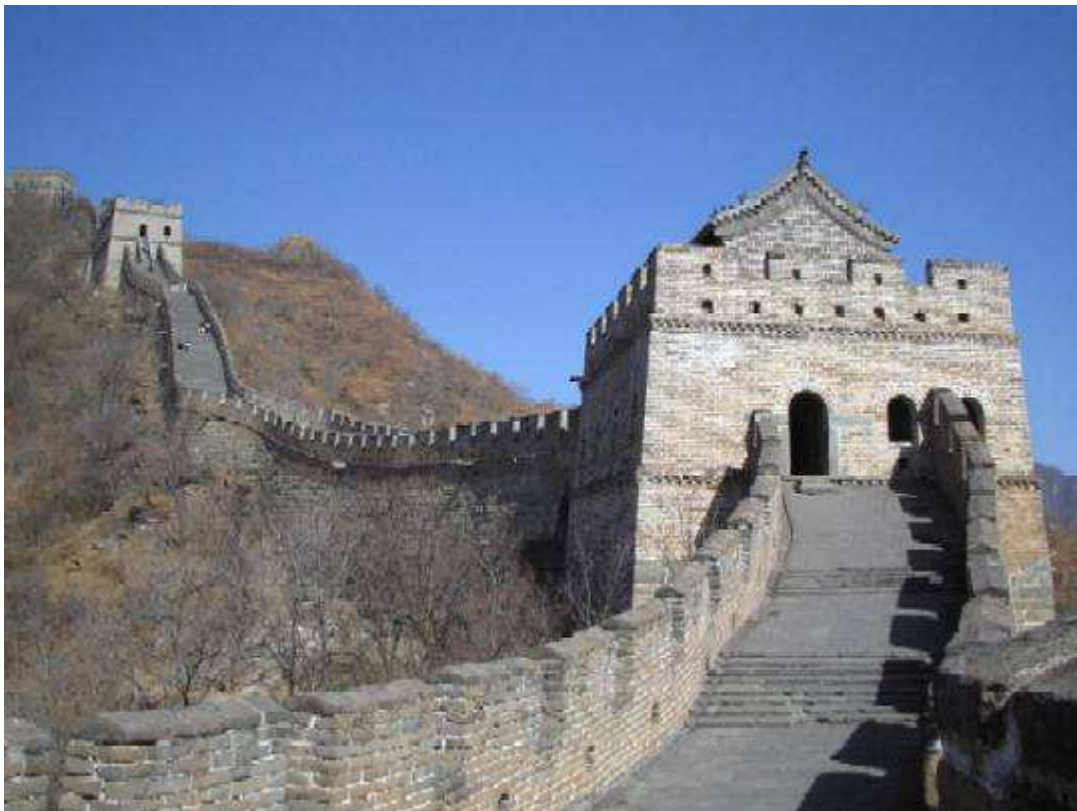
## **El imperio de la Gran Muralla**

En el año 221, después de una sangrienta rebelión, los Seis Reinos fueron dominados por la implacable voluntad de Ts'in Chi-Huang-Tí, el faraón chino iniciador de la Gran Muralla. Hombre de hierro, quiso proteger a toda costa de las invasiones nómadas del Norte el territorio chino. La fantástica muralla china ciñe el país y le defiende con sus doce metros de alto. Para realizar esta defensa, el emperador sacrificó 300,000 hombres que cubrieron 600 kilómetros. Dieciséis siglos fueron necesarios para prolongarla unos 2000 más. La organización interna no era menos draconiana. El emperador, que se proclamaba el primero de la Historia, quería no sólo crear una dinastía que durara 10,000 años, sino borrar hasta el último recuerdo de sus predecesores. Todo cuanto no se refería al estado de Ts'in fue quemado y ni siquiera escaparon de ello las obras de Confucio. Por fortuna, algunos de sus discípulos tenían una memoria prodigiosa.

El país estaba dividido en 36 provincias (seis décimas partes de la China actual) con Hien-Yang por capital. Construyeron calzadas que hubieran admirado por su rectitud y anchura (75 m) a incas y romanos, aun siendo especialistas en la materia. La propiedad privada quedó suprimida en provecho del emperador. Las artes y las letras estaban dirigidas. Incluso la escritura fue modificada. Cuando el tirano murió, en el año 210 D.J., pudo comprobarse que su implacable administración tenía algo de bueno: el país era próspero y todos tenían trabajo.

Su sucesor fue tan deficiente que a los dos años fue eliminado, esfumándose así, en tan poco tiempo, aquel sueño visionario de los diez milenios. Pero el impulso proyectado por Ts'in Chi-Huang-Ti fue tal que marcó para siempre los derroteros de China. Luego, Lieu-Pang, inauguró la dinastía de los Hang, tan floreciente que duró cuatro siglos y se dignificó con el ilustre reinado de Wu-Ti, rey letrado, el Augusto de China. Durante sus 54 años de gobierno, conquistó el Yu-nan, Corea septentrional y el

Kuantung, permitiéndose incluso el placer de castigar a los Hiung-No o hunos, en el año 121 A. J. Distribuyó las tierras en parcelas capaces de mantener a ocho familias, organizó préstamos y abastecimientos, instauró el sistema de impuestos según las rentas y para todo se valió de los letrados, naciendo así la clase de los mandarines que desempeñó los principales cargos hasta 1911.



Vista de una sección de la Gran Muralla.

Los hunos no permitieron a los restantes trece emperadores Han, ocupantes del trono hasta el 25 D.J., que manifestaran tan loables talentos; con todo, puede decirse que, cuando César conquistó las Galias, el Imperio chino era tan extenso como el Imperio romano, aunque más unificado y en consecuencia más sólido. En el año 25, el emperador Kung-Wu-Ti, al que sucedieron otros Han, vitalizó el país amenazado por los hunos, hizo renacer las bellas artes y volvió a abrir la ruta de la seda. Por último, en el 65 D.J. el budismo comenzó a infiltrarse, según los credos del Gran Vehículo; en general, armonizado con las filosofías taoístas o confucionistas preexistentes.

Al desaparecer el último Han, se eclipsa también la unidad del imperio. Tres capitales, Lo Yang, Ch'eng Tu y Nankin reivindican la primacía. De la contienda entre los tres reinos surgen los Ts'in, que gobiernan sólo 17 años. Demasiado débiles, no pueden impedir a los «hu» de todas las clases, o bárbaros (hunos, tibetanos, mongoles, manchúes) que invadan el territorio. Con un Sur agotado y un Norte en constante movimiento se suceden seis dinastías en tres siglos: Tsin, Song, Ts'in, Liang, Ch'en, y Swei, cuyo primer monarca Wen-ti, en el 581, restaura por fin el disgregado imperio. Wen-ti seguirá luchando ocho años antes de ser asesinado por su hijo.

Mientras tanto, los fuertes t'o-pa, turco-mongoles nómadas, habían unificado a todos los bárbaros en el siglo hasta el punto de ser considerados en el siguiente como la nación más poderosa del Extremo Oriente. Con todo, estaban aconsejados y con

frecuencia incluso administrados por especialistas chinos. En aquellos momentos desaparecía el Imperio romano (476).

## La primitiva espiritualidad china

La religión primitiva china es autóctona. Parecía natural que reverenciasen, no las fuerzas mismas de la Naturaleza, sino las divinas que las mandan. Pueblo esencialmente agricultor, incluso su misma subsistencia —antes y ahora— estaba condicionada a los caprichos del río Amarillo, unas veces bienhechor y llave de irrigación, otras maléfico por sus frecuentes desbordamientos. El chino basaba su sociedad en la familia y aun cuando este espíritu patriarcal haya experimentado transformaciones bajo el régimen moderno de vida, ha desafiado los siglos e importa siempre ser «buen hijo» y saber «llorar a los padres». Minuciosamente organizada, se creía esta sociedad en perfecta consonancia con la naturaleza.

Creado el universo por el gigante Pan-k'u, ya mencionado, y hecho más confortable por «El Constructor de Nidos» y «El Creador del Fuego», era necesario encontrar un orden, un equilibrio entre el hombre-microcosmos y el mundo-macrocosmos. Este equilibrio es el Tao. El *Camino*, el Orden Ideal que organiza el universo y asegura un autodomio, permite adquirir la sabiduría de la vida y el conocimiento del mundo.

Al contrario que el indio, el chino no es ni místico ni amigo de la religión, ni menos del misterio. Escéptico, aunque tolerante, desea en primer término regularse a sí mismo e incorporarse armoniosamente en la estructura de la Creación. Para él, los dioses son lejanos y abstractos. En cambio, las experiencias de sus antepasados, depósito de un pasado venerable, constituyen el modelo por excelencia y ello explica su afán por los anales y las biografías memorables. Nada de violencias, sin embargo, pues toda rigidez está proscrita como limitación del juego espontáneo de la vida. Este es un juego universal, y por ello se llamó también a esta doctrina *universismo*, y afecta a la vez al cosmos y al hombre que es su copia.

El cosmos sigue un ritmo que gobiernan sus dos componentes, el Espacio-Tierra y el Tiempo-Renovación. El Tao, fuerza reguladora, implica una dualidad Yin-Yang, cuya antítesis no debe exagerarse, so pena de desviar la flexibilidad de la vida y la del pensamiento chino resultante. Pudiera proponerse la siguiente ecuación: Yang = Sang-Ti, Señor del cielo, sol, calor, actividad, varón, sur; Yin = Ha-Tin, diosa de la tierra, sombra, frío, pasividad, hembra, norte. Pero ello nada significa si se los aparta de su contexto social. En China, ambos componentes son más complementarios que contradictorios. Estos amparan otros subcomponentes, combinados en grupos de 5 ó 6 y repartidos por el cenit o centro y los cuatro puntos cardinales: producen y explican todos los fenómenos naturales y todas las manifestaciones de la vida.

El mundo humano, con el emperador al centro como norma reguladora del tiempo y a manera de eje del mundo, reproduce este orden cósmico en pequeño. De esta superior jerarquía, el minucioso espíritu chino extrajo sutiles subjerarquías que, multiplicándose hasta el infinito, reflejan las dosificaciones de la vida misma. Tan delicado sistema de correspondencias evita el caos y la correlación universal asegura el equilibrio. Y Sang-Ti, señor del cielo, delega en su hijo excelso, el emperador, sus ordenados poderes para perpetuar el Celeste Imperio. El chino llama a su país «Reino del Medio» para indicar claramente que es el centro, el eje del Mundo. Por consiguiente, no puede infringirse el Ki, la ley moral, so pena de poner en peligro este equilibrio universal. El Li-Ki, o Libro de la Ley moral, es formal: «Por la fuerza de la ley moral

colaboran el Cielo y la Tierra, se suceden armoniosamente las cuatro estaciones, brilla el sol y la luna, siguen en el cielo su curso las estrellas, corren los ríos, prosperan los elementos, se diferencia el bien del mal, se expresan la alegría y la cólera, obedecen los subordinados a los superiores, oyen los oídos, y todos los seres, aunque experimenten cambios de continuo evitan el desorden».

En esta religión minuciosamente organizada (de una etiqueta tal que se podría hablar de teología burocrática, puesto que trata incluso del orden de ascenso de algunas divinidades) imprimen su huella algunos filósofos. Los dos más célebres fueron Lao-Tsé (570-490) y Confucio (551-478).

Se ha caído en la tentación de enfrentar a ambos personajes. Occidente también la sintió desde la legendaria entrevista del sabio Solón y el fabuloso Cresos, imaginada por Herodoto. Y cuenta otra leyenda que Lao-Tsé dijo un día a Confucio: «Amigo mío, deberías renunciar a tu conducta orgullosa, madre de innumerables deseos. Tus vastos proyectos tienen tan poca importancia como tus vanos ademanes. Sólo cuenta lo que hay en ti». A lo que respondió Confucio con ironía: «Sé que los pájaros pueden volar. No ignoro que los peces pueden nadar. Conozco que algunos cuadrúpedos corren velozmente. Pero nunca podría comprender cómo un dragón sería capaz de elevarse al cielo. ¡Y tengo la impresión de que Lao-Tsé, a quien acabo de encontrar, se parece a un dragón!»

¿Qué enseñan estos dos genios opuestos, místico el uno y activo el otro?

## Lao-Tsé y el taoísmo

Hacia el año 604 (¿hay alguna fecha segura en la cronología china hasta el siglo V A. J.?), nació Lao-Tsé. Alto funcionario en la corte de Cheu, emigró al Tibet cuando esta dinastía fue depuesta. Se le atribuye un fin maravilloso. En el momento de franquear las fronteras del imperio, montado en un búfalo, el aduanero Yen-Hi le pidió que le enseñara la verdad. Lao-Tsé se detuvo y en unos días escribió su famoso tratado *Tao-Te-King*, en 81 capítulos. Se lo entregó al aduanero y cabalgando después en su búfalo penetró en la eternidad.

Lao-Tsé recoge la teoría antigua del Tao, el Camino, y la enriquece. Se le atribuye la redacción de la obra citada *Tao-Te-King* (Libro de la fuerza de la Vida), tratado original sin duda pero no siempre inteligible, en que el Tao aparece como principio y fundamento del orden físico y moral del Universo. Si hemos de creer a Von Glasenapp, sería «el principio eterno de todas las cosas, la fuerza que sostiene todo cuanto existe, la Ley presente en la obra del mundo, sin hablar ni obrar, sino trazando la línea del justo, el Único Eterno, el supremo principio del mundo material y moral».

Según el propio Lao-Tsé (primera sentencia, según René Grousset) :

*El Camino de los Caminos no es el camino diario.  
El Nombre de los Nombres no es el nombre diario.  
El Ser del Gran Todo no puede ser nombrado.  
Pero el porvenir del individuo puede serlo.  
En efecto, el que discierne de lejos ve bien.  
Quien está bien orientado, ve a través de las nubes.  
Este doble principio no es una oposición más que en  
la representación que se hace de él.  
Es el Insondable, sobre quien todo reposa,  
la puerta del último secreto.*

Para llegar a este «Camino», el hombre tiene que apartar la ilusión de este inundo, universo fugaz y mentiroso, sujeto al cambio Yang-Yin:

*Treinta rayos se juntan en el eje,  
Pero el vacío que hay entre ellos diseña la forma de la rueda.  
Se fabrican las ollas con arcilla,  
pero el vacío que la arcilla rodea constituye el ser de la olla.  
La casa está formada por muros, ventanas y puertas,  
pero el vacío que hay entre ellos constituye el ser de la casa.  
Conclusión: el material es útil,  
pero es lo inmaterial lo que engendra el ser verdadero.*

(Sentencia 11)

Alejada la ilusión, se deduce que el verdadero conocimiento no debe buscarse en el exterior, sino en sí mismo:

*Se puede conocer a los hombres, sin salir de casa.  
Sin mirar, se puede profundizar con la mirada interna.  
El que abarca mucho, poco aprieta:  
Por eso el Sabio alcanza su meta sin andar,  
sabe sin observar, acaba sin querer.*

(Sentencia 47)

Este programa de «acabamiento sin querer», de «acción sin obrar» (el Wu-Wei es el arte de ser activo permaneciendo pasivo), está expresado por la última sentencia:

*El camino del Todo, es alcanzar el equilibrio sin combatir.  
El camino del Hombre es obrar sin contrariedad.*

y la sentencia 48 puntualiza:

*El estudio lleva lejos y cada vez más lejos.  
El camino queda siempre más atrás, en el no querer.  
Pues no querer ni obrar, es el ser de la comunidad.  
Ausencia perpetua del querer particular, pues la voluntad  
del individuo no proporciona orden a ninguna comunidad.*

En resumen, el taoísmo de Lao-Tsé al pronunciarse por la «acción de obrar» incita a retirarse de las vanidades del mundo, a evitar la vida pública, a entregarse a la meditación, la ascética y la mística. Esta tendencia le permitió también aglomerar diferentes creencias, a menudo populares y no muy recomendables, de tipo mágico, rechazadas por el racionalismo de Confucio.





Lao-Tsé, filósofo y pensador chino que vivió probablemente en el siglo VI. a. de C., autor del profundo libro de máximas Tao-Te-King y cuyas ideas, desarrolladas posteriormente por sus discípulos Lie-tse y Tchoang-tse, dieron lugar al taoísmo filosófico.

## Confucio, el sabio perfecto

Apellidado Chong-ni, «un cierto señor K'ong», en chino K'ong Fu Tsé de donde se ha originado Confucio, nació en el 551 A. J. Muy joven, fue profesor y emprendió una reforma moral basada en el respeto al pasado y en la pureza de costumbres (lo que le valió un benévolo párrafo de Voltaire en su Diccionario Filosófico). Abandonó sus funciones a la muerte de su madre, para entregarse a la meditación de asuntos filosóficos. Apreciado por el emperador Ting-Hong, fue ministro de Obras Públicas y después ministro de Justicia del principado de Lu (Chantung actual).

Dice Confucio: «Mientras tenga arroz para comer, agua para beber y apoye la cabeza en mi brazo a guisa de almohada, seré capaz de enfrentarme alegremente con todo cuanto me suceda. Las riquezas y los honores adquiridos injustamente son para mí como nubes que pasan en el cielo...» (Solón escribió algo parecido). Aunque probó y apartado de las contingencias terrenales, fue víctima de intrigas palaciegas y desterrado.

Pero el emperador Ngai le llamó a su corte, donde murió poco después, a los setenta y tres años.

Aquel a quien los chinos consideran «el sabio perfecto», no se creía profeta, ni reformador religioso. Decía con modestia: «No poseo el conocimiento innato de la Verdad... Mi única pasión es la busca de esta Verdad». Para él, el universo es una colectividad regida por un orden superior que debe ser forzosamente moral. Sin rechazar la existencia de las divinidades, pasa por alto la metafísica para concentrar toda su atención en la ordenación del mundo. El estado y la familia deben organizarse sin tener en cuenta al individuo, sino respetando las tradiciones ancestrales y el espíritu de los difuntos.

En estos límites, cada uno debe practicar una serie de virtudes (probablemente él no especificó más que cuatro, pero sus discípulos citan generalmente siete):

- 1.º Fidelidad, tanto para sí como para los demás.
- 2.º Altruismo.
- 3.º Humanidad integral.
- 4.º Equidad perfecta en la existencia.
- 5.º Respeto al ceremonial y a los ritos.
- 6.º Inteligencia perspicaz, no olvidando nunca que la «palabra es plata y el silencio oro».
- 7.º Ser un «hijo filial».

A menudo cita como ejemplo al labrador Chuen (2255 A.J.) a quien llama el «Gran hijo filial», que fue llamado por el emperador Yao para que le sucediera en el trono, y a quien también los dioses enviaron un elefante para ayudarle en los trabajos del campo.

Moral práctica de tendencia aristocrática, aunque Confucio no juzgaba a nadie sólo por sus títulos, fortuna o fama, y de sentido optimista. Para él, como para su discípulo Mo-tsé (siglo v), a quien se ha llamado a veces el Rousseau chino, el hombre es esencialmente bueno. Enseñanza concisa: «A quien haya enseñado una de las caras de un problema y no sepa deducir las otras tres, le apartaré de mis discípulos».

Su enseñanza es escrita, sobre todo. Se le atribuye: un libro de odas (*Che-King*), especie de antología de las baladas antiguas más bellas; un libro de los orígenes (*Chu-King*), anales del pasado; el libro de los ritos (*Li-Ki*) que, a ejemplo del duque de Cheu, analiza la etiqueta de unas 3000 ceremonias oficiales; el Gran Estudio (*Ta-Hsueh*) sobre cuestiones morales, y el libro de las mutaciones (*Yi-King*) que trata de explicar el antagonismo Yang-Yin en el Universo.

Conclusión paradójica: este «sabio perfecto», que en el fondo hacía poco caso de los dioses, fue divinizado por discípulos entusiastas que le dedicaron varios templos. En el 1911, al proclamarse la República china, se abolió su culto.



## Los grandes inventos chinos

Los chinos son inventores ingeniosos y fecundos. En general, nos limitamos a atribuirles la invención del papel, la brújula, la pólvora y la imprenta. Un examen más atento nos indica que hay que atribuirles una lista bastante más larga.

Desde el siglo XXV A.J., los chinos conocían el carro de combate blindado con cobre, tirado por cuatro caballos y con un conductor, un arquero y un lancero. En el 2059, A.J., aparece la primera mención de canales comunicando dos ríos. Ya en 2085 se había canalizado una parte del río Azul para evitar las inundaciones. Durante el reinado de los emperadores Hia, se practica la cría del gusano de seda y se teje. El vino de arroz

fermentado estaba ya descubierto en el siglo XIX A.J. y los instrumentos de hierro aparecen a finales del XVII.

Hacia el siglo IX A.J. (dinastía Cheu), se ensaya una astrología científica: los astrónomos imperiales comparan sus resultados con los de los astrólogos. En el siglo A.J., se enseña la trigonometría aplicada a la astronomía y aparece el primer papel, integrado por residuos de seda mojados, hervidos y secados. La idea volvió a ponerse en práctica en el año 105 D.J., por Ts'ia-Lun, que fabrica su pasta de papel con trozos de tela o de cortezas de árbol.

La imprenta es también invención china. En el 175, reinando el emperador Ling-Ti, se reproducen en papel, a pincel, los textos de los Cinco Libros de Confucio, grabados en la piedra. En el siglo VI, dibujos grabados en metal son impresos en papel delgado o rollos de seda. La primera obra obtenida por entintado de grabado contiene las siete hojas de Kai Yuan Tsa Pao, en el 713. Un modesto artesano, Piseng, forma caracteres móviles en arcilla, en el siglo XI, sustituidos en 1221 por caracteres de madera.

El arado de tres rejas se divulga desde I A.J.; el molino de agua, desde comienzos de la era cristiana. En el siglo III la manufactura de brocados se simplifica: doce pedales en lugar de sesenta. Antes de los Han, los chinos conocían ya el reloj hidráulico que sustituía a la clépsidra y medía el día entero gracias al cuadrante solar y el gnomon, pieza colocada vertical en el suelo para medir la sombra proyectada por el sol con ayuda del tablero de medidas. Los Han los modificaron y añadieron un tubo de mira de bambú, la ajorca astronómica y la esfera armilar o globo celeste con el que relacionaron los mapas, en el siglo V.

Por último, la pólvora. Sin embargo, los chinos afirman: «Inventamos la pólvora, mas para emplearla en fuegos artificiales». El Occidente se encargó de perfeccionarla: la pólvora se empleó por vez primera con fines bélicos en el sitio de Niebla (España), en 1257, y en batalla campal, por los ingleses, en Crecy (1346), donde obtuvo su victoria Eduardo III.

## Un arte original

El arte chino es original, vigoroso, sutil y menos realista que el japonés, en el que influyó con frecuencia de modo intenso; sacrifica gustosamente simbolismos y ensueños, observando la naturaleza con minuciosidad y evocándola con especial concisión. Cada religión contribuyó a ello con sus símbolos: dragón, fénix, unicornio, trigramas por parte del confucionismo; ciervo, búfalo, grulla, peces, sellos simétricos, por el taoísmo; esvástica y molinos de oraciones por parte del budismo.

La arquitectura china, ambiciosa, etérea y elegante, no siempre escapa a la monotonía. Los templos se caracterizan por sus cuatro ángulos levantados (*t'ing*), a menudo con dos tejados superpuestos, sin entarimado intermedio. La mayor parte de las pagodas son octogonales y de tres a trece pisos; la policromía es en ellas muy frecuente.

La escultura ornamental es a la vez vigorosa y confusa. Adolece, sobre todo, de representar en los techos y ángulos, dragones y nubes estilizadas. Recordaremos los más antiguos bajo relieves de las grutas sepulcrales del Chag-Si y Chan-Tung, que se remontan a los Han (206 A.J. a 220 D.J.) que guarda cierta analogía con los egipcios. Y los de Yun-Kang y Long-Men, influidos por el arte grecobúdico indio. Además, en estatuaria, hay que distinguir las obras taoístas (Lao-Tsé, los ocho genios, los dioses de la guerra y del amor, etc.) grotescas e incluso vulgares, de las creaciones búdicas (Buda meditando, la Trinidad, los dieciocho patriarcas, la diosa Kanin de la misericordia, el

perro o león de Fô, guardián de los templos y del hogar), creaciones idealizadas, refinadas con frecuencia. Entre los broncees famosos, hay que citar como fuera de lo común el vigor de líneas de los Cheu (siglos XII-III A.J.) y la gracia de los ejemplares Han (220 A.J. a 20 D.J.).

En pintura, el artista chino no hace distinción, como nosotros, entre dibujo y pintura propiamente dicha. Para él una letra al pincel tiene la importancia y la belleza de un cuadro. Sobresale a menudo en la monocromía (véase, por ejemplo, el espléndido rollo de seda del British Museum, pintado por Ku-Kai-Che, en el siglo IV). No hablemos de los «pintores de escritura»: quizá no bastarían con 25,000 nombres. Arte todavía actual, ya que hasta Mao-Tse-Tung se ha vanagloriado de la «belleza de sus pinceladas». Observador paciente de animales y plantas, virtuoso de la simplificación, el pintor chino desconoce en cambio el claroscuro y la *atmósfera* o luz en torno a un cuerpo o a un rostro y la perspectiva normal (superpone los planos en «perspectiva encabalgada»).

Más adelante, hablaremos de las lacas y cerámicas; con todo, recordaremos las porcelanas antiguas de los Han, donde se percibe clara la influencia persa; de los T'ang, cuya decoración es esculpida, y las de los Song, con decoración en relieve.

## Literatura china

Al hablar de religión hemos citado ya la literatura, pues las obras de Lao-Tsé y de Confucio se han hecho clásicas. Con todo, no podemos pasar por alto otros autores y tratar del Libro de las Mutaciones y también de la medicina.

El marco de nuestro estudio nos obliga a ser injustamente breves con los poetas. En efecto, los dos mayores poetas chinos datan del siglo VIII D.J.: el panfletario Tu-Fu, (714-774) y el genial, popular y originalísimo Li-T'ai-po (701-762), que no corresponden aún a esta primitiva época. En cuanto a los prosistas, debemos excluir, por la misma razón, a Lu-Sing (1881-1936), el «padre de la literatura moderna china» y a quien Mao-Tse-Tung llama «general en jefe de la revolución china». En cambio, podemos citar a Chuang-Tseu, escritor por excelencia de la China antigua y maestro de mandarines. Su vida es mal conocida. Falleció hacia el 275, A.J. Su talento se manifestó en dos direcciones: inspiración poética y verso satírico.

El *Libro de las Mutaciones* (Yi-King) fue el resultado de la aparición de un dragón al rey mítico Fuc-hi, que algunos se aventuran a situar entre 2852-2737, cuando paseaba a lo largo del río Amarillo. En el lomo del dragón figuraba un tablero octogonal con ocho grupos de trigramas, los «signos conjeturales» y apocalípticos que han originado mil hipótesis adivinatorias. Recordamos sólo que su prolijo comentario sirvió de base al famoso libro citado, compendio a la vez filológico, filosófico y mágico, que no fue a menudo bien comprendido.

Por último, la antigua medicina china, terapéutica heroica desde su origen, se basa en el *Huang-Ti-Su-Wen*, redactado en tiempos del emperador Hung-Ti. Explica todas las dolencias a causa del desequilibrio entre los dos principios fundamentales Yang-Yin. El taoísmo regeneró la medicina china después de un largo período de estancamiento; la farmacia vegetal y la cirugía de acupuntura alcanzaron notables progresos. Pero su edad de oro no llegó hasta los Ming (siglos XIV al XVII).



# LAS GRANDES INVASIONES

## MIGRACIONES ASIÁTICAS

### De China al Atlántico

Hemos aludido a la entrada en escena de hordas bárbaras. En los siglos III y IV, el imperio Tsin, en la cumbre de su poder, autorizó a algunos clanes de hunos (*hiung nu*), que la presión de los Sien-pei había rechazado hacia el sur, a establecerse a título de *federados* a lo largo de la gran muralla china. Pero aprovechando la decadencia del poder central, estos hunos federados atravesaron la gran muralla sin previo aviso, y, sin hallar resistencia, permanecieron en la provincia de Shan-Si hasta el año 311. En esta época, un nuevo empuje bárbaro de las hordas mongólicas del otro lado de la gran muralla incitó a Liu-Ts'ong y a sus hunos a apoderarse de la capital china (Lo-yang), obligando al emperador prisionero a "enjuagar los vasos de los banquetes" antes de matarlo. Liu-Ts'ong murió ocho años más tarde, antes que pudiera fundar un imperio duradero. Fue la señal de un desbordamiento de hordas turcas, mongólicas y tibetanas.

A mediados del siglo IV, los hunos, perseguidos desde el norte por los yuan-yuan y contenidos en el sur por los tibetanos, que se habían apoderado de la China occidental, no tuvieron elección. Debieron escapar hacia el oeste, para desembocar en las estepas al otro lado de los montes Altai. Tampoco allí pudieron escoger. El valle del Yaxartes y las regiones del Turquestán estaban ocupadas hacia ya tres siglos por los "indo-escitas", los yue-che; no había más salida para los hunos que la de seguir galopando más al poniente aún, en dirección al Volga.

Los alanos y los godos trataron en vano de contenerlos en la llanura ucraniana. Impelidos por el invasor, empujaron ellos a su vez a los germanos. Desde China al Atlántico hubo una verdadera marejada de pueblos.

### La presión de los godos

Los hunos, probablemente de raza mongol, tenían un aspecto temible; por donde pasaban sus hordas salvajes, las poblaciones quedaban paralizadas de terror. El cronista godo Jornandes, que vivió en el siglo IV, estaba convencido que los hunos habían nacido de brujos y de espíritus maléficos; el escritor greco-sirio Amiano Marcelino los describe de modo impresionante: "Su fealdad supera todos los límites. Apenas nacen sus hijos, les hacen cortes profundos en las mejillas, para destruir la raíz de las barbas. Son achaparrados y de vigorosa constitución; tienen el cuello ancho y su aspecto es terrible. Están en su físico tan endurecidos, que no necesitan fuego, no hierven ni cuecen los

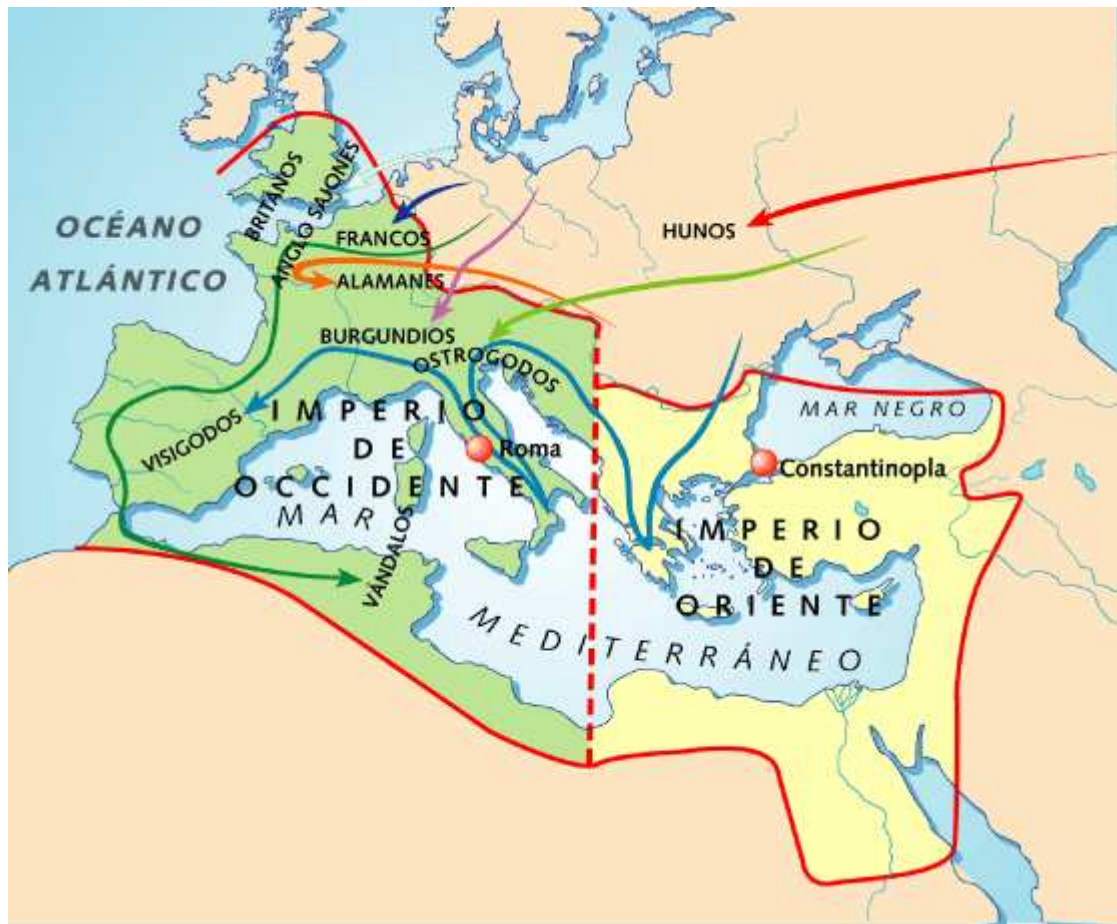
alimentos; viven de raíces encontradas al azar y de carne, que colocan bajo la silla, sobre el lomo desnudo de sus caballos, para tenerla más a mano. Nunca pernoctan bajo techo, pues allí no se sienten en seguridad". Eran enemigos terribles en el combate. Acometían como un huracán, lanzaban granizadas de flechas sobre el enemigo, atrapaban con el lazo a quienes su espada no lograba alcanzar, y desaparecían con la misma rapidez con que habían llegado. Pero ya sabemos la tétrica aureola con que se pinta siempre al enemigo, sobre todo cuando surge de improviso. Como vemos, la "guerra psicológica" no es cosa de nuestros días.

Los hunos iniciaron sus correrías europeas en las estepas septentrionales del mar Negro. Los primeros que en forma inesperada fueron atacados y aplastados por estas hordas a caballo fueron los ostrogodos, pueblo godo que había fundado un extenso reino a orillas del río Dniro (Dniéper), en la actual Ucrania. Se defendieron en vano con desesperación. Los supervivientes hubieron de seguir a sus nuevos dueños en su marcha hacia el oeste. Algunos lograron escapar a Crimea, donde sus descendientes vivirían hasta que, en el siglo XVIII, Catalina II los dispersara y se asimilaran a los demás pueblos del imperio ruso.

Sometidos los ostrogodos, les llegó el turno a los godos, asentados por Aureliano en Dacia, al norte del Danubio, hacía un siglo; desde entonces, estos godos, establecidos al oeste de sus hermanos de Ucrania, los *oster-gothen* u ostrogodos, llamábanse *west-gothen* o visigodos. Tampoco ellos fueron capaces de resistir la marea procedente del este y pidieron al emperador Valente asilo en territorio romano. Concedido éste en el año 376, los visigodos atravesaron el Danubio. Aquello fue un acontecimiento histórico de importancia capital. Por vez primera, un pueblo entero obtenía autorización para asentarse en el interior de las fronteras del imperio y vivir en él como nación independiente, con sus propias leyes y peculiares gobernantes. De todos modos, los dos funcionarios romanos que recibieron la misión de dar a los refugiados sus nuevos territorios y ocuparse de su subsistencia, no tuvieron una tarea fácil. Los visigodos acusaron a los romanos de haberlos retenido en la orilla sur del Danubio hasta que sus reservas de víveres se agotaron, obligándolos así a comprar víveres a sus protectores a precio de oro. Los visigodos sufrieron tanta hambre, que vendieron como esclavos a sus mujeres y a sus hijos.

A tal extremo llegaron, que colmó la cólera su medida y tomaron las armas contra Roma. El ejército romano fue arrollado y los godos se multiplicaron en furiosas oleadas, saqueándolo todo a su paso, a través de la península balcánica, donde se les unieron sus compañeros de raza que servían en las legiones del imperio. El emperador Valente preparó una enérgica contraofensiva, pero en Adrianópolis los godos obtuvieron una nueva victoria: el mismo emperador pereció en la fuga (378).





## División del imperio

Aunque por poco tiempo, el emperador Teodosio salvó al imperio de esta situación desesperada. Alistó en gran escala a mercenarios godos y consiguió así dominar a los sublevados y congregarlos en las regiones situadas al sur del Danubio, que en principio se les había asignado. Pero los visigodos no se dejaban dominar tan fácilmente. Diez años más tarde volvieron a probar fortuna. Dirigidos por **Alarico**, "el más noble de los godos", invadieron de nuevo la península balcánica. Al principio, después de violentos combates, **Estilicón**, general de origen vándalo, casado con una sobrina del emperador, consiguió frenar las acometidas godas. Pero al morir Teodosio en 395, la situación empeoró. El imperio fue repartido entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio. No se trataba ahora de un reparto de responsabilidades de gobierno, como en tiempos de Diocleciano, sino de una división total y permanente. En adelante habría un imperio romano de Oriente (imperio bizantino), con capitalidad en Constantinopla, y un imperio romano de Occidente, con capital nominal en Roma, aunque, de hecho, en Milán.

Pronto surgió una lucha entre ambos imperios, a causa de la *marca* (o frontera) de Iliria, que antes del movimiento germánico proporcionaba los mejores soldados a las legiones de Roma. Dando pruebas de miopía política, los dos gobiernos imperiales trataron de atraerse a Alarico a su causa y de servirse de los visigodos como peones de su juego. Alarico procuró, desde luego, explotar tan ventajosa situación. Aceptó los ofrecimientos del imperio de Oriente y, en 401, condujo sus hordas a Italia, equipadas con armas suministradas por los arsenales de Constantinopla.

Sinesio se encolerizaba ante la falta de dignidad de las autoridades bizantinas frente a los bárbaros.

En toda familia acomodada —escribió— hay un esclavo escita: cocinero, bodeguero. Escitas son también los que, cargando sillitas en sus hombros, las ofrecen a quienes desean descansar al aire libre. Pero ¿no es como para provocar asombro el que esos mismos bárbaros rubios, que en la vida privada hacen de domésticos, peinados a la moda eubea, nos den órdenes en la vía pública? A esos bárbaros suplicantes se les tiene por aliados en la guerra, se les hace participar en las magistraturas y se les da a esos corruptores de la gestión pública porciones de territorio romano; el emperador torna su magnificencia natural y su generosidad en condescendencia y clemencia. Pero los bárbaros no han comprendido ni apreciado en su valor la nobleza de ese gesto. Atrevidos, se mofan de nosotros. Tienen tanta conciencia de la manera con que merecerían ser tratados por nosotros, como del tratamiento que tenemos la debilidad de depararles.

Sólo Estilicón fue capaz de salvar a Roma de las hordas visigodas y demás pueblos germánicos puestos en conmoción. Pero había en la corte un partido antigermánico que persuadió al mezquino Honorio —casado con una hija de Estilicón— que el célebre capitán sólo, tenía un objetivo: colocar a su propio hijo en el trono. Y el emperador recompensó al gran vándalo por sus servicios prestados al imperio mandándole decapitar (408).



Teodosio I el Grande con sus hijos Arcadio y Honorio, y los dignatarios de la corte imperial. Detalle de un relieve del obelisco de Teodosio en Constantinopla.

Nada podía favorecer más a Alarico. Quedaba abierto el camino de Roma. Ésta sólo escapó del saqueo pagando al jefe visigodo una suma fabulosa en oro, plata y piedras preciosas. Alarico exigió también tierras para su pueblo. A tal exigencia opuso Honorio una negativa categórica. Como medida de precaución, se había retirado hacía años al puerto de Rávena, al amparo de inmensas marismas infranqueables. En 410, los visigodos volvieron a sitiar Roma. Alarico no se arriesgó a asaltar la ciudad, demasiado

bien defendida. Con todo, no pasó mucho tiempo sin que el hambre obligase a la población a abrir sus puertas. Los ávidos visigodos saquearon la ciudad eterna durante tres días y tres noches. Cuando abandonaron la población, arruinada y humillada, llevaban consigo, en su marcha hacia el sur de la península, un inmenso botín y un número incontable de prisioneros, entre ellos a Gala Placidia, hermana del emperador.

Alarico acariciaba el proyecto de llevar sus hombres al África, pero murió antes de ponerlo en ejecución, joven aún y llorado por su pueblo. Le sucedió su cuñado **Ataúlfo**, que volvió a pasar los Alpes con sus fuerzas y fundó un reino en el sur de la Galia. Entonces se casó con su cuñada, la hermana del emperador Honorio. El hecho que la hija de los césares romanos entregara su amor a un jefe bárbaro y se casara con él por propia voluntad, era algo tan inaudito, que las demás desdichas y humillaciones sufridas parecieron poca cosa a los orgullosos romanos.



Funerales de Alarico.

A continuación, los visigodos franquearon los Pirineos y extendieron poco a poco su dominio por la península ibérica. En España se enfrentaron con otros pueblos bárbaros, llegados allí recién antes que ellos.

## **El reino hispano-visigodo**

En 409, suevos, vándalos y alanos habían invadido la península Ibérica y estuvieron saqueándola durante algún tiempo. Los visigodos lograron arrinconarlos en el transcurso de varios años de duras y cruentas luchas. Se calcula que unos 250.000 visigodos dominaron entonces a una población hispano-romana de cerca de seis millones de habitantes.

La monarquía visigótica era nominalmente electiva y de confesionalidad arriana, en oposición al cristianismo ortodoxo de los dominados. Esta circunstancia religiosa se vio agravada por una dualidad jurídica humillante y costumbres en su totalidad diferentes entre conquistadores y sometidos, pues el rey Eurico (466-484) promulgó un código destinado sólo a los visigodos, y su hijo y sucesor, Alarico II (487-507), una



legislación diferente para los hispano-romanos, que se denominó *Breviario de Aniano*, inspirada en las leyes romanas.

El creador de la grandeza visigoda fue el rey Leovigildo (568-586), que logró pacificar extensas zonas siempre perturbadas por aires de revuelta. La peor sedición provino de su hijo Hermenegildo, convertido al catolicismo. Tras una rápida guerra, Leovigildo se apoderó de su hijo y lo hizo ejecutar. Para los hispano-romanos fue una situación amarga. Habiéndose percatado de lo impolítico de su medida, se dice que recomendó a su hijo Recaredo convertirse al catolicismo para salvar la monarquía. En 589, se fusionaron ambos pueblos en lo religioso (Concilio III de Toledo), aunque la reacción arriana no se hizo esperar; estallaron violencias en la península y se ahogó en sangre el revisionismo arriano.

La falta de continuidad dinástica y de un derecho común desarticuló pronto la obra de Recaredo y agudizó el problema económico y la desunión racial. Es casi seguro que el elemento hispano nunca se sintió solidario de los visigodos, como parece desprenderse de la fácil conquista de la península por los musulmanes en 711. Desde el punto de vista cultural, ese elemento no renegó de la pauta marcada por la herencia de Roma, y cabe destacar, entre la triste mediocridad de los tiempos, la figura extraordinaria de san Isidoro, obispo de Sevilla, autor de una especie de enciclopedia de su época, titulada *Etimologías*.

Desde el punto de vista político, también quedó un rescoldo de presencia romana, reavivada desde la ocupación por el emperador bizantino Justiniano, de una faja de territorio meridional, desde el Tajo al Guadalquivir, o, tal vez, hasta el Algarbe portugués, que los bizantinos pusieron bajo dependencia de la prefectura de África, con su nombre tradicional de Bética (549). A partir de Leovigildo y sus sucesores, este territorio fue mermando considerablemente, hasta que Suintila (621-631) logró reinar en toda la península.

Pese a la constitución electiva de la monarquía visigótica, algunos reyes consiguieron en varias ocasiones instaurar el régimen hereditario: Teodored y sus hijos—Turismundo, Teodorico y Eurico; Leovigildo, Recaredo y Liuva II; Chindasvinto y Recesvinto—. No obstante, los visigodos mantuvieron en líneas generales el sistema de la monarquía electiva.

A Recesvinto (653-672) se debe la promulgación del *Fuero Juzgo* o "Libro de los juicios", leyes aplicables por igual a los dominadores visigodos y a los dominados hispano-romanos, paso importante en favor de la unión de ambos pueblos. El gobierno de su sucesor, Wamba (672-680), representa el último esfuerzo para aunar a sus súbditos en el momento histórico en que los musulmanes ya eran por completo dueños del norte de África. Abolió la famosa "ley de raza", que prohibía los matrimonios de visigodos con naturales del país, política racista que había impedido la formación de una conciencia nacional solidaria, como queda indicado. Tal medida, empero, estaba ya sobrepasada por los hechos.

Los últimos monarcas visigodos se enfrentaron con problemas religiosos—persecuciones antisemitas, quejas de los concilios toledanos—, intrigas palaciegas y con la cuestión racial. Rodrigo, el último rey, fue arrollado por la invasión musulmana en 711.

## **Vándalos y burgundios pasan el Rin**

Las ofensivas godas tuvieron funestas consecuencias para el imperio romano de occidente. Para proteger Italia, Estilicón se había visto obligado a sacar fuerzas del Rin

y desguarnecer esa importante frontera, contra la que habían dirigido sus tiros los germanos durante tantos siglos. Estilicón la dejaba casi indefensa.

Cuando, a comienzos del siglo V, las tropas romanas ocupantes de la orilla del Rin eran poco numerosas, los germanos rompieron las fortificaciones del *limes*. Otras tribus germánicas, siguiendo el ejemplo de los visigodos, invadieron el imperio occidental. Algunas de estas invasiones tuvieron carácter transitorio, pero muchas tribus bárbaras se asentaron en territorio romano y no consintieron ya en ser expulsadas.

Los primeros invasores fueron los **vándalos**, compatriotas de Estilicón, emparentados racial e idiomáticamente con los godos. Pasaron el Rin, penetraron en las Galias, que recorrieron de parte a parte, y, después de atravesar los Pirineos, conquistaron el norte de España. Tiempo después, fueron derrotados por los visigodos y empujados hacia el sur de la península. Su nombre parece hallarse en la etimología de la voz Andalucía (Vandalucía), como el de los visigodos acaso también en la de Cataluña (*Gotland, Gotalaunia*).

En 429, los vándalos atravesaron el estrecho y desembarcaron en África, dirigidos por su rey, **Genserico**, uno de los príncipes bárbaros más crueles de su tiempo. Tribus moras se unieron a los vándalos y, en poco tiempo, destruyeron las defensas romanas. Durante el asedio a la ciudad de Hipona, en 430, murió su obispo san Agustín, el célebre padre de la Iglesia.

Comparados con los indígenas, los vándalos eran poco numerosos; para asentar su dominio, les era indispensable mantenerse unidos. Genserico arrebató sus tierras a todos los propietarios romanos de la región de Cartago y las entregó a sus vándalos; los demás habitantes hubieron de pagar tributo al rey germánico.

El reino de los vándalos constituía el segundo de los Estados germánicos en territorio romano. El tercero fue fundado por los burgundios. Como los godos y los vándalos, este pueblo era quizás también oriundo de Escandinavia. La isla de Bornholm se llamaba antiguamente "Borgundarholm" (isla de los burgundios). Los burgundios desembarcaron en el continente entre el Oder y el Vístula. Desde allí pueden seguirse sus huellas a través de Alemania hasta el actual Palatinado, donde fundaron un reino. En el año 436, este reino sucumbió en una horrible lucha contra los hunos, cuyo eco recoge la célebre *Canción de los Nibelungos*. Del pueblo burgundio quedó poca cosa. El imperio romano de Occidente les asignó nuevas tierras en una región del Ródano, que después se denominaría ducado de Borgoña, en honor suyo.

Pero hasta allí llegó muy pronto la sombra de otro pueblo germánico, los francos. Con el tiempo, someterían toda la Galia y darían su nombre a la Francia actual.

## Anglos y sajones en la Gran Bretaña

Britania había sido el puesto septentrional más avanzado del imperio romano. Mientras la tempestad se desencadenaba en la parte central del imperio, los bretones leales y civilizados tenían conciencia de vivir en un rincón retirado del mundo, abandonados a sus propios medios.

Al norte del muro de Adriano habitaban los enigmáticos **pictos**, pueblo muy belicoso, cuya lengua ignoramos, pero cuya civilización nos ha dejado vestigios de piedra en Escocia y en sus islas. Irlanda estaba poblada por tribus celtas, de la misma raza que los bretones; sin embargo, nunca habían tenido contacto con el cristianismo ni con la civilización romana. La más conocida de ellas es la de los **escotos**, que pasaron más tarde a Escocia, dando nombre a esta región. Los **sajones** constituían la tercera y más potente de las amenazas. En esta época habitaban en las llanuras del noroeste de la

Alemania actual y dirigían por lo general sus expediciones de saqueo contra Britania, junto con sus vecinos los **anglos**, cuyo nombre se encuentra aún hoy en una región llamada Angel, en el sur de Schleswig. Los habitantes de Jutlandia participaron también en estas expediciones.

En tiempos del emperador Valentiniano, hacia 370, los bretones fueron atacados por todas partes. Un general hispano, el futuro emperador Teodosio, atravesó el canal con un ejército reclutado a toda prisa, rechazó a los invasores y castigó de modo ejemplar a los pictos de Escocia y a los escotos de Irlanda. La victoria permitió a los bretones tomar aliento, aunque en la primera mitad del siglo V perdieron la última esperanza de ser ayudados por Roma, pues sus legiones fueron retiradas de Britania.

## Leyendas célticas

Con los soldados romanos desapareció la base de la civilización latina. Con paso lento pero seguro, la bella Britania cayó de nuevo en la barbarie. El recuerdo de sucesivas épocas sombrías, de saqueos y asaltos continuos de los bárbaros y de la resistencia desesperada de los nobles bretones, se conserva en los relatos del rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda. El rey Arturo debió ser un hombre terrible para la guerra. Al frente de sus bretones derrotó al enemigo en doce batallas; en la última de ellas, la más decisiva, aniquiló él mismo con su espada, "*Excalibur*", a más de diez mil enemigos. Los hechos relatados, de ser históricos, podrían haberse desarrollado principalmente en el sudoeste de Inglaterra, donde los celtas resistieron mucho tiempo las oleadas sucesivas de los asaltantes germánicos.

Una de las más célebres sagas es la de Walewein, uno de los caballeros de la Mesa Redonda. Después de un banquete, entró por la ventana un tablero de ajedrez de belleza extraordinaria.

*El rey Arturo estaba sentado  
en su salón de Carlicien,  
como tenía por costumbre muchas veces  
después de la comida...  
Cuando he aquí que fueron testigos de un gran prodigio:  
vieron que un tablero entraba por la ventana.*

Pero el tablero dio unas vueltas en el aire y se fue por el mismo sitio:

*Al instante se fue por los aires  
como había venido  
...Allí habló el rey Arturo:  
Por mi corona real  
que me ha parecido bonito este tablero.  
Mirad, amigos, cuál fue el motivo  
de haber llegado hasta aquí.  
Quien no tema el esfuerzo  
y corra tras el tablero  
para traérmelo a mi poder,  
le entregare todo mi reino  
y después de mi muerte será recompensado  
con mi propia corona.*

Walewein respondió a la invitación del rey y, tras muchas aventuras, consiguió al fin traer el tablero de ajedrez al monarca.

Es preciso reconocer que estas maravillosas sagas sólo son, en realidad, fantasías de pueblos vencidos. A la larga, los bretones hubieron de someterse a los tenaces anglosajones, que eran paganos. El mensaje cristiano no encontró eco en el alma de los invasores; las iglesias cristianas fueron demolidas o se arruinaron poco a poco. Estos germanos tampoco se mezclaron con la población autóctona. Algunos bretones se retiraron a las montañas del País de Gales y Cornualles; otros atravesaron el canal de la Mancha y se asentaron en la península francesa de Armórica, a la que dieron el nombre de Bretaña, en recuerdo de la patria perdida. Los anglosajones no lograron asentarse de modo definitivo en el País de Gales. En Cornualles, la población habló, hasta bien entrado el siglo XVIII, exclusivamente, un dialecto céltico.

Con su peculiar espíritu de simplificación al relatar sucesos históricos, los antiguos cronistas ingleses cuentan que la dominación anglosajona se inició en la isla cuando sus jefes **Hengist** y **Horsa** (ambos nombres significan "caballo") fueron llamados en ayuda del rey bretón Vortigern contra los escoceses y los pictos, hacia el año 450. Llegaron a Kent con sus guerreros, rechazaron al enemigo y obtuvieron licencia para asentarse en la desembocadura del Támesis. Mientras los bretones y germanos celebraban un banquete, el rey Vortigern se enamoró hasta tal punto de la bella Rowena, hija de Hengist, que la pidió en matrimonio y entonces ya no supo negar nada a los germanos, resignando el poder en sus manos. Destronado Vortigern, acabó sus días en cautividad.

Los hechos no sucedieron, en realidad, de modo tan simple. Con el tiempo, los germanos fundaron pequeños reinos en diversos lugares del territorio conquistado. Los jutos o daneses se asentaron en Kent. Los sajones avanzaron más a poniente, hacia el Wessex ("país de los sajones del oeste") y el Sussex ("país de los sajones del sur"); ocuparon también la desembocadura del Támesis, en el Middlesex ("país de los sajones del centro") y en el Essex ("país de los sajones del este"). Los anglos o ingleses, que acabaron dando su nombre a toda Inglaterra, se dirigieron al centro y hacia Norfolk ("pueblo del norte") y Suffolk ("pueblo del sur"), reunidos con el nombre de East-Anglia.

Mientras el paganismo se extendía de nuevo por la antigua Britania imperial, el cristianismo florecía en Irlanda, la verde isla situada al oeste. Y allí se desarrolló una civilización muy especial simultánea a una nueva Iglesia cristiano-ortodoxa, distinta a la que el Papa mantenía bajo su férula patriarcal, Iglesia que con el tiempo sería de primordial importancia para Europa occidental. La primera, además, en abrir brecha en el formidable muro del paganismo que anglos y sajones habían levantado en torno a Inglaterra.

## **Atila, el "azote de Dios"**

Una vez que los hunos hubieron arrojado a los godos de Europa oriental; se establecieron en las estepas al norte del Danubio, en las regiones actuales de Hungría y Rumania. Desde allí se extendió sin cesar su dominio, de suerte que los hunos acabaron reinando como dueños y señores desde el Cáucaso hasta el Rin y desde el Danubio hasta cerca del Báltico.

En el año 423, un oficial del imperio romano de occidente llegaba a Hungría. Se llamaba **Aecio**. Un usurpador se había hecho proclamar emperador en Rávena y Aecio venía en su nombre a contratar a los hunos como mercenarios. Sus negociaciones tuvieron éxito, pero al llegar con sus sesenta mil hunos a Italia, la revuelta había sido sofocada y muerto el usurpador. Aecio no se desconcertó en absoluto. Se puso sencillamente al servicio del régimen que había querido derribar y, después de pasar algunos años en las Galias, fue elevado al cargo de general en jefe por Placidia, madre del emperador niño, la misma hija de Teodosio el Grande, cuyo matrimonio con el príncipe visigodo Ataúlfo provocara tanto escándalo. De esta manera, Aecio se convirtió, de hecho, en soberano del imperio romano de occidente.

Más de una vez se ha llamado a Aecio "el último de los romanos", y no sin razón. Habiéndose propuesto como ideal de su vida devolver al imperio los países perdidos con las invasiones germánicas, no vaciló en aliarse con los mismos hunos para alcanzar esta meta. Durante un tiempo dispuso de su eficacísima ayuda, pero al convertirlos en el sostén del imperio, originaba un peligro mayor que el de los propios germanos. Así se demostró en su cruda realidad cuando, en 438, los hunos tuvieron en Atila un monarca de excepcional categoría.

Según Jordanes, Atila "era hombre de ademanes arrogantes, tenía una mirada singularmente ágil, aun cuando cada uno de sus movimientos dejaba traslucir el orgullo de su poderío". Prisco cuenta una recepción en el campamento de Atila:

"Había mesas a cada lado de la de Atila. Un primer sirviente llevó ante Atila un plato de carne; detrás de ése, otros distribuyeron pan y luego otros, depositaron legumbres sobre la mesa. Pero mientras para los otros bárbaros, como asimismo para nosotros, los manjares venían bien arreglados en vajilla de plata, a Atila se le sirvió en una escudilla de palo, y únicamente carne. En todo mostraba la misma austeridad. Su vestido era simple y no ofrecía otro lujo que la limpieza. Aun su espada, los cordones de sus calzas, las riendas de su caballo no estaban, como las de los demás escitas, adornadas de oro, gemas ni materiales preciosos algunos (...). Cuando vino la tarde, se encendieron antorchas. Dos escitas se ubicaron frente a Atila y recitaron cantos compuestos por ellos para celebrar sus victorias y virtudes guerreras. Después apareció un orate, que se explayó en dislates e ineptias completamente horras de sentido común, haciendo reír a carcajadas a todo el mundo."

En 451, el "azote de Dios", como la historia ha apodado a Atila, lanzó sus hordas contra el imperio romano de occidente. Partiendo de Hungría, sus formidables ejércitos —medio millón, según la tradición— avanzaron en masa, pasaron el Rin e invadieron Galia, quemando y robando todo a su paso. La civilización occidental estaba herida de muerte.

Incluso en los momentos más críticos, Aecio supo conservar su sangre fría y el equilibrio de un romano antiguo. Se dirigió a toda prisa a las Galias y asumió en persona el mando supremo del ejército, constituido principalmente por burgundios, francos y otras tropas germánicas. Al mismo tiempo mandó emisarios al rey de los visigodos para pedirle ayuda, demanda atendida por el viejo Teodorico, que convocó a todos sus hombres hábiles y acudió en su auxilio.

## **Los Campos Cataláunicos**

El memorable encuentro entre ambas fuerzas antagónicas tuvo efecto en los Campos de Chalons, extensa llanura de la Champaña. La batalla duró desde el alba



hasta el anochecer. Los germanos, opuestos aquí a los hunos, simbolizaban al Occidente contra el Oriente; quizá no se haya visto jamás en la historia que dos fuerzas combatieran con odio tan feroz. Según la tradición, sucumbieron más de veinte mil hombres. Los visigodos sintieron el dolor de ver perecer a su anciano y valiente rey Teodorico. Pero no cedieron, sino al contrario: en plena y sangrienta lucha, izaron al hijo del héroe muerto sobre sus escudos abollados—los antiguos germanos proclamaban un nuevo rey levantándolo sobre el "pavés"—y reanudaron la lucha. Cuando se ocultó el sol y se extendieron las sombras sobre los Campos Cataláunicos, la fuerza ofensiva de los hunos quedaba aniquilada. Atila se retiró del campo de batalla y refugióse en su campamento de carros.

Los visigodos quisieron atacar de inmediato el campamento huno y asestar el golpe de gracia, pero Aecio se opuso a ello. El romano era tan sagaz político como buen capitán. No quiso aniquilar a los hunos, pues Roma quizá pudiera necesitarlos algún día para contrarrestar a los visigodos o a otros pueblos germánicos. De este modo, con gran sorpresa suya, Atila encontró libre la retirada; el jefe de los hunos agrupó el resto de sus tropas y se dirigió, tan pronto como pudo, a las llanuras magiares. Apenas pasado un año, Atila reapareció de súbito en escena. Esta vez era Italia entera la amenazada. Los hunos invadieron las llanuras del Po por la frontera septentrional. El camino de Roma aparecía libre ante ellos y ningún poder del mundo era capaz de salvar la ciudad de tales hordas a caballo. Sin embargo, ocurrió algo increíble, un enigma que nadie ha sabido explicar: Atila no llegó a Roma. De modo inesperado, dio media vuelta y regresó por el camino por donde viniera.

Poco tiempo después, de este a oeste, se exhaló un suspiro de alivio: el "azote de Dios" había dejado de existir, según tradición, muerto por la bella Hildegunda—o Ildico—, hija del rey de los burgundios, a quien forzara a casarse con él. Entre galos y germanos, la memoria de Atila se perpetúa en innumerables relatos legendarios; con el tiempo, su figura adquirió proporciones gigantescas. Los magiares, que ocuparon Hungría ("país de los hunos") desde comienzos del siglo XI, enarbolaban el emblema de Atila en sus estandartes al aparecer por vez primera en Europa y lo considerarían uno de sus héroes nacionales. En los cantos de la *Edda* escandinava se le llama Atli, y Etsel en la *Canción de los Nibelungos*. Con la muerte de Atila, el poder de los hunos se derrumbó. Los pueblos germánicos sometidos por ellos se sublevaron y poco después el temido reino de los hunos desaparecía para siempre.

El hombre que opuso una barrera definitiva a la ofensiva de los hunos no sobrevivió más de un año a su temible adversario. Tuvo el mismo final que su célebre predecesor, el vándalo Estilicón. Las intrigas y la calumnia hicieron mella en el aún más mezquino Valentiniano III. Tras una violenta escena sostenida con el general, el propio emperador asesinó al gran estadista a puñaladas. Meses más tarde, los amigos de Aecio lo vengaron dando muerte al emperador durante un desfile militar.

Mientras tanto, el rey vándalo de Cartago esperaba el momento en que le sonriera la suerte. Cuando ya no hubo nada que temer, Genserico se dispuso a "vengar la muerte del emperador". Es posible que fuese invitado a ello por la viuda de Valentiniano, Eudoxia, hija de un emperador bizantino, ya que los nuevos dueños de Roma querían obligarla a casarse con el sucesor de su esposo asesinado. De todas formas, no pasó mucho tiempo sin que una flota vándala surcase la desembocadura del Tíber; días después, Genserico y los suyos hollaban el suelo de Roma. Era el año 455: Roma sufrió un saqueo aún más horroroso que el que soportara con los visigodos 45 años antes. Durante dos semanas se desmandaron las insaciables hordas por la ciudad y se llevaron todo cuanto tenía algún valor.

Cuando los navíos de Genserico levaron anclas rumbo al África, llevaban cuantiosos objetos preciosos y algunos cautivos ilustres. La emperatriz Eudoxia, casada a la fuerza con el senador Máximo y viuda por segunda vez, se encontraba a bordo con sus dos hijas. Una de ellas se casaría más tarde con el hijo mayor y sucesor de Genserico. Tras el horizonte lejano quedaba Roma profundamente humillada. Seis siglos habían transcurrido desde que la república romana, con su amargo rencor, arrasara Cartago y arara el suelo de esta orgullosa ciudad. Ahora el ciclo de la historia había dado un giro completo: la nueva Cartago vengaba a la antigua.



Batalla de los Campos Cataláunicos.

## **CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE**

### **Una larga agonía**

El trono imperial era ocupado por emperadores desprovistos de poder y por entero en manos de jefes mercenarios germánicos. El último de los espectros imperiales hubo de abdicar cuando apenas tenía dieciséis años, a pesar de reunir en su nombre los del primer rey y del primer emperador de Roma: lo llamaban burlonamente, en efecto,

**Rómulo Augústulo.** El hombre que acabó con su reinado ilusorio fue un mercenario hérulo llamado **Odoacro**, proclamado rey por sus soldados en 476. En cuanto a Rómulo Augústulo, le pareció tan inofensivo, que ni se tomó la molestia de darle muerte. El imperio romano de occidente había dejado de existir.

Las causas de la caída del imperio romano no fueron sólo de orden político y social, sino también económico, moral y religioso. Pero desde cualquier punto de vista que se enfoque el problema, se llega a la conclusión que las causas de la decadencia romana deben ser atribuidas, ante todo, a la corrupción de costumbres en las ciudades y al debilitamiento del sentido cívico en todo el imperio. Lo único que, a pesar de todo, mantenía aún cierta cohesión, era su organización, su rígida organización política, social y económica.

El imperio había perdido su magnífica fuerza vital. El ciudadano romano no sentía ya que estuviera sirviendo a su país, y rehuía cumplir con sus deberes civiles y militares: para los primeros, se le pudo seguir obligando; para los segundos, se reclutaron mercenarios extranjeros. Sería injusto, sin embargo, pretender que había desaparecido todo espíritu de solidaridad; estaba aún bastante vivo, pero no en su aspecto cívico. En el campo de la asistencia social, la caridad evangélica hizo maravillas; en el terreno cultural entre los pueblos germánicos, las instituciones eclesiásticas también se prodigaron. La atención y anhelos de la Iglesia se orientaban hacia lo que san Agustín, el célebre padre de la Iglesia, expuso en su obra apologética *Ciudad de Dios*: la realización del reino de Dios, enredado en la Tierra hasta la consumación de los siglos con el reino de Satanás: amor a Dios hasta el olvido de sí; contra amor a sí mismo hasta el olvido de Dios.

Los investigadores que basan su interpretación de la historia universal ante todo, e incluso exclusivamente, en causas económicas, han defendido más de una vez la tesis según la cual la decadencia del imperio fue debida, sobre todo en tiempos de los últimos monarcas, a la exportación masiva de capitales; unos, hacia la India, para la compra de objetos de lujo, y otros, que se consumían en los sueldos de mercenarios germánicos. Cabe preguntar, sin embargo, si este fenómeno no es más bien un síntoma que una causa. Cuando la situación económica de un Estado es sana, la exportación de la producción nacional equilibra cualquier salida de capitales.

Puede ser que el proceso morbosos que acabaría con la sociedad romana se remontara a la época de los Gracos, cuando los campesinos comenzaron a sufrir cada vez más la competencia de la mano de obra esclava. Las luchas del proletariado deseoso de obtener una parte del botín procedente de Oriente, las guerras civiles y las proscripciones, provocaron el exterminio de casi todos los hombres de mérito. De esta "extinción de los mejores", prolongada durante la época imperial, Roma ya no pudo reponerse. La consecuencia fue un espantoso desnivel moral e intelectual del pueblo romano, tanto más doloroso por ser la hemorragia *compensada* con un aflujo de elementos equívocos procedentes de la parte oriental del imperio. Pero siendo el imperio bastante mayor que Roma o Italia, los factores que explican la decadencia de los romanos no necesariamente explican la de un imperio cada siglo más ecuménico, más autodinámico, menos dependiente de la sociedad romana.

Al caer el imperio romano de occidente, el soberano de Constantinopla fue considerado como el único heredero de los Césares. Italia sólo sería en lo sucesivo un conglomerado de reinos germánicos, en cuyo seno el clásico poder romano era letra muerta.

## Teodorico el Grande en Italia

La fragmentación del reino de los hunos significó la libertad para los ostrogodos. Exactamente un siglo después de las grandes invasiones, su rey **Teodorico**, entonces de veinte años de edad, subió al trono. Los ostrogodos se establecieron primero en la península balcánica, pero el emperador de Oriente, que deseaba desembarazarse de tales vecinos, les encaminó a Italia. En el año 488, Teodorico se puso en marcha con todo su pueblo, para ir a destronar al usurpador Odoacro. Pasó los Alpes orientales y pisó suelo italiano un año más tarde. Odoacro se preparó para salir a su encuentro, pero sufrió varias derrotas sucesivas. En la inaccesible Rávena hizo frente a sus enemigos, casi tres años, pero al fin viose obligado a capitular. Y desde el momento en que Teodorico asumió la responsabilidad del país que durante tanto tiempo había sido el centro del imperio romano, cesó de presentarse como jefe de los pueblos bárbaros. Su tarea sería en lo sucesivo convertir a los ostrogodos en protectores de la civilización latina. A imitación de Odoacro, Teodorico reconoció la soberanía del emperador de Constantinopla. En general, dejó a los ciudadanos romanos la posesión de sus bienes, contentándose para los suyos con las tierras abandonadas por los partidarios del vencido Odoacro. Ya como soldados, ya como agricultores, los ostrogodos se diseminaron por casi toda Italia. No obstante, Teodorico les prohibió ocuparse en negocios o industrias; prohibióles también frecuentar las escuelas romanas. Deseaba que sus godos conservaran intacto su vigor. Romanos y ostrogodos vivían como dos pueblos distintos, aunque en el seno de un mismo Estado.



Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos (¿454?-526)

Con tales protectores, refloreó la civilización romana. Teodorico construyó edificios, en la medida de lo posible, según modelos romanos. Dedicó un cuidado



extremo a la conservación y restauración de los monumentos de la Antigüedad. La tradición considera la época de Teodorico como una verdadera edad de oro, en que se podía abandonar sin temor oro y plata en pleno campo, y las puertas de las casas no necesitaban cerrojos. En las leyendas germánicas, la personalidad de Teodorico se perpetúa con el nombre de *Dietrich de Bern*, alteración popular de "Verona". Mientras Teodorico ostentó el poder, romanos y germanos vivieron como perro y gato criados juntos; pero a su muerte, acaecida en 526, pudo comprobarse que tal unidad no podía mantenerse por más tiempo.

## Clodoveo y el reino de los francos

El gobierno franco estaba organizado de muy distinta manera que el último reino godo de Italia. Los francos iban consiguiendo una posición dominante entre los pueblos germánicos, quienes parecían desempeñar la tarea de abrirles paso. El más poderoso monarca franco fue un contemporáneo de Teodorico: **Clodoveo** (o más exactamente Clodoveck, forma de que procede el francés Clovis o Louis, el neerlandés Lodewijk y el alemán Ludwig).



Talla en marfil del siglo IX que representa a Clodoveo bautizado por San Remigio

En el momento de subir al trono, en 481, Clodoveo —descendiente de un tal Meroveo, que se distinguiera en la batalla de los Campos Cataláunicos (o Campos Mauriacos) contra Atila y en cuya memoria se ha llamado merovingia a su dinastía— no era más que un príncipe poco importante, cuyas tierras no se extendían más allá de ambas orillas del bajo Rin. Con astucia y por la fuerza, ensanchó los límites de su reino, acabando por ocupar la mayor parte de la Galia y otros territorios de Germania. Trasladó su capital de Tournai a París. Cabe señalar que los francos eran paganos, pero Clotilde, esposa cristiana de Clodoveo, se esforzó en convertir al rudo jefe bárbaro. Clodoveo resistióse largo tiempo. Pero, según el cronista y obispo franco Gregorio de Tours, ocurrió un suceso maravilloso, que recuerda en demasía la conversión de Constantino el Grande. Una de las batallas que entabló—la de **Tolbiac**—se anunció con malos auspicios. Entonces parece que elevó sus ojos llorosos al cielo e invocó al dios de su esposa, prometiendo que se bautizaría si alcanzaba la victoria. Desde aquel momento, la fortuna cambió de signo. Después de la victoria, Clodoveo se instruyó en la religión cristiana y fue bautizado en 506, en Reims.

Clodoveo, rey de los francos (461-511). Venció a los romanos y a los germanos, ganó en 507 la batalla de Vouglé contra Alarico II, rey de los visigodos, arrebatándole la Aquitania. Se le considera como el fundador de la monarquía francesa.



En su *Historia de los francos*, Gregorio de Tours trata con amplitud la política de Clodoveo, cuyo temperamento autoritario parecía desenfrenado. Existía, sin embargo, un príncipe que hizo cuanto pudo por mantener esta sed de poder en sus justos límites: era su cuñado Teodorico el Grande. Sin estar precisamente animado por la menor codicia territorial, se constituyó en protector de los pueblos amenazados. Clodoveo, por su parte, fue lo suficientemente astuto para atraerse la protección del emperador de Constantinopla, que no veía con agrado que Teodorico fuese monarca tan poderoso. Teodorico no tuvo ocasión de ejercer excesiva influencia en la política extranjera de Clodoveo, ni de intervenir en el modo con que trataba a su propia familia el rey de los francos. Ninguno de quienes el rey sospechaba, tenía segura su existencia. Clodoveo actuaba con la astucia de un animal de presa. Para asegurarse que había ya eliminado a todos sus posibles rivales, se lamentó un día en público de no tener ni un solo próximo pariente con vida. Con estas palabras, dice Gregorio de Tours, se proponía conocer si aún existía algún familiar suyo para asesinarle en el acto. Como nadie apareció, sintióse

al fin seguro y dichoso al dejar en pos de sí cuatro hijos adultos que habían heredado en exceso ciertas cualidades de su progenitor, cuya política expansiva fue continuada por ellos con el mismo espíritu.

## Los sucesores de Clodoveo

Sus descendientes fueron bandidos y tiranos de peor calaña todavía. Gregorio de Tours nos ofrece una pintura tan escandalosa de la prole merovingia, que nos llena de indignación.

Difícilmente podemos imaginar tipo más perfecto de criminal que Chilperico, nieto de Clodoveo. Este príncipe, "Nerón y Herodes de nuestro tiempo", como lo apellida Gregorio, se casó tres veces. Repudió a su primera esposa; la princesa visigoda con quien se casó después, dice este cronista, "era queridísima de él, porque había aportado muchas riquezas al matrimonio". Pero estos sentimientos enfriáronse también muy pronto. Su antigua concubina Fredegunda, mujer de origen humilde, supo enredarlo con hábiles manejos. Una mañana fue hallada la reina estrangulada en su lecho. "El rey lloró su muerte y, pocos días después, contrajo matrimonio con Fredegunda".

Los parientes de la reina asesinada se propusieron vengar tal crimen y en particular Brunequilda, casada con Sigeberto, hermano de Chilperico. Brunequilda incitó a su esposo a destronar a Chilperico. Parece que Sigeberto estaba a punto de conseguir su propósito cuando fue asesinado por Fredegunda. Desde aquel momento, Chilperico puso a Brunequilda bajo custodia. Un día supo Chilperico que su hijo Meroveo se había enamorado de Brunequilda y tenía la intención de casarse con ella. Chilperico quiso hacer cambiar de propósito al joven. Fue en vano. Púsole también bajo vigilancia, pero el apasionado joven burló a sus guardianes y huyó con Brunequilda, que consiguió ponerse en seguridad. En el camino, el joven cayó en una emboscada que le tendió un esbirro de su padre y fue ejecutado.

Años más tarde, Chilperico murió, también asesinado. Halláronse entonces frente a frente aquellas dos mujeres ávidas de poder, Brunequilda y Fredegunda, que se entregaron a una lucha sin cuartel. Fredegunda desplegó toda su astucia para asesinar alevosamente a Brunequilda, a su hijo y a sus principales parientes, pero fue al fin vencida y acabó sus días de modo trágico. Por su parte, Brunequilda usó de todo su poder y energía en mantener las riendas del gobierno para su hijo, su nieto y su biznieto. Al fin, se le sublevaron los nobles, por pretender incrementar el poder regio a expensas de ellos. En 613 se desencadenó la guerra abierta contra la solitaria reina. Fue capturada y entregada a Clotario, hijo de su mortal enemiga Fredegunda, que se vengó con crueldad inaudita. Durante tres días, la anciana hubo de soportar las más atroces torturas; finalmente fue atada a la cola de un caballo salvaje y arrastrada.

Clotario II quedó entonces único rey de los francos, reuniendo en su testa las coronas de Neustria, Austrasia y Borgoña, los tres Estados en que dividiera Clodoveo su reino al morir. Dagoberto I, hijo de Clotario, fue el último rey enérgico de esta dinastía; sometió a los bretones de Armórica y a los vascones pirenaicos. Después de su muerte, en 639, la dinastía merovingia decayó con rapidez y el poder pasó a manos de los nobles, principalmente de los mayordomos de palacio, especie de gobernadores hereditarios que, con este título, ocupaban el cargo de primeros ministros en la corte de esos "reyes holgazanes". Una de estas familias de mayordomos de palacio daría origen más adelante a la dinastía de los carolingios, a la que iba a pertenecer Carlomagno.

La decadencia de costumbres en la época merovingia se extendió a todas las capas sociales de la población, incluso el clero. Gregorio de Tours nos describe en su crónica una galería de obispos, abades y sacerdotes que no tenían nada que envidiar a los poderosos laicos en cuanto se refiere a glotonería, embriaguez, ambición de poder y otras “hierbas no menos apetitosas”. Debe reconocerse, sin embargo, que en el clero de esta época hubo también algunos valientes que no vacilaron en amonestar a príncipes y princesas respecto a la vida disoluta que llevaban.

Tanta barbarie no impidió al reino de los francos aportar testimonios de vigorosa vitalidad. De todos los pueblos que se establecieron en tierras de Imperio, solo los francos y los anglosajones fueron quienes pudieron superar a todos los avatares de su destino histórico.

## **EL IMPERIO BIZANTINO**

### **Constantinopla, la nueva Roma**

Como se ha expuesto en páginas anteriores, la parte occidental del imperio romano se disgregó en una multitud de reinos germánicos en su mayoría.

El imperio romano de oriente ha sido algunas veces llamado griego, por la enorme influencia helénica que experimentó. En el transcurso de un milenio se mantendría allí una civilización grecooriental bajo la égida de la iglesia cristiana. La paz sería turbada con frecuencia por querellas religiosas, motivadas por diferentes concepciones acerca de Jesucristo, y por revueltas populares e intrigas palaciegas, en las que mujeres ambiciosas, astutos eunucos y dignatarios ávidos de poder iban a desempeñar los papeles principales. Grande, pues, debe haber sido el vigor del Estado bizantino, para resistir estas miserias.

En el terreno de la arquitectura, la civilización bizantina había de dar normas durante bastante tiempo al mundo entero, limitándose sobre todo a mantener lo que había sido en realidad la obra de la Antigüedad. Lo que, ciertamente, no deja de tener importancia, si se tiene en cuenta que este imperio estaría de continuo enzarzado en lucha primeramente contra los persas, búlgaros y otros pueblos de brutales costumbres, que crucificaban o empalaban a sus prisioneros; y después, contra los árabes, magiares, escandinavos de Ucrania y de Sicilia, y turcos. El país iba a ser saqueado muchísimas veces y sometido a enemigos sanguinarios y hordas que llegarían en más de una ocasión a los mismos muros de la capital: no sin razón se habla, en los relatos tradicionales, del lujo refinado y la extremada molicie de la magnífica y rica Constantinopla. Pero no puede perderse de vista, a tal respecto, hasta qué punto el sosiego de los bizantinos estaba acibarado por el temor constante a los pueblos vecinos con quienes se veían obligados a vivir.

Durante mil años, cual escudo, Constantinopla había de proteger a Europa de las ambiciones del Oriente. Al abrigo de las fuertes murallas de Bizancio y gracias a las armas por ellos perfeccionadas, la civilización occidental iba a echar raíces y extenderse sin obstáculos.

Bizancio cumpliría también una tarea histórica de amplitud universal: la de civilizar y evangelizar a los pueblos eslavos y búlgaros. Lo que Roma para los pueblos germánicos, eso iba a ser Constantinopla para los eslavos y demás pueblos de la Europa oriental.



## **Invasiones eslavas**

La invasión eslava fue consecuencia directa de las invasiones germánicas. Los espacios libres abandonados por los germanos al marchar hacia el sur y el oeste, fueron ocupados inmediatamente por los eslavos; así, los límites de la Europa germánica se retiraron del Vístula al Elba, el Saal y la selva de Bohemia. Al sur, los eslavos llegaron al mar Adriático, ubicándose a mediados del siglo VI en la actual Yugoslavia, al poniente de los avaros o búlgaros, un pueblo de origen turco que acabó hablando una lengua eslava.

Los sufridos y resistentes eslavos eran muy apreciados como trabajadores. Los mercados de esclavos de Europa, Asia y África rebosaban de hombres y mujeres de esta raza. Perseguidos como animales salvajes, los eslavos hubieron de buscar refugio en los bosques y terrenos pantanosos. Dieron, sin embargo, muestras de gran fuerza expansiva y, en el siglo VII, finalizadas sus principales migraciones, se habían extendido por un territorio inmenso que iba desde el Elba, al oeste, hasta el Don, al este; desde el Báltico y el Ilm (en Turingia), al norte, hasta el Adriático y mar Egeo, al sur. En contraposición al de los germanos, el avance cultural de los eslavos fue muy lento, ocupados en luchar contra una naturaleza inhóspita, en las fronteras de la civilización. Poco a poco, fueron adoptando ellos también la cultura de sus vecinos. Los eslavos occidentales —polacos, checos y eslovacos—, fueron influidos por las civilizaciones romana y germánica, mientras que los rusos, búlgaros, serbo-croatas y otros pueblos eslavos del este y del sur vivieron inmersos en la esfera de influencia del imperio bizantino.

Los eslavos orientales y meridionales fracasaron en su lucha contra los bizantinos, por la sencilla razón que carecían de la tradición militar de sus adversarios, esa experiencia secular de la táctica y la estrategia que Bizancio heredó de Roma.

## **Las disputas cristológicas**

El nuevo status otorgado a la Iglesia desde el edicto de Milán, la llevó a mirar con ojos también nuevos la sabiduría acumulada por los paganos; a la vez, facilitó la adhesión de los sectores más cultos a esa fe otrora considerada antipatriótica y propia de esclavos. La intelectualidad trató de conciliar sus conocimientos de filosofía con la fe que ahora abrazaba, poniendo al servicio de ese esfuerzo su elegancia retórica. Por algo los siglos IV y V fueron los grandes siglos de la literatura "patrística" (de los "padres" o doctores de la Iglesia) y de las disputas cristológicas.

¿Quién es, en realidad, Cristo? Hoy los cristianos se interesan fundamentalmente por temas de moral social: el problema de Cristo está resuelto. En esa época, en cambio, había príncipes, obispos y hasta patriarcas que defendían a brazo partido concepciones diametralmente opuestas acerca —nada menos— de la personalidad de Cristo, núcleo del que todo el resto de la doctrina cristiana deriva. Los ortodoxos veían dos naturalezas en una misma hipóstasis o persona; pero otros no podían entender racionalmente ese misterio, y argüían que o bien había una persona con una sola naturaleza (monofisistas) o bien había dos personas con dos naturalezas: dos personas que a ratos parecían una (nestorianos). Y entre los monofisistas había tres opiniones posibles: que la naturaleza única de Cristo fuera la divina (Apolinar), la humana (Arrio) o una mezcla de ambas (Eutiques). Incluso llegó a haber personas —entre ellos los emperadores bizantinos entre 638 y 680 auspiciaron oficialmente este punto de vista intermedio— para quienes, si bien Cristo constaba de dos naturalezas, tenía una sola voluntad: la divina, careciendo de voluntad su parte humana (monotelitas).

Estas disputas despertaban eco en los laicos; cada barrio respaldaba a su párroco. Pero el foro máximo, donde se interpreta la Sagrada Escritura bajo asistencia especial del Espíritu Santo, es la asamblea de todos los obispos del mundo. Ya dimos cuenta de la de Nicea, primera de las siete asambleas universales o concilios ecuménicos aceptados por todas las denominaciones católicas (romanos "ortodoxos" y anglicanos). A través de los cinco siguientes es posible seguir durante 260 años la evolución de la cristología incoada en el de Nicea.



Representación pictórica del siglo XVII del Primer Concilio de Nicea.

El símbolo o credo niceno no puede ser más breve:

Creemos en un solo Dios Padre omnipotente, creador de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles; y en un solo Señor Jesucristo Hijo de Dios, nacido unigénito del Padre; es decir, de la sustancia del padre, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas, las que hay en el cielo y las que hay en la Tierra, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció, y resucitó al tercer día, subió a los cielos, y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Y en el Espíritu Santo.

Nicea condenó —*anatematizó*— a Arrio. Sin embargo, fue justamente entre 325 y 380 que el arrianismo se difundió más, especialmente entre los godos "federados" establecidos entre el mar Egeo y el río Danubio. El primer concilio de Constantinopla (381) debió, pues, emprenderlas contra los arrianos, que, numerosísimos entre los conversos, y preferidos por los predecesores de Teodosio, consideraban a Cristo sólo como la más excelsa criatura de Dios; y contra el apolinarismo, que, al revés, no lo tenía por plenamente humano. Este segundo concilio ecuménico tuvo que precisar y completar el credo niceno en esta forma:

Creemos en un solo Dios, Padre omnipotente, creador del cielo y de la Tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un solo Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, nacido, no hecho, consustancial con el Padre, por quien fueron hechas todas las cosas; que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió de los cielos y se encarnó por obra del Espíritu Santo y de María Virgen, y se hizo hombre, y fue crucificado por nosotros bajo Poncio Pilato y padeció y fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras, y subió a los cielos, y está sentado a la diestra del Padre, y otra vez ha de venir con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos; y su reino no tendrá fin. Y en el Espíritu Santo, Señor y vivificante, que procede del Padre, que juntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, que habló por los

profetas. En una sola Santa Iglesia Católica y Apostólica. Confesamos un solo bautismo para la remisión de los pecados. Esperamos la resurrección de la carne y la vida del siglo futuro. Amén.

Los padres congregados tuvieron mucho cuidado de no oponerse a lo aprobado por el concilio anterior. Lo primero, pues, que acordaron fue:

Canon 1. No rechazar la fe de los trescientos dieciocho Padres reunidos en Nicea de Bitinia, sino que permanezca firme y anatematizar toda herejía, y en particular la de los eunomianos o anomeos, la de los arrianos y eudoxianos, y la de los semiarrianos o pneumatómacos, la de los sabelinos, marcelianos, la de los fotinianos y la de los apolinaristas.

En definitiva, gracias al genio de san Agustín, Platón había de adquirir ciudadanía cristiana en el Occidente latino. En el Oriente griego, en cambio, la confusión de los espíritus persistió. El concilio de Éfeso (431) estableció contra Nestorio, patriarca de Constantinopla, que en Cristo había dos naturalezas completas —divina y humana—, pero no dos personas. Cirilo, patriarca de Alejandría, fue allí el campeón de la ortodoxia. Los demás obispos apoyaron sus ideas:

Pues, no decimos que la naturaleza del Verbo, transformada, se hizo carne; pero tampoco que se trasmutó en el hombre entero, compuesto de alma y cuerpo; sino, más bien, que habiendo unido consigo el Verbo, según hipóstasis o persona, la carne animada de alma racional, se hizo hombre de modo inefable e incomprensible y fue llamado hijo del hombre, no por sola voluntad o complacencia, pero tampoco por la asunción de la persona sola, y que las naturalezas que se juntan en verdadera unidad son distintas, pero que de ambas resulta un solo Cristo e Hijo; no como si la diferencia de las naturalezas se destruyera por la unión, sino porque la divinidad y la humanidad constituyen más bien para nosotros un solo Señor y Cristo e Hijo por la concurrencia inefable y misteriosa en la unidad... Porque no nació primeramente un hombre vulgar, de la santa Virgen, y luego descendió sobre Él el Verbo; sino que, unido desde el seno materno, se dice que se sometió a nacimiento carnal, como quien hace suyo el nacimiento de la propia carne... De esta manera [los Santos Padres] no tuvieron inconveniente en llamar madre de Dios a la santa Virgen.

Luego tomó cuerpo el monofisismo. El concilio de Calcedonia se enfrentó a Eutiques, cuya doctrina monofisista de la fusión de las dos naturalezas en una sola terminaría primando entre los pueblos levantinos a tal punto que, por evitar discordias, los emperadores bizantinos del siglo VI iban a proponer el monotelismo —dos naturalezas, pero sólo una voluntad: la del Verbo—, solución transaccional que el tercer concilio constantinopolitano (689-691) también condenaría.

Liderados por los legados del Papa romano, los obispos aclamaron la siguiente fórmula en Calcedonia (451):

Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hombre de alma racional y de cuerpo, consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad, y el mismo consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad, *semejante en todo a nosotras, menos en el pecado* (Hebr. 4, 15); engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad; que se ha de reconocer a uno solo y el mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios

Verbo Señor Jesucristo, como de antiguo acerca de Él nos enseñaron los profetas, y el mismo Jesucristo, y nos lo ha transmitido el Símbolo de los Padres.

Así, pues, después que con toda exactitud y cuidado en todos sus aspectos fue por nosotros redactada. esta fórmula, definió el santo y ecuménico Concilio que a nadie será lícito profesar otra fe, ni siquiera escribirla o componerla, ni sentirla ni enseñarla a los demás.

Defensa tan clara de las dos naturalezas tenía que reavivar las ideas nestorianas, capitaneadas esta vez por Teodoro de Mopsuesta. El quinto concilio ecuménico, realizado en Constantinopla (553) hizo llover sobre él una lluvia de anatemas. Obsérvese de paso la dureza de los apelativos:

Canon 3. Si alguno dice que uno es el Verbo de Dios que hizo milagros y otro el Cristo que padeció, o dice que Dios Verbo *está* en el Cristo que nació de mujer como uno en otro, y no que es uno solo y el mismo, sea anatema.

Canon 5. Como quiera que la unión se entiende de muchas maneras, los que siguen la impiedad de Apolinar y de Eutiques, inclinados a la desaparición de los elementos que se juntan, predicán una unión de confusión. Los que piensan como Teodoro y Nestorio, gustando de la división, introducen una unión habitual. Pero la Santa Iglesia de Dios, rechazando la impiedad de una y otra herejía, confiesa la unión de Dios Verbo con la carne según composición; es decir, según hipóstasis. Porque la unión según composición en el misterio de Cristo no sólo guarda inconfusos los elementos que se juntan, sino que tampoco admite la división.

Canon 11. Si alguno no anatematiza a Arrio, Eunomio, Macedonio, Apolinar, Nestorio, Eutiques y Orígenes, juntamente con sus impíos escritos, y a todos los demás herejes, condenados por la santa Iglesia Católica y Apostólica y por los cuatro antedichos santos concilios, y a los que han pensado o piensan como los antedichos herejes y que permanecieron hasta el fin en su impiedad, ése tal sea anatema.

Canon 12. Sea anatema quien defienda al impío Teodoro de Mopsuesta, que dijo que uno es el Dios Verbo y otro Cristo, el cual sufrió las molestias de las pasiones del alma y de los deseos de la carne, que poco a poco se fue apartando de lo malo y así se mejoró por el progreso de sus obras, y por su conducta se hizo irreprochable, que como puro hombre fue bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y por el bautismo recibió la gracia del Espíritu Santo y fue hecho digno de la filiación divina; y que a semejanza de una imagen imperial, es adorado como efigie de Dios Verbo, y que después de la resurrección se convirtió en inmutable en sus pensamientos y absolutamente impecable; y dijo además el mismo impío Teodoro que la unión de Dios Verbo con Cristo fue como la que habla el Apóstol entre el hombre y la mujer: *Serán dos en una sola carne* (Ef. 5, 31); y aparte otras incontables blasfemias, se atrevió a decir que después de la resurrección, cuando el Señor sopló sobre sus discípulos y les dijo: *Recibid el Espíritu Santo* (Jn. 20, 22), no les dio el Espíritu Santo, sino que sopló sobre ellos sólo en apariencia; este mismo dijo que la confesión de Tomás al tocar las manos y al costado del Señor, después de la resurrección: *Señor mío y Dios mío* (Jn. 20, 28), no fue dicha por Tomás acerca de Cristo, sino que admirado Tomás de lo extraño de la resurrección glorificó a Dios que había resucitado a Cristo.

Canon 6. Si alguno llama a la santa gloriosa siempre Virgen María *madre de Dios* en sentido figurado y no en sentido propio, calumnia al santo Concilio de Calcedonia, como si en este impío sentido, inventado por Teodoro, hubiera llamado a la Virgen María madre de Dios.

La controversia cristológica terminó en el sexto concilio ecuménico, también reunido en la capital del imperio (691). Sencillamente no se aceptaron términos medios; el monotelismo (una sola voluntad en Cristo) quedó desahuciado. Esta vez, explicablemente, no se usó la fórmula "anathema sit":

El presente santo y universal concilio confiesa a nuestro Señor Jesucristo como perfecto en la divinidad y perfecto el mismo en la humanidad, verdaderamente Dios y verdaderamente

hombre, compuesto de alma racional y de cuerpo; consustancial al padre según la divinidad y el mismo consustancial a nosotros según la humanidad, *en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado* [Hebr. 4, 15]; que antes de los siglos nació del Padre según la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, nació del Espíritu Santo y de María Virgen, que es propiamente y según verdad madre de Dios, según la humanidad; reconocido como un solo y mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin conmutación, inseparablemente, sin división, pues no se suprimió en modo alguno la diferencia de las dos naturalezas por causa de la unión, sino conservando más bien cada naturaleza su propiedad.

Predicamos igualmente en Él dos voluntades naturales o querer y dos operaciones naturales (...) El Verbo obra lo que pertenece al Verbo y la carne ejecuta lo que toca a la carne. Porque no vamos ciertamente a admitir una misma operación natural de Dios y de la criatura, para no levantar lo creado hasta la divina sustancia, ni rebajar tampoco la excelencia de la divina naturaleza al puesto que conviene a las criaturas.

Dos voluntades, no contrarias —¡Dios nos libre!—, como dijeron los impíos herejes, sino que su voluntad humana sigue a su voluntad divina y omnipotente, sin oponérsele ni combatirla, antes bien, enteramente sometida a ella.

Como Él mismo dice: *Porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del Padre, que me ha enviado* (Ioh. 6, 38), llamando suya la voluntad de la carne, puesto que la carne fue también suya.

## El emperador Justiniano

Antes que el imperio romano de oriente se resignase a no ser otra cosa que un Estado epigónico, el emperador Justiniano I hizo una postrera tentativa para restaurar el imperio romano en toda su antigua grandeza. El conjunto de su obra política no tuvo otra finalidad. Sus actos atestiguan estos elevados propósitos en cuanto concierne al poder y a los derechos del soberano.



Justiniano y su corte. Mosaico de San Vital de Ravena (el emperador lleva la cabeza nimada).

Al estudiar el reinado de Justiniano (527-565) debe recordarse a su esposa, Teodora, tan notable por su energía como por su belleza. Según parece, fue hija de un domador de osos del circo y de una mujer de reputación más que dudosa. La carrera de



Teodora se inició en el teatro, donde su belleza logró muy pronto éxitos extraordinarios. Era de carácter alegre e ingenioso; muy bien se la podría apellidar la segunda Cleopatra. Las malas lenguas decían, por supuesto, que su conducta distaba mucho de ser ejemplar. De todos modos, tanto la estimó Justiniano, que la asoció oficialmente al poder supremo. Desde que escaló las gradas del trono, demostró la más impecable dignidad y hablaba con elocuencia de la santidad matrimonial. Sintiendo, sin duda, la necesidad de tender una mano protectora a las desgraciadas compañeras de su agitada juventud, fundó asilos para muchachas arrepentidas.

Justiniano tuvo oportunidad de satisfacer sus sueños de constructor gracias a un incendio que arrasó la ciudad. Incendio ocasionado con motivo de una rara costumbre reinante en Bizancio en aquel tiempo y que indica la degeneración de costumbres en el imperio griego. Todo el interés popular se concentraba entonces en el hipódromo. Allí estallaban las pasiones en su más elevado diapasón, como en otro tiempo en las asambleas populares. Pero lo que allí se discutía entonces eran apuestas; no problemas sociales. Los dos partidos rivales se llamaban "azules" y "verdes", según el color de los mantos deportivos. Interesaba más a la gente los pros y los contras de verdes y azules, que saber quién reinaba en el imperio romano y si aquel mismo imperio tenía posibilidades de sobrevivir. La lucha entre partidos había adquirido un matiz político, ya que en el hipódromo —un ambiente propicio, sin duda...— promulgaba el gobierno los decretos y la corte favorecía, ya a los verdes, ya a los azules. También en el hipódromo podía expresar el pueblo sus anhelos y sus quejas al soberano que escuchaba sentado en su trono, coronado y con el cetro en la mano. Más de una vez aprovechó el populacho la ocasión para proferir contra el emperador amenazas e injurias. Un día, las pasiones se exacerbaban tanto que la sesión terminó con una asonada auténtica, en la cual el populacho incendió gran número de edificios. Justiniano trató de calmar los espíritus con amenazas, promesas y concesiones, pero todo en vano. El pueblo respondió tratando al emperador de embustero y de asno. La situación pareció tan amenazadora que Justiniano decidió huir de la ciudad. La altiva actitud de Teodora se lo impidió. "Huye con tus tesoros —dijo—; yo me quedo. Me acojo al viejo proverbio que dice que la púrpura es un sudario digno."

Belisario, el general en jefe, movilizó sus tropas y sofocó la revuelta con un baño de sangre en el que perecieron unas treinta mil personas. Así terminó la parodia política que se había tolerado hasta entonces en el circo con relativa libertad. En lo sucesivo, y para evitar que se repitiesen tales acontecimientos, Justiniano promulgó la prohibición general de fabricar y llevar armas. Esta industria quedó reservada en el futuro a los talleres del Estado, de donde saldrían a guardarse en los arsenales imperiales. Sin embargo, estas medidas surtieron poco efecto. Tal como las disputas cristológicas, las grescas entre azules y verdes no terminaron y no pasó un año sin que volvieran a producirse revueltas y efusiones de sangre.

## **La obra de Justiniano**

Respecto a su actitud con la Iglesia, Justiniano se comportó como digno heredero de Constantino el Grande. Desde los tiempos del primer emperador cristiano, ninguna corte se había mostrado tan piadosa, al menos en apariencia, como la de Bizancio. La emperatriz Pulqueria, que reinaba en la primera mitad del siglo V, inició un ejemplo de piedad conforme al espíritu de la época, hizo del palacio imperial una especie de convento, donde se cantaban de la mañana a la noche letanías y cánticos litúrgicos.

Justiniano discutía con evidente delectación problemas religiosos y se sentía halagado que lo consideraran como un gran teólogo. En los sínodos pronunciaba discursos llenos de unción, en que se aunaban, según frase aduladora de un contemporáneo, "la gracia de David, la paciencia de Moisés y la mansedumbre de los apóstoles". Justiniano abominaba todo tipo de herejía y sentía verdadera repulsión por los herejes. "Sólo el contacto con uno de esos malditos es ya una mancha", decía. Y soportaba tan poco la filosofía pagana como la herejía en el seno del cristianismo. En el año 529, mandó cerrar la escuela de filosofía de Atenas. A decir verdad, el neoplatonismo de aquella época, profesado en la academia de Platón, había degenerado hasta tal punto, que no merecía destino mejor. De hecho, era el emperador quien decidía lo que el pueblo debía o no creer. El lazo indisoluble anudado en tiempos de Constantino entre trono y altar había degenerado con los años en un despotismo a la vez temporal y espiritual que se apellidó luego *césaropapismo*. Un Estado, una Ley, una Iglesia: tal era el principio de gobierno de Justiniano.

En semejante sociedad, la construcción de espléndidas iglesias era considerada, sin duda, una de las tareas esenciales del monarca. Las iglesias bizantinas no estaban techadas como las basílicas romanas, sino que remataban en cúpulas y semicúpulas. La obra maestra de este estilo es la Haguía Sofía (Santa Sabiduría), templo que nosotros solemos llamar Santa Sofía. A pesar de sus enormes proporciones, la cúpula ofrece una impresión tal de ligereza y equilibrio, que "semeja antes pender de una cadena bajada del cielo que reposar sobre unos muros", como decía un contemporáneo de Justiniano.

El gran código de Justiniano, el *Corpus Iuris Civilis*, ha alcanzado celebridad. Partiendo en la Ley de las Doce Tablas, Gayo, Ulpiano, Papiniano y otros juristas romanos habían estructurado, con el tiempo, una legislación reveladora de la claridad y sentido de organización del espíritu latino, amén de comentarios perspicaces. Pero este derecho romano se conservaba en forma de leyes, edictos y decretos aislados, de modo que se observaban en todo ello muchas contradicciones. Justiniano mandó poner orden en este aparente caos y así encargó a una comisión de eminentes jurisconsultos unir en un conjunto coherente los edictos y sentencias que aún tuviesen vigor. Es incalculable la influencia que ejerció el derecho romano, a través del *Corpus Iuris* de Justiniano, en el derecho de todos los Estados europeos durante un milenio.

El emperador no concedió menos importancia a otras reformas de carácter administrativo y fueron tan numerosas e importantes, que podría considerarse a Justiniano, a tal respecto, como émulo de Diocleciano y Constantino el Grande, si hubiera tenido como ellos ocasión de ponerlas en práctica. En una de sus *constitutiones*, Justiniano exhortaba así a los estudiantes de derecho: "Aprended con celo y atención esas leyes que os damos y mostraos tan instruidos en esta ciencia, que podáis ser animados por la bellísima esperanza de gobernar el Estado en las partes que se os confíen, una vez terminados vuestros estudios jurídicos. Cuando todos los arcanos del derecho sean develados, y después de haber leído todas las obras recopiladas para nosotros por Triboniano y otros, devendréis abogados distinguidos; serviréis a la justicia y seréis los más capaces y felices hombres de todos los tiempos".

Justiniano se mostró infatigable. Uno de sus cortesanos decía de él que era "el emperador que no duerme jamás". Cuando murió, a los ochenta y tres años, estaba agotado. Había ya perdido la ilusión que es tan fácil reformar al ser humano como dictar nuevas y mejores leyes.

## **Decadencia de los vándalos y ostrogodos**

Después del saqueo de Roma en 455, los vándalos eran los enemigos más temibles del imperio de occidente y del de oriente. La flota de Genserico dominaba el Mediterráneo y podía a su antojo cortar los accesos a Italia y aterrorizar su litoral. Aunque ambos emperadores unieron sus fuerzas de tierra y mar contra el rey bárbaro, fueron vencidos por completo. Sin embargo, a la muerte de Genserico, el reino de los vándalos comenzó a decaer, y en tiempos de Justiniano amenazaba ruina bajo la continua agresión de tribus africanas. Además, el clima tórrido de África había relajado a los antiguos hombres del norte. Este pueblo germánico, en otro tiempo tan vigoroso y de costumbres patriarcales, había asimilado con rapidez todos los vicios de la decadencia romana. Los vándalos constituyen un ejemplo aleccionador del fenómeno repetido otras veces en el transcurso de la historia: que los pueblos más rudos son los primeros en adquirir los vicios de una civilización.

En el año 533, Justiniano tuvo ocasión de inmiscuirse en la lucha por el trono vándalo y envió a África a su general Belisario. Pese a la declinación de los vándalos, la operación no dejaba de tener sus riesgos. El ejército enviado al África sólo constaba de unos quince mil hombres, pero Belisario era admirado por sus soldados, que ejecutaban a ciegas sus órdenes. Con ser, pues, reducidos, los efectivos bastaron para infligir una aplastante derrota a los vándalos y destronar a su rey. El reino de los vándalos fue, sin otra forma de proceso, anexionado al imperio romano de oriente. Los tesoros reunidos por los vándalos durante un siglo de saqueos cayeron en manos de los bizantinos. Belisario celebró un magnífico triunfo en Constantinopla. El rey vándalo vencido figuró como cautivo en el cortejo de su enemigo. La mayoría de sus súbditos fueron exterminados o vendidos como esclavos. Los vándalos desaparecieron de la escena del mundo.

Cuatro lustros más tarde, finalizaba a su vez el papel histórico de los ostrogodos. No se habían viciado tanto como sus congéneres de África, pero, igualmente, las querellas intestinas de palacio dieron pretexto a Justiniano para intervenir. Apenas consumado el fin del reino vándalo, las tropas de Belisario desembarcaban en Sicilia. El rey ostrogodo reinante en este país era un hombre débil, de quien la población romana no deseaba más que desembarazarse. Por eso pudo Belisario ocupar rápidamente Sicilia y el sur de Italia y marchar hacia Roma sin detenerse. Entretanto, los ostrogodos depusieron a su rey fantasma y proclamaron en su lugar al valeroso Vitigio. Durante una ausencia de éste, la población romana abrió las puertas de la ciudad a Belisario. Pero Vitigio regresó y "como un león irritado" se arrojó con sus ostrogodos al asalto de los muros de la ciudad eterna. Todas sus tentativas fueron rechazadas con cuantiosas pérdidas. Mas los sitiados sufrieron pronto los efectos de la escasez y de las epidemias y suplicaron a Belisario que capitulara. Éste había jurado, con voto solemne, que Roma no caería en manos de los bárbaros mientras él viviera. Después de un año de vanos esfuerzos, Vitigio se vio obligado a abandonar un asedio que costó a los godos lo mejor de sus tropas.

Años más tarde, Belisario logró con astucia adueñarse de Rávena y otras importantes plazas fortificadas. Se apoderó también de Vitigio, de la esposa de éste y de los principales nobles godos; llevó a Constantinopla tan precioso botín y fue glorificado como vencedor de dos reyes.

Este triunfo no fue de larga duración. Los godos habían proclamado a otro rey valeroso, Tótila (en gótico: Baduila). Tótila reconquistó gran parte de los territorios perdidos. Viose obligado Justiniano a mandar allí a su general, que luchaba entretanto con los persas. Pero el vigor del imperio bizantino había disminuido con las pérdidas sufridas en las guerras contra los persas y a causa, también, de una espantosa peste. En



consecuencia, Tótila siguió cosechando triunfos y consiguió al fin apoderarse de Roma. Decidió luego llevar a la guerra al sur de Italia, pero como sus efectivos eran insuficientes para dejar a retaguardia una fuerza de ocupación en Roma, imaginó el bárbaro proyecto de arrasar la ciudad. Los godos habían comenzado a demoler, incendiar y saquear la urbe, cuando el rey germánico recibió de Belisario una misiva, acaso de las más nobles que se hayan escrito jamás.

"Las ciudades ilustres —decía Belisario— son el honor de sus fundadores; ningún hombre que se estime tendrá deseos de pasar a la posteridad como destructor de las mismas. Pues bien, de todas las ciudades del mundo, Roma es sin duda la mayor y la más ilustre, nacida con el esfuerzo y los dones de innumerables generaciones y hombres preclaros. Sería una injusticia ante los hombres de todos los tiempos, tanto pasados como futuros, destruir esa ciudad. Si tú lo haces, en esta lucha tuya contra el emperador, habrás destruido tu propio bien, destruyendo Roma. Al contrario, protegiendo la ciudad, conservarás la más bella perla de tu corona. Si fueras vencido, no esperes ninguna clemencia, en caso de haber destruido Roma. No sacarás ningún provecho de semejante decisión, recuérdalo. Y piensa también que los hombres de tu tiempo y las futuras generaciones te juzgarán según como obres."

Se dice que Tótila leyó varias veces esta carta. Después, ordenó a sus soldados que suspendieran la demolición, decisión que lo honra. Roma se salvó. Después de hambres y epidemias que se cebaron repetidamente en la ciudad, la población de la metrópoli, que había ascendido a más de un millón, disminuyó mucho. Al final de estas guerras aún contaba de treinta mil á cuarenta mil habitantes, cifra apenas modificada en el transcurso de la Edad Media. Una de las causas de tal situación era que Roma se hizo cada vez más insalubre. Durante su asedio, Vitigio había destruido acueductos que se prolongaban por la campiña; como los romanos supervivientes no tuvieron la energía de restaurarlos, las zonas más sanas de la capital, es decir, las colinas, quedaban inhabitables de hecho, por carecer de agua. La población se estableció a lo largo del Tíber y se abasteció en lo sucesivo con agua sucia del río y mediante cisternas, en lugar de refrescarse con las claras aguas de los manantiales de montaña. Estas aguas que ya no llegaban a la ciudad, se derramaron por un campo de suyo pantanoso y lo transformaron en peligroso foco de paludismo, mientras que las termas o establecimientos de baños romanos no estaban en condiciones de cumplir su higiénica misión.

Cuando se obligó a Belisario a resignar sus funciones de general en jefe, las asumió Narsés, septuagenario vigoroso y enérgico todavía, que acababa de conseguir muchos éxitos contra las tribus eslavas diseminadas por la península balcánica, y que al frente de un ejército muy numeroso ocasionó a los ostrogodos una aplastante derrota, en la que el mismo Tótila quedó mortalmente herido.

Los godos estaban condenados a desaparecer. Los supervivientes eligieron rey a Teyas, el mejor oficial de Tótila, que tomó posiciones en la región montañosa junto al Vesubio, donde desafió durante meses al ejército de Narsés. Teyas, luchando con el máximo valor, fue atravesado por un dardo. Sus hombres aún sostuvieron una lucha desesperada hasta el atardecer del día siguiente, en que pidieron libre paso a Narsés para unirse con sus congéneres germánicos establecidos al norte de los Alpes. Una vez concedido, los godos abandonaron para siempre unas regiones donde habían reinado como dueños y señores. Su destino posterior quedó ignorado.

En 565, Italia entera fue anexionada al imperio de oriente; sólo tres generaciones habían nacido desde que Teodorico el Grande llegara con sus godos a Italia. Las guerras y destrucciones de los veinte últimos años habían dejado sus huellas por doquier, y

muchas ruinas recordaban glorias desaparecidas. La historia de los ostrogodos había terminado.



El Imperio Romano de Oriente en tiempos de Justiniano. Siglo VI.

## Ultimo episodio de las invasiones germánicas

El año 568 representa una etapa importante en la historia de las invasiones germánicas, por desbordarse en Italia sus últimas oleadas. La tribu de los lombardos se apoderó de la parte septentrional de la península, a los trece años de la caída de los ostrogodos. La denominación actual de Lombardía ha conservado su recuerdo.

Los lombardos invadieron Italia dirigidos por su jefe Alboin. El virrey del emperador bizantino en Italia no pudo oponerle seria resistencia, pues el imperio había sufrido mucho en guerra contra vándalos, persas, godos, eslavos, hunos, ávaros y otros pueblos. Los lombardos se portaron de distinta manera que los ostrogodos. Alboin no sentía el respeto de Teodorico hacia elevadas y antiguas civilizaciones; por otra parte, se preocupaba muy poco de la autoridad del emperador de Constantinopla. "Como una espada sacada de la vaina —escribe Gregorio Magno—, estas hordas salvajes se abalanzaron sobre nosotros y por doquier caían hombres como espigas segadas. Las ciudades quedaron despobladas, las fortalezas destruidas, las iglesias incendiadas, los monasterios arrasados. Los campos fueron assolados y las tierras lloran su soledad, pues no queda nadie que pueda cultivarlas." Es posible que esta descripción de la invasión lombarda sea algo exagerada, pero lo cierto es que se portaron con la población italiana como amos despiadados. A medida que los invasores fueron romanizándose, iría decreciendo la violencia.

La historia de Alboin, rey de los lombardos, rezuma crueldades. A los cuatro años de su entrada en Italia fue asesinado, según la tradición, por instigación de su esposa, Rosamunda, hija del rey Cunimundo. Antes de invadir Italia, Alboin había vencido al padre de ella, obligándola luego a ser su mujer. Embriagado durante un banquete, ordenó a Rosamunda que bebiera en el cráneo de su padre, que, según antigua costumbre bárbara, había engastado en oro para transformarlo en vaso. Parece ser que, en aquel instante, juró Rosamunda matar a su esposo.

Más tarde, otras hordas autónomas lombardas, guiadas por jefes belicosos, se hicieron también dueñas de territorios importantes en el centro y sur de Italia. Con todo, no pudieron expugnar las fuertes murallas de Roma. Tanto Rávena como Roma, Nápoles y el litoral de Calabria y Apulia, siguieron perteneciendo al imperio bizantino.

Las tribus germánicas que se asentaron en territorios del antiguo imperio romano experimentaron, en general, el influjo de la civilización latina mucho más que las que permanecieron en su país de origen. La diferencia existente entre romanos y germanos era clara. El poeta Sidonio Apolinar, autor galo-romano de la segunda mitad del siglo V, describe cuánto sentían los aristócratas romanos la Compañía de sus "huéspedes" germánicos. En una epístola en verso dirigida a un amigo en que se excusa de no haberle dedicado un poema de bodas, dice:

"¿Cómo puedo yo escribir epitalamios, si me veo obligado a sentarme a la mesa con tipos melencólicos, sentir desgarrarse mis oídos con su jerga y elogiar con el rostro más serio del mundo las canciones de un grueso burgundio que alisa sus cabellos con manteca rancia? ¡Dichosos tus ojos y oídos, que ni los ves ni los oyes! ¡Dichosa tu nariz, que no se ve obligada desde el amanecer a respirar un aire que apesta a ajo!"

Más importante que saber si los germanos despertaban o no simpatía, es el respeto que en general inspiraban. Incluso la exclusivista corte de Bizancio cesó con el tiempo de adoptar aires de superioridad ante los bárbaros. Al fin, se acomodaron a estos

occidentales y a sus dinastías, e incluso hubo princesas bizantinas que se casaron con reyes de Occidente.

## Tradiciones y leyendas de las grandes invasiones

Apaciguada la ola de invasiones, el recuerdo de héroes y acontecimientos dramáticos se perpetúa en la tradición germánica. A semejanza de los poemas homéricos en Grecia, se componen aquí también grandiosas epopeyas. La más célebre de ellas, la Canción de los Nibelungos, describe el trágico destino de la casa real burgundia a manos de los hunos. El propio Atila aparece en la *Canción de los Nibelungos* con el nombre de Etzel. Un códice burgundio del siglo VI menciona reyes con los mismos nombres que los héroes de la leyenda. Por lo demás, el poema heroico embellece la leyenda de los francos, burgundios, ostrogodos y hunos. Aparecen temas similares en las canciones de la antigua *Edda* nórdica, que relata las aventuras de Sigurd, Brunequilda y Gudrun, ciclo de leyendas que abunda en motivos legendarios y representaciones mitológicas de época pagana. Con el tiempo, estas leyendas se esparcieron por diversas comarcas y surgieron variantes inglesas y alemanas, por ejemplo. Bajo formas modificadas aparecen incluso en canciones populares que, no ha mucho, conocían todos en Dinamarca y Noruega. La *Canción de los Nibelungos* data de comienzos del siglo XII, y aparece coloreada de ideal caballeresco. La *Canción de los Nibelungos* quedó adornada de ambiente más "cortesano".

*Los antiguos cantos nos hablan de épocas ya pasadas  
hace tiempo, de los héroes lejanos famosos,  
de las guerras y combates, de la alegría  
y las fiestas, de los llantos y las quejas.  
Escuchad la historia maravillosa de los héroes.*

El héroe del poema es Sigfrido, que se hace famoso matando al dragón y conquistando el célebre tesoro de los Nibelungos, gracias a su victoria contra el rey Nibelungo. El rey burgundio Gunter desea casarse con Brunequilda, una walkiria, esto es, una mujer belicosa y medio celestial. El hombre que aspirara a su mano tenía antes que vencerla en una lucha a muerte. Sin ayuda de Sigfrido, Gunter nunca hubiera podido dominarla. Sigfrido poseía un manto mágico que lo hacía invisible; cubierto con él y sin que Brunequilda pueda reconocerle, sustituye a Gunter en el combate contra la terrible luchadora. En señal de gratitud, Gunter concede a Sigfrido la mano de su hermana, la bella Crimilda.

En Worms, capital de los burgundios, se celebra un doble matrimonio: Gunter con Brunequilda y Sigfrido con Crimilda. Durante doce años, ambas parejas viven felices. Pero un mal día riñen las dos mujeres al defender el valor de sus esposos. Crimilda, enfurecida, revela el fatal secreto del singular combate. Herida en su orgullo, Brunequilda jura la muerte de Sigfrido y para ello persuade a su marido a que mate a su cuñado y mejor amigo. Durante una cacería, Gunter pone en ejecución el diabólico plan, ayudado por su fiel Hagen. Éste mata a traición a Sigfrido y recibe la célebre espada Balmung. Después, el rey de los burgundios y sus hermanos se apoderan del tesoro de los Nibelungos.

Después de la muerte de Sigfrido, su esposa, la dulce Crimilda, se transformó por completo. Sólo vive con el pensamiento de vengar a su marido. Para conseguir sus fines, ofrece su mano a Atila, rey de los hunos, e invita a Gunter y a los suyos a Hungría. Hagen, insolente y provocativo, forma parte del séquito; se enorgullece de la espada Balmung y se vanagloria abiertamente de haber matado a Sigfrido. La llegada de los burgundios es señal de una serie de luchas sangrientas e intentos de venganza. El rey ostrogodo Dietrich —es decir, Teodorico el Grande— desempeña también un papel en esta aventura: ha perdido su reino y vive exiliado en

la corte de Atila. Uno a uno van cayendo los burgundios; Gunter y Hagen son apresados. Atila manda matar a Gunter, y la infeliz Crimilda, llena de amargura, hunde por sí misma su espada en el corazón de Hagen. Entonces, ante el espectáculo de tanto horror y odio, el viejo héroe ostrogodo Hildebrando pierde la paciencia y mata a Crimilda.

En la *Edda*, los sucesos conservan mejor su carácter primitivo, menos cortesano; son descritos, además, de manera más lógica y concuerdan mejor con la concepción germánica del honor. Aquí, Gudrun (Crimilda) no quiere casarse con el rey de los hunos y el matrimonio se verifica sólo porque la madre de Gudrun le da a beber un brebaje mágico. Más tarde, Atli (es decir Etzel o Atila) actúa a traición contra los hermanos de Gudrun, con el fin de apoderarse del tesoro de los Nibelungos. Gudrun es inocente de la traición y venga a sus hermanos matando a Atila. Ellos le han causado muchos sinsabores, es cierto, pero vengar a los hermanos es acción sagrada a la que la hija de un rey germánico no puede sustraerse.

## LA IGLESIA Y SU EXPANSIÓN ESPIRITUAL

### Los eremitas y el monacato

En tiempos del emperador Diocleciano hubo en Egipto muchos cristianos que, huyendo de las persecuciones y de la opresión política, buscaron su salvación en el desierto y se establecieron en las grutas del Valle de los Reyes o en otras zonas montañosas. El más célebre de ellos fue **san Antonio**, quien en su soledad sostuvo duros combates contra el diablo y sus tentaciones, pero orando, ayunando y cantando salmos alcanzó la victoria. Vestía sayal de tosca tela y nunca comía carne. De todas partes afluía gente a su ermita para escuchar sus piadosas exhortaciones, curar sus males o hacerse exorcizar. Otros ermitaños se asentaron en los alrededores, convirtiendo a Antonio en su director espiritual. A pesar de su dura existencia de asceta, debió alcanzar una edad de 105 años.

De los ermitaños de Siria, el más notable fue **Simón el Estilita**, de cuya biografía se conserva copia tal como fue consignada por uno de sus contemporáneos, el obispo Teodoreto. A la muerte de su padre, vendió sus bienes, dio parte del dinero a los pobres y el resto a una institución en la que más tarde fue monje. Pasados diez años, se dirigió a otro convento medio arruinado en los alrededores de Antioquía y se encerró en una celda con diez panes y una jarra de agua. Cuando después de cuarenta días abrieron la puerta de la celda, lo encontraron medio muerto: no había comido ni bebido. Este ayuno de cuarenta días lo repitió cada año.

Los demás monjes, envidiosos de ver que Simón los sobrepasaba en ascetismo, le amargaron la vida y se vio obligado a abandonar el convento. Entonces se estableció en las montañas, donde cercó un trozo de terreno y en él soportó el calor del verano y el rigor del invierno, sumido en oración y meditación. Pronto experimentó la necesidad de limitar aún más el espacio que disponía y subió a una piedra elevada, donde permaneció en lo sucesivo día y noche. Luego buscó un refugio aún más alto, para escapar a la multitud de enfermos y peregrinos que lo importunaban. Por último, se instaló en la cima de una columna de veinte metros de altura con sólo una superficie de cuatro metros cuadrados; para no caerse de ella durante el sueño, se ataba los pies.

Dos veces al día, Simón dirigía la palabra a los peregrinos congregados al pie de su columna, exhortándolos a desprenderse de los bienes de este mundo y a purificarse

de sus pecados. Respondía con mansedumbre a todas las preguntas y curaba a muchos paralíticos, ciegos, leprosos, posesos y otros enfermos que le traían. Su fama era tal, que de vez en cuando se veía obligado a intervenir para separar a sus piadosas ovejas, que se peleaban en su deseo de acercársele. Llegó a contar unos setenta años, habiendo pasado treinta de su vida en lo alto de la columna.

El primer estilita tuvo imitadores incluso en las mujeres. Los **estilitas** eran ermitaños como los demás, pero formaban colonias. Ciertos lugares ofrecían el curioso espectáculo de un pequeño bosque de columnas, cada una de las cuales estaba rematada por un ser vivo. Tan extraña costumbre había de ir decreciendo poco a poco. Sin embargo, en el siglo XII todavía circularían relatos maravillosos, como el de un estilita de las orillas del Jordán visitado cada semana por dos leones, a los que daba de comer.

En el siglo XIX, aún existían estilitas en algunas partes de Rumania y de Georgia.

## **Pacomio, fundador de la vida cenobítica**

Se cree que el fundador de la vida en común fue el egipcio **Pacomio**, que a comienzos del siglo IV estableció su ermita en las cercanías de Tebas. Otros eremitas se situaron en su vecindad y acabaron formando un poblado. Un día, Pacomio tuvo una visión que lo persuadió de la necesidad que tenían los ascetas de unirse en comunidad, para ciertos efectos, y así es como se fundó en aquellas tierras de anacoretas el primer cenobio que ha existido, especie de aldea en miniatura, donde cada cual construía su propia ermita, se preparaba los alimentos y distribuía su tiempo a discreción, exceptuados ciertos actos litúrgicos; no hemos de confundir esta modalidad con la vida plenamente conventual. Con el tiempo, los aspirantes a la vida cenobítica eran tan numerosos, que fue preciso erigir nuevas unidades. La hermana de Pacomio fue también superiora de dos cenobios de mujeres.

En África del norte y en Oriente, los hombres y las mujeres que habían hecho votos de castidad vivieron algún tiempo bajo el mismo techo, pero después, dados ciertos abusos, ambos sexos tuvieron que ser separados. Pacomio estableció reglas para sus monjes y monjas, insistiendo en la necesidad de una obediencia absoluta al abad o a la abadesa. A diferencia de los eremitas, los monjes estaban obligados a trabajar; se dedicaban en especial a la agricultura y al cultivo del jardín, tejían esteras y hacían cestas de mimbre o de hojas de palmera.

La tarea de Pacomio fue difícil cuando trató de mejorar la suerte de los pobres campesinos, a quienes una opresión de siglos redujo a la condición de animales. En todo Egipto, las costumbres alcanzaban un nivel tan bajo que parecía casi imposible que pudieran experimentar alguna mejoría. Y así, desde Tebas, la vida conventual se extendió por todo Egipto. A fines del siglo IV, el país aparecía salpicado de cenobios que albergaban cada uno a centenares de monjes o de religiosas. El movimiento se extendió al Cercano Oriente y alcanzó luego al Occidente. En estos países revistió importancia histórica respecto a la evangelización de las tribus germánicas y constituyó un firme sostén espiritual para las poblaciones romanas, duramente castigadas en tan desdichados tiempos.

## **Benito, organizador de monasterios**

En Occidente, el fundador de los monasterios y quien les dio las reglas que precisaban fue san Benito. Vino éste al mundo en el seno de una rica familia romana



cuando el fin del imperio romano de occidente era ya un hecho. Durante sus estudios arraigó en él una profunda repulsión por las costumbres disolutas de Roma; retiróse, pues, a una gruta casi inaccesible de sus alrededores, decidido a renunciar para siempre a las riquezas y al bienestar mundanos.

Largo tiempo permaneció Benito como sepultado vivo en su retiro, pero fue descubierto por unos pastores. Pronto acudieron multitudes a su ermita para escuchar su palabra. Fundó para sus discípulos doce monasterios y se puso al frente de ellos.

Los clérigos del contorno lo calumniaron, intentaron envenenarlo e incluso lo asediaron, tanto a él como a sus discípulos, con mujeres de mal vivir. Benito entonces se dirigió con sus discípulos hacia el sur. En Campania, cerca de Nápoles, halló lugar adecuado en el abrupto Montecassino, donde se elevaba un antiguo templo de Apolo: evangelizó a los habitantes de la región, demolió el templo pagano y, en su lugar, erigió un convento (año 530). Al pie de la montaña, la hermana gemela de Benito fundó otro monasterio de religiosas. En ambos conventos la vida estaba sometida a una rigurosa regla dictada por Benito y cimentada en tres votos: *pobreza* —es decir, renuncia a toda propiedad personal—, *castidad* y *obediencia* absoluta al abad o a la abadesa. Tanto hombres como mujeres estaban obligados a trabajar de continuo, ya que —decía san Benito— "la ociosidad es el enemigo del alma". En todas partes, los benedictinos cumplían su deber "con la cruz y el arado". El trabajo no podía, sin embargo, compaginarse con un severo ascetismo; las comidas conventuales eran frugales pero suficientes. En sus reglas monásticas, Benito asignaba por meta el dominio del alma sobre el cuerpo, pero no mediante la "mortificación de la carne", sino por una moderación basada en el dominio de sí mismo.



San Benito de Nursia (¿480?-547)

Las unidades benedictinas han carecido, por lo general, de estructuras administrativas que las ligen entre sí. Las abadías que sobrepasan cierta cantidad de monjes, debían fundar monasterios dependientes; estos podían convertirse a su vez en abadías, si se hacían autosuficientes y alcanzaban buena reputación. La orden de los benedictinos se extendió por gran parte de Europa, y Benito mereció el título de organizador de la vida monástica de Occidente.

Los monasterios se convirtieron en retiro de cuantos deseaban huir de la agitación mundana y buscaban la paz en aquella época de conmociones y peligros. Tras los muros monásticos, la vida discurría con calma y regularidad y los ejercicios religiosos alternaban con el trabajo. Aquí, la codicia y la lucha por la existencia eran desconocidas: se vivía con un placer anticipado de la eternidad que no tenía comienzo ni fin. El monasterio era "como un arca de Noé entre el diluvio del mundo". Pero no sólo por arrepentimiento de sus pecados se retiraban los hombres a tales oasis de paz; muchos de ellos se refugiaban en los monasterios para asegurarse la subsistencia e incluso para escapar de los despiadados recaudadores de impuestos. Otros, antiguos viciosos, veían en la vida monástica el medio de poner en paz su alma y, al consagrar los últimos años de su vida en celebrar misa y hacerse inhumar en la tierra sagrada del convento, esperaban el perdón de sus pecados.

Para muchos, los conventos eran asilos acogedores para los intelectuales. En las silenciosas celdas o en la biblioteca común, los monjes se dedicaban a copiar manuscritos. De esta forma se crearon valiosas bibliotecas mucho antes de la invención de la imprenta. Allí también paraban, temporalmente, viajeros enfermos, quienes eran curados con caridad, pues los religiosos y religiosas eran los médicos y enfermeros de aquel tiempo. Pues la hospitalidad es una de las características que Benito deseaba ver en sus fundaciones.

## **Agustín, padre del pensamiento**

En una época en que el imperio romano se resquebrajaba y en su seno se formaban nuevos Estados, uno de los mayores pensadores de la iglesia antigua imaginaba la estructura de un reino que no es de este mundo. Nos referimos a **san Agustín**, el padre espiritual más importante de la iglesia latina y el primero que ahondó en los grandes problemas religiosos acerca del pecado y de la gracia divina. Sin embargo, este estudio no fue de orden puramente teológico; Agustín era muy versado en letras y filosofía de la antigüedad clásica. Ningún padre de la Iglesia contribuyó como él a la fusión del pensamiento cristiano con el de la Antigüedad clásica.

Agustín nació en 354, en África del norte, en una población situada entre las actuales de Túnez y Constantina. Su padre fue un distinguido ciudadano que quiso dar a su hijo esmerada educación, pero, hombre de carácter violento y apasionado, nunca consiguió vivir en paz con su mujer y su hijo. Santa Mónica, la madre de Agustín, simboliza el ideal de la madre cristiana.

Por su parte, Agustín estaba muy lejos de ser un hijo modelo. En sus *Confesiones* dice incluso que no está en lo cierto quien considera la pubertad como la edad de la inocencia: "¡Qué gran pecador era yo incluso cuando niño!" Agustín exagera las sombras de su juventud. Terminados sus estudios, enseñó algún tiempo elocuencia en Cartago, donde se vio rodeado de una multitud entusiasta de discípulos. Pero como ambicionaba extender sus horizontes a la ciudad eterna, dejó a su madre, que quería



retenerlo, y se estableció de momento en Roma. Cuando le ofrecieron una cátedra de retórica en Milán, se dirigió a esta ciudad.

Buscó la verdad en los escritos de Cicerón y en los filósofos de diferentes religiones. Durante algunos años adoptó el maniqueísmo, doctrina persa compuesta por una mezcla de misticismo oriental, mesianismo y filosofía griega, que logró aceptación en los países mediterráneos. El maniqueísmo influiría mucho en el cristianismo herético medieval.

Sin embargo, Agustín no encontraba la paz del alma. "¿De qué me ha servido — escribía— leer y meditar todos los sabios libros que tuve en mis manos, si continúo esclavo de mis pasiones?" La idea de la muerte y el juicio final lo inquietaban. Además anhelaba alcanzar la certeza de la fe; dos problemas lo preocupaban de continuo: el de la naturaleza y origen del mal, y el del libre albedrío.

En Milán estudió Agustín el neoplatonismo, que le proporcionó cierto sosiego. En sus *Confesiones* cuenta cómo, noche y día, andaba a la búsqueda de Dios. "Y cuando me iluminabas con tu poderosa gloria, deslumbrabas mis débiles ojos y temblaba de amor y de temor. Tenía conciencia de estar alejado de Tí; me perdía en el reino de las sombras. Pero me parecía oír tu voz, que venía de lo alto para decirme: '¡Perfeccionate para que puedas consagrarte a Mí!'" Agustín escuchó también otras palabras: "Yo soy el que es y el que permanece". Percibió esta voz "como dicha en su corazón". Las dudas lo abandonaron en seguida y de inteligencia nómada que siempre fue, se convirtió en creyente convencido.



San Agustín, Obispo y Doctor de la Iglesia  
(354-430)

El neoplatonismo sirvió a Agustín de trampolín hacia el cristianismo. Su conversión no significaba que renegase de su amor a la filosofía griega; al contrario, en aquel momento crítico en que la antigüedad clásica, amenazada por las invasiones, parecía condenada a perderse, la figura de Agustín constituye una especie de síntesis entre la filosofía platónica y la doctrina cristiana, las dos grandes fuerzas espirituales de dicho tiempo. Gracias a él pudo aquélla sobrevivir y ejercer preponderante influencia en el pensamiento de la Edad Media.

En su juventud, Agustín había despreciado el lenguaje sencillo de la Biblia; "esta manera vulgar de expresarse" le parecía sólo conveniente para seres incultos. Pero luego de escuchar al obispo de Milán, san Ambrosio, su opinión cambió. En la doctrina cristiana descubrió lo que no había encontrado en las elaboradas concepciones de los filósofos: un Dios *personal* que libra del pecado y del temor. Con el fin de iluminar su intimidad, Agustín renunció a sus actividades docentes y se retiró a la finca de un amigo, donde pasó los días meditando y sedimentando sus ideas. Después de largo tiempo, su madre se reunió de nuevo con él; el relato de las conversaciones entre ambos constituye una de las páginas más bellas de sus *Confesiones*. Aquellos fueron para él días felices, de calma y progreso espiritual. Cuando tomó la determinación de hacerse bautizar, contaba treinta y dos años. Poco después sufrió la pérdida de su madre.

Agustín volvió entonces al África. Con sus amigos se instaló en una pequeña propiedad que su madre le dejara en herencia, donde se consagró a la redacción de sus célebres obras. Más tarde abandonó su retiro, para ordenarse sacerdote a pedido del pueblo. Gozaba de tanta reputación de piedad, caridad y sabiduría, que muchos le solicitaban consejo y asistencia. En 395 fue elegido obispo de Hipona, y cuando los gritos de los invasores vándalos resonaban en las calles, se extinguió apaciblemente en 430.

## **Gregorio Magno, base del pontificado romano**

Mientras la antigua metrópoli del imperio romano descendía al nivel de ciudad sin importancia, en el interior de sus muros se asentaban los fundamentos de una nueva potencia mundial. El obispo de Roma siempre fue considerado como el primero en rango de todos los obispos, de seguro por gobernar espiritualmente a Roma, el eje y centro del imperio, la ciudad que presenciara la crucifixión y muerte de los apóstoles Pedro y Pablo. Además, según tradiciones romanas del siglo II, Pedro habría sido cronológicamente el primero de los obispos de la Ciudad Eterna, honor que también se adjudica la diócesis de Antioquía. Al apóstol y a sus sucesores aplican los católicos romanos la palabra de Jesús, grabada en letras de oro en la cúpula de San Pedro: "*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*" (Mateo, XVI, 18). Conviene hacer notar que en fecha tan antigua como 344, a instancias del obispo Osio de Córdoba —pariente de Constantino y presidente del concilio ecuménico de Nicea—, el concilio general de Sárdica (Sofía) acordó reconocer al Papa como árbitro en los diferendos entre obispos. También el concilio ecuménico de Calcedonia (451) ensalzó al Papa León Magno. En la carta con que le remitieron las actas, los obispos allá congregados escribieron:

"Porque si *donde hay dos o tres reunidos en su nombre, allí dijo que estaba Él en medio de ellos* (Mt. 18, 20), ¿cuánta familiaridad no mostró con quinientos veinte sacerdotes que prefirieron la ciencia de su confesión a la patria y al trabajo? A ellos tú, *como la cabeza a los miembros*, los dirigías en aquellos que ocupaban tu puesto, mostrando tu benevolencia."

Uno de los más egregios papas de la temprana Edad Media fue Gregorio Magno, aunque éste no se atribuía tal título, sino más bien el de "*siervo de los siervos de Dios*". Era ya considerado por los católicos de Occidente como jefe de toda la cristiandad y "*patriarca ecuménico*".

Gregorio provenía de una antiquísima familia senatorial romana que había mostrado gran interés por cuestiones religiosas. Al principio abrazó la carrera civil, siendo nombrado prefecto de Roma por su talento y energía. Pero sentía su alma insatisfecha. Todo parecía anunciarle la fragilidad de las cosas: Roma, convertida en ciudad de palacios desiertos, y los monumentos de tiempos gloriosos, sólo una sombra de lo que habían sido. Italia se hallaba repartida entre los lombardos y el emperador bizantino. Como el sentido de la vanidad y fragilidad de las glorias humanas estaba arraigado en el corazón de Gregorio desde su infancia, apenas alcanzó los treinta años de edad, renunció a su cargo, repartió sus bienes entre los pobres y la Iglesia y se retiró a un convento benedictino.

En 590 —en un momento en que Roma estaba amenazada por los lombardos, el Tíber se había desbordado y una espantosa epidemia se cebaba en toda Europa— la sede episcopal de Roma quedó vacante: parecía llegado el fin del mundo. Todos fijaron sus ojos en Gregorio. Cuando fue prefecto de la ciudad, y también como abad de su convento, se había captado la simpatía de los romanos. Por unanimidad, los romanos lo eligieron obispo.

En aquellas circunstancias, Gregorio no fue sólo el jefe eclesiástico de los romanos. Ausente toda autoridad temporal, le incumbía a él, al Papa, asumir la defensa de la ciudad contra los lombardos. Nombró generales, negoció con el enemigo y concertó al fin un tratado de paz sin consultar al lugarteniente imperial residente en Rávena. En vez de organizar combates y juegos para la población, como hicieran los antiguos jefes de Roma, invitó a todos a celebrar impresionantes ejercicios religiosos en las iglesias. En la mayoría de sus funciones, Gregorio sustituyó al emperador; por eso lo han calificado de primer Papa medieval. En el fundamento del poder temporal del Papa se halla su intervención como protector del pueblo contra la invasión lombarda. Obsérvese el alcance de este último acto del drama de las invasiones: si el emperador de Oriente hubiera ejercido sobre Italia un poder indiscutido, nunca habrían tenido los papas ocasión de constituirse en autoridad temporal.

Gregorio no sólo ejerció su actividad en el plano político, sino también en obras sociales. Cada día salían del palacio episcopal, con destino a pobres y enfermos, carruajes llenos de trigo, aceite, ropas y otros socorros de primera necesidad, productos procedentes del Patrimonio de San Pedro, integrado por numerosas propiedades en Italia, Sicilia, las Galias y África. El *Patrimonium* estaba organizado según el modelo de los territorios imperiales romanos; cada uno dirigido por un "rector" que tenía a sus órdenes a los "conductores", que tomaban en arriendo uno o varios dominios. Una parte de cada dominio era explotada para su revalorización directa, y el resto era concedido a los arrendatarios, que por lo general eran los mismos colonos. Todas las rentas del *Patrimonium* eran llevadas a Roma, lugar donde se centralizaba la administración de dichos bienes.

Aunque Gregorio, durante los catorce años que duró su pontificado, se halló sometido a toda clase de dolores, fueron las necesidades y los males de los demás los que ocuparon el primer lugar en su pensamiento.

Su celo y humildad fueron los rasgos dominantes de su carácter; nada aborrecía tanto como las manifestaciones de pompa y ornato. Su sentido de la belleza halló satisfacción en las formas austeras y dignas que confirió al servicio religioso, siendo

acaso el primero en dar forma definitiva a la liturgia. El canto gregoriano es ejemplo de su actividad en tal terreno.



*San Gregorio I Magno (¿540?-604)*

## **La obra misionera gregoriana**

Gregorio tuvo una función importantísima en la propagación del cristianismo, enviando numerosos misioneros a pueblos paganos. Su propia correspondencia respecto a la obra de estos misioneros manifiesta su buen sentido de las cosas y un raciocinio digno de un descendiente de senadores romanos: "Después de madura reflexión —escribe en una de sus cartas—, he llegado a la conclusión que los templos paganos que aún hay en Inglaterra, de ningún modo deben ser demolidos; destrúyanse únicamente los ídolos que albergan. Rocíense los muros con agua bendita y háganse erigir altares y relicarios en dichos templos. Si están bien contruidos, pueden ser transformados de centros de idolatría en iglesias del verdadero Cristo. Cuando la gente vea que sus templos quedan intactos, volverán con gusto a sus antiguos lugares de reunión, poco a poco abandonarán sus errores y terminarán por adorar al Dios verdadero. Es imposible extirpar de golpe la idolatría del corazón de los bárbaros".

Gregorio Magno estimuló la obra misionera poniendo a los monjes, en particular los benedictinos, al servicio del Pontificado y así estableció sólidas bases para el porvenir de la Iglesia de Roma. Su intervención en Italia hizo que ésta se separase de Bizancio y se sometiera a la autoridad del Papa; impulsó la conversión de los lombardos al catolicismo y su fusión con los italianos. Además, en sus esfuerzos para dar a la

Iglesia de Occidente una sólida estructura, Gregorio demostró admirables cualidades de organización. Sin ser un pensador profundo, como fue san Agustín, su capacidad de trabajo y su energía hicieron de él un gigante entre pigmeos.

Cuando Gregorio y algunos de sus sucesores intentaron hacer valer su autoridad en el seno del imperio romano de Oriente, tropezaron con la oposición del emperador y del patriarca de Constantinopla. Como consecuencia, Gregorio y el patriarca mantuvieron una correspondencia a menudo punzante. A muchos les pareció anormal que el patriarca de la opulenta Bizancio tuviese que someterse al obispo de una ciudad decadente como Roma. Pero entre ellos aún existía otra diferencia. Al Papa de Roma le era posible actuar con independencia, al margen de toda autoridad temporal, mientras que el patriarca se convertía cada vez más en un jerarca cortesano, obligado a seguir las directrices impuestas por el emperador, si pretendía conservar su alta dignidad. Las controversias entre el Papa y el patriarca, a las que se añadieron las querellas dogmáticas, acabarían por consumar la ruptura completa entre la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Ortodoxa Griega.



# MAHOMA Y EL ISLAM

## LOS ÁRABES

### El concepto de "árabe"

Los árabes constituyen el sustrato de población de toda un área geográfica que se extiende desde el océano Atlántico hasta los montes Zagros, contrafuertes de la meseta irania, incluyendo así todo el norte de África, el valle del Nilo, el cuerno de África, el Levante, Mesopotamia y la península de Arabia. Estas zonas conforman una unidad geográfica, un todo homogéneo, cuya constante es el desierto y cuya excepción son las regiones fluviales, donde se desarrollaron las primeras civilizaciones humanas. El desierto, como constante del paisaje, determinó una forma de vida, un modo de producción, que es el pastoreo nómada. El centro natural de toda la región es la península arábiga, lugar de origen del pueblo árabe, el cual, a través de sucesivas oleadas migratorias, fue asentándose en toda la región anteriormente descrita, pasando en forma gradual de una civilización nómada a una civilización sedentaria.

La constante desecación de la península arábiga, con la consiguiente disminución de las zonas de productividad agrícola, junto con el incremento de la población, condujeron a un ciclo constante de migraciones que impulsaron a las tribus nómadas de la península hacia las zonas fértiles, imaginadas por ellos como "tierras de promisión". Fueron estas sucesivas oleadas las que impulsaron a diversas tribus árabes al valle del Nilo, a los amorreos a Mesopotamia, a los arameos, cananeos, fenicios y hebreos al Levante, y a la tribu Habósi al cuerno de África, lugar donde surgirá el reino de Ar um. En suma, todas las antiguas civilizaciones recibieron un flujo constante y determinante de población desde la península de Arabia.

El conocimiento del carácter nómada de la ancestral población de la península arábiga tiene una esencial importancia en la interpretación de los acontecimientos históricos que se desarrollan en el Cercano Oriente, ya que es el hilo conductor que permite descubrir los lazos existentes entre las distintas civilizaciones de la Antigüedad, donde lo arábigo y lo nómada constituyen el elemento hereditario común.

Etimológicamente, la palabra árabe, según los filósofos y los diccionarios árabes clásicos, denota la acción de trasladarse en forma continua, lo que asocia el vocablo con el nomadismo. Desde el punto de vista filológico, se corrobora el sentido de dicho vocablo, por contraste con su antónimo; el antónimo de árabe, *arab*, es *misr* que comprende a un sector de este pueblo que ha dejado la vida nómada para hacerse sedentario.

La palabra *misr*, corresponde al nombre árabe de Egipto, lo cual indica que los árabes nómadas tenían a la antigua civilización faraónica por la más excelsa de las

antiguas civilizaciones árabes sedentarias. Tanto es así, que en el momento de la expansión del Islam, los árabes denominaban a todas las ciudades misr. Por ello, los nómadas del desierto llamaban *amsar*, plural de la palabra *misr*, a los habitantes de las ciudades.

Las primeras menciones acerca de los árabes provienen de este sector sedentario del pueblo árabe, bien asirios o nabateos. Es así como los árabes nómadas aparecen descritos en los acontecimientos de *Bayt-zamani*, sobre el alto Éufrates, cuando algunas tribus se convirtieron en vasallas del soberano asirio Aurnasirpal; con sus continuas rebeliones, tales tribus desencadenaron la batalla de Qarqar, combate que significó la primera aparición en la historia de los árabes nómadas, en el mismo año (853 antes de Cristo) en que el rey Gindubi Al-arabi sitió *Birc'idili*, amenazando la ciudad de Damasco con mil camellos del país de *Arabi*, enfrentándose a Salmansar III, hecho que consta en las fuentes asirias.

Hay también frecuentes referencias a los árabes en inscripciones babilónicas, que los denominan *arabu* y *urbi*. Estas fuentes señalan la recepción de tributos pagados por gobernantes árabes a los centros urbanos; también describen las continuas razzias practicadas por estos beduinos en dichas zonas. Por otra parte, los pueblos descritos en el capítulo décimo del *Génesis* pueden ser identificados como árabes, como asimismo el término *arabaya* que comienza a aparecer en documentos cuneiformes persas hacia el año 530 antes de Cristo.

Las primeras referencias clásicas pertenecen a Esquilo, quien señala a Arabia como un país remoto en su obra *Prometeo*. Es pues en escritos griegos donde aparece por primera vez un lugar geográfico denominado Arabia, que incluye a todos los habitantes de la península y a los beduinos del desierto egipcio.

Pero si bien la primera acepción de la palabra árabe identifica a éstos con la forma de vida nómada, el sentido de la palabra en cuestión ha estado continuamente cambiando. Esta evolución ha sido lenta y compleja, desde su primitivo y restringido uso, que asimilaba la palabra al pastoreo nómada, cuando árabe era sinónimo de beduino, hasta su amplia significación actual, que conlleva la pertenencia a una nación.

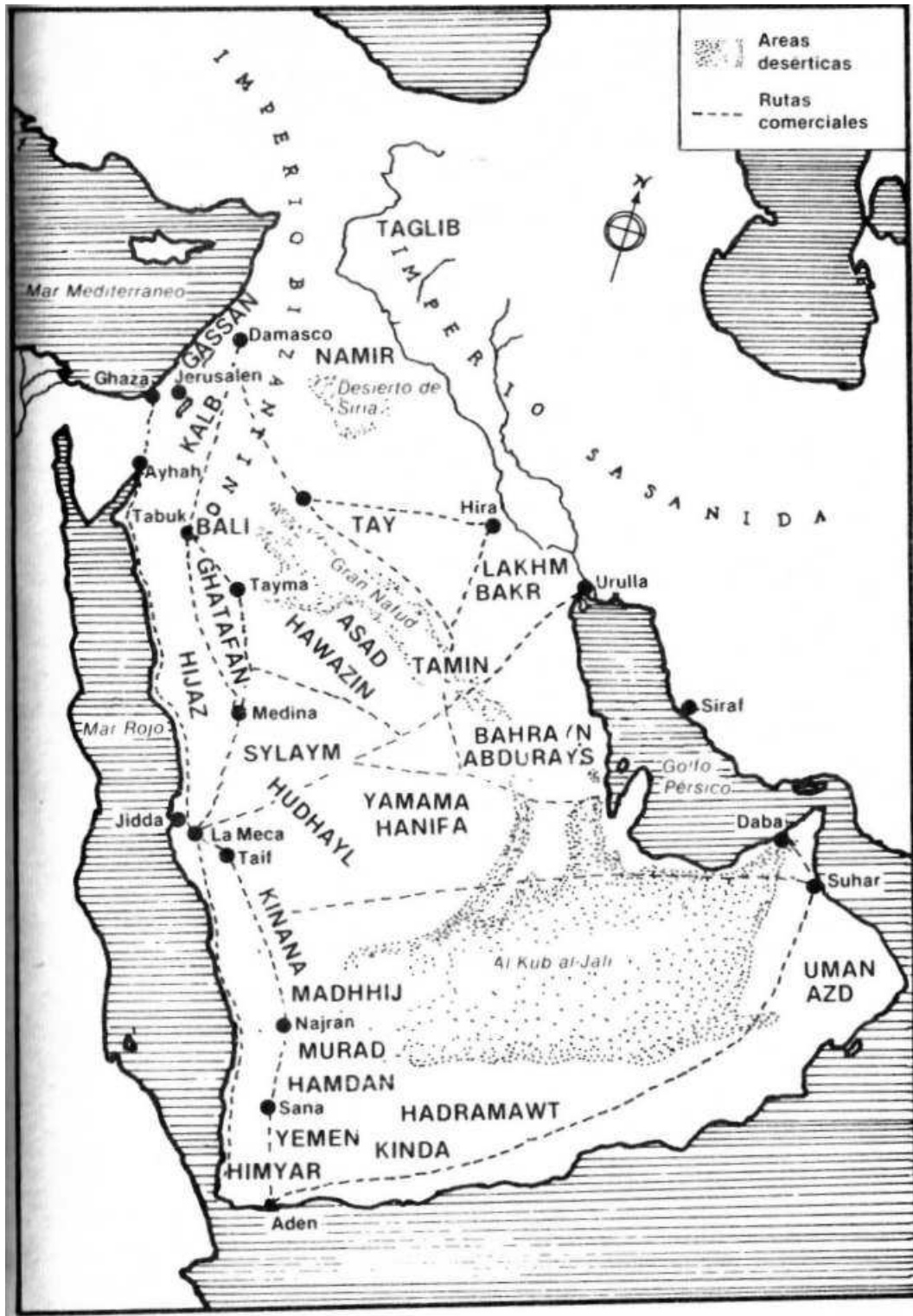
El análisis diacrónico permite visualizar la mismidad de un concepto, determinar los diferentes elementos e ideas vigentes en él y establecer cómo se han ido relacionando a través del tiempo y cuál de estas variables ha prevalecido en relación a las otras, determinando en cada circunstancia histórica una tónica conceptual y otorgándole distintos matices. Así, en el concepto de árabe, históricamente han intervenido las siguientes variables: árabe-beduino, árabe-musulmán, árabe-connacional.

La llamada expansión islámica constituye la última oleada migratoria del pueblo árabe desde su lugar de origen, produciendo con ella la arabización total del próximo Oriente. Fue a través de la doctrina islámica que se despertó la conciencia de unidad de todo este mundo.

## **LA PENÍNSULA ARÁBIGA EN LOS ALBORES DEL ISLAM**

Desde las cercanías de Palmira hasta el océano Índico, y desde el mar Rojo hasta las costas del golfo Pérsico se extiende la vasta plataforma de Arabia, bloque único de antiguas rocas cristalinas que forma la mayor unidad estructural en el Oriente Medio. Esta unidad física ha ejercido su influencia en la geografía humana de la región, constituyendo el núcleo de toda la zona. La economía, la política, la cultura y en definitiva toda la historia de las civilizaciones vecinas se ha visto condicionada por cuanto pasaba en la península.





Antes de la aparición del Islam, la península arábiga se encontraba, tanto desde el punto de vista religioso como desde el ángulo político y social, en un estado inorgánico. La falta de homogeneidad geográfica de la región se prestaba a ello. Esta amplia plataforma granítica inclinada hacia el golfo Pérsico, bordeada de cadenas montañosas, recubierta de arena y lavas volcánicas, posee cinco regiones naturales de clara diferencia climática: La zona montañosa occidental, la costa del sur, la zona de Omán, la costa del este y la zona de los desiertos interiores.

Las diferencias geográficas han producido una distinción en la forma de vida de los habitantes de la península. Es así como podemos hablar de árabes nómadas y de árabes sedentarios, existiendo una clara distinción no sólo en su organización política y social, sino también en su historia. La vida del nómada ha transcurrido desde hace unos cinco mil años sin mayor variación, mientras que la vida del hombre árabe sedentario se ha ido modificando con la historia. Estas formas de vida contrapuestas responden al doble aspecto histórico, geográfico, económico y social de la península arábiga desde la Antigüedad: los árabes del norte, preponderantemente nómadas, con condiciones de vida rudimentarias, y los Estados agrícolas, progresistas y sedentarios del sur. De acuerdo a esta clara diferencia de estilos de vida, la historiografía árabe distingue tres grandes zonas:

- 1) La Arabia del sur.
- 2) La Arabia del norte.
- 3) La Arabia central.

## **La Arabia del sur**

Los habitantes de esta zona confirieron a la Arabia meridional durante un milenio y medio una genuina fisonomía totalmente diferente a la Arabia desértica. Este carácter está determinado por la existencia de Estados evolucionados y de una civilización avanzada.

Ejercieron la hegemonía sucesivamente en la región: el reino mineo, el reino de Saba, el reino de Himyar, y además los pequeños reinos de Qataban y Hadramaut. El más conocido de ellos, el reino de Saba, fue célebre no sólo por sus riquezas, provenientes de la exportación de los aromas locales y del tráfico de materias preciosas con la India y el África —lo que llevó a los griegos a calificar a esta zona como la "Arabia feliz", por sus fabulosas riquezas—, sino también por la presa que uno de sus soberanos hizo construir en Macrib, cuya ruptura llevaría consigo la ruina de la región y podría ser la causa de la migración de las tribus del sur de Arabia hacia el norte. Recientes descubrimientos arqueológicos han revelado los restos de palacios monumentales, estatuas y textos epigráficos que nos dan cuenta de la grandeza alcanzada por dichos reinos.

Los mineos dominaron esta zona entre el siglo IX y mediados del siglo VII antes de Cristo. A partir de entonces, ejerció el liderazgo el reino de Saba, que conoció su decadencia hacia el siglo V, cuando asendió el reino de Himyar, uno de cuyos últimos soberanos, Du Nuwas, se convirtió al Judaísmo. Esto llevó a que los abisinios del reino de Axum invadieran la Arabia meridional en el año 525 después de Cristo, en defensa de las comunidades cristianas perseguidas por dicho soberano. La intervención abisinia estuvo motivada, a su vez, por el control de esta rica región y el dominio del tráfico realizado por el mar Rojo hacia el océano Índico y desde él, y, en consecuencia, las rutas caravaneras del Hiyaz.

Eliminado Du Nuwas hacia el año 525, le sucedieron diversos gobernantes abisinios; más tarde retomó el poder un gobernante local, Sumyafa, derrocado y sustituido a su vez por un antiguo esclavo, Abraha; este último se esforzó por mantener la independencia y la neutralidad pese a las presiones de bizantinos, persas y abisinios, inclinándose finalmente por abisinios y bizantinos. Sus sucesores mantuvieron esta

orientación, hasta que a finales de siglo una expedición marítima enviada por el rey de Persia Cosroes ocupó la región durante un breve período.

En los tiempos del profeta Mahoma, la Arabia meridional, integrada a los destinos del resto de la península, no era más que un recuerdo de su antiguo y autónomo esplendor.

## **La Arabia septentrional.**

En la región norteña de la península se generaron algunos Estados que, fronterizos de los grandes imperios, sirvieron a éstos de amortiguadores ante las constantes razzias de los nómadas del desierto. El primero de ellos, quizás el más importante, fue el de los nabateos, que gobernaron en el período de su máximo esplendor sobre un área que se extendía desde el golfo de Akaba al mar Muerto e incluía gran parte del Hiyaz septentrional.

Los reyes nabateos establecieron un primer contacto con Roma en el año 65 antes de Cristo, cuando Pompeyo visitó Petra, manteniéndose desde entonces amistosas relaciones hasta que, en el año 105 después de Cristo, el emperador Trajano declaró provincia romana a la zona septentrional con el nombre de *Palaestina Tertia*. Cabe destacar que estas provincias árabes proporcionaron al menos un emperador al imperio romano: Filipo, que gobernó del año 244 al 249 después de Cristo.

Después de la muerte de Filipo el árabe, surgió el segundo de los Estados fronterizos arábigos, el reino de Palmira, ubicado en el desierto Sirio, en el punto de partida de la ruta comercial occidental. Su primer gobernante fue Udayna (Odenato). Después de su muerte lo sucedió la famosa Zaynab (Zenobia), que durante un corto período se convirtió en la reina de gran parte del Cercano Oriente, proclamando a su hijo como César Augusto. Finalmente, el emperador Aureliano en el año 273 después de Cristo conquistó Palmira, enviando a Zenobia, trabada con cadenas de oro, a Roma.

Tanto el reino nabateo como el de Palmira tuvieron carácter transitorio, al estar principalmente sustentados en grupos tribales nómadas y seminómadas. Debieron su importancia y esplendor a su situación en relación a las rutas comerciales y por su condición de Estados amortiguadores.

Existieron también dos Estados árabes norteños de los cuales solamente se posee una referencia alcoránica: Lihyan y Tamud. Su importancia deriva de su sistema de escritura, que se convertiría en el antecesor de la caligrafía árabe que iba a surgir con el Islam.

A comienzos del siglo VII, el Cercano y Medio Oriente estaban divididos entre los dos imperios rivales de Bizancio y Persia. La historia de los tres siglos anteriores había sido en gran parte la sucesión de sus luchas. Bizancio, manteniendo un estilo administrativo romano, era griego en cultura y cristiano en religión. La meseta de Anatolia era la base de su poderío; al sur de ésta abarcaba las provincias de Siria y Egipto. El imperio persa de los sasánidas tenía su centro también en una meseta: Irán; cuna de la reacción antihelenística, su cultura era esencialmente asiática, y su religión oficial era el zoroastrismo.

La misma necesidad que había inducido a los romanos a alentar el desarrollo de los Estados nabateo y palmirano, indujo a los imperios persa y bizantino a permitir el establecimiento de nuevos reinos fronterizos árabes en la frontera norteña de la península con Palestina y Mesopotamia: el Estado de Gassan, bajo hegemonía bizantina, y el de Al-Hira, bajo la influencia persa. Ambas dinastías reinantes, gasánidas y

lajmidas, combatieron encarnizadamente por sus imperios dominadores en el siglo VI, período que marca su edad de oro.

Los gasánidas, de origen meridional, hicieron de defensa y comunicación entre el puro arabismo del desierto y la Siria bizantina; siendo seminómadas, abrazaron el cristianismo monofisita. Los lajmidas, también provenientes del sur, gravitaban en Ctesifonte, en el Éufrates; rodeados de ambiente cristiano, permanecieron más tiempo paganos, hasta abrazar finalmente el cristianismo nestoriano.

## La Arabia central

Esta región predominantemente desértica generó una forma de vida que ha caracterizado tradicionalmente a los árabes: el nomadismo beduino. El nomadismo no debe comprenderse como un caprichoso errar a través del desierto y la estepa, sino más bien como una forma de adaptación altamente racional de la vida humana a un medio hostil.

En este período crucial que precedió inmediatamente al surgimiento del Islam, la organización beduina prevaleció en la población de toda la península arábiga. En la sociedad beduina, la estructura social básica era la tribu, donde el vínculo de parentesco era el que predominaba. En esta célula autosuficiente se desarrollaba la individual y anárquica psicología del beduino, que es un tipo humano que ama por sobre todo su libertad. Su vida se basaba en un estricto código ético, expresado por la palabra *murūwa* —que significa bravura, virtud, honor— y cuyos elementos más relevantes eran el valor, la lealtad, la generosidad, la protección al débil y el sentido de hospitalidad. En este arquetipo de hombre reside el antecedente histórico de las futuras órdenes caballerescas que la épica árabe legará al mundo occidental. Modelo de héroe y caballero preislámico, el beduino, iba a ser inmortalizado a través de las famosas colecciones de poesías llamadas *mu allagat* "colgadas (en los muros de la Kaaba)", especificamente en la obra de Antara, quien personificó entonces las cualidades más estimadas de los hijos del desierto.

Si te cubres con velo ante mí, (sabe que)  
hábil soy en vencer caballeros con coraza;  
Alábame por lo que de mí sabes,  
que soy de amable trato, cuando no se me hace injusticia;  
y si se me hace, mi réplica es acerba,  
amarga de sabor, como el gusto de la tuera.  
Yo he bebido mucho vino, tras  
caer la calor, pagándolo con reluciente (moneda) acuñada,  
en ocre vaso, estriado,  
emparejado con brillante botella, a la izquierda, tapada...  
Mas, cuando bebo, sólo consumo  
mi dinero, e íntegro queda mi honor, sin mella;  
Y al pasar la embriaguez, mi liberalidad no disminuye:  
son cual sabes mi nobleza y calidad.  
¡Cuántas veces a marido de beldad dejé por tierra,  
silbando sus miembros, cual comisura de labio hendido!  
Mis manos se adelantaron con rápida cuchillada  
y el surtidor de un tajo del color del drago.  
¿No has preguntado a los caballeros, hija de Malik,

si ignoras lo que de mí no sabes?  
 Nunca dejo la silla de mi rápida montura,  
 recia, por turno herida de campeones:  
 Unas veces se destaca en las cargas y otras  
 se une al tropel de los de entesados arcos.  
 Dígate quien me vio en las batallas,  
 cómo acudo a la guerra y rehúso los despojos;  
 ¡a cuántos campeones cuyo encuentro desplace a los guerreros,  
 ni dados a la fuga, ni a rendirse,  
 mi mano sirvió rápido golpe  
 con una recta (lanza) de recios nudos, enderezada!  
 Pasé con ella, rígida, sus ropas,  
 pues ni el noble es respetado por la pica  
 y dejélos, presa para fieras, que tomándolos,  
 mascaban sus hermosos dedos y muñecas,  
 ¡De cuánta amplia, espesa cota rompí las junturas  
 con la espada a más de un famoso campeón de derechos,  
 de presta mano para el juego en el invierno,  
 que hacía quitar muestras a los taberneros, reprobado:  
 Al verme ir en su demanda,  
 mostró los colmillos, no por cierto sonriendo:  
 Avanzado el día habría de verle,  
 cual teñidas de índigo mano y cabeza,  
 habiéndolo alanceado y luego pasado  
 por un templado (sable) de claro acero, cortante:  
 ¡a un héroe como un árbol con vestidos,  
 calzado en cueros de vaca, y no mellizo!

(Fragmento de una *mu allaqa* de Ántara)

La organización política de la tribu era rudimentaria. Su jefe, el *sayyid* o sayj (jeque), era elegido por los ancianos de la tribu, normalmente entre los miembros de una sola familia, conocida como la *ahl al - bayt*, "la gente de la casa". Más que ejercer un poder de mando, el *sayj* cumplía una función de arbitraje, velando por los derechos y obligaciones que concernían a las familias individuales dentro de la tribu. Era asesorado en sus funciones por un consejo de ancianos, símbolo de la sabiduría, denominado *maylis*, cuyos miembros eran cabezas de familia y representantes de clanes dentro de la tribu.

La vida de la tribu estaba regulada por la costumbre o *sunna* ("camino por el cual se debe transitar"), que recoge las tradiciones de la sociedad beduina y que encontraba su única sanción en la opinión pública. El sentido de justicia estaba inspirado en la antigua ley del talión: ojo por ojo, diente por diente.

La religión beduina era una forma de politeísmo animista con elementos fetichistas. Los seres que adoraban tenían una naturaleza astral; así Manat, Al-Uzza y Allat representaban la tríada de deidades más universales de las tribus del desierto, pero subordinadas, a su vez, a un dios más elevado: *Allah*. Independientemente, cada tribu centraba su fe en torno al dios de la misma, lo que dio lugar a un vasto panteón que alcanzó el número de 368 divinidades. Un dios y culto peculiares eran el distintivo de cada tribu y una expresión ideológica del sentido de unidad y cohesión de ella. Además de estos dioses se creía que hombres, animales y objetos con ciertas cualidades

superiores estaban poseídos por criaturas intermedias entre el hombre y la divinidad, llamadas *yinns* o genios, a los cuales atribuían las epidemias, enfermedades, impotencia en los hombres, la esterilidad de las mujeres, la locura y otros males.

Los acontecimientos históricos que caracterizan a los dos siglos anteriores al surgimiento del Islam, son denominados por la historiografía árabe "los días de los árabes" (*ayyam al - arab*), nombre con que se designan las disputas entre las tribus nómadas por el ganado, los pastos o los manantiales de agua. Estas continuas reyertas han llegado a nosotros por vía erudita o legendaria, llenas de una fantasía poética en forma de narraciones épicas que la memoria popular ha mantenido viva por muchos siglos. La situación de guerras tribales continuas representa desde un punto de vista político y sociológico la imposibilidad de superar el particularismo tribal y el individualismo beduino y de concretar una forma de organización política superior. La única excepción la constituyó el reino de Kinda, que floreció a fines del siglo V y principios del siglo VI en Arabia septentrional, donde la estirpe de Akil Al - Murar estableció un efímero poder monárquico sobre varias tribus. El reino de Kinda representa el primer intento de unificación política en la zona; su recuerdo aún perdura en la poesía árabe.

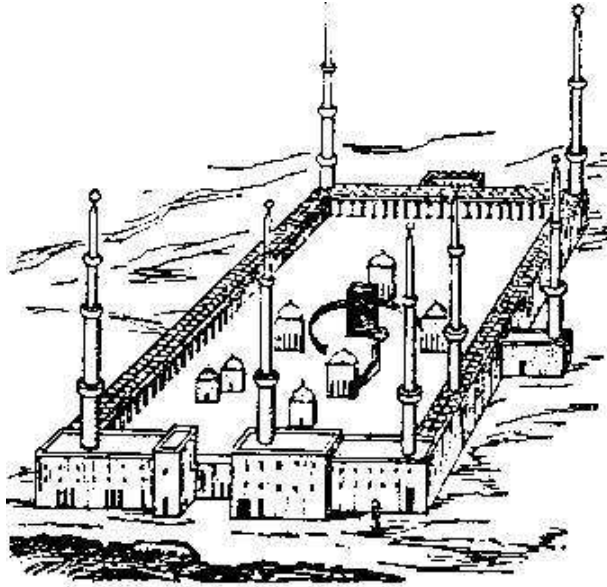
Nómadas ya establecidos, fundaron poblaciones con un grado social más desarrollado como Medina, Taif y La Meca. Entre éstas, la ciudad de Al-Makka (La Meca) iba a alcanzar la mayor relevancia histórica. La ciudad está situada en la zona de Hiyaz, en el entrecruce de las rutas caravaneras de la península. A partir del siglo V fue dominada por la tribu de los Qurays, uno de cuyos hombres, llamado Qusayy, procedente del norte, redujo a la tribu de Juzaa y tuvo la habilidad de convertir a la ciudad en un importante centro de peregrinación, al lograr reunir las principales divinidades de los árabes en un solo santuario, la Kaaba. Según la tradición, Adán habría construido la primera kaaba o casa de Dios, posteriormente destruida por el diluvio; el santuario habría sido reconstruido por Abraham y su hijo Ismael, quienes habrían empotrado en el ángulo sudeste del templo la piedra negra traída por el ángel Gabriel. Esta piedra era venerada en forma especial por los beduinos del desierto.

Los Qurays dominaban el comercio de caravana de toda la península, constituyendo una especie de aristocracia mercantil de negociantes, banqueros y comerciantes. A su vez, en las proximidades de La Meca surgió cierto número de ferias, destacándose la de Ukaz; incorporándose a la vida económica de la ciudad, contribuyeron a extender su prestigio e influencia al resto de la península.

Hacia la segunda mitad del siglo VI, una serie de cambios hicieron necesario recurrir a la difícil pero tranquila ruta que desde Siria descendía a través de Arabia occidental al Yemen, a cuyos puertos llegaban navíos desde la India. Egipto, con cierto grado de desorden, no permitía un paso alternativo a través del Nilo y el mar Rojo; por otro lado, la ruta por el Éufrates al golfo Pérsico, favorecida siempre por el comercio entre el Mediterráneo y el lejano Oriente, se hallaba obstaculizada por el conflicto constante entre los imperios bizantino y persa. Toda esta situación llevó a un crecimiento comercial de la ciudad de La Meca.

Es imposible pensar en La Meca en otros términos que los del comercio, pues era su única razón de ser. Originariamente se había desempeñado como centro del comercio local alrededor de un templo religioso, y paulatinamente se convirtió en un gran centro comercial de carácter internacional. Es decir, la ciudad de La Meca disfrutaba de una privilegiada santidad religiosa que iba estrechamente relacionada con sus actividades comerciales. Cualquier intento de reformar el sistema existente o rebelarse contra él, hubiese ido dirigido tanto contra el comercio como contra la religión.

Es en este contexto donde nació el profeta del Islam, Muhammad (Mahoma).



El santuario de La Meca. En el centro, la Kaaba, en donde se encuentra la piedra negra.

## MAHOMA Y EL ISLAM

### Mahoma

Aunque existen discrepancias con respecto a la fecha exacta del nacimiento del profeta Mahoma, parece seguro que este acontecimiento tuvo lugar en La Meca hacia el año 570, llamado el año del elefante, debido a que el abisinio Abraha intentó conquistar la ciudad para controlar el comercio de caravanas, montado en un elefante a la cabeza de su ejército.

El profeta nació en el seno de una familia acomodada; sus padres, Abdallah y Amina, pertenecían a la tribu de Qurays y al clan de los Banu Hashim. Abdallah murió antes de su nacimiento, quizás durante un viaje comercial fuera de la ciudad de La Meca, y Amina falleció cuando Mahoma tenía seis años, encargándose de su cuidado su abuelo paterno, Abdel Muttalib, y después su tío Abu Talib. Aunque ambos se preocuparon del muchacho con afectuosa solicitud, la infancia del profeta parece haber sido triste, debido a su situación de huérfano.

La vida de Mahoma antes de la predicación es poco conocida. Sus biografías, o *Sira*, poseen un carácter anecdótico, por lo que tienen sólo un valor histórico relativo. A los veinticinco años se puso al servicio de una acaudalada viuda, Hadiya, con quien contrajo matrimonio más tarde. Siempre sintió por su mujer un profundo cariño; mientras ella tuvo vida, no tomó otra esposa. Hadiya le dio siete hijos, de todos los cuales vivió solamente una hija, que le dio descendencia: Fátima. Mahoma ejerció el oficio de mercader y caravanero hasta que recibió el primer mensaje de Dios en el año 610. En este período sobrecogió a Mahoma una crisis religiosa, entregándose a prácticas místicas y ascéticas. Nada se sabe sobre el proceso mental que a ello lo condujo, ni cómo ni por qué se decidió a abandonar el paganismo mequí. Es cierto que sus obligaciones comerciales y sus viajes le hicieron tener contacto con mercaderes, viajeros y esclavos cristianos, sirios y abisinios. Se sabe que había una comunidad cristiana al sur del Hiyaz, en Nachran, y dos tribus árabes cristianizadas en los márgenes nororiental y noroccidental de la península, como también tribus árabes de credo judío

en Medina. Esto ha hecho suponer alguna influencia cristiana o judía en el profeta, más probable aún, debido a la presencia, en la biografía musulmana, de Mahoma, de Bahira, un monje que habría adivinado la misión profética de Mahoma y la posible fe cristiana de Waraga, primo de Hadiya. Se ha planteado la posible influencia de grupos de monjes monoteístas sobre Mahoma, los *hanif*, e incluso la posibilidad que el profeta haya sido uno de ellos. La historiografía occidental ha asumido diversas interpretaciones en torno a los elementos a que hemos aludido; sin embargo, no parece haber nada que defina con seguridad el origen del monoteísmo de Mahoma.



*Visión de Mahoma.*

Ibn Ishaq, el biógrafo más antiguo del profeta del Islam, nos menciona una tradición en la que el mismo Mahoma relata la primera revelación, mientras se encontraba en una caverna del monte Hira, en las cercanías de la ciudad de La Meca, donde acostumbraba ir a meditar:

"Una noche, mientras dormía, apareció Gabriel con un paño de seda en el que había algo escrito y me dijo: lee. Respondí: ¿qué he de leer?; entonces me apretó de tal modo con el paño que creí que era la muerte; luego me soltó y dijo: lee."

Esta escena se repitió dos veces, sin que el profeta dejara de preguntar qué es lo que había de leer. Entonces el ángel Gabriel recitó los cinco primeros versículos de la sura del coágulo:

"¡Predica en el nombre de tu señor,  
el que te ha creado:  
ha creado al hombre de un coágulo!

¡Predica! Tu señor es el dadivoso  
que ha enseñado a escribir con el cálamo:  
ha enseñado al hombre lo que no sabía."

(Sura 96, versículos 1-5)

"Luego Gabriel se alejó, y fue como si hubiera grabado algo en mi oración. Salí de la caverna y, cuando estaba en el medio del monte, oí una voz del cielo que decía: '¡Oh, Mahoma!, eres el enviado de Dios y yo soy Gabriel'."



El calendario musulmán recuerda anualmente con el nombre de *Laylat al-qadr* ("la noche de la potestad") la primera revelación de este libro celeste, llamado *Alcorán* o "recitación", o Umm al-kitab ("la madre del libro"), custodiado por Dios y que sólo los puros pueden tocar. Mahoma supo entonces que Dios lo había elegido para ser su enviado, encargado de "recitar" a los hombres las revelaciones que le transmitía Gabriel o el espíritu divino; estas revelaciones fragmentarias, agrupadas más tarde, constituyeron el *Alcorán*, expresión de la propia palabra de Dios, cuyo texto se presenta simplemente de esta manera: como un dictado sobrenatural registrado por el profeta. Se irán esbozando así las líneas fundamentales de su visión religiosa: Dios único, omnipotente, omnisciente, gran justiciero; recompensará a los hombres de acuerdo a sus actos; la finalidad de esta vida es el sometimiento a Dios, obedecer sus mandatos, hacer la plegaria, practicar la limosna, peregrinar a los santos lugares, mandatos en espera del tén del mundo y la resurrección de los muertos.

En los inicios de su predicación, Mahoma tuvo alguna dificultad para encontrar adeptos. Después de su mujer, su primo Ali, hijo de Abu Talib, fue el primero en seguirle; posteriormente lo hizo su hijo adoptivo Zaid. Los dos hombres más influyentes entre sus seguidores fueron Abu Bakr y Umar, quienes más tarde dirigirían la comunidad musulmana. Fuera de sus parientes y amigos, el profeta consiguió hacerse escuchar por la gente más humilde de la ciudad, mientras los gobernantes mequíes hacían caso omiso de sus enseñanzas.

Al silencio siguieron los ataques verbales a Mahoma. La oposición de los gobernantes mequíes se debía en gran medida a que Mahoma, a través de sus prédicas, ponía en peligro sus intereses político-religiosos. La abrogación de la antigua religión y del estado legal del santuario en La Meca, privaría a esta ciudad de su única y ventajosa posición como centro tanto de peregrinación como de negocios. A consecuencia de la persecución activa contra la aristocracia de su tribu, los Banu Omeya, 83 familias emigraron a la cristiana Abisinia (año 615). A esto siguió el boicot económico y social, lo que hizo difícil la situación del profeta y su reducido grupo de seguidores. En el año 619 murió su esposa, Hadiya; solamente mucho más tarde, Mahoma iba a tomar nuevas esposas hasta completar nueve, destacándose entre ellas la hermosa Aysa, en cuyos brazos había de expirar. Ese mismo año murió también su tío Abu-Talib. El profeta decidió buscar nuevos terrenos para predicar; pero en la ciudad de Taif fue recibido con rudeza. Su situación en La Meca se hizo más compleja, por lo que entró en relación con tribus árabes vecinas y, posteriormente, con los habitantes de Yatrib, quienes aceptaron una alianza con él. Los impulsos que movieron a los medinenses a este pacto se explican por el carácter agrícola y artesanal de su ciudad y por la lucha entre las dos tribus árabes que se disputaban el control de ella: los *aws* y los *jazray*. Los seguidores de Mahoma salieron de La Meca acompañados por Ah y Abu Bakr; después él mismo abandonó secretamente la ciudad, llegando a Yatrib, desde entonces llamada Medina, *Madinat an-nabi* ("la ciudad del profeta"), el 24 de septiembre de 622. Esta fecha marca el inicio de la era musulmana, suceso conocido como la *hiyra* (hégira), y un nuevo período para su fundador.

Instalado en Medina, el profeta aparece como jefe teocrático, sustituyendo la arcaica organización tribal por la *Umma* o comunidad de creyentes, basada en la unidad de fe, constituyendo una nación de carácter mágico, y compuesta entonces por dos grupos: los *muhàyirùn* ("emigrantes", de La Meca) y los *ansar* ("sustentadores", de Medina); ambos grupos eran los *ashàb* ("compañeros"). Mahoma creó en Medina el primer centro de oración propio de la comunidad, *masyid* o mezquita, lugar de postración y también de reunión. En este sitio se dieron los primeros elementos de organización, indispensables para cualquier progreso futuro. Ya no se trataba

únicamente de predicar el Islam: había que ponerlo en práctica y convertirlo en una fuerza. Para el profeta, la primera tarea consistió en fortalecer su posición en Medina, para ello estableció las bases de la organización de la *Umma*, cuyo texto nos ha conservado la tradición. En él se especifica que los creyentes de la tribu de Qurays y los de Yatrib, así como los que le siguen y con ellos combaten, forman una comunidad única, distinta de los otros pueblos, siendo solidarios unos de otros. Así pues, este pacto regulaba las relaciones entre los creyentes y las de los distintos grupos; su finalidad era práctica, pero al mismo tiempo esbozaba un primer esquema de constitución teocrática, que paulatinamente había de convertir al Islam en un imperio.

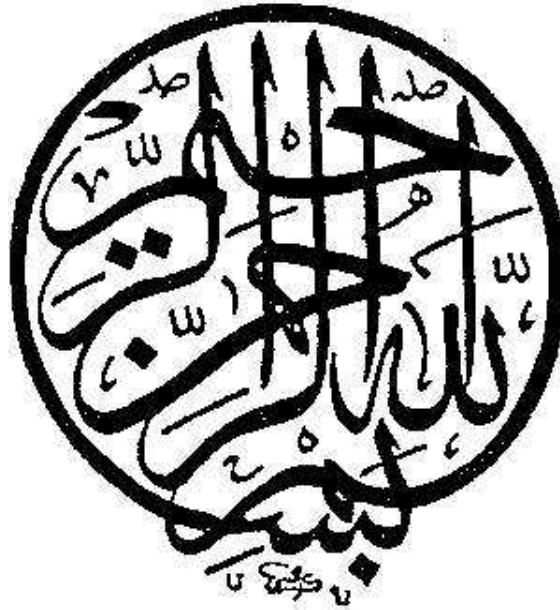
No obstante, existía oposición. Los judíos, en particular, veían cómo Mahoma se apartaba cada vez más de sus concepciones y costumbres. Al revés, el profeta se desilusionó de ellos, pues esperaba que lo siguieran; el desencanto mutuo llevó a una ruptura definitiva. Una tras otra, las tribus árabes de religión judía fueron expulsadas; más tarde, el profeta tomó Jaybar, fértil oasis judío ubicado a 160 kilómetros de Medina, eliminando así una posible amenaza y consolidando su poder.

Al mismo tiempo se produjeron los primeros enfrentamientos bélicos con los mequíes. En 624, los musulmanes vencieron en la batalla de Badr, enfrentándose a un ejército superior en número y armamentos. Esta victoria confirmó a las fuerzas de Mahoma una gran fe y seguridad en su misión de difundir el nuevo credo. Abu Sufyan, al frente de los mequíes, lanzó una expedición vengadora en marzo del año siguiente, que, reforzada con contingentes aliados beduinos, derrotó a las huestes musulmanas. Finalmente, en la primavera del año 627, los mequíes sitiaron Medina con un gran contingente, que fue rechazado con un simple sistema de trincheras. Este episodio es citado por la tradición como "la guerra del foso".

Junto a la tarea ofensiva y defensiva, Mahoma siguió organizando su comunidad, resolviendo infinitos problemas jurídicos, sociales y rituales, con su propio juicio o inspirado por revelaciones divinas. Los versículos del *Alcorán* y las normas del *Hadit*, decisiones y expresiones atribuidas al profeta, que muestran su "norma" o modo de actuar en la vida, *Sunna*, fueron esbozando el edificio de la sociedad islámica. Es así como la nueva religión y el nuevo Estado iban adquiriendo forma. La costumbre pagana se fue modificando al dictarse normas sobre el derecho familiar, matrimonial y penal. Se fijó y articuló el culto con las instituciones fundamentales de la oración canónica, la limosna legal, el ayuno y la peregrinación.

En marzo de 628, cuando se reanudaron los enfrentamientos con los mequíes, Mahoma negoció con ellos, lo que le permitió al año siguiente peregrinar a su ciudad natal. La resistencia en La Meca fue decayendo, hasta que la ciudad finalmente se unió al profeta Abu Sufyan. A fines del año 629 buscó un pretexto para renunciar a la tregua acordada y en enero del año 630, encabezando a diez mil hombres, Mahoma entró victorioso en La Meca, donde actuó con magnanimidad. En el año y medio que le restaba de vida, el profeta consolidaría su obra en toda la península, logrando erradicar en forma definitiva al paganismo e implantando un nuevo modo de vida en la nación árabe, que, portadora de un nuevo mensaje, había de cumplir un rol preponderante en la historia universal.

El 8 de junio de 632, después de varios días de enfermedad, Mahoma dejó este mundo, siendo enterrado en el solar de su casa, en Medina, donde surgiría la mezquita del profeta, segunda en importancia después de la Kaaba.



Composición caligráfica con la fórmula de introducción a la oración: *Bismillah er-rahman er-rahim. En el nombre del Dios clemente y misericordioso.*

## La fe islámica

La palabra islam deriva de la raíz verbal *aslama*, entregarse a, someterse a, y cuya acepción religiosa indica dirigir el alma, el rostro en dirección a Dios, entrar en la senda que salva. De ahí que la palabra muslim o musulmán implica la sumisión de uno mismo o de la persona a la omnipotencia divina, a la voluntad de Dios.

La base fundamental de la doctrina islámica es la creencia, y en ella podemos distinguir dos aspectos: la fe y el testimonio.

La fe o *imán* se encuentra reiteradamente explicitada en sucesivas suras o capítulos del *Alcorán*.

"¡Oh, los que creéis! Creed en Dios, en su enviado y en el libro que se hizo descender y en el libro que se hizo descender anteriormente. Quien no cree en Dios, ni en sus ángeles, ni en sus libros, ni en sus enviados, ni en el último día, está en un extravío manifiesto."

(Sura 4, versículo 135)

La tradición del profeta, *Sunnat an-nabi*, conserva un relato de una conversación sostenida por Mahoma con el ángel Gabriel en la mezquita de Medina, que repite el texto alcoránico de la sura anteriormente mencionada.

"Mahoma pregunta ¿Qué es el imán?  
—Es creer en Dios, en sus ángeles, en sus escrituras, en sus enviados, en el día último y en la predestinación..."

El mismo relato deja claramente establecido cuáles son los actos de devoción con los que el musulmán debe dar testimonio de su fe.

"—¿Qué es el Islam?

—El Islam es pronunciar la profesión de fe, celebrar la plegaria, pagar el diezmo legal, hacer la peregrinación a la Casa (Kaaba) y ayunar en ramadán (mes sagrado del calendario musulmán)".

El término *imán*, fe, proviene de *amana*, que significa asegurarse por la fe, protegerse en ella; de esta misma raíz verbal deriva la palabra *mu min*, creyente.

La profesión de fe: *la ilah, illa lil lah wa Muhammad rasul allah*, que podríamos traducir como: "No hay más Dios que el Dios único, y Mahoma es su mensajero", es el primer dogma del Islam. Reúne en sí fe y culto, imán e Islam. Pronunciarla es un acto de Islam que implica fe o imán y supone la aceptación de todo el mensaje recibido por el profeta Mahoma.



"No hay más divinidad que Dios, y Mahoma es el enviado de Dios". En el centro, arriba: "¡Es Él, Dios!"

## 1. Dios

"El Dios, no hay Dios, sino Él, el viviente, el subsistente Ni la somnolencia ni el sueño se apoderarán de Él. A Él pertenece cuanto hay en los cielos y en la Tierra. ¿Quién intercederá ante Él si no es con su permiso? Sabe lo que está delante y detrás de los hombres, y éstos no abarcan de su ciencia sino lo que Él quiere. Su trono se extiende por los cielos y la Tierra, y no le fatiga la conservación de esto. Él es el Altísimo, el Inmenso."

(Sura 2, versículo 256)

Según el concepto islámico, Dios es el ideal sublime, la perfección absoluta, creador y sostenedor del universo, árbitro omnipotente del bien y del mal, juez último de todos los hombres.

El Creador es uno, indivisible, no posee composición alguna, es único tanto en esencia como en existencia. La esencia de Dios es incognoscible; se le conoce por sus cualidades o atributos, los cuales explícitamente aparecen en el *Alcorán* expresados en

forma de epítetos y adjetivos tales como: el todopoderoso, *al-aziz*, el misericordioso, *ar-rahim*, el clemente, *ar-rahman*, completando un total de noventa y nueve los más "hermosos nombres" o cualidades divinas; sin embargo, tres de éstos constituyen el triángulo fundamental de la creencia islámica: el Único, el Eterno y el Sin Par, los que vienen textualmente expresados en la sura alcoránica siguiente:

"Di: Él es Dios, único  
Dios, el eterno;  
no ha engendrado  
ni ha sido engendrado,  
y no tiene a nadie  
semejante a Él."

(Sura 112, versículos 1-4)



Posiciones del mahometano creyente durante la oración.

## **2. Los ángeles**

Los ángeles, al igual que los hombres, son sus criaturas, servidores y adoradores. En el texto alcoránico suelen presentarse como mensajeros, descienden con ellos los decretos de Dios en "la noche de la potestad", *laylat al-qadr*, registran las acciones de los hombres y atestiguan en favor o en contra de ellos en el día del juicio final.

Junto con la creencia en los ángeles existe la doctrina de los demonios o ángeles rebeldes, que serán juzgados en el día último junto a los hombres por sus acciones; entre ellos los hay creyentes e incrédulos. Los incrédulos descarrían a los hombres de la recta senda y serán enviados al infierno el día del juicio; el líder de estos espíritus malignos recibe el nombre de *Iblis* o *Saitan*, el que fue maldecido por Dios por desobedecer el mandato divino de adorar a Adán, pero la condena fue diferida para el día del juicio final y se le dio autoridad sobre los hombres a quienes sedujera.

## **3. Los libros y los apóstoles**

La creencia en los profetas, como lo demuestra la profesión de fe, es, después del dogma de la unicidad de Dios, pilar central del Islam. En todas las épocas y a todos los pueblos, Dios ha enviado profetas para predicar su unicidad y prevenir a los hombres respecto a sus actos y al último día. Los creyentes están obligados a creer en todos y cada uno de ellos sin distinción. Sin embargo, en el *Alcorán* sólo se citan veintiocho profetas, de los cuales sólo algunos recibieron gracias especiales, y una jerarquía superior, específicamente: Adán, Noé, la casa de Abraham, Moisés y Jesús. El último, el "sello" de los profetas, es Mahoma, apóstol de Dios para toda la humanidad.

Según la creencia islámica, las enseñanzas predicadas por todos los profetas son idénticas; sólo ha habido una evolución gradual en sus mensajes, hasta llegar a la definitiva, a la perfecta, el *Alcorán*, que no solamente confirma las anteriores, sino que, como revelación definitiva que es, corrige y aclara todas las dudas, imperfecciones y desviaciones de la *Torah*, recibida por Moisés, los *Salmos* de David y el Evangelio de Jesús.

## **4. El "Alcorán"**

Si el mundo árabe es el lugar del Verbo, es también el del hombre que recoge el Verbo y lo multiplica. La idea del signo conduce al árabe al magnífico vocablo aya (versículo). Según el *Alcorán*, Dios dice: *Sa-nurihim ayata Fil-afaq*, "les haremos ver nuestro signo sobre el horizonte". La expresión del símbolo estalla por doquier en Oriente, en la cúpula de las mezquitas, en las estrechas y curvadas callejuelas, en el llamado a la oración del muecín. Hay pocos pueblos tan sensibles a la palabra como los árabes. Esta devoción por las letras, por el fenómeno lingüístico, es recogida en toda su magnitud por el Islam. Si el cristianismo fija su centro en un hombre, Jesús, el Islam lo centra en un libro: el *Alcorán*.

En su forma externa, el *Alcorán* es un texto de aproximadamente quinientas páginas, dividido en 114 capítulos o *suras*, dispuestos de n modo inorgánico y ordenados según su extensión. Los primeros uentan con un número de 250 versículos o *ayas*; los finales sólo tienen tres o cinco versículos breves. Dictado por Dios a través del

ángel Gabriel, en pocos años a un solo hombre, Mahoma es la base de la religión. Sólo puede ser empleado en su original árabe, por lo que la expansión del Islam llevó consigo la expansión de dicha lengua. En él se establecen las reglas de vida, la moral, las creencias, el culto y el derecho civil y canónico.

Para el musulmán, la fuente primaria y fundamentación última de toda actitud vital válida y de todo verdadero conocimiento radica en el *Alcorán*. En él se regulan tanto las relaciones del hombre con Dios como las relaciones entre los hombres.

## **5. El día del juicio final**

Este día es presentado en el *Alcorán* como un gran cataclismo, el fin del mundo; los hombres serán llamados a rendir cuentas, los ángeles guardianes atestiguarán su historial, sus hechos serán pesados en la balanza y el libro de cada uno será puesto en su diestra o siniestra. En la diestra, a los agraciados, a los temerosos de Dios, humildes y caritativos, los cuales serán llamados a entrar al jardín del paraíso, morada de la paz, mansión perdurable, donde habitarán eternamente. En la siniestra, a los condenados, los incrédulos, a los adoradores de otros dioses, quienes serán arrojados al infierno, fuego que los consumirá por siempre, sin parar.

## **El culto islámico**

El musulmán debe cumplir con deberes religiosos que den testimonio de su fe. Éstos constituyen el *ibadat* o actos de devoción que se encuentran prescritos para los creyentes en el *Alcorán*. Los pilares de la fe islámica son los ritos siguientes:

### **1. La oración (as-salaz)**

Es uno de los deberes religiosos esenciales. Los musulmanes deben orar cinco veces al día: al principio de la mañana, al mediodía, por la tarde, al atardecer y por la noche antes de dormir. El musulmán hace estas oraciones para recordar siempre a Dios, para pedirle ayuda al empezar y terminar el día, incluso en el inicio y final de su trabajo.

Todo creyente, dondequiera que esté, debe realizar sus oraciones y observar el ritual a las horas prescritas; sin embargo, es recomendable realizar la oración en una mezquita, *masyid* o lugar de postración, con la dirección de un *imam*. La oración debe realizarse en dirección a la sagrada mezquita de La Meca, casa simbólica de Dios, que contiene la Kaaba. Hay muchas razones para que los musulmanes se dirijan a La Meca: es un símbolo de unidad, de la *Umma*, ya que todos los creyentes dirigen sus plegarias a un sólo destino, para adorar a un solo Dios.

La oración debe hacerse en un estado de pureza, por lo que el creyente debe limpiar las partes más importantes de su cuerpo para purificarlo. Señala al respecto un *hadit*, o dicho del profeta:

"La oración es la llave del paraíso  
y la ablución es la llave de la oración"

En todas las oraciones se recita la sura de la apertura o de introducción al libro sagrado, que reza lo siguiente:

"En el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso.  
El agradecimiento a Dios, señor de los mundos.  
Dueño del día del juicio.  
A ti te adoramos y a ti te pedimos ayuda.  
Condúcenos al camino recto.  
Camino de aquellos a quienes has favorecido,  
que no son objeto de tu enojo  
y que no son los extraviados."

(Sura 1, versículos 1-7)

La oración principal la constituye la que ha de realizarse el día viernes en la mezquita, día ofrendado a Dios, durante el cual deben suspenderse las actividades laborales.

## 2. *El ayuno (as-siyam)*

"¡Oh, los que creéis! Se os prescribe el ayuno de idéntica manera como se prescribió a quienes os precedieron — ¡tal vez sean piadosos!

Durante días contados. Aquel de vosotros que esté enfermo o de viaje, ayunará un número de otros días. Quienes pudiendo ayunar no lo hiciesen, darán en rescate la comida de un pobre. Quien voluntariamente dé más, eso será un bien para él. Que ayunéis os es un bien, si vosotros sabéis.

En el mes de ramadán se hizo descender al Corán como guía para los hombres y pruebas de la Guía y de la Distinción. Quien de vosotros vea el creciente del mes, pues ayune; quien esté enfermo o de viaje, ayunará un número igual de otros días. Dios quiere para vosotros lo fácil y no os quiere lo difícil. ¡Terminad el período de ayuno! ¡Ensalzad a Dios por lo que os ha dirigido! Tal vez seáis agradecidos.

Cuando te pregunten mis siervos acerca de mí, diles que estoy cerca, que contesto al ruego del que pido cuando me invoca. ¡Que ellos me respondan y crean en mí! Tal vez están bien guiados.

[Os declaro lícito, en la noche del ayuno, la visita a vuestras mujeres: ellas son vuestro vestido y vosotros sois su vestido. Dios supo que os traicionabais a vosotros mismos, pero volvió a vosotros y os perdonó. Ahora, cohabitad con ellas y pedid lo que Dios os ha prescrito.] Comed y bebed hasta que os parezca distinto el hilo blanco del negro en la aurora. A continuación ayunad completamente hasta la noche. No cohabitéis con ellas. Vosotros permaneced en oración en las mezquitas. Ésas son las prescripciones de Dios. No os acerquéis a ellas para transgredirlas. Así declara Dios sus aleyas a los hombres. Tal vez seáis piadosos.

(Sura 2, versículos 179-187)

El ayuno musulmán consiste en dejar de comer, de beber, de fumar, de realizar todo acto sexual durante el día, desde la madrugada hasta la puesta del sol, y esto durante todo el mes árabe que se llama *ramadán*. Mes en que se hizo descender el *Alcorán*. Al término d mes de ayuno, se realiza una de las fiestas religiosas más importante del Islam: *id al-Fitr*. Esta abstinencia constituye el aspecto exterior del



culto, lo que conlleva a otro ayuno moral, interior, para dejar toda clase de vicios, de equivocaciones y faltas.

El profeta Mahoma dice en un *hadit*:

"Quien no deja las mentiras y de hacer el mal, Dios no necesita de él que deje su comida y bebida."

### 3. *El diezmo (az-zakat)*

El *Alcorán* prescribe dar limosnas o *zakat*. Esta palabra árabe deriva del verbo *zaka*, que significa purificar, por lo que el diezmo constituye un signo externo de la piedad y un medio de salvación.

En principio, la recomendación que exhorta a ayudar a los necesitados, como derecho propio de éstos y como medio de justificar y purificar los bienes que Dios ha concedido al hombre, parece haberse referido más bien a ofertas voluntarias o *sadaqat*:

"Te preguntan cómo deben hacer la limosna.

Responde: 'Dad según vuestras posibilidades'. Así os aclara Dios las *aleyas*. Tal vez reflexionéis acerca de esta vida y de la última."

(Sura 2, versículos 217-220)

Tomó luego el significado de socorro material a los desvalidos, en forma concreta y obligatoria o *zakat*:

"¿Temeréis el hacer preceder las limosnas a la entrevista? Si no lo hacéis y Dios vuelve de su rigor para con vosotros, ¡cumplid la oración! ¡Dad la limosna! ¡Obedeced a Dios y a su Enviado! Dios está bien informado de lo que hacéis.

(Sura 58, versículos 13-14)

En los primeros años del califato, el *zakat* —en castellano, azaque— se convirtió inevitablemente en un impuesto sobre el patrimonio, constituyéndose en la única obligación canónica impuesta a los musulmanes.

### 4. *La peregrinación (al-hayy)*

"Cumplid la peregrinación y la visita en honor de Dios. Si estuvieseis impedidos, eximíos por la ofrenda que os sea asequible, una oveja. No os rasuréis la cabeza hasta que llegue la ofrenda á su lugar de inmolación. Quien de vosotros estuviese enfermo o tuviese un mal en la cabeza, realizará su rescate mediante ayuno, limosna o sacrificio ritual. Cuando estéis seguros, cualquiera que haga uso de la visita hasta la peregrinación, sacrifique la ofrenda que le sea asequible. Quien no tenga, haga ayuno de tres días de peregrinación, y de siete cuando regrese; eso es, diez días completos. Esto sirve para quien no tiene su familia presente en la mezquita sagrada. ¡Temed a Dios y sabed que Dios es severo en los castigos!

La peregrinación tiene lugar en meses determinados. Quien se imponga la peregrinación, no galanteará, ni pecará, ni discutirá en la peregrinación. El bien

que hagáis, Dios lo sabrá. ¡Tomad un viático! Ciertamente el mejor viático es la piedad. Temedme, ¡oh, dotados de entendimiento!

No cometéis pecado al desear un favor de vuestro Señor. Cuando os revolvéis desde Arafa, invocad a Dios en Al Masar santo. Invocadle porque os guió, pues antes estabais entre los extraviados.

Luego, volveos por donde se vuelve la gente y pedid perdón a Dios. Dios es indulgente, misericordioso.

Cuando cumpláis vuestros ritos, recordad a Dios como recordáis a vuestros padres, o con más fuerte recuerdo. Entre los hombres hay quienes dicen: "¡Señor nuestro! ¡Danos en esta vida!" Pero no tendrán parte en la última.

Entre ellos hay quienes dicen: "¡Señor nuestro! ¡Danos en esta vida bien y en la última bien y presérvanos del tormento del fuego!"

Ésos tendrán una parte de lo que adquirieron. Dios es rápido en la cuenta.

Invocad a Dios en los días contados. Quien se adelanta en dos días saliendo de Mina, no comete pecado. Quien se retrasa, no comete pecado. Esto es para quien es piadoso. ¡Temed a Dios y sabed que vosotros os reuniréis ante Él!

(Sura 2, versículos 192-203)

La peregrinación a La Meca es también columna fundamental del Islam. La obligación de peregrinar a La Meca, por lo menos una vez en la vida, incumbe a todo musulmán adulto y sano, si las circunstancias de su fortuna y otras externas, independientes de su voluntad, no se lo impiden.

Así como antes de la oración el fiel debe realizar la ablación correspondiente, antes de peregrinar, el creyente debe hallarse en un estado de consagración ritual o *ihram*, despojándose de todo lo que recuerde de su vida cotidiana y adoptando la forma de vestir más sencilla posible. Generalmente emplea un tejido blanco, sin coser, alrededor de la cintura, y otro semejante encima de los hombros.

Al llegar a la ciudad de La Meca, los peregrinos visitan la mezquita central de todo el mundo islámico, allí oran y dan vueltas alrededor de la Kaaba, como homenaje de la llegada. Después recorren los caminos por los que anduvo el profeta Mahoma. Finalmente se realiza una visita al monte Arafat, donde se ora en forma colectiva.

# LA EXPANSIÓN ÁRABE

## EL CALIFATO ORTODOXO

### La sucesión de Mahoma y la organización del Estado árabe-musulmán

La muerte del profeta Mahoma produjo la primera gran crisis que enfrentó la comunidad musulmana o *Umma*. Al morir, el profeta no había designado expresamente a su sucesor ni había tomado medida alguna para una decisión al respecto. No obstante, parece ser que sin mucha dificultad, sus principales seguidores, aconsejados por Umar y Abu Ubaida, llegaron a un acuerdo al designar en el año 632 a Abu Bakr como su sucesor (632-634). Éste, al anunciar a los fieles la muerte de aquél, pronunció las siguientes palabras:

"Hombres: el que adore a Mahoma, sepa que ha muerto; el que adore a Dios, sepa que éste vive y es inmortal."

El título conferido a Abu Bakr fue el de *jalifa*, califa, que no es el de profeta. La ley ya ha sido dada, y él, como vicario, debe velar por aplicación y regir a la comunidad de creyentes. Este hecho señala la inauguración de la institución histórica del califato.

El califa es el custodio y protector de la fe, dispensador de la justicia, el caudillo en la oración y la guerra; tiene amplios poderes en el gobierno, en la administración del Estado y en el nombramiento de gobernadores y jueces. El califato como institución está basado en el *Alcorán*. La sura 2, versículo 28, atestigua su origen divino:

"Recuerda cuando dijo tu Señor a los ángeles: 'Pondré en la Tierra un vicario'. Dijeron: '¿Pondrás en ella a quien extienda la corrupción y derrame la sangre, mientras nosotros cantamos tu loor y te santificamos?' Respondió: 'Yo sé lo que no sabéis'."

Otra sura define el deber del califa de actuar como juez e imponer la *sari* a, ley divinamente revelada, cuyas fuentes están constituidas por el *Alcorán* y la *Sunna*.

"¡Oh!, David, en verdad te hemos establecido como un vicario (*jalifa*) en la Tierra.

Juzga tú verazmente entre los hombres..."

(Sura 36, versículo 25)



## Abu Bakr

Abu Bakr, padre de Aysa, esposa preferida de Mahoma, enfrentó con carácter su primera tarea: contrarrestar la secesión de las tribus de Arabia, las cuales se sintieron libres del vínculo moral y político que las unía a Mahoma y no reconocieron al nuevo califa. Este movimiento de rebelión es conocido tradicionalmente como *Ridda*. Dichas tribus aprovecharon la situación para negarse a cualquier pago o contribución. La revuelta terminó con una victoria, antes de un año, sobre todas las resistencias locales, imponiéndose el dominio musulmán a casi toda Arabia, incluyendo una zona más amplia que en vida de Mahoma, y alcanzándose la unidad de la península.

Una vez resuelto el problema de la *Ridda*, los árabes comenzaron las guerras de expansión. Con la fundamental motivación de extender la nueva fe, se iniciaron las primeras expediciones fuera de las fronteras de Arabia. Estas campañas aumentaron a medida que los musulmanes constataron tanto la increíble debilidad de Bizancio y Persia, imperios agotados por un enfrentamiento continuo, como la riqueza de las regiones fronterizas de la península.

Las primeras incursiones de los musulmanes, tanto en la región levantina como en Mesopotamia, se tradujeron en rápidas victorias. En ellas se destacó Jalid Ibn al-Walid, cuyo genio militar ya había sido probado en las guerras de secesión y quien poseía el apelativo honorífico de *Sayf Allah* ("la espada de Dios") y el cargo de general en jefe del frente bizantino. En el año 633, los árabes penetraron en Palestina y Transjordania, desbaratando a los bizantinos en Aynadayn, Baysan y Fihl, y obligándolos a refugiarse en Jerusalén y Damasco.

## Umar

A la muerte de Abu Bakr, le sucedió Umar Ibn al-Jattab. Durante los diez años del califato de Umar (634-644) se realizarían las grandes conquistas del Levante, Mesopotamia, Egipto y Persia, y se pondrían los cimientos de lo que iba a ser el clásico Estado islámico.

En forma sucesiva, fueron conquistadas las ciudades levantinas que estaban bajo hegemonía de Bizancio, entre ellas Damasco. La batalla de Yarmuk (636) dejó en manos árabes en forma definitiva la Siria bizantina. En 638 abrió sus puertas al Islam la última ciudad de Palestina, Jerusalén; al parecer, la capitulación de esta ciudad siguió a un pacto que aseguraba a los cristianos vida y bienes, iglesias y libertad de culto, a cambio de sumisión y tributo.

En el frente oriental, la batalla de Qadisiyya dio término al dominio persa del Iraq. Para asegurar las nuevas conquistas, los árabes fundaron dos campos militares, Kufa y Basra, que pronto se transformarían en florecientes ciudades y centros de difusión de la cultura. En estas ciudades nacerían las escuelas de gramática que habían de sistematizar la lengua árabe. Con la batalla de Nihawand, en el año 641, los árabes se abrieron paso a la meseta de Irán, ocupando finalmente toda Persia.

La campaña al país del Nilo fue conducida por Amr Ibn Al-as, quien venció a los bizantinos en la ciudad de Ayn Sams, Heliópolis, hasta que finalmente, en 642, los árabes entraron triunfantes en Alejandría. Durante sus campañas en Egipto, Amr Ibn Al-as fundó el campo militar de Al-Fustat, que se convertiría posteriormente en la

importante metrópoli de El Cairo, ciudad que desempeñaría un rol de gran relevancia en el desarrollo cultural árabe-islámico.

Durante el califato de Umar, se fue esbozando la constitución del naciente imperio árabe, sustentado en una organización de carácter militar. El gobernador de cada provincia era el mismo jefe militar que la había conquistado, en quien se centraban las funciones de presidir la oración, exhortar de modo oficial al pueblo congregado en la mezquita y administrar justicia en nombre del califa. La población conquistada que profesa confesiones religiosas distintas a la fe musulmana —*Ahl-Al-Kitab*, "gente del libro" o judíos, cristianos y zoroastrianos— recibía la categoría de protegidos, *dimmi*, de ciudadanos de segunda clase en el Estado islámico. Este status social no los obligaba a participar en forma activa en la defensa de la *Umma* contra los Estados beligerantes, ni les otorgaba derecho a participar en el reparto de los botines de guerra. Sin embargo, su contribución al tesoro del *Ummat al-Islam*, comunidad de fieles, se hacía a través del pago de una capitación o *yizya*. Los neoconvertos al Islam sólo podían ingresar a la nueva fe haciéndose clientes o *mawali* de una u otra de las tribus árabes. Teóricamente, los *mawali* tenían el mismo status social que los árabes dentro de la *Umma*.

Umar prohibió la adquisición de tierras privadas en los territorios recién conquistados, respetando los bienes de la población lugareña. Umar fue también quien fijó e introdujo la era musulmana, computándola desde el año en que tuvo lugar la hégira de Mahoma (622). La tradición árabe representa en este califa al ideal de hombre musulmán, por su piedad, sentido de justicia y habilidad política y militar. A fines del año 644 murió asesinado por un esclavo; fue enterrado, como Abu Bakr, junto a Mahoma, en la mezquita de Medina.

Antes de morir y anticipándose al peligro de guerra civil con que se enfrentaría el Islam ante el problema de la sucesión, Umar había constituido un colegio electoral o *Sura*, compuesto de seis miembros, integrado por los candidatos más probables para la sucesión, con el deber de elegir a uno de ellos como nuevo califa. La *Sura*, haciendo caso omiso de las pretensiones de Ali, eligió al débil Utman Ibn Affan (644-656), yerno de Mahoma, esperando así poder intervenir en el gobierno. La elección de Utman representó una victoria de la antigua aristocracia mequí.

## Utman

La debilidad y el nepotismo de Utman pusieron de manifiesto los resentimientos que durante cierto tiempo habían venido desarrollándose subterráneamente entre los árabes. Situación que se agravaba al eludir, con concesiones privadas, la prohibición impuesta por timar de adquirir tierras; de esta manera se fue abriendo camino a la gran propiedad y al capital. Tres de los miembros de la *Sura*, los más defraudados, Ali, Zubayr y Talha, trataron de persuadir al califa que desistiera de su nepotismo, en vista del general descontento en la comunidad islámica, pues como resultado de esta política los medinenses, los habitantes de Kufa y de Egipto habían iniciado rebeliones. Asediado en su propia casa, murió asesinado. Utman, sin que pudiera impedirlo Na ila, su mujer, quien posteriormente envió a Mu awiya, gobernador de Siria, la túnica ensangrentada del califa muerto, encomendándole vengar la muerte de su esposo.

El hecho más significativo durante el gobierno de Utman lo constituye la fijación y promulgación del texto sagrado al coránico.

A pesar de la inestabilidad política que caracteriza a este período, la expansión del imperio no se detuvo. En el año 646 se llevaron a efecto incursiones en Cirenaica, y al año siguiente en Capadocia y en Frigia. En 649 se produjo la primera expedición

marítima musulmana, con un desembarco en Chipre. Dos años después se completó la conquista de Persia oriental. También se efectuaron operaciones terrestres en Armenia y en África septentrional hasta Ifriqiya (actual Túnez), pero fueron limitadas y cesaron prácticamente en el año 651. Las expediciones marítimas continuaron dirigidas por Mu awiya, gobernador de Siria, y Abd Allah Ibn Sarh. A la conquista de Chipre siguió una invasión de la costa siciliana. En 655, la flota árabe derrotó a la bizantina en las cercanías de la costa de Licia; con ello comenzó la desaparición de la hegemonía bizantina en el mar Mediterráneo, abriéndose nuevos horizontes para el Islam, que empezó a prevalecer en el dominio de las rutas marítimas y a transformar las condiciones económicas de los países costeros.

Al morir Utman, asumió la conducción de la *Umma* Ali Ibn Abu-Talib.

## Ali

Utman había sido asesinado por un grupo de amotinados del ejército árabe de Egipto. El crimen marcó una crisis en la historia del Islam y a su vez debilitó en gran medida el prestigio moral y religioso del califa, al sentar un triste precedente. Si bien el crimen fue cometido por los rebeldes de Egipto, el centro de oposición más fuerte fue la misma Medina, Talha y Zubayr, miembros de la aristocracia mequí; A isa, la viuda del profeta, y el general Amr Ibn al-as, conquistador y gobernador de Egipto, que había sido recientemente sustituido por orden de Utman, crearon centros de conspiración; es posible que hayan participado en los acontecimientos conocidos por la tradición como *yawm al-dar*, "el día de la casa".

Ali fue proclamado en Medina como califa, pero al no ser reconocido por todos, dio ocasión a la primera *fitna* o ruptura de la comunidad. Por una parte, el clan omeya, con Mu awiya a la cabeza, reclamó el castigo de los asesinos, lo que Ali no pudo o no quiso conceder. A isa, Talha y Zubayr, olvidando su papel en los acontecimientos precedentes, se sublevaron, arrastrando a la ciudad o *misr* de Basra en su movimiento. Lo rechazaron también los quraysíes, que habían perdido poder con la muerte de Utman, y los piadosos medinenses, que veían en Ali al principal beneficiario de un sacrílego crimen.

Dispuesto a enfrentar a sus antiguos aliados encabezados por A isa, salió Ali de Medina en octubre de 656, hecho que señaló el fin de Medina como capital del imperio islámico. Además, por primera vez un califa dirigía un ejército musulmán para enfrentarse con hermanos musulmanes.

Ali se dirigió al *misr* Kufa, recibiendo el apoyo de la población, y archó contra Basra, donde aconteció la lucha conocida por la traición como la "batalla del camello", pues el principal enfrentamiento se desarrolló en torno al camello montado por A isa, la 'Madre de los Justos'. La batalla concluyó con la victoria de Ali. Talha y Zubayr perecieron en el combate y A isa fue hecha prisionera y devuelta a La Meca, donde permanecería hasta su muerte en 678.

Después de ocupar brevemente Basra, Ali regresó a Kufa, ciudad que hizo su capital. Aparentemente fortalecido y dueño del imperio islámico, el califa contaba solamente con apoyo en la zona que controlaba; gran parte de Arabia y Egipto permanecían neutrales. Además era acompañado en su séquito por pietistas y teócratas que constantemente discutían su autoridad. En Siria, Mu awiya ocupaba una sólida posición, gobernando una provincia unida, con autoridad centralizada y disponiendo de un buen ejército, entrenado y disciplinado en las guerras de frontera con los bizantinos. Mu awiya había permanecido neutral mientras Ali luchaba con sus adversarios, pero

después de la eliminación de éstos, demandó justicia por el asesinato de Utman. Con esto no hacía más que actuar de acuerdo con la antigua costumbre árabe sancionada por el propio *Alcorán*. Sin reclamar pretensiones al califato, discutía el título de Ali, acusándolo de culpabilidad moral. Su primer movimiento fue rechazar al gobernador que envió Ali para reemplazarlo, lo que obligó al califa a salir al mando de sus tropas. En la primavera de 657, los dos ejércitos se encontraron en Siffin, a orillas del Éufrates; después de algunas semanas de negociaciones y desafíos, se enfrentaron definitivamente el 26 de julio de 657; cuando las fuerzas de Ali ya alcanzaban la victoria, Amr Ibn al-as, partidario de Mu awiya, hizo a sus soldados clavar hojas del *Alcorán* en las puntas de sus lanzas, queriendo significar que era necesario detener la lucha fratricida y someterla al juicio de Dios. La presión de sus hombres indujo al califa a aceptar la tregua y a confiar la decisión a unos árbitros. Ante esto, cierto número de hombres protestó, aduciendo que no reconocían ninguna decisión emanada de arbitraje humano, pues era un sacrilegio dejar en manos de hombres el juicio divino. Mientras se realizaba el litigio, estos partidarios de Ali se aislaron de ambas partes y desde entonces recibieron el nombre de *jawariy*, "aquellos que se salieron", denominación que los identificará a lo largo de su historia. Con esto dieron origen al primer quiebre de la *Umma*. Perfiláronse así los tres sectores que nacieron del cisma islámico: la *Sia*, o partidarios de Ali; los *jawariy*, y aquellos que, siguiendo a Mu awiya, conformaron la ortodoxia islámica o *Sunna* —en otras palabras: shiitas, jarichitas y sunnitas.

La aceptación del principio del arbitraje hizo perder a Ali sus prerrogativas de califa. Las sesiones se realizaron en Adrah; los árbitros, absolviendo a Utman, fallaron contra Ali, lo que trajo consigo que las tropas de Mu awiya proclamaran a éste como califa el año 658. Ali, antes de iniciar su campaña contra Mu awiya, consideró necesario reducir en primera instancia a los *jawariy*, aplastándolos en Nahrawan, hecho sangriento que contribuyó a su descrédito y afianzó las pretensiones de Mu awiya. Finalmente, Ali fue asesinado en Kufa delante de la mezquita por un *jarichita*, que vengaba la matanza de sus hermanos. Su muerte aseguró el triunfo de la familia Omeya.



Caballero árabe. Dibujo en papiro del siglo X.

## EL CALIFATO OMEYA



## La pugna política interna

La ascensión al poder de Mu awiya, fundador de la dinastía Omeya, da inicio a una nueva etapa para la *Umma*. Los historiadores árabes inmediatamente posteriores a la dinastía, designan a este período como monarquía *mulk*, negándose a otorgar a los gobernantes omeyas el título de califas, por haber secularizado el naciente imperio islámico, y señalan la reanudación del califato con el advenimiento abbasi, en 750.

El nexa teocrático que había sustentado y mantenido unida a la *Umma*, durante los primeros califas ortodoxos Abu Bakr y Omar, había sido destruido después del asesinato de Utman y la guerra civil que siguió a este hecho. Al instaurarse la nueva dinastía (661), se produjo el traslado de la capital imperial de Medina a Damasco, lo que significó la pérdida del poder para la oligarquía mequí y de la importancia política de Medina y La Meca, que sólo conservaron su prestigio religioso como cuna del Islam y centro de peregrinación de los santos lugares; esto, sumado a la rápida expansión del imperio, al estado de semiautonomía que poseían las nuevas provincias, al descontento de los partidarios de Ali, que postulaban los derechos de él y sus descendientes como legítimos sucesores del profeta Mahoma, y al problema jarichita, presentaba un complejo cuadro lleno de dificultades para la naciente administración Omeya.

El rol de Mu awiya, proclamado califa en Jerusalén en 661, fue fundamental para el asentamiento de la dinastía. Su primera gran labor fue el restablecimiento de la unidad del imperio; para ello inició un proceso de centralización gubernamental, ahora necesario si el naciente imperio había de sobrevivir. Este proceso suponía la adopción de varias medidas.

La primera de ellas fue el traslado de la capital a Damasco, cuya posición central y participación en antiguas tradiciones culturales y administrativas permitirían hacer posible un gobierno que eficientemente dominara las provincias más remotas. Además, Siria ofrecía la posibilidad de sustentar la nueva administración en una población recientemente convertida al Islam y ajena a las luchas intestinas de la península arábiga. Finalmente, Damasco era la base y centro de operaciones de Mu awiya como ex gobernador de la provincia, desde donde iniciara su lucha por el liderazgo de la comunidad de creyentes.

El segundo paso fue asegurar el poder califal, reafirmando la amplitud de sus poderes como guía religioso y político frente a la Sura o consejo de notables musulmanes que el arbitraje de Adrah había establecido.

En cuanto a la administración provincial, los califas omeyas supieron rodearse de personeros de cuya lealtad no cabía duda, dando a los gobernadores amplios poderes para ejecutar la política califal. Sin embargo, el nuevo califa se apoyó principalmente en los beduinos, al implementar una *Sura*, organismo consultivo y algunas veces ejecutivo, donde estuvieron representadas las principales tribus árabes, estableciendo un compromiso entre la autoridad y los jefes de tribus y notables. Este sistema fue también impuesto en los gobiernos provinciales, donde se constituyeron consejos locales. Esta política, clara vuelta a la fórmula de alianzas tribales prevalente en la Arabia preislámica, donde el nexa político se sobreponía al religioso, iba a ser una de las causas que conducirían al cabo de un siglo a la caída de la dinastía.

Finalmente, para asegurar la continuidad del poder, Mu awiya realizó un profundo cambio que caracteriza el paso de los califas ortodoxos a los omeyas; estableció la institución de la sucesión califal por línea directa, con lo que se aseguraba el mantenimiento del poder en la Casa Omeya.

Mu awiya, gran constructor del califato omeya, se destacó por su habilidad y fineza políticas (*hilm*); fue considerado uno de los más grandes califas hasta por la

oposición política abbasí y shiita. Su dinastía dotó al imperio musulmán de un sólido armazón jurídico y administrativo, desarrolló la urbanización y la vida social, fue la iniciadora de la arquitectura musulmana; favoreció la gestación de un movimiento intelectual, sentando las bases para el desarrollo de la futura civilización árabe-islámica clásica, que la época abbasí no hará más que llevar a su apogeo.

En el período omeya, el imperio musulmán consiguió su mayor extensión territorial, abarcando desde los confines de China hasta la península Ibérica.

A la muerte de Mu awiya (680) se agudizaron los conflictos internos, fomentados especialmente por el círculo medinense, que reprochaba a los omeyas el abandono de las tradiciones del profeta y su excesivo interés por los asuntos temporales en desmedro de los religiosos. Entronizado el hijo de Mu awiya, Yazid (680-683), debió enfrentar una rebelión encabezada por Al-Husayn, hijo de Ali y de Fátima, la hija del profeta, quien reclamaba sus derechos al califato. Al-Husayn rehusó reconocer al nuevo gobernante. Llamado por los siies de Kufa, fue proclamado califa; cuando intentó apoderarse de la ciudad, se enfrentó con las tropas dirigidas por Ubayd Allah cerca de Karbala en octubre de 680, perdiendo la vida. Aunque el hecho no tuvo gran trascendencia militar, el drama de Karbala, donde un descendiente del profeta murió luchando contra los "usurpadores", iba a provocar un abismo irreconciliable entre el Islam *shiita* y *sunnita*. La *si a*, que comenzó como una facción puramente árabe y política, agrupada en torno a las pretensiones de Ali y sus descendientes al califato, habiendo fracasado después de la batalla de Karbala, buscó la victoria como una secta islámica, adquiriendo la mayoría de sus prosélitos entre los *mawali*, en quienes la idea de una sucesión legítima a partir de la descendencia del profeta, ejercía mayor atractivo que continuar bajo la hegemonía de una dinastía hereditaria cualquiera. El shiismo llegó a ser esencialmente la expresión religiosa de la oposición al Estado y al orden establecido, cuya aceptación significaba conformidad con (*sunni*) la doctrina islámica ortodoxa.

Después de la batalla de Karbala, algunos shiitas se plegaron a los omeyas, otros intentaron sucesivas revueltas en Siria y en Irak, hasta ser finalmente aplastados en 685. Respaldado por descontentos pertenecientes a los alíes, a los *mawali* y a las grandes familias, encabezó más tarde una sublevación en la zona; se formó un pequeño reino que estableció en Kufa, que fue vencido por Ubayd Allah en 687. No volvería a haber rebeliones shiitas hasta el año 740, durante el califato de Hisam.

Importante fue la rebelión que estalló en el *Hiyaz*, dirigida por Abd Allah Ibn Zubayr, quien no reconoció a Yazid como califa. Este período representa un rebrote de las antiguas rivalidades tribales entre los qaysíes del norte, contrarios a los omeyas, y los kalbíes o yemeníes del sur, partidarios de la dinastía. Las tropas de Yazid vencieron en Medina a Ibn Zubayr, quien se refugió en la ciudad de La Meca. El deceso del califa Yazid ocasionó entonces un período anárquico, ya que su hijo, Mu awiya II, murió a las pocas semanas. Los medinenses proclamaron califa a Ibn Zubayr, apoyado por la tribu de los qaysíes. Por su parte, sus rivales yemeníes eligieron califa a Marwan Ibn al-Hakam, quien finalmente se impuso. Su corto período se caracterizó por constantes luchas, hasta que le sucedió su hijo, Abd al-Malik (685-705), quien logró restablecer la unidad y la paz en el imperio, constituyéndose en uno de los califas más destacados de la dinastía. Con la muerte de Ibn Zubayr, el año 692, desapareció la posibilidad que las ciudades de La Meca y Medina ejercieran algún rol político importante.

El movimiento *jarichita* constituyó una amenaza permanente para los omeyas. Momentáneamente controlados después de la batalla de Naharawan, los *jarichitas*

evolucionaron hacia tendencias políticas anarquistas, que derivaron en la gestación de varios focos de rebelión en diversos puntos del imperio.

Estas revueltas *jarichitas* prosiguieron hasta el final del califato omeya y fueron uno de los factores que contribuyeron a la caída de la dinastía.

Durante el gobierno de Abd al-Malik se inició un proceso de organización y ajuste de las antiguas estructuras de administración persa y bizantina; desde luego se instauró el árabe como lengua oficial de la administración y contaduría. En 696 se acuñaron las primeras monedas en arábigo.

Las revueltas shiitas, jarichitas y qaysíes continuaron poniendo en peligro la seguridad interior del imperio, pero Abd al-Malik, asesorado por el gobernador de Irak, Hayyay, consiguió mantener la estabilidad. Sus sucesores, Walid (705-715), Sulayman (715-717) y Umar Ibn Abd al-Aziz (Umar II, 717-720), gobernaron en un período de paz que fue alterado durante el reinado de Yazid II (720-724). El último gran período de la dinastía omeya fue alcanzado en el gobierno de Hisam Ibn Abd al-Malik (724-744); después de su muerte, el imperio declinó, intensificándose las pugnas tribales y reapareciendo una activa oposición *shiita* y *jarichita*. El último califa de la dinastía fue Marwan II (744-750), quien, a pesar de su habilidad, no pudo detener los acontecimientos que precipitaron la caída de los omeyas.

## La expansión del imperio

El período omeya extendió las fronteras del imperio árabe-musulmán a su máxima amplitud, enmarcando lo que sería el mundo musulmán clásico, donde se desarrollaría su civilización. Aunque en el transcurso de los siglos venideros el imperio iba a ganar nuevos territorios, ya no volvería a alcanzar jamás dicha superficie.

En la frontera de la provincia de Siria con Asia menor, los árabes enfrentaban al imperio bizantino. Los montes Taurus como frontera natural y el carácter no arábigo de la población de Anatolia dificultaron la conquista de la región; la ocupación no llegó más allá del Taurus y de algunas regiones de Armenia, limitándose los árabes a frecuentes incursiones. Cabe destacar la ofensiva organizada por Mu awiya, que en una acción combinada marítimo-terrestre trató de conquistar Constantinopla (673-677). La capital bizantina fue nuevamente asediada por los árabes en 717-718, sin éxito. Desde que Mu awiya organizó una flota de guerra, habría una serie de combates por la hegemonía del Mediterráneo, manteniéndose una situación de equilibrio.

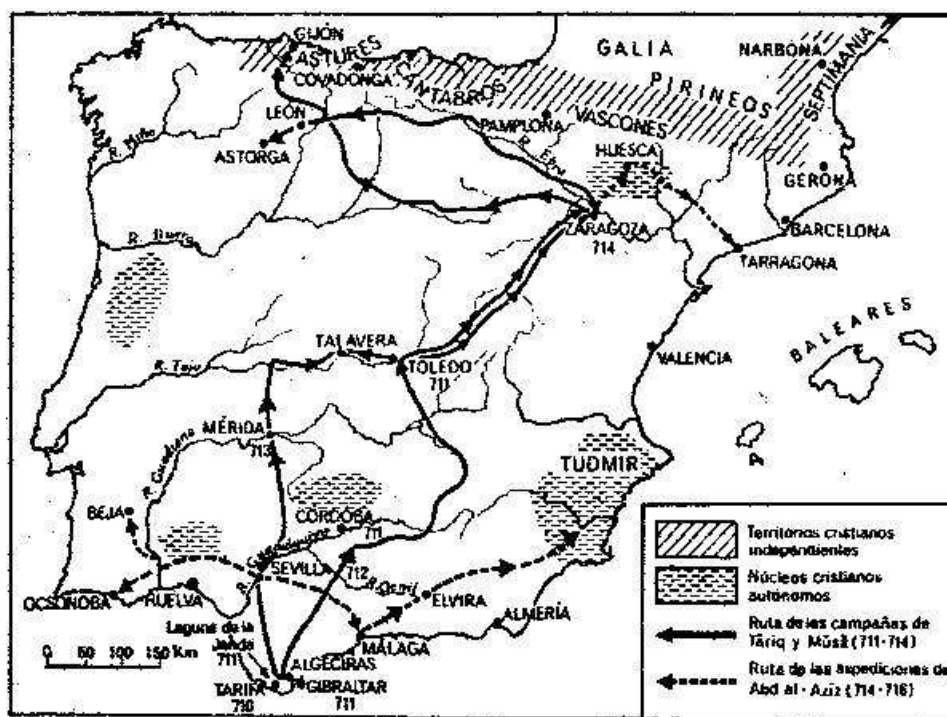
Hacia el este, la conquista de Irán se iba completando. La provincia de Jurasán había de servir de base para las sucesivas incursiones a Transoxiana. Afganistán fue ocupado en 699-700. Más tarde, Qutayba Ibn Muslim, gobernador de Jurasán, se apoderaría del Tojaristán (705), de la Sogdiana (706-709), del Jawarezm (710-712), de Samarcanda y la Fergana (713-714), convirtiéndose las ciudades de Bujara y Samarcanda en importantes centros islámicos en Asia central. Hacia el sur, las conquistas prosiguieron con la conducción del yerno de al-Hayyay, Muhammad Ibn al-Qasim, quien conquistó entre los años 710-712 el Beluchistán y el Sind hasta el Indo. Posteriormente, en 713, después de sucesivas incursiones, fue ocupado el centro budista de Multán, que se convertiría por un breve período en el lugar más avanzado del Islam en la India. Una vez alcanzado Syr Darza (antiguo Yaxartes), se inició la penetración árabe en China, que la batalla de Talas frenaría definitivamente en 751.

La expansión del imperio por el norte de África hacia la marca occidental, se reinició con los omeyas. Entre los años 660 y 663 se realizaron varias expediciones. Sin embargo, la decisiva se produjo con Uqba Ibn Nafi en 670, quien fundó un campamento

militar en Qayrawan (Kairuán); que sirvió de base para la conquista del África septentrional o provincia de Ifriqiya, y para proteger las comunicaciones con Egipto. La población bereber que ocupaba la región, ofrecía una permanente resistencia, destacándose la revuelta dirigida por Kusayla, que en el año 683 infligió una derrota a los árabes en Biskora, donde falleció Uqba, provocando con esto la evacuación de Ifriqiya.

Finalmente, después de un intento fallido en 695, en 698 los árabes tomaron Cartago, asegurándose la hegemonía en el norte de África.

Musa Ibn Nusayr, gobernador de Ifriqiya, extendió el dominio árabe hasta el Atlántico entre los años 705-708. En julio de 710 se realizó la primera expedición contra España, hasta que en abril de 711, Tariq Ibn Ziyad dio inicio a la conquista de la península Ibérica, desembarcando en el lugar llamado desde entonces Iyabal Tariq (Gibraltar) y derrotando sin dificultad al rey visigodo Rodrigo. Las ciudades de Córdoba y Toledo caerían en manos árabes en octubre y noviembre de 711. Prácticamente la totalidad de España cayó en manos moriscas en los cinco años siguientes.



La conquista musulmana a principios del siglo VIII.

## Organización del califato

A comienzos del siglo VIII, los omeyas dividieron el imperio en nueve provincias, reordenadas posteriormente, en cinco agrupaciones gubernamentales, sin considerar la capital imperial, Damasco, de la que dependían directamente Palestina y Siria: 1) Irak, Irán, Arabia oriental (capital: Kufa); 2) Hiyaz, Yemen, Arabia central (Medina); 3) Yezire, Alta Mesopotamia, Armenia, Asia menor oriental (Mosul); 4) Egipto (Fustat), y 5) Ifriqiya, España (Qayrawan). Cada uno de estos gobiernos estaba dirigido por un amir o gobernador, que gozaba de gran autonomía. Tenía a su cargo la administración civil y militar. Fue el encargado de la recaudación de impuestos, hasta que se creó un cuerpo recaudador independiente, de manejo centralizado. El encargado de cada provincia recibía el nombre de *amil* o *sahib al-jaaray*. Los gobernadores, designados

directamente por el califa, actuaban como soberanos locales y contaban con toda una infraestructura similar a la de la corte califal. Nombraban a las autoridades regionales, tanto en el ámbito administrativo como en el judicial. En relación a este último, fue durante la dinastía omeya que se creó un cuerpo colegiado de eruditos versados en la *sari a*, ley divinamente revelada, cuyas fuentes eran en aquella época el Alcorán y la Sunna. Estos estudiosos de la ley o ulama ejercían el cargo de qadi o jueces locales. De la práctica de la jurisprudencia, los qadis desarrollaron la ciencia jurídica que a posteriori generaría las cuatro escuelas ortodoxas interpretativas de la ley islámica: *Maliki, Hanifi, Safi i y Hambali*.

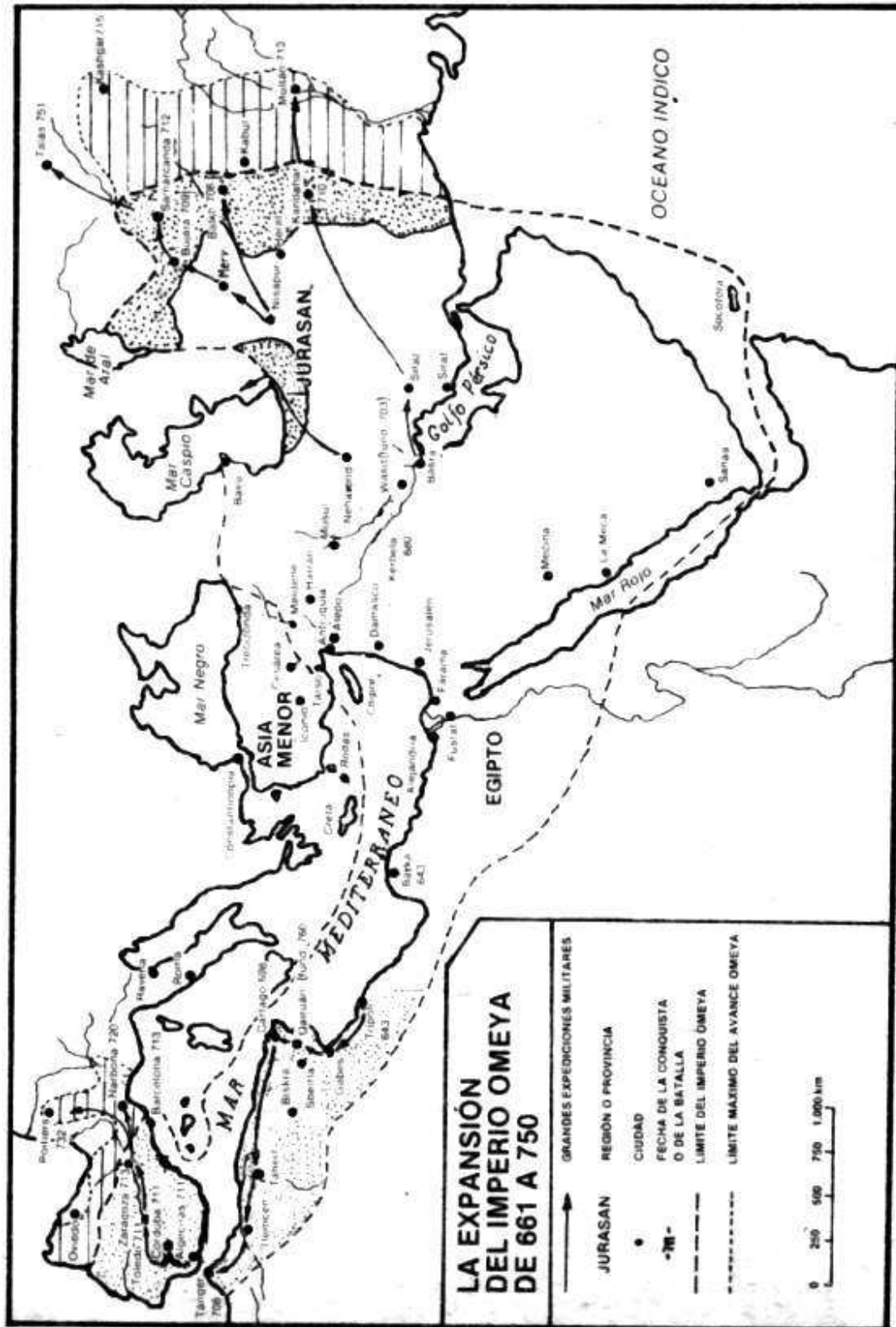
El sistema financiero del califato quedó finalmente estructurado durante el gobierno de Hisam: con impuestos (*jaray*) que, ligados a los bienes y no a sus propietarios, gravaban la tierra (*Usr*) sólo con el diezmo; pero obligando a los *dimmi* a pagar una capitación (*yizya*). Mediante este sistema se intentó solucionar uno de los grandes problemas del mundo islámico desde un principio: el de la propiedad y, en consecuencia, el financiero, debido a que la economía tenía su base en la agricultura.

La época omeya fue el período donde se gestaron y desarrollaron las grandes ciudades del imperio islámico. El origen de éstas debe buscarse en los primeros campamentos instalados en el momento de la expansión, tales como Al-Fustat, Kufa, Basra, Qayrawan y tantos otros. Con el aumento de la población y crecimiento de las ciudades nacieron los suburbios y se desarrollaron las actividades comerciales. Los árabes, que desempeñaban fundamentalmente cargos administrativos y de gobierno, constituían un sector de la población urbana; el segundo elemento de la población lo constituían los *mawali*, o recién convertidos al Islam, y los *dimmi*, o protegidos, que cumplían cargos de segunda importancia en la burocracia estatal, se dedicaban al comercio o desempeñaban algún oficio.

## Actividad cultural

El imperio omeya extendió la supremacía árabe-musulmana desde el Atlántico hasta el Turquestán, manteniendo un carácter árabe en el gobierno y continuando las tradiciones literarias de la Arabia preislámica. La población de origen arábigo que poblaba el cercano Oriente desde el origen de las civilizaciones, se reencontró con los árabes; por ello, y por su calidad de lengua religiosa y administrativa, es que el árabe se convirtió rápidamente en la lengua común. Este reencuentro fue el impulso que hizo germinar una gran civilización árabe-islámica, fundiendo elementos de otras culturas (Bizancio, Persia) con rasgos culturales puramente arábigos. En suma, la última gran oleada humana desde la península arábica, hacia todo el cercano Oriente, había de producir un reencuentro de todo este mundo con lo arábigo ancestral, despertando su conciencia de unidad y sus fuerzas creativas.

Con los omeyas se iniciaron grandes creaciones en el campo de la arquitectura. Impregnados de sus tradiciones árabes, los califas construyeron imponentes residencias en el límite del desierto sirio. Son especialmente conocidas las de Msatta, Qasr al Jayr al Garbi, al Sarqi, Jirbat al Mafjar Qusayr Amra, Qastal, y otros. También nacieron en este período las primeras construcciones religiosas del Islam: las mezquitas de Medina y La Meca; la mezquita Al aqsa de Jerusalén y la Cúpula de la Roca (Qubbat al-Sajra), erigidas en tiempos de Abd al-Malik, y la gran mezquita de Damasco, que levantó Walid I en el año 750, reemplazando a la antigua basílica de San Juan Bautista. No menos destacable es la primitiva mezquita de Qairawan, que ya no existe, así como las de los *amsar* de Irak.



Los principales centros de actividad intelectual fueron Siria e Irak. Apareció una prosa literaria escrita por los *kuttab*, hombres cultivados, secretarios de los califas y de las grandes personalidades. Se iniciaron los primeros estudios en torno a la tradición y el Alcorán. Por otra parte, en Medina se desarrolló la ciencia religiosa. Los califas omeyas se preocuparon por la vida espiritual y la literatura de su tiempo. En las letras, la

tradición árabe contaba con una riquísima herencia que, unida a la aportación islámica, llevaría a grandes creaciones. La poesía beduina fue enriquecida con nuevos temas: descripciones de la vida en las ciudades, elogios a los príncipes, luchas de partidos. Siguió desarrollándose la poesía amorosa, también de herencia beduina, como el poema que la leyenda atribuye al "Loco por Laila". Los tres poetas más destacados en la época omeya son Al-ajtal, Yarir y Farazdaq.





# **EL CALIFATO OCCIDENTAL**

## **EL EMIRATO DE CÓRDOBA**

### **Abderrahmán I**

En un día de verano del año 755, es decir, sólo cuarenta y cuatro años después de la llegada de Tarik, en España desembarcó Abderrahmán, último superviviente de los Omeyas. Venía desde Bagdad, de donde hubo de escapar hallándose enfermo, amenazado por los Abasidas, que acababan de derrocar a la dinastía omeya. Desde Palestina pasó al África septentrional, que recorrió de un extremo a otro —Barca, Tahort, Micnesa— hasta que llegó a la tribu de Nafza, en las inmediaciones de Ceuta.

Gobernaba la península el walí Yusuf, en pugna entonces con Somaíl, gobernador de Zaragoza. Desde el momento de la invasión, la historia de la España musulmana se reduce a luchas internas entre los propios musulmanes, árabes, berberiscos, yemeníes, sirios y medineses, y los walíes o gobernadores eran, la mayor parte de las veces, prácticamente independientes de la autoridad califal.

Algunos fieles adictos a los Omeyas prepararon a Abderrahmán el camino del poder, alojándole provisionalmente en el castillo andaluz de Torrox, entre Iznájar y Loja. En Archidona fue proclamado emir (monarca) y pasando por la serranía de Ronda llegó a Sevilla, de donde se encaminó por último a Córdoba. Tras luchas y negociaciones con Yusuf y con Somaíl, asentó con firmeza su poderío gubernamental, aunque hubo de enfrentarse contra toda clase de enemigos: árabes conspiradores, bereberes y yemeníes rebeldes, la intromisión de Carlomagno en el norte de la península (778) y toda especie de confabulaciones, incluso de sus propios familiares y amigos. Organizó una guardia de tropas mercenarias e implantó un despotismo militar, con el que logró superar tantas dificultades. Sus violentas represiones acaso fueran excesivas, pero necesarias para afianzar la dinastía e independizarse del califato oriental.

Sus enemigos más encarnizados, los Abasidas, no dejaron de reconocer su mérito, y el propio califa Al Mansur hubo de elogiarle con palabras precisas: «No teniendo otro sostén que su política y su perseverancia, ha sabido humillar a sus orgullosos adversarios, matar a los rebeldes, asegurar sus fronteras contra los ataques de los cristianos, fundar un gran imperio y reunir bajo su cetro un gran país que parecía dividido entre diferentes jefes». Al morir Abderrahmán (788) dejó un gobierno consolidado, y así surgió el emirato de Córdoba, independiente del califa de Bagdad.

### **Inestabilidad política**

La inestabilidad fue la característica más notoria del emirato cordobés. Por muy fieles que fueran a los Omeyyas, los notables se sentían preocupados ante la disidencia que suponía el emirato español respecto a Bagdad. Para ofrecer mayor sensación de legalidad religiosa, Abderrahmán inició en 786 la grandiosa construcción de la mezquita de Córdoba, cuyas obras estaban muy adelantadas a su muerte, dos años después. Su hijo Hixem I las continuó. Fue erigida aprovechando elementos ya existentes de una antigua catedral e impresionan en ella sus incontables columnas --un millar— que parecen formar un verdadero bosque de piedra. Sus arcos de herradura, característicos del estilo árabe, fueron utilizados, sin embargo, por los visigodos y otros pueblos de Oriente, y aquí aparecen montados uno sobre otro recordando en cierto modo los acueductos romanos. La mezquita de Córdoba constituye aún hoy día un monumento de primer orden y es la mayor mezquita en espacio cubierto de todo el Occidente musulmán.

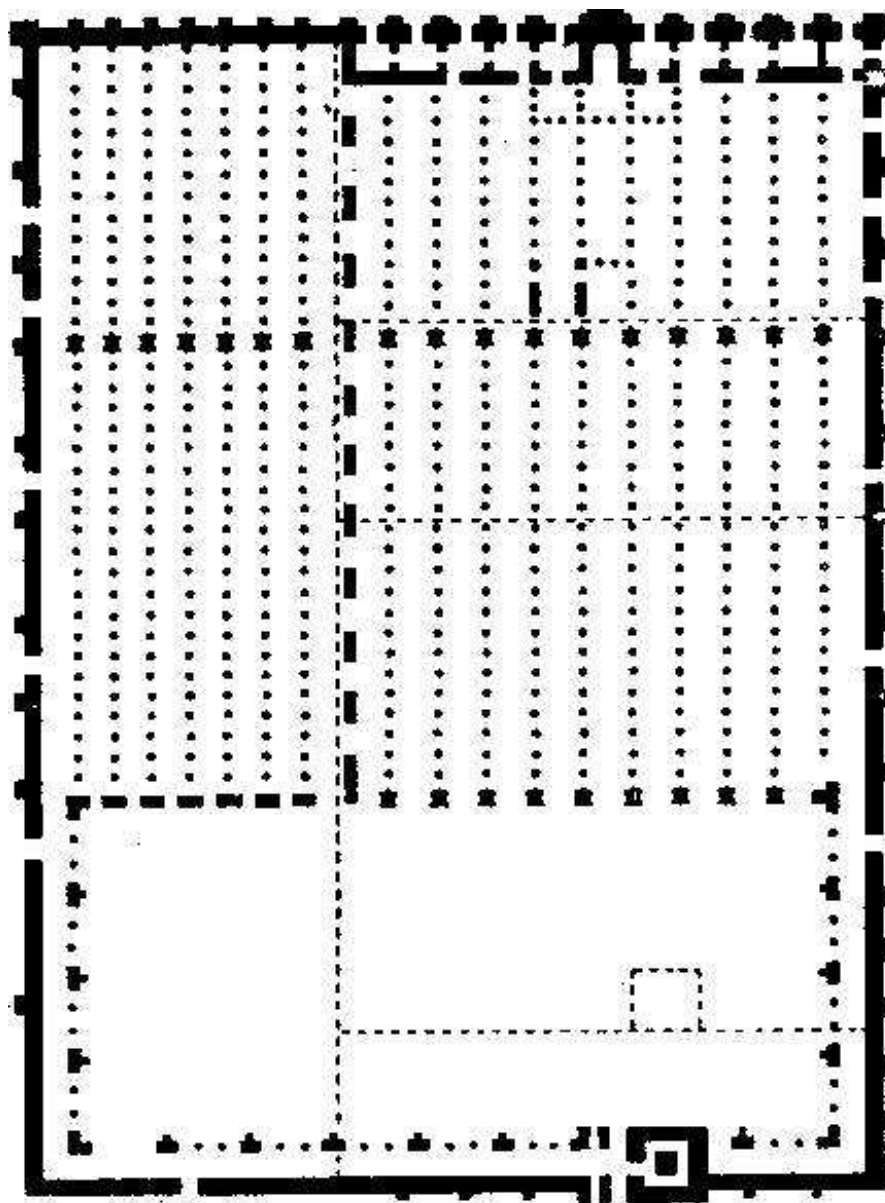
Los sistemas constructivos de la arquitectura musulmana diferían de los usados por los cristianos hispánicos. Se ha señalado que los fundamentos preislámicos de la arquitectura árabe deben buscarse entre los persas sasánidas, de quienes derivan acaso muchos elementos decorativos y ornamentales. Los templos cristianos justifican su estructura por ser lugares de reunión, de asamblea (*ecclesia*) de los fieles, en íntima comunión espiritual. Las mezquitas musulmanas (de *mesgid*, «lugar para postrarse») son lugares de aglomeración, de gentes simplemente yuxtapuestas, para orar en un día determinado, el viernes. Su esquema primitivo recuerda los recintos cercados de las antiguas caravanseras o estaciones de descanso de las caravanas. Su plano es fundamentalmente cuadrangular, a modo de amplio patio y por lo regular con una fuente en medio para las abluciones. En torno al recinto se alinean naves de columnatas cubiertas para resguardarse del sol.



*Mezquita de Córdoba. Interior Al-manzur.*

Según Hartmann, «la mezquita de Córdoba es la obra tipo para toda la evolución musulmana occidental y se hizo tomando como base la catedral visigoda de San Vicente. Sus grandes dimensiones, 175 metros de longitud por 70 de anchura, sus numerosas columnas (tiene once naves) y la maravillosa y extraña perspectiva que le

dan los arcos de entibación y la arquería de la maksura, hacen de este monumento uno de los más memorables en la historia del arte y sobre todo del siglo X, cuando recibió sus elementos más característicos».



*Planta de la primitiva mezquita de Córdoba*

Hixem I (788-796) era hombre apacible y benigno, que adoptó la doctrina de los maliquíes, fundada por el teólogo Malic ben-Anas de Medina, y eligió jueces y clero procedentes de esta secta. Según los cronistas musulmanes, Hixem era muy caritativo, vestía con extremada sencillez y recorría a solas las calles cordobesas, confundiéndose con el pueblo, visitando a los enfermos y las míseras viviendas de los pobres.

Alhakem I (796-821), hijo y sucesor de Hixem I, no era irreligioso, pero sí despreocupado, y ello le ocasionó la antipatía y luego el odio del clero islámico. La inestabilidad política jugó de nuevo su papel. El chispazo inicial estalló en 805, en que los sacerdotes musulmanes llegaron a apedrear en la calle al propio soberano. Reprimida la rebelión, estallaron otras sucesivas, y Alhakem, hombre de carácter alegre y expansivo, hubo de volverse pérfido y cruel. Para ahogar la sublevación de los toledanos, dice la leyenda que los jefes rebeldes fueron atraídos con astucia a un

banquete al que habían sido invitados. A medida que iban entrando uno a uno en un patio, se les cortaba la cabeza en el acto. Es imposible contar el número de víctimas — de 700 a 5000, se dice— en este siniestro día, que recibió el nombre histórico de «jornada del foso». El hecho tiene su equivalente, en los reinos cristianos, en la también legendaria «campana de Huesca», tres siglos más tarde, en tiempos del rey aragonés Ramiro II el Monje (1134-1137).

Estalló luego la no menos famosa revolución del arrabal de Córdoba (8 de mayo de 814), en pleno mes ritual de ayuno del Ramadán. Una inmensa muchedumbre se encaminó en masa hacia el palacio real, rechazando las cargas de caballería que se opusieron a su paso. Alhakem mandó prender fuego al arrabal del Sur, para que los revoltosos acudieran a extinguirlo y salvar a sus familias. Cargaron entonces sobre ellos los soldados de la guardia, los terribles e inexorables *mudos* —así llamados por ser mercenarios de diversas procedencias, que no conocían la lengua árabe—, que degollaron sin piedad a la población civil. Los supervivientes, unas 25,000 familias, fueron desterrados: 8000 se establecieron en Fez y otras 15,000 pasaron a Egipto y de allí a la isla de Creta, donde se constituyeron en reino independiente.

## **Abderrahmán II y la problemática mozárabe**

«Te dejo mis provincias pacificadas, ¡oh, hijo mío! Parecen un lecho sobre el cual puedes dormir tranquilo, porque he tenido cuidado de que ningún rebelde turbe tu sueño...», decía Alhakem I a su hijo Abderrahmán II (821-852). Se equivocaba. Vivía latente y soterrado un poso de rebeldía espiritual, el más peligroso y sutil de los inconformismos.

La corte cordobesa iba pareciéndose cada vez más a la de Bagdad. Hubo artistas como Ziriab, discípulo de un gran músico de la corte de Harum al-Rachid y árbitro de la elegancia, de la moda y de las buenas maneras; tenía, además, el buen gusto de no mezclarse en política. El propio emir Abderrahmán era aficionado a la poesía y al ambiente refinado. Pero el gobierno fue manejado por una sultana egoísta e intrigante y por un eunuco llamado Násar, que aborrecía a los cristianos, hasta entonces en general respetados. A todo ello se acompañaba la inestabilidad social: durante siete años hubo guerra civil en tierras de Murcia; en Toledo estalló otra revuelta con carácter de germanía, dirigida por un herrero, y en Mérida los cristianos se rebelaban continuamente.

Esta rebeldía mozárabe fue la más espectacular y sensible. Los antiguos hispanorromanos, un siglo después de la invasión musulmana, no se conformaban con ser ciudadanos de segunda categoría a que quedaron sometidos, gracias a la tolerancia e indiferencia de los conquistadores. Su rebelión fue al propio tiempo espiritual y armada. La represión produjo numerosas víctimas, consideradas por los cristianos como valerosos mártires, entre ellos san Eulogio, hombre de gran cultura, y algunas adolescentes apasionadas. Celebróse incluso un concilio provincial, presidido por Recafredo, metropolitano de Sevilla, para paliar la situación y tratar de solucionar el problema, y es curioso constatar que en él se discutió si el extremismo de estos mozárabes rebeldes resultaba conveniente y ortodoxo. No se llegó a un acuerdo entre los exaltados y los prudentes y acomodaticios, contra los cuales tronaba en sus obras el joven escritor Álvaro de Córdoba, de noble familia. Continuó la persecución contra los mozárabes, más sorda que manifiesta, y así san Eulogio fue martirizado en 859.

Pero todavía preocupó más al gobierno cordobés la formidable rebelión armada de la mozarabía andaluza que estalló en tiempos de Mohamed I (852-886), hijo y sucesor

de Abderrahmán II, que había muerto de modo repentino. Mohamed fue un soberano torpe e intolerante, odiado por todos. Un grupo de mozárabes y de rebeldes, dirigidos por el valiente Omar ben-Hafsún, se fortificó en las montañas andaluzas de Bobastro (880) y organizó allí un eficaz sistema de guerrillas que hizo tambalear el poderío del emirato cordobés. Omar fue el jefe de los mozárabes del sur, querido y respetado por sus excelentes cualidades y un verdadero monarca en un extenso territorio. Después de su muerte, los guerrilleros prosiguieron la lucha. Nuevas rebeliones que estallaron por doquier complicaron aún más la situación, hasta que una política más hábil y tolerante por parte de los monarcas musulmanes dejó limitadas las luchas a levantamientos muy esporádicos y distantes, como si obedeciesen a circunstancias ocasionales y jamás a una política constante de liberación; mucho menos a instigación o relaciones con los reinos cristianos. Con éstos mantuvieron los reinos musulmanes relaciones comerciales permanentes, cuando no se asociaron a título de aliados o feudos con determinados monarcas cristianos, asegurándoles su neutralidad y hasta su amistad en las luchas que mantenían entre sí los reinos del norte.

## EL CALIFATO CORDOBÉS: ABDERRAHMÁN III

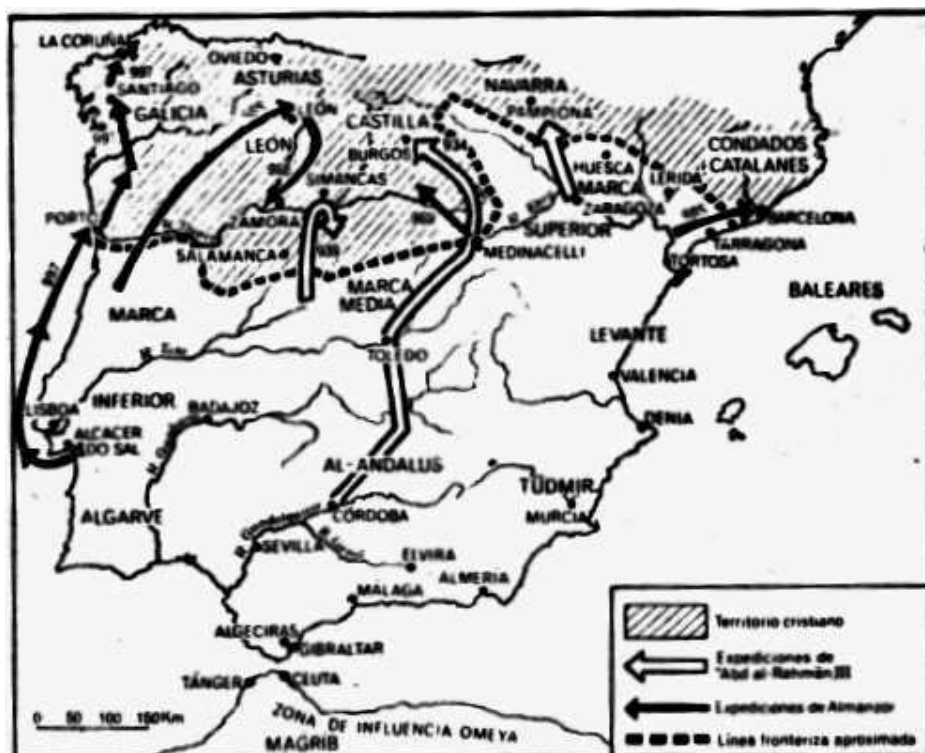
### Los comienzos de un gran monarca

«Su firmeza no indisponía, avasallaba; y la línea de conducta que seguía, lejos de ser insensata, era la que indicaba claramente el estado de las cosas y de los espíritus.» Con estas breves palabras, sintetiza el arabista Dozy el carácter de Abderrahmán III.

No puede decirse que, en 912, el nuevo príncipe hallara un estado en las mejores condiciones para empezar a gobernarlo, sino todo lo contrario. La permanente inestabilidad política se había convertido en confusión y caos; la guerra civil era ya crónica, las rebeliones proliferaban dispersas por todas partes, las guerrillas mozárabes se enseñoreaban de la mayor parte de Andalucía y, para colmo, dos enemigos exteriores acechaban la ocasión de destruir el emirato cordobés: Ordoño II, rey de León, al norte, y el califato africano de los fatimitas al sur. Urgía poner remedio radical a todo ello.

Abderrahmán no siguió la política tortuosa y vacilante de los anteriores emires, sino una línea decidida y audaz. Su campaña contra Omar ben-Hafsún fue enérgica y sin titubeos, y el propio soberano se aventuró por los vericuetos y senderos casi inaccesibles del sistema Penibético. Quince años pasaron hasta que pudieron ser reducidos los rebeldes, pero Abderrahmán siguió tenaz en su empresa como si el tiempo no contara para él. Al propio tiempo desarrollaba su política interna, pacificadora y suasoria por una parte, y rigurosa por otra. El espíritu de rebeldía de la aristocracia árabe y de los nacionalistas decrecía por momentos; había pasado ya una generación y los pueblos estaban cansados de tan prolongada y devastadora guerra. Su política de equidad tuvo gran eficacia, los castellanos se sometieron y todo el mundo vivió en la esperanza y confió en aquel príncipe que parecía simbolizar el eje primario de la vida nacional.

«Alá le había dado —decían los cronistas árabes—, la mano poderosa que hace brotar el agua de las piedras, que domeña las furias del mar y el flujo y reflujo de las olas, y que domina, cuando lo quiere Alá, los cuatro elementos y la Naturaleza misma...»



## Luchas al norte y al sur

Sin abandonar su campaña contra los guerrilleros del sur, Abderrahmán III envió en 917 una expedición contra los leoneses, que fue vencida en San Esteban de Gormaz. Dicen las crónicas, rememorando la batalla: «Y tan grande fue la mortandad que hubo allí, que no hay hombre que lo pudiera contar. Pues desde esa ribera del Duero, por donde pasaron, hasta Atienza y Paracuellos, montes y valles y campos todos yacían cubiertos de moros muertos...». Aunque Abderrahmán no dejó pasar mucho tiempo para el desquite.

En 920, inició en persona otra correría victoriosa por tierras de Osma, Clunia, Tudela y Calahorra, logrando derrotar en Valdejunquera a las mesnadas cristianas que cometieron el error de aceptar batalla en el llano. En 924 lanzó de nuevo sus huestes hacia el norte, llegando hasta Pamplona y rechazando dos veces a las tropas cristianas. En 934 organizó una despiadada y terrible correría que llegó hasta Burgos, y tres años después tomaba Calatayud y unos treinta castillos más, recorriendo la mayoría de las comarcas septentrionales, sometiendo Navarra a vasallaje y dominando toda la península, excepto León y Cataluña.

Al otro lado del estrecho, se le presentaba al príncipe cordobés otro problema: el creciente poderío de los fatimitas. Eran éstos los descendientes de Fátima, hija de Mahoma, que se consideraban con derecho al califato y no reconocían la autoridad religiosa ni política de los Abasidas. Se establecieron en Kairuán (hoy población de Túnez) y lograron separar del imperio árabe la mayor parte del norte de África (909-934). Pero su acción no sólo era secesionista con respecto a Bagdad, sino que aspiraban a la integración de todos los países musulmanes en su órbita política, amenazando de esta manera, por igual, a orientales y occidentales, y por tanto también a los territorios de Abderrahmán III.

En 929 ocurrió un hecho importante: la proclamación del Califato cordobés. El emirato omeya español creado por Abderrahmán I había respetado siempre la

consideración teórica de representante de Alá y sucesor de Mahoma al califa de Bagdad, cuyo nombre era invocado en las mezquitas españolas. Pero Abderrahmán III rompió sus lazos religiosos con Oriente y se proclamó legítimo «sucesor del Profeta» y *Emir al-mumenin* o «príncipe de los creyentes». Ordenó que se le dedicaran estos títulos, a partir del viernes 16 de enero de 929, en las oraciones y actos públicos y oficiales; queriendo así demostrar una superioridad con relación a los fatimitas norteafricanos. Por otra parte, la trayectoria geográfica del Califato había seguido una dinámica de traslación cada vez más alejada: La Meca, Damasco, Bagdad. Pocos problemas comunes podían tener centros políticos tan distantes como la península ibérica y el valle de Mesopotamia, con una amenazadora secesión fatimita, además, entre uno y otro extremos.

Dos años después inició en África, donde hasta entonces se había limitado a proteger a los príncipes de Necur contra los fatimitas, una política más activa, aliándose con Mohamed ben-Jazir, jefe de los bereberes de Magragua, que expulsó a los fatimitas del Mogreb central (Argel y Orán) y reconoció la soberanía de Abderrahmán. Esto fue causa de que los micnesa, poderosa tribu norteafricana, abandonara a los fatimitas, y de que el soberano andaluz se apoderase de Ceuta, llave del Estrecho y de Marruecos, en 931.

Sin embargo, los prolongados esfuerzos llevados a cabo por Abderrahmán III para procurar atraerse determinados elementos marroquíes a la órbita omeya cordobesa, para lograr paz, estabilidad y equilibrio en el Mogreb, se perdieron de modo lamentable durante los últimos años de su reinado. Su tendencia fue influir en todas aquellas tierras hasta el Oranesado y Argel. Las incursiones fatimitas dominaron al fin la situación. Y así, en el año 960, sucumbió Fez, la más importante de las ciudades mogrebinas y la preferida por el ilustre soberano de Córdoba. Acaso ello aceleró su pesadumbre y muerte.

## **El Califato**

Así, pues, desligado de Bagdad, Abderrahmán III consumaba el cisma, fundando el Califato occidental, con capital en Córdoba. Abderrahmán demostró grandeza y generosidad en sus obras. Mandó construir, a cinco kilómetros de la capital y en un bello paraje, una ciudad palatina —un Versailles cordobés— llamada Medina al-Zahra, en honor de una sultana favorita. Las obras, realizadas sobre tres extensas plataformas escalonadas, fueron continuadas en sucesivas ampliaciones durante cuarenta años, de ellos un cuarto de siglo del reinado de Abderrahmán, quien invirtió allí sumas fabulosas. Erigiéronse 4300 columnas de mármoles y jaspes multicolores y más de medio millar de puertas de metal, hierro y bronce bruñido. Destacaban dos fuentes monumentales, una en bronce dorado procedente de Constantinopla, y otra en mármol verde, de Siria. El Salón de los Califas tenía el techo de oro, paredes de mármol transparente y policromado y puertas de oro y ébano. Un gran pilón central, lleno de mercurio, podía ser puesto en movimiento mediante un ingenioso mecanismo secreto, que producía maravillosos efectos de luz en la estancia, que dejaban asombrados a los visitantes. En torno al palacio, había otras grandiosas construcciones anejas, como baños, hospederías, mercados, colegios, jardines espléndidos y estanques con millares de peces de colores. El número de servidores se contaba por docenas de miles, de ellos cerca de 20,000 eran hombres, entre criados, pajes, esclavos y eunucos.



*En tiempos del califa Abderrahmán III se produce una relativa estabilización en la frontera cristiano-musulmana, de ordinario tan fluida y elástica. En su extremo norte quedaban los territorios de "Afrank", es decir, los condados catalanes y pirenaicos, y el reino de Navarra; la llamada Frontera Media seguía aproximadamente el sistema central montañoso que separa ambas mesetas castellanas; y la Frontera Inferior dejaba en territorio califal la casi totalidad de la cuenca baja del Duero. Al norte quedaban los condados gallegos, dependientes del reino leonés, y el condado castellano, que inició en aquel mismo siglo X su recién adquirida independencia. En su imperio, Abderrahmán consiguió orden y prosperidad por dentro y respeto y consideración por fuera; aumentó la producción de la riqueza, fomentando la agricultura, la industria, el comercio, las artes y las ciencias hasta su grado más floreciente, y embelleció su capital, Córdoba, que pudo muy bien ser comparada en belleza e importancia a la propia Bagdad, metrópoli del Califato oriental (960).*

El historiador holandés Dozy, que no siempre elogia a Abderrahmán, dice de él: «Pero lo que excita más la admiración cuando se estudia este reinado glorioso, es el obrero más que la obra; el poder de esta inteligencia universal, a quien nada se le escapaba y que se mostraba tan admirable en los más pequeños detalles como en las más sublimes concepciones. Este hombre fino y sagaz, que centraliza, que funde la unidad de la nación y la del poder, que con sus aliados establece una especie de equilibrio político, que en su amplia tolerancia llama a sus consejeros hombres de distinta religión, es un rey de los tiempos modernos más que un califa de la Edad Media.»

Su poder era inmenso: disputó a los fatimitas el dominio del Mediterráneo, y los más altivos soberanos, el emperador bizantino, los reyes y príncipes franceses y el



emperador de Alemania solicitaban su alianza y le enviaban embajadores, y Abderrahmán III correspondía a su vez con la más correcta de las diplomacias. El cronista contemporáneo Juan de Gortz describe que, en el año 950, «el rey de España, Abderrahmán, movido por el glorioso renombre y las insignes empresas contra diferentes pueblos del entonces gran rey Otón, después emperador, le dirigió una embajada con presentes dignos de su real munificencia». El califa, por su parte, recibía majestuosamente las visitas de los enviados extranjeros, entre ellos, el propio Juan de Gortz: «En la cámara donde estaba el rey solo, como una divinidad, para nadie o para muy pocos visible, las suntuosas telas de que estaba todo cubierto confundían a la vista las paredes con el pavimento. Allí, y en medio del lujo más espléndido, se hallaba el monarca recostado en un cojín, porque no usaban, como los demás pueblos, tronos o sillas, sino lechos o cojines en que se recuestan, cruzando las piernas para comer o para conversar».

El Tesoro público, que hallara exhausto a su advenimiento, llegó a ser el más próspero de todas las monarquías contemporáneas. Con el tercio de las contribuciones, cubría las necesidades de su imperio; otro tercio se empleaba en construcciones, embellecimiento y comodidad en las ciudades y caminos; el resto quedaba en reserva para afrontar adversidades posibles o guerras largas. Se calcula que diez años antes de su muerte, Abderrahmán guardaba en las arcas de su tesoro sumas fabulosas para aquellos tiempos y hasta para los actuales, ateniéndose al distinto nivel de vida. Un viajero de su época decía que los dos reyes más ricos del universo eran los califas de Oriente y Occidente. Y la prosperidad del país estaba en consonancia con la riqueza del tesoro regio. Era la época de la fundación, por la dinastía de los Otones, del Sacro Imperio Germánico; cuando se establecían definitivamente los normandos en el norte de Francia; el Imperio bizantino se hallaba amenazado en casi todas sus fronteras, y los califas de Bagdad iniciaban la curva descendente de su decadencia.

Los últimos años de su reinado los pasó en su retiro encantado de Medina Al-Zahra, viejo ya, pero no achacoso, y entretenido «en la buena conversación de sus amigos —según narra el cronista Ben Adhari— y oyendo cantar los elegantes versos de Monza, su esclava predilecta y secretaria; de Aixa, doncella cordobesa, hija de Ahmed ben-Cadin, la más bella erudita de su siglo; de Safía, hija de Abdalá Rayi, también poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noiratedia; con ellas pasaba las horas en las sombras apacibles de los bosquecillos, que ofrecían mezclados racimos de uvas, naranjas y dátiles. En sus últimos días estuvo algo melancólico, pero siempre afable con cuantos le rodeaban».

A su muerte, en 961, se halló un diario personal en su cofre secreto. Allí confesaba: «Durante cincuenta años he reinado en paz y en gloria, amado de mi pueblo, temido de mis enemigos, honrado por mis aliados. Los príncipes más poderosos de la Tierra han solicitado mi amistad. Todo cuanto puede desear el hombre —poder, riquezas, honores y placeres— lo he tenido. Pero he contado escrupulosamente los días en que he gustado de una felicidad sin amargura y sólo he hallado catorce en mi larga vida...» El poder y un reinado brillante y próspero no lograron hacer dichoso a Abderrahmán.

## **Esplendor de Córdoba**

De creer a los cronistas árabes, Córdoba contaba entonces con una población de 500,000 habitantes, más del doble que la actual. Otros aseguran que se acercaba al millón, residentes en 200,000 casas. Se calcula que sólo en Andalucía vivían tantos

millones de habitantes como figuran hoy en el censo de toda España. Urbe de importancia excepcional en la Edad Media, cuando Roma, la Ciudad Eterna, perece y gime de incuria y abandono, Alejandría se despuebla, Constantinopla vive vegetando, y París y Londres no pasan de ser grandes poblachos. Las calles cordobesas, magníficamente pavimentadas, se pulen y acicalan y los jardines de sus mansiones señoriales se desbordan en sensuales contornos y en aromas deliciosos; en sus zocos o mercados brillan las sedas y los metales preciosos, las filigranas de la artesanía y el jugoso terciopelo de las frutas. En las noches de luna palpitan musicales sonos de guzlas y añafiles, y la ciudad aparece iluminada con linternas. Siete u ocho siglos más tarde, todavía los londinenses tropezarían a oscuras por las calles de la capital de Inglaterra.

La población vivía feliz, en general. Una metrópoli con 300 baños públicos — número muy superior al de cualquier ciudad actual— con 3000 mezquitas, y cuyos arrabales extramuros, caseríos y otros grupos diseminados, llegaban a integrar 28 barriadas nos demuestra su enorme poder centrífugo de expansión ciudadana. La población gozaba de bastante poder adquisitivo. Casi nadie viajaba a pie: el más modesto ciudadano poseía, al menos, un caballo para trasladarse de un lugar a otro. En el seno del Califato cordobés vivían laborando juntos hombres de toda raza y religión. Largos períodos de paz hicieron posible tanto esplendor. No debe olvidarse que, a lo largo de casi ocho siglos, musulmanes y cristianos convivieron pacíficamente, porque ni uno ni otro credo religioso eran impuestos por la violencia. También los hebreos residían de modo indistinto en unos u otros estados, ocupando altos cargos en los palacios andaluces como en los reinos cristianos del Norte. El propio Corán recomienda a menudo que no se dispute «con judíos ni con cristianos, sino en términos amistosos y moderados». Exceptuando casos aislados, no hubo fanatismo en la Península, cuya política general estuvo al margen de los asuntos europeos, como la problemática feudal, la querrela de las Investiduras, las luchas entre el Pontificado y el Imperio, e incluso las propias Cruzadas. Y la cultura árabe-española cobró tanta importancia que, hasta el advenimiento de la época renacentista, la cultura europea se basó en gran parte en obras hispanomusulmanas traducidas al latín y difundidas al norte de los Pirineos.

El soberano era general en jefe de su ejército, juez supremo, pontífice máximo y administrador general, como un César Augusto del islamismo. Junto a él, un *hachib* o primer ministro y unos visires o ministros de diversos ramos y actividades: el diván de cada especialidad correspondía a un actual ministerio de cualquier país. Cada una de las siete provincias del Califato estaba regida por un *walí*, virrey o gobernador; otros altos funcionarios regían las ciudades importantes y había también gobernadores específicos de frontera, similares a los marqueses cristianos o «condes de la marca».

A esta curiosa mezcla de refinamiento y fuerza, se añadía un esplendor cultural y literario. Las bibliotecas públicas y privadas alcanzaron importancia capital, y a este florecer de las actividades del libro contribuyeron la facilidad de la caligrafía árabe, que simplificaba la copia de manuscritos, y el empleo del papel de pasta, cosa que abarató la confección del volumen, elaborado antes con hojas de vitela o papiro. No debe olvidarse, por otra parte, que los intelectuales islámicos, desconocedores en absoluto del teatro y privados del ágora política, vertieron sus actividades y entusiasmos en las bibliotecas y en las academias. Córdoba se convertía en el cerebro del mundo y a ella acudían sabios y estudiosos procedentes de las más lejanas naciones.

Las enseñanzas universitarias dábanse, a modo de gran *madriza* o colegio, en la mezquita principal. Pululaban los estudiantes a millares. El hijo y sucesor de Abderrahmán III fundó unas 30 escuelas gratuitas, anticipándose así en mil años a las modernas tendencias pedagógicas. Eran poquísimos los cordobeses analfabetos en aquel tiempo, cuando casi nadie sabía leer ni escribir en el resto del mundo.

Este nivel tenían también la industria, la artesanía, y la economía del país. La ciudad era una colmena activa, donde trabajaban las almazaras, las tolvas en los molinos, el cardado del cáñamo, resoplaban las fraguas, no se detenía un punto el alfarero en su tabanque ni el tejedor ante la urdimbre del telar. Había en Córdoba unos 15,000 tejedores de lana, y el acero se templaba con igual perfección que en las fraguas de Toledo y de Damasco. En la urbe cordobesa adquirió tal prestigio el curtido y repujado de pieles y cueros que su producto recibió para siempre el nombre de cordobán. Un cordobés, Ben-Firnás, inventaba el cristal.



*Mezquita de Córdoba. Exterior.*

Abundancia y paz, grandeza y suntuosidad, convertían esta «Atenas del islamismo» en una opulenta ciudad digna de las narraciones de *Las mil y una noches*.

## **Alhakem II el Sabio**

En esta ciudad maravillosa empezó en 961 a reinar Alhakem II, hijo del primer califa, al que pronto habría que llamar el Sabio. Dícese que había leído casi medio millón de libros, cifra que parece, muy a lo oriental, fabulosa como las metáforas de los poetas árabes. Heredó las bibliotecas de su padre y de su hermano, a las que añadió la suya propia. A diario, acudían de todas partes a Córdoba mensajeros encargados de adquirir o copiar manuscritos raros o interesantes ejemplares de curiosa doctrina o de belleza única, literarios o científicos, obras primorosamente encuadernadas e ilustradas, para el comendador mayor de los Creyentes. No pasaba día sin que recibiese alguna satisfacción o sorpresa de tipo bibliográfico procedente de Alejandría, de El Cairo, Damasco, Bagdad, Mesopotamia o Persia. Según los cronistas, su biblioteca «era una maravilla de cuya posesión rey alguno de la tierra ha podido envanecerse antes ni después».

Como estadista, Alhakem no se mostró inferior ni indigno de su ilustre predecesor. Tuvo tiempo sobrado de familiarizarse con el poder, como príncipe heredero, ya que ocupó el trono pasados los cuarenta años. Fue consciente y respetuoso

con la tradición y la obra de su padre y precursor. Su reinado de quince años fue uno de los más pacíficos y fecundos de la dinastía omeya andaluza, aunque debe señalarse que no tuvo la energía ni el mismo carácter rectilíneo y autoritario de su padre. Sin embargo, luchó contra los cristianos, obligando a Fernán González, a Sancho de León y a García de Navarra a pedir la paz que el califa no trató de quebrantar en modo alguno. También en 966 fue rechazado con éxito un intento de desembarco de *machus* o piratas normandos, daneses en su mayoría.

En los últimos años de su gobierno, el sabio califa incrementó sus obras piadosas y empresas de beneficencia, manumitió y libertó numerosos esclavos, fomentó la religiosidad y la cultura general, vinculó bienes y rentas en provecho de la enseñanza de los niños menesterosos, y rebajó en una sexta parte las contribuciones e impuestos extracanánicos. La salud de Alhakem II no era muy robusta. Propenso a la parálisis, un ataque de hemiplejía le impidió a finales del 974 toda actividad. Superó esta crisis, pero no por mucho tiempo. Antes de dos años, cayó fulminado por la misma dolencia.

A la sazón, se hallaba ya en palacio el hombre que restallaría como un relámpago —a la vez militar y político— durante el último cuarto de aquel siglo.

## EL CALIFATO MILITAR

### Almanzor, dictador del Califato

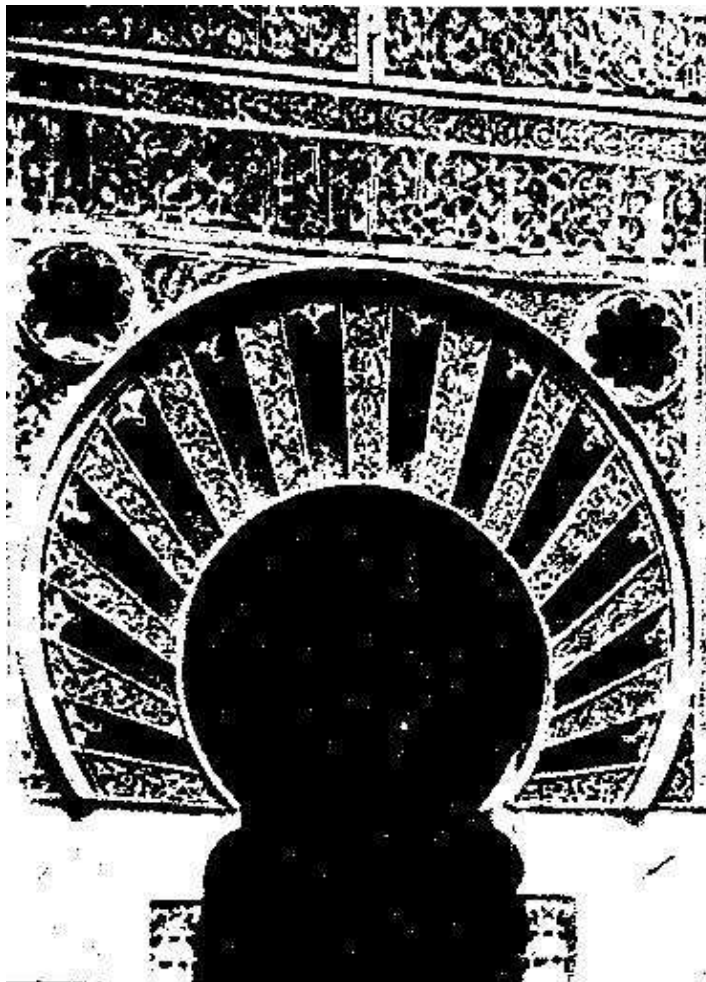
Una noche, en un jardín cordobés junto al Guadalquivir, un grupo de estudiantes cenaba y bromeaba. Uno de ellos propuso a sus compañeros que le solicitaran los cargos que desearan ocupar en el gobierno, que él prometía otorgárselos cuando fuera primer ministro y dueño del poder. Siguiendo la broma, le pidió cada uno cuanto se le antojó y el presunto jefe se lo iba concediendo a cada cual. Un estudiante no quiso seguir la broma, sino que le injurió y le desafió a que le sentenciara a un suplicio espantoso. Pasaron los años y se cumplió al pie de la letra la escena de aquella reunión nocturna, incluso la condena del estudiante.

Quien sintió tan pronto la vocación de mando y gobierno era un muchacho pobre y desconocido llamado Mohamed ben-Abi'Amir, que haría famoso y universal su sobrenombre de Almanzor. Clásico personaje de los que tuvieron «principios humildes y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar a una suma grandeza», en frase cervantina, empezó redactando memoriales a las puertas de palacio, desempeñando luego empleos subalternos; pasó después a ser administrador del heredero del califato y se introdujo en las altas esferas intrigando junto a Aurora-Zohbeya, la sultana favorita del califa. La carrera o *cursus honorum* de Almanzor fue rápida y fulgurante: intendente de los bienes de la propia sultana, director e inspector de moneda y comandante de las fuerzas armadas de seguridad interior del Califato, todo en sucesión inmediata. Entonces inició su preparación militar.

Una guerra en Marruecos le proporcionó el clima guerrero que necesitaba. Los fatimitas ya no eran peligrosos, pero sí lo eran sus aliados, los edrisíes, sobre todo el rey de Tánger y Arcila. La intervención de Almanzor en la campaña satisfizo a todos, y pudo captarse valiosas amistades entre los príncipes africanos que más tarde le fueron útiles en extremo. A poco de regresar a la península, murió Alhakem II, sucediéndole Hixem II, menor de edad y bajo la tutela de Aurora-Zohbeya, lo cual equivalía a decir sometido a la de Almanzor, su amante. Intervino acto seguido en el asesinato de un hermano del califa difunto, a quien pretendían entronizar unos eunucos, y al año siguiente (977) emprendió su primera campaña contra los cristianos del Norte, a quienes

venció. Regresó a Córdoba con magnífico botín que con toda intención repartió generoso entre el elemento militar. Al propio tiempo se atrajo a Galib, general en jefe del ejército, casándose con su hija Ashma, y poco después logró destituir al anterior primer ministro e hizo nombrar en su lugar.

Cauteloso, audaz y diestro, Almanzor iniciaba su carrera de dictador del Califato.



*Detalle del Mihrab de la Mezquita de Córdoba (El Mihrab es el punto central de la mezquita, orientado hacia La Meca).*

## **Reorganización militar: las Cincuenta Campañas**

Almanzor comprendió que necesitaba atraerse al elemento clerical, los alfaquíes, para poder ejercer influjo político permanente. Acaso a pesar suyo, porque no era hombre inculto, mandó quemar todos los libros de la grandiosa biblioteca de Alhakem II que versaran sobre filosofía, creándose así reputación de piedad y ortodoxia. Luego, de acuerdo con la sultana Aurora, mantuvo recluido al débil Hixem II entre las mujeres del harén del palacio califal, donde quedó anulado para siempre. Al dictador del Califato sólo le quedaba emprender a fondo una reorganización militar para manejar así todos los resortes del poder.

Para sus reformas en el ejército alegó motivos patrióticos. Suprimió la antigua organización por tribus, idea ya iniciada por Abderrahmán III, y creó un ejército propio a base de soldados mercenarios, adictos y muy bien pagados, que reclutó no sólo en el norte de África, sino entre gentes de aluvión procedentes de Galicia, Castilla y otros

países cristianos. Todo ello fue muy mal visto por su suegro Galib, militar de vieja escuela y constante en su lealtad monárquica, a quien alarmaban las maniobras del dictador. El choque entre ambos fue inevitable, entablóse una batalla entre las localidades de Atienza y Gormaz (Soria) y Galib murió combatiendo contra las tropas de Almanzor. Éste se revolvió entonces contra los leoneses que demostraron simpatía a Galib, asaltó y saqueó Zamora (981), dando muerte a 4000 cristianos y cautivando a otros tantos. Los ataques y ofensivas contra los reinos del Norte no cesaron ya hasta la muerte del dictador.

El gobierno de Almanzor pudiera titularse el de las Cincuenta Campañas, porque éste fue el número aproximado de ellas que emprendió; por lo regular, dos cada año. En 977 atacó Alhama-Balneos, entre las actuales provincias de Avila y Cáceres, próximo a la montaña que aún lleva su nombre (Plaza del Moro Almanzor, 2661 m); en el mismo año de 981 cayeron Rueda y Simancas, amenazó León y a su regreso adoptó el título de *Al-mansur bi'llah*, «el victorioso con la ayuda de Alá», el Almanzor que ya no dejaría nunca. Tres años después, sus correrías siguen la trayectoria de Gormaz y Coyanza, y la de León, Astorga, Sahagún y Simancas, convirtiendo León en provincia tributaria. Al año siguiente, se dirigió a Barcelona: tras una espectacular excursión por, todo el Levante peninsular, devastó la capital catalana. En 986, las expediciones se lanzaron contra Sepúlveda, Zamora, Nájera y Navarra; un año después, a Coimbra y Galicia; en 988 a León, Astorga y Zamora y al año siguiente a Osma y el alto Duero, en evoluciones constantes e inesperadas que desconcertaban a los cristianos. La ciudad de León quedó totalmente arrasada y el caudillo musulmán sólo dejó en pie una torre que sirviera de testigo, en el futuro, de la grandeza de la ciudad destruida.

Entretanto, Almanzor se desembarazaba de todos cuantos pudieran hacerle sombra política: el almirante Ben Al-Rumahis; el príncipe de Zab, Ben-Gannun; su primo Askalacha; el príncipe Abdallah «Piedra Seca»; algunos de ellos asesinados a traición y sangre fría. Almanzor sólo podía sostenerse apoyándose en la delación y el crimen. Cuando ya no sirvió para sus fines, también se deshizo de la sultana Aurora-Zohbeya, confinándola en un destierro poco dorado. Para acallar murmuraciones populares, decidió ampliar la mezquita de Córdoba con otras ocho naves, a costa de muchísimo gasto, indemnizando regiamente a los propietarios de las fincas colindantes expropiadas y haciendo trabajar en ella duramente y entre humillaciones a numerosos cautivos cristianos. De vez en cuando, hipócrita y santurrón, tomaba el pico y la pala laborando en la mezquita, afectando ser el «primer trabajador del Califato» y el primer obrero del Islamismo...

Prosiguieron las incursiones, reduciendo el territorio cristiano, seguro de sus algaradas, a los estrechísimos límites que tenía al iniciarse la Reconquista. En 994, desde Coimbra, torció bruscamente hacia tierras castellanas —Clunia, Gormaz y Langa—, y al año siguiente atacaba Astorga y, repentinamente, Sepúlveda. En 977, emprendió su famosa expedición a Santiago de Compostela, el más venerado centro piadoso de los cristianos del Norte, devastó todo a su paso, y según la tradición obligó a los prisioneros a que cargaran sobre sus espaldas las puertas de la ciudad y las campanas de la iglesia, para utilizarlas como lámparas en la mezquita, después de una agotadora marcha por tierras de Lamego y Ciudad Rodrigo. En 999 ocupaba Zamora con fuerte guarnición y llegaba a Pamplona; en la siguiente campaña recorrió el valle del Ebro hasta Zaragoza, y el régimen de muerte y terror que impuso a los cristianos dio ocasión a que éstos creyeran a pie juntillas que el año 1000 era el del fin del mundo. Sin embargo, ignoraban que pronto iban a verse libres del odioso caudillo musulmán.

En efecto, dos años después, en una expedición a la Rioja, cayó gravemente enfermo y, al retirarse sus tropas, quizás rehuyendo un combate en Calatañazor (Pico de

las Águilas); batalla cuya existencia no está históricamente comprobada. Siguió camino hasta Medinaceli, lugar donde murió.

Un cronicón castellano de la época anuncia brevemente el suceso: «El año 1002 murió Almanzor y fue sepultado en los infiernos...»

## **Derrumbamiento del Califato occidental**

La dictadura de Almanzor fue funesta para el Califato. Sus espectaculares campañas fueron efímeras. Nos suenan hoy como simples algaradas, audaces, pero muy comprensibles, dada la gran cantidad de zonas despobladas y desguarnecidas que separaban los castillos de las zonas avanzadas. Tanto los cronistas islámicos, como los cristianos, exageraron considerablemente aquellas fulgurantes incursiones contribuyendo así a crear la leyenda. El pánico del año 1000 contribuyó a fomentar tal clima; por lo demás, no debe pensarse en la idea de frente o frontera, en aquellos tiempos.

A tal efecto y resumiendo, dice Vicens Vives: «Drenados los principales recursos financieros de Al-Andalus hacia las empresas militares de Almanzor, pudo éste asestar durísimos golpes contra sus adversarios del norte: León, Compostela, Barcelona, muchas otras ciudades y monasterios de León, Castilla y Cataluña, conocieron el hierro y el fuego musulmanes. Pero aunque los cristianos fueron impotentes para resistir a las huestes califales en campo abierto y aun tras las ciudades muradas, las fronteras apenas sufrieron modificación. Ello demuestra que, en estos momentos, los límites entre la Cristiandad y el Islam eran ya límites humanos, de población, no coberturas estratégicas».

Un hijo de Almanzor, llamado Al-Mudafar, intentó en vano continuar la obra de su padre; pero, en el Califato, desde la muerte del dictador, imperaba el caos y los elementos disgregadores y secesionistas levantaban cabeza. En más de una ocasión se vio Córdoba invadida y saqueada por bandas de soldados cristianos, que vengaban así antiguas humillaciones. En 1013 estalló una terrible rebelión de berberiscos y las luchas por el poder no cesaron hasta que, en 1027, fue proclamado Hixem III, cuyo gobierno sólo duró cuatro años. En el año 1031, una junta de visires o ministros declaró derogado el Califato.

Entretanto, los gobernadores de provincias y jefes de familias nobles o poderosas iban adquiriendo soberanía en diversas comarcas: los Hamudíes en Málaga y Algeciras; los Beni-Ziri en Granada; los Beni-Alaftás en Badajoz; los Tochibíes Beni-Hud en Zaragoza; los Abadíes en Sevilla, y más de veinte principados en total, de hecho — y luego, de derecho—independientes, que son conocidos con el nombre de taifas o banderías.

Algunos han querido comparar esta situación a la de una especie de feudalismo musulmán, pero ni en la zona islámica ni en tierras castellanas ha habido un verdadero feudalismo, tal como se conoció en el resto de Europa. De todos estos reinos de taifas destacaron por su cultura el de Almería, y, más aún, el de Sevilla, donde reinó Al-Motamid, príncipe cruel que plantaba flores en los cráneos de sus enemigos; y su hijo Al-Motamid, soberano literato y libertino que centró en Sevilla el foco literario árabe de su tiempo y sucumbió ante la invasión de los almoravides norteafricanos.

Toledo y Zaragoza merecen mención especial. El reino toledano acogió con mal disimulado entusiasmo la disolución del Califato, que suponía para sus residentes una verdadera liberación. Núcleos importantes de mozárabes y judíos poblaban barrios enteros de la antigua capital visigoda, y ellos contribuyeron a la poderosa tendencia

secesionista que siempre se puso en ella de manifiesto. Su último monarca, Al-Cádir, entregó la población al monarca castellanoleonés Alfonso VI (1085), quien se comportó con extrema liberalidad hacia los musulmanes que en ella quisieran permanecer, dejándoles la mezquita mayor para que pudieran practicar libremente su culto.

En Zaragoza, el rey Al-Moctádir (1046-1081) fue decidido protector de las ciencias, las letras y las artes; acogió benévolo al Cid Campeador en sus estados y recuperó en 1065 la ciudad de Barbastro de manos de una banda de normandos capitaneados por Guillermo de Montreuil, que la habían conquistado el año anterior en una audaz incursión por el valle del Ebro. Su hijo y sucesor Al-Motamin (1081-1085) siguió las tradiciones culturales y científicas de su padre. Fue el de Zaragoza un estado en donde todos, cristianos y musulmanes, tenían libre acceso.

La capital zaragozana tardó todavía bastantes años en caer en poder de los almoravides norteafricanos: en 1110, es decir, un cuarto de siglo después de la llegada de éstos a tierras peninsulares.

## **La convivencia hispanomusulmana**

De cuanto queda dicho, deducimos la frecuente comunicación entre todos los pueblos peninsulares a lo largo de los tiempos medievales, y que prosigue durante los siglos del gótico. A medida que avanzó la Reconquista, la compenetración entre unos y otros se hizo más regular y frecuente. Debe recordarse que se calcula en sólo unos 10 000 el número de musulmanes que invadieron la península en el siglo VIII, que casi todos se unieron con mujeres hispanas y que, al cabo de pocas generaciones, no quedaba ni rastro de la raza arábica. Razas y religiones jamás constituyeron compartimentos estancos en tierras peninsulares: no hubo auténtica solidaridad de los mozárabes — antiguos hispanorromanos— con los cristianos del Norte, como tampoco entre los mudéjares — musulmanes en tierras cristianas— con sus hermanos del Sur.

Ni siquiera una vez terminada la Reconquista, constituyeron los mudéjares problema alguno; fue mucho más tarde cuando se plantearon: en tiempos de intolerancia y espíritu de Inquisición. Al finalizar el siglo XV, incluso tenían Universidad propia los mudéjares zaragozanos. Eran tan numerosos en ciertas comarcas estos moriscos, que solía haber sólo tres cristianos en algunas poblaciones: el cura, el notario y el tabernero. Desarrollaron en gran escala no sólo los factores económicos, sino los culturales y artísticos: participaron en la literatura (*Poema de Yusuf*) y en el arte llamado mudéjar, cuyos monumentos todavía se conservan en Aragón y otros puntos.

El idioma árabe y los diversos lenguajes románicos eran de conocimiento recíproco con frecuencia, en especial en las zonas fronterizas; así como el comercio nunca cesó tampoco a ambos lados del territorio peninsular. Andalucía desarrolló un tráfico intenso, con moneda saneada, y en ciertos momentos llegó a controlar todo el mercado europeo del oro. A partir de la conquista de Toledo por los cristianos, se incrementa el asentamiento de judíos en la zona norte de la Península, con notoria repercusión en el campo de la economía. La convivencia entre todos los elementos de población hispánica no permite asimilar las luchas entre reinos cristianos y mahometanos con las cruzadas europeas para liberar Jerusalén. Tal analogía sólo se aplicó en España en los tres últimos siglos de la Reconquista. El concepto de «cruzada», ideal que procede del exterior —del papa Alejandro II (1064) y de Urbano II (1095) aparece en época ya avanzada de formación de los estados cristianos.



# EL CALIFATO ABASÍ

## **Génesis y desarrollo**

La ascensión de la dinastía abasí al poder, tras la caída de los omeyas no fue sólo una sustitución dinástica, sino una revolución que implicó profundos cambios en las estructuras del imperio.

El estilo sirio-bizantino de los califas omeyas fue sustituido por el estilo mesopotámico persa de los abasíes. Surgió una nueva concepción del mundo islámico, encarnada por los califas de Bagdad y sus visires, su corte y su autocracia. La vida económica recibió un gran impulso, la aristocracia beduina de los conquistadores fue reemplazada por un gobierno cosmopolita, sustentado en los mercaderes, los negociantes y los administradores, quienes acrecentaron las fortunas personales y la del Estado. Este cambio respondió a la necesidad de una economía de paz agrícola y comercial.

El Islam extendía sus dominios desde el Atlántico hasta Asia central, pese a la constitución de un emirato independiente del poder central en España y a que en el siglo X los fatimíes controlaron el norte de África. La hegemonía política musulmana estuvo acompañada de una dominación económica que generó graves desequilibrios sociales en el imperio. Éstos dieron lugar a disturbios y revueltas cuyas principales reivindicaciones, aparentemente motivadas por causas de tipo religioso, tuvieron con frecuencia un marcado carácter social, especialmente en el ámbito campesino, como manifestación de oposición contra el dominio de ciudadanos y burgueses.

Las ciudades tuvieron un gran desarrollo tanto en el plano económico como en el cultural. Las letras y las ciencias adquirieron un gran impulso al ser propiciadas por los califas, sabios, poetas, músicos, teólogos y filósofos reunidos en torno a las grandes escuelas, *madrassa*, del pensamiento islámico, que crearon una efervescencia intelectual, de donde surgieron un sinnúmero de ideas, sectas, movimientos y polémicas.

Esta atmósfera creativa no sólo influyó en las formas de vida y en la mentalidad de la época, sino que también se extendió a la vida política. Es así como surgieron distintas corrientes ideológicas interpretativas del Islam y con ello diversas líneas de acción que condujeron a la división del imperio musulmán en tres califatos (fatimí, omeya de Córdoba y abasí) e incluso en el propio seno del califato abasí se manifestaron tendencias hacia una desmembración del poder central en beneficio de jefes locales más o menos importantes. Tal situación obligó a los califas abasíes, para hacer frente a estas tendencias separatistas, a recurrir a fuerzas exteriores (turcos), que paulatinamente fueron adquiriendo un papel preponderante no sólo en el ejército, sino también en el gobierno y que finalmente llevaron a la desmembración del califato y a la destronización de la dinastía abasí. Esta situación afectó no sólo a Bagdad, sino también

a los omeyas en España y a los fatimíes de Egipto. A partir del siglo XIII, la conducción del mundo musulmán pasó de las manos árabes a las de los no árabes, a nuevos conversos llenos de un entusiasmo comparable al de los primeros discípulos del profeta Mahoma.



*Gran Mezquita de Kairouan (Túnez)*

## **La ascensión de los abasíes al poder y los primeros califas**

El inicio de la insurrección abasí lo encontramos en un movimiento impulsado por el partido *hasimiyya* que estaba formado por adeptos de Mujtar y de Muhammad Ibn Al Hanafiya, nieto de Alí, escapados a la derrota infligida por Ubayd Allah en el año 687. Los sobrevivientes se habían agrupado en torno al hijo de Al Hanifa, Abu Hasim. Cuando este murió, sin descendencia, reconocieron por heredero suyo no a un Alí, sino a Muhammad Ibn Alí, un descendiente de Al-‘Abbas, que fue aceptado por la secta y obtuvo la dirección de su organización propagandística y revolucionaria. El principal centro de actividad estuvo en Jurasan, donde numerosos shiitas y abasíes habían sido exiliados anteriormente por Al-Hayyay, allí encontró apoyo por parte de los *mawali* locales, descontentos de su situación social y económica.

La actividad *hasimi* adquirió fuerza en 743, cuando Abu Muslim tuvo éxito entre la población persa. Sus ejércitos derrotaron a los omeyas y Abu Al-Abbas asumió el liderazgo de la Umma. El califato de Abu Al-Abbas (750-754) estableció su capital en Hasimiyya y luego en Anbar. Le sucedió su hermano Abu Ya'far Al-Mansur (754-775), quien organizó la administración del Estado y fue el fundador de Bagdad, capital del imperio durante quinientos años.

A la muerte de Al-Mansur accedió su hijo Al-Mandi (775-785), quien murió asesinado, sucediéndole Harun Al-Rasid (786-809), quien aparece en numerosos cuentos árabes, sobre todo en *Las mil y unas noches*. Este califa ganó gran reputación en

Occidente, debido a sus relaciones con la emperatriz de Bizancio, Irene, y con Carlomagno.

El año 803, Harun Al-Rasid pone término a la dinastía de visires, fundada por Jalid Al-Barmaki, debido al exceso de poder que había adquirido esta familia en la administración civil del imperio. Los visires barmakíes fueron acusados de haber participado en las intrigas para llevar a los shiitas al poder. En el año 809 murió Harun en una expedición al Jurasán, contra un levantamiento de la población turca e irania de la provincia. Su muerte dio lugar a una guerra fratricida por la sucesión, de la que salió victorioso Al-Ma'mun (813-833).

Al-Ma'mun fue un gobernante inteligente, bajo cuyo califato la civilización árabe conoció su momento de esplendor; con el deseo de acallar a la oposición de los alíes, designó como su sucesor en 847 a Alí Al-Rida, imán de los shiitas duodecimanos. Este hecho político no significó una unión con la Si'a, sino más bien un hábil intento de pacificación del imperio, en el entendido que Alí Al-Rida gozaba de prestigio y contaba con la adhesión de sus seguidores.

Bagdad era entonces un gran centro cultural. Al-Ma'mun, hombre culto y visionario, se interesaba por las obras griegas entonces traducidas por los cristianos: ciencias, medicina y filosofía. Aristóteles era objeto de numerosos estudios, y así se introdujo entre los intelectuales árabes el método de razonamiento lógico implementado por los griegos; este método fue especialmente aplicado por la escuela Mutazilí, aparecida a finales de la época omeya; conoció su verdadero desarrollo durante la época de Al-Ma'mun. Varios de los teólogos, juristas y pensadores de la escuela pertenecían a la clase de los mawali, lo que explicaría la existencia de reivindicaciones sociales en la temática de su doctrina. Ésta apelaba a la razón individual, al libre arbitrio, sólo compatible con la justicia divina. Por otra parte, los mutazilíes consideraban al *Alcorán* como creado, no como eterno; esta última postura en relación al texto sagrado suscitó vivas controversias en la capital del imperio. El califa, que había tomado partido en favor de los mutazilíes, intentó imponer su doctrina.

Mientras tanto, al este del imperio, un general de Al-Ma'mun, Tahir, se proclamó independiente en el Jurasán, e hizo rezar la *jutba* (oración que se hacía a favor del califa) en su propio nombre; en Egipto estallaban una serie de conflictos; en Azer Bayjan, un movimiento de resistencia con carácter social, dirigido por Babak, alcanzaba su plenitud entre 826-834. Al-Ma'mun falleció en Tarso en el momento que se preparaba a reiniciar las campañas bélicas contra los bizantinos.

Con su sucesor, Al-Mu'tasin (833-847), se precipitaron una serie de acontecimientos y hechos erróneos, productos de su mal manejo de la política, que transformaron la estructura del califato. El primero de ellos lo constituyó la contratación de mercenarios bereberes y principalmente turcos, como guardia personal del califa. Esta guardia totalmente leal al califa —al menos en principio— iba a desempeñar un rol cada vez más determinante en la gestión gubernamental, y prácticamente sus jefes serían en algunos períodos los dueños del poder.

El otro factor fue el abandono de Bagdad por el califa; éste no tenía apoyo allí, la población era difícil de gobernar, especialmente por su rechazo al mutazilismo; así, Al-Mu'tasil decidió en 835 trasladarse a Samarra, ubicada a 95 kilómetros al norte de Bagdad, donde estaba bajo la protección directa de la guardia. Ésta se beneficiaba de los avores del califa; con el descontento de los árabes y persas que retiraron su apoyo a la dinastía, los califas abasies a partir de entonces estuvieron ligados a su guardia, principalmente a los turcos.

En estas circunstancias, el califa Al-Mutawakkil (847-861) asumió el poder apoyado por dos jefes turcos, uno de los cuales fue asesinado. El mismo Al-Mutawakkil fue más tarde asesinado por la guardia turca. Durante su gobierno se produjo una reacción sunnita; la filosofía, teología dogmática, *kalam*, y el mutazilismo fueron condenados y prohibidos; el califa luchó también contra el shiismo, llegando incluso a destruir los santuarios religiosos venerados por éstos, como el sepulcro de Husayn en Karbala. Al-Mutawakkil fue el último califa abasí preocupado del gobierno; después de él sobrevino un período de desmembración del califato, del que se derivaron, por una parte, el califato Fatimí de Egipto y, por otra, la preponderancia de los turcos selyúcidas, sobre los territorios disminuidos abasíes.

## La dinastía abasida y su edad de oro

Durante quinientos años el califato estuvo en manos de los Abasidas. Su elevación a esta dignidad casi imperial se debía principalmente a los musulmanes de Persia, y ello significaba una victoria de la población persa sobre la árabe. La sede del califato se trasladó a Bagdad, en las orillas del Tigris. Los persas, por su superior civilización, eran más aptos que los árabes para gobernar un imperio.

Distintos a los Omeyyas, que explotaban a los países conquistados en provecho de Arabia, los Abasidas se esforzaron en fundir tan diferentes nacionalidades en un imperio homogéneo basado en la religión musulmana y la lengua árabe. El Estado nacional árabe cedió en favor de una estructura política supranacional a ejemplo del antiguo imperio de los persas. El imperio de Ciro, de Darío y de Jerjes renació bajo nuevas formas, y se introdujo el ceremonial cortesano, lleno de magnificencia y majestad, de los antiguos persas. Desde entonces, los califas vivieron en un espléndido aislamiento y sólo mantuvieron contacto con sus súbditos por mediación de sus visires (ministros).

La nueva capital, Bagdad, adquirió pronto las proporciones de una gran metrópoli, comparable en extensión a Nínive y Babilonia. Bagdad no estaba, como Damasco, sita en las lindes del desierto, sino en el centro de un país rico y populoso e irrigado por una extensa red de canales. Los árabes heredaron la afición a los placeres refinados de los supercivilizados persas y en el inmenso palacio del califa había empleo para 7000 eunucos y 700 servidores. Muchos salones del palacio eran auténticas maravillas de ébano y maderas preciosas, plata, oro y marfil, gemas deslumbrantes y tapices multicolores. Sobre los blandos divanes, el aire se saturaba con delicados perfumes. En la sala de audiencias del califa había un árbol de oro y plata y en su follaje de oro y piedras preciosas unos pájaros mecánicos emitían silbidos cada vez que una corriente de aire agitaba las ramas.

Cualquier pretexto era motivo para nuevas fiestas, con música, canto y danzas como espectáculo principal. Los árabes pronto se volvieron muy sensibles a la música. En alas de la melodía, «se remontaban sus almas», y hubo cantor que arrebató a sus oyentes hasta tal éxtasis que acababan derramando lágrimas.

El más célebre de los monarcas abasidas fue Harún-al-Rachid, que reinó de 786 a 809. Harún-al-Rachid significa «el que sigue el camino recto». En los cuentos de *Las mil y una noches* vemos a Harún con su visir y hermano de leche Jaffar —frecuentemente disfrazados— caminar entre sus súbditos para conocer sus necesidades, hacer justicia, castigar a los jueces venales y ayudar a desgraciados y oprimidos. Bella imagen que no refleja la realidad. La Historia nos cuenta, por el contrario, que Harún-al-Rachid era un tirano cruel y caprichoso que mataba el tiempo, copa en mano, rodeado de poetas, cantores y danzarinas, y de temperamento extremado en sus odios y en sus

amores. Sólo a veces se mostraba caballeroso, y en cuanto al gobierno de sus estados, lo tenía abandonado en manos de su gran visir. Únicamente intervenía cuando le dominaba la pasión, y entonces lo hacía de modo violento y cruel, importándole muy poco faltar a sus promesas. Pero... ¡hizo la peregrinación a La Meca por lo menos ocho o nueve veces!

El fiel Jaffar era el firme apoyo y confidente de Harún. En *Las mil y una noches* es el compañero inseparable de las más locas aventuras del califa. Entre aquellas leyendas, se halla la siguiente: Una tarde, Harún llamó a su visir y le dijo: «Es mi voluntad ir por la ciudad e interrogar a la gente sobre quienes les gobiernan. Aquellos de los que oiga alguna queja, serán destituidos, y quienes sean alabados serán recompensados». Jaffar respondió: «Tu voluntad es ley».

En compañía de su visir y de su verdugo, el califa se dirigió a la ciudad y recorrió sus calles y plazas. En una miserable calleja había un viejo pescador que recitaba en voz alta unos versos quejándose de su triste sino. Al preguntarle por qué estaba afligido, el hombre respondió: «¡Oh señor! Soy un pobre pescador cargado de familia que he trabajado desde el mediodía hasta ahora, pero Alá no me ha concedido con que pueda alimentar a los míos». —«¿Quieres volver con nosotros a la orilla del río —dijo el califa— y echar en mi nombre tus redes en el Tigris? Cualquier cosa que recojas te la compraré por cien monedas de oro». Contentísimo el hombre exclamó: «¡Por mi vida, os acompaño!». Les siguió, pues, hasta las orillas del río y arrojó inmediatamente su red. Sacó en ella un pesado cofre sellado que el califa mandó abrir: contenía una mujer joven, «blanca como una moneda de plata, pero muerta y cortada en diecinueve trozos». «¡Qué horror! —gimió el califa y volviéndose a Jaffar, exclamó—: «¡Oh, perro visir, ¿es posible que en mi imperio sean asesinadas las gentes y arrojadas al río, y que en el día del juicio tenga yo que responder de estos hechos? ¡Por Alá! que esta mujer será vengada y su asesino perecerá con la muerte más cruel!». Y añadió: «Te colgaré en la poterna del palacio, a ti y a cuarenta miembros de tu familia, si no me traes al asesino de esta mujer para que pueda darle castigo».

Jaffar pidió tres días de plazo para cumplimentar tal misión y Harún se los concedió. Pero pasaron los tres días sin que Jaffar hubiese podido descubrir al culpable y las horcas destinadas al visir y a sus parientes estaban a punto. Gentes de todas partes acudían para presenciar el suplicio. Pero cuando todos observaban al califa que iba a dar la señal fatal, un joven, salido de la multitud se adelantó hacia el visir y le habló así: «¡Oh refugio de los pobres, tu rectitud te salvará! Yo soy quien mató a la mujer encontrada en el cofre. Que me ahorquen a mi y que la justicia siga su curso».

El joven contó luego al califa lo que sigue: «Jefe de los creyentes, sabed que esta mujer era mi esposa y la madre de mis hijos. Ella me amaba y me servía con abnegación. Pero un día en que estaba enferma y deseaba con ansia comer manzanas, fruto rarísimo en Bagdad, pude conseguirla tres. Hacia el mediodía, cuando me hallaba en mi tienda sirviendo a los clientes, pasó un esclavo negro, alto y feo. ¿Y qué ví entonces? Se entretenía con una de las manzanas echándola a lo alto con las manos. Le dije: «Amigo esclavo, dime, ¿de dónde has sacado esta hermosa manzana?» Y me respondió sonriendo: «Me la ha dado mi amante. Cuando la visité, enferma en cama, tenía tres manzanas. Ella me dijo: «Mi cornudo marido se ha tomado mucho trabajo para traérmelas». He comido y bebido con ella y me he llevado una de las tres manzanas». Cuando oí esto, ¡oh jefe de los creyentes!, creí perder mi cabeza. Cerré la tienda y me dirigí furioso a casa. Busqué las manzanas con la vista y al no ver más que dos pregunté a mi esposa: «¿Dónde está la tercera manzana?». Levantó la cabeza con negligencia y me respondió que no lo sabía. Para mí fue la prueba de que el esclavo dijo la verdad; cogí un cuchillo, me coloqué tras ella y sin decir palabra le corté la cabeza. Después, la hice pedazos, la coloqué en un cofre y lo eché al Tigris. Pero al volver a casa encontré llorando al mayor de mis hijos. «¿Por qué lloras hijo mío?» Y me respondió: «He cogido una de las tres manzanas que mi madre tenía y me la llevé a la calle para jugar con mis hermanos. Vino entonces un vil esclavo negro que me preguntó de dónde la había sacado, me cogió la manzana de las manos y se la llevó. Temiendo que mamá me azotara por haberle robado la fruta, salí de la ciudad con mi

hermano y he permanecido fuera hasta el anochecer». Cuando escuché el relato de mi hijo comprendí que el esclavo había mentido y calumniado a mi mujer de modo abominable. Desde hace cinco días que no ceso de gemir anonadado. Por tanto, os conjuro por el honor de vuestros antepasados que me ejecutéis en el acto y hagáis justicia, pues no quiero sobrevivir a mi querida mujer».

El califa exclamó: «¡Por Alá, que este hombre merece perdón! Hay que buscar a ese maldito esclavo». Y volviéndose a Jaffar le dijo: «Descubre a ese miserable, causa de tanto mal. Si no le encuentras, a los tres días morirás». Jaffar lloraba y se lamentaba: «Dos veces me has amenazado ya con la muerte; tanto va el cántaro a la fuente...».

A la mañana del cuarto día, Jaffar se preparó a morir; hizo testamento y se despidió de su familia. Al estrechar a la más joven de sus hijas en el último adiós, percibió algo bajo su vestido y le preguntó: «¿Hijita, qué es esto?» «Padre —dijo la niña— es una manzana que me ha dado hace cuatro días nuestro esclavo Rayhan». Interrogado éste inmediatamente, no tardó en confesar que la había robado a un niño que jugaba en una callejuela. Jaffar sintió gran pesadumbre al saber que el culpable era su propio esclavo. Pero tenía ordenado conducir al culpable ante el califa y lo cumplió así. Al saberlo Harún se sorprendió tanto que fue presa de un ataque de risa. La historia le pareció tan extraordinaria que dijo debía ser escrita en letras de oro, y para agradecerle por haberle hecho reír tanto, concedió el perdón al esclavo.

Los últimos años de Harún-al-Rachid fueron consagrados en gran parte a su lucha contra el imperio bizantino. La guerra estalló a causa de una insolente carta que el emperador Nicéforo dirigió al califa. Presa de violenta cólera, Harún escribió en el dorso: «En nombre de Alá, el misericordioso. El piadoso Harún, jefe de los creyentes, a Nicéforo, perro griego. He leído tu carta, hijo de madre adúltera, y pronto verás la respuesta que mereces». Harún partió a la guerra y el emperador obtuvo la paz gracias al tributo exigido por el califa.

## **Administración, economía y sociedad en el imperio abasí**

"El imanato se fundó para sustituir a la profecía en la defensa de la fe y en la administración del mundo."

Al Mawardi

El califa abasí era el imán, líder espiritual y temporal, soberano absoluto de la comunidad de creyentes, mandato que estaba regulado por la ley islámica o *sari'a*, cuyas fuentes la constituyen el Alcorán y la tradición del profeta, *Sunna*, en primera instancia, más el *iyma* (consenso de los doctos), el *qiyas* (aplicación del derecho por analogía) y el *ra'i* (aplicación del método racionalista lógico). El cambio de dinastía completó el proceso de estructuración del Estado, que ya había comenzado con los omeyas, de un jefe de la comunidad y rey árabe, cuyo poder descansaba en el consenso o *iyma* de la *Sura* (consejo consultivo), el califa se transformó en un autócrata que pretendía un origen divino para su autoridad. Ya no era vicario del profeta, sino "la sombra de Dios sobre la Tierra". Sustentó su poder en el ejército y lo ejerció mediante una burocracia asalariada, la aristocracia árabe fue sustituida por una jerarquía oficial. Rodeábase de una pompa y ceremonial de corte complicado y jerárquico, en la que podemos percibir una clara influencia de las costumbres cortesanas, sasánidas y bizantinas.

El califa manifestaba públicamente su misión, presidiendo, como ir sus predecesores, la oración del viernes en la mezquita, impartiendo, de tiempo en tiempo, espectacularmente justicia, organizando expediciones de magnificencia contra el infiel, cada vez más esporádicas.

La administración del imperio estaba organizada en una serie de *diwans* o ministerios, entre los que figuraban los de la cancillería, ejército, correos e información, hacienda, guarda sellos, etcétera. El *wasir* era el jefe de todo el aparato administrativo, y como autoridad suprema, bajo el califa ejerció un inmenso poder.

Los ejecutores de las políticas gubernamentales eran un vasto número de funcionarios o *kuttab*, una burocracia de gran calidad profesional, que le dio a la administración un valor y una estabilidad ejemplares.

Durante los primeros tiempos de los abasíes, el ejército desempeñó un papel esencialmente militar contra los bizantinos, quienes alrededor del año 745 reiniciaron una ofensiva, reconquistando Chipre y amenazando las fronteras de Siria y Armenia. Con Al-Ma'mun se produjo la ruptura definitiva entre el ejército árabe y el califa, quien incrementó el grueso de las tropas mercenarias; sin embargo, el ejército árabe no desapareció totalmente, manteniéndose una fuerza leal a la dinastía, conocida por '*Arab Ad-Dawla*.

Es en la vida económica del imperio abasí donde percibimos más claramente el carácter de los cambios que la revolución había traído. El imperio dispuso de ricos recursos. Las plantas industriales eran producidas en abundancia, en especial las textiles. El lino de Egipto gozaba de gran reputación, pero el algodón iba ganándole terreno. Lo mismo pasaba en Siria; Juzistan producía igualmente un lino excelente. El papiro siguió siendo una fortuna monopolizada por Egipto, hasta que se pasó a utilizar el papel. En el siglo X se producía, a partir de la conquista musulmana, papiro en Sicilia, y la caña de azúcar también fue extendida ampliamente por el Islam.

Los abasíes emprendieron amplias obras de irrigación, extendieron el área de tierra cultivada, desecaron pantanos y consiguieron un rendimiento muy elevado, según los cronistas. El imperio estaba provisto de metales, y las piedras preciosas existían en muchas partes. Las perlas se obtenían de las ricas pesquerías del golfo Pérsico.

En cuanto a la madera, había un extenso comercio de importación que traía suministros desde la India y más allá, se disponía de cierta cantidad en el este, aunque faltaba en las provincias occidentales.

Del gran desarrollo alcanzado por la industria textil dan testimonio, todavía hoy, tantos nombres de tejidos de origen árabe-islámico. Otras industrias que alcanzaron un gran desarrollo fueron la fabricación de perfumes, tintes y jabones.

En el período de Harun Al-Rasid, el papel fue introducido en Irak. Desde el siglo X en adelante hay testimonio de la fabricación de papel en Irak, Siria, Egipto y en la misma Arabia, y pronto hubo fábricas de papel en África del norte y España.

Desde los puertos del golfo Pérsico de Siraf, Basra y Ubulia y, en menos proporción, desde Adin a los puertos del mar Rojo, mercaderes musulmanes recorrían la India, Ceilán, las Indias Orientales y China, trayendo sedas, especias, sustancias aromáticas, maderas, estaño y otros productos, tanto para consumo interno como para la exportación.

El comercio musulmán se vio favorecido, asimismo, por la instauración de un magnífico sistema financiero. Tal sistema resultó suficientemente original como para merecer un estudio particular. El mundo musulmán gozó, además, de una moneda sana, cuyo valor se mantuvo prácticamente estable hasta poco después de las cruzadas, estimada en todos los mercados internacionales y en todo tipo de transacciones.

La próspera vida comercial de la época se reflejó en sus ideas y literatura, donde encontramos al comerciante honrado señalado como un tipo ético ideal. Las tradiciones atribuyeron al profeta afirmaciones como ésta: "En el día del juicio, el mercader musulmán honrado y cabal se clasificará en las filas de los mártires de la fe".

También existen palabras en igual sentido del califa Umar, quien decía que el lugar más agradable para morir era el mercado. Y el ensayista Yahiz, en un trabajo llamado *En alabanza de los comerciantes y en censura de los empleados*, observa, que la aprobación por Dios del comercio como medio de vida está demostrada por su elección de la comunidad mercantil de Qurays para su profeta. La literatura de la época incluye retratos del comerciante, recto, ideal, y mucho asesoramiento respecto a la inversión de dinero en el comercio, junto con máximas como la de no invertir el capital de uno en cosas cuya demanda sea limitada, tales como joyas o libros científicos. Esta máxima particular debe haber procedido de un escritor de experiencia más bien teórica que práctica, ya que la realidad demuestra en general que fueron precisamente los tratantes en géneros de lujo, costosos, tales como joyas y batistas finas, los más adinerados y respetados.

Todos estos movimientos económicos trajeron los correspondientes cambios sociales y una serie de nuevas conexiones entre los componentes étnicos y sociales de la población. La casta árabe guerrera estaba ahora depuesta. Había perdido sus concesiones por el tesoro y sus privilegios. Desde este período, en lo sucesivo, los cronistas árabes sólo hablaban raras veces de las contiendas tribales de los árabes. Esto no significa que hubiesen disminuido en violencia, pues en período tan avanzado como en el siglo XIX se encuentra todavía a los descendientes de Qays y Kalb, en Siria, luchando entre sí. El cambio significaba que la aristocracia tribal árabe había perdido su poder para intervenir e influir en los asuntos públicos, y que sus contiendas y pugñas no tenían ya gran alcance. A partir de este período, los hombres de tribu árabes comenzaron a abandonar las *amsar*, volviéndose algunos al nomadismo, que nunca habían abandonado por completo, y estableciéndose otros en el campo. La población islámica cambió su carácter; desde la ciudad guarnecida por un ejército que ocupaba una provincia conquistada, a un mercado donde los mercaderes y artesanos comenzaron a organizarse en gremios y lonjas para mutua ayuda y defensa.

Pero los árabes no perdieron por completo su supremacía. El gobierno fue al principio predominantemente árabe en sus puestos elevados. La dinastía era todavía árabe y se enorgullecía de su arabismo, y el árabe era el único idioma del gobierno y de la cultura. Se conservó la superioridad teórica de los árabes que condujo al movimiento *su'biyya* en literatura y círculos intelectuales, mejorando las pretensiones de los no árabes a igual posición. Pero un cambio importante se estaba elaborando en el significado de la propia palabra "árabe". Desde entonces en adelante, dejaron de ser los árabes una casta hereditaria hermética, y se transformaron en un pueblo dispuesto a aceptar como a uno de ellos, por una especie de naturalización, a cualquier musulmán que hablara árabe. La emancipación de los *mawali* tomó la forma de su plena aceptación como árabes, y hasta los pretorianos jurasaníes de los califas se arabizaron por completo. El proceso de arabización en las provincias al oeste de Persia fue ayudado por la disposición de los árabes desmovilizados, por el predominio del idioma arábigo en las poblaciones y su propagación al campo circundante. Su desarrollo está atestiguado por la primera revuelta conjunta árabe-copta en Egipto en 831. Eventualmente, hasta los cristianos y judíos de Irak, Siria, Egipto y África del Norte comenzaron a emplear el árabe, y el propio término "árabe" en el uso arábigo llegó a restringirse a los nómadas.

En vez de la aristocracia árabe, tenía el imperio una nueva clase gobernante, los ricos y los eruditos, poseyendo los primeros, en muchos casos, enormes fortunas en dinero y propiedades. Estas fortunas fueron formadas desempeñando tareas gubernamentales, que estaban no solamente bien pagadas, sino que ofrecían oportunidades ilimitadas para ganancias adicionales, mediante el comercio y la banca, mediante especulaciones y por la explotación de la tierra por propiedad de la misma o el



arriendo de impuestos. Un ejemplo que se cita en una crónica nos informa cómo una familia de empleados invirtió una fortuna de cuarenta mil dinares, que había heredado: mil se dedicaron para reconstruir la casa derrumbada del cabeza de familia; siete mil, en mobiliario, ropas, esclavas y otras amenidades; dos mil fueron entregados a un comerciante de confianza para comerciar con ellos; diez mil fueron enterrados para imprevistos, y con los restantes veinte mil compró una finca, de cuyas rentas vivía.

Digamos algo respecto a la posición de los *dimmiés*, los súbditos no musulmanes del imperio. El estado legal del que gozaban ha «ido muy idealizado por algunos escritores, que han ensalzado la tolerancia indudable de los gobiernos musulmanes en la concesión de igualdad completa. Los *dimmiés* eran ciudadanos de segunda clase, que pagaban un tipo más elevado de tributación, sufrían ciertas incapacidades sociales, y en algunas raras ocasiones estaban sometidos a franca persecución. Pero, con todo, su posición era infinitamente superior a la de aquellas comunidades ajenas a la iglesia establecida en Europa occidental en el mismo período. Gozaban del libre ejercicio de su religión, derechos de propiedad normales, y eran frecuentemente empleados en el servicio del Estado, a menudo en los puestos más elevados. Eran admitidos en los gremios artesanos, en algunos de los cuales predominaron. Nunca llegaron a padecer martirio o destierro por sus creencias.

La expansión económica atrajo hacia las ciudades toda una masa de población hasta entonces errante o que vivía miserablemente en el campo. En particular, las ciudades de Irak, y en primer lugar Bagdad, llegaron a reunir una plebe que subsistía gracias a las dádivas de los acaudalados; esta afluencia de población resultó por otra parte totalmente desproporcionada en relación con la importancia económica real de la ciudad, lo que generó una serie de conflictos sociales a las urbes del imperio y que a la larga sería un peso excesivo que condujo a continuas revueltas y sublevaciones de este sector de la población y que desestabilizó al imperio, siendo uno de los factores decisivos en la desmembración de éste.

## **Los conflictos ideológicos y la desmembración del imperio**

Hasta finales del siglo IX, y a pesar de los disturbios internos, de las revueltas e incluso de las recesiones, el califa abasí continuó siendo el único del mundo musulmán, aunque no unánimemente reconocido. Los distintos movimientos ligados al jarichismo no reconocían desde hacía tiempo (desde Adrah) a los califas omeyas, y luego a los abasíes, como suyos. Los shiitas no habían llegado a esta posición, pues esperaban el momento en que su verdadero imam les sería revelado, y de momento mantenían una prudente reserva. Los omeyas de España, que eran la tercera gran familia musulmana, no se atrevieron a dar el paso de proclamar califas a sus emires, lo que podría interpretarse como que el abasí, a pesar de los resentimientos que le tuvieron, era el jefe del Islam sunnita, incluso para ellos.

A comienzos del siglo X, el mundo musulmán sufrió una serie de trastornos considerables: por una parte, se dividió en tres califatos, y por otra, en el seno del califato abasí estallaron violentas insurrecciones que modificaron de tal modo su estructura, que pronto llegaron a codearse en el gobierno militares turcos sunnitas y visires iraníes shiitas; además, algunas dinastías locales oportunistas navegaban entre sunnitas y shiitas y entre el califato abasí y el califato fatimi. Así pues, se asistía a un fraccionamiento del mundo musulmán que sucedía a la unidad omeya, y a la potencia abasí, unidad que parecía estar rota para mucho tiempo.

El advenimiento de los califas abasíes trajo consigo un rápido desarrollo económico del Oriente Cercano y Medio, lo que sometió a la estructura social del imperio a una serie de tensiones y esfuerzos violentos, que originó numerosos movimientos de descontento y de rebelión abierta contra el orden establecido. Estos movimientos fueron principalmente económicos y sociales en su origen, algunos con matiz nacional. Diversos en sus causas y circunstancias en la composición de sus gestores, tenían en común el estar casi todos expresados en términos religiosos. Siempre que un conflicto de intereses creaba una posición en el Islam, sus doctrinas eran una teología, su instrumento una secta, su agente un misionero, su jefe un mesías, o su representante.

## **Primeros síntomas de decadencia y desmembración**

Los primeros síntomas de decadencia en esta importante civilización aparecieron en la estructura de la unidad política. A pesar de ciertos rumores de rebelión, el imperio construido por Mansur parecía bastante sólido hasta el reinado de Harun (786-829), que en muchos aspectos señala el apogeo del poderío abasí. Los primeros abasíes habían mantenido la alianza con el ala aristocrática persa del movimiento que los había llevado al poder; la casa noble persa de Barmak, a pesar de ser una dinastía de *wazirs*, había desempeñado un papel central en el gobierno del imperio. Durante la vida de Harun Al-Rasid hubo una convulsión de circunstancias y orígenes oscuros, que culminaron en la degradación de la casa de Barmak y su pérdida de poder, de riqueza e incluso de su propia existencia.

Después de la muerte de Harun, conflictos latentes estallaron en franca guerra civil entre sus hijos Amin y Ma'mun. Las fuerzas de Amin radicaban principalmente en la capital y en Irak, y las de Ma'mun en Persia. La guerra civil ha sido interpretada, aunque con razones dudosas, como un conflicto nacional entre árabes y persas, terminando en una victoria de los últimos; fue, lo más probable, una continuación de las luchas sociales del período inmediatamente precedente, combinadas con un conflicto más bien regional que nacional entre Persia e Irak. Ma'mun, cuyo apoyo venía de las provincias orientales, proyectó durante cierto tiempo el traslado de la capital de Bagdad a Merw, en Jurasán. Esta amenaza a la posición crucial de su ciudad y a los medios de vida de ésta, indujo a la población de Bagdad a una defensa encarnizada de Amin contra los invasores. Ma'mun consiguió la victoria, pero prudentemente mantuvo a Bagdad como punto capital de las grandes rutas comerciales.

A partir de entonces, las aspiraciones aristocráticas y regionales persas encontraron un desahogo en dinastías locales. En 820, un general persa al servicio de Ma'mun, llamado Tahir, logró hacerse independiente de Persia oriental y estableció un gobierno hereditario en su propia familia. Otras dinastías persas, la de los saffaríes en 867, y los samaríes en 892, en forma aproximada, se instauraron pronto en otras partes de Persia. Estos regímenes locales fueron de diferente carácter. El reino de Tahir fue la obra de un general ambicioso que trabajaba principalmente para sí mismo, pero permaneció en líneas generales dentro del marco de la civilización árabe-islámica. Los saffaríes representaron la exteriorización de un movimiento popular persa, mientras que con los samaríes la antigua aristocracia persa retomó al poder político y al pleno goce de sus anteriores privilegios.

En el oeste, la descomposición política comenzó antes. El traslado de la capital hacia el este había originado una pérdida de interés y de autoridad eventual en las provincias occidentales. España en 756, Marruecos en 788 y Túnez en 800 se hicieron

virtualmente independientes en dinastías locales. Egipto se separó en 868, cuando el gobernador Ahmad Ibn Tulun, un esclavo turco enviado desde Bagdad, logró hacerse independiente y extendió rápidamente su dominio a Siria. La caída de los tuluníes fue seguida de la ascensión de otra dinastía turca de origen similar.

La aparición de un centro independiente en Egipto, que extendía también a menudo su gobierno hasta Siria, creó una especie de país sin dominio definido entre Siria e Irak, y permitió a las tribus árabes del desierto sirio y sus bordes, recuperar la independencia que habían perdido después de la caída de los omeyas. En ocasiones pudieron extender su poder a comarcas de Siria y Mesopotamia, apoderándose y conservando poblaciones durante intervalos de debilidad militar o desunión, y estableciendo dinastías beduinas brillantes como la de los hamdaníes de Mosul y Alepo en el siglo X. Pronto el califa retuvo sólo la soberanía directa en Irak, y para el resto del imperio tuvo que contentarse con la contribución ocasional y el reconocimiento nominal de dinastías hereditarias locales, bajo la forma de una mención en la plegaria de los viernes en la mezquita y en las inscripciones de la moneda.

En tanto que Bagdad mantuvo el dominio de las rutas comerciales vitales que pasaban por esa ciudad, la descomposición política no sólo no llegó a ser un obstáculo, sino que en cierto modo ayudó a la expansión de la vida económica y cultural. Pero pronto la autoridad del califa comenzó a menguar hasta en la misma capital. El lujo exagerado de la corte y el exceso de burocracia originaron un desorden financiero y una falta de dinero, más tarde agravado por el agotamiento de los yacimientos de metal.

Los califas encontraron un remedio con la cesión de arrendamiento de rentas públicas, eventualmente con gobernadores locales como arrendatarios. Sus obligaciones eran enviar una suma convenida al gobierno central y mantener fuerzas y empleados locales. Estos gobernadores arrendatarios, pronto llegaron a ser los verdaderos gobernantes del imperio y fueron rápidamente identificados con los jefes del ejército. Desde la época de Mu'tasim (833-842) y Watiq (842-847), los califas perdieron gradualmente autoridad sobre sus propios comandantes del ejército y su guardia personal, que fueron capaces en varias ocasiones de nombrarlos y destruirlos a voluntad. Estos comandantes y guardias se componían, en proporción creciente, de mamelucos turcos. En el año 935 se creó el cargo de Amir Al-Umara, o comandante de comandantes, para indicar la supremacía del comandante en la capital, sobre los restantes. Finalmente, en 945, la casa persa de Buwayh, que se había ya establecido como dinastía virtualmente independiente en Irán occidental, invadió la capital y destruyó los últimos vestigios de la independencia del califa. Desde entonces, con raras intervalos, los califas estuvieron a merced de una serie de jefes de palacio, la mayoría persas y turcos, que gobernaban apoyados en las fuerzas armadas bajo su propio mando. Aunque retuvo el estado legal y la dignidad del cargo de soberano supremo del Islam, cabeza del Estado y de la Iglesia, o más bien del organismo combinado de uno y otra, el poder real del califa había desaparecido, y su investidura de comandante o gobernador era meramente un reconocimiento "post facto" de una situación existente.

## **El triunfo del shiismo**

La evicción o eliminación del califato de 'Alí y de sus descendientes y el asesinato de algunos de ellos provocaron entre los partidarios de los 'alíes, más que un sentimiento de frustración, un deseo de venganza, una voluntad de conquistar este califato que se les escapaba. De ahí nació una mística mesiánica que a veces adquirió formas esotéricas en la medida en que se refugió en la especulación intelectual y

teológica; en otras circunstancias, estos descontentos se unieron a otros y provocaron rebeliones y revueltas, algunas de las cuales fueron sumamente graves. Hasta principios del siglo X, los movimientos provocados por el shiismo conocieron tan sólo éxitos momentáneos, que fueron fácilmente anulados por los abasíes y, anteriormente, por los omeyas. Estos fracasos les hicieron desaparecer de la luz del día y preparar clandestinamente su reaparición.

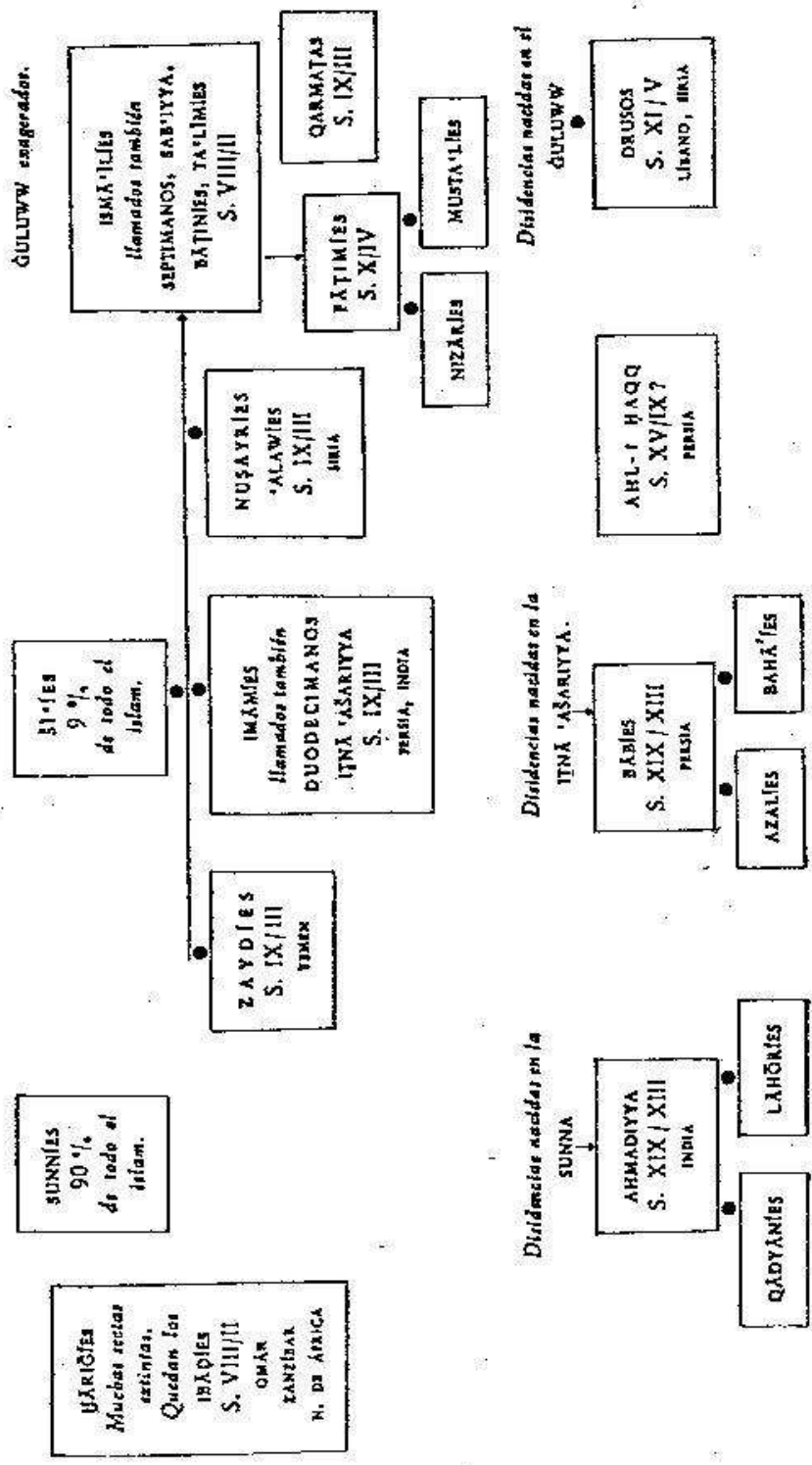
El movimiento isma'ílí ha sido considerado durante mucho tiempo como estrictamente revolucionario, dirigido contra los abasíes y contra la ortodoxia religiosa; además, ha sido juzgado según las fuentes que le eran hostiles. Es necesario volver a revisar este juicio, ya que el isma'ilismo se manifiesta bajo el aspecto de un intento de renovación intelectual y como un esfuerzo de transformación social. Si sus adeptos utilizaron formas de acción violentas, fue debido a que no existía para ellos (principalmente los cármatas) otro procedimiento para liberarse del yugo abasí.

La doctrina shiita sostiene que solamente los descendientes de Fátima, hija del profeta, y de su esposo Alí deben ser reconocidos como califas legítimos: omeyas y abasíes (estos últimos desde 750) son tan sólo usurpadores. Violentemente perseguidos por los omeyas y por algunos abasíes, los shiitas practicaron entonces una política secreta, escondida, *batiniya*. A partir del momento en que la doctrina adoptó este carácter secreto, magnificó el personaje de Alí, lo transformó y le confirió sucesores secretos; en la muerte de Alí y, más aún, en la de Husayn en Kerbela podemos encontrar el origen de esta doctrina. A la leyenda nacida sobre estos personajes vinieron a sumarse una serie de creencias extendidas por Oriente: *hulul* (encarnación divina), *tanasuj* (paso de alma divinizada a otra alma humana), *raya* (regreso del último imam encarnado). Este imam reencarnado, pero de momento oculto y que se manifestará cuando a él le parezca, es el *mahdi*, que vendrá, por derecho divino, a gobernar el mundo. En la concepción shiita, el jefe de la comunidad es el *imam* (guía) y no el califa: está inspirado por Dios, dotado de infalibilidad y reclama una total obediencia de sus fieles.

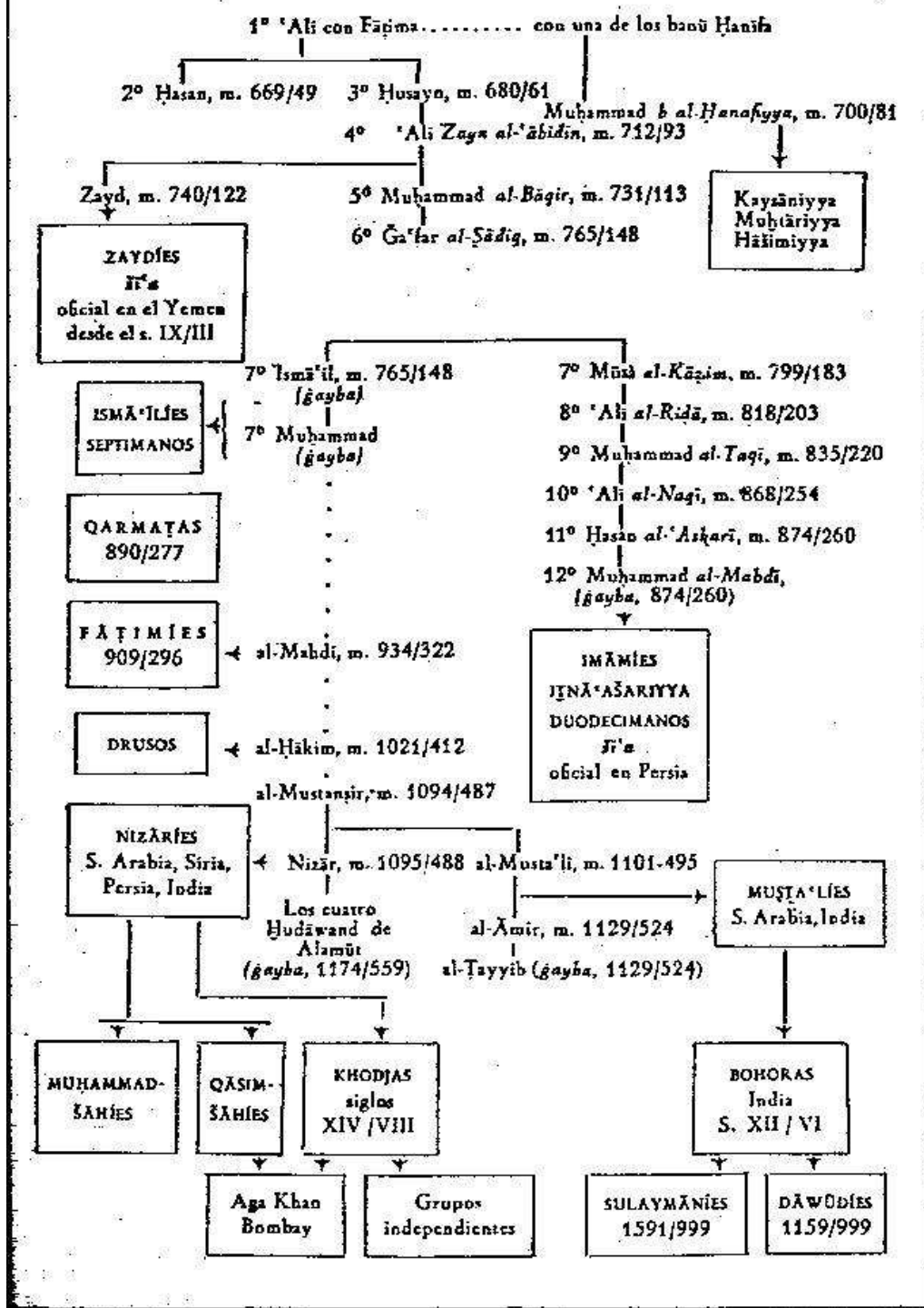
La creencia en el imam oculto dio lugar al nacimiento de dos tendencias, que se separaron a la muerte del imam Ya'far Al-Sadiq, sexto de la dinastía desde Alí. La tendencia moderada estaba representada por los "duodecimanos" (o imamíes), que reconocían como imames a los descendientes de Musa, uno de los hijos de Ya'far; el duodécimo descendiente desapareció: era el imam Al-Muntazar, que regresará al final de los tiempos. Esta tendencia fue la adoptada principalmente por los samaníes y los buyíes; no se manifestaba por su carácter violento y, de hecho, el comportamiento de sus adeptos era bastante parecido al de los sunnitas.

La tendencia de los extremistas, *gulat*, se manifestó claramente en el siglo X: se la conoce con el nombre de "isma'ilismo", debido a que sus partidarios reconocían como imam, después de Ya'far Al-Sadiq, a uno de sus hijos, Isma'il, que fue el séptimo imam; después de él, los demás imames son ocultos. La doctrina de los isma'ílies es muy distinta de la ortodoxia sunnita; concede un lugar muy importante al esoterismo: por una parte, la existencia del mundo se basa en cierto número de ciclos; hubo siete profetas y entre cada uno existieron siete imames: con Isma'il se cierra el ciclo, y se debe esperar al nuevo profeta, el Mahdi. Además, cada versículo del Corán posee dos interpretaciones, una literal, y la otra esotérica, conocida tan sólo por los iniciados. Estamos, pues, en presencia de un dogma mesiánico, reservado a los iniciados que eran instruidos poco a poco, según su elevación en la jerarquía; ésta comprendía siete grados, al final de los cuales los convertidos recibían la revelación completa.

## DIVISIONES EN EL ISLAM



## DIVISIONES DE LA ŠI'Ā



Esta doctrina fue extendida por una organización clandestina, que hizo posible que la secta durase, se renovase y sobre todo escapase a las persecuciones de los abasíes. En algunos casos, el imam, jefe de la secta, pudo delegar sus poderes en un mandatario, aunque con reservas. Estos isma'ílies se dividieron a su vez en varias sectas, las más importantes de las cuales fueron las de los cármatas y los fatimíes; los últimos fueron los únicos que llegaron a crear una dinastía y un imperio.

La propaganda isma'ílí se llevaba a cabo a través de misioneros (*da'i*, pl. *du'at*); con el aspecto de un mercader o de un artesano, el *da'i* iba a instalarse a un barrio de una ciudad, y destacaba por su piedad y modestia; entraba en relación con la gente más próxima y, después de juzgar a sus interlocutores y elegir a los que le parecían más capacitados para interesarse por las verdades ocultas, despertaban en ellos la esperanza de mejorar su suerte y la de toda la comunidad musulmana. Si los elegidos querían convertirse en auténticos discípulos, el *da'i* les hacía pagar cierta cantidad, destinada a engrosar el tesoro del imam, luego eran introducidos e iniciados. Entonces se transformaban a su vez en misioneros.

A principios del siglo X, cuando una grave crisis social agitaba a todo el imperio abasí, los misioneros isma'íles pudieron reclutar gran número de adeptos entre los descontentos de las ciudades y el campo; quizás actuaron directamente entre la gente de oficio, artesanos y pequeños tenderos, o tal vez dieron lugar, en parte, a las agrupaciones profesionales. En los textos isma'íles no se encuentran indicaciones concretas sobre sus ideas y teorías sociales; pero lo cierto es que tanto los gobernadores abasíes como los teólogos ortodoxos vieron en estas ideas una seria amenaza para el orden establecido. Para los sunnitas y fatimíes eran las manifestaciones de un mismo movimiento cuya finalidad era destruir al califato y al sunnismo; los ortodoxos también acusaron a los isma'íles de prácticas comunitarias extremistas, de la comunidad de bienes, incluidas las mujeres. En realidad, nada de todo esto aparece en la doctrina isma'ílí; tan sólo una promesa de mejora de las condiciones de vida y una gran fraternidad.

## **Cármatas y fatimíes**

El movimiento se manifestó abiertamente en los primeros años del siglo X. Entre 901 y 906, isma'íles de un grupo afiliado conocido por los cármatas, saquearon Siria, Palestina y Mesopotamia septentrional. Las fuentes informativas nos dan el texto de un sermón predicado en Hims durante su ocupación por los isma'íles: "¡Oh, Dios!, guíanos con el califa, el Heredero, el Esperado, el Mahdi, el Señor del Tiempo, el Caudillo del Fiel, el Mahdí. ¡Oh, Dios!, llena la Tierra de justicia y equidad y destruye a sus enemigos. ¡Oh, Dios!, destruye a sus enemigos".

Mucho más importante fue el movimiento de los cármatas, en la provincia de Bahrayn (ahora llamada Al-Hasa), en la costa de Arabia. El país era adecuado para movimientos revolucionarios. Estaba aislado y era de acceso difícil, con una población mixta y muchos supervivientes de la revolución zany. En ocasiones, al comienzo del siglo X, misioneros cármatas llegaron a ser el poder dominante en la provincia, expulsando a los representantes del gobierno central.

El régimen cármata era una especie de república oligárquica. El gobernante era el primero entre iguales, gobernando con la ayuda de un comité de sus asociados más íntimos. Había más de veinte mil habitantes capaces de empuñar las armas en la capital, Lahasa. Estaban gobernados por un Consejo de seis, que mandaban con equidad y justicia, y quienes, cuando concedían audiencias, hablaban con suavidad y modestia. No ayunaban ni rezaban, y la única mezquita había sido construida a expensas privadas para los peregrinos ortodoxos. No había impuestos ni diezmos. El Consejo poseía treinta mil esclavos negros, que practicaban la labor del campo. Si alguien se quedaba pobre o contraía deudas, era sacado del apuro con la ayuda de otros. Cualquier artesano forastero que llegaba a Lahasa recibía suficiente dinero para establecerse. Las reparaciones de las casas cuyos propietarios eran pobres se realizaban a costa de los

fondos públicos, y el trigo era molido gratis por cuenta de molinos del Estado. Las transacciones comerciales se hacían con monedas no exportables.

Otra área de éxito isma'ili fue el Yemen, donde en 901 un misionero se estableció, logrando poder rápidamente. Desde el Yemen mandó emisarios a la India y al África del norte y probablemente a otras regiones también. La misión norteafricana logró brillante éxito en Túnez, y en 908 estuvo en condiciones de proclamar al imán Ubayd Allah como el primer califa fatimí. Los fatimíes habían adoptado en varios aspectos la táctica de los propios abasíes en su advenimiento al poder. Habían utilizado la propaganda secretamente organizada de una secta heterodoxa, y habían desarrollado su intento decisivo para alcanzar el poder en una de las provincias remotas del imperio. Se diferenciaban de los abasíes en dos aspectos importantes, probablemente relacionados entre sí. Al contrario de los abasíes, fallaron en lograr el dominio universal del mundo islámico y siguieron siendo los jefes de la secta que los había llevado al poder.

En una fecha posterior, los fatimíes habían de entrar en pugna con los cármatas de Bahrayn. La expansión de la nueva dinastía hacia el este se realizó después de tres intentos infructuosos de Mu'izz, el cuarto califa, que conquistó Egipto en 969. Esta conquista fue seguida casi inmediatamente de un choque con los cármatas, quienes, de momento, constituían un peligro real para el nuevo régimen. Más tarde parece que retornaron a su alianza fatimí.

Mu'izz estuvo asesorado por dos hombres notables. Uno fue el general Yawhar, un mameluco de origen europeo que fue el real conquistador de Egipto. Fue éste el que construyó la nueva ciudad de El Cairo como capital fatimí, y la gran mezquita de Al-Azhar como el centro de su fe. El otro gran servidor de Mu'izz fue Ya'qub Ibn Killis, un judío islamizado, oriundo de Bagdad, quien se había unido a Mu'izz en Túnez; ayudándole durante y después de la conquista. Ya'qub Ibn Killis fue un genio financiero, quien organizó la tributación y sistema de servicio civil que utilizaron los fatimíes.

Éstos extendieron muy rápidamente su dominio a Palestina, Siria y Arabia, y durante una época sobrepasaron el poder e influencia de los califas ortodoxos en Bagdad. La cúspide del período fatimí en Egipto fue el reinado del califa Mustasir (1036-1094), bajo el cual el imperio fatimí incluyó toda el África del norte, Sicilia; Egipto, Siria y Arabia occidental. Los poetas Mutanabbi (965 después de Cristo) y Abul-Ala Al-Ma'arri (1057 después de Cristo), dos de los más destacados exponentes de la literatura árabe, estuvieron fuertemente influidos por ideas isma'ilíes. En Irak fue organizado un movimiento enciclopedista por un grupo conocido por "Los Hermanos Sinceros de Basra", que publicó cincuenta y una epístolas.

Asimismo, los fatimíes desarrollaron plantaciones e industrias en Egipto y comenzaron un importante comercio de exportación de productos del país. Además, establecieron una amplia red de relaciones comerciales especialmente con Europa y con la India. En el Occidente entablaron estrechas relaciones que se retrotraían a los primeros días tunecinos, con las ciudades repúblicas italianas, particularmente con Amalfi, Pisa y Venecia. Un gran volumen de comercio por vía marítima circulaba entre Egipto y el Occidente; y los barcos y comerciantes egipcios navegaban hasta España. Los dos puertos principales bajo mando fatimí fueron Alejandría y Trípoli, de Siria, ambos mercados de importancia mundial. Las flotas fatimíes dominaban el Mediterráneo oriental.

En el este, los fatimíes establecieron importantes contactos con la India, extendiendo gradualmente su soberanía sobre ambas orillas del mar Rojo. Lograron desplazar el comercio indio del Oriente Medio, desde el golfo Pérsico al mar Rojo y especialmente al gran puerto fatimí de Aidhab, en la costa sudanesa. Comerciaron



también con Bizancio y con los Estados musulmanes, aunque éstos eran de menor importancia. Doquiera iba el comerciante egipcio, no se encontraba distante el misionero isma'íli, y pronto encontramos el mismo fermento de ideas entre los musulmanes, tanto de España como de la India.

Con la decadencia del califato fatimí en Egipto, los lazos entre la dinastía y la secta se debilitaron y llegaron a romperse. El califato fatimí se prolongó durante cierto tiempo como una dinastía títere y acabó por ser abolido; sin embargo, en las regiones orientales del califato, ahora bajo el mando de los selyúcidas, la organización revolucionaria tomó un nuevo rumbo.

## **Los Estados independientes en el norte de África**

Las tierras de Ifriqiya y del Magrib, alejadas de la metrópoli, y mal dominadas por los califas, ofrecían excelente refugio a los descontentos y a los fracasados en el contraste político-religioso del centro del Islam. Los portadores de ideas nuevas hallaron siempre campo dispuesto entre los inquietos y excitables bereberes. Allí, desde el principio, habían hecho propaganda emisarios jarichitas y habían encontrado adhesiones en muchas tribus. Surgieron así una serie de dinastías independientes. Abd Al-Rahman Ibn Rustam fundó el año 761 la ciudad de Tahert, en una región donde ya había jarichitas de la rama 'Ibadi. Quince años más tarde, Ibn Rustem se convirtió en intam de un Estado 'ibadi colocado entre los dominios de los idrisíes que ocupaban Tlemcen, a occidente, y los de los aglabíes, a oriente. La existencia de la dinastía rustemí cesó de golpe después de un siglo y medio de vida (908), ante los ataques de los bereberes de Kutama, convertido al shiismo por la propaganda de Abu Abd Allah, precursor de los fatimíes. La dinastía de los idrisíes surgió el año 786, cuando Idris, aliado hasaní, huyó de La Meca después de una rebelión fracasada, instalándose en Marruecos. Fue bien acogido entre los naturales, entre los cuales se habían difundido las doctrinas jarichitas, y aún muchos, pasándose a la sí'a, lo aceptaron como imam y lo ayudaron a fundar la primera de las dinastías shiitas. Su hijo póstumo, Idris II, fundó la ciudad de Fez y extendió y aseguró sus dominios contra los aglabíes. Finalmente, esta dinastía cayó en el año 974 bajo el asedio de los fatimíes y los omeyas de Al-andalus; éstos tomaron Ceuta y Melilla, llevándose a los últimos idrisíes prisioneros a Córdoba. La dinastía de los aglabíes en Ifriqiya surgió el año 800, cuando Ibrahim Ibn Aglab se hizo independiente en su gobierno. Los dominios aglabíes llegaban por occidente hasta Bona y hasta los de los rustemíes de Tahert, y por oriente hasta Barqa. Rasgo característico del gobierno de los aglabíes fue la actividad con que impulsaron las expediciones marítimas de piratería y de conquista. La ocasión del entrar en Sicilia se la dio Eufemio, comandante de la flota bizantina de la isla, pidiéndoles ayuda en rivalidades personales. Cien navíos aglabíes, partiendo de Susa, ocuparon Mazara en 827, y en 831, Palermo. Hacia el 840 poseían los aglabíes los dos tercios de la isla. Siracusa cayó en sus manos, después de tres años de asedio (878). La isla de Malta ya había sido tomada. Así quedaba cerrado el Mediterráneo occidental, en cuyas ondas, al decir de Ibn Battuta, los cristianos no podían hacer flotar ni siquiera uña tabla. Cierta que Nápoles, Gaeta, Amalfi conservaban sus flotas, pero los intereses comerciales pesaban más que otras consideraciones y les impulsaban a dar o a recibir favores de los musulmanes.

Contemporáneamente se habían multiplicado las expediciones contra el litoral de Italia. Brindisi y Tarento fueron saqueadas; Bari, tomada; al año siguiente, Ancona era devastada. Setenta naves musulmanas remontaron el Tiber, y aunque no pudieron

penetrar en la ciudad amurallada, saquearon las basílicas de San Pedro y la de San Pablo, situadas extramuros. En una batalla naval frente a Ostia, los musulmanes fueron derrotados, pero no por eso perdieron la supremacía, y a poco el papa Juan VIII hubo de pagarles tributo. Los musulmanes corrían la campiña romana, devastaban Montecasino, saqueaban Subiaco y Tívoli y se hacían fuertes en varios puntos del litoral italiano y provenzal. El castillo roquero de La Garde Freynet, no lejos de Niza, fue nido de piratas andaluces durante casi un siglo, y les sirvió de base para depredaciones que se extendían hasta los valles alpinos.

De tales empresas sacaban los aglabíes recursos abundantes, que les permitían erigir obras monumentales, como la reconstrucción de la famosa mezquita de Qayrawan y las residencias principescas, verdaderas ciudades, de Al-Abbasiyya y Raqqada. Con una política hábil, supieron sortear por largo tiempo los conflictos interiores nacidos de la heterogeneidad y mutuas hostilidades de sus súbditos, pero cuando la propaganda fatimí logró alzar en armas a los bereberes, el último soberano aglabí huyó sin combatirles.

Con la caída de los aglabíes, Sicilia cambió de dueño, y fueron los fatimíes los que le dieron gobernadores hasta que Hasan Al-Kalbi, sin salirse del vasallaje de los fatimíes, hizo el cargo hereditario. Su dinastía llegó hasta 1040, y dio días de prosperidad al país. Luego, las guerras civiles rompieron la unidad, y de ellas se aprovechó el caudillo normando Roger de Hauteville para entrar en Sicilia. Tomó Mesina en 1061; Palermo, en 1072, y hacia 1090, época en que se apoderó de Malta, toda Sicilia estaba sometida, salvo algunas diásporas en lugares menos accesibles. Las clases cultas y elevadas habían ido emigrando a África. Allí las había de seguir la contraofensiva de los normandos, los cuales tomaron Trípoli en 1146 y Qayrawan en 1148.

Siguiendo desde el siglo XI al XV una evolución independiente, el Magrib fue dominado por dos grandes dinastías beréberes, que revivificaron el sunnismo y resistieron la acentuada presión de la reconquista cristiana. Los almorávides (1053-1147), nómadas del Sahara, salidos de una comunidad de guerreros formada en vistas a la "guerra santa" *al-murabitun*, ocuparon Marruecos y después fueron a ayudar al amenazado rey de Sevilla, fundando así un imperio hispanoaficano. Ibn Tumart, instalado en Tinmal (1125), había predicado su doctrina sobre la unicidad divina y agrupado a sus partidarios para la lucha contra los almorávides, y después de su muerte, su discípulo ‘Abd Al-Mu‘min, se apoderó de Marrakech y los almohades, *almuwahhidun*, sedentarios de la montaña, consiguieron extender su dominio a toda Berbería y los restantes territorios de Al-Andalus. En 1162, ‘Abd Al-Mu‘min tomó el título califal: este califato bereber desapareció a mediados del siglo XIII con la aparición de tres reinos, hafsí, en Túnez; abdalwadí, en Tlemcén, y mariní, en Fez (durante cierto tiempo este último poseyó toda Berbería).

## **La decadencia abasí**

El gobierno abasí, preso de constantes revueltas interiores, intentó por todos los medios contener las fuerzas de desintegración que iban apareciendo en todo el imperio. Para asegurar la defensa de éste, los generales turcos y sus tropas mercenarias recibieron tierras, a condición que pagaran las rentas al tesoro: es el sistema del *iqta*. Pero, a partir de entonces, los mercenarios actuaron más por interés propio que para el Estado abasí.

En vano califas como Al-Mu'tazz (866-869) y Al-Muhtadi (869-870) practicaron una política antishiita rigurosa; no llegaron a reinar lo suficiente como para obtener resultados y eliminar la amenaza. La propaganda shiita penetró hasta en los medios gubernamentales: el visir Ismail Ibn Bulbul hizo entrar en la cancillería a los Banu l-Furta, shiitas, convencidos que alcanzaron un lugar preponderante; uno de ellos, Ali Ibn Al-Furat, llegó incluso a convertirse en visir y favoreció ampliamente a sus correligionarios. Hacia la misma época, se asistió en Bagdad a una lucha de influencia entre los teólogos hanbalíes y los místicos: entre estos últimos se hallaba el famoso Al-Hayyay, cuyas teorías parecieron tan revolucionarias y amenazantes para el orden establecido, que fue finalmente ejecutado en 922, mientras que el gran historiador árabe Tabiri se hizo sospechoso y murió al año siguiente. Los desórdenes religiosos y sociales iban en aumento, y en 936 el califa Al-Radi entregó al gobernador de Basra, Muhammad Ibn Raiq, plenos poderes políticos y militares con el nuevo título de *amir al-umara*, mientras que él se limitaba al papel de jefe religioso de todos los creyentes. A partir de entonces aparecieron las disputas para ocupar las funciones de *amir al-umara*: después del emir shiita hamdaní de Mosul, Hasan, que se apoderó de Bagdad en 942, otro shiita, esta vez iranio, Ahmad Ibn Buwaud, ocupó Basra y Wasit, entró en Bagdad en 945 y se convirtió en *amir al-umara* con el nombre de Muizz Al-Sawla; liquidó al califa, nombró a otro más dócil y fundó la dinastía de los emires buyíes.

Sin embargo, en Alepo, el Hamdaní Alí, hermano de Hasan, consiguió controlar todo el norte de Siria en 944 y recibió del califa el título de *Sayf Al-Dawla*, con el cual es conocido en la historia: se trata una vez más de una victoria shiita; pero, sin embargo, el califato sunnita aún no había desaparecido. Era incluso indispensable: en efecto, representaba un principio legitimista que podía oportunamente servir no sólo para dar validez al nombramiento de *qadis* y de funcionarios religiosos, sino también para ratificar otras decisiones o darles mayor prestigio. Un condominio entre el califa abasí sunnita y el emir buyí shiita se hizo posible y funcionó sin más dificultades aparentes. Pero, a partir de 950, estallaron en Bagdad violentos enfrentamientos entre shiitas y sunnitas; éstos acusaban a Muizz Al-Dawla de favorecer a los shiitas y sembrar la discordia. Esta turbulenta situación animó a los bizantinos a reemprender la lucha contra los musulmanes.

En efecto, en esta época, los grandes emperadores de la dinastía macedonia, Nicéforo Focas y Juan Timiscés, tomaron la ofensiva en el Kurdistán, Armenia y norte de Siria; en Siria tuvieron que enfrentarse a Sayf Al-Dawla, que contribuyó entonces a salvar el imperio abasí con sus proezas militares: fue cantado por los poetas y escritores árabes (en su corte de Alepo vivieron los poetas Al-Mutanabbi y Abu l-Faray Al-Isfahani, y el filósofo Al-Farabi) como el campeón, el héroe del Islam. Los combates que libraron bizantinos y árabes no dieron lugar a modificaciones territoriales importantes; por el contrario, contribuyeron a desarrollar en ambos un sentimiento nacional al mismo tiempo que una cierta estimación recíproca, que se tradujo en la creación de personajes legendarios, Digenis Akritas, por un lado, y Sayyid Battal Gazi por el otro, expresiones del genio de cada uno de estos dos pueblos en estrecha relación con el otro.

En cuanto a los califas abasíes, sin ninguna autoridad, dejaron la realidad de su poder a sus visires buyíes, que fundaron una auténtica dinastía. Uno de ellos, Adud Al-Dawla, dueño de Irak a Irán, tomó el título de *sultán* y de *shahansha*, títulos de origen iranio destinados a poner de manifiesto sus poderes.

Desde el Mediterráneo hasta el Jurasan, triunfaba el shiismo. Pero en el transcurso de los últimos años del siglo X, el sunnismo volvió a la ofensiva en todo el oriente musulmán, con el turco Mahmud de Gazna, ofensiva que continuó en el siglo XI,

siempre por instigación de los turcos, quienes finalmente consiguieron hacer triunfar al sunnismo. Por el contrario, en el occidente musulmán, excepto durante el período del califato de Ifriqiya, el shiismo no pudo ocupar las posiciones del sunnismo.

En el oriente musulmán se localizaron las fuerzas de transformación más importantes. Llegados como grupos nómadas expulsados del Asia central por los chinos y los mongoles, más tarde reclutados como mercenarios y posteriormente islamizados, los turcos aportaron al Islam una oleada de renovación, que se tradujo finalmente en una nueva oleada expansionista. En pleno apogeo, el mundo turco-musulmán logró alcanzar una extensión bastante superior a la de los imperios anteriores.

En un principio, los turcos de Asia central fueron reclutados por los soberanos saffaríes y sobre todo por los samaníes. Poco a poco se convirtieron en mayoría dentro del ejército y de la administración samaní, eliminaron esta dinastía y crearon una nueva bajo el mando de un destacado jefe, Mahmud Ibn Subuktekin (999-1025), la cual se estableció en Gazna, Afganistán. Los gaznavíes controlaron rápidamente todas las antiguas provincias orientales del imperio abasí y llegaron hasta la India, donde sometieron al Punjab y Cachemira. Por otra parte, la corte de Gazna resultó particularmente brillante: por lo general, se ha imaginado al turco como un rudo guerrero, lo cual pudo ser cierto en algunos aspectos; sin embargo, fue también un buen administrador (el Estado selyúcida sería un buen ejemplo, al igual que los otomanos posteriormente) y un ser apasionado por la cultura. Así, fueron contemporáneos de Mahmud de Gazna, dos de las personalidades más destacadas del pensamiento musulmán: el poeta Firdausi, autor del *Sah Namé* (el Libro del Rey), y Al-Biruni, indudablemente uno de los espíritus más curiosos de todos los tiempos.

Pero después de las gaznavíes, entraron en el mundo musulmán otras tribus turcas, entre las que destacó un importante grupo de turcos Oguz, del que formaba parte la tribu que tomó su nombre de su epónimo, Silyuq, la de los selyúcidas. Éstos fueron particularmente activos o incisivos, pues, después de haber derrotado a los gaznavíes en 1025 y de haberlos rechazado hacia el este, ocuparon el Jurasan e Irán, donde su jefe, Tugril Bey, instaló su puesto de mando, en Isfahan. Sunnitas convencidos, los selyúcidas eliminaron a los shiitas, y especialmente a los últimos buyíes que se encontraban lejos de su pasado esplendor. A continuación, penetraron en Iraq y llegaron a ocupar Bagdad en 1055, convirtiéndose entonces en defensores y protectores del califato abasí. Este, satisfecho con poder contar con una fuerza segura frente a los fatimíes, concedió a Tugril Bey el título de sultán. Poco después, Tugril Bey dio pruebas de su poderío y de su agradecimiento venciendo a otro turco, Basasiri, quien, aunque sólo momentáneamente, había conseguido penetrar en Bagdad y pronunciar la *jutba* en nombre del califa fatimí.

La ascensión turca ya no pudo ser detenida: durante la segunda mitad del siglo XI, los sucesores de Tugril Bey se mostraron como los defensores del Islam sunní en particular al eliminar a los fatimíes o a sus aliados de Siria. Gracias a ellos la expansión musulmana tomaría un nuevo impulso.

## **Selyúcidas y mongoles**

Después del siglo ismaelita del Islam, la mitad del siglo XI señala un cambio decisivo en la historia del mundo musulmán: la aparición en el primer plano de la escena política de los turcos selyúcidas, sunnitas. Expulsando al shiismo hasta entonces preponderante (buyíes y fatimíes), impusieron en los países conquistados nuevos modos

de pensar y de vivir, sin esperar a Occidente, en donde Berbería se liberaba de la tutela oriental. Desde entonces, "Oriente y el Magrib se vuelven la espalda".

Oficiales al servicio de los gaznavíes, los nietos de Silyuq se habían rebelado contra sus dueños, fundando un imperio que unificó durante algún tiempo las provincias persas. Uno de ellos, Tugrilbey, después de haberse instalado en Nisapur (1038), destruyó el poder buyí y se hizo reconocer sultán por el califa de Bagdad (1055-1092). Los tres grandes sultanes selyúcidas, Tugrilbey, Alp Arslan y Malik-Sah, ayudados por el visir persa Nizam Al-Mulk, realizaron una obra importante. No sólo dotaron a su imperio de una organización política y social que servirá de modelo a todo el oriente musulmán, sino que se convirtieron, en todos los frentes, en defensores del Islam sunnita, y no contentos con haber librado al califa abasí del yugo de los buyíes shiitas, aniquilaron la acción de las sectas y se esforzaron por reemprender la enseñanza de la ortodoxia (fundación de madrasa). Invadiendo el Asia menor, que arrebataron a los bizantinos, establecieron igualmente su dominio en la Siria fatimí (1070), hasta el momento en que la llegada de las cruzadas transformó el Cercano Oriente, introduciendo principados francos (1099) que se mantuvieron durante más de dos siglos.

A la muerte de Malik-sah, el imperio selyúcida, dividido entre sus hijos y sus hermanos, empezó a disgregarse y a desmoronarse. Los gobernadores de provincias se emanciparon y se formaron dinastías locales en Siria, Mesopotamia, Armenia y Persia. La de los zengíes de la alta Mesopotamia, representada por Nur Ad-Din (1146-1173), que extendió su poder a toda Siria, se distinguió en su lucha contra los francos, reemprendida pronto por Salah Ad-Din, Saladino (1169-1193), fundador de la dinastía ayyubí de Egipto, quien, una vez conseguida la sucesión de Nur Ad-Din, se apoderó de Jerusalén (1187). Una sola rama selyúcida consiguió mantenerse hasta la invasión mongol: la de los "sultanes de Rum" (1092-1327) en Asia menor (capital Qonya).

La irrupción de las tropas mongoles, que puso término a la existencia ficticia del califato de Bagdad a mediados del siglo XIII, marca un nuevo cambio en la historia del oriente musulmán. El imperio de los mongoles (llamados tártaros por los árabes) había sido fundado por Gengis Kan (1167-1227) quien, después de haber unificado Mongolia y de haber hecho incursiones en China, empezó en 1209 a penetrar en tierras musulmanas —Turquestán, Transoxiana, Irán—, derribando los principados y reinos en los que estaban divididos entonces dichas regiones y arrasándolo todo a su paso. A su muerte, el califato de Bagdad, los ayyubíes y los selyúcidas de Rum constituían los últimos obstáculos para la unificación completa de Asia. En 1257, Hulagu, hermano del gran kan del momento y dueño de Persia, se apoderó de Bagdad, donde hizo matar al califa y a su familia; al año siguiente, Alepo y Damasco caían en sus manos. Estos mongoles, muy tolerantes a pesar de la barbarie de sus tropas, no estaban islamizados: Hulagu, budista, era hijo y esposo de cristianas y los turcos a quienes mandaba eran nestorianos en su mayoría. Así fue posible su alianza con los cruzados contra el último poderío musulmán en Oriente: el de los mamelucos de Egipto.



# LA CULTURA ÁRABE

## **Desarrollo intelectual y científico**

Desde la gestación del imperio, los árabes sostuvieron relaciones directas con las civilizaciones china, india, bizantina y persa. El contacto establecido a través de los viajes y el comercio provocó una relación intensiva y estrecha con éstas.

Por otra parte, los árabes se constituyeron en los herederos del legado cultural de todas las antiguas civilizaciones desarrolladas en el Oriente Medio. La población árabe que habitaba el Cercano Oriente desde el origen de las civilizaciones en la Antigüedad, se reencontró con sus raíces árabes con la expansión islámica; es por ello que la lengua árabe se convirtió rápidamente en el idioma común, sumando esto a su cualidad de lengua religiosa y administrativa. Este reencuentro fue el impulso que hizo germinar una gran civilización árabe-islámica, que tomando elementos de otras culturas los fundiría con el puro arabismo para dar nacimiento a una gran civilización. Es decir, la gran expansión árabe iniciada desde la península árabe con el califato ortodoxo y llevada a sus máximos límites por los omeyas, fue la última gran oleada del pueblo árabe, desde la península, su lugar de origen, hacia todo el Cercano Oriente árabe, despertando su conciencia de unidad y con ello sus fuerzas creativas; de allí el inicio de un gran desarrollo en todos los ámbitos de la cultura.

Todas las regiones del imperio estaban en el más estrecho contacto cultural y comercial entre sí, por lo que cualquier producción cultural de importancia en un país pasaba pronto a ser propiedad común de los creyentes en otros territorios. Como resultado de ello, al cabo de un siglo, el mundo del Islam llegó a ser el crisol y el vehículo de una de las civilizaciones y culturas más importantes del mundo. Completadas las fases principales de la conquista musulmana, el tremendo estímulo colectivo de los árabes por crear encontró entonces nuevas expresiones, fructificando en una rica cosecha de realizaciones técnicas, científicas, industriales, económicas, sociales y sobre todo literarias, artísticas y filosóficas. Establecieron así los fundamentos de una parte muy importante de nuestra actual cultura y civilización en el Occidente.

Fue durante el califato abasí cuando germinó un extraordinario desarrollo intelectual y científico, que apareció en los últimos decenios del siglo VIII y perduró hasta finales del siglo XI, siendo el IX el siglo de oro.

El entusiasmo creador fue un elemento motor considerable: se tiene incluso la impresión, ante esta floración de trabajos y de obras, que lo que interesaba a los sabios e investigadores no era tanto el resultado como el ardor que se ponía en hacer progresar los conocimientos; existía una especie de manantial, continuamente renovado, de fermentos del pensamiento. Quizás el paso del tiempo y la acumulación de nombres han hecho olvidar que esta expansión intelectual tuvo lugar en el transcurso de poco más de dos siglos. Sin embargo, se trata de una duración relativamente corta, desde un punto de

vista temporal, y en todo caso de un período de concentración de grandes personalidades como no había existido hasta entonces.



*Un poeta comentarista del Islam.*

Sea como fuere, existió en este proceso un fenómeno de aculturación recíproca. Algunos árabes (los beduinos), hasta entonces alejados de toda especulación científica y que únicamente practicaban géneros literarios limitados, tuvieron acceso a nuevos campos del pensamiento, para los cuales mostraron una destacable disposición. Además adoptaron su lengua, que se convirtió —independientemente de su papel de vehículo religioso— en un instrumento de cultura. Los ansar (árabes sedentarios) aportaron sus antecedentes intelectuales y culturales, adoptaron el idioma del Alcorán y contribuyeron a su progreso. Éste se convirtió en lengua común de todos los súbditos del imperio abasí y también en la de los emiratos del Magrib y de la España omeya.

Al respecto, Álvaro, un cristiano de Córdoba, señala:

"Muchos de mis correligionarios leen la poesía y cuentos de los árabes, estudian los escritos de teólogos y filósofos mahometanos, no para refutarlos, sino para aprender cómo expresarse en árabe con mayor corrección y elegancia. ¿Dónde puede uno encontrar hoy día un seglar que lea los comentarios latinos sobre las Sagradas Escrituras? ¿Quiénes entre ellos estudian los Evangelios, los profetas, los apóstoles? Todos los jóvenes cristianos notables por su talento, sólo conocen el idioma y la literatura de los árabes, leen y estudian con celo libros árabes, formando grandes bibliotecas con ellos a costo enorme y proclamando en voz alta en todas partes que esta literatura es digna de admiración. Entre miles de nosotros apenas hay uno



que pueda escribir una carta en latín pasable a un amigo, pero son innumerables los que pueden expresarse en árabe y componer poesía en ese lenguaje con mayor arte que los propios árabes."

## Las humanidades

Determinados dominios culturales continuaron siendo específicamente musulmanes y más en general árabes; así, el estudio del Alcorán, la **filosofía religiosa**, la teología, la historia, ciertas formas literarias y, finalmente, la gramática y la filología.

Hasta entonces, el único género literario practicado por los árabes había sido la poesía versificada o rimada. Sólo después del desarrollo de las ciencias, la prosa se convirtió en el medio de expresión del pensamiento, antes de naufragar, más tarde, en los artificios estilísticos. En contraposición, la vieja poesía beduina sufrió cambios realizados principalmente por Abu Nuwas.

Una lengua destinada a especulaciones intelectuales, a reflexiones teológicas, a discusiones históricas, centradas todas ellas en el *Alcorán*, la tradición y el desarrollo del Islam, debía ser explicada, estudiada; o sea, codificada. La base de estos trabajos de gramática y de filología fue el *Alcorán*, único texto válido. Resulta interesante destacar que los grandes centros de estudio de estas disciplinas fueron Basra y Kufa, ciudades donde las ciencias religiosas gozaban de especial atención —tanto en favor de la ortodoxia sunnita como del shiismo— y donde personajes como Sibawahi y Kisay iniciaron el movimiento que sería renovado más tarde en Bagdad por Ibn Qutayba.

Antes que la historia llegara a adquirir categoría de ciencia, la investigación histórica se ocupó de esclarecer la vida del profeta (la *Sira*, de Ibn Hisam (m. 834), de reconstruir las tradiciones orales relativas al profeta y a sus compañeros, y los relatos de las conquistas, con el fin de obtener una visión de conjunto de la historia de los musulmanes; Tabari (m. 922), con su historia universal, fue uno de los elementos más representativos: su obra constituye uno de los pilares de la historiografía árabe-musulmana. Más tarde, durante el siglo X y en especial durante el XI, la historia experimentó un proceso de diversificación y de precisión en sus métodos y se centró principalmente en la historia de ciudades y dinastías; fueron redactados anales y crónicas, pero en general adolecían de sentido crítico; sin embargo, no deben desdeñarse como fuentes de la historia musulmana.

Con la **geografía**, cuyo nombre tomaron literalmente los árabes de los griegos, pero sin poner bajo él todos los conocimientos que hoy incluimos, llegamos a una disciplina compuesta donde se emparejan las ciencias cosmográficas de tradición antigua (Ptolomeo, lo mismo que para la astronomía en general) con descripciones encaminadas a fines más prácticos, para administradores y mercaderes, o para satisfacer preocupaciones eruditas, para la identificación de los nombres citados en el *Alcorán* o en la antigua poesía... Se inspiraba en la teoría de las siete esferas y en las ideas de Ptolomeo sobre la Tierra (pero se vuelve a hacer la medición del meridiano terrestre); en la parte descriptiva, los geógrafos de la segunda mitad del siglo IX (Ibn Jurdadbeh, Ya'qubi, Ibn Rustem) e incluso los del siglo X (Balji, un iniciador cuya obra se ha perdido; su discípulo Istajri, y poniendo al día a éste y completándolo en muchos aspectos, Ibn Hauqal y el notable Muqaddasi) llevaron a cabo una obra de gran mérito y de incalculable valor para nosotros, que no será más que perfilada y compilada por los sucesores. En sus obras encontramos, ciertamente, una descripción del mundo musulmán, pero también de otros muchos países e indicaciones de geografía física, así como sobre los itinerarios, las producciones económicas, los caracteres sociológicos o etnográficos, etcétera. Con los samaníes, las informaciones, cuyo punto de partida es el

visir Yayhani, han llegado a nosotros, en obras persas de finales de los siglos X y XI. Añadamos que apenas se puede encontrar una historia de una ciudad que no comience por una descripción geográfica más o menos auténtica.

En los tiempos del imperio musulmán, los árabes ya mantenían relaciones normales con China, Rusia y otros países ignotos de África. Sus primeros exploradores fueron comerciantes y muchos de ellos dejaron relatos de sus viajes a la India, China, y Marruecos y otras tierras casi desconocidas en su tiempo. El último gran viajero árabe fue el bereber Ibn Batuta, que en el siglo XIV emprendió largos viajes por la mayor parte del mundo oriental y desde su patria llegó hasta Pekín. Otro árabe célebre en Occidente es El-Edrisí, al que los europeos de la Edad Media debieron muchos conocimientos. Escribió su gran obra geográfica ilustrada con gran número de mapas hacia mediados del siglo XII.

A los geógrafos hay que añadir los relatos de viajes, como el de Ibn Fadlan sobre los búlgaros del Volga, el del mercader Sulayman en China, el de Nasir-i Jusrau (en persa) sobre un viaje de Jurasán a Egipto, etcétera.

Lo mismo que la geografía, la **historia**, que sin embargo tiene un nombre árabe y responde en parte a conceptos arábigo-islámicos, no figuraba entre las materias del programa de estudios medievales; y, no obstante, tampoco ha habido una disciplina más y mejor practicada a través de todos los tiempos en el mundo musulmán.

De la necesidad de cultura y también de gusto por una literatura desligada de toda preocupación científica nació el **adah**, en el que, sin embargo, el elemento "cultural" no estaba ausente.

El representante más destacado de este género literario fue el basri Yahiz (m. 869), de hecho uno de los más grandes escritores de toda la Edad Media musulmana. La existencia de una corte califa' y de numerosos mecenas en Bagdad y otras ciudades contribuyó a la creación de una literatura cortesana donde la poesía, renovada por Abu Nuwas, encontró materia para expresarse. El *Kitab Al-Agani* (Libro de canciones), de Abu-l-Faray Al-Isfahani (m. 967), resulta un cuadro sorprendente de los dos primeros siglos del imperio abasí, y sus alusiones a la sociedad musulmana de su tiempo constituyen una fuente de primer orden, hasta ahora poco explotada, para el conocimiento del mundo árabe-musulmán en la cumbre de su período.

La vida cortesana dio lugar también a una serie de reuniones culturales, donde la música ocupó un lugar destacado: en el palacio del califa vivía gran número de músicos, entre los cuales sobresalió Ibrahim Al-Mawsili (m. 804). Influida en su origen por la música griega, la música árabe fue codificada y estudiada en diversos tratados científicos; Al-Kindi creó una notación y en el *Kitab Al-Agani* existen anotaciones musicales para cada canción. Los mecenas mantenían a literatos y poetas, y el género del panegírico (*gasida*) encontró un renovado éxito durante el desmembramiento del imperio abasí en pequeños Estados o emiratos; cada soberano quiso tener su vate, entre los que se destacó Al-Mutanabbi (m. 965), que cantó los méritos y hazañas del hamdani Sayf Al-Dawla. La literatura cortesana tuvo su máximo esplendor durante el siglo XI y fueron sus representantes más destacados Hamadani (m. 1007) y Harini (m. 1122).

También las **ciencias religiosas** tuvieron cierta importancia permanente. Su papel en el mundo musulmán fue tan destacado, que estaban consideradas como la "ciencia" propiamente dicha, *'ilm*; el punto de partida fue el *Alcorán*, y más tarde las tradiciones, *hadit*, de las cuales realizaron extraordinarias compilaciones diversos sabios, entre ellos Bujari y Muslim. Otros sabios se especializaron en el estudio del *Alcorán*, de sus cometidos y tradiciones; fueron los llamados *'ulama*; otros sacaron de las mismas fuentes las bases esenciales del derecho musulmán, *figh*, al que dieron un extraordinario desarrollo: a éstos se les llama *fugaha*'. Fueron admitidas cuatro escuelas de

interpretación ortodoxa: las de Malik Ibn Annas (m. 795), Abu Hanifa (m. 767), Al-Safi'i (m. 820) e Ibn Hanbal (m. 855).

El Islam tuvo también sus místicos, quienes con toda probabilidad estuvieron influidos por los místicos cristianos. Poco a poco se fueron apartando de estas influencias para constituir un movimiento típicamente musulmán, el sufismo (del nombre del sayal, *suf*, que llevaban los primeros místicos). El más célebre de ellos, Al-Hayyay, fue denunciado como hereje, condenado y ejecutado en 922.

Por lo general, se citan tres grandes nombres de "filósofos": Al-Kindi, un árabe de Irak contemporáneo de los grandes traductores; Al-Farabi, un transoxiano quizá turco establecido en la corte de Sayf Al-Dawla, y, por último, Ibn Sina (Avicena), tan famoso como médico que como filósofo, nacido en Bujara poco antes del año 980.



*Avicena*

En una religión que, como el Islam, insiste en la trascendencia divina, sin el correctivo cristiano de la Encarnación, el problema de la comunicación de la Criatura con su Creador y, por tanto, de la salvación del hombre, adquiere una particular importancia. El shiismo esbozaba una solución en la medida que atribuía a su imam una especial luz divina. Pero el isma'ilismo alcanzó una construcción más satisfactoria, integrado a este imam en ciclos proféticos sucesivos. Quedaba por establecer una concordancia gnóstica entre los ciclos proféticos y las esferas celestes, concreciones de las emanaciones platónicas. Para el creyente isma'ili, sobre todo fatimí, la doctrina política era un reflejo de su cosmogonía. Y la "filosofía", a su vez, se convirtió en fe.

Es natural que, dejando de lado ahora las presentaciones típicamente musulmanas, análogos problemas se discutiesen, y de hecho lo fueron, en las otras confesiones. A este respecto, apenas hay renovación en las Iglesias cristianas, donde por el momento se busca sobre todo el hacer accesible en árabe las enseñanzas de los santos padres. Pero

hay que subrayar que el judaísmo, hasta entonces al margen de la "filosofía" (a excepción de Filón de Alejandría), arrastrado por el movimiento de pensamiento de expresión árabe, se integra ahora en él, y sus doctores aportan sus contribuciones, destacándose la figura de Maimónides, último eslabón de la cadena a través de la cual la teoría se trasmite desde Oriente a la España musulmana.

## Las ciencias

Lo mismo ocurría, "a fortiori", con la ciencia, donde se codeaban sabios de todas las confesiones: judíos, cristianos, arrianos (convertidos hacia el año 1000) y algunos zoroastrianos.



*Averroes, del florentino Andrea Bonaiuto*

La literatura científica de Grecia y Roma adquirió vigor en versión árabe e influyó en las ideas religiosas de los musulmanes cultos. Aristóteles fue el gran maestro de los árabes en filosofía y sus concepciones eran consideradas como verdades irrefutables. El más famoso de los discípulos árabes de Aristóteles fue **Averroes**, que vivió en el siglo XII y era a la vez filósofo, médico, jurisconsulto y astrónomo. Su gran reputación en el terreno de la Medicina le valió ser nombrado médico de cabecera del califa de Córdoba, su ciudad natal, aunque más tarde fue desterrado por herejía y acabó sus días en Marruecos. Su producción científica es enorme. Pasó casi toda su vida trabajando noche y día, y ello hasta poco antes de morir, a los setenta y dos años de edad. Averroes veneraba a Aristóteles, de quien afirmaba que «fue enviado por Dios para proclamar la verdad». Con sus traducciones de la obra aristotélica, acompañadas de comentarios, ejerció extraordinario influjo en el pensamiento medieval. Cada vez que santo Tomás de Aquino alude al «comentarista», se refiere a Averroes.

Una de las disciplinas que fueron cultivadas con más éxito fueron las **matemáticas**. No sin razón Occidente ha tomado de los árabes el nombre "cero" y la palabra "cifra", así como el sistema de numeración al que llamamos árabe, aunque, a decir verdad, sea hindú; si bien tardó en extenderse entre los mismos árabes, a quienes sus ciencias de unidades y los usos administrativos habían acostumbrado a otras rutinas, sus sabios lo usaban, y fue a través de ellos como llegó a Europa, sobre todo a partir del siglo XIII. El **álgebra** también debe su nombre a los árabes. Las necesidades prácticas llevaron también a precisar una gran cantidad de fórmulas aritméticas y geométricas para el cálculo de las superficies, los volúmenes, las distancias (esbozos de

trigonometría), problemas mecánicos de los molinos, norias, etcétera; incluso de astronomía citemos los nombres de Al-Juwarizmi, transoxiano como su nombre lo indica (siglo X), nombre que, combinado con la etimología logos-arithmos, ha dado como resultado nuestros algoritmos/logaritmos; y el de Abu-l Wafa, uno de los protegidos de los buyíes, ambos también astrónomos.

La **astronomía** no siempre se distinguía de la astrología, pero hay que guardarse de aplicar a esta época una distinción que sólo se ha hecho necesaria con el desarrollo posterior de la ciencia, y teniendo en cuenta que el razonamiento astrológico, en el estado en que se encontraba el pensamiento y la ciencia, no era en sí mismo anticientífico. De todas formas se obtuvieron progresos reales. Completando, por el simple hecho de haber transcurrido varios siglos, las observaciones y medidas de los antiguos, los astrónomos musulmanes pudieron introducir o precisar muchas nociones importantes, por ejemplo, respecto a la precisión de los equinoccios. Las necesidades de la navegación o bien del culto (para determinar la dirección de La Meca) hicieron que se multiplicasen los catálogos de los astros que los griegos no habían podido observar a causa de la latitud, y acumular las mediciones de los ángulos, gracias al astrolabio, que fue perfeccionado. Abu-l Wafa y sobre todo Al-Battani de Harran (fin del siglo IX), continuadores de Ptolomeo, e Ibn Yunus en el Egipto fatimí, fueron sabios capaces de originalidad, y sus colegas andalusíes transmitieron a Occidente la astronomía de los "albatenius". Al-Biruni, que tendremos que volver a citar, da a Gazna, hacia el año 1000, una notable enciclopedia astronómica, donde se formulaba la posibilidad lógica del movimiento de la Tierra en torno al Sol como un factor para la explicación del movimiento aparente de los astros. Muchos de nuestros términos astronómicos son de origen árabe, como: cenit, nadir y muchos nombres de estrellas.

Con las matemáticas estaba emparentada también la **óptica**, cuyo más ilustre representante era Ibn Haytam, un iraquí que había pasado, a finales del siglo X, al servicio de los fatimíes de Egipto.

Las **ciencias de la naturaleza** siguieron estando dominadas, como lo estarían en todas partes hasta el siglo XVIII, por la antigua concepción de los cuatro elementos, el calor y el frío, lo seco y lo húmedo, cuya mezcla en proporciones variables producía la diversidad de cuerpos que, por tanto, eran transformables los unos de los otros si se lograba alterar aquella proporción. La evolución científica ha revestido con el nombre peyorativo de alquimia las investigaciones emprendidas bajo esta mentalidad, por oposición a la química moderna; pero este desprecio no tiene mayor sentido que el de la astrología. Tampoco se pueden cometer exageraciones en sentido inverso, e interpretar como modernos el atomismo que ciertos autores habían defendido, no era experimental, y por lo general obedecía únicamente a la necesidad metafísica de salvaguardar los intersticios en las cosas, en los que se pudiese insertar la acción de Dios. A nuestro parecer, en general, el error de la alquimia fue el haber tomado como propiedades fundamentales de las cosas cualidades aparentes a nuestros sentidos, sólo Avicena pareció haber intuido esta debilidad. El fin de la **alquimia**, transformar en oro todas las sustancias gracias a un agente especial llamado elixir (o piedra filosofal), era ilusorio; pero a través de la búsqueda de diversas combinaciones, incansablemente reemprendida, el azar hacía que a veces se descubriesen interesantes preparaciones de cuerpos nuevos, ácidos o alcoholes (palabra árabe). Las medidas de pesos específicos que efectuaron eran válidas. Y los alquimistas pusieron a punto una serie de aparatos, como el alambique (nombre árabe), que toda Europa utilizará. La alquimia árabe se inspiraba en escritos "herméticos" antiguos, y en otros antecedentes más o menos imaginarios (Cleopatra, etcétera), pero no se limitó a copiarlos, sino que también los enriqueció; el deseo de mantener ocultos sus resultados, el lenguaje misterioso del que se servían, han

hecho que se acusase a todos los alquimistas de charlatanes, pero es ésta una acusación falsa. Del fundador de la alquimia árabe, de Yabir Ibn Hayyan, el más grande de los alquimistas, sólo se puede afirmar que vivió en la segunda mitad del siglo VIII; pero los escritos que se le atribuyeron proceden de su escuela, un siglo posterior. Su fama debía llegar a Europa, donde todos los alquimistas se dirán discípulos de Geber.

El estudio de la naturaleza animada también experimentó progresos, menos la **zoología** (salvo la hipiatría) que la **botánica** (a causa de la farmacología) y la **agronomía** (ya hemos hablado de Ibn Wahsiya). La **medicina** fue, de todas las disciplinas practicadas entonces, la más interconfesional; también es entre los médicos donde se pueden encontrar las actitudes más "filosóficas" y "materialistas". Por supuesto, Hipócrates y Galeno seguían siendo los maestros, pero corregidos y ampliados por una experiencia viva favorecida por el desarrollo de los hospitales. Sin embargo, la investigación fue neutralizada por los prejuicios religiosos, por estar prohibido a los musulmanes practicar la anatomía. Toda la Edad Media musulmana y cristiana vivirá de las enseñanzas de Razi (Razes), del Canon de Avicena, y de otras obras que serán dadas a conocer por primera vez por Constantino el Africano en la escuela de Salerno (hacia el año 1100). Y lo que es normal en unos países donde tantos estragos hacían las enfermedades de los ojos, se hicieron sensibles progresos de oftalmología, a cargo de Hunayn b Ishaq y de otros.

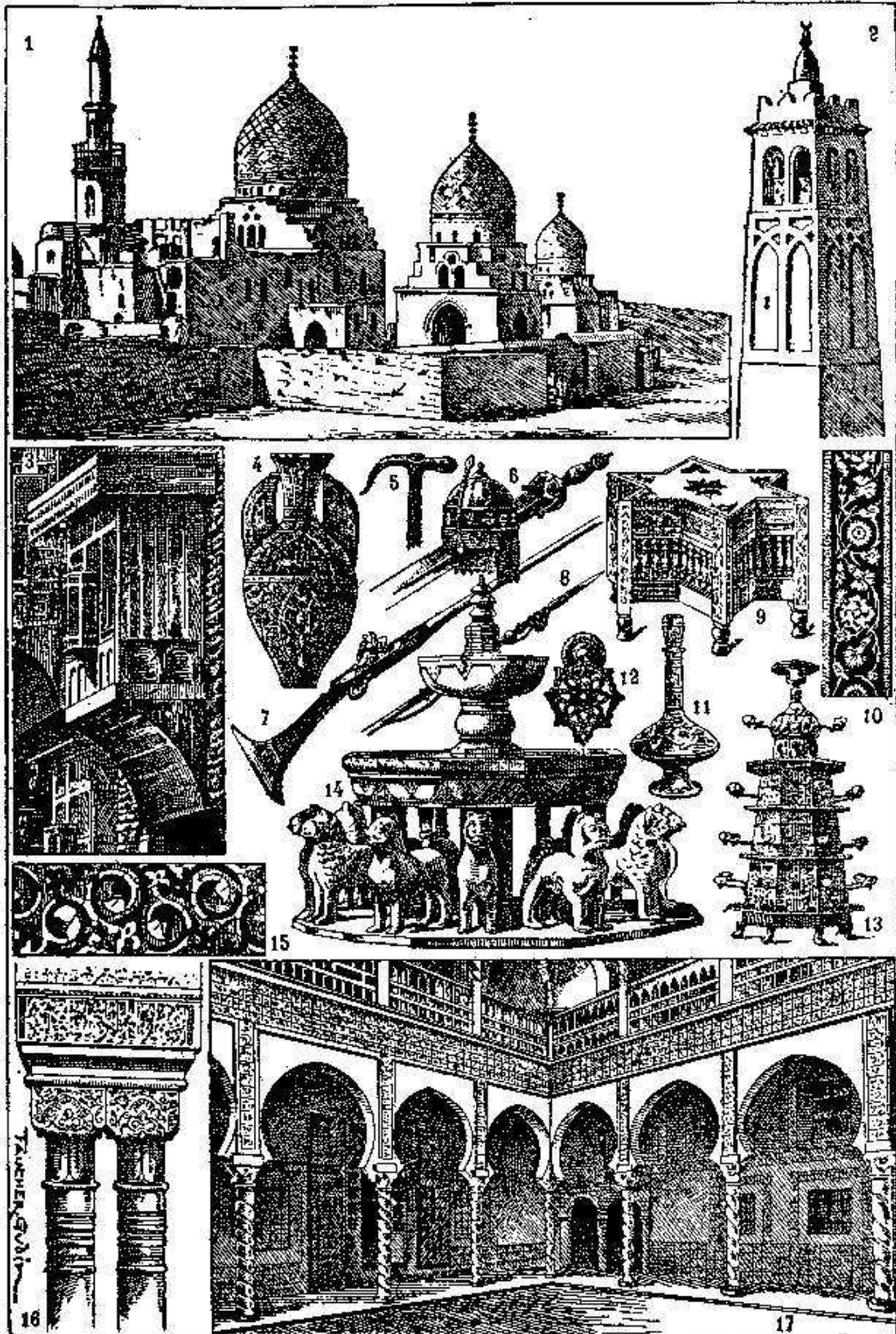
El árabe más célebre en esta ciencia fue **Avicena**, médico persa y genio universal nacido en 980. Al cumplir dieciocho años ya había estudiado todas las ciencias y a los veintiuno comenzó a escribir. No obstante, estuvo muy lejos de vivir fuera de la realidad del mundo: buscaba en los placeres —mujeres y vino— una evasión del trabajo, y en éste un estímulo para el placer. Consideraba el sueño como una pérdida de tiempo. Llevó casi siempre una continua vida errante y en todas partes curó a enfermos desahuciados por los médicos. Un príncipe persa a quien sanó de una grave dolencia de estómago le testimonió su agradecimiento nombrándole visir. Pero no siempre tuvo la misma suerte y más de una vez se vio en la cárcel. A pesar de ello, en prisión tampoco perdía el tiempo, se entregaba a estudios científicos y apenas libertado reaparecía en la corte de otro príncipe.

Avicena murió a los cincuenta y ocho años. Se dice de él que la filosofía no le enseñó a vivir ni la ciencia médica a velar por su salud. Avicena trató todos los temas e incluso en sus trabajos de mera literatura da pruebas de gran talento. Dejó más de cien obras. La más insigne, sus directrices en el diagnóstico y tratamiento de enfermedades, ha sido durante seis siglos un código médico.

En este resumen demasiado elemental hemos incluido un poco arbitrariamente en una sección antes que en otra, a un autor que en realidad ha participado de varios géneros. Pero ¿dónde incluir a un hombre tan extraordinario como fue Al-Biruni, nacido bajo los samaníes, y que hizo su carrera en Gazna con Mahmud?; le debemos entre otras obras una exposición de los sistemas cronológicos de todos los pueblos conocidos, que acompaña de inestimables informaciones acerca de sus fiestas, sus religiones, etcétera, y un libro sobre la India, que intentaba conquistar Mahmud, de una información tan notable en sí misma como valiosa para nosotros.

Todo esto no es más que una árida enumeración, que sería preciso enriquecer con otra serie de nombres valiosos, cuyo número, a pesar de las repeticiones de obra en obra, dan fe, insistamos en ello, para terminar, de una vitalidad intelectual que, comparada no sólo con la Europa post carolingia, sino con Bizancio (que por entonces estaba levantándose de su postración), no puede por menos de suscitar una gran admiración.





**ARTE ÁRABE** : 1. Sepulcro de los califas en el Cairo; 2. Alminar de Sidi Okba (Argelia); 3. Mucharabi en el Cairo; 4. Cántaro de la Alhambra; 5, 6, 7, 8. Armas y casco (s. xv); 9. Mesa (s. xv); 10. Azulejo; 11. Botella de vidrio esmaltado; 12. Aldaba de hierro; 13. Lámpara de mezquita; 14. Fuente de los Leones, en la Alhambra; 15. Mosaico de mármol; 16. Capitel de la Alhambra; 17. Vista interior del arzobispado de Argel.

**Cuadro de los mas destacados hombres de ciencia árabes**  
(del siglo VIII a mediados del siglo XIII).

**SIGLO VIII**

<b>Nombres</b>	<b>Área del conocimiento</b>	<b>Principal aporte</b>
Al-Asma'i	Filósofo y naturalista	
Ibrahim Al-Fazari	Astrónomo	Desarrolla las matemáticas hindúes
Muhammad Ibrahim	Astrónomo	Desarrolla las matemáticas hindúes
Ya'qub Ibn Tariq	Astrónomo	Desarrolla las matemáticas hindúes
Al-Nawbakht	Astrólogo	
Al-Fadl	Bibliotecario	Organiza bibliotecas del imperio
Yabir Ibn Hayyan	Alquimista	
Teófilo de Edesa	Astrólogo	Traducción de obras médicas griegas al siríaco
Ibn Bakhtyashu'	Médico	

**SIGLO IX**



<b>Nombres</b>	<b>Área del conocimiento</b>	<b>Principal aporte</b>
Yahya Ibn Batriq	Traductor	Traducción de obras de Galeno, Hipócrates y Ptolomeo
Al-Nazzam	Filósofo	Idea de evolución
Al-Kindi	Filósofo	Tratados de óptica geométrica y fisiología. Crítica de la alquimia
Al-Hayyay Ibn Yusuf	Astrónomo	
Al-‘Abbas	Astrónomo	
Abú Sa‘id Al-Darir	Astrónomo	Tratado sobre el trazado del meridiano
Al-Juwarizmi	Matemático y astrónomo	Fundador del álgebra
Ahmad Al-Nahawandi	Astrónomo	
Habash Al-Hasib	Astrónomo	Cálculos trigonométricos
Sanad Ibn ‘Ali	Astrónomo	Constructor del observatorio de Bagdad
Ali Ibn ‘Isa Al-Asturlabi	Astrónomo	Fabricante de instrumentos astronómicos
Yahya Ibn Abi Mansur	Astrónomo	
Al-Faraghani	Astrónomo	Teoría de los movimientos celestes
Al-Marwarrudhi	Astrónomo	
‘Umar Ibn Al-Farrukhan	Astrónomo	
Abu mal ‘sar de Balj	Astrólogo	Obras médicas
Ibn Sahda	Traductor	
Yibril Ibn Bajtyasu	Médico	
Salmawayh Ibn Bunan	Médico	
Ibn Massawayh	Médico	
‘Ali Al-Tabari	Médico	
Al-Mahani	Geómetra y astrónomo	Ecuación de Al-Mahani
Al-Mayrizi	Astrónomo y matemático	Comentarios sobre Ptolomeo y Euclides
Tabit Ibn Churra	Astrónomo y matemático	Dirección Escuela de Traductores de Bagdad
Al-Battani	Astrónomo	Determinó la oblicuidad de la elíptica y duración del año trópico y las estaciones
Abu Bakr	Astrólogo	
Ahmad Ibn Yusuf	Geómetra	Libro sobre las proporciones
Hamid Ibn ‘Ali	Astrónomo	
Sabur Ibn Sahl	Botánico	Autor de un antídoto
Yahya Ibn Sarafyun	Médico	Autor de una enciclopedia
Hunayn Ibn Ishaq	Médico y traductor	
Ibn jurdabih	Geógrafo	
Al-ya ‘qubi	Geógrafo	Crónicas geográficas
Al-Razi	Alquimista y físico	Tratados de medicina y estudios monográficos sobre la viruela.

### SIGLO X

Al-Farabi	Filósofo y científico	Teoría de la música
Matta Ibn Yunus	Traductor	
Yahya Ibn ‘Adi	Traductor	
Abu Kamil	Matemático	Continúa el álgebra de Juwarizmi
Abu ‘Utman	Traductor	Traducción libro X de Euclides y el comentario de Pappo
Sinan Ibn Tabit	Matemático, físico, astrónomo y médico.	
Ibrahim Ibn Sinan	Geómetra	Área de la parábola
Al-‘Imrani	Astrólogo	Comentario al álgebra de Abu Kamil
Ibn Wahsiya	Alquimista y agrónomo	
Ibn Rusta	Geógrafo	
Al-Mas‘ udi	Geógrafo	Obras histórico-geográficas
Abu ya‘far Al-jazin	Geómetra y algebrista	Resuelve ecuación cúbica de Al-Mahani
Al-Kuhi	Matemático	Desarrollo de ecuaciones de grados superiores
Abu Al-Fath	Matemático y astrónomo	
Al-Siyzi	Geómetra	Estudia la intersección de las cónicas y la trisección del ángulo
‘Abd Al-Rahman Al-Sufi	Astrónomo	Catálogo de estrellas
Abul-Wafa’	Geómetra	Comenta a Euclides, Diofante y Al-Juwarizmi. Trabaja en elaboración de la trigonometría.

### SIGLO XI

Al-Juyandi	Geómetra	
Abu Nasr	Matemático	
Al-Qabisi	Matemático	Introducción al arte de la astrología
Maslama Ibn Ahmad	Astrónomo y matemático	Publica tablas astronómicas de Al-Juwarizmi corregidas
‘Ali Ibn ‘Abbas	Médico	
Abu Mansur Muwaffak	Médico	Tratado sobre Medicina
Abu Al-Qasim	Médico y cirujano	Obra quirúrgica
Ibn Yulijul	Médico	
Al-Istajri	Geógrafo	
Buzurg Ibn Sahriyyar	Geógrafo	
Al-Muqaddasi	Viajero y geógrafo	Crónicas geográficas
Al-Biruni	Matemático, físico y geógrafo	Tratado de historia, farmacopea, filosofía, botánica
Ibn Sina (Avicena)	Filósofo, astrónomo, físico y médico	Canon de medicina, Enciclopedia de filosofía
Al-Karmani	Matemático	Introduce las ideas matemáticas de los Hermanos de la Pureza
Ibn Al-Samh	Matemático y astrónomo	
Ibn Abi l Riyal	Matemático y astrónomo	
Ibn Al-Saffar	Matemático y astrónomo	
Kusyar Ibn Labban	Matemático y astrónomo	
Al-Karji	Matemático y astrónomo	
Al-Nasarir	Matemático y astrónomo	
Ibn Al-Wafid	Médico	Tratados acerca de los simples
Ibn Janah	Médico	Tratados acerca de los simples
Ibn Al-Haytham	Físico y óptico	Tratados de óptica, teoría astronómica
Massawayh Al-Mardini	Médico y farmacólogo	
‘Ammar	Oculista	
‘Ali Ibn Ridwan	Médico	
Al-Kathi	Químico	
Abu Sa‘id ‘Ubayd Allah	Médico	
Ibn Butlan	Médico	Expone la medicina mediante cuadros sinópticos
‘Ali Ibn ‘Isa	Oculista	Tratado de oftalmología
Al-Zargali	Astrónomo	Publicó tablas toledanas
Yusuf Al-Mu’tamin	Matemático	
Muhammad Ibn ‘Abd Al-Bagi	Matemático	
‘Umar Juyaym	Poeta y matemático	Ecuaciones cúbicas, con soluciones geométricas
Abu ‘Umar Ibn Hayyay	Agrónomo	
Ibn Jazla	Médico	
Sa‘id Ibn Hibat Allah	Médico	
Zarrin Dast	Oculista	

## SIGLO XII

Al-Jazini	Astrónomo	Tablas astronómicas. Desarrolla mecánica y física
Al-Badi' Al asturlabi	Astrónomo	Fabricante de astrolabios
Al-Jaraqí	Astrónomo y matemático	
Al-Tughra'i	Poeta	Tratados sobre alquimia
'Adnan Al-'Aynzarbi	Astrónomo	
Ibn Al-Tilmid	Médico	Tratado sobre la sangría
Abu l-Salt	Físico	Tratado sobre el astrolabio y trabajos de mecánica
Ibn Bayya (Avimpace)	Filósofo	Crítica del sistema de Ptolomeo
Yabir Ibn Aflah	Astrónomo	Tratado de la reforma de <i>Almagesto</i>
Ibn Hasdai	Médico	Comenta a Hipócrates y Galeno
Ibn Zuhr (Avenzoar)	Médico	Técnicas de cirugía
Fajr Al-din Al-Razi	Filósofo y teólogo	Introduce en su comentario del Corán los resultados de la ciencia de su época.
Ibn Tufayl (Abentofail)	Médico y astrónomo	Continúa la crítica de Ptolomeo
Ibn Rusd (Averroes)	Filósofo, astrónomo y médico	Resume el <i>Almagesto</i> ; tratado sobre los movimientos celestes; tratado de medicina <i>Al-Kulliyat</i> .
Al-Bitruji	Astrónomo	Modifica y adapta teoría de las esferas homocéntricas
Al-Idrisi	Geógrafo	Informaciones acerca de las ciencias naturales
Al-Mazini	Geógrafo	Informaciones acerca de las ciencias naturales
Al-Ghafiqi	Botánico	Descripción de las plantas del Magreb
Ibn Al-'Ariwam	Agrónomo	Libro de la agricultura
Ibn Al-Dahhan	Jurista y teólogo	Tratado sobre partición de la herencia, plantea problemas aritméticos
Abd Al-Malik Al-Sirazi	Geómetra	
Muhammad Ibn Al-Husayn	Geómetra	
Abu l-Barakat Hibatallah Ibn Malka	Médico	Desarrolla las críticas de Filopón y Avicena a la física aristotélica
Fajr Al-din Al-Razi	Astrólogo	Tratado de astrología y ensayo sobre los postulados de Euclides
'Abd Al-Rahman Ibn Nasr	Matemático	Manual para los inspectores de los mercados acerca de los pesos y medidas con indicaciones sobre piedras preciosas, drogas y perfumes
Ya'far Ibn 'Ali		Tratado de falsificaciones de productos de comercio
Muhammad Ibn mahmud Al-Tusi	Geógrafo	Cosmografía titulada: " <i>Las maravillas de las criaturas</i> "
Ibn Hubal	Médico	Tratado de medicina <i>Al-Mujtar fi l-Tibb</i>

### SIGLO XIII

Hasan Al-Marrakusi	Astrónomo	
Abu l-‘Abbas Al-Nabati	Botánico	
Ibn Al-Baytar	Botánico	
Al-Muzaffar Al-Tusi	Matemático y astrónomo	
Kamal Al-din Ibn Yunus	Matemático y astrónomo	
Ibn Al-Lubudi	Matemático, astrónomo, médico	
Al-Jazari	Físico	Describe máquinas hidráulicas y clepsidras
Qaisar Ibn Abi l-Qasim	Constructor	Construye molinos de agua en el Orontes
Al-Jawbari	Alquimista	Escribe acerca de los fraudes de alquimistas
Ibn Al-Sa‘ati	Constructor de máquinas y médico	Comenta el <i>Canon</i> de Avicena
Najib Al-din Al-Samarqandi	Médico	
‘Abd Al-Latif	Médico y anatómico original	Corrige a Galeno
Ibn Tarjan	Médico	Escribe enciclopedia médica
Ibn Al-Qifte	Médico	
Ibn Abi Usaibi‘a	Médico	
Ibn Al-Suri	Botánico	

### «Las mil y una noches»

La literatura árabe también desborda vitalidad y alegría creadora y con la poesía, de origen muy antiguo, ponen de manifiesto su amor por la música. Cada familia tenía sus poetas y «sus palabras volaban a través del desierto, más rápidas que flechas». Ellos eran quienes formaban la opinión pública y en las diferencias surgidas en el seno de las tribus se acudía con preferencia a los poetas para que arbitraran sus pleitos.

Mucho antes de Mahoma, la poesía ya había alcanzado elevado grado de virtuosismo y de belleza formal. Con todo, es de escasa imaginación creadora y sentimientos poco profundos. El gusto poético de los árabes difiere en esencia del de la Antigüedad. Cuando un poeta árabe habla de un paisaje nevado, dice: «El paisaje es tan blanco que parece sonreír por doquier con dientes blancos», lo que para un griego o un romano hubiera sido muy rebuscado.

Algo distinto son sus cuentos, y cómo son relatados, sobre todo Las mil y una noches. Éstos pueden ser leídos por todos los pueblos y en todo tiempo y lugar. El «mosaico más pintoresco de la literatura mundial» está integrado por materiales originarios de Persia, la India, Bagdad y El Cairo. Algunos de los más conocidos de esta

colección, como *La lámpara de Aladino y Ali Babá y los cuarenta ladrones*, son de origen egipcio.

El preludeo de estos cuentos está constituido por el relato de un rey persa que descubre que su mujer le engaña con un esclavo negro y que todas sus concubinas seguían el ejemplo.

Esta infidelidad encolerizó tanto al rey que ordenó a su visir matase a la favorita adúltera y luego mató con sus propias manos a las concubinas y a sus esclavos. Después, hizo solemne juramento de que mataría a cada una de las mujeres que tomara en adelante por esposa después de la noche de bodas, «pues —decía— no hay sobre la tierra una sola mujer casta ni nunca la hubo». Durante tres años, las cosas ocurrieron conforme dijo: cada noche era de bodas y cada mañana de ejecución, de modo que no quedó en toda la ciudad una sola muchacha núbil, excepto las dos hijas del visir. La de más edad, Scherezada, decidió a pesar de todo ser esposa del rey. En vano trató su padre de disuadirla de su funesto proyecto; no le quedó más remedio que acompañar angustiado a su querida hija al palacio del misógino rey. Scherezada fue esposa del soberano.



*Aladino y su lámpara maravillosa según Walter Crane, un pintor e ilustrador inglés de finales del siglo XIX.*

A medianoche, al ver que el rey no podía conciliar el sueño, Scherezada pidió que permitiera distraerle narrándole un divertido cuento. La idea le agradó y ella se puso a contarle la historia del Comerciante y del Genio. Cuando el relato estaba en el punto más apasionante, empezó a clarear el día y Scherezada interrumpió el relato. «¡Por Alá! —dijo el rey—, no permitiré que te maten antes de haber oído el fin». Y de esta forma se sucedieron los relatos noche tras noche hasta la mil; entretanto, Scherezada había dado ya tres hijos a su esposo. Pero entonces ya había conquistado para siempre el corazón del rey y en ningún momento pensó en quitarle la vida. Con el poder mágico de la imaginación, Scherezada había transformado al sanguinario tirano.

Como mágico caleidoscopio, los relatos de *Las mil y una noches* nos ofrecen sin cesar imágenes cambiantes de la vida oriental en espléndidos palacios deslumbrantes de oro y en jardines paradisíacos perfumados por las flores y arrullados por trinos de pájaros. Todas estas maravillas pertenecen a príncipes increíblemente munificentes. Estas prodigiosas leyendas nos

presentan a mujeres cuya vida de harén les incita, ayudadas por astutos eunucos y esclavos complacientes, a engañar a sus esposos y a unos hombres tan apasionados en su venganza como lo son las mujeres en sus declaraciones de amor, introduciéndonos en un mundo donde la pasión devora y consume a los seres. Se trata de lo que llamaríamos «flechazos», con tal violencia que los amantes son zarandeados por los latidos del corazón, suspiran, gimen, y sus «lágrimas corren como collar de perlas por sus mejillas». Y cuando consiguen abrazarse, se desvanecen y quedan como sin vida. En los relatos aparecen continuamente espíritus y personajes legendarios, sirenas y arpías. Los *djinns* (genios), magos y demás espectros maléficos se entregan a orgías desenfundadas y transforman a los hombres en animales.

Es clásico en su género el cuento del pescador que encuentra en su red una olla de metal sellada con plomo; al romper el sello, sale una humareda que rápida toma la espantosa forma de un duende cuya cabeza parece una cúpula; sus manos, horcas; las piernas, mástiles; la boca es grande como una gruta, y su mirada tan terrible que nada bueno predice. El duende estuvo encerrado durante miles de años en el fondo del mar. Y el pescador, que teme por su vida, tiene que apelar a la astucia. «No puedo figurarme —dice al duende— cómo has podido vivir en esta olla, donde ni siquiera cabe tu mano.» «¡Cómo! —rugió el duende—, ¿no crees que haya vivido aquí en esta olla?» «No —replica el pescador.—, no puedo creerlo sin verlo con mis propios ojos.»

El genio quiso demostrárselo, y cuando se convirtió de nuevo en humo y penetró otra vez en la olla, el pescador se apresuró a cerrarla, amenazando al duende con arrojar la olla al mar. Sólo cuando le juró solemnemente no hacerle ningún daño, sino que, al contrario, le prestaría grandes servicios, el pescador devolvió la libertad al genio. Éste le indicó entonces dónde podría pescar peces de todos los colores, blancos y rojos, azules y amarillos, y en tal cantidad como nadie vio jamás. Lleno de alegría, el pescador llevó su pesca milagrosa al rey, quien le dio tanto oro que desde entonces fue muy rico. Estos peces originaron después muchos prodigios, ya que estaban encantados. Pero sería prolijo detallar aquí todas estas aventuras.

En los cuentos de Occidente hizo fortuna uno de los temas de *Las mil y una noches*. Se trata de un hombre que invirtió todo su dinero en objetos de vidrio que esperaba vender con gran provecho. Sentado en un banco junto a la muralla de la ciudad, con su frágil mercancía en una cesta colocada a sus pies, sueña que negociará tantos objetos de vidrio que conseguirá una inmensa fortuna. «Entonces —se dice— compraré una bonita casa, esclavos blancos, eunucos y caballos; comeré y beberé a saciedad y me divertiré con locura; me casaré con la hija mayor del gran visir, que es muy bella y un perla de ternura; me prepararé para la boda y adornaré mi casa del modo más espléndido; al ir a buscar a la prometida, me pondré los vestidos más lujosos, me sentaré sobre un cojín y atraeré todas las miradas. En el acto, llegará mi futura y con dignidad severa, fingiré no verla hasta que los asistentes me digan: "¡Oh, señor y maestro, tu esposa y sierva está ante ti: concédele una mirada, pues le fatiga estar de pie!". Tendrá que besar muchas veces el suelo a mis pies hasta que yo me decida a dirigirle la vista, y entonces, ella me dirá: "¡Oh señor, Alá sea contigo! Acepta esta copa de manos de tu fiel sierva, pues soy tu humilde esclava". Pero yo no le concederé una palabra como respuesta. Entonces, ella hará todo cuanto pueda para atraer mis sentimientos y llevará la copa a mis labios. Pero yo levantaré ante su rostro mi puño amenazador y le daré un golpe así...» Como era de esperar, el puñetazo dio en los objetos de vidrio y se hizo añicos toda la fortuna del presuntuoso.





# LA ÉPOCA CAROLINGIA

## CARLOS MARTEL Y PIPINO EL BREVE

El gran acontecimiento de 732, la victoria de los francos sobre los árabes, nos retorna a Occidente. El vencedor de Poitiers, Carlos Martel, era mayordomo de palacio, lo que significa que era a la vez el mayor dignatario de la corte franca, como primer ministro y jefe del ejército. El apelativo Martel —martillo— alude a su energía. En su época, la dinastía merovingia había degenerado; los últimos merovingios habían merecido el apodo de "reyes holgazanes".

### **Poder de la nobleza. Feudalismo y servidumbre**

Para evitar ser eliminados en su lucha contra los grandes señores, los reyes necesitaban atraerse partidarios, quienes a cambio de su fidelidad recibían tierras a título de feudo. Estos bienes que la corona les entregaba, no eran concebidos a título hereditario, sino como *alodio*: el vasallo disfrutaba las rentas de estos bienes mientras permaneciera fiel al soberano, pero si rompía su juramento de fidelidad, o de obediencia, su soberano tenía derecho a arrebatárselo el feudo ¡siempre que pudiera! El rey que concedía las tierras era el *soberano* y quien las recibía en feudo, el *vasallo*.

Un ceremonial solemnisimo acompañaba tal concesión de poderes: el vasallo se arrodillaba ante el soberano, extendía las manos ante su señor y juraba ser desde aquel momento su *homo ligius* ("hombre suyo" diríamos hoy), acompañarle a la guerra y asegurar la manutención del rey y del séquito real cada vez que cruzara sus tierras. Soberano y vasallo debíanse consejo mutuo y ayuda (*consilium et auxilium*); ambos tenían, pues, derechos y deberes. El poder radicaba en los castillos; los señores, duques, condes y barones, con sus ejércitos, no sólo combatían entre sí, sino también contra el rey. Recurrían a tales luchas para convertir sus alodios en patrimonio hereditario, en abierta contradicción con el principio según el cual todo sucesor de un feudo debía ser investido en persona por el soberano. Los vasallos podían ser seculares o eclesiásticos.

Los que detentaban un feudo llegaron a formar una casta especial, la nobleza feudal. La sociedad basada en este sistema de concesión de tierras se llama feudalismo o régimen feudal. Las voces *feudal*, *feudalismo*, *feudo* y *feudatario* derivan todas del neo-latinismo *feudum*, proveniente a su vez del antiguo germánico *faihu*, que significa en realidad ganado, pero que sirvió más adelante para designar todo género de propiedad, incluso la rústica. El feudalismo fue una de las principales características de la Edad Media y se basaba en un antiguo sistema germánico de vasallaje practicado también en forma de investidura.

El sistema feudal trajo consigo la institución de la servidumbre. Ya en los últimos tiempos del imperio romano, los siervos habían sustituido, por razones religiosas y económicas, a los esclavos. En la Antigüedad los siervos eran reclutados entre los esclavos libertos, los prisioneros de guerra e, incluso, entre los campesinos más miserables. En la Edad Media, los campesinos pasaron con frecuencia a engrosar las filas de los siervos, pero la causa era muy distinta. En aquellos tiempos en que imperaba la ley del más fuerte, Occidente se veía de continuo amenazado tanto por enemigos interiores como exteriores, y el campesino sólo podía salvaguardarse de violencias colocándose bajo la protección del señor inmediato. Así, en épocas de peligro podía poner a su mujer, sus hijos y sus bienes al abrigo de los castillos. Pero en pago tenía que ceder los derechos de propiedad sobre sus tierras y entregar parte de sus cosechas para el mantenimiento de las tropas, fortificaciones y arsenal de su protector. Además estaban exentos de impuestos a la corona, aunque el señor tenía jurisdicción sobre ellos y podía imponerles multas y castigos corporales. Los siervos acogidos a la protección de una iglesia o de una abadía se consideraba que formaban parte de la comunidad religiosa, designada entonces con el nombre del santo patrón de la iglesia o monasterio: familia de San Pedro, de Santa Isabel, etcétera.

Los hombres que preferían el oficio de las armas al del arado podían ejercitarse entre los soldados del señor. De esta forma fue erigiéndose en suelo galorromano primero, y en el germánico después, una pirámide social cuya cúspide era el rey, y que se ensanchaba hacia la base con varias clases de vasallos y subvasallos o *valvasores*. Los vasallos nobles podían conceder tierras a otros vasallos, de quienes eran, a su vez, los soberanos. La sociedad se dividía, aparte los sacerdotes, en una clase superior de carácter militar y en una clase inferior de campesinos, que gozaban de libertad mediatizada. En cuanto al rey, vivía de las tierras que explotaba por su cuenta, de otras tierras de la corona y de su patrimonio particular, rentas que apenas cubrían las necesidades de su corte.

El sistema feudal no apareció bruscamente; transcurrieron siglos antes de introducirse en todas partes. A despecho de sus lacras, el feudalismo fue el único régimen social capaz de garantizar, en aquellos tiempos, la paz que permitiera dar trabajo a la masa popular, aunque también escindió a la población en torno a cierto número de señoríos independientes. El deber del Estado, consistente en proteger la vida y hacienda de los ciudadanos, fue ejercido por particulares. Las instituciones del Estado germánico, basadas en un pueblo de campesinos libres, permitían ahora, en parte por influencia romana, que una aristocracia militar se colocara al frente de todos.

## **Carlos, el martillo de Poitiers**

De mantener la cohesión del reino franco, tarea sobrehumana para los "reyes holgazanes", se encargó el enérgico Carlos Martel. Sus esfuerzos fueron favorecidos por el ataque de los enemigos exteriores. Árabes, lombardos, eslavos y sajones (pueblo pagano asentado entre el Rin, el Elba y el Eider) acometían por todas partes, obligando a los orgullosos nobles a pedir ayuda al rey de los francos.

Para comenzar, Carlos Martel derrotó en batalla campal a los árabes en Poitiers. Establecidas sus posiciones, durante siete días se limitaron ambos ejércitos a observarse mutuamente. Cuando, por fin, los jinetes musulmanes, con sus rápidos caballos y blandiendo sus curvos sables, decidieron atacar, chocaron con inaudita violencia con el muro de hierro de las falanges francas y fueron aplastados a golpes repetidos de pesadas tizonas "manejadas con mano de hierro". Sólo la noche interrumpió la matanza. Al

amanecer, los francos se alinearon de nuevo en orden de batalla y dispuestos a continuar el combate, pero los árabes habían desaparecido. El avance triunfal del Islam había sido detenido. Las civilizaciones romana y germánica y la fe cristiana lograban una vez más, como tres siglos antes en los Campos Cataláunicos, contener a los invasores orientales. Sin embargo, el poder ofensivo de los árabes, su marina de guerra, sobre todo, no estaba quebrantado por completo; Carlos Martel se vio obligado a combatirlos algunos años más antes que dejaran por fin en paz al reino de los francos.

Con la victoria de Poitiers, Carlos Martel fortaleció su posición cimera en el Estado franco. Al morir el rey quedó el trono vacante, y Carlos Martel lo gobernó en persona hasta su muerte, en 741.

## Pipino el Breve

A Carlos Martel le sucedió su hijo Pipino. Parece que este nombre procede de una acción que recuerda la lucha de David con el gigante Goliat. Pipino, para demostrar a los suyos de qué era capaz, acometió a un león al que habían soltado un toro salvaje como presa, y cortó la cabeza de ambos animales de un tajo. Desde entonces, nadie se atrevió a luchar con él.

Con aquiescencia de Pipino ocupó el trono, años después de la muerte de Carlos Martel, un rey merovingio; la intención de Pipino era dejar un hombre de paja durante su ausencia en la guerra, pero cuando regresó triunfante juzgó superfluo tal rey fantasma. Para poner fin de manera honrosa a la farsa envió, "una vez obtenido el asentimiento de los francos", una embajada al Papa para consultarle si era justo y conveniente que un pueblo como el suyo fuese gobernado por un rey desprovisto de poder.

“Firma” de Pipino el Breve en un documento que data del año 755: *“Signum gloriosissimo pepino rege”*. *Signo del gloriosísimo rey Pipino*. La cruz es siempre el único signo trazado por el mismo Pipino. El resto lo trazaba uno de los escribanos.

La respuesta del Papa no daba lugar a dudas. Pipino le había sometido la consulta en un momento favorable: Su Santidad se hallaba en crítica situación. Los temibles lombardos amenazaban con hacerse dueños de Italia entera; su rey se había apoderado del exarcado imperial de Rávena y Roma podía sucumbir en cualquier momento. El Papa necesitaba un aliado, pues de Bizancio no podía esperar el menor socorro, porque todas sus fuerzas luchaban en Oriente contra el Islam. El Papa redactó la respuesta en los siguientes términos: "Quien lo es de hecho, séalo de derecho". Después de esta nota pontificia, Pipino fue elegido rey por los francos en 752. Los principales obispos lo

ungieron con óleo santo para sancionar su nueva dignidad, "como ungió Samuel a Saúl y David". La Iglesia daba así su bendición al soberano recién coronado, y ello compensaba en gran medida su carencia de derechos hereditarios. El último de los merovingios fue confinado en un monasterio con su hijo.

A Pipino se le presentó la ocasión de expresar su gratitud al Papa cuando el rey de los lombardos exigió que los romanos pagaran tributo y el emperador de Constantinopla no atendió el llamamiento del pontífice. Éste apeló entonces al rey de los francos, y Pipino se constituyó en defensor del pontificado, derrotando al rey lombardo. Según parece, después de un tratado previo, concedió al Papa las tierras que el emperador no había querido defender, y este obsequio del rey de los francos constituyó la base de los futuros Estados Pontificios, segregados del imperio. El nuevo Estado quedaba integrado por el antiguo Lacio y el sur de Etruria, además del exarcado de Rávena. Con tal donativo ofrecido a Dios, Pipino confiaba en obtener el perdón de todos sus pecados. Así, al menos, consideró la donación cuando el emperador exigió de Pipino la devolución de los territorios cedidos al Papa. "Por nada del mundo —dijo el franco— quitaría a san Pedro lo que un día le dí."

Pipino "había liberado al pueblo de Dios de la opresión de sus enemigos, como en otro tiempo hicieron Moisés y David". El Papa bendijo a Pipino, a su casa y su reino; a cambio, los romanos estaban bajo el protectorado —valga la expresión— de los reyes francos. Roma no pertenecía ya al imperio bizantino, sino al reino de Francia. La Santa Sede dio paso tan decisivo no sin cierta repugnancia, porque consideraba a los francos como "bárbaros", pero debía escoger entre dos males: la dominación lombarda o el protectorado franco. Y era preferible depender de los francos, que por lo menos estaban más lejos de Roma.

Con la fundación de los Estados Pontificios, que desempeñarían tan importante papel en los destinos de Italia, el reino lombardo perdió la ocasión de convertirse en un poderoso Estado homogéneo y la península de los Apeninos quedó condenada a vivir escindida durante muchos siglos. Para ser más exactos, hasta mediados del siglo XIX.

Pipino gobernó su reino con inteligencia y prosiguió con energía la obra de su padre, fortaleciendo las fronteras contra enemigos exteriores. En él, fuerza y decisión se aunaban con bondad y misericordia. Después de la guerra contra los lombardos, logró establecer buenas relaciones entre éstos y el Pontificado. Su política italiana sólo quería asegurar la independencia del Papa, tanto de los lombardos como del imperio romano de Oriente.

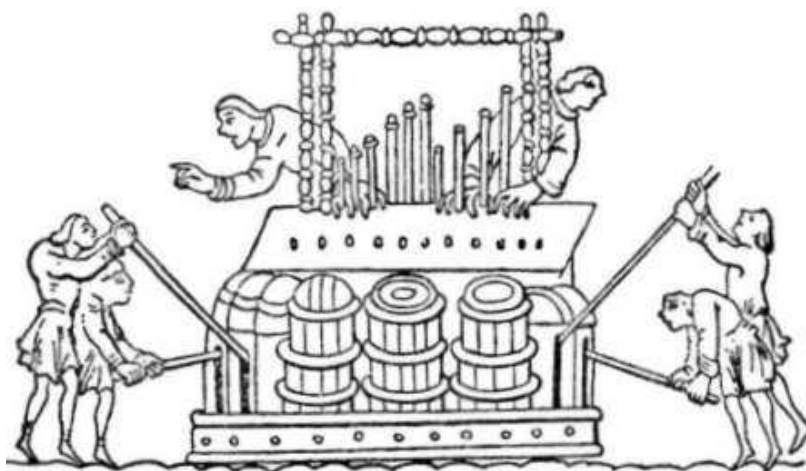
Pipino, que no tenía intención de conquistar Italia, rechazó con decisión todos los planes que le sugerían tras los triunfos de la política pontificia en la península: uno de ellos, la reconstrucción del imperio romano occidental. Pipino se negó a semejantes especulaciones y envió incluso embajadores a Constantinopla para reconciliarse con el emperador; después de lo cual, ambos soberanos se prometieron "amistad y fidelidad" y se enviaron obsequios mutuos. Entre los presentes del emperador figuraban unos órganos, instrumento musical desconocido por los francos.

Pipino también estableció relaciones diplomáticas con el califa Al-Mansur, de Bagdad, y se intercambiaron embajadores y regalos. Con el cercano califato omeya de Córdoba, en cambio, nunca hubo posibilidad de colaboración.

## **Bonifacio, apóstol de Germania**

Mientras los musulmanes conquistaban para el Islam toda una serie de países cristianos, uno tras otro, los misioneros irlandeses y anglosajones se dedicaban en silencio a evangelizar a los pueblos paganos del interior de Europa.

En los críticos años en que España caía en poder de los musulmanes y la Galia estaba amenazada por la invasión árabe, la Iglesia de Occidente halló en el anglosajón Winfrido (Bonifacio) a un abnegado misionero y a un obispo dotado de gran talento organizador.



Organos antiguos según el dibujo miniado de un salterio.

Convertidas Inglaterra e Irlanda, durante algún tiempo fueron centros de civilización cristiana. En Inglaterra, semicristiana desde la conversión de los celtas en el siglo III, la Iglesia sufrió notable retroceso cuando los paganos anglosajones se establecieron en el país. Sólo en Irlanda el cristianismo tuvo tiempo de arraigar; la isla nunca sufrió la influencia directa de los invasores, por lo que pudo fundar muchos conventos, verdaderos hogares de cultura clásica.

La cultura cristiana se desarrolló, pues, apaciblemente en la "isla de esmeralda", como en ningún lugar de Europa. Por eso en el continente llamaban a Irlanda la "isla de los santos". De los conventos irlandeses partieron los primeros misioneros hacia los países vecinos. En grupos pequeños de doce hombres dirigidos por un jefe, estos mensajeros de la fe se ponían en camino con un cayado de peregrino y una pizarra y libros en un morrión de cuero. Cuando estos apóstoles se establecían en algún lugar, construían cabañas y una modesta capilla, aseguraban su manutención pescando y cultivando pequeñas parcelas, y predicaban el Evangelio a la población del contorno. A los monjes irlandeses se debe en especial la evangelización de los francos, paganos hasta entonces.



La Santa Cena. Fresco de las catacumbas de santa Inés.

Hacia el año 700, estos irlandeses y discípulos tenían establecida una vasta red de misiones desde las desembocaduras del Rin y del Mosa hasta los Alpes y Apeninos; tales monjes y religiosos eran, para los pueblos, modelos de celo y caridad con enfermos y pobres. El más célebre convento irlandés erigido en una región de lengua alemana fue el de Saint-Gall (Suiza), fundado a principios del siglo VII; en un valle de los Alpes, al sur del lago Constanza, donde sólo los animales se atrevían a entrar hasta entonces, se roturaron campos, levantóse una iglesia y se construyó una abadía que durante cuatro siglos fue considerada como el núcleo cultural más importante de toda Alemania central y meridional. Las autoridades de estas misiones y conventos irlandeses no dependieron de Roma hasta el año 700, en que fueron relevadas por una misión anglosajona enviada por el pontificado.

La conversión de los anglosajones fue debida principalmente a la acción del pontífice Gregorio Magno, que envió a un grupo de benedictinos a Inglaterra para predicar la doctrina de Cristo. Su iniciativa fue coronada de tal modo por el éxito, que los nuevos convertidos pudieron a su vez enviar misioneros al continente. La obra de los misioneros ingleses fue de importancia capital para los germanos.

El primero de estos misioneros, Winfrido, llamado "apóstol de Germania", nació hacia el año 675. Fue educado por una familia sajona de Wessex, muy rica y estimada. Al terminar sus estudios, renunció a las vanidades mundanas y dirigió una escuela conventual. Pero Winfrido deseaba evangelizar a sus hermanos que vivían "en las sombras de la muerte". En 716, con tres de sus discípulos, embarcó en Londres rumbo a Frisia, en la actual Holanda; de allí pasó a las regiones de Turingia y Hesse. Para dar a su misión mayores garantías de éxito, el Papa lo nombró, en 722, obispo de Germania, jurando en cambio obediencia y fidelidad al soberano pontífice. Habiendo dado pruebas de su gran talento organizador, sana inteligencia y voluntad de hierro, el apóstol de Alemania fue consagrado arzobispo de Maguncia a los sesenta años.

Interrogatio sacerdotis . . .  
 Forsahhistu unholdun. Ih fursahu.

Interrogatio sacerdotis (Pregunta del sacerdote.)  
 Forsahhistu unholdun. In fursahu (¿Renuncias al demonio? Renuncio.)

Gillaubistu In got fater almahtigan Ih  
 Gillaubistu In christ: Gotes sun merienton: Ih Gillaubu.  
 Gotes sun merienton: Ih Gillaubu.  
 Gillaubistu In heiligangeist Ih Gillaub

Gillaubstu In got fater almahtigan. Ih gilaubu. (¿Crees en Dios Padre Todopoderoso? Creo.)  
 Gillaubstu In christ: Gotes sun merienton. Ih gilaubu. (¿Crees en Cristo, hijo de Dios Salvador? Creo.)  
 Gillaubstu In heiligangeist. Ih gilaubu. (¿Crees en el Espíritu Santo? Creo.)

Algunas preguntas dirigidas al catecúmeno antes de administrarle el sacramento del bautismo.

Partidario de profundas reformas en determinados aspectos, sus exhortaciones a propósito del estado moral de la Iglesia —muy bajo, por cierto—, hallaron acogida en los dos hijos de Carlos Martel: Carlomán, en Austrasia, y Pipino el Breve, en Neustria. También emprendió la reforma de la Iglesia franca convocando a varios concilios, sobre todo el de Leptinnes (hoy Estinnes) en 743, en los que se tomaron importantes medidas para terminar con los abusos del clero, las supersticiones populares y la usurpación de cargos eclesiásticos por los laicos.

A la edad de noventa años, san Bonifacio quiso dedicar sus últimos esfuerzos a Frisia. Fue asesinado en 754, en Dokkum, con cincuenta de sus compañeros.

## **CARLOMAGNO**

Pipino falleció en 768, después de haber designado para sucederle en el trono a sus dos hijos, Carlos y Carlomán, pero falleciendo éste pronto, el futuro Carlomagno ciñó la corona como soberano único. Carlos era la personificación del monarca ideal: poseía gran fuerza física, era consumado jinete y excelente nadador. Muy interesado por la agricultura, estableció en tierras de la corona verdaderas granjas modelo. Llevaba una existencia austera y, como el emperador Augusto, vestía casi siempre con ropas tejidas por su mujer y sus hijas; sólo en las grandes solemnidades, en las que no toleraba excesos con las bebidas, vestía con ropajes de gran lujo.

### **Contra el reino lombardo**

Al principio, Carlos estuvo en buena armonía con Desiderio, rey de los lombardos, e incluso casó con la hija de éste. Pero al cabo de un año de matrimonio, Carlos la repudió; aunque se ignoran las razones, es posible que fueran más políticas que personales.

Desiderio trató de vengarse incitando contra Carlos a los hijos de su fallecido hermano Carlomán, al mismo tiempo que sus huestes lombardas invadían los Estados del Papa y se apoderaban de Roma. El pontífice apeló al rey de los francos en demanda de auxilio, y Carlos atravesó los Alpes con un poderoso ejército, que en poco tiempo acabó con el reino lombardo (774). Su último rey fue hecho prisionero y confinado en un convento, Lombardía se convirtió en Estado vasallo, y Carlos se llamó desde entonces rey de los francos y de los lombardos.

Durante su vida, Carlos se trasladó varias veces a Italia, con el propósito de poner orden en los asuntos de la Iglesia y del Estado.

### **Contra los sajones**

La principal tarea de la política exterior de Carlos se hallaba, sin embargo, en las fronteras del norte y del nordeste. Para poner fin a las expediciones y pillajes de los sajones en territorio franco, reanudó la lucha iniciada por su abuelo contra ellos.

Los sajones, que entonces apenas habían superado el nivel de evolución de los germanos en tiempos de Tácito, aplicaban la pena de muerte por delitos como el robo de ganado, el hurto con violencia y el incendio intencionado, y seguían gozando de fama de severidad en sus costumbres matrimoniales. En tiempo de Carlomagno, los sajones todavía eran paganos en su mayor parte y, como sus antepasados, adoraban a sus dioses en el seno de los bosques. En este pueblo, el paganismo tenía raíces más profundas que



entre los francos cuando abrazaron la fe cristiana, hasta el extremo que a veces practicaban sacrificios humanos.

Muchos misioneros que se aventuraron a predicar a estos bárbaros, alcanzaron la palma del martirio. Estaban divididos en tribus que sólo mantenían unidad política en tiempo de guerra; ello hacía muy difícil concertar con ellos una paz en la que todos se sintieran comprometidos.

En 772, Carlos invadió por primera vez Sajonia. Uno de sus primeros actos fue derribar la antigua columna sagrada de los sajones, Irminsul, símbolo del Gran Todo, erigida en el interior de un bosque sagrado cerca de Westfalia, al nordeste del actual Paderborn. Se trataba de un colosal tronco de árbol, al que se creía sostén del mundo entero. El Irminsul, así como el templo y demás edificios colindantes, fueron destruidos por orden del rey franco, que expropió los tesoros de oro y plata del templo e incendió el bosque sagrado.

Destruído el Irminsul, el monarca prosiguió su marcha hacia el Weser, donde se detuvo para pactar con los enviados de los sajones establecidos en los alrededores. Convino con ellos un tratado cuyo contenido, por desgracia, se desconoce, pero probablemente incluía la promesa que la paz del pueblo franco no sería turbada; y regresó a su país llevándose consigo a doce nobles sajones como rehenes.

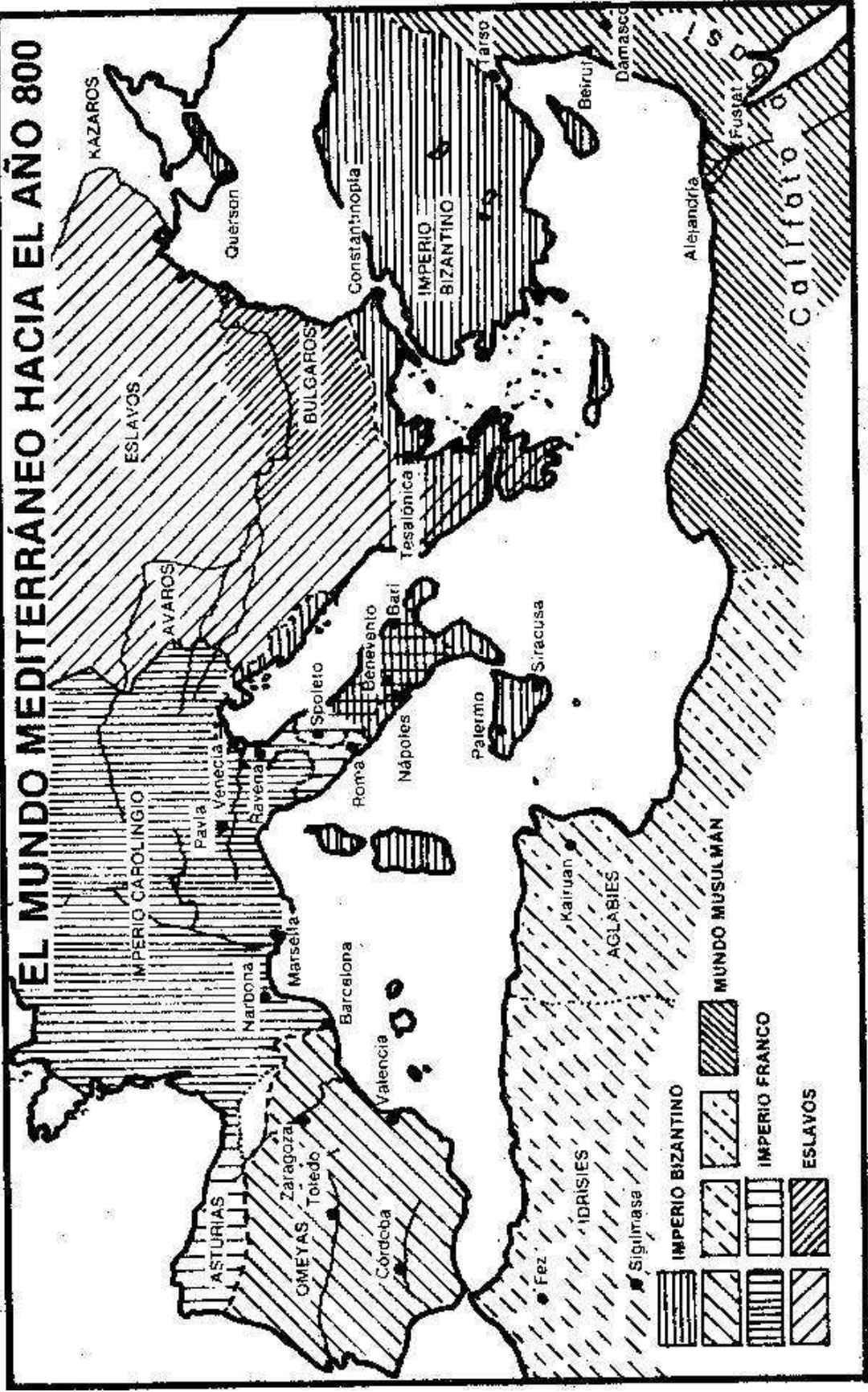
La destrucción del Irminsul hirió en lo más vivo el sentimiento religioso de los sajones. Pronto se sabría de lo que era capaz la obstinación de este pueblo. Apenas emprendió Carlos su marcha hacia Italia para conquistar el reino lombardo, los sajones se vengaron destruyendo y saqueando la región de Hesse. Al regresar de Italia, Carlos envió tropas para rechazar a los sajones de sus territorios. En el año 775 acudió en persona para llevar con energía la guerra. Sometió a tres jefes sajones. Hasta entonces se había limitado a emplear la espada contra aquellos saqueadores e incendiarios; llegaba el momento de mostrarles la cruz. Llenos de esperanza, los predicadores cristianos penetraron en las tierras de estos bárbaros para llevarles la fe de Cristo y levantar iglesias, granjeándose la simpatía de varios nobles sajones.

¿Cuáles fueron los resultados de tales predicaciones? En una nutrida asamblea popular reunida en Paderborn, los sajones pidieron en masa el bautismo para demostrar sumisión y jurar fidelidad al rey y a la religión cristiana. En realidad, sólo se convertían en apariencia, porque el espíritu del cristianismo les era extraño. Al año siguiente, Witikind, que los había incitado a odiar al nuevo culto que intentaban imponerles, al frente de todos los sajones unidos en lucha por la libertad, aprovechó que Carlos se hallaba combatiendo en la lejana España para destruir las iglesias, matar a cuantos sacerdotes encontraron y obligar a abandonar el país a los que permanecieron fieles al juramento hecho al rey.

Año tras año, Carlos envió expediciones contra los sajones, pero cuanto más se prolongaba la lucha contra este pueblo que durante cuatro veces había traicionado su amistad, más violencia adquiría. Obligó a los sajones a entregarle cuatro mil hombres, a quienes mató en un mismo día (782); por su parte, Witikind consiguió extender la sublevación hasta Frisia. Como a la larga esta guerra contra los sajones y frisones resultaba en exceso onerosa para los francos, Carlos intentó reconciliarse con el propio Witikind, logrando que el recalcitrante jefe pagano se bautizara con muchos de sus hombres. Padrino del caudillo sajón, Carlos le ofreció ricos presentes con motivo de la ceremonia y desde entonces reinó la paz entre ambos.

El bautismo de Witikind causó profunda impresión en su pueblo, que hubo de adaptarse a las nuevas circunstancias ante unas leyes draconianas que no ofrecían más opción que la conversión a la nueva fe o la muerte. Se consiguió una "conversión" general, y así pareció finalizar aquella cruel guerra de Sajonia.

# EL MUNDO MEDITERRÁNEO HACIA EL AÑO 800





*Carlomagno. Esta estatua de bronce de época carolingia, se considera como la única representación realista del emperador.*

Con todo, Carlos aún continuó luchando contra este pueblo rebelde, pues su fidelidad se puso a prueba al imponerles tributo y exigirles diezmos en favor de la Iglesia. "El diezmo ha ahogado la fe de los sajones —decía Alcuino, amigo del monarca franco, en una carta—. El testimonio cristiano debe llegar a los paganos por medio de sacerdotes y no con saqueadores. No basta bautizar a los paganos demasiado pronto, es preciso enseñarles la fe, pues a bautizarse se los podrá obligar, mas nunca a creer."

El descontento de los sajones se manifestó en 793 en una muy sangrienta sublevación en el norte del país, que sólo pudo sofocarse del todo en 804. Miles de familias paganas fueron arrancadas del suelo de sus antepasados y deportadas a otras regiones, ocupando su lugar otras familias francas. Nombres como Sachsendorf y Sachsenmulde, que aún existen en el país de los francos, recuerdan estas traslaciones en masa.

Con el poderoso concurso de las armas, Carlomagno formó con las tribus germánicas una nación alemana y las nuevas generaciones de sajones fueron cristianas. Ya en tiempos del hijo y sucesor de Carlomagno, Luis el Piadoso, los sajones iban a ser considerados como los súbditos más fieles al emperador; y después de la dinastía carolingia, surgirían príncipes alemanes capaces de asumir la sucesión de Carlomagno en toda su pujanza.

## Otras campañas del "emperador de la barba florida"

Los frisonos fueron incorporados al gran Estado germánico casi al mismo tiempo que los sajones. Situada en el delta del Rin, extremo de una de las vías comerciales más importantes de Europa, Frisia convirtiéndose en un centro de tránsito mercantil muy activo entre el sur y el norte; sus habitantes comerciaban con los países meridionales de Europa, con Oriente, Inglaterra y los países escandinavos. Los comerciantes frisonos llegaban a todos los países europeos, siendo sus principales productos de tráfico las telas y el ámbar. En el siglo IX tenían un barrio propio en todas las ciudades importantes y lugares comerciales a lo largo del Rin.

Frisia era atravesada por un número cada vez mayor de peregrinos anglosajones camino de Roma, donde rogaban ante la tumba del Apóstol e imploraban su protección, para volver después cargados de reliquias robadas o compradas, convencidos que con ellas tenían ganada la felicidad eterna.

Las guerras contra sajones y frisonos dieron ocasión a Carlomagno para establecer contacto con los pueblos eslavos, sobre todo con los vendas, que con posterioridad a las invasiones germánicas hacia poniente se habían establecido entre los cursos inferiores del Elba y del Oder. Durante el período decadente de la dinastía merovingia, los vendas habían logrado penetrar más al oeste e incluso hasta el centro de la Alemania actual por diferentes lugares. Muchos de los toponímicos que hoy llevan como sufijo o prefijo las voces *wind* o *winden* son reminiscencia de estas tribus eslavas. Muchos vendas tomaron partido por Carlomagno contra el enemigo común, los sajones; éstos se vieron obligados a reconocer la soberanía del monarca franco y a pagarle tributo, mas los vendas no fueron incorporados al imperio de Carlomagno. Éste también emprendió expediciones contra los checos de Bohemia, pero no consiguió someterlos; sus tropas se contentaron con devastar al país. Hacia el sur, Carlos extendió el imperio con la anexión de Baviera.

En 778, sus ejércitos intervinieron en España, cuando los árabes del norte de la península Ibérica solicitaron su ayuda contra el califa de Córdoba. Carlos acogió con satisfacción tal oportunidad para invadirla; dicese que sus fuerzas llegaron hasta el Ebro. Pero no cosechó los triunfos que esperaba: enterado que los sajones, sublevados de nuevo, habían alcanzado el Rin, tuvo que retroceder a toda prisa.

En su retirada a través de los Pirineos, la retaguardia de sus tropas fue atacada en **Roncesvalles** (Navarra) por los vascos, cuya amistad ya le había parecido antes poco segura. Este hecho de armas ha proporcionado el tema de la célebre *Chanson de Roland*, poema épico francés. Después de esta desafortunada campaña de los francos en España, Carlomagno volvió a luchar contra los musulmanes; hacia fines del siglo VIII consiguió poner pie al sur de los Pirineos, fundando una provincia limítrofe que denominó "Marca hispánica". El nombre de "marca" se daba a los territorios situados entre el reino franco propiamente dicho y los países vecinos enemigos; así, Austria constituía la "Marca del

este" (*Ostmark*)<sup>7</sup>, y el país situado al sur del Eider, la "Marca danesa": de ahí el nombre de Dinamarca (*Danemark*).



Monedas con la imagen de Carlomagno. La primera fue acuñada con motivo de la coronación del emperador. La *M* de la segunda indica probablemente que fue acuñada en Milán. El nombre de *Karlus*, en la tercera, indica que es germánica. El poco parecido en la efigie del emperador entre las distintas monedas, prueba la escasa habilidad de los acuñadores de aquella época.

## Un "Augusto" medieval

Carlos había forjado un gran imperio entre los Pirineos y el Elba y del Tíber al mar del Norte. Dueño y señor de este inmenso territorio, inspiraba a los pueblos temor y respeto. Lo consideraban el árbitro de Europa. ¿Quién mejor que él merecía ocupar la suprema jerarquía del reino de Dios sobre la Tierra, de la monarquía universal con que soñaba el mundo desde tiempos de Augusto?

El Papa, que sólo pretendía ser jefe espiritual de la cristiandad, veía en Carlos a un poderoso protector; pero éste, desde que lo librara de los lombardos, consideraba al sumo pontífice como a una especie de arzobispo franco. Así lo demostró Carlos ante el Papa León III, cuando su ascensión al solio pontificio: "Nuestra tarea consiste en defender con las armas a la santa Iglesia de Cristo contra los ataques de los paganos y consolidar la fe cristiana en el seno del reino. Vuestra tarea, Padre Santo, consiste en prestar vuestra asistencia a nuestra lucha, elevando, como otro Moisés, las manos hacia Dios para rogarle que conceda la victoria a la cristiandad".

Parece que la conducta del Papa, a quien Carlos atribuía con tanta benevolencia el papel de Moisés, dejaba que desear. Acusado de perjurio e inmoralidad, durante una procesión en 799, una multitud armada lo acometió, lo arrojó del caballo y lo dejó "por muerto y medio desnudo en el suelo". León III consiguió escapar del convento en que fue confinado y se refugió al otro lado de los Alpes, junto a su protector, el rey de los francos, quien lo recibió con las mayores muestras de respeto, le prometió ayuda y le facilitó una fuerte escolta para que regresara a Roma. Al año siguiente, Carlomagno se dirigió a la Ciudad Eterna y, constituyéndose en árbitro entre el Papa y sus enemigos, reunió en la catedral de San Pedro un concilio compuesto de altos dignatarios eclesiásticos y laicos, ante cuya ilustre concurrencia tuvo que sincerarse el Papa, mediante juramento solemne, de las acusaciones que pesaban sobre él.

Ocurría ello dos días antes de la Navidad del año 800, en que sucedió otro acontecimiento importante: el regreso a Europa de un emisario de Carlos a Jerusalén. El patriarca de la ciudad santa de Oriente ponía en manos del monarca franco la llave del

---

<sup>7</sup> Cuando Hitler se anexionó Austria en 1938 le dio también el nombre de Ostmark, poco conocido porque sólo tuvo vigencia en el estado nazi alemán hasta 1945, es decir, los años de la segunda guerra mundial.

Santo Sepulcro y un estandarte, manifestando con ello que se ponía, como el patriarca de Roma, bajo la protección de los francos.

Y el día de Navidad del mismo año tuvo efecto otro hecho de simbolismo político incalculable: el Papa, después de invocar a Dios ante el altar, se adelantó hacia Carlos y le puso sobre la cabeza una corona de oro, mientras clamaba ante los fieles: "¡Viva Carlos augusto, coronado por Dios emperador romano y árbitro de la paz!"

Ello había de dar ocasión a los hombres de la Edad Media a creer que la corona imperial era poco menos que una gracia del Papa. ¿Se habrá percatado Carlomagno, con su clarividencia de estadista, de los conflictos que entre el imperio y el pontificado daría lugar esta solemne escena de la coronación en la basílica de San Pedro? Lo cierto es que Carlomagno prescindió del Papa cuando, un año antes de morir, proclamó emperador a su hijo Luis.

Eginardo, fiel amigo y biógrafo de Carlomagno, cuenta que éste se hizo esta reflexión: "Si hubiese conocido las intenciones de León, no hubiera puesto los pies en la catedral de San Pedro, aunque fuera día de Navidad". Ello ha dado lugar a toda clase de interpretaciones a propósito de lo que en verdad ocurrió allí. En general, se cree que el título que entonces le fue otorgado no podía ser una sorpresa para Carlos; sólo parece que el rey no estuvo de acuerdo con el momento y la manera como se efectuó.

Si la magna escena desarrollada en San Pedro no consiguió cambiar la posición del Papa respecto al monarca, no por ello León III dejó de representar un brillante papel. Pero, luego, el alborozo del pontifice vino marcado de pesadumbres, y lo mismo le ocurrió a Carlomagno. Tanto la manera de efectuar la coronación como el momento elegido le parecían inoportunos, y es probable que la ceremonia estorbara otros vastos planes de Carlomagno.

Constantinopla estaba entonces sin emperador; la emperatriz Irene gobernaba como regente de su hijo Constantino. A la mayoría de edad de éste, una sublevación la obligó a abandonar el poder; siete años más tarde, se apoderó otra vez del gobierno, y, para tenerlo seguro en adelante, mandó arrancar los ojos a su propio hijo.

Irene —cuyo nombre significa "paz"— siempre estuvo en buenas relaciones con Carlomagno. A petición de ella, se habían celebrado los esponsales de Constantino y la hija mayor de Carlos, niños ambos en aquella época. La emperatriz daba mucha importancia a la amistad con el poderoso rey franco, a la vez que quería evitar su codicia por las posesiones italianas del imperio bizantino. Pero cuando los prometidos alcanzaron la edad núbil, las partes no llegaron a un entendimiento en las cláusulas del contrato matrimonial: Carlos exigió garantías que su yerno reinaría en efecto, pero la emperatriz dio a entender que no quería abandonar el trono. En tal caso, no había posibilidad de matrimonio; además, Carlos tenía tanto más motivo para romper las conversaciones, cuanto que Irene trataba de obtener concesiones de orden político en Italia.

Después de asumir por segunda vez el poder, Irene envió embajadores a Aquisgrán —dos años antes de la coronación en Roma—, para reanudar relaciones de amistad con el rey franco. Éste no puso ningún obstáculo. La noticia que el trono de Bizancio estaba vacante, no debió parecerle desagradable; incluso hay motivos para creer que deseó este trono para sí. Un historiador griego alude a un proyecto de matrimonio. Carlos no se sentía inclinado a una boda con Irene, aunque tal unión incrementase su dignidad de augusto con el imperio de Oriente; por su parte, Irene no veía el enlace con malos ojos, según parece, ya que cualquier apoyo podía serle útil. Entre ambos y tales posibilidades se interpuso León III con su intempestivo "obsequio" navideño.



Ignoramos el rumbo que siguieron después las conversaciones entre los dos soberanos. De todos modos, no se llegó a ningún resultado hasta que, en 802, Irene fue destronada y condenada al destierro. Con ello cesó todo contacto. Oriente y Occidente siguieron sus destinos independientes.

Un historiador bizantino comentó, a propósito de la coronación de Carlos: "Entonces rompióse el lazo que desde tanto tiempo unía a Roma con Constantinopla. Este acontecimiento del año 800 recuerda lo ocurrido en 476". Con los sucesores de Irene, las relaciones entre los emperadores occidental y oriental fueron francamente hostiles. Sin embargo, en 809, el emperador de Bizancio, acosado por los búlgaros y árabes, decidióse a tratar con el "usurpador", y, reconociéndolo en 812 como emperador de Occidente, le hizo entrega de Venecia y Dalmacia. Desde entonces, volvió a existir un imperio romano de Occidente junto al imperio romano de Oriente. Entonces Carlos pudo extender más allá de Bizancio relaciones con los más poderosos monarcas orientales, entre ellos el célebre Harún-al-Rachid, quien estimaba en mucho al rey de los francos "y prefería su amistad a la de los demás soberanos".

La común enemistad a los omeyas de España fue causa del acercamiento entre los dos monarcas más poderosos del mundo, amistad que se reforzó a la muerte de la emperatriz Irene, ya que ambos sentían aversión por el imperio bizantino. Parece que Carlos aprovechó la amistad del califa, pidiéndole que protegiera a los cristianos residentes en sus dominios.



*Corona imperial de Carlomagno. La diadema, formada por 8 placas adornadas con esmaltes, perlas y piedras preciosas, data probablemente del siglo IX.*

## **Retrato de Carlomagno, por Eginardo**

De ancha y robusta complexión, era de estatura elevada, sin nada que fuese, por otra parte, excesivo, pues medía siete pies de alto. La cabeza, redondeada por su parte superior,

grandes ojos vivos, la nariz un poco más larga que el término medio de los demás, hermosos cabellos blancos, fisonomía alegre y abierta. Daba también, exteriormente, sentado o de pie, una fuerte impresión de autoridad y dignidad, con lo que apenas se notaba que su cuello era grueso y su vientre un poco demasiado abultado: tan armoniosas eran las proporciones de su cuerpo. Sus gestos eran seguros y, en conjunto, viriles. La voz era clara, sin concordar, no obstante, enteramente, con su aspecto físico. Dotado de buena salud, sólo estuvo enfermo los últimos cuatro años de su vida, en que fue sorprendido de frecuentes accesos de fiebre y acabó incluso por cojear. Pero seguía todavía en sus trece, en vez de escuchar el consejo de sus médicos, a los que aborrecía, porque le aconsejaban renunciarse a las carnes asadas, que le gustaban, sustituyéndolas por carnes hervidas.

Practicaba asiduamente la equitación y la caza. Era un gusto que conservaba de nacimiento, pues no hay quizá pueblo alguno en el mundo que, en estos deportes, pueda igualar a los francos. Le gustaban también las aguas termales y se entregaba a menudo al placer de la natación, en que sobresalía hasta el punto de no ser aventajado por nadie. Esto fue lo que lo llevó a construir el palacio de Aquisgrán y residir allí constantemente en los últimos años de su vida. Cuando se bañaba, lo rodeaba numerosa corte: además de sus hijos, sus grandes, sus amigos e incluso de vez en cuando una multitud de guardias de corps eran invitados a participar de su recreo y a veces había en el agua con él hasta cien personas e incluso más.

Llevaba el traje nacional de los francos: sobre el cuerpo una camisa y un calzón de tela de lino; por encima, una túnica orlada de seda y otro calzón; bandeletas envolviéndole las piernas y los pies; un chaleco de piel de nutria o de rata protegía, en invierno, sus hombros y pecho; por encima, un sayo azul, y llevaba siempre al costado una espada, cuyo puño y tahalí eran de oro o de plata. A veces se ceñía una espada adornada de pedrería, pero sólo los días de las grandes fiestas o cuando había de recibir a los embajadores extranjeros. Pero desdeñaba las costumbres de las otras naciones, incluso las más bellas, y cualesquiera fuesen las circunstancias, rehusaba adoptarlas. Sólo hizo excepción en Roma, donde una primera vez, por demanda del Papa Adriano, y una segunda, a instancias de su sucesor León, revistió la larga túnica y la clámide y calzó zapatos a la moda romana. Los días de fiesta llevaba un vestido tejido de oro, calzados decorados de pedrería, una fíbula de oro para abrochar su sayo, una diadema del mismo metal y adornada también de pedrería; pero los demás días, su traje se diferenciaba poco del de los hombres del pueblo y gente común.

Se mostraba sobrio de alimento y bebida, sobre todo de bebida, pues la embriaguez, que desterró tanto de sí como de los suyos, le daba horror en cualquier persona. En cuanto a la comida, le era difícil moderarse, y se quejaba incluso, a menudo, de los ayunos.

Banqueteaba muy rara vez y sólo en las grandes fiestas, pero entonces en numerosa compañía. Normalmente la comida sólo se componía de cuatro platos, aparte del asado, que los cazadores solían condimentar en sus asadores y que era su plato predilecto.

Durante la comida escuchaba un poco de música o alguna lectura. Le leían la historia y los relatos de la Antigüedad y le gustaba también hacerse leer las obras de san Agustín y en particular aquella que se titula *La ciudad de Dios*.

En verano, después de la comida del mediodía, tomaba algunas frutas, se servía de beber una vez y después, desvestiéndose y descalzándose como lo hacía por la noche, reposaba dos o tres horas. Por la noche su sueño era interrumpido cuatro o cinco veces y no sólo se despertaba, sino que se levantaba cada vez.

Mientras se calzaba o se vestía, recibía a diversas personas aparte de sus amigos. Si el conde del palacio le señalaba un proceso que él hubiese de decidir, hacía pasar inmediatamente a las partes, y como si hubiese estado en el tribunal, escuchaba exponer el negocio y pronunciaba sentencia. Era también éste el momento en que regulaba el trabajo de cada servicio y daba sus órdenes.

Hablaba con abundancia y facilidad, y sabía expresar todo lo que quería con gran claridad. Su lengua nacional no le bastó; se aplicó al estudio de las lenguas extranjeras y aprendió tan bien el latín, que se expresaba indistintamente en esta lengua o en su lengua materna. No sucedía lo mismo con el griego, que entendía mejor que hablaba. En todo caso, tenía una facilidad de palabra que confinaba casi con la prolijidad.



Cultivó apasionadamente las artes liberales, y lleno de veneración para con todos los que enseñaban, los colmó de honores. Para el estudio de la gramática, siguió las lecciones del diácono Pedro de Pisa, anciano entonces; y para las demás disciplinas, su maestro fue Alcuino, llamado Albino, diácono también, un sajón oriundo de Inglaterra, el hombre más sabio que hubo entonces. Dedicó mucho tiempo al trabajo de aprender con él la retórica, la dialéctica y sobre todo la astronomía. Aprendió también el cálculo y se aplicó con atención y sagacidad a estudiar el curso de los astros. Se entrenó también en escribir y tenía por costumbre colocar bajo las almohadas de su cama tabletas y hojas de pergamino para aprovechar los ratos de ocio ejercitándose en trazar letras; pero comenzó demasiado tarde y el resultado fue mediocre.

Practicó escrupulosamente y con el mayor fervor la religión cristiana, en la que había sido formado desde la más tierna infancia. Construyó en Aquisgrán una basílica de extrema belleza..., y como no podía procurarse en otra parte columnas y mármoles necesarios a la construcción, los envió a buscar de Roma y de Ravenna.

No dejaba nunca, cuando se encontraba bien, de visitar esta iglesia mañana y noche; allí volvía para el oficio nocturno y la misa.



## **Carlomagno, estadista patriarcal**

Carlos nunca se sirvió de su poder real e imperial para oprimir a sus súbditos ni privarlos de sus libertades, sino que hizo cuanto pudo para consolidar la antigua franquicia germánica y reforzar el respeto a la ley y al derecho. El imperio de

Carlomagno, ya convertido en gran potencia, conservaba el carácter de un reino patriarcal de espíritu germánico; en muchas de sus misivas, el soberano recordaba el deber sagrado de proteger a la viuda y al huérfano.

El imperio estaba dividido en distritos, cuya administración y justicia se sometían con regularidad a la inspección de los *missi dominici*, agentes del emperador que viajaban casi siempre en parejas, un laico y un eclesiástico; es decir, un hombre instruido. En tiempo de los últimos merovingios, habla arraigarlo la detestable costumbre de sobornar a los jueces con ganado, caballos, objetos preciosos o armas. Carlomagno, dotado de un incorruptible sentido de justicia y con la confianza absoluta del pueblo, restableció la integridad en sus tribunales.

Y lo mismo que los jueces, también los testigos se dejaban sobornar con frecuencia. "Ha llegado a ser una costumbre alquilar testigos falsos", dice Carlos en uno de sus decretos. El delito de perjurio se había hecho tan corriente en esta época, que hubo de admitir que los culpables pudieran redimir a precio de oro la condena de la que se hacían reos por tan "abominable crimen", castigo que consistía en la pérdida de la mano derecha.

El espíritu del tiempo se refleja en las *ordalías* o "juicios de Dios", cuando por falta de testigos fidedignos u otros testimonios no se podían presentar pruebas seguras al tribunal. En los decretos de Carlomagno, la prueba de la cruz es mencionada como el "juicio ordinario de Dios". Los adversarios debían extender sus brazos cerca de una cruz, y el primero que los dejaba caer, perdía el proceso. Pero las pruebas más corrientes consistían en combates singulares, en que ganaba el pleito el vencedor. La Iglesia no desfavoreció estas prácticas. Se suponía que Dios intervenía en favor del inocente.

Respecto a la Iglesia y al estamento eclesiástico, Carlomagno se comportó como protector y señor riguroso. Consideraba como uno de sus principales deberes el de terminar con la decadencia moral que la época merovingia dejara entre los sacerdotes. La literatura de la época abunda en relatos de abades que dedicaban lo mejor de su tiempo a la caza y a la guerra, y de monjes rebeldes a la autoridad de sus superiores y a toda forma de orden y disciplina. La vida licenciosa imperaba casi por doquier.

Los clérigos diocesanos por su parte, sustituían su analfabetismo con la destreza en tirar al arco u otros ejercicios militares; indiferentes por la suerte del prójimo, su talento estribaba en la cría de perros de caza o caballos de guerra. "Hay gentes — escribía Bonifacio al Papa poco después de fallecer Carlos Martel— que se llaman diáconos y, desde su más tierna edad, nunca dejaron de vivir en el desorden y la impureza. Y aunque se entreguen a toda clase de pecados, llegan a ser consagrados obispos." No era fácil tarea conducir a tales jerarcas de la Iglesia al camino evangélico, ya que disponían de tropas, muchas riquezas y, además, parientes muy influyentes, siempre dispuestos a acudir en su ayuda.

Carlos Martel habíase visto incapaz de imponer orden en el seno de la Iglesia, porque recompensó en más de una ocasión los servicios prestados a su causa con una mitra episcopal, sin preocuparse que el candidato reuniera las cualidades para ejercer tan alta dignidad, y desde luego transgrediendo abiertamente el canon cuarto del concilio de Nicea, que decía: "Conviene sobremanera que el obispo sea establecido por todos los obispos de la provincia. Mas si esto fuera difícil, ora por la apremiante necesidad o por lo largo del camino, reúnanse necesariamente tres y todos los ausentes den su aquiescencia por medio de cartas y entonces se le impongan las manos; mas la validez de todo lo hecho ha de atribuirse en cada provincia al metropolitano".

Pipino ya había acometido la reforma de costumbres eclesiásticas, con la eficaz contribución de Bonifacio. Carlomagno continuó la obra iniciada por su padre. Un

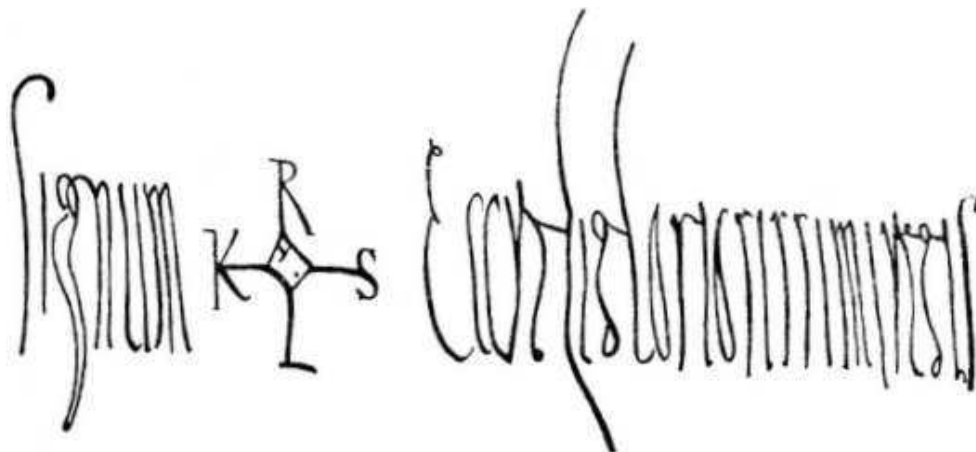
decreto de principios de su reinado dispuso que los sacerdotes sin instrucción fueran suspendidos hasta haber adquirido un mínimo de conocimientos indispensables; de sus últimos tiempos conservamos algunas normas curiosas referentes a ciertos asuntos que pensaba someter a un concilio de obispos. Problemas de casuística que hacen pensar ya en las preocupaciones que se suscitarían en tiempos de la Reforma y la Contrarreforma.

"¿Renuncia al mundo quien, codiciando los bienes ajenos, compra la conciencia de otros, para que perjuren y levanten falsos testimonios? ¿Y qué decir de aquellos que, pretextando amar a Dios, trasladan huesos y otras reliquias de santos de un lugar a otro, para construir iglesias, e inducen a la gente a ceder sus bienes en provecho de sus instituciones religiosas? Nos maravilla ver rodearse de un séquito armado a ciertas personas que pretenden renunciar al mundo. También me pregunto: ¿Qué norma eclesiástica o qué regla monacal establece que se pueda obligar a alguien a hacerse monje o clérigo contra su voluntad? ¿Y en dónde Cristo o sus apóstoles han formulado que se constituyeran comunidades de monjes o canónigos con personas incapacitadas? ¿Qué utilidad saca la Iglesia que un pastor de almas se rodee de una multitud de seguidores, en vez de seleccionar a los más eficaces, y que sus religiosos canten y lean bien en vez que lleven una vida ejemplar y piadosa? Me parecen más fáciles de perdonar algunas imperfecciones en el canto, que los errores de su conducta. Y si está bien que las iglesias sean magníficas, no es menos cierto que las virtudes son su más bello ornato y debemos preferir éstas a los edificios. En una palabra; si queremos seguir las huellas de Cristo y de sus apóstoles, debemos obrar de distinta manera a como lo hicimos hasta hoy." Pero estas exhortaciones resultaron ineficaces y fue preciso dictar leyes contra la insaciable codicia de algunos eclesiásticos.

## **El fugaz Renacimiento carolingio**

Este gran terrateniente que ceñía corona imperial creó en los dominios de la corona granjas modelo utilísimas para el país, se interesó por los cultivos que mejor convenían a sus tierras: el desarrollo de la avicultura y de la ganadería. No toleraba a sus administradores el menor desorden en sus propiedades ni desaseo en la preparación de alimentos y bebidas. Pero a pesar de la solicitud que demostró por la población campesina, el servicio militar constituía una carga pesada; a fin de tener siempre dispuesta una caballería poderosa, Carlos se vio obligado a conceder nuevos feudos, aun a sabiendas que constituían el mayor peligro para la existencia del Imperio.

No obstante sus numerosas campañas militares, esforzóse Carlomagno en civilizar a los francos. Su rudeza y selvaticidad debían ser moderadas y domadas; la ignorancia, enérgicamente combatida. Pipino el Breve nunca había escrito siquiera su propio nombre; Carlomagno aprendió a escribir en edad madura, aunque, incluso entonces, sólo firmaba sus cartas con un sencillo signo; pero consideraba la mejor tarea de un príncipe la de educar a sus súbditos. Para realizarla, reunió en torno suyo a los colaboradores más prudentes y sabios que pudo hallar en Europa. "Se alegraba más de atraerse a un sabio para trabajar en su imperio, que de conquistar una ciudad." Su mejor adquisición fue el inglés Alcuino, a quien nombró profesor de la escuela palatina, su fundación preferida; le consultaba multitud de problemas referentes al progreso de los pueblos. Alcuino era una especie de ministro de Educación de Carlomagno; enseñó al rey y a sus hijos e hizo el amigo fiel de toda la familia real.



“Firma” de Carlomagno. El emperador sólo trazaba el rombo que ocupa el centro del monograma. El resto, como ya era costumbre entre los reyes, era trazado por un clérigo o un escribano.

Dirigidos por Alcuino, los letrados de la corte de Carlomagno organizaron una academia, en la que el propio Carlomagno participaba con entusiasmo. La sensatez de Alcuino se rebelaba contra la veneración creciente hacia las reliquias y su consecuencia, la búsqueda de restos de santos. "Vale más —decía— seguir el ejemplo de santos y santas que llevar sus huesos encima."

Carlomagno se interesaba en especial por el desarrollo de la civilización germánica. Hablaba el alemán de aquel entonces y tenía de ordinario su corte en Aquisgrán (Aachen). De su amor por la lengua popular son ejemplo los nombres alemanes que dio, además de los latinos, a los meses del año. "Insistía en que fueran escritas las antiguas canciones en lengua germánica que cantaban las hazañas de los héroes de antaño, y sentía el mayor placer en oírlas cantar cuando estaba a la mesa", nos cuenta Eginardo. Por desgracia, no se han conservado tales colecciones, y la culpa de su pérdida irreparable debe achacarse a sus sucesores, que no comprendieron su valor, y a la aristocracia posterior, que desdeñaba esta "poesía popular".

El emperador acarició el proyecto de ampliar esta cultura cortesana a todo su imperio. Para ello, era necesario primero fomentar la enseñanza general. Ordenó que se fundaran escuelas en cada catedral y monasterio y que "cada uno enviara allí a sus hijos para que permanecieran el tiempo necesario para adquirir los conocimientos requeridos". La escuela palatina los formaba a su vez para el servicio del Estado.

Gracias a la curiosidad y sed de saber de Carlos, la cultura, hasta entonces confinada en conventos y ambientes eclesiásticos, inició su general divulgación.

## El ocaso de un imperio

Carlomagno se casó cuatro o cinco veces. De sus esposas y concubinas tuvo catorce hijos; según otros, dieciocho o veinte. Éstos eran su gozo y orgullo. Su mayor contento era ir a cazar rodeado de ellos. Gozaba tanto teniendo a sus hijas a su lado, que no consentía que se casaran; prefería que se unieran a alguien sin ligarse en matrimonio. Su hija mayor tuvo de un conde franco un hijo que fue más tarde abad de Saint-Denis. Una de sus hermanas casó con un abad, aunque antes ya había tenido dos hijos. De otra tercera hija de Carlos se cuenta que tuvo aventuras con un señor de la corte.

En los diez últimos años de su reinado, no pudo acometer Carlos guerras importantes. Tenía graves preocupaciones, pero experimentaba gran placer al ver a su

pueblo unido, protegido por su espada contra enemigos interiores y exteriores. Hasta los setenta años, Carlomagno gozó de excelente salud, pero el persistente dolor en una pierna, que en los últimos cuatro años se quejaba, parece indicar que padecía de gota. La pérdida de tres de sus hijos en la flor de su edad (810-811) minó la salud del viejo emperador; especialmente cruel fue la pérdida de su primogénito e hijo preferido, en quien fundaba todas sus esperanzas para el futuro.

En enero de 814, a Carlos le acometieron unas fiebres violentas en Aquisgrán y pocos días después, el 28. De los 72 años de su vida, había reinado 45. Se cree que nació en 742, aunque es fecha discutible.

Con Carlomagno desaparecía el postrer jefe y héroe popular de la época de las grandes invasiones; el último de una serie iniciada con Alarico y Teodorico. Sus contemporáneos y la posteridad coinciden en admirar su personalidad y la obra de su vida. Constituyó el modelo de un emperador cristiano. Durante siglos aparecería como la figura central en canciones de gesta y leyendas. Su importante personalidad iba a ejercer tanta influencia en la imaginación popular, que llegarían a atribuirle cualidades sobrenaturales.

## **EL IMPERIO CAROLINGIO SE FRAGMENTA**

### **Luis el Piadoso**

El destino dispuso que el hijo peor dotado del emperador, el último superviviente legítimo, le sucediera en el trono. El reino de Carlomagno era el más poderoso de Europa, pero tenía muchos elementos de disgregación. Existía viva oposición entre el Oeste romanizado y el Este germánico. Los nobles tendían a zafarse de la autoridad imperial, de tal modo que sólo una voluntad de hierro podía contenerles. Al sur, el imperio estaba amenazado por los sarracenos; al norte, por los normandos; al este, por los pueblos eslavos. La mano vigorosa de Carlomagno consiguió someter tantos elementos perturbadores; la de su sucesor necesitaba ser tan fuerte como la suya.

Luis el Piadoso era muy diferente a su padre, no por su aspecto físico, pues era de estatura impresionante y, además, excelente jinete y cazador. Sin embargo, pudiera decirse que no era un personaje "de alto nivel". La indulgencia y la mansedumbre eran sus rasgos dominantes, reflejo más bien de un carácter débil y vacilante. Su excesiva piedad lo colocaba ante los prelados en situación ridícula. El Papa se permitía con él una indiferencia que no hubiera mostrado en tiempos de Carlomagno, y los obispos se portaban como señores independientes. Los decretos de Luis referentes a asuntos eclesiásticos eran reflejo fiel de la voluntad de los prelados. Llegó a tanto su celo en extirpar al "paganismo", que prohibió cantar e incluso leer los antiguos cánticos germánicos que él mismo aprendiera en su niñez. Las canciones de gesta, que su padre mandó coleccionar con tanto interés, fueron quemadas por orden de Luis. En lugar de los sabios de las que Carlomagno se rodeó, imperaban ahora en la corte espíritus mezquinos. La gazmoñería de Luis el Piadoso no era óbice para que mandase arrancar los ojos a sus enemigos, a semejanza de los bizantinos.



*Dedicación de una Biblia a Carlos El Calvo (estampa iluminada de la escuela de Tours, mediados del siglo IX)*

## Una guerra de familia

Las relaciones que mantenían Luis y sus hijos, y éstos entre sí, constituyen un drama de odios y horrores. Lotario, el primogénito de los tres hijos de Luis, era un intrigante ávido de poder. En 817 se hizo coronar en Aquisgrán como emperador corregente y sucesor de su padre. A los otros dos hijos de Luis también se les concedió un reino, aunque bajo la suzeranía de Lotario.

La mujer de Luis murió y el emperador volvió a casarse. La nueva emperatriz, Judit de Baviera, célebre por su belleza, tenía mucha más inteligencia y voluntad que su esposo. Esta mujer ambiciosa trataba de adquirir la máxima ventaja posible para su hijo, a quien la historia denomina Carlos el Calvo.

En 830 estalló una rebelión contra la pareja imperial, alentada sobre todo por el partido eclesiástico, al que indignaba el influjo desmedido que la emperatriz había adquirido sobre su esposo. Los hijos del primer matrimonio se unieron a los amotinados. Judit fue acusada de adulterio y relegada a un convento; Luis fue obligado por una asamblea imperial a ceder la corona a su hijo Lotario. Éste trató a su padre con la mayor consideración, al menos en apariencia; en realidad, limitó su libertad de movimientos y lo rodeó de monjes encargados de prepararlo para que ingresara en un



convento. Pero un ser egoísta como Lotario, ávido y sin escrúpulos, era el menos a propósito para atraerse la simpatía de sus súbditos y de sus hermanos. La opinión se volvió muy pronto en favor de Luis; los hijos del emperador se levantaron en armas unos contra otros, y, antes de medio año, una asamblea imperial devolvía la corona a Luis.

Poco después se concedió la libertad a la emperatriz, que tornó a ejercer su antiguo influjo sobre el emperador. Judit no había escarmentado. Prosiguió tenaz sus tentativas para desheredar a sus hijastros en favor de su propio hijo, lo que provocó que los hijos de Luis se unieran de nuevo contra su padre. En Colmar, Alsacia —en el lugar que se denominó más tarde "campo de las Mentiras"—, padre e hijos se enfrentaron con poderosos ejércitos. Con amenazas y promesas, los hijos supieron atraerse a la mayor parte del ejército de Luis. El emperador renunció entonces a combatir, considerándose muy afortunado que Judit y Carlos salvaran sus vidas.

La abdicación de Luis fue considerada como un hecho consumado: Lotario se revistió con la dignidad imperial y sus hermanos devinieron de hecho reyes independientes. Luis y su familia quedaron prisioneros. Al confirmarse la deposición de Luis por una dieta imperial, el antiguo emperador fue conducido a la catedral de Soissons, y allí, ante una gran multitud, sede obligó a arrodillarse ante el altar para "reconocer en presencia de todos que había cumplido indignamente su alta función". Sus enemigos creían que así lo excluían por fin del trono, pero se equivocaron. Una humillación tan antinatural impuesta al anciano emperador provocaría la compasión y el deseo de reconciliaciones. Luis, hijo del soberano, que gobernaba la mayoría de los territorios germánicos (la Historia lo llama Luis el Germánico), sintió remordimiento y se avergonzó del trato indigno dado a su padre. Además, era evidente que el único objeto de Lotario era apoderarse de todo el imperio. La guerra fratricida estalló otra vez. Lotario salvó su vida apelando a la fuga, y Luis el Piadoso quedó libre.

Al conquistar de nuevo Judit el poder, reanudó sus tentativas maternas en detrimento de los hermanastros de Carlos, y el piadoso Luis convirtióse una vez más en juguete suyo. Luis el Germánico no esperaba que lo recompensaran de aquella manera: sublevóse otra vez. Judit y su esposo procuraron atraerse a Lotario, el hijo que más humillara a su padre. Luis el Piadoso y su desnaturalizado hijo se reconciliaron, determinando que, a la muerte del emperador, sería dividido el imperio en dos partes iguales, una para Lotario y otra para Carlos, hijo de Judit. A Luis el Germánico le concedían, como gran favor, un territorio insignificante. Del menor de los tres hijos del primer matrimonio no tuvieron que preocuparse, pues recién había muerto. Tan desaguisadas conversaciones terminaron con escenas espectaculares: el anciano emperador abrazó a "su hijo pródigo, vuelto al redil". La verdad desnuda, oculta por lindas frases, era que Luis el Piadoso intentaba, con ayuda de su hijo más culpable, desheredar al otro hijo, que, en el momento más crítico, no había vacilado en salvar a su padre.

Mientras se hacían los preparativos para realizar tan vergonzoso acuerdo, el anciano emperador cayó gravemente enfermo. En 840 murió aquel hombre a quien hubiera sentado igual el título de "débil" que el de "piadoso". El menor de los hijos de su primer matrimonio falleció antes que él.

## **Tratado de Verdún, año 843**

Pese a las promesas hechas a su padre poco antes de su muerte, respecto a los derechos del joven Carlos, trató Lotario de gobernar solo en todo el imperio. Con todo,

para tener mayor libertad en el combate decisivo contra Luis el Germánico, Lotario ofreció su amistad a Carlos el Calvo. Éste conocía demasiado, sin embargo, la perfidia de su hermanastro, y no dio valor a sus ofrecimientos. Prefirió apoyarse en las armas. Carlos el Calvo y Luis el Germánico, olvidando su antigua enemistad, pactaron alianza contra su común enemigo, Lotario. Aunque lo derrotaron en una sangrienta batalla, no terminó la lucha. Lotario echaba mano siempre de nuevos recursos: contra Luis, consiguió sublevar a los sajones; a Carlos le complicó la situación aliándose con los paganos normandos.

Sintiendo como nunca la necesidad de unir sus fuerzas, Luis y Carlos se entrevistaron en Estrasburgo, en 842, y firmaron una alianza que la historia ha llamado el "Juramento de Estrasburgo", que Carlos pronunció en lengua vulgar romance y Luis en lengua germánica. Este "Juramento de Estrasburgo" constituye el documento escrito más antiguo, tanto en lengua francesa como en lengua alemana.

He aquí el texto en *romana lingua* (romance) del juramento de Luis el Germánico:

Pro Deo amur, el pro christian poblo el nostro commun salvament, d'ist di in avant, in quant Deus savir et podir me dunat, si salvari eo cist meon fradre Karlo, et in aiudha et in cadhuna cosa, si cum om per dreit son fadra salvar dift in o quid il mi altresi fazet, et ab Ludher nul plaid nunquam prindrai, qui meon vol, cist meon fradre Karle in damno sit.

Carlos II el Calvo pronunció el mismo Juramento en *teudisca lingua* (alemán):

"in Godes minna ind in thes christianes folches ind unser bedhero gehaltnissi, ten thesemo dage frammordes, so fram so mit Got geunizci indi mahd furgibit, so haldih thesan minan brudher, soso man mit rehtu sinan bruther seal, in thin thaz et mig so sama duo, indi mit Ludheren in nohheinin thing ne gegango, the, minan nuillon, imo ce seadhen nuerdhen."

Dicho en castellano, sería: "Por el amor de Dios y por la común salvación del pueblo cristiano y la nuestra, a partir de este día, mientras Dios me dé saber y poder, defenderé a mi hermano Carlos (Luis), aquí presente, asistiéndole y ayudándole en todo, como debe hacerse con un hermano, a condición que él me corresponda de la misma manera; y no pactaré con Lotario ningún acuerdo que redunde en detrimento de mi hermano Carlos (Luis), aquí presente".

Luego, ambas naciones prestaron el siguiente sacramentum (juramento) en sus idiomas correspondientes: "Si Luis (Carlos) observa el juramento que ha hecho a su hermano Carlos (Luis), pero Carlos (Luis), mi señor, rompe lo que le ha jurado, no logrando yo ni nadie disuadirlo, no le prestaré ninguna ayuda contra Luis (Carlos)".

"Si Lodhuuigs sagrament que son fradre Karlo jurat conservat et Karlus, rneos sendra, de suo parí non l'ostanit, si io returnar non l'int pois, ne io ne neuls cui eo returnar int pois, in nulla aidha contra Lodhuuig nun li iu er."

"Oba Kart then eid then er sinenio bruodher Ludhuuige gesuor geleistit, indi Ludhuuig, min herro, then er imo gesuor forbrihehit, ob ih inan es iruenden ne mag, noh ih noh thero nohhein, then ih es iruenden mag, uuidhar Karle imo ce follusti ne uuiridhit."





Este pacto entre Luis y Carlos obligó a Lotario a entablar negociaciones de paz. Por otra parte, el pueblo deseaba acabar ya con tanta guerra fratricida. Tras muchas negociaciones, se llegó, por fin, a un acuerdo en Verdún (año 843), para dividir el imperio en tres partes. Luis el Germánico se quedó con las tierras situadas al este del Rin y del Weser; Carlos el Calvo, con los países al oeste del Ródano, Saona, Mosa y Escalda; Lotario, con el vasto territorio situado entre ambos países que se extendía desde Italia, al sur, hasta Frisia, al norte, y, además, el título de emperador.

Unos meses antes del reparto del imperio en Verdún, murió la mujer que originó con su amor maternal egoísta y sus ansias de poder tantos sufrimientos a los pueblos, provocando tantos desórdenes en todas las regiones del imperio.

El tratado de Verdún separaba para siempre, por así decir, las zonas germánica y romana del imperio de Carlomagno. Delineábanse los futuros Estados que se llamarían Alemania, Francia e Italia. Alemanes, franceses e italianos tendrían en lo sucesivo sus destinos propios. Para la mentalidad de aquel siglo IX, el tratado de Verdún debió representar una verdadera catástrofe. Apenas transcurridos treinta años desde que el imperio de Carlomagno pasara a su sucesor, desaparecía para siempre. Sólo el Papa seguía siendo jefe de la cristiandad; es más: a medida que disminuía la autoridad imperial, se acrecentaba la del soberano pontífice. El autoritario papa Nicolás I se permitía reprender a los reyes francos como si fueran chiquillos.

El reparto del imperio hizo perder a los francos su antiguo poderío frente a los enemigos exteriores. Las guerras fratricidas desmoronaron el orden en el imperio y minaron el respeto común ante la ley. La propia dinastía daba incesantes ejemplos de perjurio y deslealtad. El bandolerismo y el crimen se hicieron corrientes y los nobles se acostumbraron a vivir del robo y de la rapiña. Y cuando los hombres de armas a su servicio fueron suficientes, se dedicaron a derramar sangre humana impunemente.

El reino que el tratado de Verdún asignó a Lotario era un Estado artificial sin unidad interior: una larga faja de territorio entre los otros dos reinos, con fronteras abiertas por ambos lados. El país estaba agotado tras tantas y prolongadas luchas intestinas; a consecuencia de ellas, ya no tenía fuerzas para resistir a los vikingos, al norte, ni a los sarracenos, al sur de Europa. El reino franco-oriental era más capaz de contener el empuje de los pueblos eslavos; además, Luis el Germánico era mucho más político e inteligente que sus otros hermanos.

## **Al este: moravos y magiares**

La Roma pontificia había heredado el antiguo legado imperial. Ya hemos visto también que, juntamente con el feudalismo había surgido la idea de un imperio unificador. La monarquía carolingia, y después la del Sacro Imperio Romano-Germánico, era el más claro exponente de esta idea.

Por otra parte, en la Europa central y oriental quedaba una masa de pueblos diversos, sobre los que trataban de influir tanto Roma como Bizancio, en pugna proselitista. Valiéndose de misioneros como adelantados, también los aspirantes a un poder fuerte e imperial procuraban avasallar poco a poco a los pueblos procedentes del este, asentados desde la península Balcánica al Báltico y desde la meseta de Bohemia hasta las estepas rusas. Pero estos pueblos no sentían ninguna necesidad de superestructuras imperiales en cuya formación no hubiesen tenido arte ni parte.

En 863, exactamente veinte años después del tratado de Verdún (843), que consagrara, como hemos visto, la fragmentación del imperio de Carlomagno, el príncipe moravo Rostislav se opuso a las pretensiones de dominio extranjero, cualquiera que

fuese su procedencia, ni aun con el pretexto de la predicación religiosa o del influjo cultural, en aquellas comarcas que hoy integran, aproximadamente, la actual Checoslovaquia. Dos sabios y esforzados hermanos, Cirilo y Metodio, enviados desde Constantinopla, le ayudaron en esta tarea e imprimieron un nuevo giro a la historia y al curso de la cultura humana.

Crearon un nuevo alfabeto, el glagolítico, llamado vulgarmente "cirílico", que interpretaba toda la gama de la fonética eslava y que fue lazo de unión entre literatura y lengua popular; predicaron en eslavo, y en el mismo idioma escribieron numerosos libros, con lo que las masas nacionales pudieron afirmar su personalidad étnica y conseguir su autodeterminación. Este caso supera con mucho el marco de los fenómenos puramente lingüísticos, para integrarse en conceptos fundamentales de orden social y político.

Ciertamente, era un acontecimiento decisivo el que ocurría a mediados del siglo IX, en una época en que el omnipotente dogmatismo de la Iglesia encerraba la expresión literaria en tres idiomas. "Las tres lenguas sagradas: el griego, el latín y el hebreo, que brillan con la más resplandeciente luz en toda la tierra. En estos tres lenguajes, Pilatos mandó colocar la inscripción sobre la cruz del Señor..." decía Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías*; y éste era el criterio oficial de la Iglesia. No obtuvieron ningún resultado los intentos de permitir la predicación y la escritura en los lenguajes propios de los nuevos pueblos europeos, como pudo comprobarse en los concilios de Francfort (794) y Maguncia (813). El Papa Juan VII reafirmó en 880 el trilingüismo exclusivo. De ahí la importancia de la empresa de Cirilo y Metodio al predicar el Evangelio en una cuarta lengua, la eslava. Como Lutero, cuando tradujo la Biblia al alemán, unos siete siglos después.

Como veremos en capítulos sucesivos, la intransigencia del pontificado romano se acentuó en los siglos siguientes, proscribiendo por completo el uso de las lenguas nacionales en la literatura religiosa. A finales del siglo XI, se dispuso en la península Ibérica la abolición del antiguo rito mozárabe y su sustitución por el rito romano, impuesto por el centralismo pontificio. Alfonso VI de Castilla, pese a su carácter en cierto modo liberal, hubo de acatar estas disposiciones, a despecho de la tenaz resistencia popular. De ello quedó un proverbio expresivo de un sentimiento de amarga resignación: "allá van leyes do quieren reyes".

Después de la muerte de Luis el Germánico, los húngaros o magiares se manifestaron enemigos cada vez más peligrosos; al fin, el reino fue incapaz de defenderse contra ellos. Los húngaros eran un pueblo emparentado con los hunos. Después de abandonar su *hábitat* primitivo del Volga, habíanse dirigido hacia el poniente y establecido en las llanuras adyacentes a las orillas del Danubio y el Tisza. Constituyeron un auténtico azote para los países vecinos: el imperio bizantino, Alemania e Italia. Los húngaros, pueblo seminómada, vivían durante el verano en tiendas y, en invierno, en chozas de cañas. Destruían, robaban e incendiaban cuanto encontraban a su paso, sembrando muerte y ruinas por doquier. Al comenzar el siglo X ya hacía muchos años que Alemania era víctima de los saqueos de estos nómadas. Por el norte llegaron hasta Bremen, y por el sur, hasta Roma. En diversas ocasiones atravesaron el Rin en balsas para saquear poblaciones francesas.

## **La decadencia definitiva**

La "alianza fraternal" de Verdún perdió pronto casi todo su significado. Se celebraron otras entrevistas, en que se concedió amnistía general y prometiéndose borrar todo motivo de queja; pero la atmósfera siguió tensa entre los soberanos; Lotario, por su

parte, hizo cuanto pudo para enemistar a Carlos con Luis. Al presentir su próximo fin, se enmendó y vistió el hábito religioso; murió seis días después.

Las mismas fuerzas que contribuyeron a desmembrar el imperio de Carlomagno renacieron dentro de cada reino. La concepción originaria del derecho privado, según la cual el imperio debía ser considerado como un bien raíz perteneciente a la familia real, ocasionó el reparto de las heredades territoriales que, desde entonces, experimentaron fragmentaciones sucesivas. Así, los reinos de Lotario y de Luis el Germánico fueron divididos a su vez en tres Estados, y el de Carlos el Calvo, en dos. Sería ocioso detallar estos repartos con todas las complicaciones políticas que fueron su consecuencia. Basta mencionar, como ejemplo de la mentalidad de aquellos tiempos, que la historia cuenta cuatro descendientes directos de Carlomagno a quienes sus parientes rivales arrancaron los ojos.

Hubo un momento en que pareció restaurarse la unidad imperial. Por una feliz casualidad en la sucesión, el imperio de Carlomagno restablecióse durante algunos años bajo el cetro de Carlos el Gordo, el más joven de los hijos de Luis el Germánico. Pero no tenía categoría para proseguir la obra de Carlos el Grande. Tanto los francos orientales como los occidentales comprobaron pronto su decadente gobierno y, sobre todo, su complacencia hacia los normandos. En 887 y 888 subieron nuevos reyes al trono.

Francia y Alemania habíanse convertido en reinos independientes, y así siguieron en lo sucesivo. En el año 911 extinguióse la dinastía carolingia en Alemania con un adolescente débil y sin madurez espiritual, a quien la historia conoce con el nombre de Luis el Niño. En Francia, en el año 987, se extinguió también la dinastía carolingia en la persona de Luis V, llamado por algunos "el Holgazán", biznieto del también insignificante Carlos el Simple.



## PUEBLOS ASIÁTICOS (SIGLOS IV AL X)

### LA INDIA ESPLÉNDIDA E INASIMILABLE

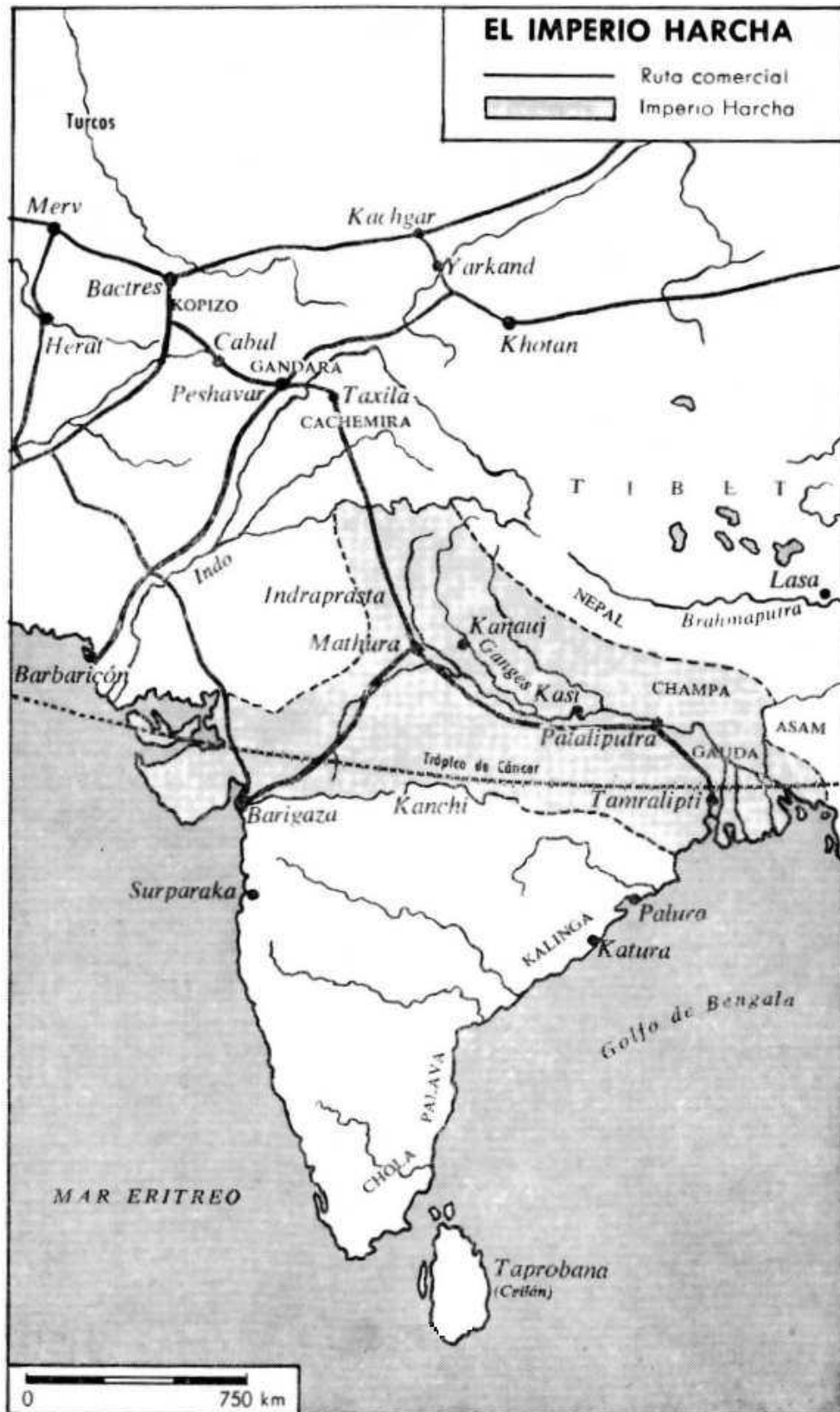
#### La unificación gupta

Los señores locales de Pataliputra, los Gupta, eran originarios de Magadha, la región de donde partiera el movimiento de unificación de los Maurya. Acabaron con los reyezuelos y «unificaron las tierras». Su imperio abarcaba casi toda la cuenca del Ganges, llegaba a las costas orientales del Decán y se extendía más lejos del Penjab oriental. La inscripción de la pilastra de Allahabad, donde se relatan las conquistas de Samudragupta (335-385?), confirma su preeminencia en Cabul, Ujayini y Ceilán.

Entonces influyó como nunca la civilización india tanto en China, Corea y Japón, como en Indochina e Insulindia. El arte, y en particular la pintura, florecieron impulsados por una vida mundana y palaciega cuyo elegante ambiente se refleja en las literaturas erudita y erótica. Los filósofos Asanga y Vasubandhu llevaron el budismo a su punto culminante, acentuando la importancia de la piedad y la compasión en las doctrinas del maestro. «El Buda —.escribía Asanga—. lleva el amor a las criaturas en sus entrañas, como si se tratara de un hijo único. Como la paloma quiere a sus polluelos y los protege con el calor de sus alas, así el Compasivo con las criaturas, que son sus hijos.»

El período gupta no quedó exento de revueltas. A mediados del siglo V, la horda turcomogol de los hunos eftalitas, que se establecieron en Bactriana, invadió el Penjab. Según las inscripciones de Djunagadh, Skandagupta (455-470?) rechazó a los invasores. «Cuando estalló la guerra con los hunos, fue tan formidable la sacudida que tembló la tierra... El rey puso guarnición en todos los lugares expuestos a las invasiones de los bárbaros.» En realidad, los hunos eftalitas sólo fueron rechazados en la llanura del Ganges; ocuparon el Penjab, donde acecharon el instante favorable para un nuevo asalto.

El momento no tardó en llegar. A principios del siglo VI, el imperio gupta se escindió en varios reinos rivales. Los hunos, conducidos por Mihirakula, aprovecharon la situación para invadir Cachemira. La devastación fue feroz. Según el peregrino budista chino Hivan-tsang, Mihirakula persiguió con crueldad a los budistas, destruyó mil conventos y asesinó a la población por centenares de miles. Pero los hunos eftalitas no pudieron mantenerse en el país. ¿Fueron expulsados o exterminados? ¿No soportaron el clima o se mezclaron con la población? Es difícil responder a tales preguntas. Lo cierto es que, a diferencia de la dinastía turca de los Chahi, establecida en Kapiza y dueña del Gandhara, los hunos eftalitas, como los de Atila, desaparecieron por completo de la superficie de la Tierra.



### La dinastía Vardhana

Al desorden consecuente a las invasiones de los hunos sucedió un nuevo poder, la dinastía de los Vardhana, que asumió momentáneamente el imperio de los Gupta. La historia —mejor, lo que cuenta el poeta Bâna— comenzó como un canto épico.

Al saber que el rajá de Malva había matado a su cuñado el rey de Kanauj y mantenía cautiva a la joven viuda, de trece años de edad, Râjyavardhana ocupó Kanauj y aniquiló al verdugo de su hermana. Pero, apenas había vencido, cuando cayó en una emboscada y fue asesinado. Su hermano menor, Harchavardhana o Harcha, apellidado «Sol de virtud», se puso en campaña para vengar a su familia. Encontró a su hermana cerca del río Jumna, en el momento en que iba a arrojar viva a las llamas para rendir homenaje a la memoria de su marido. Se lo impidió, la llevó en su caballo y ya nunca la abandonó. Harcha, valiente y caballeroso, era además una personalidad atractiva desde el punto de vista literario y religioso. Se le atribuyen muchos himnos búdicos y tres dramas: *Nagananda*, *Ratnavali* y *Priyadarzika*.

En las cortes regias se ofrecían representaciones teatrales, que tenían su origen en las danzas rituales. Los autores debían someterse a numerosas reglas. Por ejemplo, no podían poner en escena a ninguna mujer que provocara deseos en hombres que no fueran su marido. En tiempos de Harcha, las actrices podían desempeñar papeles femeninos, lo que no ocurría antes. Se daba mucha importancia a la expresión, al ademán y a los movimientos de los actores, procurando que respondieran en todo momento a su estado de alma, y cuidando la psicología, a menudo complicada, de los personajes.

El peregrino chino Hiuan-tsang fue testigo de las colosales limosnas que Harcha distribuía, tanto a los brahmanes como a los monjes budistas. Y es que la devoción de Harcha a Buda y su interés por la doctrina mahayanista no le hicieron olvidar el culto al sol y a Siva. Así lo confirman su drama *Nagananda* y las relaciones biográficas del poeta Bâna.

## **El maravilloso mundo khmer**

El emperador Harcha murió en el año 647, sin heredero, según parece, y la fragmentación feudal sobrevino. Durante los siglos siguientes, el norte de la India fue teatro de luchas sangrientas entre reyezuelos. Sólo Cachemira, en donde reinaban los Karkota, y el imperio pratihara de Kanauj gozaron de una relativa tranquilidad.

Tal situación favoreció, desde luego, las operaciones de conquista de Mahomed Kasim y otros generales musulmanes. En cambio, los gobernantes islámicos fueron incapaces de conseguir una unión íntima con la India; fueron como extranjeros para aquellos súbditos que se negaron a seguir el culto de Alá y su profeta. Se puede considerar la ruptura religiosa, que se produjo entonces entre el pueblo hindú y su clase dirigente, como el origen de la decadencia del poder político de la India.

Entretanto, la India meridional, con los belicosos rachtrakutra del Decán y los chola de la Carnática, se convertía en baluarte del hinduismo. En Asia del Sudeste se mantenía el budismo en las laderas de Anam, en Champa y en Laos, mientras el brahmanismo progresaba en la región meridional. En Sumatra se había fundado un imperio malayo que se extendía desde Java occidental al norte del istmo de Kra.

Gracias a las fuentes chinas y a los trabajos arqueológicos de la escuela francesa de Extremo Oriente, poseemos mejor información sobre el país de Khmer. Durante todo el siglo VII, la monarquía khmer brilló en los estados indianizados de los mares del Sur, y la cultura sánscrita de la India fue totalmente asimilada. Pero, en el siglo VIII, las querellas dinásticas originaron divisiones en el reino y la sumisión de Camboya por Java. En esta última isla se multiplicaron entonces los monumentos búdicos, tales como la estupa de Borobudur.



En el año 802, un príncipe khmer, Jayavarman II, liberó al país de la soberanía de Java y estableció el culto del dios-rey en el templo de Bayon, en Angkor-Thom. Según las creencias populares, el rey descendía de una *naga*, cobra sagrada, o, al menos, se unía todas las noches con una naga de siete cabezas que se había encarnado en una mujer. En los templos dinásticos en forma de pirámide escalonada, símbolo de la montaña cósmica, cada santuario contenía la imagen de un antepasado regio, y el central estaba reservado a la estatua del dios con quien el rey se había identificado. «Los reyes khmer —observaba René Grousset—, ya sean hinduistas, como la mayoría de ellos, ya budistas, se apoyaron siempre en los ritos sivaítas que les consagraban como reyes y dioses. Identificados con la divinidad, colaborando con los sacerdotes, ambicionaban el dominio universal. En realidad, no ahorraron esfuerzo para ampliar sus posesiones y la cultura india de sus súbditos. Si hemos de creer las inscripciones lapidarias que relatan sus conquistas en términos grandilocuentes, no sólo fueron guerreros, sino también jefes de una élite intelectual que gravitaba en torno suyo, constituyendo su corte y su casa. Tales tendencias contribuyeron a dotar al imperio khmer de un conjunto magnífico o impresionante de edificios religiosos, erigidos por el rey y sus dignatarios, y que hoy constituyen un patrimonio arqueológico único. El desarrollo de la autoridad real y de la religión del Estado parece que se produjo de modo progresivo, a medida que el poder del imperio khmer se afianzaba. De la misma manera, puede seguirse en el transcurso de los siglos el incremento de los templos, cada vez más importantes.»

El imperio khmer, sólidamente organizado, se mantendría hasta el siglo XIV, sometándose a ciertos vasallajes y perdiendo progresivamente sus tradiciones indias en beneficio del carácter malayo. Sobre su fértil suelo se elevaron por doquier templos gigantescos, esculpidos con miles de figuras. Pero la historia de su rápido y misterioso declinar quedó sin escribir y la invasora selva guarda el secreto de ella. El vasto imperio de los khmers, después de tantos siglos, acabó por extinguirse bajo el denso y aterciopelado silencio de los árboles y de los musgos.

## **CHINA, DESPUÉS DE LAS INVASIONES**

### **Los Wei en el Celeste Imperio**

La mayoría de los reinos turco-mongoles fundados al norte de China, en el siglo IV, se destruyeron entre sí, como sucediera con los primeros reinos regionales en el Occidente romano del siglo V. Durante este tiempo, el imperio chino del Sur era gobernado por monstruos degenerados, dementes y sanguinarios. De vez en cuando se intercalaba en la serie de estos gobernantes algún soberano enérgico, como Leang Wu-ti y Tch'en Pa-sien, pero no pudieron contener la decadencia. Este imperio parecía cargado con los mismos vicios que corroían el Bajo Imperio romano y Bizancio.

La anarquía de la China septentrional, en cambio, era más bien el resultado de un exceso de vitalidad, como ocurrió en Occidente en tiempo de los francos, los burgundios, lombardos, vándalos y visigodos. Y, como los francos en Occidente, los tabghatch (en chino T'o-pa) consiguieron imponer su autoridad a fines del siglo IV y fundar la dinastía de los Wei. Se puede comparar también la mezcla germanolatina de los francos a la progresiva asimilación china de la tribu turca de los tabghatch, e incluso el celo cristiano de los merovingios al celo de los Wei, en favor del budismo.

Mientras conservaron intactas sus energías turcas, los tabghatch fueron capaces de defender la China septentrional contra las hordas mongolas de los ávaros, que dominaban el Gobi. Según T'o-pa Tao (424-452), «los chinos de Nankín son infantes y

nosotros caballeros: ¿qué podrán, pues, los rebaños de potros y terneros contra los tigres o las manadas de lobos? En cuanto a los ávaros, en verano apacentan sus rebaños al norte del Gobi, y en invierno hacen incursiones a nuestras fronteras. Con todo, basta con atacarlos en primavera, en sus estepas. En esta época, sus caballos no sirven para nada, los machos están en celo y las yeguas con sus crías. Basta sorprenderlos en esta estación para cortarles el acceso a los pastos y abrevaderos, y en pocos días pueden caer en nuestro poder».

Del reinado de los Wei datan las grutas budistas de Yunkang y de Long-men, que contienen esculturas religiosas de las más celebradas que ha tenido China. Partiendo de las tradiciones de la plástica grecobudista, el arte wei se orienta totalmente hacia la religiosidad y la devoción. «Si, a través del espacio y del tiempo —observa René Grousset—, el arte wei y el arte romano se asemejan, es porque ambos derivan del canon clásico, pero de un canon despojado de vulgaridad, renovado por su gran aliento místico y destinado en lo sucesivo a plasmar, en lugar de la belleza del cuerpo, valores espirituales. Media entre el arte grecobudista al arte Yun-kang y de Long-men la misma distancia que del arte romano al arte de nuestras catedrales.»

## Reunificación de los Suei

Cuando los tabghatch quedaron asimilados a China, entraron pronto en decadencia. La dinastía Wei se escindió en dos ramas, que se repartieron la China septentrional. Pero en el año 581, un ministro emprendedor y autoritario —chino auténtico, además—, Yang-Kien, usurpó el poder y reunió ambos reinos septentrionales. Ocho años más tarde, el fundador de la dinastía Suei se apoderó del imperio sudista de Nankín. Así quedó reconstruida la unidad después de doscientos setenta y un años de escisión.

En el momento en que Yang-Kien usurpaba el trono, Asia entera corría peligro de convertirse en turca. En efecto, durante los años que siguieron a la aplastante victoria (552) de Bu-Min sobre los mongoles yu-yuan, habíanse formado dos formidables estados turcos: el imperio de los turcos orientales y el reino de los turcos occidentales, separados uno de otro por el Gran Altai y las montañas al este de Ha-mi, ocupando en total un territorio que se extendía desde la frontera manchú al mar de Aral.

Los turcos occidentales deseaban obtener la libertad del comercio de la seda a través de Persia, hasta las fronteras bizantinas. El sasánida Cosroes Anochirvan se opuso a ello y provocó la alianza de los turcos occidentales con los bizantinos, que se preparaban precisamente a la guerra de veinte años (572-591) contra los persas. En el transcurso de la misma, los turcos invadieron la Bactriana, mientras los bizantinos se apoderaban de Armenia. No obstante, el poderío turco dependía de la cohesión de sus dos estados y de que el *gabghu* de las tribus occidentales aceptase la supremacía del emperador reinante sobre las tribus orientales. Cuando, hacia 583, el *gabghu* Tardu se adjudicó el título de emperador estalló la desavenencia entre ambos khanatos, en beneficio del restaurador de la unidad china.

Practicando con habilidad una política exterior basculante, el emperador Yang-Kien ayudó primero a Tardu contra el gaghan de los turcos orientales, Ychpara, y después a éste contra Tardu, cuya agresividad le inquietaba. No sin razón, pues en 602 los turcos occidentales amenazaron Ch'ang-ngan, capital imperial. Pero los chinos consiguieron sublevar a las tribus turcas del Oeste, obligando a Tardu a huir hacia el Kuku-nor donde desapareció sin dejar rastro. Acto seguido originóse un feudalismo en el antiguo khanato de los turcos occidentales.

Al hijo de Yang-Kien (muerto en 602), al fastuoso y fantástico Yang-ti, cupo el honor de explotar y consolidar los éxitos políticos de su padre. Atizando las rivalidades que dividían a los turcos, este «Jerjes chino» ocupó Turfán y puso bajo tutela china los oasis del Oeste, eslabón esencial del comercio hacia la India y Persia. El gusto por la magnificencia impulsó a Yang-ti a trasladar la capital a Lo-yang y conservar sólo una residencia en Ch'ang-ngan; cuarenta palacios jalonaban el «camino imperial» entre ambas ciudades. El emperador hizo también excavar el «canal imperial» que unía Lo-yang con la desembocadura del Yangtse-kiang. En Lo-yang, un parque artificial de 120 km de perímetro rodeaba un lago artificial del que emergían las tres «islas de los Inmortales» construidas con lujosos pabellones. A lo largo de un canal, que vertía sus aguas al lago, se levantaban dieciséis palacios para las favoritas del emperador. Éste sentía indecible placer al surcar las aguas en barca, a la luz de la luna llena y rodeado de un séquito de doncellas que cantaban deliciosos poemas, sobre todo aquel que se le atribuye:

*El agua está lisa y en calma esta tarde,  
las Flores de primavera abren sus pétalos.  
La luna va cabalgando en la corriente,  
las estrellas siguen el curso de la marea.*

Y cuando en otoño caían las hojas de los árboles del parque, cubrían los arcos y arbustos con hojas y flores de seda...

Sus victorias sobre los turcos volvieron temerario a Yang-ti, que cometió el error de atacar a Corea; fracasaron sus tres sucesivas expediciones (612, 613, 614), y la retirada fue un verdadero desastre. El emperador creyó entonces que podría recobrar su mermado prestigio alargando la Gran Muralla, en el norte de Chan-si. Pero no lo consiguió; a duras penas pudo escapar de un ataque de los turcos orientales. A su regreso, no tardó en generalizarse la rebelión del pueblo, abrumado por la fiscalización y los impuestos. Yang-ti se refugió en el sur, donde fue asesinado por uno de sus lugartenientes.

## **El imperio de los T'ang**

Después de seis años de guerras civiles durante las cuales los jefes de ejército creyeron poder saciar sus ambiciones, el joven Li Che-min, hijo del gobernador de una circunscripción militar de Chan-si, que fue el primer emperador T'ang, subió al trono y se llamó en adelante T'ai Tsong (626-649). Ante todo, mandó matar a todas sus cuñadas y sobrinos. Después, rechazó un nuevo ataque turco y restauró la soberanía china en todo el Kachgar. «Empuñando una espada de tres pies de larga —se jactaba T'ai Tsong— he asegurado la paz hasta los cuatro mares y he sometido, uno tras otro, los bárbaros más lejanos». Y era verdad.

El arte realista de aquellos años proclama una mentalidad épica; se expresa con un vigor y una violencia cercanas a la caricatura. Baste recordar el arte representativo zoomorfo y militar de los relieves, e incluso en la cerámica t'ang, de colores fuertes: anaranjado, verde crudo. Por otra parte, la extensión del imperio t'ang hasta los confines indoeuropeos provocó un contacto más estrecho con la India búdica y con el cristianismo, en su variante nestoriana. El arte decorativo t'ang ostenta la huella de estos contactos, evolucionando hacia un cierto barroquismo.

Hasta la rebelión de Ngan Lu-chan, en 752, la China de los T'ang no conoció invasiones ni guerras civiles. Un siglo y medio de paz favoreció en especial las artes y las letras; nunca fue tan fecunda la poesía china como en el reinado de Hivan-tsong (712-770). En él se revela el gran sueño cósmico del taoísmo, como en este poema de Li-T'ai po (701-762):

*El pájaro vuela y vuela;  
sus movimientos sacuden los cuatro rincones de la tierra.  
De repente, en el seno del firmamento,  
interrumpe su vuelo, se agotan las fuerzas de sus alas, cae.  
Pero el viento provocado por el latir de sus alas  
sacudirá mil y mil siglos todavía.*

En él se mezcla la melancolía búdica ante el paso y la fugacidad de las cosas:

*Lo nuevo es encantador como la flor;  
pero lo antiguo, firme como el jade.  
La flotante flor no sabe contenerse;  
el jade no cambia jamás.  
Lo que ahora es antiguo, fue antes nuevo;  
lo nuevo será antiguo algún día.  
Ved la casa de oro de la reina Ch'en:  
la araña teje sus telas en los cortinajes silenciosos.*

Sin duda, hay menos filosofía en esta evocación de una velada amistosa:

*Para borrar las antiguas penas,  
hay que beber mil copas.  
Los atardeceres están hechos para charlar;  
que la luna llena impida el sueño.  
Nos acostaremos beodos en la montaña vacía;  
cielo y tierra nos servirán de sábanas y almohada.*

La desgracia abrumó a menudo a Tu-fu (712-770); por ello, su poesía describe con tanta naturalidad las miserias del pueblo:

*Una tarde me alojaba en el pueblo de Shih-Hao.  
Al llegar la noche, vino un reclutador a levar gente.  
Un anciano huyó por encima del muro;  
su anciana mujer salió al encuentro del reclutador.  
¡Cómo gritaba éste de cólera!  
¡Con qué amargura lloraba la anciana!  
—Escucha mis palabras —dijo la anciana—:  
Mis tres hijos hacían guardia en Yeh;  
uno me escribe que los otros dos  
acaban de perecer en el campo de batalla.  
Ahora, nos pesa el vivir,  
ya que los muertos no vuelven jamás.  
No hay más varones entre nosotros  
sino mi nieto que está lactando.  
Su madre está todavía aquí  
con las ropas hechas jirones.  
Aunque yo sea vieja y débil,  
os seguiré esta misma tarde.*

*Iré a servir en Hoyang;  
al menos podré preparar la comida.  
Las palabras cayeron en la noche profunda,  
pero aún me parece oír los sollozos.  
Al amanecer, cuando volvía a continuar el viaje,  
sólo el anciano me dijo adiós.*

Cuando Tu-fu escribió estos versos desgarradores, habla acabado la era de paz de la dinastía T'ang. La rebelión del gobernador Ngan-Lu-chan había provocado la huida del emperador Hiuan-tsong, cuyo ejército amotinado había obtenido la muerte ignominiosa de la bella favorita Yang Kwei-fei, cantada por poetas cortesanos, como Li-T'tai po:

*La nube se parece a sus ropas  
y la flor a su rostro.  
¿Dónde están ahora sus brillantes pupilas y sus dientes nacarados?*

Y también lloró el poeta Tu-fu:

*La sangre mancilla el alma que no volverá ya más.  
El soberano y su favorita no volverán a verse.*

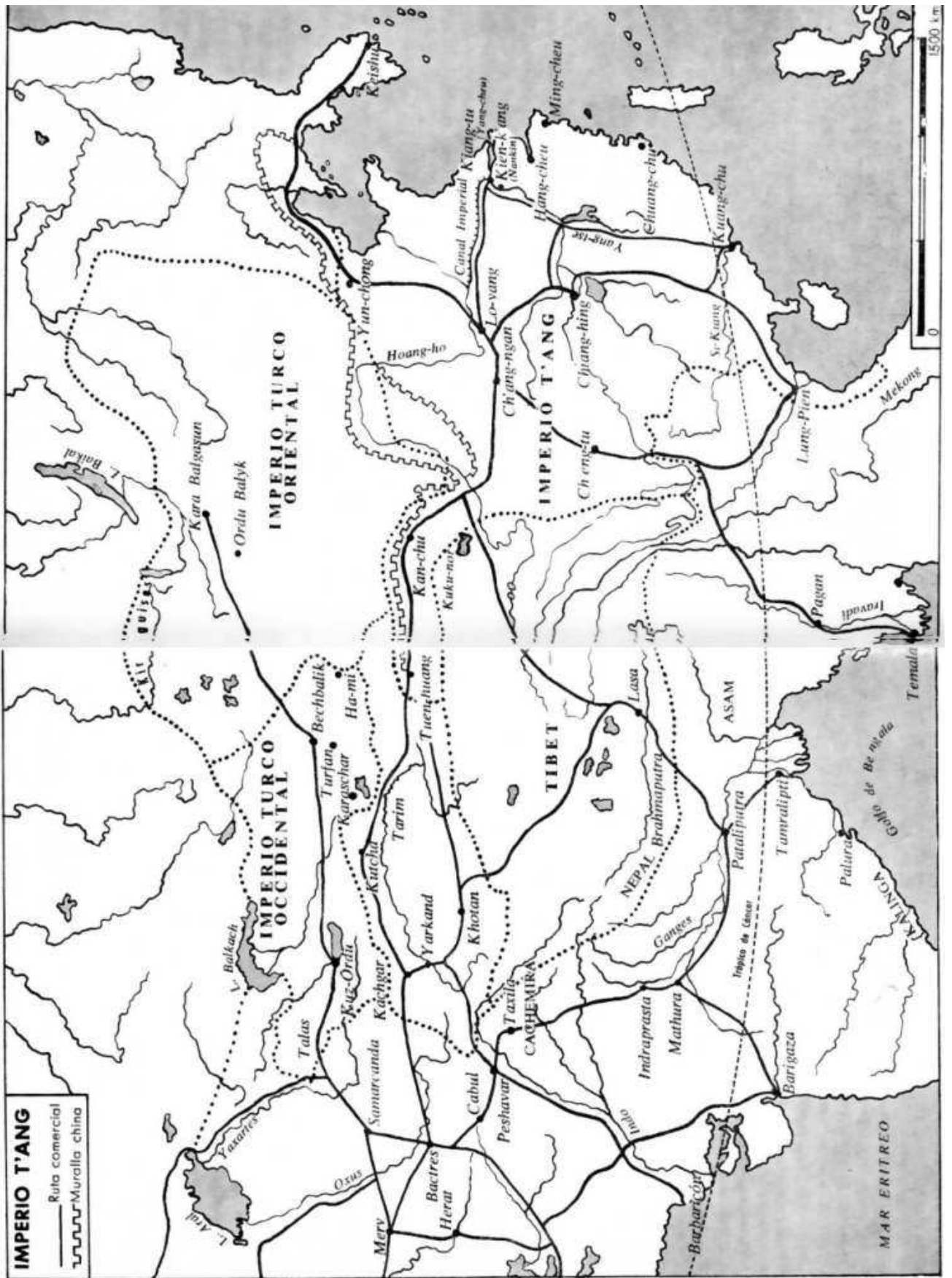
El emperador Hiuang-tsong siguió huyendo hacia el sur. Su heredero se puso al frente de sus tropas y se proclamó soberano. Las guerras civiles diezmaron de nuevo China: usurpaciones, revueltas, asesinatos, sucedieron hasta 960. En esta fecha Chao K'uang-yin acabó con los golpes de estado militares (desde luego, el suyo también fue un golpe militar) y fundó la dinastía de los Song.

En la época de los T'ang fue cuando el Japón entró en verdad en el escenario de la Historia. Poco a poco se liberó del régimen feudal y se orientó hacia una monarquía absoluta de derecho divino.

El gran edicto de Taikwa, promulgado en 645, no sólo suprimió la esclavitud y substituyó la prestación servil por impuestos en especie, sino que también favoreció la autoridad centralizada. Al frente de cada provincia —los antiguos reinos independientes— el emperador colocó a un gobernador responsable ante él. Sus atribuciones principales eran la vigilancia de los distritos, el cuidado de mantener las vías de comunicación, naves y fronteras, y rápidas comunicaciones a los agentes del emperador.

El budismo se desarrolló en el archipiélago nipón con tal vigor que la prolongada lucha contra los pueblos ainos —de raza blanca— adquirió un carácter de guerra santa. En la época de Nara (710-784), el fervor búdico alcanzó su punto culminante y creó un verdadero problema social: un habitante de cada sesenta era monje y había unos 80 000 monjes en total.

El mismo período nara se caracteriza por la fundación de una capital permanente en Heiankyô, la «ciudad de la Tranquilidad», por los comienzos del Derecho, las primeras monedas nacionales y una abundante creación artística. Como el budismo se había ramificado en media docena de sectas, cada uno de los grandes templos creó su propia escuela de arte, mezclando a su estilo las influencias china e india. Por ello puede calificarse de dinámica la escultura de Todaiji, de realista la de Kofukuji y de majestuosa la de Toshodaiji. Pero todas utilizan el procedimiento de la laca seca y el modelado en arcilla, mezclado con paja cortada y talco. La escultura en madera no aparece hasta la época Fujiwara.



## El reino del Sol Naciente

En la época de los T'ang fue cuando el Japón entró en verdad en el escenario de la Historia. Poco a poco se liberó del régimen feudal y se orientó hacia una monarquía absoluta de derecho divino.

El gran edicto de Taikwa, promulgado en 645, no sólo suprimió la esclavitud y sustituyó la prestación servil por impuestos en especie, sino que también favoreció la autoridad centralizada. Al frente de cada provincia —los antiguos reinos independientes— el emperador colocó a un gobernador responsable ante él. Sus atribuciones principales eran la vigilancia de los distritos, el cuidado de mantener las vías de comunicación, naves y fronteras, y rápidas comunicaciones a los agentes del emperador.

El budismo se desarrolló en el archipiélago nipón con tal vigor que la prolongada lucha contra los pueblos ainos —de raza blanca— adquirió un carácter de guerra santa. En la época de Nara (710-784), el fervor búdico alcanzó su punto culminante y creó un verdadero problema social: un habitante de cada sesenta era monje y había unos 80 000 monjes en total.

El mismo período nara se caracteriza por la fundación de una capital permanente en Heiankyô, la «ciudad de la Tranquilidad», por los comienzos del Derecho, las primeras monedas nacionales y una abundante creación artística. Como el budismo se había ramificado en media docena de sectas, cada uno de los grandes templos creó su propia escuela de arte, mezclando a su estilo las influencias china e india. Por ello puede calificarse de dinámica la escultura de Todaiji, de realista la de Kofukuji y de majestuosa la de Toshodaiji. Pero todas utilizan el procedimiento de la laca seca y el modelado en arcilla, mezclado con paja cortada y talco. La escultura en madera no aparece hasta la época Fujiwara.

Al comenzar ésta (806-947) la cultura de la corte se hizo refinada y nacional. En lo sucesivo, prosa y poesía se escriben en kana, es decir, en caracteres silábicos que permitían representar mejor los aglutinantes propios de la lengua japonesa. Las mujeres fueron quienes más destacaron en la literatura japonesa, quizá porque ellas, a diferencia de los hombres, estudiaban poco el chino. Las obras demuestran una gran lozanía sentimental —Ono no Komachi, Murasaki no Shikibu, Sei Shonagon, que escribió *Notas de cabecera*, etc.—, y no aparecen turbadas por reminiscencias chinas; obras que contribuyeron sin duda a liberar y a cristalizar el genio japonés.

# **EL SACRO IMPERIO ROMANO-GERMÁNICO**

## **ORÍGENES DEL ESTADO ALEMÁN**

### **Un rey caballero**

A la muerte de Luis el Niño, el imperio germánico se hallaba en vísperas de una fragmentación definitiva. Con objeto de poner fin a los incesantes repartos que se hacían cada vez que ascendía al trono un nuevo soberano, Alemania fue erigida en reino electivo en el año 911.

Merovingios y carolingios habían adquirido sus reinos mediante sucesivas conquistas, y los consideraban como propiedades familiares que podían repartir entre sus hijos. En lo sucesivo, la dignidad real se conferiría por voluntad popular. Los duques, principales señores del reino, procederían a la elección, y ésta debería ser aprobada por los demás miembros de la nobleza y por el pueblo.

Un familiar del último carolingio, el duque Conrado de Franconia, fue elegido primer rey de Alemania. Era un auténtico caballero, dotado de gran energía y muy amado del pueblo, aunque su reinado fue una serie casi ininterrumpida de reveses. Al acercarse la muerte de Conrado, la unidad del reino corría peligro. Los duques y otros grandes del reino llevaban camino de ser más poderosos que el rey. Pues bien, en su lecho de muerte, Conrado tuvo un rasgo generoso: envió su espada y su manto real al más valiente y capacitado de sus adversarios, el duque Enrique de Sajonia.

El porvenir del reino era lo que más amaba Conrado en el mundo. Si alguien era capaz de salvar la unidad del reino era Enrique, sin duda. Además, este príncipe podía contar con el apoyo incondicional de sus poderosos sajones.

### **Enrique el Cetrero**

En las crónicas medievales, Enrique de Sajonia es llamado Enrique el Cetrero o Cazador. Al recibir el mensaje del moribundo rey, el duque se dedicaba a este deporte favorito suyo. En 919, la elección de Conrado fue sancionada por los príncipes electores y Enrique subió al trono. Pertenece a una familia de extraordinaria vitalidad: su abuela Oda llegó a los ciento siete años, y el propio Enrique era de estatura imponente, corpulento y fuerte, un verdadero rey sajón.

Acometió con la mayor energía a los eslavos, a quienes venció a menudo. Sometió a los checos de Bohemia y Moravia a la corona germánica, y derrotó a los



vendas, enemigos hereditarios del pueblo sajón, al este del Elba. Neutralizó las temibles empresas normandas, llevando la guerra al propio país de los daneses; les infligió una aplastante derrota y obligó a su rey a prestarle fidelidad. Consiguió incluso frenar el empuje furioso de los magiares, por lo menos en su propio ducado de Sajonia, rodeando los más importantes centros urbanos con fuertes murallas y dotándolos de guarnición militar. En torno a estas fortalezas nacieron muchas ciudades sajonas. Además, organizó una vigorosa caballería.

## Otón I el Grande

Enrique el Cazador fue el adelantado de una época nueva. Así como Pipino el Breve y Carlomagno estructuraron su poder en los fundamentos puestos por Carlos Martel, Otón I continuó con entusiasmo juvenil la obra de su padre Enrique el Cetrero, a quien sucedió en 936. Otón era ambicioso e impulsivo y no obraba con la calculada prudencia de su padre. Sin consideraciones de estado o condición, castigó más de una vez a personajes poderosos o que ocupaban altos cargos, aun por actos que en interés político hubiera sido mejor disimular. Creóse así muchos enemigos en su propio reino. Pero nunca manifestó deseos de venganza o resentimiento hacia los rebeldes. Su ideal modélico era Carlomagno. Los turbulentos duques no le causaron muchas preocupaciones mientras estuvieron reducidos a sus propias fuerzas.

Sólo cuando su hermano Enrique se unió a los rebeldes para apoderarse de la corona real, se sintió el rey Otón en situación apurada. Enrique, hombre muy capacitado, pero en extremo ambicioso, era el hijo predilecto de la reina Matilde. Ya en vida de su padre hizo cuanto pudo para que lo designase sucesor al trono. Apoyado por los sajones, Enrique levantó estandarte de rebelión contra su hermano, y las cosas adoptaron peligroso cariz cuando estallaron motines en el mismo seno del ejército real. Pero Otón siguió dueño de la situación: ni una sola vez perdió la serenidad y nunca se mostró más grande que en la desgracia.

Por su parte, Enrique conocería pronto el reverso de la medalla: derrotado, hubo de buscar su salvación en la fuga, después de dejar muertos a sus principales aliados en el campo de batalla. Poco después acudió, con hábito de penitente, a arrojarle a los pies del rey, su hermano. Otón le concedió pleno perdón e incluso le confió el gobierno de Lotaringia. Pero traicionó una vez más la confianza de su hermano, organizando contra él una conspiración.

Esta vez, Otón se mostró más severo. Mandó decapitar a algunos conjurados y encarceló a su hermano. Sin embargo, al ofrecer el felón príncipe señales de sincero arrepentimiento y solemne renuncia a la corona real, Otón lo perdonó de nuevo y lo hizo duque de Baviera. Y dice el monje Witikind<sup>8</sup>, en su crónica de Sajonia, "la paz y concordia que reinaron entre ambos hermanos, agradables a Dios y motivo de alegría para los hombres, pronto se comunicaron al mundo entero, cuando ampliaron en común las fronteras del reino, vencieron a sus enemigos y reinaron sobre sus súbditos con autoridad paternal".

Las empresas arbitrarias de sus poderosos vasallos constituían para Otón un problema espinoso. Buscó apoyo en sus súbditos eclesiásticos, generalmente más adictos al rey que a los señores feudales. Aumentó las propiedades de obispos y abades y escogió como príncipes de la Iglesia a hombres con quienes podía contar. De este

---

<sup>8</sup>Monje del monasterio de Corvei, en Westfalia. Hacia finales del reinado de Otón el Grande compuso una Historia del pueblo sajón.

modo transformó a los príncipes eclesiásticos en funcionarios de la corona. Nombró a uno de sus hermanos obispo de Colonia y a uno de sus hijos arzobispo de Maguncia. Un tío del rey era arzobispo de Tréveris.

En política interior, Otón se esmeró en fortalecer la unidad del reino; en el exterior, continuó la lucha iniciada por su padre contra normandos, eslavos y magiares. Sometió a los eslavos por la fuerza y adquirió sobre ellos un gran ascendiente moral mediante una acción misionera bien organizada, atrayendo a los eslavos occidentales a la Iglesia de Roma, mientras que los eslavos del este —Rusia y península Balcánica— abrazaban la religión ortodoxa. La oposición religiosa que separa desde entonces a unos y otros eslavos, rusos y polacos, racialmente tan emparentados, adquirió una significación histórica. La religión sería un obstáculo infranqueable al llamado paneslavismo.

En política exterior, la obra más importante de Otón fue su victoria sobre los húngaros. Éstos creían llegado el momento favorable para una ofensiva antigermana cuando Otón se vio obligado a luchar contra su propio hijo Ludolfo, rebelado contra su padre por envidia hacia su tío Enrique, a quien juzgaba ávido de poder, y también por la amargura que concibió al volverse a casar Otón, que amenazaba, según él, los derechos de los hijos del primer matrimonio. Ludolfo tuvo como aliado a su cuñado, el indomable Conrado el Rojo, de Franconia. Ambos rebeldes no vacilaron en pactar con los húngaros, que aprovecharon la penosa situación de Otón para devastar y saquear varias regiones alemanas.

Otón ajustó primero las cuentas a su hijo y a su yerno, obligándolos a someterse. Por su parte, se mostró magnánimo, según solía, y les concedió el perdón a cambio de renunciar a sus ducados. Fue designado sucesor del trono el hijo que tuvo Otón de su segundo matrimonio. El rey se volvió luego contra los húngaros, tan soberbios con sus primeros éxitos que pensaban someter todo el Occidente cristiano e invadieron Baviera con un ejército numeroso, unos cien mil hombres —cifra sin duda exagerada—. En las orillas del Lech, cerca de Augsburgo, Otón los atacó con tropas de caballería, reducidas en número, pero muy selectas. En agosto de 955 se desarrolló allí una batalla que por su significación histórica puede compararse a las de los Campos Cataláunicos y Poitiers.

El cronista Witikind cuenta que los alemanes estuvieron a punto de ser cercados por sus enemigos, peligro que fue conjurado por la heroica intervención de Conrado el Rojo. Había ido al combate con hábito de penitente bajo su armadura y rogando a Dios que borrara el pecado que cometió aliándose con los enemigos de la cristiandad, suplicando una muerte honrosa en combate. El ataque de los alemanes fue tan impetuoso que quebró por entero la resistencia de los húngaros y pocos de ellos escaparon a la matanza. Los demás fueron dispersados o empujados al río. Conrado de Franconia halló la muerte deseada en el campo de batalla. La acción de Lech quitó para siempre a los húngaros el deseo de devastar territorios alemanes. Con el tiempo, estos nómadas salvajes se convirtieron en apacibles agricultores y pudo continuar sin obstáculos la colonización germánica en Austria.

Con la gratitud más desbordante, los alemanes victoriosos saludaron a su soberano con el nombre de "padre de la patria y emperador" en el mismo campo de batalla. Desde aquel día, cantáronse en todos los países cristianos alabanzas a Otón el Grande. A su corte acudieron embajadas de Italia, Francia e Inglaterra, e incluso de Córdoba, África, Bizancio y Rusia.

## **La romántica expedición a Italia**

Otón el Grande se proponía ahora como meta la corona imperial que llevó su gran predecesor, Con anterioridad a su victoria sobre los húngaros, Otón había adquirido los derechos a la corona de Italia. En 950 había muerto allí un rey descendiente de Carlomagno y se había proclamado rey un marqués déspota llamado Berengario. La viuda del rey difunto, la bella y popularísima Adelaida, de apenas diecinueve años de edad y designada para suceder a su esposo, fue aprisionada por Berengario, que la sometió a los peores tratos, con la esperanza que muriera en prisión. Según la tradición, intentó casarla con su hijo para conferir a su linaje una apariencia, al menos, de derecho sobre la corona real. Pero ella se opuso tenaz y obstinadamente.

El relato de los sufrimientos de la joven reina llegó a oídos de Otón, lo que encolerizó al caballeresco y ambicioso monarca, que al frente de un ejército se encaminó a libertar a la bella reina y realizar al mismo tiempo en Italia uno de sus mayores anhelos políticos. Y mientras Otón se preparaba para entrar en campaña, Adelaida consiguió escapar de sus verdugos.

En Italia, Otón fue recibido con aclamaciones por doquier. Hizo su entrada solemne en Pavía, capital de Berengario, y se adjudicó desde entonces el título de rey de Italia. De todas partes acudían a prestarle homenaje. Berengario se retiró sin lucha y se encerró con sus hombres en una de sus fortalezas de montaña, Ivrea, considerada inexpugnable. Mientras tanto, Otón envió a Adelaida una embajada pidiendo su mano. Ella recibió la petición con entusiasmo y acompañó al legado regio a Pavia, donde celebró sus bodas con el rey.

Berengario juzgó más prudente prestar sumisión y jurar fidelidad a Otón, pero esta conducta no duró mucho. Al enzarzarse el rey en lucha contra su hijo y su yerno, rebeldes y aliados con los húngaros, Berengario trató de recobrar su libertad. Acariciaba el proyecto de someter Italia y hacerse proclamar emperador de los romanos. El Papa, el joven Juan XII —apenas tenía dieciocho años—, atemorizóse y solicitó la ayuda de Otón. Ello proporcionó a éste la tan esperada ocasión de realizar su sueño imperial. Apenas se lo permitió la situación de Alemania, cruzó por segunda vez los Alpes al frente de un ejército. Adelaida lo acompañaba. Su antiguo enemigo Berengario se retiró una vez más con sus gentes a su fortaleza montañosa y esperó acontecimientos. Otón siguió su ruta hacia Roma. En la Ciudad Eterna reinaba hacía tiempo un estado de cosas lamentable. La decadencia imperial tuvo como consecuencia que los Estados Pontificios fueran víctima de bandas armadas y que el poder espiritual pontificio se convirtiera en un título sin contenido alguno.

Este periodo de la vida de Roma es una historia en tinieblas. Las antiguas crónicas (la de Gregorio, entre otras) nos hablan de esta "época de aventureros que abusara de la fuerza, que se proclaman por sí mismos cónsules o senadores, de papas indignos, de mujeres sin virtud y de falsos emperadores que aparecen, luchan y desaparecen como han venido".

## **Un nuevo "imperio de Occidente"**

El poderoso monarca germánico hizo su entrada en tan desgraciada ciudad el año 962; el rey y la reina fueron recibidos en la basílica de San Pedro por Juan XII, rodeado de altos dignatarios eclesiásticos, y coronados como emperador y emperatriz. Desde

luego, el emperador romano de Oriente protestó contra el título imperial concedido a Otón, del mismo modo que su predecesor se indignara también por la coronación de Carlomagno. Declaró a los enviados de Otón que consideraba un escándalo que un bárbaro sajón osara atribuirse tan alta dignidad.

Para obligar al altivo emperador bizantino a reconocerle su nuevo título, Otón invadió las posesiones bizantinas del sur de Italia, cuidando de ofrecer al mismo tiempo una reconciliación: le propuso la boda entre su hijo Otón, nacido de Adelaida, y una princesa bizantina. El primer enviado de Otón fue el obispo Liuprandro, encargado de llevar a Bizancio la petición matrimonial. El emperador romano de Oriente tanto se encolerizó al enterarse que Otón había invadido sus tierras, que no permitió hablar siquiera al enviado del monarca germánico.

Gracias a un nuevo reinado en Constantinopla, la atmósfera hízose más favorable. Los emisarios consiguieron al fin que la joven y bella princesa Teófana, de dieciséis años de edad entonces, se casara con el joven Otón, y éste sería, con tal ocasión, coronado como heredero del imperio de Occidente. Otón el Grande lograba así emparentar con la casa imperial de Bizancio. Ni siquiera una figura tan importante como Carlomagno había conseguido realizar tal proyecto.

Mientras tanto, en Italia habían estallado nuevas revueltas. "El jovenzuelo que ocupaba la silla de san Pedro" se arrepintió pronto de haber llamado a Otón a Italia y pactó con Berengario una alianza secreta contra el emperador. Juan XII no había querido librarse de la férula de un Berengario para caer bajo el dominio de un poderoso emperador; sólo buscaba salvar su propia independencia política. Por su parte, el rey tenía escasos motivos para respetar a un sucesor de san Pedro de vida tan disoluta. De momento, el emperador obró con la máxima circunspección respecto a su nuevo enemigo y aparentó creer en las hipócritas protestas de amistad del soberano pontífice. Pronto comprobó las verdaderas intenciones del Papa al apresar sus hombres a unos correos de Juan XII, uno de los cuales llevaba un mensaje en que pedía a los húngaros que invadieran Alemania. Poco después, el Papa arrojó su máscara y se pasó abiertamente a Berengario. Otón apresuróse a enviar su ejército contra Roma. Cuando llegó allí, el Papa había abandonado la ciudad. Otón hizo jurar a los romanos que no elegirían Papa sin anuencia del emperador o de su sucesor, colocando así al Papa de Roma al mismo nivel que los arzobispos germánicos, y convocó después un concilio de prelados alemanes e italianos, en que se censuró la vida poco edificante del Papa. La asamblea citó a Juan XII para que se justificara. Al rehusar obedecer al mandato, fue depuesto, siendo nombrado pontífice un prelado que gozaba de general estima y que tomó el nombre de León VIII. Hecho esto, Otón se puso en campaña contra Berengario, a quien tomó una tras otra todas sus fortalezas. Berengario fue conducido a Alemania y terminó allí sus días en un convento.

Mientras, el Papa depuesto sublevó al pueblo contra el emperador y consiguió entrar en Roma. Su sucesor León tuvo que huir y Juan XII se vengó de sus partidarios azotándolos o mutilándolos bárbaramente. En medio de tales excesos, Juan XII murió de un ataque de apoplejía y, con la protección de Otón, León VIII fue restablecido en sus derechos. Terminada su obra, Otón regresó a Alemania ciñendo la corona imperial.

El imperio creado por él tuvo un carácter distinto al de la época carolingia. Para Carlomagno, significaba el derecho al dominio universal. Otón el Grande se contentó con el papel de principal defensor de la fe cristiana y el prestigio que la corona imperial daba a su propio país. Ningún monarca de Occidente, desde los tiempos de Carlomagno, había podido enorgullecerse de un prestigio comparable al que disfrutaba Otón el Grande. Sin embargo, para Alemania no fue ventajoso que su soberano anduviera los doce últimos años de su vida tan absorbido por la turbulenta situación reinante en Italia,

ni que estuviese casi diez años alejado de su patria. Durante su reinado, la creación de las diócesis de Magdeburgo y Praga revistió gran importancia. Entre los historiadores alemanes ha sido motivo de polémica juzgar en qué medida aprovechó a sus súbditos el doble objetivo político de Otón. Algunos se preguntan si no hubiera sido preferible que consagrara todas sus fuerzas a la colonización de los territorios eslavos y orientales, y abandonara el sueño de un nuevo imperio romano.

## **Otón II: la proyección italiana**

En 973, Otón murió inesperadamente, apenas a la edad de sesenta y un años. "El recuerdo de su prudencia, su justicia y su claro juicio vivirán eternamente", escribe Witikind. Su hijo Otón II —Ludolfo había muerto antes que su padre— fue elegido sucesor. Otón II sólo tenía dieciocho años, pero desde tiempo atrás dedicaba sus energías al servicio del imperio. Durante las largas ausencias de su padre, retenido por los asuntos italianos, el príncipe gobernó a menudo, tarea que le permitió demostrar notables cualidades, por desgracia malogradas por su complejo de superioridad.

Tanto en política interior como exterior, Otón II continuó la obra paterna, y defendió el imperio contra eslavos y normandos. Gracias a sus contactos con los bizantinos, Otón el Grande había creado condiciones favorables para una acción común de toda la cristiandad contra los sarracenos. Lleno de ardor combativo, su hijo dirigió sus armas contra estos enemigos de la fe, que se dedicaban a saquear Italia, y los desafió cerca del golfo de Tarento, no lejos de Crotona. Sedientos de victoria, los alemanes perdieron la prudencia y fueron rodeados por masas de enemigos que los abrumaron. El ejército de Otón fue derrotado por completo; en ignominiosa huida Otón logró escapar a duras penas con un puñado de hombres. La lucha de los germanos contra los árabes en Italia meridional recuerda la de los romanos y cartagineses en las mismas tierras. El historiador Leopoldo Von Ranke denomina Cannas germánica a la derrota de Otón en Calabria. Los alemanes, considerados en general como guerreros invencibles, sufrieron una derrota aplastante. Los italianos los escarnecieron. Daneses y eslavos volvieron a organizar en las regiones fronterizas alemanas sus expediciones de rapiña y devastación.

Otón se dispuso con brío a organizar un nuevo ejército, pero murió a la edad de veintiocho años, antes de ver realizados sus deseos y agotado por el pesar y las preocupaciones.

## **Otón III y el Papa Silvestre**

En 983 subió al trono Otón III, hijo menor de Otón II y de Teófana. Durante los ocho primeros años reinó bajo la regencia de su prudentísima madre, y después, al morir ésta, de su abuela Adelaida.

Hasta el 995, Alemania no tuvo año sin guerra contra los eslavos. Otón III cumplió entonces los quince de edad y fue en persona a luchar contra ellos. ¿Por qué se prolongaba tanto esta guerra? Un cronista sajón de la época lo explica por la extraordinaria resistencia física de los eslavos y sus necesidades vitales, en extremo reducidas. Otón se cansó pronto de estériles combates en regiones fronterizas; sus aspiraciones lo atraían a más brillantes aventuras en los países del sur europeo. Para tener las manos libres, pactó con sus embarazosas vecinas a condición (así lo cuenta la tradición) que el Elba fuera considerado como frontera. Después, Otón se encaminó a

Roma. Su intención era vitalizar el imperio. No hubo posibilidad de ello en los trece años transcurridos desde la muerte de su padre.

Otón, de madre bizantina, fue educado en la antigua cultura, y fijó como tarea de su vida sustituir la rudeza sajona por el refinamiento griego. Se consideraba más romano que sajón; el ceremonial afectado y pomposo de Bizancio es el que imperaba en su corte. Para sus ambiciosos planes, encontró excelente apoyo en su preceptor y consejero, un francés muy culto que fue Papa con el nombre de Silvestre II. Era un sabio muy versado no sólo en literatura clásica y cristiana, sino también en las matemáticas y ciencias naturales de los árabes. Iba siempre, en el sentido estricto de la palabra, a la caza de libros. Sin embargo, no guardaba para él solo los conocimientos que adquiría: ardía en deseos de compartir con los demás los tesoros de la ciencia. Su reputación de maestro se extendía por todo el Occidente. Los tres Otones le profesaron enorme admiración y escuchaban con el mayor interés sus apasionados discursos. Sus discusiones recordaban los felices tiempos de Alcuino y Carlomagno.

Como maestro, Silvestre ejercía gran influencia. Procuraba ampliar las estrechas perspectivas de sus discípulos. Los conocimientos que adquirían con él los llevaban después a círculos cada vez, más amplios. Entre sus ignorantes contemporáneos, provocó admiración sin límites, construyendo órganos a vapor, cuadrantes solares, esferas armilares y otros instrumentos de astronomía.

Los proyectos de dominio universal del joven Otón no provocaban entusiasmo alguno ni entre romanos ni entre alemanes. Todos juzgaban que el joven rey tenía ya demasiada tarea y no estaba en condiciones de realizarlos. Apartó de él a sus propios compatriotas por el desdén que manifestaba a su patria; los romanos le recompensaron su predilección por la Ciudad Eterna con levantamientos continuos contra su autoridad. Ya en época de Otón el Grande, la aversión del pueblo romano por el bárbaro procedente del otro lado de los Alpes era tal, que pudo temer el ser víctima de algún atentado el mismo día de su coronación. En el reinado de Otón III llegaron a asediar al emperador alemán en su propio palacio.

Otón residió cierto tiempo en uno de los monasterios de Rávena; circuló el rumor que quería hacerse monje. Una nueva rebelión provocada en Roma volvió al emperador al terreno de la realidad. No se trataba ya de proyectos grandiosos de reforma universal: había llegado el momento de salvar la corona y la propia vida. Al penetrar en el norte de Italia con las fuerzas armadas que Otón había llamado, se dirigió hacia Roma; pero en el campamento que estableciera a las puertas de la ciudad, fue acometido por unas fiebres mortales y falleció a poco (1002). Otón no pudo soportar nunca el clima de los países a los que tanto se aficionara. A ello se unía su escasa resistencia física, minada por el exceso de ayunos y penitencias que se había impuesto. Este rey joven y capacitado, aunque carente aún de equilibrio, murió en el momento en que la vida iba a enseñarle sin eluda que no deben descuidarse los deberes urgentes soñando en espejismos.

Otón estaba prometido a una princesa bizantina, y su matrimonio estaba a punto de celebrarse. La noticia de la muerte de su prometido la sorprendió en el mismo momento de pisar suelo italiano y la princesa volvió en el acto a Constantinopla. Los despojos mortales del joven rey pasaron a hombros de soldados el desfiladero del Brenner, siendo llevados a Aquisgrán.

## **Enrique II el Santo**

El sucesor de Otón fue su primo Enrique II, nieto de Enrique de Baviera. Su reinado representó una reacción contra la política romántica de su predecesor que

soñaba con la dominación del mundo, y que descendió con ella a la tumba. Enrique II se limitó a poner orden en Alemania, defender su país corra las acometidas de los eslavos y restablecer en Italia el prestigio imperial después del daño causado por el sentimentalismo de Otón III, lo que le costó esfuerzos.

Fue preciso luchar veinte años para reducir malquerencias de los vasallos más destacados. Pese a todos sus esfuerzos por mantener la unidad imperial, hubo de reconocer el carácter hereditario de los títulos feudales. Ello significaba una grave merma de autoridad que se reveló nefasta para el imperio germánico.

Respecto a los eslavos, Enrique II viose también forzado a hacer concesiones y no pudo conservar las conquistas de Otón el Grande entre el Elba y el Oder. Durante mucho tiempo siguió siendo el Elba la línea fronteriza entre eslavos y germanos. Las luchas continuas entre ambos pueblos fomentaron un odio que se tradujo a menudo por horribles efusiones de sangre. Ni eslavos ni germanos se sentían satisfechos al derrotar al enemigo: soñaban aniquilarlo por completo. Ni siquiera los prisioneros hallaban compasión: hombres, mujeres y niños eran pasados sin piedad por las armas. Sacerdotes y misioneros tenían la ingrata tarea de hacer brotar sentimientos más humanos en ambos bandos.

Enrique II murió en 1024. Con él se extinguió su dinastía por línea masculina. Durante más de un siglo reinaron en Alemania príncipes de la dinastía sajona, manteniendo en circunstancias muy difíciles, en el interior y en el exterior, la unidad imperial que hallaran en lamentable estado de descomposición al subir al trono. En realidad, los reyes sajones estructuraron un nuevo imperio sobre las ruinas del antiguo. Su tarea les fue más fácil en cierto modo gracias al decidido apoyo del pueblo sajón. Los sajones fueron en su tiempo, e incluso un siglo después, el pueblo más importante de Alemania.

## **APOGEO DEL PODER IMPERIAL**

### **Conrado II de Franconia**

A Enrique II le sucedió Conrado de Franconia, descendiente de Conrado el Rojo, héroe de la batalla de Lech, y de Otón el Grande, que fue suegro de Conrado el Rojo. El acceso al trono de la dinastía francona tendría para Alemana notables consecuencias; el centro de gravedad del imperio se trasladaba del norte de Alemania, a orillas del Rin. El precursor del linaje, Conrado el Rojo, tuvo su ducado originario en las cercanías de Worms y se extendió luego por ambas orillas del Rin. Cuando la corona pasó a la casa de Franconia, comenzó a delinearse una escisión entre norte y sur de Alemania; escisión aún hoy evidente en el carácter de la población actual.

El primer monarca de la dinastía francona fue hombre de extraordinaria energía. Aunque temido por sus repentinas, cóleras, era muy popular entre la gente común, porque su justicia se ejercía sin consideración de personas y se mostraba protector caballeresco de los débiles. Con los salteadores de caminos se mostró implacable, tratándolos como a vulgares malhechores y castigándolos severamente, por muy nobles e influyentes que fueran sus ascendientes.

Conrado de Franconia fue una recia personalidad, un monarca en quien sus súbditos podían depositar su confianza. Las lagunas de su escasa educación en letras eran ampliamente compensadas por una clara inteligencia. Era, según se dice, tan fuerte como Sansón y más sabio que Salomón. Tanto en los continuos combates que entabló en las fronteras como en su política italiana, Conrado obtuvo excelentes resultados.

Incansable, se arrojaba a los puntos amenazados de su imperio, de norte a sur y de levante a poniente. También, entonces, las posesiones al sur de los Alpes costaban mucha sangre alemana y demasiados caían víctimas del caluroso clima meridional y de las epidemias tan comunes en aquel tiempo. Conrado logró una importante adquisición territorial al morir sin heredero el rey de los burgundios, quien, agradecido por la ayuda que los alemanes le prestaran contra sus vasallos rebeldes, legó su reino al emperador germánico. No obstante, Conrado se vio obligado a defender con las armas sus derechos contra las pretensiones francesas. Al adquirir el reino de Borgoña, extenso desde Basilea a Marsella, Alemania podía contar con otra importante vía de comunicación hacia Italia, con la que Borgoña estaba unida por los pasos de los Alpes occidentales, dominando así todos los caminos hacia la península.

Lo que para Alemania era beneficio, para Francia representaba una pérdida. Alemania fue durante otros dos siglos el Estado más poderoso de Europa occidental, gracias a la posesión de Borgoña, llave del imperio germánico en el oeste. El conjunto político integrado por Alemania, Borgoña e Italia fue durante siglos la espina dorsal europea. En cuanto al norte, ya no había amenaza. Las expediciones de los vikingos cesaron cuando Escandinavia se convirtió al cristianismo. El poderoso rey danés Canuto el Grande, reinante a la vez en Dinamarca, Noruega e Inglaterra, pudo ser temible enemigo para Alemania, pero Conrado supo atraérselo y convertirlo en fiel aliado; relaciones amistosas acrecentadas por los esponsales de Enrique, hijo y sucesor de Conrado, con la bella Gunhilda, hija del rey Canuto, a quien los alemanes llamaron Cunegunda.

La frontera del imperio hablase sosegado también a levante. Los húngaros se transformaron de hordas salvajes en auténtica nación, baluarte de Europa contra otras mareas humanas procedentes del Este. En el reinado de Enrique III, hijo de Conrado, un rey de Hungría rindió vasallaje a este soberano. Polonia, en otro tiempo grave peligro para el imperio, buscó también ayuda y protección junto al emperador.

Conrado impuso su autoridad regia e imperial a todos cuantos detentaban poder espiritual o soberano. Ni siquiera Carlomagno hubiera osado permitirse con sus prelados el tono que adoptó con el clero el primer monarca de la dinastía francona. No le importaba castigar a obispos y arzobispos cuando faltaban a la obediencia debida. En cuanto al Papa, fue un juguete en manos del emperador. Y es que los asuntos eclesiásticos despertaban muy poco interés en Conrado.

## **Enrique III y la "Tregua de Dios"**

Pocas veces fue saludado un advenimiento al trono con tanto alborozo por parte del clero como el de Enrique III, hijo de Conrado, que cumplía sus veinticinco años en 1039. Era un príncipe muy religioso y adicto al movimiento de reforma que se llevaba a cabo en el seno de la Iglesia, cuyo origen se iniciara en la abadía de Cluny. Su consecuencia fue un creciente celo de muchos clérigos a su tarea espiritual. La reforma cluniacense, además, suprimía muchos abusos, sobre todo el del derecho del más fuerte, procurando convertir las iglesias y monasterios en lugares de asilo, ante cuyo umbral debía detenerse la violencia.

Entre 1030 y 1040 se abatieron una serie de desgracias sobre gran parte de Europa. Reinó una gran miseria. El sur de Francia y los países al sur del Loira, hasta entonces en la mayor abundancia, fueron víctimas de malas cosechas y del hambre. Muchos perecieron; dícese que, enloquecidos los supervivientes, llegaron al canibalismo. En el norte de Italia y en otros países los lobos constituían una verdadera plaga.



Sufrimientos y miseria, como ocurre a veces, fueron presentados con otro cariz. Sacerdotes y monjes predicaban que el hambre era un castigo de Dios por los pecados de los hombres, por la vida disoluta llevada hasta entonces en tan ricos países y por las guerras fratricidas, asesinatos y robos: por toda la sangre inocente de Abel que tanto tiempo clamó venganza al cielo.

Cuando llegó al fin la bendición de una buena cosecha, la gratitud humana hacia el Dispensador de todo bien encarnó la idea que los hombres se hicieron dignos de la bendición otorgada, gracias a su penitencia y contrición. Los concilios celebrados en diversos lugares manifestaban deseos que las armas fueran depuestas y la paz reinara sobre la Tierra. El grito de "¡Paz, paz!" resonaba en todos los países y en todas las almas.

A medida que penetraba la reforma, la Iglesia extendía a los mercaderes, campesinos y pobres la protección que los clérigos y sus bienes gozaban desde el concilio de Trosly (909). Trató después de suprimir toda actividad bélica en determinados días del año y en ciertos períodos del año litúrgico. La institución de la "Paz de Dios" nació en Puy en el año 990 y la "Tregua de Dios" en Toulouse, en 1027. Paulatinamente fueron extendiéndose por toda Francia; por último, el pontificado las promulgó en el año 1095.

He aquí el texto del juramento que los obispos de la diócesis de Reims hacían prestar a los que detentaban señoríos:

1. No invadiré de ningún modo la iglesia; no forzaré las dependencias en torno a la iglesia, a causa de la protección que le es debida.
2. No asaltaré a clérigo o monje que no lleve atinas seculares, ni a quien va con ellos sin lanza ni escudo; ni me apoderaré de su caballo, a menos que haya cometido alguna falta de la que pueda quejarme.
3. No robaré ni buey ni vaca ni cerdo ni oveja ni cordero ni cabra ni asno ni la carga que lleva; ni yegua ni potro.
4. No robaré a villano ni a villana ni a los comerciantes; no tomaré su dinero, no les exigiré rescate, no me apoderaré de su haber... y no los azotaré para obtener sus bienes.
5. No cogeré a la fuerza mulo, mula, caballo, yegua ni potro, paciendo desde el 1 ° de marzo hasta la fiesta de todos los santos (período del año en que los animales van a los campos), salvo si veo que me causan daño.
6. No incendiaré ni destruiré las casas
7. No cortaré ni arrancaré ni vendimiaré las viñas de otro bajo pretexto de guerra, a no ser que estén en mi tierra.
8. No destruiré ningún molino y no robaré el trigo que allí se encuentre, a no ser que esté encabalgado o cosechado y se halle en mis tierras.
9. No protegeré al ladrón conocido de camino real.
10. No asaltaré al comerciante ni al peregrino, ni tomaré sus bienes si no son culpables de nada.
11. No mataré a los animales de los villanos, salvo para mis necesidades y las de los míos. No desvalijaré al villano ni le tomaré con perfidia sus bienes so pretexto de ser su señor.
12. No asediaré a las mujeres nobles que estén sin marido, ni a quienes las acompañen.
13. No quitaré el vino a quienes lo llevan en su carro, ni a los bueyes que tiran.

El texto revela la acción de la Iglesia sobre las costumbres feudales y, al mismo tiempo, nos informa con amplitud sobre las mismas.

Los que juraban respetar la "Tregua de Dios" eran absueltos de todos los pecados; los perjuros eran castigados con la excomuni3n. Muchos, de natural rudo e indisciplinado, que no hubieran retrocedido ante los castigos corporales, temblaban ante la amenaza de la excomuni3n

y las penas eternas del infierno. En un tiempo en que la ley carecía de prestigio y los débiles monarcas franceses eran incapaces de castigar el crimen, la Iglesia sustituía a las autoridades fustigando el pecado. Uno de los mejores frutos de la "Tregua de Dios" fue cierto espíritu caballeresco, que ejerció acción ennoblecedora en buena parte de la sociedad y acabó, con la fuerza de la costumbre, por penetrar en amplios sectores de población. El juramento de observar la "Tregua de Dios" evolucionó luego en la promesa solemne de los caballeros de "combatir toda injusticia y proteger a doncellas, viudas y huérfanos".

La "Tregua de Dios" fue una bendición para el pueblo. El movimiento pacifista se extendió poco a poco desde Borgoña hasta Alemania. Durante una de sus visitas a su reino borgoñón, Enrique III pudo apreciar el efecto beneficioso de este movimiento liberal. Su segunda esposa Inés, hija de un duque francés —Cunegunda murió poco antes de subir Enrique al trono— era, además, originaria del país donde se inició el movimiento. Con motivo de un concilio celebrado en 1043, en Constanza, el rey subió en persona las gradas hasta el púlpito de la Verdad y pronunció un discurso que conmovió a todos. Estaba dispuesto, decía, a conceder perdón a todos sus enemigos y exhortó a los asistentes a hacer otro tanto. Desde aquel día, Enrique se consagró con fervoroso entusiasmo a forjar la paz, y el período que siguió fue de los más felices que Alemania haya vivido.

La realización de una "Tregua de Dios" generalizada, sin embargo, sólo representaba una faceta del movimiento reformista que se proyectaba. Se trataba de combatir lo que los monjes franceses llamaron "absceso abierto de la Iglesia" —la simonía, para llamarlo por su verdadero nombre—, que practicaban príncipes y señores feudales vendiendo oficios eclesiásticos al mejor postor. Como, según concepción cristiana, los ordenados sacerdotes recibían al mismo tiempo los dones del Espíritu Santo, aquellos que compraban con dinero u otras ventajas materiales un empleo eclesiástico se hacían culpables del pecado de Simón el Mago, quien, según los *Hechos de los Apóstoles*, quiso comprar por dinero el don del Espíritu Santo a los discípulos de Cristo. También en esta materia intervino con energía Enrique III. En 1044 convocó a todos los obispos del imperio en concilio y les dirigió un discurso lleno de santa indignación contra la repugnante práctica de la simonía. No dejó de manifestar en tal ocasión su profundo pesar por haberse hecho su propio padre culpable de tan terrible pecado. Dictó la prohibición, extensiva a todo el imperio, de conceder o aceptar por dinero u otras ventajas de índole temporal cualquier empleo eclesiástico. Los culpables serían depuestos y desterrados del imperio.

¿Pero qué fuerza podían tener semejantes reformas mientras en la misma Roma, centro de toda la cristiandad, imperaba la simonía y la vida disoluta entre los servidores de la Iglesia? Los miles de peregrinos que emprendían cada año su viaje a la "ciudad santa" regresaban amargados ante el espectáculo allí presenciado. En el primer año del reinado de Enrique, el solio pontificio estuvo ocupado por Benedicto IX, joven licencioso, digno émulo de Juan XII. Durante doce años soportaron los romanos la vida escandalosa de Benedicto, pero la medida llegó a su colmo al fin y le depusieron. Benedicto no reconoció a su sucesor; pero, ante la inseguridad de su propia posición, se apresuró a vender la tiara pontificia al prelado que mejor se la pagara. Apenas recibió el dinero, entró de nuevo en liza declarando que él era el único poseedor legítimo de las llaves de san Pedro. La Iglesia católica, apostólica y romana tuvo, entonces, tres Papas que residían en Roma y se excomulgaban mutuamente. Un precedente muy peligroso.

Quienes deploraban tan vergonzosa decadencia del Pontificado, no veían más solución que el poder imperial. Y no se equivocaron en sus esperanzas. Dos concilios sucesivos presididos por el monarca depusieron a los tres Papas, convictos de simonía. Libre por fin la Iglesia de este siniestro trío, los cardenales eligieron con el beneplácito

regio un obispo alemán, Clemente II, reputado por su piedad y bondad. Él fue quien ciñó a Enrique y a su esposa la corona imperial y el Occidente cristiano en pleno aclamó al emperador que "había expulsado a los mercaderes del templo".

Durante el reinado de Enrique III, el solio pontificio quedó tres veces vacante por muerte del titular y cada vez el emperador mandó elegir un prelado germánico como cabeza de la Iglesia. Entre emperador y pontífice reinó entonces la mayor concordia, por estar todos animados de un ardiente deseo de reformar la Iglesia. Por desgracia, no seguirán así las cosas durante mucho tiempo.

## **Un emperador distinto: Enrique IV**

En 1056, Alemania perdió un monarca enérgico y esclavo fiel de sus deberes, un auténtico idealista que, cumpliendo su misión de rey, adoptó como norma de conducta las palabras de Cristo, acerca del amor al prójimo y perdón de las ofensas. Enrique III murió a la edad de 39 años. En vida designó como sucesor a su hijo Enrique, quien, al morir su padre, sólo tenía seis años. Su madre Inés asumió la regencia. Generaciones antes, también hubo regencia: durante la minoría de Otón III. Pero Inés era muy distinta a Teófana o a Adelaida. Piadosa hasta el extremo de vestir hábito religioso noche y día, escogió como favoritos a prelados y altos dignatarios eclesiásticos; uno de ellos, obispo de Augsburgo, se comportó de tan altiva manera que se hizo intolerable. Los principales jefes laicos y eclesiásticos tramaron una conjura contra la emperatriz, con el pretexto de establecer un gobierno más enérgico, que estaría, desde luego, bajo su propia autoridad. Su cabecilla fue el autoritario arzobispo Annón de Colonia. En 1062, los conjurados llevaron a cabo su golpe de Estado.

El príncipe Enrique IV fue llevado en una nave por ellos y quedó en su poder. Constituyeron un nuevo consejo de regencia, cuyos miembros se aprovecharon para adjudicarse indebidamente importantes ventajas en detrimento del imperio. Al poco tiempo, la autoridad cayó por entero en manos del arzobispo Annón y de su colega Adalberto de Bremen, émulo suyo en cuanto a codicia del poder, pero superior por su capacidad cultural. Adalberto era de temperamento fogoso y ávido de placeres, despreocupado en absoluto de toda fórmula ascética. Fácil era prever que dos caracteres tan ambiciosos y distintos por naturaleza como Annón y Adalberto —uno mezquino materialista y otro orgulloso y fantaseador— no coordinarían mucho tiempo. De ambos, Adalberto era quien llevaba ventaja por ser más simpático al príncipe.

En 1065 hizo proclamar la mayoría de Enrique IV, a los quince años de edad, Al año siguiente, una conjuración dirigida por Annón exigió del joven Enrique que el arzobispo de Bremen fuera excluido del Consejo. La actitud de los conjurados era tan amenazadora, que Enrique viose obligado a ceder. Casi como un fugitivo, Adalberto se reintegró a su arzobispado. El rey hubo de aceptar entonces que Annón empuñara las riendas del gobierno. Pero al ir adquiriendo madurez, el joven monarca se desprendió de las trabas que le imponían los grandes del reino. Cuando Annón se convenció que el poder efectivo residía en el rey, solicitó su dimisión, que éste le concedió al punto.

Enrique no tuvo la suerte de reinar mucho tiempo en paz. En 1073 estalló una peligrosa rebelión. Ya en los primeros tiempos de la dinastía franca, los sajones habían manifestado su descontento al ver pasar la dignidad real á otro pueblo distinto del suyo. En tiempos de Enrique III había sido tan intenso el odio contra el rey de Franconia, que éste no podía cruzar los territorios de la Baja Sajonia sin exponer su vida. Los vasallos sajones adoptaban una actitud cada vez más independiente. Cuando

Enrique IV trató de quebrantar su altivez y obligar al pueblo a la obediencia, tropezó con una resistencia implacable. Queriendo dominar a los sajones, el rey decidió adquirir extensas propiedades en aquellos territorios. De los muchos feudos arrebatados indebidamente en tiempo de la regencia, consiguió recuperar algunos para el dominio de la corona. El monarca aseguró así nuevos puntos de apoyo para sus feudos hereditarios en las orillas del Rin, y se valió de todos los medios para redondear sus dominios sajones, que acabaron por extenderse desde el Harz a los bosques de Turingia. Para asegurar su defensa construyó en Sajonia y en Turingia buen número de plazas fuertes, a cargo de nutridas guarniciones de franconianos y sajones fieles. Los tercios sajones se indignaron aun más al verse obligados a ayudar a construir unas fortalezas destinadas a vigilarlos.

La rebelión estalló en 1073. Los sajones exigieron del rey que demoliera aquellos castillos recién construidos. Como Enrique se negó en absoluto, los sajones asediaron estos puestos defensivos. Lograron aliarse con los turingios. En otras regiones alemanas se enfrentó Enrique con mucha malquerencia y con deserciones, al manifestar su voluntad de reclutar ejércitos contra los sajones rebeldes tan temibles y sintióse vivamente humillado al verse obligado a ceder a las exigencias de los sajones; pero tuvo que hacer arrasar aquellos castillos que mandara construir a costa de tanto sacrificio.

Sin embargo, un suceso cambió de pronto la situación. Los sajones exigieron que la demolición del castillo más aborrecido, el de Harzburgo, fuera realizada por él en persona. Y no se contentaron con ello, sino que arremetieron también con la capilla del castillo y la saquearon, profanando las tumbas del hermano del rey y del hijo de éste, e incendiaron el santuario. Sacrilegio tan vergonzoso provocó por doquier mucha indignación contra los bárbaros sajones. Explotando con destreza el sentimiento general y aprovechando la tirantez entre los alemanes del sur y del norte, Enrique consiguió atraer a su causa a los nobles del sur. De súbito presentóse en Turingia al frente de un ejército, atacó a las tropas sajonas allí acampadas y las derrotó. Sajones y turingios tuvieron que rendirse.

En la primera y peligrosa contienda con que tuvo que enfrentarse, Enrique salía vencedor. Otros contratiempos más duros le esperaban todavía.

## **Un Papa también diferente, Gregorio VII**

El año en que los sajones se sublevaron contra Enrique IV, Gregorio VII, uno de los Papas más célebres de la historia, subía al solio pontificio. Se apellidaba Hildebrando y era hijo de un campesino o de un artesano de Toscana, en la región central de Italia. Durante los años que estuvo en el Colegio Pontificio de Roma, sintió devoción ilimitada por el Pontificado y la grandiosa tarea que le estaba confiada en un mundo dominado por el pecado, y también apasionada aversión por los príncipes mundanos que no se sometían humildes a la voluntad del Padre Santo. Que todo rey debía obediencia absoluta al Papa era para él axioma evidente, y también que el más humilde sacerdote tenía categoría superior a un monarca, "pues, mediante el bautismo, el sacerdote estaba capacitado para librar al hombre del demonio, así como para asistir a los moribundos en su última hora".

Por sus convicciones y férrea voluntad, Hildebrando convirtióse en el alma del esfuerzo renovador que se abría paso en Roma. Era pequeño, feo y pálido de color. Pero, bajo este exterior poco favorable, ocultábase un espíritu audaz y voluntarioso que no retrocedía ante lo que parecía imposible. Con apasionado entusiasmo se fijó un ideal

ascético y profesó una fe inquebrantable en la primacía absoluta de la única y verdadera Iglesia.

Mucho antes de ascender al solio, observó con simpatía el movimiento que se proponía elevar al clero italiano de su lastimosa decadencia. El primer punto fundamental de su programa reformista fue el celibato para sacerdotes y monjes. Ya en el siglo IV, varios concilios decidieron imponerlo a los clérigos, pero, desde el período de las grandes invasiones, no se tuvo en cuenta en la práctica. En Alemania, la mayoría de los sacerdotes y prelados vivían célibes, pero, en Italia, no era raro encontrar sacerdotes casados. En esta época feudal, el matrimonio de los sacerdotes implicaba el peligro para el soberano, que los cargos y feudos otorgados a los eclesiásticos fueran considerados por éstos como bienes hereditarios que pasarían a sus familias.

El segundo punto fundamental de la doctrina de Gregorio era la total desaparición de la simonía. Puesto que la concesión de un cargo eclesiástico suponía que su beneficiario obtenía automáticamente el don del Espíritu Santo, la conclusión natural era —y no dejó de alegarse— que ningún laico podía desempeñar función. La "investidura" de feudos eclesiásticos no podía ser conferida por un laico por la sencilla razón que no poseía el don del Espíritu Santo. La lucha contra la simonía incluyó así la prohibición a los laicos de conceder investiduras de feudos eclesiásticos.

Tomando en consideración la tarea real que incumbe al clero, resultaba inoportuno que obispos y abades fueran apartados de su propia dedicación para servir a príncipes, a la corte y a las armas. Por otra parte, emperadores y reyes habían de considerar tal evolución como un atentado contra su autoridad. Si se privaba al monarca germánico de su derecho de soberanía sobre los príncipes eclesiásticos, perdía la mitad de sus vasallos; eso significaba para el Estado la desaparición del lazo más sólido que mantenía la unidad imperial, mientras que la anulación del derecho de investidura pondría fin a la influencia germánica en Italia. En efecto, en este país, la autoridad del emperador se asentaba sólo en la lealtad de los obispos. Si el emperador perdía el derecho a designar obispos italianos, los fundamentos mismos de la autoridad imperial en Italia quedaban gravemente amenazados.

Incluso antes que la campaña contra la simonía se transformase en "querrela de las investiduras", había perdido su carácter de reforma eclesiástica para convertirse en controversia de carácter político: una lucha por la autoridad suprema entre la Iglesia y el Estado, cuya repercusión iba a ser incalculable.

Hildebrando no se quedó a medio camino. Estaba convencido que, en el seno de la Iglesia cristiana, el buen grano no podría ser definitivamente separado de la cizaña hasta que el clero quedase desvinculado de toda autoridad temporal. Sólo el Papa, vicario de Dios en la Tierra, podía cimentar con ayuda de cardenales y obispos, sacerdotes y religiosos, una comunidad humana donde reinara la voluntad de Dios. Hildebrando hizo suyo el ideal de san Agustín acerca de la instauración de la Ciudad de Dios sobre la Tierra, pero no se fiaba de la autoridad imperial para convertirlo en realidad. El pontífice era quien salvaría a la humanidad del pecado y la perdición. Bajo la autoridad del Papa, la cristiandad debía ser transformada en una teocracia vigorosamente jerarquizada con el obispo de Roma como jefatura suprema. Los emperadores, reyes y demás personas con algún poder temporal deberían someterse sin condiciones a su autoridad. Todos ellos debían recibir sus tierras en feudo del Sumo Pontífice y reconocerle como soberano.

Los planes de Hildebrando sugerían incluso ponerse en campaña al frente de un nutrido ejército integrado por cristianos de Occidente contra los musulmanes del Asia

menor, para someter el Oriente a su autoridad. La idea de las cruzadas, que sería realizada por uno de sus sucesores, fue iniciada en realidad por Gregorio VII.

Apenas ascendió Hildebrando al solio pontificio, puso toda su energía y voluntad al servicio de su plan de reforma universal. Para conseguirlo, precisaba primero disponer de medios de acción de tipo temporal; los halló inmediatamente en los normandos del sur de la península. El Papa creyó que podría apoyar sus vastos proyectos valiéndose de jefes guerrilleros como Roberto y Ricardo Guiscardo. Estos aventureros se sentían halagados al ser considerados hijos abnegados de la santa Iglesia, y ello les convenía mientras esta piadosa situación no creara conflictos a sus intereses políticos directos. Desde 1059, Hildebrando había logrado de Ricardo de Capua y Roberto de Apulia y Calabria que aceptaran sus feudos de manos del Papa con la promesa de asistir al soberano pontífice en sus empresas temporales y pagarle tributo.

Hildebrando trató de buscar nuevos vasallos en todos los países católicos. Como monje que había sido, atribuía muchas virtudes al celibato; ahora, revestido de funciones políticas, no podía menos de creer que los sacerdotes célibes, libres así por entero de todo lazo temporal, tanto familiar como feudal, habían de ser los más fieles súbditos del Papa, un partido incondicionalmente a favor del ejercicio del imperio supremo por sus juicios.



# **PONTIFICADO E IMPERIO**

## **EL CONFLICTO DE LAS INVESTIDURAS**

### **Enrique y Gregorio miden sus fuerzas**

En 1073, el mismo año de su advenimiento, Gregorio promulgó la prohibición de matrimonios eclesiásticos. Los sacerdotes que se negasen a separarse de sus esposas serían inmediatamente castigados con el interdicto. Dirigió un manifiesto a los pueblos alemanes ordenando que negaran la obediencia a los sacerdotes casados. El mismo año, Gregorio prohibió toda forma de simonía y al siguiente inició su campaña contra el emperador, reyes y príncipes. La historia ha dado a esta contienda el nombre de "guerra de las investiduras".

La disputa de las investiduras comenzó, pues, en 1075, al prohibir Gregorio a todos los príncipes de Occidente conferir investiduras de dignidades eclesiásticas.

De hecho, la prohibición pontificia afectaba al primer jefe y más poderoso monarca de Europa, a la vez rey de Alemania y de Italia. Si ambos países caían bajo la autoridad pontificia, podía considerarse ganada la partida. La lucha sería, además, especialmente violenta en Alemania, pues lo que allí se jugaba era la propia existencia del imperio. El momento en que el Papa ensayó su primer intento de imponer su voluntad fue bien elegido. En Alemania e Italia reinaba un joven que no podía poseer aún suficiente madurez de espíritu. Enrique IV veíase obligado a obrar con la mayor circunspección respecto a la voluntad del Papa.

Al quedar vacantes unas sedes, el rey obró como si jamás hubiera oído hablar de prohibición sobre concesión de investiduras, y designó él mismo nuevos obispos. Las cosas empeoraron en Milán, donde parte de la población se negó a reconocer al arzobispo nombrado por el Papa y el rey dio satisfacción a los milaneses concediendo la investidura al prelado elegido por ellos.

En carta dirigida a Enrique, le decía en tono de exhortación paternal que "Su Santidad sería un día responsable ante Dios del alma del rey". Gregorio decía también que no le satisfacía la conducta del joven monarca, ni la elección de sus consejeros, ni su actitud hacia nuestra Santa Madre Iglesia. Insistía en las costumbres tan poco virtuosas del rey y le amenazaba con la excomunión si no se arrepentía.

El problema estaba en saber si un hombre tan sensual y orgulloso como Enrique aceptaría o no la amonestación. Todo dependía de la situación reinante en Alemania; y, por el momento, se tornaba favorable al rey. En efecto, había logrado hacer morder el polvo a los sajones revoltosos. Además, la mayoría de los obispos lombardos y alemanes estaban dispuestos a oponerse a la voluntad reformista del Papa.



Seguro de su plan, convocó en 1076 un pretendido concilio nacional de obispos alemanes, en Worms. Pudo comprobarse hasta qué punto el Papa era detestado. Los obispos y abades alemanes de la época eran casi tan intratables y obstinados como los vasallos laicos, con una aversión sin límites hacia todo cuanto venía de Italia. El Papa había provocado el odio del bajo clero al disponer que los sacerdotes casados se separaran de sus esposas. Después del edicto pontificio, se había cebado la miseria en los hogares de los sacerdotes campesinos; decían que les era imposible prescindir de la ayuda de sus esposas.

Mientras se mantenía el concilio en este estado de espíritu —en todo caso, mientras la cólera de los participantes siguiera en aquel punto de ebullición—, Enrique podía pedir cuanto quisiera con la seguridad de obtenerlo. El rencor de los clérigos alemanes hacia Gregorio era tal, que la asamblea no se atrevió a hacer la menor objeción. Su resultado fue un documento en términos ásperos en que el clero alemán declaraba negar toda obediencia al Papa, dejando en lo sucesivo de reconocerlo como soberano pontífice. A ello, Enrique añadió una carta en la que conminaba a Hildebrando, "el falso monje", a que hiciese penitencia por sus actos vergonzosos y renunciara a la silla de san Pedro. Las cartas fueron entregadas al Papa mientras presidía otro concilio en Roma. La indignación fue tan violenta, que los asistentes hubieran dado muerte a los enviados, si Gregorio no se hubiese interpuesto.

Al día siguiente, citó en el orden del día la cuestión del rey y de los prelados alemanes. El resultado del consiguiente debate fue que el concilio romano exigió la abdicación del rey Enrique y fulminó la excomunión contra él y los participantes en el concilio de Worms, mientras no revocasen sus decisiones. A la bula de excomunión contra el rey, agregó el Papa una oración a san Pedro, en que declaraba a Enrique desprovisto de la dignidad real, "ya que con su loco orgullo se había rebelado contra la santa Iglesia" y liberaba a los súbditos de Enrique de su juramento de fidelidad.

## **Canosa, un castillo célebre**

Así fue como Gregorio, según decía el obispo de Salerno, uno de sus más fervorosos admiradores, "esgrimió la espada de san Pedro contra los bárbaros", es decir, contra los alemanes. La excomunión ejercía un extraño poder en los espíritus. Reflexionó el pueblo, juzgando que el rey se había propasado más de la cuenta al deponer al Papa. No tenía derecho a ello, al menos mientras el acusado no pudiera defenderse. Ciertamente es que Otón el Grande y Enrique III no vacilaron en comportarse de aquel modo, pero el caso era distinto: se trataba entonces de papas que se atrajeron la animadversión de toda la cristiandad por sus faltas y vida disoluta. Además, tales deposiciones fueron decididas por concilios ecuménicos respetando las formas prescritas. Era evidente que la destitución de Gregorio fue un grave fallo táctico por parte del rey. Proporcionó un arma a su adversario que se lanzó a la defensiva, como una víctima a quien se niega justicia.

La gente de Enrique se mostraba conmovida y vacilante; la tendencia general cedía progresiva ante las posiciones del Papa, tan extremadas que no tenían precedentes en siglos pasados. Los primeros en abandonar a Enrique fueron los obispos. Con paternales palabras de perdón, Gregorio les insinuaba el retorno al regazo de la Iglesia. Los príncipes eclesiásticos abandonaban uno tras otro las filas de la causa regia y se reconciliaban con la Santa Sede. El pregón de excomunión causó también impresión profunda en los vasallos laicos. Los adversarios políticos del rey aprovecharon aquel

excelente pretexto que favorecía sus propias ambiciones. Para colmo de desgracia, los sajones se rebelaron de nuevo y expulsaron de su país a los partidarios del monarca.

La sedición llegó a tal extremo que los príncipes rebeldes convocaron por su cuenta una Dieta imperial en Tribur, uno de los castillos regios sitios entre Maguncia y Worms. Cuando se planteó la cuestión de autoridad, Enrique hubo de humillarse y tratar con sus súbditos en rebeldía. Parece que escribió entonces al Papa suplicándole perdón, con la promesa solemne de hacer penitencia y enmendarse. Pero los peores enemigos de Enrique deseaban ir más lejos todavía. Decidieron de común acuerdo el destronamiento del rey si no conseguía en un plazo determinado hacer cesar la excomunión que pesaba sobre él. Decidieron también invitar al Papa a una Dieta general que se celebraría a comienzos del año siguiente en Augsburgo, para que oficiara de árbitro entre rey y vasallos.

Sin duda, Gregorio no fue del todo extraño a tales decisiones. Es fácil imaginar lo que el Papa esperaba conseguir con ayuda de los nobles rebeldes, desempeñando el papel de juez supremo. Su deseo era atemorizar a Enrique, obligarle a someterse al Vaticano y reconocer al Papa como soberano. Enrique debía escoger entre ambos males: o convertirse en vasallo del obispo de Roma o abdicar. Pero el emperador era más sutil de cuanto pudiera imaginar el pontífice. Comprendió en el acto que debía impedir a toda costa que el Papa desempeñase, en suelo alemán, el papel de árbitro en una asamblea de enemigos del rey. Mientras Gregorio, seguro de su victoria, se ponía en camino para su viaje triunfal a Alemania, Enrique marchó en sentido opuesto. Su objetivo era encontrar al Papa en suelo italiano e impedir así la fatal coyuntura.

Cuando, a comienzos de 1077, Gregorio llegó a Mantua, se asombró al saber que su enemigo más peligroso no se hallaba lejos. ¿Qué pensar de ello? Gregorio tuvo el siniestro presentimiento de una emboscada durante su travesía de los Alpes, y así juzgó más prudente retroceder y refugiarse en el castillo fortificado de Canosa, cerca de Parma, perteneciente a la marquesa Matilde de Toscana, su ferviente partidaria. Gregorio comprobaría pronto que nada tenía que temer por su seguridad personal. Era su autoridad la que estaba en juego.

Enrique no visitaba al Papa acompañado de un ejército, sino sólo de su joven esposa, la amable y tierna Berta de Saboya, de su hijo Conrado y algunos servidores. En el crudo rigor del invierno, afrontaron con peligro de su vida la travesía del monte Cenis, y enterado el rey que el Papa se había retirado al castillo de Canosa, se dirigió a esta residencia. Se presentaba como penitente.

Según la tradición, el Papa le mantuvo de pie ante la puerta cerrada del castillo, con un frío rigurosísimo, descalzo y vestido sólo con un manto de lana, llorando y suplicando que el Papa se dignara levantarle la excomunión. Dentro del castillo, fueron horas quizá también penosas para el Papa. Si le perdonaba, tal medida de clemencia proporcionaría a su adversario incalculable provecho, pues ante sus súbditos no sería ya el pecador excluido de la Iglesia. Si rehusaba perdonar a su enemigo, faltaría a su deber religioso que le ordenaba no rechazar al pecador arrepentido. El Papa no osó adoptar una conducta despiadada, anticristiana. Al cuarto día mandó abrir las puertas del castillo y el rey se arrojó a sus pies implorando misericordia. Jamás hubo príncipe tan profundamente humillado: el más poderoso monarca de la tierra prosternado ante un hijo de campesinos toscanos. Ambos se echaron a llorar: tan fuerte fue la tensión nerviosa experimentada por uno y otro.

Este popular relato del viaje de Enrique IV a Canosa no está exento de exageración, como la historia ha demostrado. Es difícil creer que el rey permaneciera realmente tres días descalzo sobre un suelo cubierto de nieve y hielo: cuando menos, podían poner a su disposición una estera de penitente. En realidad, en aquellos tres días

hubo conversaciones entre Enrique y los delegados pontificios, y tales entrevistas no se celebraron en la nieve, sino en una capilla junto al castillo.

## La "paz" de Canosa

El incidente de Canosa terminó en forma menos dramática que como empezó. Por fin, se podía dialogar con calma. Se ha conservado el "tratado de paz" entre ambas partes. Enrique prometía que acudiría al Papa como árbitro en los conflictos que tuviera con sus vasallos y adoptaría todas las medidas para que el pontífice pudiera, libre y sin peligro, entrar y salir en tierras de Alemania cada vez que lo deseara. Respecto a las más importantes cuestiones de principio, y en especial en lo referente a las investiduras, nada se decidió. Firmado el acuerdo, se levantó la excomunión al rey; el propio Papa celebró la misa y le dio su bendición.

La escena de Canosa ha sido transmitida de generación en generación, a guisa de relato fabuloso: unas veces como canto triunfal en honor de la Iglesia, victoriosa de un terrible tirano; otras, como reproche de la profunda humillación que el rey germánico hubo de sufrir por parte del presuntuoso Sumo Sacerdote de Roma. En resumen, fue Enrique quien obtuvo la victoria. Su sagacidad y perseverancia triunfaron sobre la voluntad de Gregorio. Sin abandonar sus principios, el monarca pagó su rescate —por muy elevado que fuera— para librarse de las trabas que le sujetaban frente a sus enemigos del interior. Se salvó de la trampa que la política de Gregorio le tendió en Tribur. En Canosa adquirió madurez humana. No menos admirable fue, sin embargo, el gesto de Gregorio. Su decisión de perdonar a su mortal enemigo, fue el acto más noble de su vida. Supo ser justo, a despecho del inmenso daño que este gesto causaría a sus planes políticos.

Canosa no fue para Gregorio un triunfo: más bien una capitulación. La lucha prosiguió en Alemania, pero con la diferencia que Enrique, ahora, pisaba fuerte. Los príncipes adversarios no pudieron desarmarlo, ni siquiera proclamando "antirrey" a su cuñado Rodolfo de Suabia. En cambio, entre la pequeña nobleza y las ricas ciudades mercantiles como Maguncia, Worms y Colonia (así como las ciudades lombardas, con Milán a la cabeza), encontraba ahora partidarios mucho más fieles que antes. En la burguesía de estos municipios, cada vez más florecientes, surgía una tendencia progresiva a liberarse de la dependencia de los nobles; los municipios anhelaban convertirse en ciudades libres bajo la autoridad directa del rey. Cuando Enrique estuvo seguro de contar con tan fuertes apoyos, la situación se hizo precaria para Rodolfo de Suabia. Su reino apenas llegaba más allá de las fronteras de Sajonia. Era evidente que Enrique no conseguiría atraer por la persuasión a los tercios sajones, pero con toda probabilidad sería capaz de reducirlos por las armas.

Al mismo tiempo, la diplomacia del rey se volvía contra el Papa con sobrado éxito. En los dos años siguientes, consiguió por todos los medios posibles, con sagacidad, hipocresía y corrupción, mantener en jaque a un adversario tan astuto como Gregorio. El Papa concedía excesiva confianza a su calidad de árbitro, arma que él creía poseer, mientras Enrique hacía cuanto podía por embotar la punta. En público no dejaba de admitir este arbitraje que él mismo otorgó a Gregorio. Puso tanto celo en organizar el viaje del Papa a Alemania que durante mucho tiempo éste no tuvo motivo alguno de romper con el rey. Pero, en secreto, Enrique se las ingeniaba para acumular dificultades y obstáculos al Soberano Pontífice. Por otra parte, y sin que Enrique se lo propusiera, el Papa tropezó con más dificultades aún: estallaron tumultos en Roma y surgían espinosos conflictos en el sur de la península. El Papa estaba abrumado de

preocupaciones. Por último, no hubo posibilidad de convocar la proyectada Dieta de Augsburgo.



Imagen de Enrique IV, sacada de una crónica del año 1113. La leyenda latina dice así: Enrique IV, hijo del emperador Enrique, sucedió a su padre cuando todavía era un niño; asumió la corona como octogésimo (emperador) después de Augusto y reinó cincuenta años.

## Últimos años de Gregorio VII

Transcurrieron los años. Gregorio intuyó que había encontrado en Enrique un adversario demasiado astuto para él y que el rey acababa de crearse una posición sólida en Alemania. El Papa se mantuvo neutral mientras pudo, confiando desempeñar un día su brillante papel de árbitro. Al fin, Enrique creyóse lo bastante fuerte para imponer sin equívocos su voluntad al Papa. Exigió de él que excomulgara a Rodolfo de Suabia. Pero Gregorio no era hombre que se dejara impresionar por amenazas. Resolvió dejar en lo sucesivo el campo libre a los príncipes rebeldes y pronunciarse en favor de Rodolfo. En

un concilio celebrado en Roma, en 1080, excomulgó de nuevo a Enrique y a sus partidarios; pronunció la solemne deposición del "usurpador perjuro, por su orgullo presuntuoso, su desobediencia y su doblez": en otros términos, por haberse opuesto a que el soberano pontífice ejerciera su arbitraje. Rodolfo, en cambio, fue reconocido rey por el Papa, recompensándole así por "su humildad, obediencia y rectitud".

Pero la bula de excomunión no ejerció igual efecto que cuatro años antes. La repetición de una escena destinada a producir impresión es siempre algo muy delicado. La segunda excomunión no acarrió la defección de los partidarios de Enrique. Junto a éste se agruparon quienes deseaban mantener la unidad e independencia del reino bajo un monarca poderoso; al otro bando, quienes trataban de destruir el poder imperial. Enrique replicó al nuevo ataque de Gregorio, haciéndole deponer por un espectacular concilio germano-italiano.

Renováronse las antiguas y falaces acusaciones contra "el falso monje Hildebrando, el pretendido Papa Gregorio VII", y se le añadieron otras imputaciones mordaces y falsas. Para sucederle, el concilio designó a un obispo lombardo que gozaba de estima universal y era uno de los más celosos partidarios del rey. Este Papa tomó el nombre de Clemente III. En el acto fue excomulgado por Gregorio, que quería entrar en guerra para expulsar a aquel "malhechor" de Rávena, donde se había instalado provisionalmente. Así, en aquel momento hubo dos papas y dos emperadores germánicos. Meses después, uno de ellos, Rodolfo, fue mortalmente herido combatiendo contra Enrique.

Entonces, el objetivo de Enrique fue Roma. Le era en absoluto necesario dirigirse allí para juzgar a Gregorio e instalar a Clemente III en su lugar. En 1081 emprendió la expedición a Italia. Ya no venía como penitente, sino al frente de un poderoso ejército contra Roma. Se iniciaron prolongadas conversaciones con Gregorio y los romanos. En 1084 logró Enrique un acuerdo con éstos y entraron en la ciudad sus tropas. Gregorio no pudo impedir que se celebrara en Roma un concilio cismático, presidido por el monarca, para juzgar al pontífice. Por tres veces fue llamado Gregorio a comparecer ante el concilio. Era natural que se negara, y así, fue depuesto y excomulgado. Clemente fue entronizado entonces: Enrique y la reina Berta recibieron de manos del nuevo Papa la corona imperial.

Pronto los sucesos tomarían nuevo cariz. Roberto Guiscardo, que se había declarado vasallo de Gregorio, apareció con un poderoso ejército para libertarle; en verdad, menos para acudir en socorro de Gregorio que para expulsar al emperador, a quien consideraba un intruso en Italia. Las tropas de éste eran incapaces de ofrecer eficaz resistencia a los nuevos enemigos. Llevando consigo al antipapa Clemente, el emperador se retiró hacia Lombardía.

Apenas hubo abandonado la Ciudad Eterna, cuando Roberto Guiscardo hizo su entrada en ella. Y una vez más se renovaron las atroces escenas que Roma había padecido en el transcurso de su historia. Los normandos entraron violentamente en la ciudad. Después, llevaron consigo a varios miles de ciudadanos romanos que vendieron como esclavos. Gregorio había sido libertado, pero a qué precio... El odio que los romanos concibieron contra el vasallo y salvador del Papa se tornó contra éste. Cuando los normandos abandonaron la ciudad, la estancia de Gregorio en ella fue imposible. Hubo de refugiarse junto a su protector y se estableció en Salerno.

Desde allí, predicó a la cristiandad entera una cruzada contra el impío Enrique IV. Dirigió una alocución pastoral a todos los cristianos para invitarles a venir en socorro de su Santa Madre Iglesia y del Ungido del Señor. Pero no hubo cruzados que volaran en socorro del Padre Santo. Incluso, Roberto Guiscardo defraudó esta vez su esperanza: al normando le urgían otros asuntos. Su impetuosa sangre de navegante le impulsaba a la

conquista de Constantinopla. Reunió una poderosa flota y un numeroso ejército y se embarcó en Brindisi rumbo al Epiro. Una terrible epidemia se cebó en sus tropas y murió allí mismo. Para Gregorio, la noticia fue su golpe de gracia. Una vida de intensos trabajos y de incesante tensión nerviosa le había agotado. Cuando enfermó, en la primavera de 1085, adivinó que su fin se acercaba. Las palabras postreras del moribundo revelaron decepción y amargura: "He amado la justicia y he aborrecido la iniquidad; por eso muero en el destierro".

Gregorio fue hombre inflexible y murió como tal, con la inquebrantable convicción que sucumbía mártir de la justicia. No tuvo por miras el triunfo de una ambición personal, sino, sólo la reforma de la Iglesia.



*Canosa: El emperador de Alemania Enrique IV se arrodilla ante Matilde de Toscana, aliada del papa Gregorio VII (miniatura del siglo XII).*

## REANUDACIÓN DE LA LUCHA

### Urbano II se alía a un hijo rebelde de Enrique IV

De hecho, los cardenales se negaron a reconocer a Clemente III como sucesor de Gregorio. Tras un período de crisis, eligieron a un cardenal francés, que tomó el nombre de Urbano II. Apenas elegido, el nuevo Papa declaró que seguiría en todas las normas de

Gregorio VII, aunque se comportó de forma más diplomática que su predecesor. Supo adaptarse mucho mejor que aquél a las necesidades de su tiempo; por ello el nuevo pontífice resultó ser un adversario aun más temible para Enrique IV.

El primer objetivo de Urbano fue reducir a impotencia al "falso profeta" Clemente III. Era necesario acabar con la insostenible situación en que se veían ambos papas a la vez, para establecer su sede en Roma. Mientras Enrique IV protegiese a Clemente, no había posibilidad de reconciliación entre Urbano y el emperador. Enrique y Clemente fueron excomulgados con tanta animosidad como la que demostró Gregorio. Urbano llamaba a su antipapa "bestia surgida de la tierra, que hacía la guerra a los hijos de Dios".

En cambio, en Alemania, los sentimientos hacia Enrique eran cada vez más conciliadores. Es cierto que, al regresar de Italia como emperador y vencedor de Gregorio VII, eligiendo nuevo pretendiente, se habían sublevado otra vez los sajones; pero la política moderada de Enrique comenzaba a dar sus frutos. Siguió el ejemplo de su padre en el concilio de Constanza y proclamó en otro concilio (1085), con ayuda de los obispos, la "tregua de Dios" en todo el imperio.

Enrique IV se atrajo entonces la simpatía creciente de su pueblo; incluso los sajones parecían inclinados a opinar mejor de él. Sin embargo, el emperador no podría disfrutar de perfecta paz. Un peligro amenazaba siempre: el papa Urbano II, que logró incluso provocar la desunión en el propio hogar de Enrique IV. En 1093, su hijo Conrado se declaró en rebelión abierta contra su padre. Aquel niño de tres años que había acompañado a sus padres a Canosa, dieciséis años antes, se había convertido en un jovencuelo maleable, auténtico juguete en manos del partido pontificio, que lo proclamó rey de Italia, título que aceptó de Urbano II. Pero las desdichas de Enrique no terminaron aquí. En 1086 había perdido a su fiel esposa Berta. Dos años después se casó con la hija de un archiduque moscovita, y la elección de esta nueva esposa resultó singularmente desgraciada. La emperatriz mostró hábitos y costumbres que provocaron indignación general, y Enrique se vio obligado a privarla de libertad. Tiempo después consiguió huir y ponerse bajo la protección de Urbano II y sus partidarios. En concilios celebrados en Alemania y en Italia, se lamentó de los malos tratos a que la sometió su imperial esposo.

En todo el tiempo que duró su lucha con Gregorio y sus propios súbditos rebeldes, jamás flaqueó el valor de Enrique; pero la traición de su hijo y las calumnias achacadas por su esposa acabaron minando su salud. En pocos años su energía quedó paralizada. Incluso parece que estuvo a punto de poner fin a sus días. Sus amigos supieron contenerle en la fatal pendiente.

Durante los años que el emperador permaneció alejado del mundo, Urbano estaba por fortuna ocupado en otros asuntos y llegando a la cumbre de su carrera. En 1095, en el concilio de Clermont, logró con su arrebatadora palabra iniciar la formidable expedición contra los infieles, que la historia llama la "primera cruzada". Nunca como entonces se vio un pontífice rodeado de multitudes tan entusiastas. Francia entera estaba a sus pies. La predicación de la cruzada fue el gran triunfo de Urbano II. A una señal suya, millares de personas marchaban hacia Oriente. Todo el potencial guerrero de los caballeros de Occidente se colocó bajo la égida de la Iglesia. Si los cruzados conseguían derrotar a los enemigos de la cristiandad en Oriente, no tardarían mucho tiempo en correr la misma suerte el emperador y su protegido, usurpador de la silla de san Pedro.

Entretanto, Alemania preocupaba al Papa. La idea de las cruzadas penetraba allí con dificultad. Como siempre, los alemanes se manifestaban hostiles hacia todo cuanto procedía del otro lado de los Alpes. La Iglesia alemana, casi por entera, abrazaba el

partido de Clemente y de su protector Enrique IV. Se estaba al borde del cisma. Enrique podía enorgullecerse de contar con la mayoría de su pueblo, y ello fue evidente en 1098, al declarar a Conrado, su hijo rebelde, privado de todo derecho al trono. Su hijo más joven, Enrique, fue designado sucesor al año siguiente, después de jurar que no seguiría nunca el ejemplo de su hermano. El anterior príncipe heredero sólo sobrevivió dos años a su destitución.

Urbano II falleció aquel mismo año, y le sucedió el italiano Pascual II. Al año siguiente murió también Clemente III, pero Enrique IV no designó nuevo antipapa, sin duda con la esperanza de reconciliarse con Pascual II. Pero el nuevo pontífice se mostró tan inflexible como sus predecesores y uno de sus primeros actos fue excomulgar a Enrique IV. Por fortuna para el emperador, Pascual estaba desprovisto del talento y de la energía de Urbano.

## **Los últimos años de Enrique**

Aunque por poco tiempo, Enrique IV conoció días felices. En 1103, en la dieta de Maguncia logró que se aprobara una nueva "Tregua de Dios", que debía ser observada durante cuatro años. Ésta tenía así mayor alcance que las treguas proclamadas para ciertos días de la semana. El orden público no sólo fue garantizado por las autoridades eclesiásticas, sino por las propias autoridades imperiales. Rudo golpe para los aventureros que pasaron, según un cronista, tiempos de miseria y escasez.

Pero, como siempre que la suerte parecía sonreírle, Enrique IV sufrió pronto nuevas preocupaciones. Una vez más la desgracia se cebó en su familia. El príncipe heredero, Enrique, pactó con los enemigos de su padre. Le persuadieron que se preparaba una peligrosa rebelión y que el monarca era demasiado viejo y débil para resistir la tormenta. De nada servirían los derechos al trono del joven Enrique, si los revoltosos proclamaban a otro rey. Era mejor impedirlo tomando él mismo las riendas del gobierno.

El joven Enrique era mucho más inteligente que su hermano mayor; frío y calculador de carácter, no se dejaba influir fácilmente. Parecióle evidente que peligraba su porvenir y cuando el Papa le aseguró que el perjurio a un excomulgado no era pecado, sino, al contrario, acción meritoria, se resolvió en definitiva. En 1104 partió con su padre a la guerra contra los sajones, y un día desapareció del campo imperial con todos sus partidarios, declaró en público que no estaba obligado al juramento de fidelidad a un rey excomulgado, y levantó el estandarte de la rebelión.

En vano le envió su padre emisarios para recordarle su solemne juramento. La rebelión cundió con rapidez, pero sus posibilidades de éxito parecían bastante inciertas. Por ello, el joven rey prefirió apelar a la astucia, antes que a la violencia. Se mostró dispuesto a tratar con su padre y se dirigió al campo imperial, entonces en Coblenza. Allí se arrojó a los pies del emperador con las mayores muestras de arrepentimiento, suplicándole perdón. Enrique IV lo creyó sincero. De camino hacia Maguncia, donde el príncipe había convocado una Dieta para zanjar las diferencias entre padre e hijo, el joven persuadió al viejo emperador a que descansara en un castillo junto a Bingen. Los amigos del soberano pusieron a éste en guardia, pero el hijo juró, fingiendo la máxima sinceridad, que no corría el menor peligro y que él arriesgaría su propia vida para salvar a su padre.

Apenas franqueó Enrique IV el puente levadizo, quedó prisionero. El joven Enrique se dirigió a Maguncia. Sus amigos le elogiaron la astucia, las hipócritas lágrimas y falsos juramentos con que engañó al anciano. El augusto prisionero estaba en



férreas manos: su peor enemigo, el obispo de Spira, era su carcelero y le aplicaba los medios de intimidación adecuados. Sometiendo a su preso a privaciones y amenazas, dicho dignatario eclesiástico logró pronto su objetivo de anunciar a la dieta de Maguncia que el emperador deseaba desprenderse de su alto cargo. El hijo felón no osó trasladar a su padre a Maguncia, cuya población simpatizaba con el emperador. Con algunos príncipes, todos ellos enemigos de Enrique IV, se dirigió a Ingelheim. Allí condujeron también al viejo emperador con fuerte escolta. Los nobles le amenazaron de muerte si no hacía renuncia solemne de sus derechos. El emperador abdicó al fin en favor de su hijo y, con nuevas amenazas, le arrancaron la confesión que había perseguido injustamente a Gregorio VII y elegido Papa a Clemente III contra todo derecho. Quebrantado en cuerpo y alma, el anciano emperador suplicó al pontífice que le levantase la excomunión que pesaba sobre él: una escena tan repulsiva como aquella que Lotario fuera responsable 172 años antes.

En ambos casos provocaron los mismos efectos: una indignación general contra tan vergonzosa acción y una profunda piedad por la víctima. Con ayuda de fieles partidarios, Enrique IV logra reclutar un ejército y, en 1106, tropas de padre e hijo se enfrentaron para entablar la batalla decisiva cuando llegó la noticia que Enrique IV había muerto. Sólo tenía 56 años. Toda su vida había luchado sin descanso por la unidad imperial y la independencia de su trono, sin que las preocupaciones le abandonaran jamás.

## **Personalidad de Enrique IV**

Por su apariencia externa, Enrique IV fue uno de los hombres más impresionantes que hayan ocupado un trono; tenía el aire de un auténtico soberano. Sus amigos decían de él que la bondad era una de sus cualidades dominantes; elogiaban su caridad con pobres y enfermos, y la protección que otorgaba a viudas y menesterosos.

Heredó de su padre y de su abuelo el sentido de la justicia; un rigor extremado con ladrones u opresores que su tribunal reconocía culpables. En general, Enrique se parecía más a su abuelo que a su padre. Como Contado, Enrique se vio envuelto en continuas luchas contra la nobleza en defensa de la autoridad real. Por su interés hacia las cosas del espíritu, seguía el ejemplo de su padre, Enrique III, figurando entre los monarcas medievales más cultos y amigos del arte.

Enrique IV no fue un gran político ni un gran militar. Con frecuencia era irreflexivo. Uno de sus mayores defectos fue su excesiva confianza hacia quienes le engañaban continuamente: aunque le causaran daños y le traicionasen más de una vez, conseguían su perdón y nuevas muestras de confianza. No es, ésta cualidad de un gran político. La peligrosa credulidad de Enrique aparece evidente en el modo como se dejó engañar por un hijo artero en demasía. Pese a todas las advertencias, se arrojó a ciegas en las emboscadas que le tendían. En tal sentido, nada le enseñó la experiencia de una larga vida. Tampoco como capitán cosechó laureles: sólo quedó vencedor en una batalla.

Es difícil hallar circunstancias atenuantes a sus muchas y graves faltas en el plano político y en el militar. Sólo su sobrehumana perseverancia compensó en parte los desaciertos de su reinado. Cuando el adversario creía haberle vencido en definitiva, era cuando comenzaba para él la verdadera contienda: la larga, agotadora lucha de guerrillas en que Enrique era consumado maestro. Ni en las situaciones más desesperadas se dio nunca por vencido. Un humor jovial le permitía también superar los

más duros momentos de prueba. Su nieto, hijo de su hija, el obispo y cronista Otón de Freisinga<sup>9</sup>, nos ofrece un ejemplo de su carácter en uno de los recuerdos de familia. Un día que el emperador se hallaba en Merseburgo, donde su mortal enemigo Rodolfo de Suabia tenía un soberbio mausoleo, un cortesano le preguntó cómo podía tolerar monumento tan impresionante en la tumba de aquel rebelde. "¡Ojalá —contestó Enrique— todos mis enemigos estuvieran tan magníficamente enterrados"

## **Enrique V: fin de la guerra de las investiduras**

Enrique V había desempeñado contra su padre el papel de jefe del partido pontificio. Pero aquello fue pura comedia. Desde su infancia aprendió el arte sutil del disimulo y siempre estaba dispuesto a ocultar sus verdaderas intenciones. En la crisis de las investiduras, su punto de vista en nada difería del sustentado por su padre, y estaba tan resuelto como Enrique IV a oponerse a Roma, pero esperaba el momento oportuno. Cuando juzgó llegada su hora, mandó un enviado a Pascual para recordarle los usos vigentes en Alemania desde la época de Gregorio el Grande, según los cuales "el rey sancionaba la elección de los obispos; después, era costumbre que el elegido jurase fidelidad al rey y recibiera de él los atributos de su autoridad temporal". Pascual no tardó en responder: "En tal caso, la Iglesia se convertiría en sierva del monarca, y eso es imposible".

Pasaron los años sin que se borrasen las diferencias. Mientras, se abría paso la idea de la posibilidad de un compromiso y empezó a considerarse preferible que los príncipes de la Iglesia abandonasen del todo sus posesiones territoriales, ya que diezmos y donaciones bastarían para su sostenimiento. Incluso Pascual no desdeñaba tal solución. Con el tiempo, se persuadía que no era posible mantener las desorbitadas exigencias de Gregorio VII. Los tiempos eran difíciles y el propio Papa viose obligado a abandonar Roma para no caer en manos de la nobleza rebelde de la región. Sólo bajo protección de tropas normandas pudo volver a su residencia. De los cruzados no podía esperar ayuda alguna. Ciertamente se habían adueñado del Santo Sepulcro y liberado a Jerusalén de los infieles, pero la penosa expedición y los crueles combates sostenidos habían reducido mucho su ejército, al principio tan poderoso.

Cuando Enrique V, al frente de sus tropas, penetró en 1110 en Italia, con intención de resolver sus diferencias con el Papa y hacerse coronar emperador, Pascual se apresuró a proponerle la solución antedicha. Para Enrique resultó tan ventajosa, que renunció en seguida a sus derechos de investidura y aceptó la convención llamada de Sestri. Pero ¿cuál sería la actitud de los obispos y abades alemanes, respecto al acuerdo entre el Papa y el emperador? Antes incluso de efectuarse la coronación en la basílica de San Pedro, el monarca instó al Papa que hiciera público el contenido del acuerdo. Cuando obispos y abades supieron que debían ceder a la corona sus posesiones territoriales, pareció que se desencadenaran todas sus furias.

Pascual no pudo terminar de leer aquel documento. Los príncipes de la Iglesia interrumpieron con apasionadas explosiones de cólera la propuesta bienintencionada del soberano pontífice de "librarles de sus cuidados temporales para que pudiesen consagrarse por entero a sus ovejas y velar por la salud de las almas que les estaban confiadas". En la basílica de San Pedro resonaron gritos contra el carácter "herético e

---

<sup>9</sup> Autor de la historia de su sobrino, Federico Barbarroja.

ilegal" de esta medida revolucionaria. No era la primera vez que Pascual se quejaba de "no encontrar en el corazón de los alemanes auténtica humildad".

El compromiso entre el Papa y el emperador era así rechazado sin posible equívoco. No por ello dejó Enrique de exigir su coronación; sus soldados recibieron el orden de despejar la basílica, y el Papa y los cardenales fueron conducidos a un albergue cercano y luego diseminados por varios castillos del contorno, donde quedaron con rigurosa guardia. Pasado un tiempo prudencial (dos meses), Enrique prosiguió sus conversaciones con el Papa o, mejor, mandó traer a Pascual y obtuvo confesiones del Padre Santo con razonamientos, ruegos y amenazas. El Papa estaba dispuesto a moderar sus exigencias que el emperador renunciase a sus derechos de investidura a cambio que las prácticas simoníacas fueran abolidas. Llorando, exclamó: "¡Me veo obligado: por la libertad de la Iglesia y por la paz!" Redactáronse dos documentos, que se han conservado. Establecían que los obispos alemanes fueran elegidos con asentimiento del monarca, pero sin intervención simoníaca, y que el rey les concediera los atributos de su poder temporal; sólo después podía ser consagrado el prelado por su superior eclesiástico. Una vez firmado el tratado, se efectuó la coronación con la pompa habitual y la solemnidad requerida.

Sucedió lo esperado. El partido de la reforma eclesiástica en Italia, Francia y Borgoña, con el Colegio de Cardenales a la cabeza, se rebeló en masa contra una decisión arrancada a la fuerza al Papa. Pascual, de conciencia timorata, al fin confesó haber obrado por coacción y denegó las concesiones hechas a Enrique. La disputa de las investiduras se recrudeció. Una vez más, el emperador germánico fue excomulgado. Como en tiempos de Enrique IV, la lucha entre el Papa y el emperador, en Alemania iba a la par con la violenta pugna entre el monarca y los nobles, tanto laicos como eclesiásticos; mientras, los sajones se rebelaban de nuevo. La doblez y falta de espíritu caballeresco que demostraba Enrique, contribuyó a aumentar el número de sus enemigos. Como era enfermizo e incapaz de mandar sus ejércitos en persona, las derrotas se sucedían y su posición llegó a ser en extremo crítica.

Entretanto, Pascual falleció en el año 1118. Le sucedió Gelasio II y al año siguiente, Calixto II, hombre prudente y humilde, que deseaba con sinceridad reconciliarse con el emperador. Era viejo y esperaba unir su nombre al restablecimiento de una paz definitiva. Resumió su programa en una carta dirigida al emperador que terminaba así: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios". El mundo entero estaba cansado de luchas continuas. Incluso el "furor teutónico", como escribía el monje dom Eckhart, de la abadía de Sankt Gall, "que no toleraba que viviesen en paz quienes observaban los mandamientos de Dios... aquella manera de arraigada rebelión que no se corregirá nunca", comenzaba a calmarse.

## **El concordato de Worms**

Así se preparó el ambiente para un acuerdo definitivo y, después de conversaciones que duraron años, se firmó el célebre concordato de Worms, en 1122. A este concilio general alemán asistieron, además del emperador, la mayoría de los príncipes laicos y eclesiásticos y los legados pontificios. El concordato constituía un compromiso, pero no sobre la base establecida por Pascual y Enrique V. Determinóse que ni el rey ni el Papa designarían los obispos y abades, sino que serían elegidos por los capítulos, es decir, por los canónigos de la iglesia catedral del obispado vacante o de la abadía a proveer. Los prelados conservarían sus posesiones territoriales, la investidura sacerdotal sería conferida por el Papa, quien les remitiría el anillo y el bácu-

lo; la investidura feudal la otorgaría el emperador, quien daría previamente a los obispos alemanes el cetro, símbolo de su autoridad temporal. El monarca perdía el derecho de elegir a sus vasallos eclesiásticos, aunque continuaron poseyendo sus feudos. Ello significaba un debilitamiento en la unidad del imperio germánico.

Con su generosidad hacia los vasallos eclesiásticos, la dinastía de los Otones procuró un reforzamiento de la autoridad imperial. El concordato de Worms obtuvo un resultado diametralmente opuesto. El rey conservó la posibilidad de intervenir en la elección de los obispos, en Alemania. En efecto, quedó prescrito que tenía derecho de asistir a su elección y hacer pesar su decisión en el caso que los electores no se pusieran de acuerdo. Dado que la discordia era moneda corriente en todas las elecciones eclesiásticas, la ambición regia avizoraba fecundas perspectivas. El hecho que los vasallos eclesiásticos debían juramento de fidelidad al rey, revestía, desde luego, gran importancia. En general, puede afirmarse que tanto el rey como el Papa habían perdido la partida en su disputa; la nobleza germánica fue la que salió triunfante en la contienda.

Con el concordato de Worms terminó la lucha por la supremacía entre el Papa y el emperador, que había durado no menos de medio siglo. A favor de esta paz, la Santa Sede podría continuar la obra de reforma a la que Gregorio VII dedicara su agitada vida. Puede considerarse el concilio de Letrán, de 1123, como un epílogo del concilio de Worms. Sus diversos cánones condenaron en especial la simonía, la consagración de un obispo que no hubiera sido elegido canónicamente, los atentados de los laicos contra los bienes eclesiásticos, etcétera.

Como ha dicho Agustín Fliche, "la Iglesia se hallaba libre del poder temporal, en sus personas y en sus bienes, y a salvo del poder del dinero, evitando a sus clérigos todo impuro contacto con el siglo: ¿no era ello el programa gregoriano primitivo, que los papas jamás perdieron de vista y cuya realización proseguía pese a todos los obstáculos acumulados? El primer efecto de la paz lograda entre el sacerdocio y el imperio fue el nuevo impulso dado por el pontificado a una reforma por la que tanto luchó y sufrió. Para llevar a buen término esta tarea reformadora, la Iglesia romana dispuso, en 1123, de un poder más fuerte que en tiempos de Gregorio VII". En el plano temporal también, gracias a sus campañas contra las guaridas de bandoleros, se acrecentó el poder del pontificado.

En cuanto al imperio, parecía estar condenado al caos. En vano multiplicó Enrique V sus esfuerzos para restaurar el absolutismo monárquico en Alemania. El emperador murió en Utrecht, en 1125, a la temprana edad de 44 años. En lo sucesivo, los verdaderos señores de Alemania serían unos pocos feudales, invulnerables en sus *burgos*.

## **VIDA Y POESÍA CABALLERESCAS**

### **Idealismo de la Caballería**

El ideal caballeresco fue una de las fuerzas espirituales que más contribuyeron a humanizar al género humano. Este ideal ponla su fuerza al exclusivo servicio del bien; el héroe era el protector de los débiles y oprimidos.

El código de la caballería no se redujo nunca a fórmulas, pero el historiador francés León Gautier lo ha sintetizado en los diez mandamientos siguientes:

"I. Creerás en todo cuanto enseña la Santa Madre Iglesia y observarás todos sus mandamientos.

II. Protegerás a la Iglesia.

III. Respetarás a los débiles y serás su protector.

IV. Amarás al país donde has nacido.

V. No retrocederás ante el enemigo.

VI. Declararás a los infieles una guerra sin tregua y sin cuartel.

VII. Cumplirás con tus deberes feudales, si no son contrarios a la ley de Dios

VIII. No mentirás; cumplirás tu palabra dada.

IX. Serás liberal y magnánimo con todos.

X. En todas partes, y siempre, serás el paladín de la Ley y del Bien contra la injusticia y el mal."

Como ya indica el vocablo, el caballero combatía a caballo. Para ello, debía ejercitarse desde su juventud en el manejo de las armas. Durante su adolescencia, servía de paje a un señor; cuando llegaba a escudero, lo acompañaba en la guerra. Luego, entre los quince y veinte años, el doncel que se hubiera mostrado digno por su virtud, era armado caballero en la ceremonia de la "toma de armas". Ésta podía efectuarse a continuación de una batalla victoriosa, entre la alegría del triunfo; lo más honroso era "ganar sus espuelas" y ser armado caballero en el campo de batalla; pero normalmente se efectuaba en un castillo o en una iglesia.

La víspera del solemne día, el doncel colocaba sobre el altar su espada y sus armas hasta la mañana siguiente. Al anochecer, se bañaba en un gran pilón y se confesaba o se purificaba en forma simbólica de los pecados de su vida. Después, vestía una camisa blanca, calzas oscuras y manto rojo escarlata. Acompañado de servidores, se dirigía a la iglesia, donde velaría toda la noche de pie o de rodillas. La misa solemne se celebraba a la aurora. De vuelta al castillo, se servía un gran banquete al caballero, a sus parientes e invitados a la fiesta: pues había que reparar las fatigas de la víspera y prepararse para las de la ceremonia.

Una vez reunida la multitud sobre la verde hierba del prado, aparecía el doncel en la escalinata del castillo, ya vestido con traje de ceremonia. Resonaban las trompetas, que no cesaban de oírse hasta que el doncel llegaba ante su padrino. Éste sujetaba a sus pies dos espuelas de oro. Entonces se acercaban los parientes, con el yelmo agudo y la cota de mallas. Todo estaba dispuesto para la "ordenación". Un señor ceñía al caballero la espada de dos filos: uno, para castigar al rico que oprimiese al pobre; otro, para castigar al fuerte que oprimiese al débil. Por fin, avanzaba el padrino o el padre y le daba el *espaldarazo*, un seco golpe en la espalda. El doncel, quizás tambaleante, saltaba al caballo en el acto y probaba su destreza perforando el *estafermo*, un maniquí de mimbre colocado sobre un pivote. Sin embargo, la acción más honorosa es "ganar sus espuelas" y ser armado caballero en el campo de batalla.

"¡Siempre dispuesto al combate!", era la divisa del caballero. Nunca le era permitido reposar sobre sus laureles. Gracias al ideal caballeresco, el oficio de las armas en época tan ruda logró calidad de noble misión. El héroe ideal dejó de ser en lo sucesivo un luchador gigante de barba hirsuta que, en el furor del combate, rechinaba los dientes y aullaba como una tempestad, sino un delicado y tierno doncel de bucles rizados y ademán noble y digno. En la juventud es cuando fraguan los ideales. El ideal caballeresco abría nuevos horizontes a la juvenil ansia de acción y convertía la propia existencia en aventura. Debe reconocerse que pocos de estos caballeros lograron mantener enhiesto el estandarte de su ideal; no sin razón se ha dicho que la caballería fue más un ideal que una institución.

El verdadero espíritu caballeresco debía manifestarse en una actitud noble y formas corteses. Con el tiempo se uniría a ello la idolatría sin límites por la dama elegida, bella y aristocrática. En el campo de batalla, el caballero no sólo combatía por su soberano, a quien había jurado fidelidad, sino también por la dama cuyos colores llevaba como distintivo.

## **La vida en los castillos**

Para ponerse a salvo en tan agitados tiempos, los señores construían fuertes castillos rodeados de gruesas murallas y flanqueados de torres. Sus ventajas para la defensa determinaban el asentamiento de estas fortalezas. Cuando un castillo no podía ser construido en la cima de un monte o sobre una abrupta pendiente, lo rodeaban de fosos llenos de agua.

Las macizas murallas, que tenían a veces un espesor de siete metros, sumían en la penumbra el interior del castillo. Para que su defensa fuera más fácil, los huecos de las ventanas eran muy pequeños y distanciados unos de otros, y apenas penetraba la luz en las salas. Aun en verano, hacía un frío glacial y en otoño había una atmósfera pesada y agobiante.

Las habitaciones propiamente dichas estaban desprovistas de toda comodidad. Los albañales se colocaban en el centro de la construcción; con todo, no dejaban de molestar con su mal olor. El torreón, que era la torre mayor, generalmente cuadrada, servía de último refugio a los defensores. A falta de puente levadizo, se situaba la puerta de entrada lo más alto posible en la muralla exterior, de modo que se necesitaba una escala muy larga para penetrar en la plaza.

Cuando el castillo era tomado por los asaltantes, quedaba casi siempre a sus moradores un recurso para salvarse. En la mayoría de los castillos había subterráneos que conducían a los campos del contorno. Mediante escaleras ocultas, a veces disimuladas diestramente en las columnas, podían huir quienes conocían el secreto. Estos antiguos y fuertes castillos, con sus gruesas y rudas murallas grises, nos producen hoy la impresión de epopeyas de piedra, recuerdos del tiempo en que la dura necesidad obligaba a los hombres a convertir su mansión en fortaleza, a veces alejada de todo núcleo de población.

Los torneos constituían la diversión predilecta de los caballeros; eran combates singulares "con armas corteses", que los príncipes o poderosos señores organizaban en sus castillos. Armados de punta en blanco, los jinetes se dirigían con armaduras de hierro en sus pesados caballos al lugar del torneo. Llevaban la cabeza cubierta por completo por el yelmo, que sólo dejaba una pequeña abertura para los ojos. Los caballeros se distinguían unos de otros por los blasones de sus escudos. El conjunto de los espectadores estaba integrado por otros señores y damas nobles. Los caballeros buscaban ocasión de lucirse ante la dama elegida, cuyos colores llevaban y por cuyo honor habían jurado combatir. Los contendientes se colocaban a una y otra parte de la liza; sonaban las trompetas, redoblaban los tambores y, lanza en ristre, los luchadores se precipitaban uno contra otro. A veces se rompía una lanza y caía un caballero de la silla; solía ocurrir que los combatientes quedaran mortalmente heridos. Los vencedores se adelantaban hacia la tribuna y recibían de manos de sus damas la recompensa prometida, una vez humilladas las lanzas ante ellas.

El ideal de los tiempos feudales era el guerrero que, en su fuerte castillo, velaba por la seguridad del país. Bajo su protección, podían los campesinos cultivar la tierra en

paz y refugiarse en las fortalezas al aparecer una banda enemiga con intento de devastar los campos y robar ganado. En este cuadro también había sombras. Muchos castillos eran nidos de bandoleros, y algunos señores consideraban el robo a mano armada y las aventuras galantes como esencial en la vida del hombre. Hacia los seres prosaicos, que sólo vivían para trabajar y no para pelear, no sentían más que desprecio. Uno de los más celebres trovadores de la época expresaba así su inconmensurable desdén hacia los campesinos: "El labrador es un cerdo y vive como un cerdo, por mucha riqueza que acumule. Esta riqueza sólo sirve para que se le suba a la cabeza. Por eso su señor tiene el deber de tratarlo con dureza y procurar vaciar sus arcas. Quien no trata con mano dura a sus campesinos, alienta su presunción. Insensato aquel que no se apodera de los bienes del campesino cuanto antes. El labriego no tiene por qué quejarse cuando su señor le hace pasar miseria o le rompe piernas y brazos". A los ojos del orgulloso señor, sólo él o quienes eran como él o de superior categoría, merecían el calificativo de hombres.

El cerrado orgullo de casta de los señores y su predilección por los combates y querellas impidieron acaso que el auténtico ideal caballeresco llegara a ser realidad. Pero, pese a todos los reproches que pueden hacersele, la caballería constituyó un paso más en el camino para lograr una vida más amable y brillante que en las rudas épocas precedentes.



*Un castillo feudal*

## Literatura de gesta

La vida caballeresca, con todos sus claroscuros, se ha perpetuado en la canción de gesta y en la literatura cortesana. Las canciones de gesta, relatadas primero de castillo en castillo, eran asonantadas; luego se hicieron rimadas, para deleite de oyentes y lectores. En general, se clasifican en ciclos heroicos: gestas del rey, gestas de Guillermo

de Orange, gestas de Doon de Maguncia, etcétera. La *Chanson de Roland* pertenece al primer ciclo; es la versión épica del desastre de Roncesvalles.

“...tomó el olifante, para que nadie le vitupere, y con la otra mano su espada Durandarte. Se dirige a un barbecho situado hacia España, más allá del tiro que puede lanzar una ballesta. Sube a un cerro: bajo un hermoso árbol hay cuatro gradas de mármol. Ha caído boca arriba en la hierba verde y allí se ha desvanecido, porque la muerte le cerca.”

Distinto a la canción de gesta, aparece el relato caballeresco de una aventura ficticia. El género surgió en Bretaña, inspirado en antiguas tradiciones célticas. El más emotivo de tales relatos trata de la historia de los amores de Tristán e Isolda, contada por Thomas. Dos seres humanos que gustaron las alegrías y las penas, del amor hasta lo inconcebible: para la gente de la Edad Media constituían el símbolo de cuanto el amor puede hacer sufrir. Poetas y novelistas enriquecieron en los siglos siguientes estos relatos con nuevos episodios emocionantes, expresando el ardiente deseo de los amantes de reunirse y morir abrazados.

De origen celta son también los episodios de la Mesa Redonda. Uno de los personajes más populares de las leyendas del rey Arturo, de Cristián de Troyes (murió en 1197), es Perceval, evocado luego en el *Parsifal*, de Wagner. Tras una vida aventurera, entró el héroe un día en un castillo, donde se le ofreció una copa mística de oro engastado en piedras preciosas. En la literatura posterior, este vaso se convertiría en el "Santo Grial", el cáliz que bebió Cristo en su última cena o aquel en que José de Arimatea recogió la sangre del Crucificado.

No menos atractiva es la figura de Iván, caballero cuya emoción amorosa ante la viuda de un caballero misterioso que él ha herido de muerte nos describe Cristián de Troyes:

—*Señora, ninguna fuerza es tan fuerte  
como ésta, en verdad,  
que me impulsa a seguir  
vuestro querer rendidamente.  
Nada dejaré de hacer  
de cuanto gustéis mandarme;  
y si pudiera reparar  
la muerte de la que no soy culpable,  
la repararía sin quejarme.*

Las leyendas del rey Arturo y de sus caballeros han apasionado a escritores y poetas hasta nuestros tiempos. La antigua temática aparece en muchas novelas y poemas de los siglos XIX, y XX; la célebre noruega Sigrid Undset nos ofrece ingenuos relatos similares, y Jean Cocteau modernizó a Tristán e Isolda en su filme *El eterno retorno*.

Para variar los motivos de sus novelas, clérigos y trovadores se inspiraron también en la Antigüedad, tal como la conocían a través de los greco-bizantinos. De hecho, los héroes del *Poema de Alejandro*, el *Poema de Troya* o el *Poema de Tebas* se comportan como caballeros de la Edad Media occidental. Cuando los héroes troyanos regresan de los combates al atardecer, abandonan sus rudas maneras de guerreros al dejar sus armaduras y se transforman en cultos cortesanos: en la sala del castillo conversan con donaire con las encantadoras damas, deseosas de escucharles. Alejandro Magno aparece también como un rey medieval.

Estos libros de caballería eran la forma más fácil que tenían los autores para llegar a públicos dispuestos, no sólo a escucharlos, interrumpiendo el habitual ambiente de



chanzas y chirigotas, sino además, a pagarles sus relatos, que por momentos cantaban acompañados de instrumentos y comparsas.



*Dos caballeros, montando caballos enjaezados con lujosos aperos y protegidos por armaduras metálicas, compiten en un torneo.*

## Las lenguas y las letras en España

En la península Ibérica, como en los demás países que dependieron del imperio romano, el latín se disgregó, degeneró y perdió la fijeza de la lengua escrita y literaria. En los siglos del reinado visigodo, la Iglesia y los documentos oficiales conservaron cada vez más adulterado aquel latín original que nunca se supo muy bien en las tierras colonizadas. En la Europa occidental, durante los siglos VIII al X, incluso en documentos como el famoso *Juramento de Estrasburgo*, se dio cabida a lenguas romances que ya no eran el latín.

En España no existe un documento oficial tan antiguo. Los primeros testimonios escritos que testimonian el anuncio de una nueva lengua pertenecen al siglo X, como un códice del monasterio de San Millán de la Cogolla, un documento de la catedral de León (hacia 980) y las *Glosas silenses*, que contienen muchas palabras romances. Menéndez Pidal hace referencia a un inventario notarial de una localidad zamorana, redactado a mediados del siglo XI en una lengua intermedia entre el latín medieval, más o menos correcto, y el lenguaje hablado entonces, precisamente en los mismos años en que se supone fue compuesto el Poema del Cid, que comienza así:

*De los sos ojos    tan fuertemiente llorando,  
tornava la cabeza    i estávalos catando,  
Vio puertas abiertas    e ucos sin cañados,  
alcándaras vázias    sin pielles e sin mantos  
e sin falcones    e sin adtores mudados.  
Sospiró mío Cid,    ca mucho avié grandes cuidados.*

*Fabló mío Cid            bien e tan mesurado:  
"grado a ti, señor padre,            que estás en alto!  
"Esto me an buolto            mios enemigos malos."...*

Luego, a medida que fueron organizándose los Estados después de la reconquista, progresaron las lenguas romances, y entre ellos el jugoso romance mozárabe, que, conservando su base latina, daba cabida a no pocas influencias árabes, y que contribuyó en su día a incrementar la pujanza del más dinámico de aquellos idiomas surgidos del viejo latín: el **castellano**.

Por otra parte, muchas eran las lenguas romances que se hablaban en los primeros siglos de la reconquista: la galaico-portuguesa (que en su origen fue una sola); la leonesa, con sus variantes asturiana o bable, berciana o del Bierzo, sayagués, extremeña, etcétera; la castellana propiamente dicha; la navarro-aragonesa; las levantinas (lemosín): catalán, valenciano y baleárico; y, por último, el dialecto andaluz—con fonética árabe—que fue apareciendo con la conquista del valle del Guadalquivir. Y a medida que los reinos se extendían y se fundían también sus lenguajes; es decir, se limaban sus diferencias dialectuales, o se acentuaban sus características propias según la evolución política de las regiones respectivas. Pero no fue la fuerza de las armas, ni el centralismo administrativo—que no lo hubo, ni en tiempo de los Austrias—lo que impuso el castellano como romance predominante. Fueron sobre todo ciertas características, como la más temprana y acabada solución de los problemas fonéticos, sintácticos y de léxico planteados por un lenguaje naciente, que la lengua de aquel pequeño rincón que era entonces Castilla resolvió con la misma audacia que demostraron sus guerreros y políticos para asumir la vanguardia de la reconquista.

En tiempos del leonés Alfonso VI, rey y "emperador", que unificó teóricamente a toda la península, vivió también el Cid Campeador. Son las dos figuras señeras del gran empuje castellano hasta Toledo, Valencia y zonas de Andalucía, si bien estas últimas no fueron ocupadas en permanencia. Alfonso se asentó en Toledo, la vieja capital visigoda y sede de Al-Mamún, su generoso protector. El Cid, malquisto de su rey y desterrado, se instaló en Valencia. Toda esta materia épica de un siglo trascendental iba a desembocar en cantares y romances.

## **Mester de juglaría**

También fueron objeto de cantares de gesta semejantes otros héroes. La abundante producción literaria de los romances que luego fueron tomando forma, sea como residuos disgregados de antiguos poemas—como algunos creen—, o materia épica en bruto, popular y viva, que, como creen otros, daría ocasión a que cristalizara en poemas, de los cuales el del Cid, en su copia del siglo XIV realizado por un tal Per Abat, es el único conservado. Todo ello, prueba evidente de la riqueza de la poesía épica de carácter popular en Castilla, y de una paralela riqueza de la lengua en que tal sentimiento popular se expresó.

La gente aprendía y transmitía oralmente estos cantares, pero sus creadores y mantenedores eran sobre todo los juglares, que, de castillo en castillo, de pueblo en pueblo, de plaza en plaza, entretenían a su auditorio recitando las hazañas de los héroes castellanos. Más tarde ampliarían sus temas; al lado de los cantares épicos aparecerían los líricos, que en Galicia y en las cortes de Provenza y Cataluña iban a cultivar de preferencia otros aedos de mayor categoría, como correspondía a su distinto ambiente cortesano: los *trovadores*.

Con todo, mantener la atención de un público que escucha plantea al autor problemas técnicos muy distintos a los del escritor, que sólo intuye después de larga experiencia cuándo al lector "se le cae el libro de las manos". De este hecho se derivan varias consecuencias, la primera de las cuales es que recitadores y copistas añadían siempre mucho de su propia cosecha, suprimían lo que no gustaba y repetían las escenas más aplaudidas; por lo cual, tales relatos en verso o prosa reflejan ante todo los gustos y costumbres de la época.

Y así es dable ver cómo el relato caballeresco fue poco a poco derivando con la evolución de la sociedad feudal que le diera vida. Cada vez más fabulosos los relatos, más falso e irreal su ambiente, cada vez más inaccesible su ideal. Ya no cupo en ellos aquella existencia cada vez más bulliciosa y abigarrada, de los burgos, cuyos gremios, cofradías, artesanos y juglares, pronto darían lugar a algo muy distinto y distante del ambiente caballeresco: farsas groseras pero vivas; leyendas sencillas pero reates. Unas y otras, teñidas de ingenio e inefable lirismo, siempre adecuadas al público para el que fueran escritas o ante el que fueran recitadas. A medida que las clases sociales de este pueblo evolucionen, tal género literario adquirirá vigor; unos siglos más tarde saldrán a luz dos obras espléndidas de la literatura hispana, donde ambos mundos se funden de modo magistral, ambas escritas para una sociedad que sabía sentir y regocijarse, que sabía de ideales y de fantasías, pero que contaba con la más cruda realidad: *La Celestina* (siglo XV) y el *Quijote* (siglo XVI), de las que se tratará en lugar oportuno. Ambas son a la vez broche final de un género ya agotado y potente reto a géneros más en boga: el teatro y la novela.

## Los trovadores

En el país de Oc, al sur del Loira, floreció un género especial de poesía, no épica, sino lírica. Entre el Ródano y el Garona se extendía la tierra de promisión del amor cortés, donde todo se embecía de sentimentalismo. Muchos caballeros y altos dignatarios se sintieron poetas y cantaron a la mujer y al poder irresistible del amor que arrastra a "dulces locuras". La Provenza se convirtió en la patria de trovadores que cantaban a porfía la belleza de su dama en frases apasionadas y brillantes. El lugar donde la dama de sus pensamientos dirigía sus pasos transpiraba belleza y gracia: el bosque salvaje se convertía en hermoso jardín de rosas y el peor de los palurdos se transformaba en cortesano caballero en el momento de cambiar una sola palabra con ella.

Enamorado siempre, de ordinario desgraciado, el trovador iba de un castillo a otro cantando a las doncellas que hubieran inflamado su corazón, celebrando victorias conseguidas en las lides del amor y lamentándose de sus fracasos, en tanto no fuesen objeto de irrisión. Más de una gran dama concedía favores al trovador por simple vanidad, para que su fama se extendiera por el mundo y las demás envidiasen su gracia y su belleza. A veces, la dama cedía al ardiente deseo del cantor por temor a ser vilipendiada en poemas de sátira vengativa, en frases como "mujer que no sabe guardar su honor por debajo de su cintura".

En la biografía del más antiguo trovador conocido, el duque Guillermo de Aquitania, se lee: "Era uno de los hombres más educados que se hayan conocido nunca y un seductor a quien resistían pocas mujeres; un caballero diestro en manejar las armas y siempre mezclado en alguna aventura amorosa. Era maestro consumado en el canto y en la poesía; durante años recorrió el mundo para conquistar el amor de las bellas

damas". No guardaba el secreto de sus éxitos en amor, como aparece evidente en sus poemas.

Los trovadores se muestran a menudo tan persuadidos de su irresistible encanto, que hacen sonreír al lector moderno:

*Conozco centenares de mujeres  
que me admiran en secreto,  
y que, con un deseo sin límites,  
mendigan y suplican por mí.*

Con parecidos términos suspira uno de los más célebres trovadores, Peire Vidal (hacia 1200), añadiendo modestamente:

*La jactancia y la pompa no son mi fuerte,  
pero es cierto—y nadie lo ignora—  
que mato a los caballeros  
y encadeno a las damas nobles.*

¿Y cuál era el fin de estos certeros cazadores de mujeres? Con el tiempo, dejaban sencillamente de honrar a Venus. Incluso el indomable Guillermo de Aquitania quedó al fin quebrantado; en su último poema no habla más que de una peregrinación que proyecta, en penitencia de su desordenada vida, para "suplicar al Dios de las venganzas que tenga piedad del pobre pecador. Ahora que el sendero de mi vida se acerca a su fin—suspira piadoso—, me pesa el cúmulo de mis pecados".

*Suplico con el corazón contrito  
que me asista en mi última hora.*

No sabemos cómo murió Guillermo de Aquitania, pero de más de un trovador se cuenta que buscó refugio en un convento, después de una vida desgarrada entre éxtasis amorosos que lo elevaban al séptimo cielo y negras desesperaciones. En la celda monástica lo tumbaba la angustia inspirada por sus remordimientos de conciencia, ante la muerte y el castigo eterno.

La poesía trovadoresca tiene varias facetas curiosas. Aun cuando el poeta no conociese a su dama, cantaba su amor con pasión ardorosa. En la época fanática de las cruzadas podía el amor nacer y perdurar en cuanto se oía elogiar las nobles cualidades de la dama elegida. El gran trovador Jofre (o Geoffroy) Rudel, príncipe oriundo de las riberas del Garona, se enamoró de la condesa de Trípoli sin haberla visto jamás. Sólo había oído hablar de ella con entusiastas palabras a los peregrinos venidos de Antioquía de Siria. Jofre le dedicó poemas, hasta que, impulsado al fin por un deseo irresistible, tomó la cruz y se encaminó a Tierra Santa. Ya en ruta, cayó gravemente enfermo y sus compañeros le daban por muerto citando le llevaron a una hospedería de Trípoli. En seguida contaron a la condesa lo que ocurría; ella, condescendiente, se dirigió al albergue del peregrino de amor. Al abrazarlo, el moribundo despertó de su profundo sopor y, al percatarse de la inmensa dicha que se le deparaba, bendijo a Dios por haberle conservado la vida hasta poder contemplar a la amada de sus sueños. Después, murió en brazos de la condesa.

La noble dama sintió tal pesadumbre, que aquel mismo día se retiró a un convento.



*Grupo de músicos medievales que, provistos de instrumentos de cuerda y de viento, entretienen a un público numeroso y ávido de distracciones.*

En Alemania, los trovadores son llamados *minnesinger* (cantores del amor). La poesía caballeresca se practicaba allí con tal celo, que el landgrave de Turingia pudo organizar, hacia 1200, un concurso de canto en su castillo de Wartburg. El ganador fue Walter Von der Vogelweide, poeta muy capacitado. Comparaba en sus cantos la floración de la primavera y la riqueza del verano con la belleza de las mujeres. Por la profundidad y pureza de su sentimiento poético y su estilo muy colorista, supera a todos los demás *minnesinger*.

Más que ningún otro personaje medieval, el caballero fue flor de estación. Apareció en la escena histórica al iniciarse la Edad Media, para desaparecer cuando esta edad tocó a su fin. Pero el ideal caballeresco no moriría. Las formas cortesas y los sentimientos de los mejores seres humanos tienen su origen, en gran parte, en aquella época de los caballeros, época por la que han pasado otras nobles civilizaciones, tan distintas como las de India, con sus *cashatruyas*, y Japón, con los *samurai*.

# LA EXPANSIÓN ESCANDINAVA

## DOMINIOS ESCANDINAVOS EN OCCIDENTE

### Los vikingos, nueva invasión escandinava

Algunos pueblos germánicos de cierta importancia debieron partir de "Skandza, cuna de pueblos" —como un historiador godo llama a Escandinavia—, en busca de nuevos hábitats. A fines del siglo VIII comenzó una nueva invasión escandinava, la cuarta de las grandes migraciones de pueblos, que caracterizan a la Edad Media inicial. Se distingue de las otras esta invasión, porque se verifica por mar. Tales expediciones de los vikingos, como los historiadores les llaman, no tuvieron importancia hasta que los normandos dotaron de velas a sus barcos o *drakkars*, progreso comparable al que representaría la navegación a vapor en el siglo XIX. En ambos casos, a consecuencia de reducirse increíblemente el tiempo empleado en viajar entre países lejanos, se produjeron emigraciones masivas.

Como ocurrió con los árabes, la religión fue un intenso acicate para los vikingos. La creencia en los Ases les inculcaba una fe combativa; los gozes que esperaban los vikingos en su paraíso, el Walhalla, era para estos fuertes nórdicos, aficionados a los placeres de la mesa y a los combates, tan atractivos como aquellos que el profeta Mahoma prometía a sus guerreros, hijos del desierto. Otra característica de las expediciones de los vikingos era la aventura; sin embargo, en su desarrollo se orientaban según una ley objetiva: la ley de la menor resistencia.

Ya en tiempos de Carlomagno, estos nórdicos conocieron, en el transcurso de sus expediciones comerciales por el litoral europeo occidental e Islas Británicas, los puntos débiles de las tierras que visitaban. Los nórdicos ofrecían pieles, ámbar y otras mercancías originarias de sus países a cambio de productos alimenticios, sal, vino, telas, joyas y armas, en particular las apreciadas espadas francas. Pero estas expediciones, en vez de transacciones, acababan a menudo en guerras. En tales escaramuzas observaron pronto los normandos que salían airoso con facilidad. Desde entonces, la lucha y el robo les parecieron mejor negocio que el simple comercio.

Con frecuencia ocurrió que tanto el emperador de Bizancio como los reyes de Francia e Inglaterra se vieron obligados a pagar sumas importantes para evitar el pillaje en sus territorios. Los bárbaros nórdicos se interesaron pronto por el oro y la plata. Jefes obstinados que se negaban a obedecer a su rey, organizaban auténticas flotas y se hacían proclamar "reyes del mar" por sus hombres. Se cree que los vikingos deben su nombre al vocablo *vik*, que significa *ensenada*; en efecto, solían ocultarse en las irregularidades del litoral hasta que llegara la ocasión propicia de lanzarse al ataque, armados con sus temibles hachas de guerra. Las expediciones de los vikingos tenían como objetivo tanto

el comercio como el saqueo, pero luego acabaron por preferir lo último, a lo que añadieron, en ocasiones, la trata de esclavos.

## **Los normandos en Francia, España y Gran Bretaña**

Desde el año 800, Carlomagno se vio obligado a adoptar medidas para defender los puertos frisones de las incursiones de los vikingos. Mandó construir baluartes y torres vigías, donde montaban guardia. Por desgracia, su reino no tenía marina. Los pocos navíos que mandó construir el emperador fueron en absoluto ineficaces. Sólo una vez consiguieron rechazar los ataques de los vikingos, pero no pudieron en modo alguno perseguirlos. Y así, conscientes que nadie podía cortarles la retirada, los normandos se mostraron cada vez más audaces.

Las cosas empeoraron con la decadencia del imperio franco, al morir Carlomagno. Los países situados en las costas del mar del Norte, paso de Calais y golfo de Vizcaya, fueron los que más sufrieron. Los vikingos mostraron predilección por las islas frisonas, pero también remontaban el Elba y el Rin. Incendiaban ciudades, saquearon más de una vez Colonia, Aquisgrán y Coblenza, y llegaron incluso, siguiendo el Mosela, hasta Tréveris. Los vikingos establecieron campamentos permanentes en las desembocaduras del Sena y del Loira; desde allí organizaron expediciones por todo el país, llegando a Orleans e incluso a París. El estuario del Gironda se convirtió también en base desde donde los vikingos se arriesgaban hasta los países del Alto Garona. Burdeos estuvo algún tiempo en su poder. Partiendo de la desembocadura del Garona, los vikingos iban a saquear el litoral español. No lejos de Lisboa tuvieron por primera vez contacto con los musulmanes y combatieron durante un mes contra este pueblo belicoso. Descendieron después hacia el sur; remontaron el Guadalquivir, atacaron Sevilla y saquearon sus alrededores. La costa occidental de Marruecos fue visitada también por los vikingos. Cuando los normandos descubrieron el camino hacia el Mediterráneo, se entregaron a sus exacciones en África, en España y en Francia, remontando audaces el curso del Ródano.

Estos paganos saqueaban con preferencia iglesias y conventos, donde estaban seguros de encontrar tesoros, entre ellos cálices de oro y relicarios adornados con piedras preciosas. Sentían debilidad por el vino: "les gustaba tanto el enervante licor como al oso la miel", y eran capaces de recorrer enormes distancias con el único fin de apoderarse de vino abundante. Rara vez encontraban resistencia.

El rey de los francos, Carlos el Simple, tuvo la idea de formar contra los vikingos una frontera defensiva compuesta por hombres de su misma raza. Al circular la noticia que los normandos acababan de llegar a la desembocadura del Sena, cundió el pánico en el país de los francos. El canónigo francés Dudón, a quien el duque de Normandía encargó un siglo más tarde que escribiera la historia del ducado, nos proporciona, en su dramático relato, una idea chocante del contraste que existía entre francos y escandinavos. El vasallo franco que mandaba el país hizo un llamamiento a sus tropas, pero antes procuró tratar con los intrusos. Llamó a un célebre normando, Hasting, que fue en su tiempo un temible vikingo, pero que había pasado al servicio del rey de Francia, y le rogó que se entrevistara con sus antiguos compatriotas. Seguido de dos caballeros francos, que sabían el danés, Hasting se dirigió a la orilla del río y allí se desarrolló un diálogo considerado como clásico en su género.

Uno de los tres emisarios francos gritó a los vikingos:



-Nosotros, caballeros, somos enviados del rey de los francos y exigimos que nos digáis de dónde venís y qué queréis.

La respuesta no se hizo esperar:

-Somos daneses, venimos de Dinamarca, y queremos conquistar Francia.

-¿Quién es vuestro jefe?

-Nosotros no conocemos jefes: todos somos iguales.

-¿Habéis oído hablar alguna vez de un tal Hasting, que fue vuestro compatriota y que está aquí acompañado de muchos guerreros?

-Sí, ese hombre comenzó bien, pero acabó mal.

Hasting continuó:

-¿Queréis someteros a Carlos rey de Francia, entrar a su servicio y recibir de él grandes recompensas?

Los daneses no parecieron entusiasmarse.

-Nosotros no nos sometemos a nadie. La recompensa que más nos agrada es la que conseguimos con las armas en la mano y con nuestras hazañas.

-¿Adónde os dirigís ahora?

-Apresúrate a marcharte —replicaron los normandos—, no nos gustan todas estas charlatanerías y no queremos ponerte al corriente de nuestros proyectos.

## La fundación de Normandía

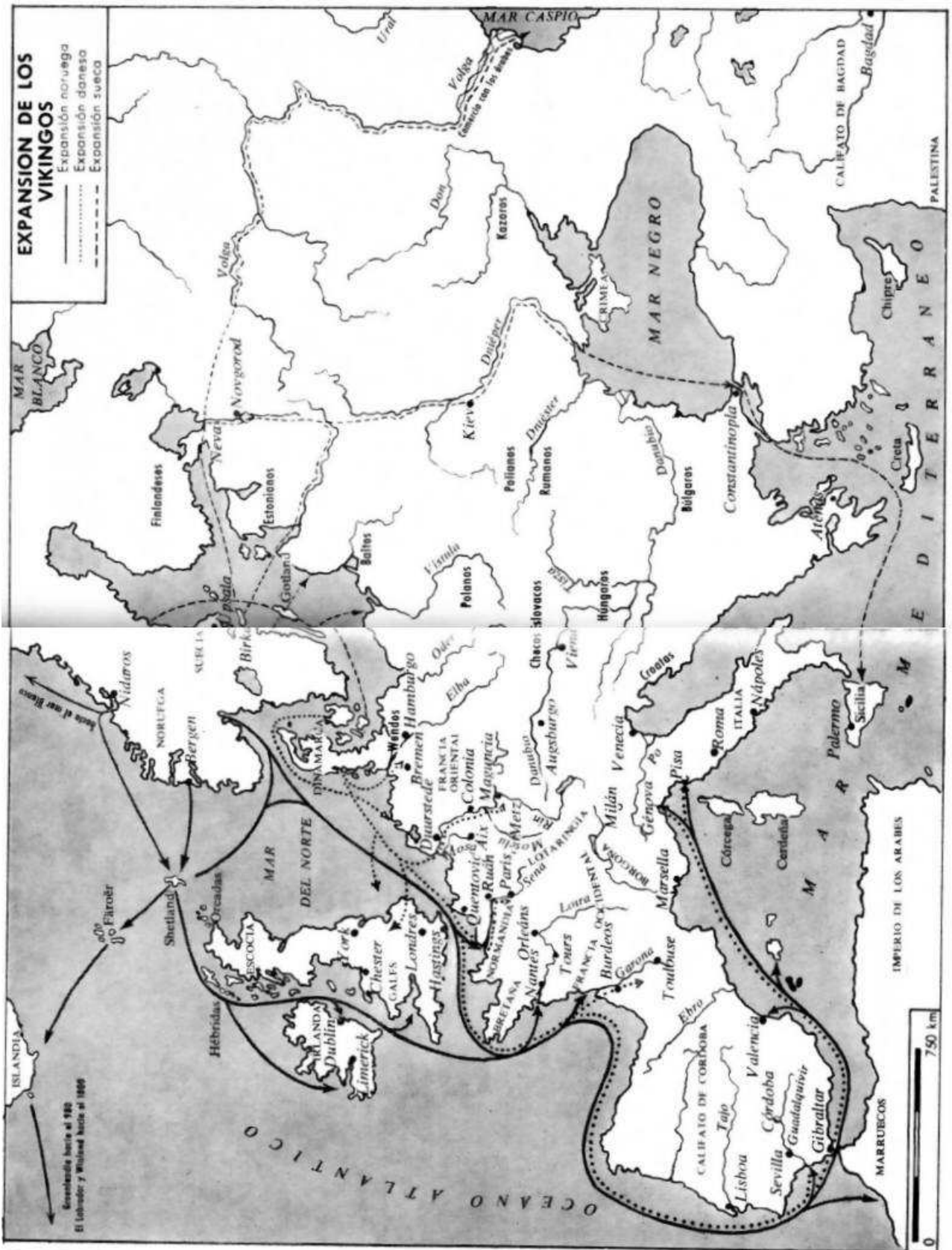
Pero el deseo de residir en el nuevo país a donde habían llegado incitó a los normandos a aceptar, en 911, el ofrecimiento de Carlos el Simple para establecerse en su reino. Las condiciones eran que defendiesen su nueva residencia contra los otros vikingos, que se convirtieran al cristianismo y se mantuvieran en paz con las demás comarcas francesas. Por ellos, se llamó el país Normandía; uno de sus jefes, Rollon o Rolf, la recibió en feudo. De él se cuenta que, en el momento de la investidura, se negó a seguir la costumbre de besar el pie al soberano, si bien admitió que uno de sus hombres realizara el acto en su lugar; pero también era demasiado altivo para someterse a ello: al coger el pie del rey, tiró de él con tal fuerza para levantarlo, que lo hizo caer hacia atrás.

La invasión escandinava logró resultado análogo al de las invasiones germánicas. En ambos casos, los invadidos se percataron que era posible servirse de una tribu bárbara contra otra, consiguiendo así una defensa de la que eran incapaces. La invasión normanda quedó así localizada. No fue la única. En 1066, un duque normando, Guillermo el Conquistador, sometió a Inglaterra. Y a finales del siglo XI, los normandos conquistaron el sur de Italia y Sicilia.

El ducado de Normandía se convirtió en un poderoso Estado, cuyo suelo fue labrado de forma ejemplar y donde la ley y el orden fueron tan venerados como en el resto de Francia. Los vikingos respetaban la ley. Comprendieron muy pronto la necesidad, tanto en sus naves como en territorio enemigo, de permanecer unidos y obedecer a su jefe; el reparto del botín estaba sometido a reglas bien determinadas. Era innata su obediencia a las leyes que ellos mismos se habían impuesto. Muchos llevaron consigo a su mujer e hijos, y les siguieron otras mujeres normandas para vivir con sus parientes y conocidos. Los corpulentos y rubios normandos fueron los súbditos más vigorosos de la corona francesa. A la larga, acabaron por mezclarse con los autóctonos y convertirse todos al cristianismo.

En cuanto a las Islas Británicas, sufrieron a los vikingos aun más que el continente. El litoral del reino franco fue atacado sobre todo por los daneses; los celtas y los anglosajones hubieron de soportar los asaltos de daneses y noruegos a la vez. Los noruegos pasaron a las islas Shetland, Orkney y Hébridias, y allí se quedaron.





Desde aquellos nidos de piratas, los noruegos emprendieron expediciones a Irlanda y Escocia, mientras que los daneses devastaron en especial Inglaterra e Irlanda. El nombre de "vikingo" inspiraba tanto terror, que el arzobispo de York, en una

alocución que se ha conservado, reprochó a sus fieles que diez anglosajones no se hubiesen atrevido a defenderse contra un solo danés.

Como en Normandía, los vikingos demostraron en la otra orilla del canal sus aptitudes para estructurar un Estado. Establecieron colonias normandas en diversos lugares del litoral inglés. Incluso, el elemento femenino también vino de su país de origen a estas colonias. El contacto de los normandos con la rica civilización céltica fue para ellos de gran importancia, ya que provocó nuevas relaciones comerciales entre Escandinavia y las Islas Británicas. Los nórdicos fueron adoctrinados en el Evangelio por monjes y misioneros irlandeses. Aún hoy puede reconocerse un origen escandinavo entre los intrépidos pescadores y endurecidos campesinos del norte de Inglaterra. Muchos toponímicos de aquellas tierras nos recuerdan Escandinavia, como asimismo los dialectos de estas regiones, que conservan aún muchas palabras del mismo origen.

## **Alfredo el Grande y sus sucesores**

La segunda mitad del siglo IX fue una época de terror para los anglosajones. Los vikingos robaban a los campesinos el ganado y los caballos y, para divertirse, uncían a sus propietarios al arado. El libertador fue Alfredo de Wessex, cuyo reino se extendía por el extremo sur de Inglaterra. En 871, a la edad de veintitrés años, subió al trono. Después de incesantes combates contra los invasores, los anglosajones habían llegado al límite de sus fuerzas. Era de temer que Inglaterra entera cayese en poder de los vikingos. Alfredo hubo de refugiarse en bosques y pantanos. Corrió innumerables aventuras que la tradición popular pintó con vivos colores.

Los normandos habían construido un campo atrincherado. A fin de enterarse de las fuerzas y medios de defensa del enemigo, Alfredo se introdujo allí disfrazado de tañedor ambulante de arpa. Los daneses quedaron tan encantados al oírle tocar y cantar, que le pidieron se quedara algunos días más con ellos. Cuando Alfredo conoció bien los puntos débiles del campo enemigo, volvió con los suyos. Al día siguiente, atacó a los normandos y les infligió tan grave derrota, que no les quedó más remedio que entregarse sin condiciones. Como garantía de seguridad en el Wessex, entregaron rehenes, y su jefe, con treinta de sus hombres más importantes, tuvo que bautizarse. Años más tarde, volvieron a la carga con hordas procedentes de su país, pero también fueron derrotados por Alfredo, después de sangrientos combates. Gracias a los navíos de guerra que mandó construir, pudo oponerse por mar a los normandos y evitó de este modo muchas desgracias a sus súbditos. Acabó haciéndose respetar de los normandos como no lo consiguieran ni sus predecesores ni los reyes francos. Con el tiempo, normandos y anglosajones se fundieron en un solo pueblo.

Terminada su heroica y desesperada lucha, que fue admiración de todos, Alfredo trabajó para mejorar sus defensas por tierra y por mar. Aprendió mucho de los enemigos, contra quienes mantuvo lucha tan tenaz. Consiguió paz y orden con una base sencilla: "No hagas a otro lo que no quieras para ti".



*La figura de Alfredo el Grande ha dado origen a multitud de leyendas. Un día tuvo que refugiarse en la choza de un pastor. La esposa de éste le pidió que cuidara del pan que estaba en el horno, mientras ella salía para atender a otra ocupación. Cuando la mujer entró de nuevo en la choza encontró los panes quemados. "¡Haragán!", exclamó llena de cólera y amenazando al rey con el palo que utilizaba para sacar los panes. "¡Bien te comes nuestro pan, pero eres incapaz de echar una mirada para que no se queme mientras se cuece!" La xilografía que se reproduce, acompañaba a una canción sobre el rey Alfredo que data del siglo XVI.*

Alfredo el Grande murió hacia el año 900. Su hijo y su nieto continuaron su obra y acabaron por someter a una serie de pequeños reinos, que formaron con Wessex un Estado importante cuya capital fue Londres. Pero en la persona de su biznieto Etelredo II, llamado el Indeciso, Alfredo el Grande tuvo un sucesor indigno. Durante su reinado, Inglaterra fue atacada por Olaf Tryggvesön, que fue más tarde rey de Noruega, y por otros vikingos. Etelredo hubo de pagarles en varias ocasiones cuantiosas sumas de dinero. El danés Sven Tveskäg, hermano de armas de Olaf, dirigió nuevos ataques contra Inglaterra. Los daneses exigieron también crecidos rescates, sumas que los ingleses sólo consiguieron reunir recaudando el tristemente famoso "impuesto danés".

En 1002, el irresponsable Etelredo II hizo matar a todos los daneses que vivían en la parte anglosajona de Inglaterra, pretextando que los daneses habían determinado asesinarle con toda su familia. Sven Tveskäg se vengó a saciedad de este crimen devastando anualmente el país y exigiendo cada vez enormes rescates. Iba acompañado de Olaf Haraldson, que también fue rey de Noruega y, después de su muerte, canonizado con el nombre de san Olaf. Etelredo viose obligado a huir de su país y Sven Tveskäg se coronó rey de Inglaterra. Su hijo Canuto el Grande, que subió al trono en 1016, sometió toda Inglaterra. Gobernó con energía este reino y el de Dinamarca; conquistó después Noruega y parte del país de los vendos, de modo que su reino fue el mayor de cuantos hayan gobernado los reyes escandinavos. Además, legó a Inglaterra, con sus leyes, un monumento imperecedero. Uno de los más notables aspectos de esta legislación es la casi igualdad de las diversas clases sociales ante la ley.

El reinado de Canuto representó un período de paz y prosperidad para su pueblo, pero fue, por desgracia, de corta duración. Murió en 1035, apenas a los cuarenta años de edad. Sus hijos no supieron continuar su obra, y ambos murieron jóvenes.

Desmembróse el reino anglo-escandinavo y, en 1042, Eduardo, hijo de Etelredo, subió al trono de Inglaterra.

### **Los normandos en Italia meridional y Sicilia**

En 1016, Salerno, sitiada por los sarracenos, fue socorrida de modo inesperado por algunos caballeros normandos que regresaban de una peregrinación a Tierra Santa. Estos peregrinos, ávidos de aventuras, aprovecharon la ocasión de medirse con los enemigos de Cristo. Se portaron con tal heroísmo que, aunque no eran más de cuarenta, infundieron terror a los sarracenos y salvaron la ciudad. Llegados a Normandía, contaron sus aventuras, incitando a otros descendientes de los vikingos a dirigirse al sur de Italia. Cada año se ponían en marcha nuevos grupos de aventureros normandos hacia el Mediterráneo, primero, ofreciendo su ayuda y alistándose como mercenarios, y luego, al ser tan numerosos, se convirtieron en conquistadores por su propia cuenta y fundaron sus propias colonias. Dirigidos por Roberto Guiscardo y otros jefes normandos emprendedores, éstos adquirieron pronto forma estatal. Roberto fue el más célebre de diez hermanos que fueron a correr aventuras en Sicilia. Guiscardo significa "el astuto", y Roberto merecía tanto este sobrenombre como el de "degollador". Con astucia y arrojo se fue apoderando en el sur de Italia de los principados lombardos y posesiones bizantinas en el sur de Italia, hasta formar un reino que comprendía la mayor parte de Calabria y Apulia. Uno de sus compatriotas, Ricardo, de carácter similar, conquistó Capua y la región vecina. Estos hombres intrépidos no se contentaron con sus conquistas italianas; desde ellas incursionaban sin parar las posesiones del imperio bizantino en el mar Jónico y en el Egeo. Pronto desempeñarían notable papel histórico.

Hacia el año 1070, todo el sur de Italia era ya posesión normanda. Desde tiempo atrás, los conquistadores dirigían codiciosas miradas a la otra orilla del estrecho de Mesina. Expresado en el pintoresco lenguaje de la época, los normandos querían "reconquistar para el reino del verdadero Dios las tierras en poder de los infieles". La conquista de Sicilia comenzó en 1060, cuando Roberto Guiscardo envió allí a su hermano Roger. En 1072, Palermo, la mayor ciudad de Sicilia, cayó en manos de los normandos. Por segunda vez, Europa arrebatada a los semitas la "perla del Mediterráneo".

Muerto Roberto Guiscardo en 1085, Roger fue el más importante monarca de Italia y su poderío se extendía a diversas zonas de la península. El antiguo aventurero gobernó con energía y mostró una tolerancia insólita en aquella época, hacia sus súbditos de distinta raza o religión. Concedió la libertad de culto a los griegos, árabes y judíos asentados en el país, aunque prohibió a los normandos contraer matrimonio con tal gente. En los siglos XI y XII, Sicilia era de hecho, el único país donde imperaba la libertad de conciencia. Como en los mejores tiempos del califato andaluz, convivían en paz tres religiones: la de Mahoma, la de Moisés y la de Cristo —o mejor, *las* de Cristo, porque desde la excomunió mutua de los patriarcas de Roma (el Papa León IX) y Constantinopla (Miguel Cerulario), en 1054, los católicos de Oriente y Occidente se acusaban recíprocamente de cismáticos.



Fruto de esta liberal política de Roger, comparable a la de Alejandro y Teodorico el Grande, se desarrolló una civilización de carácter cosmopolita. Tanto desde el punto de vista histórico como geográfico, Sicilia era lugar idóneo para el contacto de las civilizaciones griega, romana y árabe. Aquí se mezclaban por igual los estilos arquitectónicos bizantino, árabe, romano y normando. Lo maravilloso es que este estilo

normando-siciliano, combinación de cuatro civilizaciones, produzca tal impresión de armonía.

El hijo y sucesor de Roger I, el poderoso y capacitado Roger II, mediante las armas y una política hábil supo reunir en un solo reino todas las posesiones normandas de Sicilia y sur de Italia. En 1130 fue consagrado rey en la catedral de Palermo por un legado pontificio. La intervención de Roger II en los territorios normandos peninsulares salvó a estas regiones de un caos irremediable, aunque el restablecimiento del orden costó mucha sangre. Fue tarea difícil, ya que los emperadores de Bizancio y Alemania adoptaron una actitud hostil hacia una casa real de tan reciente creación. Con ambos emperadores se solidarizaron las grandes ciudades marítimas italianas: Venecia, Génova y Pisa, cuyo comercio sufría mucho a causa de las depredaciones de la flota normanda. Roger se atrajo más enemigos al adherirse a uno de los pretendientes a la tiara pontificia.

Por fortuna para Roger, a quien llamaban el "tirano de Sicilia", sus muchos enemigos no llegaron a reunir contra él sus tropas. En parte, debía esta suerte a su habilidad diplomática. El emperador germánico llevó a cabo un verdadero paseo militar por toda la Italia meridional y el reino normando parecía abocado a una ruina definitiva; pero las tropas alemanas no pudieron soportar los calores del verano. Roger sobornó a algunos príncipes germánicos y el emperador se vio obligado a interrumpir su marcha y emprender la retirada. Al llegar a la Italia del norte supo que todas sus conquistas habían quedado reducidas a la nada apenas consumó su partida. Roger, limitado hasta entonces a la diplomacia, juzgó llegado el momento de recurrir a las armas. Tomó una a una las fortalezas y reconquistó así todo su reino.

El normando pudo entonces seguir extendiendo sus posesiones. Arrebató a los bizantinos la isla de Corfú y llegó a amenazar a Constantinopla, cuyo *basileus* (rey) se alió con la república veneciana, a la que otorgó ominosos privilegios comerciales, a cambio de la vigilancia de sus mares por las naves de guerra venecianas (1148). En su obra de pacificación, Roger II demostró ser no sólo el hombre fuerte que Italia tanto necesitaba, sino también un soberano prudente. En cuanto a legislador y administrador, Roger continuó la política hábil y tolerante de su padre, aunque sus leyes revelan su origen normando. Siglos después, su reino sería citado como modelo de gobierno.

Los artistas y sabios vivieron una edad de oro con este monarca amigo de la civilización. Palermo se convirtió en una de las maravillas del mundo, por sus muchos palacios y magníficas iglesias. Favorecida, además, por su privilegiada situación en un valle singularmente fértil, la *Conca d'oro* (concha de oro), rico en frutos tropicales, vino y caña de azúcar, "caña de miel", como decían los sicilianos.

La más bella perla de la arquitectura normando-siciliana se encuentra en Palermo mismo: la capilla del palacio real, edificada por Roger II y acabada por su hijo Guillermo I. En el arte del primer período medieval, esta capilla alcanza la importancia de la Capilla Sixtina respecto al Renacimiento. Otra obra maestra arquitectónica del reino de Roger II es la catedral de Cafalú, población litoral a sesenta kilómetros al este de Palermo.

A diez kilómetros al suroeste, sobre una colina dominante de la ciudad de Monreale, hállanse otros dos monumentos importantes de la época de Guillermo II, nieto de Roger; la catedral, reproducción mayor de la capilla palatina, y un convento, con centenares de columnas gemelas y variadísimos motivos de la más rica imaginación oriental, que no expresa renunciamento ni austeridad, sino goce de vivir y sentido de belleza, peculiares de los países meridionales.



*Abside de la catedral de Monreale, en Sicilia, construida bajo el reinado de Guillermo II. En él puede apreciarse la feliz combinación de las influencias cristiana y árabe que convivieron en el siglo XII, en la Sicilia normanda.*

Roger II murió en 1154. Sólo le sobrevivió el menos capacitado de sus cinco hijos, Guillermo el Malo. Apodo acaso injusto, pues, aunque su vida se asemeja a la existencia indolente de un monarca oriental, también estaba dotado de excelentes cualidades; se entretenía en asuntos literarios y se apasionaba por los problemas filosóficos.

Su hijo y sucesor, Guillermo II, cumplió mejor que su padre su misión regia, sin alcanzar la recia personalidad de los primeros reyes normandos. El influjo enervante del clima meridional sobre los vikingos se observa también en él. En oposición a su padre, los historiadores elogian a Guillermo II, por su prudencia y piedad, con el apelativo de *el Bueno*. A su muerte, en 1189, no dejó heredero directo, y le siguió un periodo de lucha por el poder. El odio entre cristianos y musulmanes adquirió mayor violencia. En 1200, los árabes fueron expulsados de Palermo, refugiándose en las viejas

fortificaciones montañosas y allí arrastraron una vida bastante precaria durante un siglo, hasta que fueron deportados como esclavos a la Apulia.

El período normando constituyó una época de esplendor para Sicilia, florecimiento resultante de un gobierno fuerte que procuró mantener el orden en el país, sin pretender una unificación artificial de súbditos de distintas razas y religiones. A condición de respetar el orden y la ley, se permitía a todos seguir sus tradiciones. Así, los diversos elementos de la población podían contribuir a la civilización común e influir favorablemente en los demás, sin verse forzados a renunciar a su existencia nacional y religiosa. Nació así una civilización rica y refinada. Los normandos de Sicilia emplearon su poder para edificar, no para destruir. Las instituciones de Roger I y Roger II fueron una verdadera obra maestra, comparable a un delicado mecanismo de relojería. Para ello se necesitaban jefes como aquellos que las crearon; en otras manos no pudieron funcionar.

## La travesía del mar Tenebroso

Las costas soleadas, los campos fértiles y las ciudades ricas del sur ejercían irresistible atractivo en los vikingos, lo cual no impedía que sus navíos singlaran también en dirección opuesta, hacia el norte, a costas donde el sol descende aún "más bajo" y las tempestades son todavía más glaciales que en el propio país. Los viajes de exploración de aquellos tiempos, emprendidos casi en exclusiva por los noruegos, les llevaban de isla en isla. En el siglo VIII, los emigrantes noruegos se habían establecido en las islas de Shetland y Orkney, y desde allí navegaban hacia Escocia y las Hébridas.

A finales del siglo IX, los navegantes noruegos avistaron unas islas rocosas e inaccesibles en el océano Atlántico; las llamaron *Faerör* (islas de los carneros), a causa de los carneros que allí vivían en las pendientes meridionales con pastos o en los valles herbáceos. Islandia fue, hacia el 860, la etapa siguiente de la expansión septentrional en la era de los vikingos.

Poco después de descubrir Islandia, avistóse también Groenlandia. El islandés Gunnbjörn Ulfson fue el primero que, en 975, pisó esta isla inmensa. Siete años más tarde, el campesino norislandés Erico el Rojo zarpó de Breidifjord con su nave para "encontrar la isla que Gunnbjörn había visto". En las cercanías de la actual población de Julianahab, arribó con sus hombres a esta orilla por primera vez. Cuando Erico regresó a Islandia, estaba decidido a organizar una amplia emigración hacia estas nuevas tierras. En 986 levaba otra vez anclas para dirigirse al oeste, acompañado de 35 navíos. De ellos, sólo catorce llegaron a su destino. A bordo se hallaba también el hijo de Erico, Leif el Afortunado, del que se hablará luego.

En la costa occidental de la isla, estos adelantados fundaron dos colonias cerca de las actuales localidades de Julianahab y Godthab. Con el tiempo, los lazos con la madre patria escandinava se aflojaron y, al estallar guerras y conmociones en Escandinavia, se rompió en definitiva todo contacto. Las colonias de Groenlandia decaían a ojos vistas. La situación empeoraba y la población iba degenerando sin duda por los enlaces matrimoniales de consanguinidad, en exceso repetidos, y también por las condiciones climatológicas. Apareció otro peligro: los esquimales. En la misma época que los islandeses, los esquimales del Ártico canadiense comenzaban a establecerse en Groenlandia. Afluyeron con ritmo acelerado; en 1300 ya eran más numerosos que los colonos escandinavos, y para éstos se inició una época muy difícil. En 1379, los esquimales atacaron la colonia de Vesterbygden (cerca de Godthab), arrasaron las



viviendas y asesinaron a la mayoría de sus habitantes. La otra colonia quedó también gravemente amenazada, pero consiguió mantener algún tiempo su aislada existencia.

El descubrimiento de América —aunque transitorio y anecdótico— fue el resultado más espectacular de las expediciones nórdicas; pero comprobamos paradójicamente que fue, en la práctica, el más insignificante. Pues, aunque los escandinavos pisaran América, cinco siglos antes que Cristóbal Colón, el descubrimiento no revistió, de hecho, la menor significación histórica. No puede privarse a Colón del honor de haber abierto conscientemente la ruta de América. El primero fue el islandés Leif el Afortunado, hijo del primer colonizador de Groenlandia. En el año 1000 visitó Noruega, y al regresar, su navío perdió el rumbo y fue arrojado tan hacia el oeste, que llegó al continente americano. En la costa halló trigo silvestre; como también encontró viñas, Leif dio a este país desconocido (actual Nueva Escocia, o una faja litoral sita quizás aun más al sur) el nombre de *Vinland* (país del vino), que fue más tarde el nombre escandinavo de la costa oriental del continente americano.

Tres años después del regreso de Leif, el islandés Thorfinn Karlsevni zarpaba de Groenlandia con tres navíos para ir en busca de los nuevos territorios; pasó tres años en Vinland (1003-1006) con sus hombres. En diversas ocasiones se vieron obligados a defenderse contra los aborígenes, que no se sabe si eran esquimales o pieles rojas: tal vez esquimales. Ignoramos también cuánto tiempo dirigieron los vikingos sus expediciones marítimas hacia Vinland. La última que se conoce con certeza es del año 1189, pero hay suficientes motivos para creer que, hasta el 1347, se dirigían navíos de Groenlandia occidental hacia el sur del Labrador, en busca de madera para la construcción naval. Luego decayeron las colonias groenlandesas y los colonos se llevaron a la tumba el secreto de este misterioso Vinland, que para ellos nunca fue otra cosa que una de tantas islas remotas.

Las noticias acerca de las expediciones de los vikingos proceden en especial de las sagas noruegas e islandesas, transcritas hacia el siglo XIV. Los americanos han tratado, con mucho celo desde luego, de descubrir vestigios de tales expediciones y han hecho de vez en cuando "descubrimientos arqueológicos".

La causa de las súbitas invasiones normandas y de su gran notoriedad en tan breve tiempo puede ser hoy indicada con certidumbre. Al principio, las causas pueden haber sido fortuitas — y realmente fue así—, pero, desde el momento en que los escandinavos comprobaron que los pueblos europeos eran incapaces de defender sus riquezas, muchos aventureros se hicieron a la mar para probar fortuna en países más benignos. Acaso no fueran impulsados por la miseria y el hambre, sino más bien por el incremento de la población en la madre patria. Las crónicas, únicas fuentes contemporáneas de las que disponemos, abundan en este criterio.

Pero ¿cómo pudieron convertirse los vikingos en el terror de otros países densamente poblados? Sencillamente por ser admirables navegantes y constructores de navíos, en época en que el arte de la navegación y construcción naval estaban aún en mantillas en Europa. Se ignora cuál fue el proceso por el que los vikingos lograron la forma definitiva de sus naves. Los descubrimientos de embarcaciones prehistóricas son muy raros. Pero los jefes vikingos eran sepultados con sus naves y ha cabido la suerte de desenterrar algunas, relativamente bien conservadas, en Noruega y restos de otra en Dinamarca.

Las grandes y famosas expediciones marítimas nórdicas acabaron por ejercer feliz influencia en el desenvolvimiento de los países atacados. Pero ¿cómo negar que su objetivo principal era robar, saquear a los demás pueblos? "Se oía el ritmo de los remos y el hierro que resonaba", cantaban con fervor los escaldos. Pero también se oían gritos de angustia y dolor y los lamentos de las desgraciadas víctimas, a quienes nadie prestaba atención. No podemos imaginarnos qué romanticismo pueda encerrarse en el grito de desesperada angustia que, en

todas las iglesias de Francia y de Inglaterra, clamaba al cielo: "¡Del furor de los normandos, libranos, Señor!"



*Un barco vikingo; observe el mascarón de proa; en la popa se ubica el timonel. Un hombre atiende el velamen, y los guerreros han dispuesto sus escudos ordenadamente (Del "tapiz de Bayeux", realizado en el siglo XI).*

## **DOMINIOS ESCANDINAVOS EN ORIENTE**

### **Los suecos, en el Oriente europeo**

Algunas inscripciones rúnicas mencionan a suecos que participaron en expediciones a Inglaterra y países sajones. Las incursiones de los vikingos suecos iban casi siempre dirigidas hacia la costa oriental del Báltico, con la que tomaron ya contacto en las edades neolítica y del Bronce. La llanura eslava atraía a guerreros y comerciantes por su red fluvial, muy ramificada, que permitía relacionar el Báltico con los mares Negro y Caspio. Estas rutas fueron utilizadas cuando los godos habitaron las orillas de dichos mares, pero luego olvidadas al ser los pueblos germánicos empujados hacia el oeste por los hunos. Los pueblos eslavos que llegaron después no restablecieron las comunicaciones entre el norte y el sudeste de Europa; esta contribución civilizadora la aportaron los vikingos suecos.

Establecieron, además, almacenes en Novgorod y en Kiev, y ambas se convirtieron en ciudades importantes. Con el tiempo, la pequeña comunidad sueca se fundió con la población eslava y adoptó su idioma. *Svithod hin mikla*, la Gran Suecia, como se llamó a las regiones de Novgorod y Kiev, era un país por completo eslavo. Pero el más importante objetivo de los vikingos suecos y sus descendientes rusos, era Constantinopla o Miklagard (el gran palacio).

Según la tradición, en 907 Constantinopla avistó unos dos mil navíos con ochenta mil suecos y rusos a bordo, dirigidos por su jefe Oleg o Helge. Para librarse de un espantoso saqueo, los bizantinos hubieron de pagar un rescate muy elevado y conceder a los vikingos libre derecho de entrada para sus mercancías y otros privilegios de tipo comercial. Acto seguido, los nórdicos regresaron a sus países. Volvieron luego con sus barcos atestados de pieles, cueros, miel y cera, que tanto necesitaban los griegos para sus iglesias. Otros vikingos se quedaron en Miklagard y se alistaron en la guardia imperial, del mismo modo que sus antepasados germánicos sirvieron, mil años antes, de apoyo al trono de los césares. Se dio a estos "bárbaros de hachas de Thulé" el nombre de *vāringar* (varegos), que significa *juramentados* (*var = promesa*). Eran muy estimados por su fuerza física y su lealtad. Los griegos los comparaban a los héroes de Homero.

Desde el mar Negro, los varegos remontaron el curso del Don. Cerca del mar Caspio hallaron nuevos campos de actividad. Tomaron contacto con los persas y los árabes, en quienes los vigorosos nórdicos causaron gran impresión. En Suecia, en especial en Gotland, se han encontrado unas cuarenta mil monedas árabes, así como diversas alhajas orientales y otros objetos que evidencian las relaciones entre los suecos y los países árabes. Más de treinta piedras rúnicas mencionan gentes que marcharon a Oriente; expedicionarios que fueron a Grecia, uno de ellos "jefe del ejército de los varegos".

Pero lo que más interesa en esta sección es que los primeros príncipes y aristócratas de Ucrania, Bielorrusia y Rusia fueron suecos. En túmulos de Rusia se han hallado objetos que evocan las expediciones suecas. El recuerdo de las hazañas de los vikingos ha quedado vivo en las canciones populares rusas de las orillas del mar Blanco, y viceversa, en los cantos épicos rusos aparecen a veces vocablos de origen escandinavo.

## **El hábitat de las Rusias**

Preciso es saber ante todo que Rusia europea, la que queda al Poniente de los montes Urales, consta de varias Rusias. La verdad es que Rusia propiamente tal es la parte septentrional y oriental. La parte occidental lindante con Polonia y Lituania se llama Bielorrusia (Rusia Blanca); la fértil llanura surcada por los cursos inferiores del Dniéper (Dnipro, en ucraniano), Donetsk y Don se llama Ucrania; y así, hay varias regiones que pocas tradiciones poseen en común con la Rusia propiamente tal, como Moldavia, Crimea (Tartaria), Georgia, los países bálticos (Estonia, Latvia, Lituania), etcétera.

En nuestros días, la Rusia *europaea* se extiende por un territorio casi dos veces tan grande como el resto de Europa; y el imperio que hoy posee es el mayor que jamás haya existido; más grande que el de Alejandro Magno, mayor que el imperio romano, que el creado por las conquistas de los califas, de Gengis Khan o de Tamerlán. Supera incluso en superficie al imperio de Carlos V y al imperio británico en el momento de su mayor expansión.

Desde el punto de vista geográfico, la Rusia europea constituye una prolongación de las inmensas estepas del Asia central. En los países de Occidente, casi cada región geográfica tiene sus cadenas de montañas que la separan de sus vecinas y dan variedad al paisaje: en la Rusia europea, casi todos los macizos montañosos se encuentran en los límites del territorio, como los Urales, los Cárpatos, el Cáucaso y su prolongación en Crimea. El vocablo Ural significa "cintura" en tártaro, y este mismo nombre pudiera aplicarse a todas las montañas del imperio ruso.

A pesar de su inmensa superficie, la Rusia actual no sólo posee un litoral europeo muy reducido, sino que, además, la mitad de él bordea el océano glacial Ártico y el mar Blanco. Rusia es, por tanto, un país esencialmente continental, en oposición a las regiones tan específicamente marítimas de la Europa occidental.

En cambio, Rusia compensa dicho inconveniente gracias a una notable red de río navegables: el curso del Volga alcanza 3.700 kilómetros y cuenta con numerosos afluentes, uno de los cuales, el Oka, tiene 1.550 kilómetros de longitud, en tanto que el Rin, segundo de Europa occidental, sólo tiene 1.300; el Kama, otro afluente del Volga, sobrepasa incluso al Oka en trescientos kilómetros. La cuenca del "padre Volga" o de la "madrecita" como le llaman los rusos, ocupa casi tres veces la superficie de Francia. No obstante, esta enorme red fluvial proporcionaría a Rusia mayores ventajas económicas si el Volga desembocara en un océano en lugar de un mar interior como el Caspio; además, los ríos rusos pierden parte de su valor como vías de comunicación por permanecer helados durante el invierno, como también el mar Blanco y los sectores septentrionales del Báltico. Por último, el tráfico por el Dniéper, el mayor río que desemboca en el mar Negro, está cortado por numerosas cataratas.

El Volga, el Dniéper y el Neva —corto, aunque muy apto para la navegación— son arterias esenciales en el tráfico económico de Rusia. A estas tres corrientes fluviales corresponden tres épocas de la historia del país: en el Dniéper se encuentra la capital del primer imperio, Kiev; Moscú se halla situada en el Volga, o mejor dicho en uno de sus afluentes; por último, la antigua ciudad residencial de los modernos zares, San Petersburgo, hoy Leningrado, se levanta junto a las orillas del Neva.

## **La evangelización de los eslavos**

Los pueblos eslavos, al parecer, son originarios de las marismas de Rokibro, región regada por el Pripet —afluente del Dniéper—, y que se extiende, desde la meseta septentrional rusa, hasta los Cárpatos y el Alto Vístula al oeste y hasta el Alto Dniéper, al este. Más tarde, los eslavos abandonaron sus lugares de origen, para dispersarse en todos sentidos; tales migraciones fueron posibles a causa del vacío demográfico provocado por las invasiones germánicas en el Occidente europeo.

Al terminar sus migraciones a finales del siglo VII, las tribus eslavas habían ocupado la gran llanura de Europa oriental, fértil y atravesada por numerosos ríos; un territorio donde, en la Antigüedad, habían vivido los escitas y los llamados pueblos hiperbóreos. Los eslavos vivían allí de los productos de una agricultura primitiva, pescaban, cazaban animales de ricas pieles, extraían alquitrán y se dedicaban a la apicultura. En un tiempo en que el azúcar aún no era conocida, la miel era un producto muy solicitado; entre otras cosas, servía para la elaboración de hidromiel. Por otra parte, la cera de las abejas era indispensable, en grandes cantidades, para la fabricación de cirios utilizados especialmente en las iglesias y procesiones religiosas. Los eslavos eran paganos, practicaban la poligamia y rendían culto a las fuerzas de la naturaleza, a los dioses de los vientos, del trueno y del relámpago, al dios protector de los animales, así como a otros seres sobrenaturales considerados menos poderosos, los elfos y los gnomos. Sacrificaban animales y seres humanos a los dioses y a los espíritus de sus antepasados.

Ya desde entonces aparece entre los pueblos eslavos la tradicional pasión por el canto y la danza, lo propio que su generosa hospitalidad; sentido hospitalario tan arraigado desde antiguo entre los eslavos, que si no podían recibir de manera decorosa al forastero llegado a su cabaña, éste tenía derecho a tomar de ella todo cuanto necesitara.

## **Cosacos y rusos**

Al norte de los montes Cáucaso y del mar Caspio, el poderoso imperio de los cosacos protegía el territorio habitado por los eslavos, de las peligrosas incursiones de los pueblos nómadas de Asia.

Los cosacos eran un pueblo de origen turco, cuyo soberano y principales jefes habían adoptado la religión judaica en el siglo VIII. Su capital, Itil, en el curso inferior del Volga, constituía un centro comercial entre Europa y Asia. Los cosacos pasaron al mar Negro y llegaron a Bizancio, con cuyo imperio mantuvieron un comercio muy activo. El pueblo cosaco fue el primero de la Europa oriental que entró en contacto directo con los árabes; después los cosacos comerciarían también con los "rus"; o sea con los miembros de la casa real, fundada por Rurik en Kiev.

A principios del siglo IX, las hordas asiáticas comenzaron a amenazar la existencia del Estado cosaco. Al mismo tiempo, otro pueblo entró en escena en el norte; era también gente capaz de crear una organización política. Se trataba de los suecos vikingos, marinos y comerciantes de cabellos rubios —¿color de su cabellera que indujo a los eslavos a llamarles "rus"?-, y que fundaron un Estado, al que se dio asimismo el nombre de Rusia. El núcleo de este primer imperio ruso fue originariamente Novgorod y más tarde Kiev, "madre de todas las ciudades rusas", residencia del "gran príncipe" de Rusia, título adoptado por los dominadores escandinavos.

Los primitivos "rus" introdujeron en su territorio el comercio como medio de subsistencia, sin abandonar por ello la pesca, la caza y la agricultura; y fue ante todo este interés comercial común, el móvil que confederó las ciudades "rusas" en un solo Estado, bajo la hegemonía de Kiev.

El gran príncipe debía garantizar la protección de las ciudades mercantiles rusas, así como la seguridad de las rutas comerciales. Con el fin de sostener las tropas que necesitaba, creó impuestos que debían satisfacer los habitantes de las ciudades, tributos que se pagaban sobre todo en especie, con preferencia pieles, cera y miel. Para transformar estos productos en dinero contante, el gran príncipe practicaba, también, un importante comercio de exportación.

## **Kiev, metrópoli mercantil**

Kiev ejercía su actividad comercial hasta el corazón de Alemania; por tal motivo el emperador germánico entró, como era de esperar, en relaciones diplomáticas con los rusos. Cada año, al llegar la primavera, el gran príncipe cargaba sus mercancías en voluminosos barcos, cuya tripulación constaba de unos cincuenta hombres; entonces otros mercaderes particulares se unían a la flota con sus propios navíos. Los rusos exportaban, sobre todo, pieles y esclavos de raza eslava. No tenían mucha necesidad de mano de obra, ya que vivían preferentemente en comunidades urbanas y sólo cultivaban las tierras adyacentes a sus ciudades; hasta el siglo XII no empezaron a crearse extensas explotaciones agrícolas pertenecientes a las ciudades, época en que los rusos recurrieron también al trabajo servil.

Kiev enviaba importantes expediciones comerciales a lo largo del Dniéper, la arteria vital de la llanura occidental, llamada asimismo la Pequeña Rusia, pero las cataratas obligaban a los tripulantes a arrastrar las embarcaciones, e incluso a llevarlas a hombros de sirvientes. Por tal razón, y también para defenderse contra las bandas de salteadores, las expediciones debían llevar numerosa tripulación. Los rusos seguían en ello la tradición de los antiguos vikingos, desplazándose, bien por el río, bien por la

orilla, hasta el mar Negro, donde podían navegar directamente hacia Constantinopla, a la vez que otros navíos lo hacían del mismo modo, descendiendo por el curso del Don.

Los primitivos rusos pudieron, de esta forma, dominar las tribus eslavas mientras recibieron refuerzos de Suecia, su antigua patria.

Con el tiempo, éstos disminuyeron y la corriente migratoria terminó por agotarse; desde entonces las pequeñas comunidades germánicas, absorbidas por los eslavos, adoptaron su idioma.

## **"El cristianismo no es para varegos"**

El primer príncipe cristiano de Rusia se llamaba Vladimir. Su abuela Olga se había convertido al cristianismo.

En realidad, la princesa Olga, esposa de Igor (945-957), fue la primera que adoptó la religión cristiana, con ocasión de uno de sus viajes a Constantinopla, aunque no lograra introducirla en Rusia, debido a la oposición de los soldados, que decían: "No nos conviene esa religión a nosotros, que no somos mujeres, sino guerreros y hombres".

El hijo de Olga, llamado Sviatoslav (957-972); se preocupó más de los asuntos militares que de los religiosos, pero no perdió por ello contacto con el imperio de Bizancio, conservando así éste, de tal modo, su influjo espiritual entre los antiguos rusos. El historiador bizantino León Diácono describe magistralmente el aspecto pintoresco de dicho príncipe: "Sviatoslav vino a Constantinopla para concertar la paz con el emperador Juan Zimiski, en un barco, manejando el remo como un guerrero cualquiera; su estatura era mediana, la nariz aplastada, los ojos azules, cejas pobladas, perilla y largos bigotes. Llevaba rasurada la cabeza, pero le caía una pequeña trenza hacia la espalda, lo cual indicaba su noble procedencia; su cuello era fuerte; su pecho, ancho, y todo su aspecto era sombrío y salvaje. En una oreja llevaba colgado un pendiente con perlas y sus vestidos eran blancos y muy limpios".

Al morir Sviatoslav, se dividió el poder entre tres de sus hijos: Yaropolk, Oleg y Vladimir. Después de sangrientas luchas, quedó único dueño del principado de Kiev el príncipe Vladimir (980-1015).

En los comienzos de su reinado, Vladimir fue un tirano despiadado, insensible, pródigo en sacrificios sangrientos a los dioses paganos. Según un documento ruso, la *Crónica de Néstor*, fechada hacia 1100, era, además, "tan apasionado por las mujeres como Salomón". Vladimir había intentado al principio hacerse musulmán y sin duda el Islam no debía carecer de atractivos para un hombre tan aficionado a la poligamia y a la guerra; no obstante, y siempre según la *Crónica de Néstor*, la prohibición de comer carne de cerdo y de beber vino le hizo desistir de su idea: "Nosotros, los rusos —debió pensar Vladimir—, no podemos en modo alguno vivir sin beber".

El piadoso monje Feodosi era de opinión muy distinta. En un escrito que puede remontarse a mediados del siglo XI, ataca con dureza la culpable debilidad de sus compatriotas hacia "la buena agua" (vodka): la embriaguez, afirmaba, es una enfermedad incurable y nada regocija más al demonio que ver a un hombre esclavo de la bebida. Feodosi imagina a Belcebú pronunciando estas palabras: "¡Id, diablos; id a enseñar a los cristianos a beber, para que se sometan de esta manera a mi voluntad!" En una obra escrita por otro eclesiástico, el pope Silvestre, de comienzos del siglo XIV, se lee: "Cuando los que participan en un banquete acaban riñendo entre ellos porque están borrachos, los demonios toman nota de sus fechorías y van a contárselas a Satán, que se alegra con ellos de la caída de los cristianos".

Tal afición a la bebida debe estar muy arraigada desde antiguo en el carácter ruso, pues aparece claramente mencionada en las enérgicas advertencias que da a este respecto una especie de "catecismo" ruso que data del siglo XVI. Dicha afición contribuye también, sin duda, a la melancolía que se manifiesta en los cantos populares; quizá sea consecuencia del clima y del duro combate por la existencia que unas y otras generaciones de rusos han debido sostener durante innumerables inviernos en aquellas estepas hostiles; como también a consecuencia de su prolongada esclavitud, con su secuela de hambres y privaciones. El ruso parecía sentir la necesidad de olvidar sus preocupaciones entregándose al alcohol, y la borrachera no le parecía escandalosa ni perjudicial: sino una amiga que, frente a sus necesidades, le hacía estar alegre o, al menos como el sueño, le libraba de sus penas. Además, es más fácil conseguir la embriaguez que el sueño. Más tarde, el propio gobierno inducía al pueblo a la bebida, lo que fue una desgracia nacional. El zar poseía el monopolio de elaboración del vodka y no sólo recompensaba a los taberneros que realizaban con él buenos negocios, sino que castigaba a quienes se mostraban poco celosos en hacer beber a sus clientes. Las "tabernas del zar" se convirtieron con el tiempo en centros de corrupción económica y moral.

Durante varios siglos, el pueblo ruso consideró muy natural el hecho de beber hasta la saciedad, cada vez que se presentaba ocasión. Los primeros embajadores rusos que visitaron España, en 1667-1668, se asombraron de la sobriedad de los españoles: "No hemos visto un solo borracho tendido en el arroyo, ni nadie que perdiera el dominio de si mismo por el influjo de la bebida".

En 1709, el vicealmirante danés Just Juel, entonces embajador en Rusia, se quejaba amargamente de las costumbres locales: "Es casi imposible salir de un banquete sin arruinarse la salud a fuerza de beber". Incluso en la corte, durante una recepción en el palacio de la zarina, madre de Pedro I, tanto la reina como las princesas se entregaban de tal manera a la bebida, que todos los invitados se consideraban autorizados a sumirse en la suave euforia a la media hora, y nadie podía retirarse antes de estar completamente borracho.

## Orígenes de la Santa Rusia

Desde el momento en que el gran príncipe Vladimir abrazó la fe cristiana, no regateó esfuerzos para convertir a ella a sus súbditos. Se cuenta que hizo atar a la cola de un caballo el ídolo que representaba al dios del rayo, para arrastrarlo luego hasta el borde del Dniéper, darle de latigazos y arrojarlo al río. Vladimir hizo quemar también otros ídolos y ordenó que todos los habitantes de Kiev y de otras ciudades recibieran el bautismo. Cierta número de rusos se habían convertido ya al cristianismo, durante los viajes a Constantinopla, e incluso Kiev tenía una pequeña iglesia cristiana. No satisfecho con ello, Vladimir hizo proclamar un día por toda la ciudad que sus moradores debían congregarse al borde del río a la mañana siguiente. Al otro día, muy temprano, toda la población se hallaba dentro del agua, unos metidos hasta el pecho, otros hasta el cuello y muchos sosteniendo a sus hijos con los brazos en alto, mientras en la orilla los sacerdotes y el príncipe Vladimir leían las fórmulas rituales del bautismo. Esta conversión masiva no tardó en dejar sentir sus efectos, y prontamente los personajes notables, los boyardos<sup>10</sup> y los ricos se dedicaron a la construcción de iglesias y monasterios, donde algunos hallaron más tarde, al sobrevenirles la vejez, un refugio contra las preocupaciones y los peligros del mundo. Uno de ellos, el convento de las Grutas de Kiev, se hizo célebre por sus criptas subterráneas y sepulcros de santos, adonde en época moderna todavía se llevaban a efecto nutridas peregrinaciones; al fin,

---

<sup>10</sup> En su origen, se llamaban "boyardos" los componentes de la guardia del príncipe y sus descendientes. En el transcurso de los siglos, otros personajes ricos e importantes fueron admitidos en esta alta nobleza, que corresponde a los títulos de conde y barón en los países occidentales.

el convento se convirtió en una especie de seminario para obispos, y con el tiempo el ideal monástico se fue propagando y extendiendo por toda Rusia.

Como la edificación de la mayoría de las iglesias y monasterios<sup>11</sup> rusos fue obra de la nobleza y de la clase adinerada, creen muchos rusos actuales que para las masas el cristianismo no ha representado más que una forma externa del carácter de la nación, un hábito que las clases dominantes impusieron al pueblo y que, por tal motivo, podía ser desarraigado con facilidad al advenimiento del régimen soviético. Cuando Dostoievski y los eslavófilos —dicen— hablan de la "misión religiosa" del pueblo ruso y presentan la religiosidad rusa como una especie de iluminismo o mística brotada del seno de la Santa Rusia, lo cierto es que no constituye sino una nueva ensoñación, que culmina, por lo demás, en la frase de Dostoievski que afirma que Dios es el alma del pueblo ruso.

Pruebas en contrario de afirmación tan típica de la ideología oficial actual, son numerosísimas e impresionantes. El moderno autor ruso Dimitri Merejkovsky describe la religiosidad rusa en forma sorprendente en su poema histórico *El Anticristo*. Uno de los personajes, Alexis, el desdichado hijo de Pedro I, conversa con una dama de honor de su esposa, de nacionalidad alemana: "Crees verdaderamente en Cristo como hijo de Dios?" La dama no puede responder a esta pregunta y el zarevich exclama: "Eso es. Vosotros, los occidentales, sois inteligentes, fuertes, justos, sois respetados y lo sabéis todo; pero no poseéis a Cristo. ¿Y qué haríais de Él? Os redimís a vosotros mismos. En cuanto a nosotros, somos como unas pobres bestias, vivimos desnudos, borrachos, sucios, peores que bárbaros y que los mismos animales: en cambio, nuestro padrecito Jesucristo está con nosotros y permanecerá con los rusos por toda la eternidad. ¡Es Él, el Santo, quien nos redimirá?"

Vladimir, el antiguo pecador, fue beatificado por la Iglesia ortodoxa en recompensa del celo extraordinario con que se consagró a la conversión de sus súbditos. Ahora bien, la forma de cristianismo que el "Clodoveo ruso" impuso a sus súbditos no fue la romana, sino la griega, pues los eslavos se hallaban entonces bajo el influjo cultural de Bizancio, y fue también el patriarca de Constantinopla quien consagró a la más alta dignidad eclesiástica de Rusia, el arzobispo o metropolitano de Kiev. El abismo que separaba a los mantenedores de "la única y verdadera fe cristiana" —la iglesia de los patriarcas autónomos— de los "latinos impuros" —la iglesia del autócrata espiritual universal— abriría también un profundo abismo entre Rusia y el occidente europeo. Este hecho estaba destinado a ejercer en el futuro una influencia decisiva en el curso de los acontecimientos políticos. Tal antagonismo religioso condujo gradualmente a la ruptura de relaciones con la antigua patria de los primitivos rusos, ya que los escandinavos figuraban, asimismo, entre los "latinos impuros", con quienes no podían ni debían convivir.

Así, pues, fueron los soberanos, la corte, quienes introdujeron el cristianismo en Rusia. A partir de entonces y hasta la explosión revolucionaria del siglo XX, la Iglesia y el Estado rusos permanecieron más estrechamente unidos que en ninguna otra parte.

---

<sup>11</sup> El primer templo cristiano en Rusia fue la iglesia de San Basilio, en Kiev, fundada por Vladimir, sobre una colina donde antes existió el ídolo de Perun. Luego se fundaron otros templos en Kiev: el de Desiatin-Naya (hacia 996-989) del que apenas quedan los cimientos, y el de Santa Sofía (1037), que todavía se conserva. Al mismo siglo XI pertenece otra iglesia, llamada también de Santa Sofía, en Novgorod (1045-1052). Estos dos últimos templos fueron ornamentados con numerosos frescos que caracterizan el arte bizantino.



## Yaroslavl el Sabio

Mediante el asesinato de algunos de sus parientes —lo que no deja de recordar los procedimientos de Clodoveo—, Vladimir logró hacerse dueño de Rusia. A su muerte, sus doce hijos lucharon entre sí por la sucesión; el mayor hizo asesinar a tres de sus hermanastros, pero fue a su vez expulsado del reino por un cuarto hermano, Yaroslavl, y murió en el destierro. Acto seguido, Yaroslavl prosiguió la lucha contra otro de sus hermanos hasta que quedó como único dueño de Kiev, y en 1034 logró unir toda Rusia bajo su cetro. Yaroslavl contrajo matrimonio con una hija del rey de Suecia y tuvo numerosos soldados escandinavos en su guardia personal. Tres de sus hijos se casaron con princesas alemanas; él, pudo más: casó a sus tres hijas con los reyes de Francia, de Noruega y de Hungría, relacionándose así con los países occidentales.

Yaroslavl fue un conquistador; amplió las fronteras de su imperio en todas direcciones. Pero también puso mucho interés en las actividades culturales. Lector incansable, aficionó también a su pueblo a la lectura. Su padre había fundado en Kiev una escuela; Yaroslavl estableció otra capaz para trescientos alumnos en la ciudad de Novgorod. Durante su reinado fueron acuñadas las primeras monedas rusas que llevaban a un lado el nombre de Yaroslavl en eslavo y al otro el mismo nombre en griego (Georgios). Además, Yaroslavl es considerado como el padre de la legislación rusa; por eso las crónicas le dan el título de Sabio. Reunió sus leyes —que ofrecen notable similitud con las del antiguo código escandinavo— en dos códigos, civil y eclesiástico, que recibieron el nombre de *Rúskaia Pravda* (La "Verdad rusa").

Acerca de esta compilación legislativa de Yaroslavl, dice el historiador Alexis Markott. "Éste no es propiamente un código civil, en el que se estableciera la base esencial de los derechos pertinentes a los particulares, sino mejor un libro que contiene únicamente las leyes para castigar los crímenes y defender los intereses materiales de los ciudadanos, aunque considerando estos crímenes y derechos de una forma muy primitiva. Entre estos crímenes se conceptualaban el homicidio, el robo, apropiación ilegal de las herencias, malversación del dinero ajeno y los fraudes y estafa, en asuntos comerciales. Las autoridades no se ocupaban en detener al criminal, pues esta tarea correspondía al mismo perjudicado; éste debía buscar también y hacer comparecer ante los tribunales a los testigos del crimen, sin los cuales estaba prohibido acusar y detener al culpable. La pena capital no se aplicaba casi nunca, porque todos los crímenes se podían castigar con una indemnización pecuniaria. Esta indemnización, de no tener dinero el acusado, debía pagarla convirtiéndose en esclavo del perjudicado por un tiempo proporcional a la magnitud del crimen."

Yaroslavl fue tan piadoso cristiano que, según se dice, hizo exhumar los restos mortales de sus tíos asesinados a fin de bautizarlos y proporcionarles luego sepultura cristiana. Falleció en 1054; su sepulcro constituye una de las más bellas joyas de la iglesia de Santa Sofía, en Kiev.

Yaroslavl dividió el imperio entre sus cinco hijos. En su lecho de muerte, los exhortó fervorosamente a que se amaran y ayudaran entre sí, y a que permanecieran unidos. El primogénito, que recibió el principado de Kiev y Novgorod, debía ser como un padre y un guía de sus hermanos más pequeños. Pero, apenas desapareció Yaroslavl de escena, estalló entre ellos una violenta lucha por el poder. Las guerras sostenidas contra los pueblos vecinos, nómadas o seminómadas complicaron aún más la situación. "En aquella época, en los campos de Rusia, se oía a veces la canción del labrador, pero con mayor frecuencia el graznar de los cuervos que se disputaban los cadáveres", dice un canto popular ruso de finales del siglo XI.

## Vladimir II Monómaco y la decadencia de Kiev

El piadoso Vladimir Monómaco, nieto de Yaroslavl, logró detener durante algún tiempo el inminente proceso de descomposición política del primitivo imperio ruso. Defendió enérgicamente el país contra sus enemigos interiores y exteriores. Vladimir Monómaco no sólo era excelente cazador, sino que en el campo de batalla demostró ser uno de los más valientes príncipes rusos, aunque al propio tiempo poseía un alma tan sensible que no podía contener las lágrimas cuando oía entonar himnos en la iglesia durante las ceremonias religiosas.

Monómaco promulgó leyes que protegían a los campesinos contra los grandes terratenientes y fue considerado por su pueblo como un soberano ideal. En 1125, que fue el último año de su vida, escribió un testamento dedicado a sus hijos; texto en cierto modo valioso para la historia por su sentido humanitario y en el que exhorta a sus hijos a temer a Dios, a proteger a las viudas y huérfanos, a tener compasión de los pobres y a considerar el poder político como una deferencia transitoria que les otorga el Todopoderoso.

También les sugiere un consejo para el mantenimiento de la paz conyugal: "Ama a tu mujer, pero no te dejes dominar por ella", palabras humanas convenientes para un pueblo que creó el proverbio "ama a tu mujer como a ti mismo y sacúdela como a tu gabán". Un catecismo ruso de aquella época recomienda al jefe de familia que maneje el látigo contra su mujer, sus hijos y sus servidores, en caso que sus advertencias sean ineficaces para restablecer el orden, y deberá corregirles, detalla el documento, "hasta que sientan un dolor adecuado y saludable". Con todo, precisa también que no conviene golpear al indócil en el rostro, ni darle puñetazos o puntapiés ni bastonazos en el lado del corazón, como también se prohíbe causar "más de treinta heridas" a un esclavo. Todavía a finales del siglo XVII, algunos padres rusos juzgaban conveniente insertar en las capitulaciones o contrato matrimonial de sus hijas, una cláusula prohibiendo al futuro yerno golpear a su esposa con el látigo, con el pie, o pincharla con la punta del cuchillo. Por otra parte, las leyes rusas eran de una severidad despiadada hacia el deudor insolvente, tanto como el código romano de las XII Tablas. El deudor que no satisfacía sus deudas era atado, medio desnudo, en una plaza pública y flagelado tres veces diarias; y si durante treinta o cuarenta días nadie se enternecía con sus gritos y pagaba la deuda en su lugar, el infortunado debía vender, alquilar o dejar en prenda a su mujer y a sus hijos.

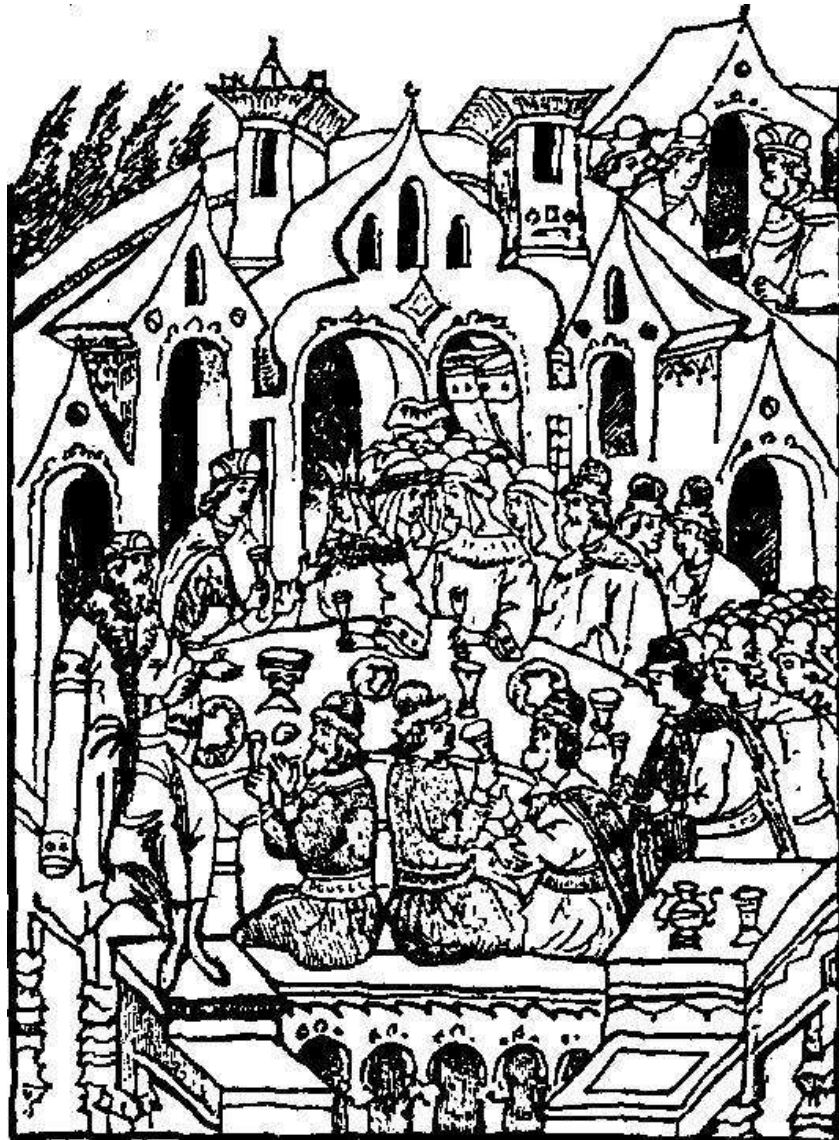
El testamento de Monómaco aparece rebosante de excelentes consejos para la buena administración y vida doméstica de sus hijos, así como para un buen gobierno, tanto en tiempo de paz como en guerra. El precavido padre procura ponerles en guardia contra la pereza, pecado nacional de los rusos, advirtiéndoles que "la ociosidad es la consejera del diablo: ¡que el sol no nos sorprenda nunca en el lecho!" El propio Monómaco se había acostumbrado a supervisar personalmente todo cuanto acontecía en palacio y en la cancillería de gobierno.

Vladimir Monómaco falleció en 1125. Poco después, el desorden reinó nuevamente en Rusia, el imperio se disgregó en varios principados y el gran príncipe de Kiev no conservó de soberano más que el nombre. No obstante, Kiev permaneció durante mucho tiempo siendo para Rusia lo que Roma fue para la civilización cristiana occidental. En Kiev residía el metropolitano; en esta ciudad podían admirarse las iglesias más bellas de Rusia, con sus cúpulas doradas y espléndidos mosaicos, y en Kiev se hallaban los principales monasterios del país.<sup>12</sup> Se convirtió en el centro cultural de

---

<sup>12</sup> Durante los siglos XI y XII prosiguió la erección de templos y fundaciones de iglesias y monasterios en diversos puntos de Rusia. En 1051, el monasterio de Kievopechersk; el templo de San Miguel (1108) en Kiev; el de la Asunción en Vladimir, junto a Kliázma (1160); el de

Rusia, y también se decía entonces "todos los caminos conducen a Kiev", la misma frase que antes se aplicó a Roma.



*Vladimir Monómaco festejando las bodas de su hijo Andrei. En la parte izquierda, Vladimir, con su mano y corona real, conversa con algunos boyardos (primer plano). A la izquierda de Vladimir, el recién casado habla con su esposa, rodeada de numerosas doncellas. En el ángulo superior derecho, se representa a Vladimir en el transcurso de las negociaciones previas a la boda.*

---

San Jorge, cerca de Novgorod (1129), y en esta misma ciudad, los monasterios de San Antonio y San Jorge (1117-1119).

# LA RECONQUISTA HISPÁNICA

## LAS PRIMERAS EXPANSIONES

### El reino asturiano

Los diversos núcleos de reconquista que brotaron en el norte de la península ibérica, fueron espontáneos; no guardaban conexión alguna entre sí, salvo la idea de luchar contra el mismo enemigo islámico, que tampoco estaba siempre unido; y esta idea ni siquiera prevaleció en todas ocasiones. Esfuerzos aislados que, no obstante, originaron luego núcleos de cristalización expansionista. Sus jefes, más bien que reyes —duques de Cantabria, al principio— eran señores más o menos poderosos, capaces de guerrear contra los musulmanes y quitarles tierras y botín para ampliar sus exiguos territorios, a veces más con vistas a aumentar su poderlo, en relación con los hermanos rivales, que contra los propios sarracenos. A eso se reducen, en verdad, los primeros hechos concretos de la reconquista.

La primera región resistente fue Asturias. De Alfonso I de Asturias, vencedor de Covadonga, dice el cronista Salazar y Mendoza: "Diéronle sus vasallos el prenombre de Don, que daban solamente a los santos, para más honrarlo y acariciarlo; usaron de él los reyes, después sus mujeres, luego los Infantes y las suyas, luego los prelados y ricoshombres". Estableció su corte en Cangas de Onís y luego en Oviedo, cuando Alfonso II pudo consolidar su dominio sobre diversas comarcas ocupadas por sus predecesores, aprovechándose de las disensiones habidas entre *walíes* y emires musulmanes. El propio Alfonso II inició una proyección política internacional, pactando alianza en 795 con Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno; además, promovió la fundación de Compostela, santuario del apóstol Santiago, que había de ocasionar con el tiempo constantes peregrinaciones que repercutirían en un mayor contacto hispánico con otros pueblos europeos.

Una vez consolidada su faja litoral y cantábrica, la expansión del reino asturiano se realizó en dirección al oeste (Galicia) y al sur (León) sin dificultades. Éstas sobrevinieron cuando trató de absorber a la gente y señoríos de la meseta castellana. También en el país surgieron los problemas de estructuración social, que turbaban la vida de los pueblos europeos medievales, aunque con otro carácter. Los reyes eran aquí dueños de todos los terrenos yermos, y la alta nobleza —incluso la terrateniente— tenía su lugar idóneo junto al monarca. Éste mediatizaba, además, la actividad clerical. A diferencia de otros reyes europeos, los soberanos españoles, caudillos militares más que otra cosa, debían poseer virtudes castrenses, sobre todo y con carácter obligatorio, dado el régimen de continua lucha contra los mahometanos del sur, cuyas tierras se ofrecían como señuelo de sus anhelos de expansión.

"Et porque a aquella sazón era la guerra con los moros tan grand et tan cutiana — dice la *Crónica General* de Alfonso X— assi los caualleros et los condes et aun los reyes, parauan sus cauillos dentro en sus palatios, et aun segund cuenta la estoria, dentro en sus cámaras o durmien con sus mugieres, porque luego que oyesen ferir apellido touiessen prestos sus cauillos et sus armas, porque se pudiessen armar sin otra tardança para salir allá."

La primera expansión territorial de consideración se llevó a cabo en la segunda mitad del siglo IX, durante los reinados de Ramiro I, Ordoño I y Alfonso III el Magno. Una antigua tradición sostiene que en tiempos de Ramiro cesó de pagarse a los musulmanes un "tributo de cien doncellas", humillación no comprobada aunque sí verosímil, dada la idiosincrasia árabe. Lo cierto es que la expansión del reino asturiano llegó hasta las riberas del Ebro, con la toma de Calahorra (844). Luego fueron reconstruyéndose y repoblándose plazas fuertes —Tuy, Astorga, León— objetivos enemigos en años anteriores. Por último, Alfonso III aprovechó la desintegración política del emirato cordobés en tiempos de Alμόndir (886-888) y Abdala (888-912) para ampliar sus dominios. Fortificó y repobló Zamora, Toro y Simancas, localidades ribereñas del Duero, río que quedó como línea divisoria entre cristianos y musulmanes. Había sido liberada una cuarta parte, aproximadamente, del territorio peninsular. En el año 932, Ramiro II y sus huestes llegaron por vez primera a Madrid; pero eso no pasó de ser una correría afortunada.



### El núcleo navarro

Aunque la marea islámica llegó a tierras vasco-navarras, no arraigó en el país. Años después de la invasión, diversos señoríos vascones mantenían su independencia, sometidos ocasionalmente al poder —puramente nominal— de musulmanes y francos, que parecían disputarse el territorio. Este núcleo se caracterizó por su espíritu de independencia y cierta falta de colaboración con los demás reinos cristianos. Iñigo

Arista parece ser el fundador de la primera dinastía real navarra en el siglo IX; su hijo García Iñiguez fue señor de Pamplona en el año 860. Medio siglo después realizó Navarra su mayor expansión. Sancho Garcés I dilató sus posesiones hasta la cuenca del Ebro, con la conquista de Nájera, Tudela, Valtierra y Viguera (921). A mediados de siglo, la proyección navarra, al socaire de la cordillera pirenaica, llegó hasta el territorio aragonés de Jaca.

El monarca más famoso del reino navarro es Sancho Garcés III el Mayor, que inició su gobierno precisamente en el año 1000. Fue el suyo el más poderoso de los reinos cristianos peninsulares de la época. No sólo se anexionó los condados de Aragón, Ribagorza y Sobrarbe, sino también el de Castilla, en virtud de su matrimonio con doña Elvira, hermana de García, conde castellano. La meseta septentrional se convirtió de este modo en zona de interferencias entre los reinos leonés y navarro. Al morir Sancho Garcés III, en 1035, repartió las tierras de su extenso patrimonio entre sus cuatro hijos, complicando —y debilitando, al propio tiempo— la política reconquistadora por espacio de algunos años.

Algo nuevo había de emerger, sin embargo. Aún admitiendo que el navarrismo fuera entonces un espíritu hispánico doblado de europeísmo, por otra parte un afortunado juego sucesorio y matrimonial cambió la faz de la historia peninsular. Fernando I (1035-1065), hijo de Sancho el Mayor y rey de Castilla, eliminó a León en su calidad de reino hegemónico de la altiplanicie duriense. Castilla pasó así a ocupar el primer plano en la política hispánica en detrimento de Navarra y León, que se convirtieron en reinos secundarios. En la mitad del siglo XI se produjo una situación crucial histórica, un momento trascendental para el porvenir de toda la península.

## **La Marca Hispánica**

La intervención carolingia al sur de los Pirineos se efectuó con carácter operante a partir de la institución del reino de Aquitania, gobernado por Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno. Amenazado por los árabes, decidió Luis constituir una "marca" o frontera fortificada, iniciada con la conquista de Gerona (año 785). La consolidación de la llamada Marca Hispánica no se realizó de modo definitivo hasta la conquista de Barcelona, después de un año de bloqueo y un asedio de siete meses (801). Durante casi tres cuartos de siglo, el país fue gobernado por condes dependientes del imperio carolingio.

La Marca Hispánica fue un cuerpo político mal definido, donde convivían nobles francos con exiliados visigodos y emigrados hispánicos, sobre una población indígena muy removida a causa de las guerras. "Las condiciones defensivas de la Marca —dice Vicens Vives—, que en los Pirineos protegía a Europa contra los posibles retornos del poder musulmán, la transformaron en un reducto militar de primer orden, en el cual la nascente organización feudal europea tuvo campo privilegiado de expansión. La colonización agrícola del país, la recia estructuración del vasallaje, la difusión cultural de los monasterios del sur de Francia y la misma dependencia política de ésta a Roma, crearon en Cataluña una sociedad distinta de la de los bravos montañeses astures, de los grandes potentados musulmanes o de los ensimismados mozárabes. Pese al establecimiento de una dinastía condal propia en Barcelona, por obra de Wilfredo el Velloso (874-898), él mismo proveniente de Carcasona, en el Languedoc, es evidente que durante dos centurias los condados catalanes latieron al ritmo de Francia, aun sin olvidar el apremiante problema de defenderse a diario contra las potentes arremetidas de los musulmanes".

## El condado de Barcelona

El primer conde independiente de la Marca fue Wifredo el Velloso, que liberó Montserrat y murió combatiendo a los musulmanes. Fomentó la actividad del monasterio combatiendo a los musulmanes. Fomentó la actividad del monasterio de Ripoll, importante foco cultural del nordeste peninsular. Sus sucesores no sólo procedieron a dilatar sus dominios más al sur y al poniente de la cuenca del Llobregat, sino que participaron en la complicada política desarrollada en los condados y pequeños señoríos de los Pirineos orientales y en la lucha contra las fuerzas del califato cordobés. Así, el conde Ramón Borrell, después de su visita al Papa Silvestre II —que tanta relación mantuvo con los condados catalanes—, combatió al hijo de Almanzor y emprendió una expedición a Andalucía, más temeraria que provechosa para su país (1010).

El condado consolidó su importancia política a lo largo del siglo XI. Ramón Berenguer I, llamado el Viejo por su precoz entendimiento y sensatez, adquirió por conducto matrimonial algunos condados al norte de los Pirineos —Carcasona, Foix, Narbona y otros—, y robusteció su autoridad interna, atajando los abusos y desmanes del feudalismo, mediante la compilación denominada *Usáticos* o *Usatges*, de carácter legislativo y regulador de las relaciones entre señores y vasallos. Su reinado y el siguiente fueron amargados por dramas familiares. La tercera esposa de Ramón Berenguer, la bella Almodis, fue asesinada por un 'hijo del primer matrimonio del conde. Al morir éste (1076) dejó su condado "pro indiviso" a los dos hijos gemelos que tuvo de Almodis: Berenguer Ramón II y Ramón Berenguer II Cabeza de Estopa, apodo que recibió por su cabellera rubia y encrespada. Un día, cazando en los bosques, que se extendían entre Hostalrich y San Celoni, fue hallado el cadáver de Cabeza de Estopa acribillado de heridas. La voz popular atribuyó el crimen a su hermano, al que llamó "el Fratricida"; a tal efecto se supone que fue citado ante un tribunal presidido por Alfonso VI de Castilla y vencido en un "juicio de Dios". Dícese que, para expiar el supuesto crimen, pasó a formar parte de la cruzada de Godofredo de Buillón y murió en Tierra Santa. Culpabilidad que no ha sido comprobada.

Su sucesor, Ramón Berenguer III el Grande —hijo de Ramón Berenguer II Cabeza de Estopa— casó con una hija del Cid Campeador. Luego —en 1112— contrajo matrimonio con Dulcia, hija de los condes de Provenza, lo que le permitió dilatar sus dominios por el sur de Francia, casi hasta tierras italianas. Era aquélla la época brillante de los trovadores, que tanto influjo ejercieron en la primitiva poesía catalana. Además, Ramón Berenguer III participó en una cruzada naval, organizada por la república de Pisa y aprobada por el Papa Pascual II, contra los piratas sarracenos de las Baleares. Una flota de quinientas naves zarpó del puerto de Salou hacia la isla de Ibiza, derrotando al enemigo y revolviéndose acto seguido contra Mallorca, en donde también fueron vencidos los musulmanes. La empresa se malogró a causa de una epidemia que se cebó en las huestes cristianas, pero sirvió de precedente y premisa para la reconquista de las islas un siglo más tarde.

Antes de morir, Ramón Berenguer III ingresó en la orden de los templarios, dejando el gobierno del condado a su hijo Ramón Berenguer IV. Éste logró la reconquista total de Cataluña adueñándose de Lérida y su comarca, y dominando el bajo valle del Ebro con la toma de Tortosa. Por su matrimonio con la princesa Petronila, heredera del reino de Aragón (1150), pudo unificar políticamente y de modo definitivo ambas soberanías, originándose así el doble reino catalano-aragonés, equivalente del castellano-leonés de la parte occidental del norte peninsular.

Es evidente que los condes barceloneses estaban ya acostumbrados a la coexistencia de varias soberanías hermanas en el país catalán; así, conjuntamente con el condado de Barcelona desarrollaban sus actividades los de Urgel, Besalú, Ampurias, Rosellón, etcétera, y de esta forma no extrañaron la fórmula de un mutuo respeto a las características de ambos Estados —Aragón y Cataluña—, que se confederaban en aquella ocasión según un régimen de perfecta autonomía. Ramón Berenguer IV evitó titularse "rey de Cataluña" o "rey de Aragón"; se satisfizo con la más modesta e inconcreta dignidad de "príncipe", no sin matiz humorístico, ya que solía decir que prefería ser el primero de los condes a ser el último de los reyes. En todo caso, tal solución política de tipo confederal se reveló fructífera en extremo un siglo más tarde, cuando se planteó el problema del gobierno de Baleares y de Valencia, e incluso el más amplio y complejo de las posesiones mediterráneas de la Corona aragonesa. Modernamente se considera que este sistema catalán, derivado de un concepto pactista —*de pacto*— conducía insensiblemente a un pluralismo político, posibilidad que rechazaba Castilla; en resumen, dos concepciones distintas de la organización peninsular, que deberían enfrentarse a lo largo de los siglos.

## LA MESETA, CAMPO DE BATALLA

### Repoblación del valle del Duero

Durante la segunda mitad del siglo X, el más extenso de los reinos peninsulares —el de León— sufrió un período de depresión que coincide precisamente con la aurora y esplendor del califato de Córdoba.

Esta situación pendular se ha producido a lo largo de toda la reconquista hispánica. Por otra parte, el núcleo astur-leonés había tenido hasta entonces una vida social muy pobre y sus núcleos de población llevaban una existencia poco menos que autosuficiente; los monarcas apenas acuñaban moneda; se practicaba un comercio de intercambio en mercados similares a los zocos musulmanes, y la industria apenas si elaboraba más objetos que los absolutamente imprescindibles. Agricultura y ganadería se desenvolvían en un primitivismo rutinario. En épocas de máxima crisis se organizaban correrías —como las *razias* y *aceifas* de los sarracenos— en busca de rebaños.

El rey o *rex* era la autoridad suprema, más o menos obedecida por los nobles y los señores de los castillos. No existía más ejército que la leva general de todos los hombres en edad militar, capaces de empuñar las armas; su jefe nato era el monarca, ayudado por su *alférez*. El monarca gozaba de mayor o menor respeto según sus condiciones personales; los apodosos que atribuyeron a cada uno de ellos insinúan cuáles eran tales cualidades. Sancho I el Gordo (956-965) fue arrojado del trono "por su obesidad", dicen las legendarias crónicas, y sustituido por Ordoño IV el Malo. El craso monarca destronado acudió a Córdoba a curarse de su enfermedad y el califa Abderrahmán III le proporcionó un ejército para recuperar sus tierras, a cambio, naturalmente, de castillos y plazas estratégicas y de un auténtico vasallaje. En el último cuarto de siglo, durante los reinados de Ramiro III y Bermudo II el Gotoso, la meseta septentrional fue devastada y assolada por las expediciones de Almanzor.

Alfonso V el Noble (999-1028) restauró el país, en especial León, su capital, donde se celebró un notable concilio en 1020, en que pudo el monarca otorgar el fuero de León —"buen fuero", según calificativo popular—. "En comparación con las ciudades musulmanas —dice Ubieta Arteta—, las cristianas resultan muy pobres. En el



siglo X, León no rebasó los siete mil habitantes, cifra evidentemente alta en comparación con las europeas. En la misma ciudad leonesa, apenas se ha podido documentar para este siglo la existencia de media docena de tiendas." Coincidiendo con la disgregación política del califato, conocida con el nombre de reinos de "taifas" — *Muluk al-tawaiif*, reyes locales-, la monarquía leonesa volvió a su expansión territorial. Hacia el oeste, Alfonso V trató de dominar al norte portugués y puso sitio a Viseo, donde perdió la vida. Su sucesor, Bermudo III, y el reino leonés quedaron eclipsados ante la personalidad de Sancho Mayor de Navarra y la creciente importancia de Castilla.

La repoblación cristiana de las tierras reconquistadas se efectuaba asentando núcleos humanos en pequeñas colinas fortificadas o en las márgenes y confluencias de los ríos, donde la defensa fuera fácil. En otros puntos, pudieron ser restauradas las antiguas estructuras urbanas fundadas por los romanos, y precisamente León era una de ellas. Con referencia a la repoblación del valle del Duero, debe tenerse en cuenta, además, que a lo largo del siglo IX ya se habían iniciado algunos asentamientos en todos aquellos territorios que los musulmanes habían ido abandonando, con gentes procedentes de Galicia, Asturias y regiones montañosas cantábricas, vascones en especial, así como con algunos mozárabes emigrados desde el sur, con motivo de las dificultades allí surgidas en los momentos de crisis martirial; por ejemplo, mozárabes procedentes de Toledo repoblaron Zamora y restauraron el monasterio de Sahagún (904). Ya es sabido que estas ocupaciones territoriales eran muy simples y quedaban perfectamente legalizadas mediante la llamada "presura" o "aprisio"; es decir, la obtención de la propiedad de un lugar yermo concedido por el rey o sus representantes, por el solo hecho de cultivarlo, bastando para ello que un grupo de peones buscase una zona con agua para asentarse en ella y poner en explotación terrenos vacíos. En algunos lugares, los "presores" lo manifestaban públicamente enarbolando el estandarte real y haciendo sonar un cuerno, al propio tiempo que recorrían los límites del terreno que iban a poner en explotación.

Durante el siglo X debemos continuar fijando la atención en estos hechos humanos de tanta importancia, como la repoblación de la meseta duriense. Todo ello dio lugar a un vivo proceso de democratización de la zona fronteriza, al otorgar los monarcas amplios privilegios a cuantos acudieron a poblar las ciudades y villas fortificadas de antigua o reciente fundación. Al mismo tiempo, engendró un espíritu llamado a desempeñar un notorio papel en la vida española: el castellano.



## El condado castellano

Castilla, "tierra de castillos", que iba a abarcar más tarde casi toda la meseta española, era en sus orígenes una zona de mínima importancia. El *Poema de Fernán González* nos la describe de esta manera:

*"Estonçes era Castylla un pequeneno rryncon,  
Era Montes Doca de Castylla moión,  
Moros tenían a Caraço en apuesta sacon.*

.....

*Entonçes era Castylla toda una alcaldía,  
Maguer que era pobre, esa ora poco valía.  
Nunca de buenos omnes fuera Castylla vaçía,  
De quales ellos fueron, paresçe oy día,  
Ovo nonbre Fernando el conde de prymero,  
Nunca fue en el mundo otrro tal cavallero... "*

Hasta el mismo año en que comienza el siglo IX no es siquiera mencionado su nombre. Pero fue bravía tierra de marca y frontera, preferida por los ejércitos cordobeses en sus correrías y algaras. Los monarcas leoneses no la consideraron más que como amplia faja defensiva de su propio reino. Los condes castellanos dependían del rey de León, pero se mostraban a menudo insumisos, tendencia que recogen los versos del *Romancero* o colecciones de romances, poemas cortos de la literatura española medieval. Al principio, Castilla sólo contaba con algunas plazas fuertes —Amaya, Pancorbo, etcétera— para defender una zona que abarcaba del alto Pisuerga al alto Ebro. Los cronistas medievales afirman, sin que podamos confirmarlo, que la región castellana se desligó de la soberanía leonesa, designando dos jueces, Laín Calvo y Nuño Rasura, en régimen de autogobierno. Lo cierto es que el primer jefe estatal castellano fue Fernán González, figura histórica matizada de leyenda, que llena todo el período de mediados del siglo X y es héroe de gestas y romances. Político sagaz y experimentado, amplió su condado, se anexionó vecinos señoríos y consiguió "de facto" la independencia del país.

Pasado el largo período de invasiones procedentes del califato, que tanto castigaron el territorio castellano, el condado no mostró síntomas de recuperación. Durante los primeros años del siglo XI, parecía que Castilla iba a caer de nuevo bajo la órbita leonesa; en realidad, pasó a poder del reino navarro. Fue sólo una época de transición; a la muerte de Sancho el Mayor de Navarra (1035), recobró definitivamente su independencia.

## Conquista de la cuenca del Ebro

También el reino de Aragón tuvo un origen político similar al de la Marca Hispánica, con el que luego se uniera. Uno de sus primeros condes, Aznar Galindo, era vasallo del señorío de Tolosa (Toulouse) y reconocía la soberanía de los reyes francos. Aragón fue incorporado después al reino navarro de García Sánchez I. Quedó independiente en 1035, fecha en que inicia su gobierno Ramiro I, hijo de Sancho el Mayor de Navarra, que se proclamó rey, pese al reducido territorio que poseía: la zona septentrional de las cuencas de los ríos Gállego y Aragón, del cual tomó el nombre esta

monarquía. Cuatro años después pudo ampliar sus dominios con la anexión de los condados de Ribagorza y Sobrarbe, debido a que su hermano Gonzalo, señor de ellos, murió asesinado y sin sucesión.

Al principio, la reconquista aragonesa fue lenta y difícil. Varias poblaciones fueron cayendo en poder de los cristianos: Benabarre, Graus, Barbastro. Un príncipe emprendedor, Pedro I, derrotó en Alcoraz a un nutrido ejército musulmán y prosiguió el sitio de Huesca, iniciado en el reinado de su padre, quien murió en su intento de conquistar la plaza: en su agonía hizo jurar a su sucesor que remataría la empresa. Ello se logró en 1096. Desde entonces se veía la fulgurante expansión de un pequeño Estado en busca de espacio vital.

Por espacio de treinta años (1104-1134), Alfonso I el Batallador permaneció en lucha constante contra el emirato zaragozano. Como contrajera matrimonio con doña Urraca, hija del monarca castellano Alfonso VI, viose envuelto en la turbulenta política de aquel reino y en la red de intrigas de su consorte. Las pésimas relaciones entre ambos cónyuges dieron mucho que hablar. El Batallador trataba a su mujer "mal de palabra y no mejor de obra, propasándose a poner en la reina las manos y los pies, dándole bofetadas en el rostro y puntapiés en el cuerpo", como dice Flórez; también ella, algo peor que frívola, daba motivos más que suficientes para tales tratos. De un modo u otro, malogróse la unión política castellano-aragonesa proyectada con tales enlaces matrimoniales, que tampoco tuvieron éxito más tarde cuando se habló de unir un príncipe castellano con Petronila, sobrina del Batallador, y que casó, como queda indicado, con Ramón Berenguer IV.

Conquistadas las plazas de Egea, Tauste y Tudela, lograba Alfonso I de Aragón la conquista más sensacional: Zaragoza, llave de la cuenca del Ebro y capital natural del reino (1118). La liberación de Tarazona, Borja, Epila, Calatayud, Alhama y otras plazas, le permitieron duplicar sus dominios. Como si ello no bastara, emprendió una temeraria correría a través del territorio musulmán, llegando hasta los comarcas de Salobreña y Vélez Málaga, liberando a unos quince mil cautivos y subyugados mozárabes (cristianos residentes en tierra islámica), que fueron luego espléndidos colonos y repobladores de las zonas que conquistara a ambos lados del Ebro.

Estas espectaculares correrías eran posibles —y a veces, nada dificultosas— tanto en el bando cristiano como en el musulmán. En realidad, las famosas cincuenta campañas del dictador Almanzor no fueron sino una afortunada y continua algara que duró un cuarto de siglo. Alfonso VI, rey de Castilla y de León, para vengarse en 1082 de los sevillanos, recorrió en algara su reino y llegó hasta las playas de Tarifa, donde, metiendo su caballo en el agua, dijo la frase célebre: "Esta tierra, último límite de España, la he pisado yo". El Cid Campeador recorrió a placer y a discreción todas las regiones levantinas peninsulares. El rey castellano Alfonso VIII emprendió correrías por territorios andaluces; en 1194, avanzó hasta las playas de Algeciras, desde donde lanzó un arrogante reto al emperador almohade del norte de África.

Murió Alfonso luchando frente a los muros de Fraga; en un extraño testamento legó su Estado a los caballeros templarios y hospitalarios de san Juan.

Tal sucesión no fue aceptada por aragoneses ni navarros, unidos al reino de Aragón desde 1076. Éstos eligieron a García Ramírez, llamado el Restaurador y descendiente de Sancho el Mayor; desde entonces, Navarra formó Estado aparte, ligando sus destinos políticos más a los intereses franceses que a los españoles. En Aragón fue proclamado el monje benedictino Ramiro, hermano del difunto Alfonso. Logradas las dispensas canónicas del caso, fue coronado rey. Tuvo que reprimir a algunos nobles; la leyenda de la "Campana de Huesca" supone que decapitó a muchos,

uno por uno. Casó con Inés de Poitiers y tuvo una hija, Petronila, que casó con el conde catalán Ramón Berenguer IV.

## **El reino de Castilla y León**

El primer monarca que unificó políticamente a Castilla y a León fue Fernando I, hijo de Sancho el Mayor de Navarra. Dueño de Castilla por herencia paterna y de León por su matrimonio con doña Sancha, hermana del rey leonés, ejerció también influjo político en Navarra —aunque sólo indirecto— por haber derrotado y muerto a su rey, su envidioso hermano García, en la batalla de Atapuerca (1054), cerca de Burgos.

Fue entonces precisamente cuando en realidad asomó Castilla en la historia. El pueblo castellano, de sangre vasca y cántabra en sus orígenes, había adoptado la conformación de una sociedad abierta, dinámica y arriesgada, como suele serlo toda estructura social en una frontera que avanza hacia tierras susceptibles de incorporación. La expansión y la trashumancia económica acompañan al despliegue político y guerrero. A aquel pueblo de pastores y campesinos que labraban las vegas del Arlanza o del Carrión y conducían sus rebaños hasta más al sur del Duero —la Extremadura soriana— no le importaba trocar el arado o el cayado pastoril por la espada y el arco, tanto en la defensa contra la correría enemiga como en el golpe de mano afortunado más allá de las cordilleras del Sistema Central. Ello explica mejor las espectaculares campañas de Fernando I y de sus sucesores.

La situación era propicia para otra embestida contra las fronteras musulmanas. Las montañas que dividen ambas mesetas castellanas —la vieja, al norte; la nueva, al sur— constituían todavía una zona difícilmente franqueable para los cristianos. Fernando I pasó al sur de aquella barrera orográfica y amedrentó al rey taifa toledano, a quien obligó a pagar parias o tributos. Dirigió también sus armas hacia el norte de Portugal, apoderándose de Viseo, Lamego y Coímbra, y dominando no sólo el valle inferior del Duero, sino el río Mondego, que se fijó como frontera durante algún tiempo. En sus incursiones militares llegó al reino moro de Sevilla, al que hizo también tributario. Al propio tiempo, aseguró su frontera oriental con las conquistas de San Esteban de Gormaz y Osma, y trató de abrirse camino hasta Valencia (1064), en cuya expedición enfermó de gravedad y hubo de retirarse a León, donde falleció al año siguiente. Repartió sus Estados entre sus tres hijos: Sancho II (Castilla), Alfonso VI (León), García (Galicia) y sus dos hijas Urraca (Zamora) y Elvira (Toro).

Época favorable para la formación del pueblo castellano, era ésta. En medio de choques, acaso triviales aunque psicológicamente decisivos, se iba fraguando su temperamento guerrero y aventurero, su voluntad de mando y la vocación ambiciosa a un alto destino. Castilla se iba forjando en una dinámica revolucionaria e individualista en cierto modo, sin clases sociales demasiado cerradas, en que el villano podía elevarse por sus méritos a caballero y llegar incluso a la riqueza si sabía jugarse la vida y tener suerte en el botín capturado. Una mentalidad de temeridad y riesgo, de aventura e imprevisión, caudillista y sobria, incomprensible para los reposados leoneses de aquel tiempo y capaz de producir fuertes y viriles personalidades.



*Jura del rey Alfonso VI. de Castilla*

## **Alfonso VI y el Cid**

Uno de los caballeros nobles de aquel tiempo, el Cid Campeador, tomó el camino hacia el Mediterráneo indicado por el rey Fernando I. Llamábase Rodrigo Díaz de Vivar. Era alférez de Sancho II, al que sirvió con lealtad en todas sus campañas. El Cid yendo a cobrar tributos a Sevilla, luchó allí al servicio del rey moro contra el de Granada, a cuyo servicio estaba su enemigo García Ordóñez, noble castellano del partido "leonés". Como los trasiegos personales políticos son frecuentes, lo propio que el Cid fue a Sevilla y García Ordóñez a Granada, asimismo los reyes Alfonso VI y García se refugiarían, respectivamente, en Toledo y Sevilla. Todos recorrían España entera, de corte en corte, sin preocuparse de si eran musulmanes o cristianos, bastándoles con que fuesen amigos o enemigos. Cuando alguno era "desterrado" —sea Alfonso, sea el Cid— acudía a casa de sus amigos los reyes moros, sean de Toledo o de Zaragoza, antes que ponerse al servicio del rey de Francia u otro príncipe cristiano de allende los Pirineos.

La política disgregante de Fernando, que había convertido sus Estados en cinco reinos de taifas o poco menos, no complacía a Sancho II de Castilla, quien trató de unificarlos de nuevo bajo su mando. García fue pronto expulsado de su reino gallego y Sancho volvió entonces sus armas contra Alfonso VI de León. Derrotado éste en los campos de Golpejera (1072), fue apresado y encarcelado en Burgos, pero recobró la libertad gracias a los buenos oficios de Urraca, la hermana apasionada de Alfonso; el destronado leonés pasó entonces a refugiarse en la corte del rey moro Al-Mamún de Toledo —como García buscó amparo en la de Al-Motamid de Sevilla—, lo que evidencia una vez más la excelente armonía entre soberanos cristianos y musulmanes en tiempos de paz.

Durante su estancia en Toledo, breve pero decisiva, Alfonso no permaneció ocioso. "Al-Mamún acogió a Alfonso con espléndida hospitalidad —narra G. de Valdeavellano—, lo alojó en su suntuoso palacio, que se alzaba sobre las murallas de la ciudad, frente al puente de Alcántara. El desterrado, que podía pasearse por los dilatados

jardines de la "Huerta del Rey", al otro lado del río, tuvo ocasión de presenciar las brillantes fiestas de la corte toledana, de ponerse en contacto con los sabios y poetas que en ella vivían, de familiarizarse con las costumbres moras, de recorrer libremente Toledo y sus fortificaciones, y aun de guerrear a veces con los musulmanes enemigos de Al-Mamún."

Sancho II, una vez conquistados León y Galicia y el señorío de Toro, trató luego de apoderarse de Zamora, defendida por Urraca con la mayor tenacidad. Ante los muros de esta plaza sucumbió Sancho en un atentado perpetrado por un fingido desertor. El Romancero refleja abundantes pasajes de esta época y nos ofrece una serie de cuadros épicos con un Cid históricamente deformado, exigiendo que el nuevo soberano Alfonso VI demuestre su inocencia ante posibles sospechas de complicidad en aquel asesinato:

*En Sancta Gadea de Burgos,  
do juran los hijosdalgo,  
allí le toma la jura  
el Cid al rey castellano...*

Desterrado el Cid, paladín de la corte castellano-leonesa, se vio obligado a merodear por tierras levantinas, ofreciendo su ayuda y experiencia militar a unos y a otros. La muerte del rey Al-Cádir de Valencia le permitió asentarse definitivamente en esta ciudad, señoreando un territorio que comprendía desde el Maestrazgo hasta Penna Cadiella (Benicadell), límite entre las provincias de Valencia y Alicante. Logró resistir la invasión de los fanáticos almorávides norteafricanos, que aunque, según parece, no pudieron tomar la ciudad en vida del Cid, la tuvieron en su poder tres años después de la muerte del héroe, en 1102. Jerusalén había caído en aquellas fechas en poder de los cruzados.

El último cuarto del siglo XI señala un cambio en la situación y en la mentalidad, política e ideológicamente, de la sociedad española. Hasta entonces había habido cierta tolerancia entre cristianos y musulmanes; ésta apenas seguiría siendo posible, luego, en pleno espíritu de las cruzadas. Nuevas oleadas de africanos recién convertidos al Islam por una parte; por otra, la expansión reformista de los monjes cluniacenses, provocaron hostilidad e intransigencia en ambos bandos. El área peninsular aparecía dividida, más o menos, en partes iguales entre uno y otro. El antagonismo confesional de las dos zonas se acentuó, áspero e hiriente; el fiel de la balanza se inclinaría, al fin, siglo y medio más tarde, en favor de los cristianos; esta vez de modo definitivo. Una época que señala la trayectoria decisiva de la Reconquista.

## **Orígenes de la monarquía portuguesa**

Portugal había constituido en sus comienzos parte integrante del grupo de condados de Galicia, región de la que es natural prolongación geográfica. El territorio habíase ido ampliando a costa de los musulmanes, hasta abarcar la zona entre el Miño y la vertiente septentrional del Tajo, recibiendo el nombre de país de *Portus-cale*, del estuario donde hoy se halla Oporto. Su existencia política independiente se inició después del reinado de Alfonso VI, monarca que casó a sus dos hijas, Urraca y Teresa, con dos príncipes franceses, Raimundo y Enrique de Borgoña; que sirvieron en los ejércitos del monarca castellano-leonés.

Urraca y Teresa no eran hijas de la misma madre, lo que acaso explique la escasa armonía entre ambas. Alfonso VI tuvo una vida amorosa muy accidentada. Durante el reinado de su primera esposa, Inés de Aquitania, que no le dio hijos, tuvo efecto el célebre litigio sobre la mutación de la liturgia mozárabe por la latina, favoreciendo la reina este último rito. También fue ardiente partidaria de esta liturgia su segunda esposa, Constanza la Borgoñona (1080), tratando de introducirla en Toledo, a pesar de la oposición de los propios cristianos. Alteróse también la paz que existía en la capital toledana, por haber convertido la mezquita mayor de los musulmanes en catedral, con la lógica y natural protesta de los sarracenos, a quienes se había prometido respetar el templo. Constanza fue madre de Urraca, que heredó el reino castellano-leonés.

Pero como Alfonso VI no tuviera hijos varones herederos del trono, se apresuraba a casarse apenas enviudaba, y así contrajo tercer enlace con Berta (1092), probablemente una princesa toscana. Al no lograrlo tampoco, cayó con Zaida, nuera de Al-Motamid de Sevilla, que fue bautizada con el nombre de Isabel; el monarca no se recataba de llamarla "amadísima", incluso en los documentos oficiales (enero, 1103); una de sus hijas casó con el rey Roger I de Sicilia. La quinta esposa de Alfonso, llamada Beatriz (1108), sólo convivió un año con el monarca. En cuanto a Jimena Muñoz, fue la más notoria de las concubinas de Alfonso VI. De ella tuvo a Teresa, casada con Enrique y dotada con el condado portugués.



Como Alfonso VI entregara el condado de Portugal a Teresa y a Enrique, en calidad de simple feudo, parecía que no quedaba rota la unidad política de la monarquía, pero no fue así. La soberanía teórica del reino castellano-leonés fue sustituida por la pontificia: el papa se convertía en soberano de Portugal, pero ello sólo era el puente para que el país se desligara por completo de sus antiguos lazos y se declarara independiente. Alfonso Enríquez, hijo de Teresa, fue el primer rey portugués, título que le concedieron sus tropas el 25 de julio de 1139 en los llanos de Ourique, a continuación de una terrible batalla en que venció a media docena de príncipes musulmanes. Sus soldados proclamaron que había estrenado dignamente su reinado. Para legalizar tal designación, proclamada en un momento de belicoso entusiasmo, Alfonso Enríquez celebró cortes en Lamego, donde quedó confirmada la monarquía recién surgida: "Viva y reine sobre

nosotros el señor rey Alfonso. Si tiene hijos, vivan y reinen sin necesidad de proclamarlos reyes..."

En 1147 logró un nuevo triunfo, la conquista de Lisboa, la más importante y rica de las ciudades musulmanas del poniente peninsular. En esta ocasión se vio favorecido por un auxilio inesperado. Aunque asediada por tierra, se mantenía firme gracias al mar, que quedaba libre para los sarracenos. De pronto penetraron en el estuario del Tajo doscientas naves normandas, mandadas por el flamenco Aerschot, cruzados que se dirigían por mar a Tierra Santa. Alfonso Enríquez les suplicó que le ayudaran; así fue como se adueñó de la ciudad e incluso de la ciudadela, que resistió hasta el último instante. En conmemoración de esa conquista, el monarca erigió el célebre monasterio de Alcobaça, uno de los más interesantes monumentos portugueses.

La expansión en dirección sur fue la trayectoria natural de los siguientes monarcas portugueses, pese a la nueva oleada norteafricana, los almohades. Sancho I (1185-1211) se anexionó el territorio de Alemtejo. Sancho II (1223-1248) y Alfonso III completaron la conquista de la última faja territorial portuguesa, el Algarbe, nombre que significa "país de poniente" en idioma árabe.



## ÉPOCA DE TRANSICIÓN Y CONTENCIONES



## Toledo, la capital simbólica

La liberación de esta ciudad significaba mucho para los castellanos, y ha sido considerada como el hecho más trascendental —al menos el símbolo— de toda la Reconquista. Toledo había sido la capital del antiguo reino visigodo, la de los famosos concilios. Como la invasión musulmana no lograra asentar en ella un núcleo importante de islamitas, la población había quedado integrada por mozárabes en su mayoría. Ello explica su resistencia a ser sometida o absorbida por los emires y califas de Córdoba, que, en diversas ocasiones, hubieron de enviar contra ella considerables fuerzas armadas. Los toledanos buscaron a menudo el apoyo de los príncipes cristianos del norte, fueran Ordoño I o Armengol de Urgel.

Una buena oportunidad para lograr amplia autonomía fue la ofrecida por la desintegración del califato cordobés en reinos de taifas durante el primer tercio del siglo XI. Toledo se constituyó en reino independiente y mantuvo excelentes relaciones con Castilla y León. Como Alfonso VI se viera desposeído de su reino leonés a causa de la campaña anexionista de su hermano Sancho II, buscó refugio en Toledo (1072). Como queda indicado, Al-Mamún le concedió cordial y generosa hospitalidad hasta que pudo recuperar sus posesiones, acrecentadas luego con las de Castilla, Galicia y los señoríos de Zamora y Toro. Conseguía así lo que no pudo lograr su hermano Sancho por la fuerza de las armas. Al morir Al-Mamún en 1075, y cambiar el rumbo de la política en el reino musulmán, pensó Alfonso más de una vez en incorporarse Toledo. La población se polarizaba entonces en dos tendencias: la islámica, apoyada por el rey taifa de Badajoz, y la mozárabe. Había llegado la hora de Alfonso VI.



*Alfonso VI. y la conquista de Toledo.*

Más que una conquista militar de la ciudad, hubo una incorporación de la misma a la órbita castellana. Alfonso VI venció al monarca de Badajoz y le arrebató Coria (1079), con lo que fortaleció el ala derecha de su frontera y se asentó con firmeza en Extremadura. En mayo de 1085, realizó por fin su entrada en la capital toledana, facilitada por el partido de los mozárabes y a la mayor satisfacción de ellos. La conquista de la ciudad acarrea consigo la de un amplio y profundo frente territorial que comprendía las comarcas de Talavera, Madrid, Alcalá, Guadalajara y Cuenca. Por

la llamada "dote de Zaida", princesa musulmana —nuera de Al-Motamid, rey de Sevilla, que había enviudado y con la que Alfonso contrajo matrimonio—, Alfonso era dueño del alto valle del Guadiana y cuenca superior del Júcar. Prácticamente quedó en su poder casi toda la meseta meridional castellana.

Ahora bien, con las conquistas de Alfonso VI se emprendió también una repoblación en gran escala y, en toda la cuenca del Tajo, empezando por Toledo, se planteó a los castellanos el considerable problema de incorporar en masa elementos humanos difícilmente asimilables, tales como musulmanes y judíos, unos y otros comerciantes y artesanos, y aquellos también excelentes cultivadores en las vegas; y todos de cultura superior y economía rica y compleja. Es indudable que la primera actitud castellana respecto a las poblaciones sometidas fue transigente y comprensiva; no podía ser de otra manera, dada la propia tradición europea de la dinastía y la posibilidad más o menos remota de resolver la lucha contra el Islam con un amplio gesto de concordia.

Pero Alfonso VI rigió su monarquía, que intentaba hacer imperial, en tiempos de crisis de nacionalismo hispánico visigótico-mozárabe. Sus matrimonios con princesas de Aquitania y Borgoña, el casamiento de sus propias hijas con príncipes borgoñones y la penetración en España de los monjes benedictinos de la abadía de Cluny, determinaron una sensible y creciente influencia francesa en la corte. Este influjo se hizo cada vez más intenso y originó también la sustitución —aunque no sin tenaz resistencia— de la antigua liturgia mozárabe de la Iglesia española por la de rito romano, impuesta por la política eclesiástica centralizadora de los Papas. "Esta aspiración pontificia hacia una monarquía universal —recuerda G. de Valdevellano-, en la que todos los poderes espirituales y temporales estuviesen sometidos a la sede apostólica de Roma y le debiesen obediencia y tributo, procuraba, ante todo, eliminar cualquier nacionalismo o particularismo eclesiástico en la liturgia, en las costumbres del clero y en la designación o investidura de obispos y abades por los príncipes y potestades temporales. La liturgia nacional de la Iglesia hispanogoda, mantenida entre los mozárabes y la mayor parte de los cristianos independientes después de la conquista musulmana, era, por lo tanto, un obstáculo en el camino unificador perseguido por los pontífices; Gregorio VII no desmayaría en su acción por eliminarla."

A mayor abundamiento, en 1090 se celebró un concilio en León que desterró el uso, en los libros del oficio eclesiástico, de la vieja letra "visigoda", que no comprendían los numerosos clérigos franceses o afrancesados que había en León y Castilla, y ordenó fuese sustituida por la "carlovingia" o francesa; disposición que preparó el camino para que paulatinamente fuese desapareciendo de libros y documentos la tradicional letra "visigoda" a favor de aquella francesa importada por la clerecía cluniacense, forastera e intransigente, pero que acabó imponiendo su absoluto predominio desde la segunda mitad del siglo XII.

La política liberal de Alfonso pudo mantenerse, sin embargo, en sus relaciones hacia islámicos y hebreos; fue entre ellos, y no a Francia, donde buscó refugio cuando su hermano Sancho II le expulsó del reino leonés. Alfonso quiso mostrar que concedía un amplio margen de tolerancia, considerándose monarca "de los hombres de las dos religiones", con lo que, además, declaraba implícitamente su intención de recabar para sí la soberanía del resto de la península todavía ocupado por el Islam. Pero una inesperada y nueva situación político-religiosa en tierras africanas le demostraría que el fruto se hallaba aún en agraz.



*El Cid.*

## El "Poema del Mío Cid"

Al alborear el siglo XII, la lengua da ya un primero y muy brillante fruto literario: el *Poema del Cid*. En él se resumen leyendas que ya habían corrido de boca en boca en vida del héroe castellano, y que en 1140, menos de medio siglo después de la muerte del héroe, adquirieron forma acabada: si no tal como han llegado a nosotros; al menos de modo muy parecido.

El Poema aparece dividido en tres partes:

I. A su regreso de Andalucía, el Cid es acusado por intrigantes cortesanos de haberse guardado parte de las parias o tributos cobrados a Al-Motamid de Sevilla y a otros príncipes musulmanes. Enojado, Alfonso VI destierra al héroe. Éste se despide apesadumbrado de su casa de Vivar, y con sesenta de los suyos se dirige a Burgos, donde no halla hospitalidad, por haberlo prohibido severamente el monarca; así se lo comunica llorando una niña:

*"El rey lo ha vedado —, anoch dél entró su carta,  
con grant recabdo — e fuertemiente seellada.  
Non vos osariemos — abrir nin coger por nada;  
si non, perderiemos — los averes e las casas,  
e aun demás — los ojos de las caras.  
Oid, en el nuestro mal — vos non ganades nada..."*

Acampa el Cid en las afueras de, la población y allí se le une Martín Antolínez, "el burgalés conplido", quien puede abastecerle gracias a su astucia en engañar a dos judíos, Raquel y Vidas, a quienes ha dejado en depósito dos arcas llenas de arena, haciéndolas pasar por un tesoro de oro y plata. Luego, acude a San Pedro de Cardeña y se despide de su esposa doña Jimena y de sus hijas Elvira y Sol (históricamente, Cristina y María) en una escena emotiva: "*assis parten unos d'otros — como la uña de la carne*". La reducida hueste se dirige hacia Atienza, frontera cristiano-musulmana. En Castejón entabla la primera batalla, tomando la localidad por sorpresa. Poco después sigue la cuenca del Jalón y acampa en Alcocer, de que se

apodera también gracias a una estratagema, si bien por ello ha de enfrentarse con tropas enviadas por el rey moro de Valencia, a las que derrota por completo:

*"Enbraçan los escudos — delant los coraçones,  
abaxan las landas — abueltas de los pendones,  
enclinaron las caras — de suso de los arzones,  
ívanlos ferir — de fuertes coraçones..."*

Todas las comarcas entre Teruel y Zaragoza quedan bajo su influencia. Percibe tributos y prosigue luego hacia tierras de Alcañiz Y montes de Morella, donde se ve obligado a luchar contra el conde de Barcelona (Berenguer Ramón II), en el Pinar de Tebar; allí gana el Cid la rica espada *Colada*, pero suelta luego al conde y se despide de él como amigo.

II. El Cid se dirige a tierras valencianas, asalta Murviedro, toma Valencia y derrota al rey moro de Sevilla, que ha acudido a impedirlo. Envía a Castilla a su capitán Alvar Fáñez con un rico obsequio para el rey Alfonso VI, ya más aplacado y generoso, quien permite a la familia del Cid reunirse con él en Valencia, acompañada de buena escolta. Al propio tiempo, nuevas mesnadas se alistan para incorporarse a las huestes del Campeador. Este sale a recibir a su mujer, hijas y nutrido acompañamiento, y entran con gran pompa en la ciudad conquistada, que el Cid les muestra satisfecho desde lo alto del alcázar:

*"... miran Valençia — cómmo yaze la cibdad,  
e del otra parte — a ojo han el mar,  
miran la huerta — espessa es e grand,  
e todas las otras cosas — que eran de solaz..."*

Yusuf de Marruecos, el almorávide, intenta inútilmente reconquistar Valencia; el Campeador lo vence por completo, recogiendo botín abundantísimo, parte del cual reserva para Alfonso. De nuevo, Alvar Fáñez acude a la corte, entonces en Valladolid. Tan ricos obsequios excitan la envidia del conde Garcí Ordóñez, enemigo del Cid, y la codicia de los infantes de Carrión, que pretenden casarse con las hijas del héroe. Alfonso VI aprueba estas bodas y así se lo comunica al Cid en una entrevista que celebran ambos, ya reconciliados, a orillas del Tajo. El héroe se ve obligado a ceder, puesto que del rey ha partido la iniciativa, y así lo insinúa receloso a su familia:

*"... que yo nulla cosa — nol sope dezir de no.  
Metivos en sus manos —, fijas, amas ados;  
bien me lo creades —, que él vos casa, ca non yo..."*

No obstante, se dedica con pasión a los preparativos de las bodas, que se celebran con todo lujo y honor, y las fiestas duran quince días. El Cid regala y obsequia a todos con gran generosidad y dota espléndidamente a sus hijas.

III. Valencia sufre el asalto del rey Búcar de Marruecos (¿Abu Bakr?) que es totalmente vencido; el Cid gana la espada tizona y cuantioso botín. Pero pronto los infantes de Carrión se atraen el desprecio y las burlas de los capitanes del Cid por su doblez y cobardía, por lo que los infantes solicitan permiso para retirarse a sus tierras de Carrión en compañía de sus esposas. Llegando a tierras de Castilla, los infantes maltratan a Elvira y a Sol con extremada ferocidad en el solitario robleal de Corpes, abandonándolas luego a las fieras:

*"Con las çinchas corredizas — májanlas tan sin sabor;  
con las espuelas agudas — don ellas an mal sabor,  
rompién las camisas e las carnes — a ellas amas a dos;  
linpia salie la sangre — sobre los çiclatones.  
Ya lo sienten ellas — en los sos coraçones..."*

En tal guisa las encuentra Féliz Muñoz, sobrino del Cid; éste, indignado por tamaña felonía, exige justicia al rey Alfonso. Se celebran Cortes en Toledo y allí acude el Cid a exponer su triple demanda: ante todo, que los infantes devuelvan las espadas Colada y Tizona que les regalara con ocasión de las bodas: "denme mis espadas — quando míos yernos non son"; en segundo lugar, disuelto el matrimonio, que devuelvan el ajuar y dote de sus hijas, demanda que rehuyen los codiciosos infantes: y desafía, en último término, a estos cobardes a un duelo judicial como traidores. La justa se lleva a cabo en la vega de Carrión, donde son vencidos y sentenciados los infantes y sus valedores, enemigos del Campeador. Unos mensajeros de los reyes de Navarra y Aragón solicitan las hijas del Cid como esposas, en nombre de sus soberanos; gustosos acceden Alfonso VI y el héroe del poema, emparentando así éste con las dinastías hispánicas.

*"Oy los reyes d'España — sos parientes son,  
a todos alcança ondra — por el que en buena nació"...*

El Poema del Cid presenta evidentes huellas de influencia de la *Chanson de Roland*, compuesta hacia 1100-1125. Pero sorprende en el cantar español un par de características que seguirá fielmente toda la épica e incluso toda la literatura castellana: su realismo, su tendencia a la concisión, a lo escueto y rotundo de los hechos relatados, sin concesiones a un retoricismo florido ni a la desbordante fantasía que llena paralelos poemas épicos de los países de norte europeo.



*Estatua ecuestre de El Cid.*

## **Los arietes norteafricanos**

Pocos meses después de la conquista de Toledo, cruzaban el estrecho de Gibraltar numerosas naves llevando a bordo masas de gente belicosa, procedente de los desiertos africanos. Eran los almorávides —de *al'morabetin*, "consagrados a Dios"—, fanáticos recién convertidos a la fe islámica, rudos, sobrios y despiadados, que dominaban desde el lago Chad al Atlántico. Fueron llamados a España por algunos reyes, atemorizados ante el avance cristiano y la conquista de Toledo, si bien no dejaban de reconocer que aquellos intrusos —aunque mahometanos— no dejarían de hacerse dueños de la situación en toda Andalucía. Como los borgoñones y cluniacenses, forasteros en Castilla,

también estos recién llegados del otro lado del estrecho romperían el equilibrio de convivencia entre cristianos e islámicos, nota dominante y característica en la península hasta entonces.

No quiero que la posteridad pueda censurarme el haber sido causa que Al-Andalus sea presa de los infieles cristianos —decía Al-Motamid, rey de Sevilla—. No quiero que mi nombre sea maldecido en todos los púlpitos musulmanes.

—Pero los almorávides son peligrosos, y luego nos echarán de aquí a nosotros —replicaba, clarividente, su hijo.

—Lo sé. Aunque si he de elegir entre unos y otros, prefiero ser camellero en África que guardador de cerdos en Castilla —zanjó el padre, terminante.

Así fue, en efecto. El jefe almorávide, Yusuf ben-Texufín, desembarcó en Algeciras y avanzó hacia el norte con las huestes taifas confederadas, al encuentro del ejército cristiano. Alfonso VI, que se hallaba a la sazón asediando Zaragoza, abandonó apresurado el sitio y con soldados propios, catalanes y aragoneses, acudió a defender su reino amenazado (1086). El choque tuvo lugar en Sagrajas (*Zalaga*, en árabe). Actuó la guardia negra de Yusuf, integrada por feroces senegaleses, y el desastre cristiano fue tan rotundo, que Alfonso pudo apenas salvarse con medio millar de guerreros; pero Yusuf no sacó provecho de su victoria, por verse obligado a regresar al África, donde su primogénito acababa de morir. Durante su ausencia, un grupo de cristianos fortificados en la posición-erizo de Aledo, entre Murcia y Lorca, mantuvieron en inquietud toda la zona del sudeste peninsular durante algún tiempo, mientras el Cid proseguía sus victoriosas correrías por las comarcas levantinas.

En 1090 volvió a desembarcar Yusuf ben-Texufín, dejando al margen su anterior actitud de salvador desinteresado. Era evidente su propósito de destronar a los reyes taifas y quedarse dueño de la España musulmana, como lo llevó a cabo; Al-Motamid terminó su vida en la mayor miseria en una cárcel africana. Luego, revolviéndose Yusuf contra los cristianos, tornó a derrotar a Alfonso VI en la batalla de Uclés (1108), donde pereció el infante Sancho, único hijo varón del monarca cristiano. Éste perdió todos sus territorios al sur del Tajo, quedando Toledo como último punto defensivo en la propia línea fronteriza.

Conviene señalar una vez más que la contraofensiva musulmana en la península se debió al fanatismo africano, simultáneo a la intransigencia pontificia y cluniacense de los europeos. Se trata de un fenómeno de largo alcance, ya que a consecuencia de ello brotó, paralelo al empeño místico de rescatar los Santos Lugares, el espíritu de cruzada, ausente hasta entonces del ideal cristiano peninsular e imbuido luego —aunque no siempre— de cierta fuerza "divinal", similar a la intolerancia primaria de los almorávides, intransigencia que nunca estuviera prendida en la bandera califal. A lo largo del siglo XII y siguientes, la Santa Sede se interesó por España, de la que apenas se preocupara hasta el momento, y alentó frecuentemente a la cristiandad hispánica a la lucha antimusulmana, bajo el fácil simbolismo de la Cruz y la Media Luna. Dureza espiritual que produjo idénticas reacciones en ambos bandos.

Después del reinado poco feliz de doña Urraca, hija de Alfonso VI, ocupó el trono su hijo Alfonso VII, quien perdió un tiempo valioso en sus pretensiones al trono aragonés, en hacer prevalecer su título de emperador, en celebrar su propia coronación imperial en León (1135) y en solicitar pleito-homenaje feudal a cuantos príncipes pudo. El feudalismo no había penetrado en profundidad en la meseta, pero informaba las relaciones externas de los señores. Las normas feudales entrelazaban los reinos de taifas



con los cristianos en toda esta época, imponiendo el pago de tributos, la consideración de vasallo, la alianza dimanante de ello, y nada más.

Los cristianos seguían con sus problemas de orden interno. Por fortuna, los almorávides habían perdido su primitivo empuje, de modo que las fronteras de la reconquista conservaban su equilibrio, aunque inestable. Lentamente, los cristianos volvieron a ocupar la faja territorial entre el Tajo y el Guadiana. La defensa de Calatrava, al sur del Guadiana, por unos monjes cistercienses, en 1157, promovió la fundación de la orden militar del mismo nombre, siete años después. Otras órdenes similares hubo en España: Santiago, Alcántara, Montesa. Incluso en aquellos momentos tan comprometidos, el flamante emperador cometió el craso error de dividir sus Estados, tan trabajosamente unificados, entre sus hijos Sancho III (Castilla) y Fernando II (León). Un nieto y sucesor suyo, Alfonso VIII, pagaría las consecuencias de tal torpeza.

En efecto, otro ariete norteafricano vino a golpear en 1145 los muros de la fortaleza cristiana. Esta vez eran los **almohades** (unitarios), salvajes del Atlas marroquí, exaltados por un santón que pretendía ser el Mahdí o profeta redentor prometido por Mahoma. Los almohades hallaron en Al-Andalus un ambiente favorable para la invasión, ya que los andaluces se habían sublevado contra los decadentes almorávides, fragmentándose en otro mosaico de reinos de taifas, efímeros en su mayoría.



*El alcázar de Segovia fue en su origen una fortaleza árabe. Reconstruido por Alfonso VI, y posteriormente en el siglo XV por los Reyes Católicos, sufrió un grave incendio en 1862, siendo restaurado 20 años más tarde.*

## **Al-Andalus, amenazado**

El objetivo en juego fue, entonces, la cordillera de Sierra Morena, cuyo dominio por los castellanos constituía un peligro para la Andalucía islámica. Después de la época turbulenta de su minoridad, Alfonso VIII trató de adelantarse a los acontecimientos y conjurar el peligro almohade. Su inexperiencia lo movió a emprender la cruzada por su cuenta. En contraste con los siglos anteriores, esta fase de la reconquista ofrece todas las características de una guerra de movimiento. Alfonso VIII perdió la batalla de Alarcos (1195) muy pocos años después de haberse desencadenado la tercera cruzada en Palestina, y los almohades asediaron Toledo y Cuenca, pero también el jefe almohade malogró

esta vez sus fáciles triunfos en Guadalajara, Madrid y Uclés, para acudir presuroso a sus problemas africanos (1198).





No había transcurrido una generación desde la derrota de Alarcos, cuando se produjo la definitiva confrontación entre cristianismo e islamismo en tierras hispánicas, en la misma época en que la cuarta cruzada desmembraba el antiguo imperio bizantino. Los monarcas peninsulares dejaron de hostigarse en sus recíprocas ambiciones y actuaron en persona en el campo de batalla. De la vega toledana partieron las fuerzas aliadas, incluso elementos extranjeros que acudieron a la llamada del Papa Inocencio III, para que contribuyeran a la cruzada, y atravesaron Sierra Morena por el paso del Muradal. El 16 de julio de 1212, dos años antes de la también decisiva batalla de Bouvines, que determinó el futuro de Francia, y casi contemporáneamente a la elaboración de la Carta Magna en Inglaterra, se entabló en los llanos de las **Navas de Tolosa** una de las batallas más decisivas de la historia peninsular. Tras momentos de flaqueza en el campo de los cristianos, éstos lograron sobreponerse y reaccionar a tiempo. Arrollada la barrera de los diez mil soldados negros de la guardia del sultán almohade, se dio éste a la fuga y abandonó el campo.

Los cristianos ocuparon luego Ubeda, Baeza y otras plazas, dejando abiertas las puertas de Al-Andalus a una definitiva invasión cristiana del territorio, que se realizaría, en efecto, algunos años después. Todavía otro ariete norteafricano intentaría a mediados del siglo XIV una contraofensiva en la península, siguiendo el ejemplo de almorávides y almohades. Pero esta vez la intentona benimerin no había de pasar siquiera del estrecho de Gibraltar. La Reconquista española iba a terminar entonces su penúltima fase.



*Batalla de las Navas de Tolosa (16 de julio de 1212).*



# **LAS PRIMERAS CRUZADAS EN ORIENTE**

## **LA PRIMERA CRUZADA**

### **El Islam, a la ofensiva, y la Cruz, a la defensiva**

Con la victoria de Carlos Martel, en Poitiers (732), se alejó la amenaza que pesaba sobre el Occidente cristiano; pero la terrible lucha entre musulmanes y cristianos recién empezaba. Constantinopla seguía de continuo expuesta a los asaltos del Islam. En Sicilia, árabes y normandos combatieron con frecuencia hasta que, en 1091, Roger I conquistó la perla del Mediterráneo. En la península Ibérica, los cristianos sostuvieron una lucha despiadada, coronada al fin con el triunfo definitivo contra los musulmanes.

### **Los turcos en Jerusalén**

La marcha triunfal de los árabes a través de España se debió, sobre todo, a los bereberes norteafricanos. En Asia, hallaron los árabes nuevos prosélitos combatientes, sometiendo y convirtiendo al Islam a los turcos, de origen mongol y emparentados con los hunos. En tiempos de las grandes invasiones, los turcos habían fundado un imperio que se extendía desde China hasta las fronteras del imperio romano de oriente.

Vencidos por los árabes, no fue difícil convertir a estos bandidos en mercenarios al servicio de los califas. Pero, a la larga, el soberano no fue capaz de imponer su autoridad al jefe de la guardia turca. Éste se apoderó del gobierno, adoptó el título de sultán (monarca) y apenas dejó al califa más poderes que los relativos a su autoridad espiritual. El ejército turco se transformó en una casta superior que emprendió por su cuenta y con nuevo vigor la guerra santa. Para comenzar, arrebataron el Asia menor a los emperadores bizantinos. La propia Constantinopla estuvo amenazada bastante tiempo.

La noticia que la vanguardia cristiana en Oriente se hallaba en peligro despertó en Europa menos inquietud de lo que hubiera podido imaginarse. ¿No habían llegado a considerarse extrañas la Iglesia católica romana y las Iglesias ortodoxas griegas? Mayor fue la indignación de los occidentales al enterarse que Jerusalén había caído en poder de los turcos. Mientras los árabes gobernaron la ciudad, acogieron a los peregrinos cristianos con la mayor consideración, por constituir una fuente de ingresos. Pero los turcos eran tan fanáticos, que ni siquiera toleraban la presencia de cristianos.

La gente medieval sentía profundo respeto hacia Jerusalén, donde Jesús padeciera tormentos mortales. Al regresar los peregrinos a Europa y narrar los atropellos, robos y saqueos de los turcos, cómo se mofaban de las ceremonias religiosas e incluso asesinaban a muchos peregrinos, se elevó un grito de indignación en todo Occidente. Los millones de devotos que ansiaban prosternarse ante el sepulcro de Cristo

concibieron una idea fija: librar los santos lugares del azote de los infieles. La nobleza de Occidente sólo deseaba pelear. Hacer la guerra a los sarracenos era una forma de penitencia más adecuada a un normando que los ayunos y mortificaciones de la carne.

Para las personas más reflexivas, la pérdida de Jerusalén constituía un símbolo. Con la dominación musulmana en Oriente, la Iglesia había perdido la cuna de la cristiandad y extensas comarcas ilustradas por la mitad de los padres griegos. Nada podía un Occidente escindido en naciones rivales contra el enorme imperio musulmán, que abarcaba los inmensos territorios situados entre el Indo, los confines de China y el océano Atlántico. No obstante, si los cristianos conseguían reconquistar Tierra Santa, podía confiarse en que también otras tierras cristianas serían reconquistadas.

A estas consideraciones se añadían otras más contingentes. La posesión de Siria era muy importante desde el punto de vista económico. Este país abrasado por el sol, en gran parte estéril, interesaba mucho por su privilegiada situación entre dos regiones de gran valor: los ricos valles de Mesopotamia y Egipto. Por otra parte, algunas de las principales vías mundiales de comunicación pasaban por Jerusalén.

### **Clermont: un concilio provinciano y universal**

En noviembre de 1035, el Papa Urbano II reunió en la catedral de Clermont (Auvernia) "más de doscientos cincuenta báculos episcopales". Dictó medidas importantes referentes a la disciplina religiosa, la ampliación de la "Tregua de Dios" y la excomunión del rey Felipe I de Francia, reo de adulterio. Después, al clausurar los trabajos, describió la situación de Tierra Santa:

"Turcos y persas, árabes y agarenos han invadido Antioquía, Nicea e incluso Jerusalén, que guarda el sepulcro de Cristo, y otras ciudades cristianas, y ya han desplegado sus inmensas fuerzas contra el imperio de los griegos. Dueños absolutos de Palestina y Siria, han destruido las basílicas e inmolado a los cristianos como si fueran animales. Las iglesias, donde antes se celebraba el divino sacrificio, han sido convertidas por los paganos en establos para sus bestias..."

Dirigió entonces un llamamiento elocuente a todos los caballeros cristianos:

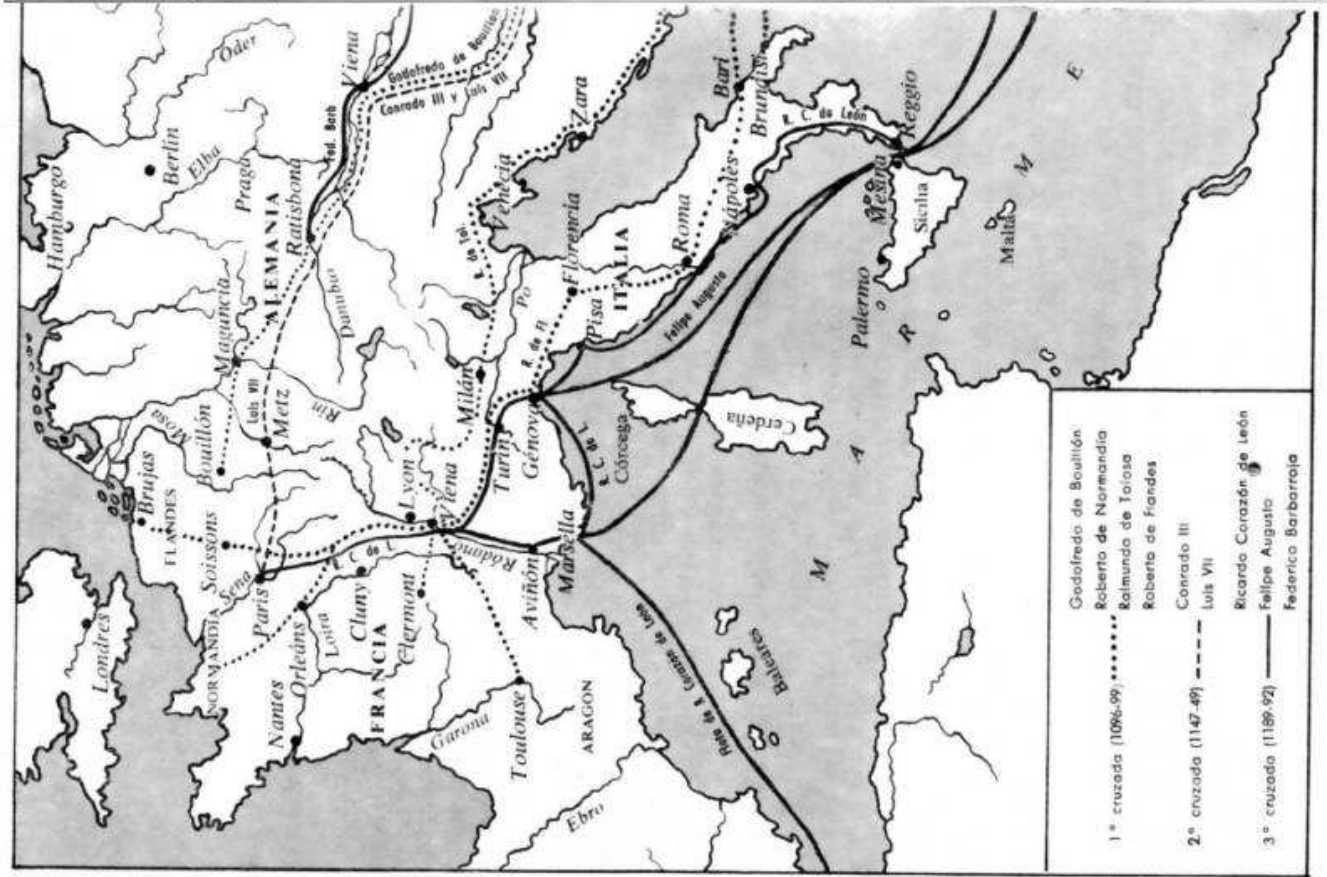
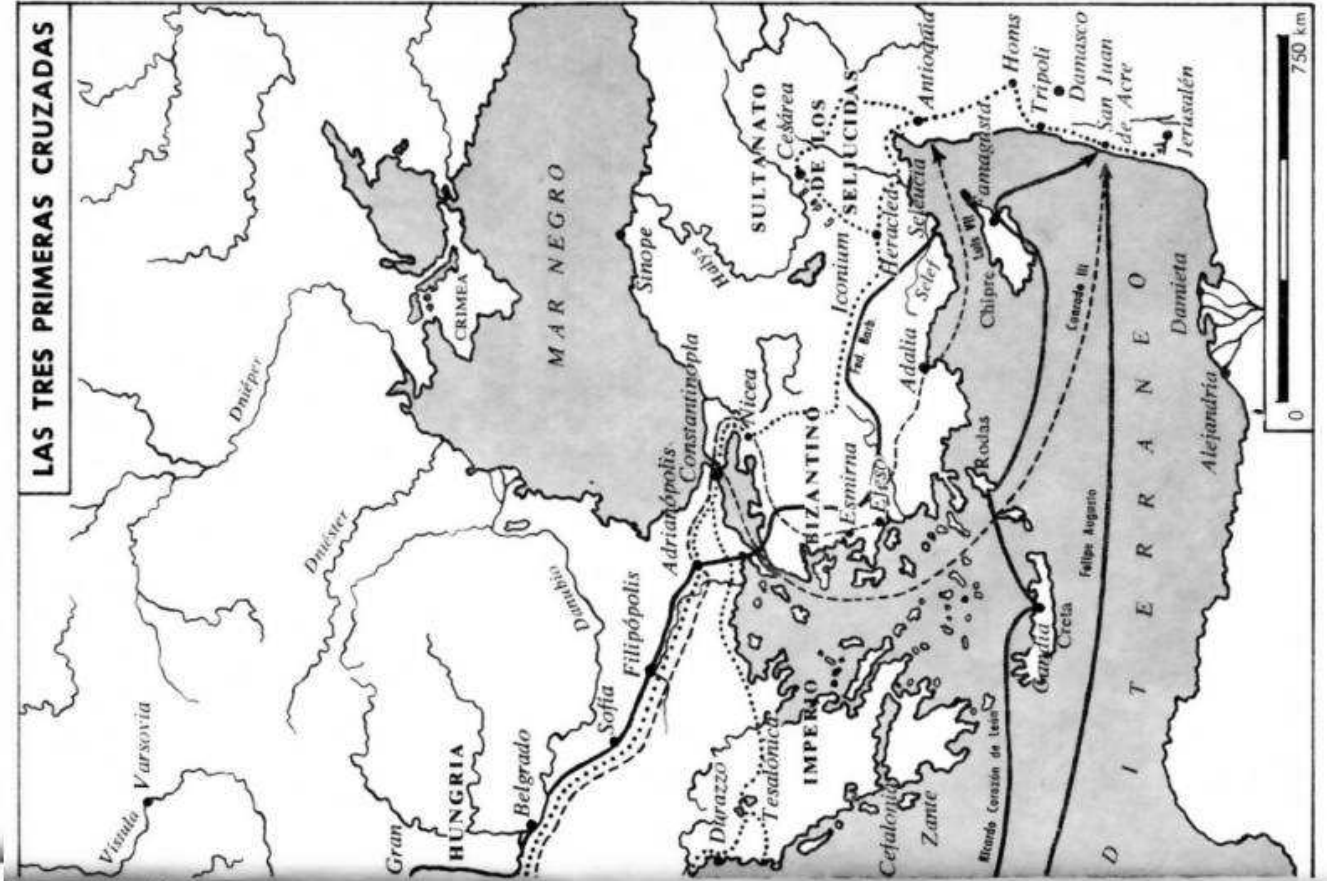
"Quienes lucharon antes en guerras privadas contra los mismos fieles, luchen ahora contra los infieles y acaben victoriosos una guerra que hace tiempo debiera haberse comenzado; que quienes hasta hoy fueron bandidos; se conviertan en soldados; que los que en otro tiempo han combatido a sus hermanos y parientes, combatan como deber contra los bárbaros..."

"¡Reuníos sin tardanza: que los guerreros solucionen sus divergencias y hagan lo necesario para proveer a sus gastos; al terminar el invierno y llegar la primavera, disponeos con alegría a emprender la marcha a las órdenes del Señor!"

El discurso de Urbano II tuvo efectos inmediatos. Primero Clermont y después toda la Europa feudal ostentó al hombro la cruz de tela roja, en señal de alistamiento. Se explica tal entusiasmo porque la fe era muy viva y profunda en la Edad Media, y también porque la nobleza veía en estas lejanas empresas la ocasión de dar libre curso su pasión combativa, al mismo tiempo que salvaban: su alma. Algunos, en fin, partieron con la esperanza de enriquecerse pronto y por cualquier medio.



**LAS TRES PRIMERAS CRUZADAS**



## **Pedro el Ermitaño**

En la historia de esta cruzada, el predicador más popular en el norte de Francia fue el ermitaño Pedro de Amiens. Aparecía ya en una ciudad ya en otra, montado en un asno, la cabeza y los pies desnudos, vestido con burdo hábito de monje. Su cuerpo estaba demacrado por la rigurosa disciplina; nadie se resistía a sus predicaciones. Apenas terminaba de hablar, veíase a enemigos mortales hacer las paces y ponerse la cruz en común. El ermitaño era venerado como un santo.

La predicación de Pedro el Ermitaño no representó sólo un exaltado grito de guerra para las masas. Para aquellos siervos extenuados por duros trabajos y para los espíritus aventureros fue el evangelio de la libertad. En la mayoría de los países de Occidente, los siervos y la gran masa campesina gemían bajo la opresión de los grandes terratenientes. Los soberanos se hallaban en perpetuo conflicto con sus vasallos y éstos se combatían entre sí. De hecho, guerreaban todos contra todos y los nobles hacían caso omiso de la "Tregua de Dios". El año 1095 fue calamitoso: las cosechas fueron pésimas, y el hambre y la peste imperaban en diversos lugares. La predicación de la cruzada advino como un mensaje de lo Alto, como una invitación a elevar los ojos de la tierra y dirigirlos hacia el Lejano Oriente, por donde sale el Sol.

La idea de poder acercarse al Santo Sepulcro infundió en los seres nuevas ansias de vida. Tan pronto el siervo cosía la cruz roja sobre sus vestidos, veíase libre de su esclavitud. Iniciaba una nueva vida plena de hazañas y aventuras. Ya en la primavera de 1096, Pedro el Ermitaño había logrado reunir una multitud de cruzados, casi 10.000, entre hombres, mujeres y niños. Todos querían asistir a la liberación de Jerusalén.

Estas huestes dispersas habían abandonado sus casas y vivían de la caridad pública; cuando faltó ésta, empezaron a dedicarse al pillaje. En la península balcánica, llegaron incluso a luchar con la población, por dicho motivo; ya para entonces, habían perecido muchos cruzados. Al llegar a Constantinopla, fueron trasladados en navíos bizantinos al Asia menor, donde fueron aniquilados por los turcos.

## **Las huestes de los cruzados en Constantinopla**

Entretanto, los duques, condes y barones de Occidente reclutaron ejércitos de cruzados; según los contemporáneos, el número de estos combatientes era tan grande como las estrellas del cielo y las arenas del mar. El historiador Delbrück limita este número a 60.000, como máximo; de ellos, sólo 10.000 armados de punta en blanco.

La idea de las cruzadas halló fervientes partidarios entre los normandos, siempre ávidos de combates. Normandía y el sur de Italia proporcionaron tal cantidad de guerreros que la cruzada parecía una expedición de vikingos cristianos. Los normandos italianos estaban dirigidos por Boemundo de Tarento, hijo de Roberto Guiscardo, que no cedía en nada a su ilustre padre, en ambición y astucia. La cruzada era para él una tentadora ocasión de ajustar cuentas a los bizantinos y crearse un reino en Oriente, lo que no impedía que a este gigante normando le regocijara ser a la vez soldado de Cristo. Para la realización de sus planes halló instrumento dócil en la persona de su joven pariente Tancredo, "el Aquiles de la Cruzada".

El más rico y capacitado de los caballeros franceses era, sin duda, Raimundo de Tolosa, tan ambicioso como Boemundo. El más piadoso y desinteresado de todos era Godofredo de Bouillón, duque de la Baja Lotaringia (Baja Lorena).

Godofredo de Bouillón y su hermano Balduino fueron los primeros dispuestos a encabezar un ejército, compuesto por flamencos y valones, camino de Constantinopla,

lugar de cita que se habían fijado los cruzados. Pronto estuvieron en marcha unos siete ejércitos de cruzados hacia la meta común. El emperador bizantino Alejo Comneno concibió inquietud respecto al futuro, y por ello trató de sembrar rencillas entre los jefes de los cruzados antes de que las huestes pasaran al Asia Menor. Alejo quería tratar por separado con cada uno de ellos y hacer que le reconocieran como soberano de los territorios reconquistados en Asia Menor, en especial en Siria. Solo después de pronunciar el juramento de fidelidad al emperador les ayudaría a pasar el Bósforo y uno a uno en cuanto fuera posible.



*Godofredo de Bouillón y otros caballeros cruzados.*

El primer jefe cruzado que llegó a Bizancio fue Godofredo de Bouillón, quien se negó a reconocer al emperador como soberano y “hacerse su esclavo”, según decía. Godofredo fue invitado a una audiencia con el emperador pero declinó altivo la invitación. Godofredo contaba al parecer con la llegada de sus futuros compañeros de armas, pero su esperanza falló. El emperador le privó de víveres y Godofredo de Bouillon se vio obligado a procurárselas *manu militari*. El emperador tuvo que restablecer el abastecimiento a las tropas extranjeras. El forcejeo entre el emperador y el duque seguía con la misma tirantez; con todo Godofredo comprendió que, a la larga, él sería el más perjudicado. Detrminó entonces visitar a Alejo, hincó de rodilla ante él y le prestó juramento de fidelidad. Solo así consintió el monarca bizantino en trasladar las tropas de Godofredo al otro lado del Bósforo, precisamente antes de la llegada de



Boemundo. Alejo siguió la misma táctica con los demás jefes cruzados. De ese modo, consiguió reducir a la mayoría de ellos antes de trasladar sus huestes a la orilla asiática del estrecho.

### **Los cruzados en Antioquía**

En la primavera de 1097 se inició la ruta de los cruzados a través de Asia menor, hacia Siria. Fue una marcha triunfal que arrolló el poder de los turcos y restableció la autoridad del emperador romano de Oriente en aquella zona de Asia. En otoño del mismo año, el grueso del ejército cruzado sitió Antioquía, en el norte de Siria. Esta rica ciudad comercial estaba rodeada por formidables murallas coronadas de torres tan numerosas, se decía, como días del año. Seis meses necesitaron los cruzados para apoderarse de la ciudad. No hacían dos días que se habían adueñado de ella, cuando fueron cercados a su vez por un nutrido ejército a las órdenes de Kerboga, sultán de Mosul. Los sitiados agotaron pronto los víveres y vieron reducir no sólo a matar caballos y animales de tiro sino también a comer ratas y perros.

En tan desesperada situación, Raimundo de Tolosa recibió la visita de un sacerdote provenzal llamado Pedro Bartolomé, quien le dijo que se le había aparecido en sueños el apóstol Andrés y le había dicho que en el suelo de una de las iglesias estaba enterrada una reliquia: la lanza que traspasó el costado de Cristo en la Cruz, la que daría la victoria a los cruzados. Raimundo siguió al sacerdote hasta el templo indicado y mandó que cavaran. Doce hombres hicieron esa tarea durante todo el día, mientras miles de cruzados estaban afuera, esperando ansiosos.

Al atardecer descendió el mismo Pedro a la fosa y salió con la lanza en las manos. Su aparición fue saludada con un griterío clamoroso. La noticia circuló pronto y provocó en los sitiados una fe inquebrantable en la victoria. Cuando los cruzados salieron precedidos de la lanza, parecían irresistibles. Los mandaba Boemundo. Gracias a su incomparable talento militar y a la fanática fe de sus hombres, puso en fuga a las innumerables fuerzas de Kerboga. En el lugar abandonado por los turcos hallaron víveres y un rico botín de guerra.

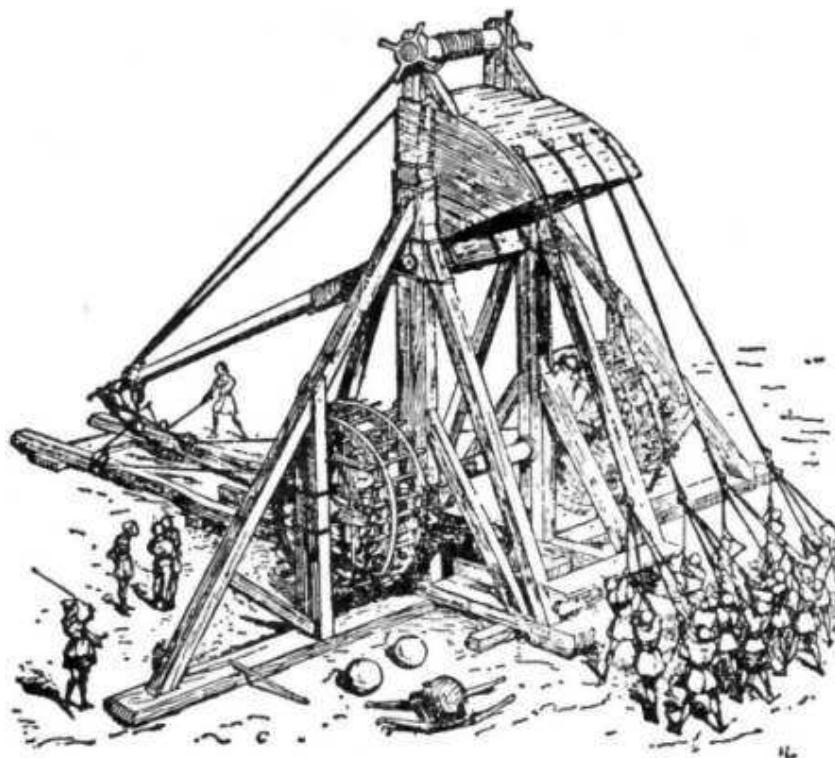
La victoria junto a los muros de Antioquía ha sido considerada siempre como la más brillante acción de todas las cruzadas. Pero costó a los cristianos sus tropas más escogidas. Además, pese a tan milagrosa salvación, se inició la discordia entre los cruzados. La animosidad entre Boemundo y Raimundo tornóse en enemistad declarada y faltó poco para que dilucidaran sus querellas por las armas.

### **Los cruzados en Jerusalén**

Una mañana de junio de 1099, los cruzados vieron por primera vez brillar a la luz del alba las almenas y las torres de la Ciudad Santa. De todos los labios brotó un grito: "¡Jerusalén, Jerusalén!" Derramaban lágrimas de emoción. El ejército entero se hincó de rodillas y besó el suelo que había pisado el Salvador.

Pero los gruesos muros y las fuertes torres de Jerusalén rechazaron el primer asalto de los cruzados. Fue preciso someter a la ciudad a un asedio en regla. Los cruzados sufrieron mucho a causa del agobiante calor del verano; todo el agua que consumían debía ser traída del Jordán y transportada en odres hasta el campamento. Construyeron torres móviles y máquinas especiales y durante dos días y dos noches

atacaron con arietes, antes que las torres de asalto pudieran ser trasladadas hasta las murallas. Después, desde las torres, podrían echar pasarelas sobre el muro.



*El mangano, una de las mayores máquinas de guerra de la Edad Media. El dibujo representa al ingenio «cargado». Gracias al contrapeso, del que los soldados tiran por medio de cuerdas, el proyectil colocado a la izquierda, en el extremo del mástil, puede ser arrojado contra la muralla de la ciudad sitiada. Realizada esta operación, los servidores de la máquina hacen bajar de nuevo el mástil accionando unos pedales. Como proyectiles, se utilizaban piedras de gran volumen y peso.*

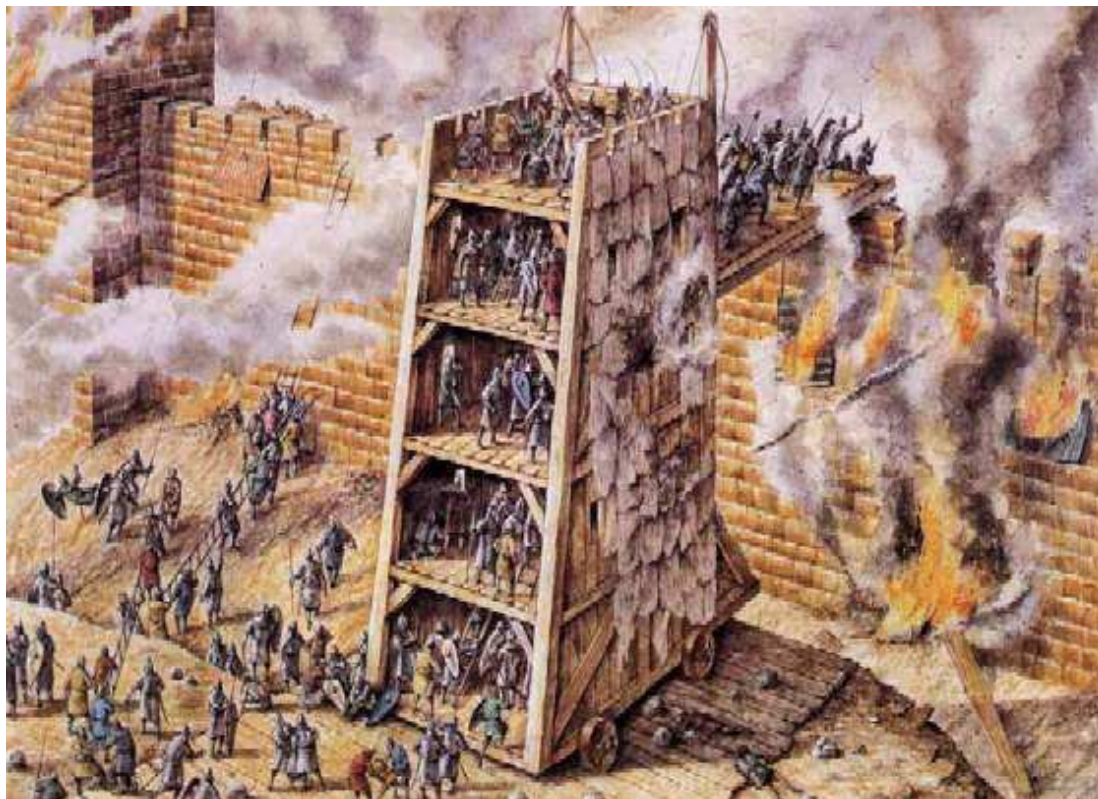
El 15 de julio, al amanecer, todo estaba dispuesto. Godofredo de Bouillón se encaramó sobre su imponente torre y la mandó trasladar junto a las murallas. En la cima, los cruzados habían levantado un gran crucifijo que los musulmanes intentaban en vano derribar. Cedamos la palabra al cronista Alberto de Aquisgrán:

“Godofredo, colocado en la plataforma superior de la torre, con los suyos, lanzaba dardos y piedras de toda clase sobre la multitud de los asediados. Obligaba sin cesar a abandonar las murallas a quienes se encontraban en ellas... los hermanos Lietardo y Engleberto, ambos oriundos de Tournai, observaron que los enemigos vacilaban. En seguida, arrojan desde la torre vigas sobre la muralla y penetran los primeros en la ciudad gracias a su valentía. Godofredo de Bouillón y su hermano Eustaquio les siguieron en el acto. Viendo esto, el ejército entero lanzó un resonante clamor: apoyan escalas por todas partes, suben rápidamente y entran en la ciudad...”

Simultáneamente, Tancredo y sus normandos abrían un boquete en el extremo opuesto de Jerusalén, mientras Raimundo forzaba la puerta de Sión. Raimundo entró con sus fuerzas y ante él se rindió el almirante que mandaba la torre de David. Otro cronista recoge los sentimientos, a la par salvajes y religiosos, de los cruzados:

«Todos los defensores de la ciudad huyeron de las murallas hacia las calles y los nuestros los perseguían y acometían, matándolos y acuchillándolos hasta el templo de Salomón, donde hicieron tal carnicería que los nuestros caminaban con sangre hasta los tobillos...»

«Luego vagaron por toda la ciudad, robando oro, plata, caballos, mulos y saqueando las casas rebosantes de riquezas. Después, llorando de alegría y felicidad, fueron a adorar el sepulcro de nuestro Salvador Jesús y se purificaron de sus deudas con Él...»



Asalto de Jerusalén, julio de 1099.

Al octavo día de tomada la ciudad, los cruzados pasaron a deliberar sobre quién la gobernaría. Ofrecieron a Godofredo de Bouillón el trono de Jerusalén. Pero el duque de Lotaringia se negó a "llevar corona de oro donde Cristo la llevó de espinas". De hecho, se contentó con el título de gobernador y defensor del Santo Sepulcro, para no ofender a la Iglesia, para la que sólo existía una soberanía: la del papa.

Después de conseguir una nueva victoria contra un gran ejército enviado por el califa de El Cairo, la mayoría de los cruzados regresó a Europa. Según antigua costumbre de los peregrinos, fueron antes a bañarse en las aguas del Jordán y a cortar ramos de palmas en sus riberas. Godofredo quedó en la ciudad con tropas escogidas, para defender aquella preciosa conquista de los cruzados, Al cabo de un año falleció y fue llorado por todos.

## **LA SEGUNDA CRUZADA**

### **Las Órdenes de caballería**

Los héroes de la primera cruzada mostraron un valor inaudito en los combates, pero eran debilísimos en la victoria. Grandiosos en sus pecados y en sus arrepentimientos, fueron verdaderos señores feudales trasplantados a Tierra Santa.



*Templario vistiendo el traje de caballero de fines del siglo XIII.  
El escudo y la cota llevan la cruz roja, insignia de la orden.*

Sus guerras fueron violentas, pero el régimen implantado por los cruzados en las regiones que ocuparon fue mucho más tolerante que lo que pueda imaginarse. La idea racista no existía para el hombre medieval: combatía al musulmán, pero lo consideraba su igual. "Somos occidentales y nos hemos transformado en habitantes de Oriente — confesaba Foucher de Chartres—. El italiano o el francés de ayer se ha convertido en galileo o palestino. El oriundo de Reims o de Chartres se ha transformado en sirio o en ciudadano de Antioquía. Nos hemos olvidado ya de nuestro país de origen: aquí posee ya cada uno casa y criados con tanta naturalidad como si estuviera por inmemorial derecho de herencia en el país. Algunos han tomado ya por mujer a una siria o a una armenia, a veces incluso una sarracena bautizada; otros habitan con toda una familia indígena. Nos servimos, según los casos, de todos los idiomas del país."

Así había sucedido también durante los tres siglos de lucha —y convivencia hispano-musulmana, en ambas partes de la península Ibérica, en las nuevas zonas de los reinos cristianos como en los reinos árabes.

El reino de Jerusalén debió su existencia a las disensiones que dividían al Islam. Lo que no impide que aquel reducido Estado cristiano hubiérase perdido rápidamente, de no obtener mejores defensores que sus levantinos débiles y corrompidos.

Veinte años después de la liberación de Jerusalén, algunos caballeros franceses se dirigieron al patriarca de la ciudad para hacer votos de pobreza, castidad y obediencia. A estos votos añadían el de defender Tierra Santa con las armas. Y proteger a los peregrinos que se dirigieran allí. Este fue el origen de una asociación de guerreros que llevaría en lo sucesivo el nombre de **Orden de los Templarios**, por el lugar en que se constituyó, el templo de Salomón. Una de las divisas de los templarios era: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a vuestro Nombre sea concedida la gloria".

Gracias a donaciones de príncipes y particulares, esta comunidad se extendió rápidamente y llegó a contar veinte mil caballeros, famosos por su valentía y amor al prójimo. La orden adquirió cuantiosos bienes no sólo en Palestina, sino también en la mayoría de los países de Occidente; sus rentas anuales se contaban por millones. Con

los negocios de Oriente, practicados en gran escala, y con sus actividades navieras, los templarios incrementaron aún más sus capitales, figurando entre los banqueros más importantes de su tiempo.

Otra Orden de monjes caballeros, también rica y poderosa, fue la de los Caballeros del Hospital o Juanistas, también llamada Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Al principio, fundaron en esta ciudad un establecimiento consagrado a san Juan Bautista, a la vez albergue y lazareto. Los caballeros de San Juan erigieron muchos castillos para proteger a los cristianos de Siria. La mayoría de los países de Europa, tenían una delegación o casa de las Ordenes citadas. La tarea de estos monjes caballeros constituía, como dice san Bernardo de Claraval, en «mantener una doble lucha contra la carne y la sangre, y contra el espíritu del pecado y del mal».

Para los cristianos de Tierra Santa, tales enérgicas medidas de seguridad llegaban muy oportunas, pues había surgido un enemigo avieso en la secta de los «asesinos», fundada por un jefe musulmán. La misión de éstos era desembarazarse de los enemigos de su fe con atentados individuales. Uno de los jefes más terribles, conocido por los cristianos con el nombre de «Viejo de la Montaña», residía en una inaccesible cueva rocosa cerca de Antioquía. Se cuenta que drogaba a sus fieles, que se creían transportados a una especie de edén delicioso, donde podían entregarse a todos los placeres sensuales; después, se les drogaba de nuevo y tornaban a la vida normal. Entonces se les afianzaba la convicción de que habían estado en el paraíso y estaban dispuestos a todo con la esperanza de poder gustar otra vez, y para siempre, de los goces del Paraíso de Alá. El estupefaciente de que se servía el «Viejo de la Montaña» era, sin duda, un cáñamo indio, el *haxix*, al que la secta debía su nombre: el vocablo árabe *haxixin* significa «comedor de haxix».



*Estados latinos de Palestina.*



## Bernardo de Claraval

Medio siglo después de la primera cruzada empezaron a tener graves dificultades los cristianos de Siria. Los infieles les arrebataban un territorio tras otro. San Bernardo, el monje influyente de su época, organizó la segunda cruzada. Bernardo se hallaba al frente de la abadía de Claraval, en la Champaña, y era uno de los grandes reformadores de la vida monástica. Por naturaleza, Bernardo era un místico dedicado a la vida contemplativa, que llevó el ascetismo hasta sus últimos límites. En su frágil cuerpo se asentaba un alma apasionada, dotada de energía casi sobrenatural. Bernardo consagró su impresionante elocuencia al servicio de la cruzada que predicó en Alemania y en Francia.

En Francia reinaba la dinastía de los Capetos (del duque Hugo Capeto, elegido monarca francés en 987), sucesora de los carolingios. El Capeto reinante, el joven y piadoso Luis VII, hizo voto de ir a la cruzada. Bernardo de Claraval exhortó a los vasallos de Luis a continuar las nobles tradiciones francesas de la primera cruzada y demostrar al mundo que aún florecía el valor francés. A su paso se alistaban por doquier nuevos ejércitos de cruzados. Al fin pudo comunicar satisfecho al Pontífice que en los países donde habían predicado la cruzada sólo quedaba un hombre por cada siete mujeres.



*San Bernardo de Claraval*

A los países que no podía visitar mandaba emisarios, a quienes pocos se resistían. En Alemania logró persuadir a la nobleza y a Conrado III, de la dinastía de los Hohenstaufen. Aunque los alemanes no comprendían el francés, su voz y ademanes eran tan ardientes que el auditorio lloraba y se golpeaba el pecho. Y así, Bernardo fue,

respecto a la segunda cruzada, lo que Urbano II y Pedro de Amiens habían sido para la primera. La cruzada de 1147 fue obra de un solo hombre. El santo desencadenó aquel formidable esfuerzo que conmovió a la cristiandad. Se dijo que los cruzados lograrían esta vez conquistar todo Oriente.

Conrado y sus alemanes llegaron los primeros a Constantinopla. Tenían intención de esperar el arribo de los franceses, pero también ahora surgieron las suspicacias del emperador de Bizancio. Como en otro tiempo, halló modo de desembarazarse de Conrado y de sus tropas empujándolos al Asia Menor. En su primer encuentro con los turcos, los alemanes fueron vencidos y, desalentados, batiéronse en retirada. Pero los turcos no cesaron de perseguirlos y Conrado sólo logró salvar un reducido grupo que se refugió en la ciudad de Nicea, a unos cien kilómetros al sur de Constantinopla.

Entretanto, el rey Luis habla llegado al frente de un soberbio ejército; llorando, se abrazaron ambos reyes. También a las tropas francesas les causaron los turcos muchas pérdidas; los cruzados llegaron casi agotados a Tierra Santa. La cruzada iniciada con tantas esperanzas terminó trágicamente con un intento fracasado de apoderarse de Damasco. Ambos soberanos regresaron a sus países con los menguados restos de sus impresionantes ejércitos.

Bernardo, el alma de esta desgraciada cruzada, fue ultrajado. Replicó que incluso una empresa inspirada por Dios puede fracasar si es malo el instrumento que la realiza; los cruzados debían el desastre a su incredulidad. Continuó predicando la cruzada hasta su muerte, en 1153, profundamente decepcionado de no asistir al triunfo de la Cruz sobre la Media Luna. Con él desaparecía la fuerza impulsora de la cruzada. Pasaría una generación antes que se pensara en organizar otra expedición a Tierra Santa.

## **NUEVAS DINASTÍAS EN INGLATERRA Y FRANCIA**

### **Guillermo el Conquistador y sus hijos**

Por el momento habíamos reseñado la historia de Inglaterra hasta 1042, año en que Eduardo, descendiente de Alfredo el Grande, subió al trono. Después de un reinado sin vigor, Eduardo murió en 1066. Por su piedad, la Iglesia católica le confirió el título de confesor. Los ingleses eligieron para sucederle a su cuñado Haroldo, vigoroso anglosajón que, desde años atrás, gobernaba de hecho en Inglaterra.

Sin embargo, un gran peligro se estaba gestando al otro lado del canal, que acabaría por destronar a Haroldo y también con su vida. Gobernaba entonces en Normandía el duque Guillermo, descendiente de Rollón e hijo de Roberto el Diablo, sospechoso de haber envenenado a su hermano mayor para apoderarse del ducado; su madre era hija de un curtidor normando. Aunque bastardo, el joven Guillermo habíase adueñado del poder cuando a su padre lo sorprendió la muerte al regresar de una peregrinación a Tierra Santa. Las luchas que sostuvo desde entonces contra sus rebeldes súbditos lo adiestraron pronto en el arte militar; pero adquirió mayor experiencia en las luchas por su independencia contra el rey francés y sus vasallos.

Cuando Guillermo se proclamó heredero del trono de Inglaterra, Haroldo le replicó que los anglosajones eran un pueblo libre que elegían rey por sí mismos. Guillermo llamó entonces a sus belicosos súbditos y les prometió el reparto de los castillos y las ricas tierras de Inglaterra. El Papa Alejandro II reconoció la legitimidad de las pretensiones del duque de Normandía.

Seguido de sus caballeros revestidos de armadura y sus hábiles arqueros, Guillermo se puso en marcha contra Haroldo y los suyos, atrincherados en una altura

cercana al pueblo litoral de **Hastings**. Los anglosajones rechazaron a los asaltantes en varios encuentros. Su táctica se limitaba a defenderse; en realidad, carecían de experiencia para lanzarse a una ofensiva en regla. Pero las victorias no suelen obtenerse sólo defendiéndose, y así, tras una lucha terrible y encarnizada, consiguieron el triunfo los normandos, cuya potencia estribaba en su vigor ofensivo y tener de la guerra un conocimiento más profundo que Haroldo y sus valientes tropas. Entre los innumerables muertos anglosajones que yacían en el campo de batalla figuraban el rey Haroldo y sus dos hermanos.



*Batalla de Hastings y muerte de Haroldo II (1066).*

Poco después de su victoria, Guillermo el Conquistador se coronó rey de Inglaterra en Londres. Ahora debía cumplir las promesas hechas a los caballeros ávidos



de botín que lo habían seguido. Resolvió el asunto declarando traidores y felones a cuantos ingleses lucharon contra él y confiscando sus bienes. Además de las tierras que el rey conservó, concedió el resto en feudo a sus fieles normandos. De este modo se introdujo el sistema feudal en Inglaterra.

Los vasallos normandos oprimieron pronto a los anglosajones, y aquellos que por tanto tiempo fueron libres burgueses de Londres, vieron que la Torre, morada de los reyes, se convertía en símbolo de la tiranía. La caza, antes libre para todos, fue reservada en adelante sólo para los normandos; los anglosajones sorprendidos cazando eran castigados con crecidas multas, y a los insolventes les cortaban las manos o les arrancaban los ojos. Los anglosajones se sublevaron con frecuencia, pero siempre se ahogó su rebelión en sangre.

Muchos campesinos descendientes de los normandos, que ocupaban el nordeste de Inglaterra, fueron convertidos en siervos de los grandes propietarios. Las culturas escandinava y anglosajona dejaron paso a las costumbres y usanzas que los normandos habían aprendido en la costa norte de Francia. La administración popular al uso entre los pueblos nórdicos, desapareció ante las instituciones feudales: servidumbre de la gleba, milicia basada en el vasallaje, omnipotencia de los señores en sus respectivos territorios, etcétera. En cuanto al idioma, pese a la influencia francesa de los vasallos de Guillermo, los descendientes de los escandinavos que habitaban en York y zonas adyacentes lograron salvaguardar su idioma y demás caracteres nacionales mejor que los anglosajones del sur de Inglaterra.



*Guillermo I el Conquistador (William I of England)*

El carácter duro y despiadado de Guillermo fue exagerado por la tradición popular. Se cuenta que dejó yermos pastos extensos y tierras laborables del sur de Inglaterra por el solo placer de dedicarse en ellos a la caza. Después de Guillermo,

cuando su hijo y sucesor fue mortalmente herido en una partida de caza por una flecha que le atravesó un ojo, el pueblo anglosajón vio en este acontecimiento la mano de Dios.

El odio contra los conquistadores normandos quedó de manifiesto en los relatos populares sobre Robin Hood, que vivía en los bosques al margen de la ley, y daba a los pobres cuanto robaba a los señores ricos. El valiente Robin de los Bosques, dotado de un imperturbable buen humor, protector de las mujeres y de los débiles, es el héroe de muchas leyendas populares inglesas. Siglo y medio perduró el odio existente entre anglosajones y normandos; entretanto, se fue formando un idioma mixto, que naturalmente contribuyó a restañar el resentimiento, hasta que ambos pueblos se fundieron en uno solo: el inglés.

Guillermo el Conquistador tuvo por sucesores a sus hijos. Heredaron de su padre su energía brutal y su despiadado egoísmo, así como parte de su talento político. Con ellos se extinguió la rama masculina de esta dinastía. Siguió luego una serie de incesantes luchas por el trono entre los descendientes de la rama femenina de Guillermo el Conquistador. Los nobles normandos aprovecharon la turbia situación del país y la anarquía reinante para ejercer su odiosa tiranía. En 1154, con el ascenso al trono de Inglaterra de Enrique II, bisnieto de Guillermo el Conquistador por línea materna y miembro, por su padre, de la familia **Plantagenet** —así llamada por el retamo (*genêt*) de su escudo—, terminarían las luchas dinásticas.

## Enrique II y Tomás Becket

Enrique II, cuya madre era hija de Guillermo el Conquistador, era tan poco inglés como su abuelo. El centro de gravedad de sus dominios territoriales estaba en Francia, país del que poseía casi la mitad, por herencia y enlace matrimonial. Por parte de su madre poseía Normandía y Bretaña; por la de su padre, las comarcas del Loira y, por último, también el ducado de Aquitania; es decir, las tierras situadas entre el Loira y los Pirineos, por su matrimonio con Leonor, rica y bella heredera de este país. Leonor fue la anterior esposa de Luis VII, rey de Francia.

Enrique contaba apenas diecinueve años de edad cuando se casó con esta ex reina de Francia, que era ocho años mayor que él y estaba divorciada hacía dos meses. El nuevo esposo de Leonor, de carácter opuesto al del "monje" Luis VII, era hombre de admirable equilibrio, de anchas espaldas y un cuello de toro que sostenía "una cabeza de león", según los contemporáneos. Este rey sabría dar nuevo impulso a la evolución de la sociedad inglesa.

Al subir al trono de Inglaterra, poco después de su matrimonio con Leonor, Enrique gobernaba un extenso país que comprendía la mitad austral de la Gran Bretaña y la Francia occidental hasta los Pirineos. Comparado con él, el rey de Francia, su soberano, era un señor insignificante, en especial si se considera que los bienes patrimoniales de los Capetos sólo se limitaban a París y a la Isla de Francia.

Monarca tan poderoso, no necesitaba apoyarse en sus vasallos ingleses. En poco tiempo acabó con los abusos de los tiranuelos que gobernaban el país y restableció la unidad del reino de Inglaterra. Centenares de castillos, guaridas de los opresores que aterrorizaban al pueblo inglés, fueron arrasados; reprimió con mano dura todo conato de rebelión de la nobleza feudal: "Las espadas de los caballeros se transformaron en arados; los bandidos y ladrones fueron ahorcados y suprimidos". Enrique reemplazó en la administración pública a los barones por funcionarios idóneos de categoría social

inferior, que vigilaban a los señores y procuraban que hombres y mujeres fuesen iguales ante la ley. La institución del *jury* (jurado), en que los laicos actúan como jueces, tan característica del derecho inglés, parece datar de la época de Enrique II. En sus viajes, en todas direcciones del país, velaba Enrique para que la justicia fuese cumplida: el súbdito más miserable podía apelar directamente al soberano.

En semejante atmósfera de paz y justicia pudo arraigar en suelo británico una nueva civilización fecundada por la aportación normanda. Los barones y demás señores comenzaron a dedicarse al cultivo de sus tierras y a otras tareas pacíficas; las sangrientas luchas que dividían a los señores feudales en el continente no prosperaron bajo Enrique II al norte de la Marcha. Paulatinamente, los vasallos de Enrique II se convirtieron en auténticos aristócratas. Los castillos feudales se transformaron poco a poco en ricas mansiones campesinas, típicamente inglesas donde los dueños llevaban una vida mucho más tranquila y agradable que sus belicosos ascendientes.

En la lucha que entabló Enrique para reducir la nobleza a obediencia, le ayudó con eficacia su fiel y competente canciller Tomás Becket. Aunque él mismo pertenecía a la alta clerecía, se esforzó en someter la Iglesia a su soberano. Para consolidar en tal sentido la obra de su canciller, Enrique lo nombró en 1162 arzobispo de Canterbury, pero entonces ocurrió algo que el rey no había sospechado. Becket se dedicó tan de lleno a su nueva función como antes lo hiciera en su cargo temporal. Un contemporáneo dice de él que "quien superó a los demás en poder y magnificencia, quiso ser ahora el primero en santidad". Pero no sólo con su vida piadosa mostróse Becket de distinta manera; se convirtió de súbito en el inflexible adalid de los fueros de la Iglesia y de la jerarquía.

Cuando Enrique regresó de Francia después de la conversión de Becket, saludó al nuevo arzobispo "volviéndole el rostro". Era el prólogo de una serie de escenas violentas que estallarían entre ambos personajes irreductibles. Puede imaginarse el estado de ánimo con que oíría el rey al arzobispo defender su punto de vista, según el cual los decretos de la Iglesia debían prevalecer sobre los del monarca. Nadie se había atrevido a hablar en tono semejante al rey de Inglaterra. Éste concibió una sorda animadversión hacia Becket y no descuidó ocasión de humillarlo. Becket se refugió en Francia, donde fue recibido con todos los honores por Luis VII. El anciano canciller y arzobispo vivió retirado seis años en conventos franceses. El rey y su antiguo servidor acabaron por reconciliarse y Becket fue autorizado a volver a Inglaterra, pero la antigua desconfianza entre ambos no desapareció. Becket excomulgó a varios obispos amigos de Enrique. Cuando el rey se convenció que el arzobispo seguía siendo el mismo, se encolerizó: "¡Qué clase de cobardes hay en mi corte que no saben vengarme de un desvergonzado eclesiástico!"

## **Crimen y castigo**

Cuatro caballeros, testigos del regio acceso de cólera, tomaron en serio esas palabras, se dirigieron a Canterbury, hallaron al arzobispo en la catedral y, tras una discusión, lo mataron junto al altar (1170). Sobre el cadáver del antiguo cortesano encontróse un cilicio y señales de flagelación.

El horrendo crimen provocó indignación general. El pueblo, que lo consideró un mártir, creía que en su tumba ocurrían milagros y señales prodigiosas. Y así, la última morada de Tomás de Canterbury convirtióse en uno de los principales lugares ingleses de peregrinación. El Papa lo canonizó y conminó al rey con la excomunión si no aceptaba su veredicto.



El rey optó por dirigirse en traje de penitente y descalzo a Canterbury, dejándose flagelar por los monjes ante la tumba del santo. Después de Canosa, la Iglesia no había

logrado un triunfo semejante. Para el rey fue una terrible humillación, pero el Papa lo perdonó y pudo conservar el derecho a presentar a los candidatos a la mitra y, virtualmente, a fiscalizar las elecciones episcopales. De esta manera, se atrajo de nuevo la confianza de su pueblo antes que estallaran en 1173-1174 dos rebeliones: una, de índole feudal, en Inglaterra, y otra, en Irlanda, a la que había invadido meses después del episcopicidio; aunque, en honor a la verdad, hay que advertir que para aplastar a la primera debió emplear tropas mercenarias.

Puede afirmarse que Enrique Plantagenet imprimió su huella en la vida política y social de Inglaterra. No puede decirse otro tanto del poder que ejerció en Francia. Si la fuerte posición que ocupaba en este país no llegó a amenazar a los Capetos, como pudo creerse al principio, se debió a la actitud de su mujer y de sus hijos. El mismo año que estalló la rebelión en Inglaterra, Leonor incitó a sus hijos a sublevarse contra su padre. Luis VII, que sólo poseía media Francia debido a Enrique, no deseaba otra cosa. Pero la extraordinaria energía del monarca inglés le proporcionó medios para ajustar cuentas a sus hijos y encarcelar hasta la muerte a Leonor. Con todo, las luchas familiares estallaron una y otra vez; cuando los "leoncillos" no tomaban las armas contra su padre, lo hacían entre ellos mismos, siempre seguros de contar con la ayuda de los revoltosos señores franceses. El más célebre de éstos fue el trovador Bertrán de Born, que no toleraba que su país, alegre y libre, fuera gobernado por un extranjero. En estas lides murieron dos hijos de Enrique.

En 1180 irguióse contra el Plantagenet su más temible enemigo, Felipe II Augusto, hijo del tercer matrimonio de Luis VII. Con la mayor astucia y sin escrúpulos se propuso unificar todos los territorios franceses, y sobre todo, aniquilar el dominio de la casa Plantagenet en Francia. Incitó al mayor de los hijos sobrevivientes en Enrique II, el inconstante aventurero Ricardo, a rebelarse contra su padre, proporcionándole medios para ello. La guerra en dos frentes le pareció en exceso ardua a Plantagenet, antes monarca poderoso y ahora debilitado y gravemente enfermo. En 1189 hubo de firmar una paz humillante, y apuró las heces de su cáliz de amargura al saber que Juan, su hijo menor, participaba también en la conspiración. La historia ha dado a este príncipe el nombre de Juan Sin Tierra, porque no había recibido todavía, como sus hermanos, ningún ducado en patrimonio, debido a su juventud. Al enterarse el moribundo rey de la villana acción de su hijo predilecto, volvió el rostro a la pared y murmuró: "¡Ya no me interesa nada!".

Días después, murió Enrique. Dícese que sus últimas palabras fueron: "¡Maldito el día que me vio nacer y malditos los hijos que he tenido!".

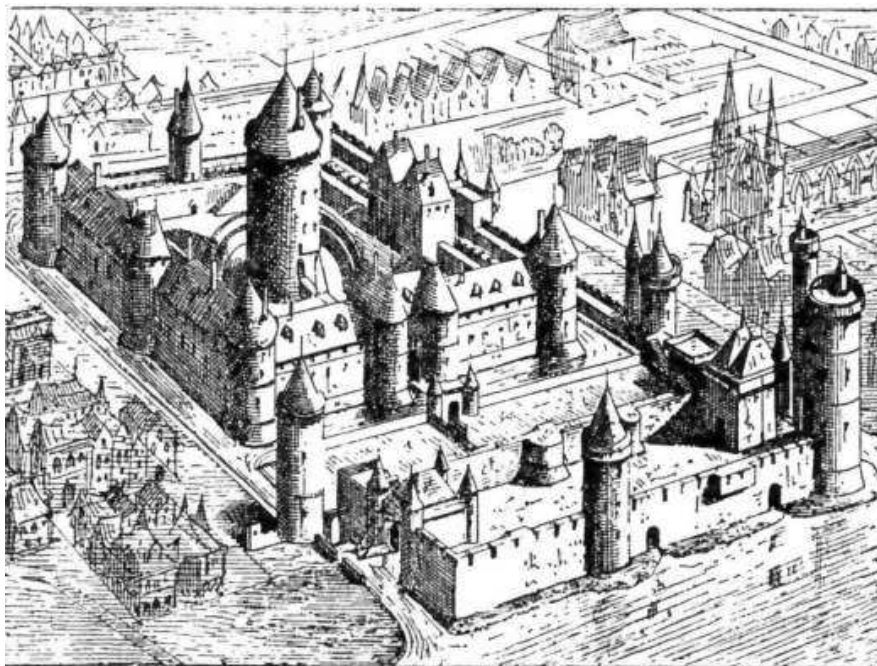
## **Los Capetos en Francia**

En 987, al extinguirse la dinastía carolingia con Luis V, la nobleza de Francia eligió rey a Hugo Capeto. El poder real de este príncipe y de sus sucesores inmediatos apenas era algo más que pura dignidad nominal. Los primeros Capetos, de hecho sólo reinaron en su propio ducado, reducido casi a la Isla de Francia, con París como capital. Los vasallos del rey (duques y condes) eran, en realidad, soberanos; el principal de ellos, el duque de Normandía. Cuando éste ocupó el trono de Inglaterra, en 1066, fue más poderoso que su "soberano", el rey de Francia.

Desde el punto de vista político, Francia era, al advenimiento de Hugo Capeto, un conglomerado de pequeños Estados independientes. Para los Capetos había llegado su hora. Empezaron reforzando el poder interno del pequeño territorio patrimonial,

haciendo entrar en razón a los vasallos recalcitrantes y protegiendo a la población laboriosa contra el bandidaje amparado por la nobleza. Respecto a la dinastía normanda, los Capetos se limitaron a mantenerse a la defensiva, alejando este peligro amenazador con intrigas y atizando al máximo las querellas intestinas de la casa real normanda.

Los primeros Capetos asentaron de esta guisa los cimientos sobre los que Felipe II Augusto, hijo de Luis VII, estructuró su política. La Isla de Francia era el núcleo de un reino que iría ampliándose como los anillos del tronco de un árbol.



*El Louvre de Felipe Augusto. Este palacio, que servía al mismo tiempo como fortaleza, era mucho más pequeño que el Louvre actual: ocupaba casi enteramente todo el gran patio del palacio moderno. De este primer castillo no queda hoy más que un trozo de muralla empotrada en los edificios del siglo XVI y algunos restos de la capilla.*

## **Felipe II Augusto y sus matrimonios**

Felipe Augusto, el gran artífice del reino francés, sólo tenía quince años cuando subió al trono, en 1180. Los esfuerzos que su padre tuvo que realizar para resistir al poderoso Enrique II de Inglaterra despertaron en él un rencor, apasionado contra el régimen que bloqueaba su propio país. Comprobóse pronto que Felipe Augusto era digno rival de Enrique II. Felipe Augusto no ocultaba su ilusión de hacer de Francia "un reino tan grande y magnífico como lo fuera en los buenos tiempos de Carlomagno".

Como buen político, favorecía a los burgueses y campesinos contra los nobles, vasallos de la Corona. Siempre estaba dispuesto a atender sus quejas. De indumentaria y ademanes sencillos, tenía más apariencia de burgués que de señor. Felipe Augusto no se mostraba autoritario ni amable, pero sabía reprimir su carácter, por naturaleza exaltado. Eran admirables su clara inteligencia y su energía. A su muerte (1223), a los cuarenta y tres años de gobierno, dejaba un reino tres veces mayor que el heredado; los territorios adquiridos constituyen, más o menos, la Francia actual, y con él entró el país en la política internacional para siempre.

Sus andanzas matrimoniales tuvieron importancia en la historia política francesa. Antes de los quince años hubo de casarse con Isabel de Hainaut, por cuestiones

dinásticas. Cuatro años después estaba a punto de repudiar a su esposa; pero, al ver el pueblo a la pobre reina dirigirse descalza y en hábito de penitente a Notre-Dame para pedir a la Virgen que "alejara aquel cáliz", tuvo compasión de ella. Acudió entonces una multitud al palacio real clamando a Dios que inspirara mejores sentimientos al rey. Felipe Augusto afectaba piedad. Al interceder, pues, los obispos y grandes del reino por Isabel, el rey abandonó sus proyectos de divorcio. Tres años después, Isabel le dio un heredero, el futuro Luis VIII, y unos años después, en 1190, murió.



*El rey Felipe Augusto de Francia.*

Cuando el rey se decidió a buscar nueva esposa, se dejó llevar por motivos políticos. Con la idea que el antiguo pueblo vikingo sería un precioso auxiliar si algún día se le ocurría invadir Inglaterra, pidió la mano de Ingeburg, hija de Valdemar el Grande y hermana del monarca reinante de Dinamarca, Canuto VI. La mayoría de los cronistas de la época exaltan hiperbólicamente la belleza y bondad de la princesa. Llegó a Francia en 1193, pero el rey le tuvo aversión desde la noche nupcial. De la correspondencia cruzada entre el rey y el Papa, se deduce que separaba a ambos esposos una trágica incompatibilidad física. Felipe Augusto relegó a su joven esposa a un convento. Para desembarazarse de ella, encargó a algunos íntimos que demostraran un parentesco en cuarto grado entre Ingeburg e Isabel, la primera mujer de Felipe Augusto, ya que ello, según el derecho canónico de la época, constituía motivo suficiente para el divorcio. Felipe Augusto convocó en el acto un tribunal de justicia, integrado por obispos y barones hábilmente escogidos. Sin contar con la reina, basándose en aquella genealogía intencionadamente falsificada, el tribunal sentenció en favor del divorcio. Tres años después, en 1196, el rey se casaba con Inés de Meran.

En 1198 subió al solio pontificio Inocencio III, uno de los Papas más enérgicos de la historia. En diversas ocasiones exhortó al rey a considerar reina a Ingeburg, advirtiéndole que su posterior esposa no podría darle hijos legítimos. Al ver que sus advertencias eran vanas, el Santo Padre lanzó el interdicto (prohibición de celebrar

oficios religiosos) en el reino de Francia, como castigo por el adulterio regio. El interdicto implicaba, entre otras medidas, la clausura de las iglesias, la prohibición de celebrar misas de réquiem por los fallecidos y la denegación de sepultura cristiana para éstos. Al quedar en suspenso la administración de sacramentos, no podían celebrarse matrimonios ni bautizos.

Los partidarios del rey eran tantos en el alto clero, que el interdicto sólo afectó a parte del reino, pero Felipe Augusto no pudo impedir que la opinión pública francesa se volviera contra él. Al fin, viose obligado a declararse dispuesto a repudiar a Inés —que esperaba un heredero— y restablecer a Ingeburg en sus derechos de esposa. Felipe Augusto no ocultaba que su solemne promesa al Papa sólo era válida por siete años. Con ello, Felipe Augusto lograba su objetivo: levantar el interdicto. El Papa y la reina no consiguieron nada: Ingeburg fue encerrada de nuevo en una fortaleza.

En el verano de 1201, un poder más fuerte que el Papa y que el rey intervino en los acontecimientos. Los sufrimientos morales de Inés durante su embarazo acabaron con ella: murió seis meses después de nacer su hijo. Inocencio III mostró entonces mejores disposiciones hacia el rey de Francia. "Para recompensar la pureza de su fe y abnegación que el monarca testimoniara siempre hacia la Santa Sede", declaró legítimos a los dos hijos que Felipe Augusto había engendrado en Inés de Meran. Fuera de ellos (un hijo y una hija), el rey sólo tenía un hijo legítimo, Luis. La legitimación de sus hijos adquiriría mucha importancia política en el momento de darlos en matrimonio.

Entretanto, la infortunada reina Ingeburg escribía desde su prisión cartas desgarradoras al Santo Padre: "¡Cada día bebo el cáliz de la amargura. Ayudadme para que no perezca: no de cuerpo, sino de alma, pues la muerte corporal sería un alivio para mí!" Suplicaba que no la considerasen adúltera si ella, mujer indefensa, era violada por sus brutales guardianes. Los trámites del divorcio fueron alargados a propósito. Con ocasión de las bodas de su hija en Soissons, Felipe sorprendió a los asistentes anunciando que iba a reemprender vida común con la que había tenido alejada veinte años. Tan inesperada decisión no significaba en el rey mejores sentimientos, sino el convencimiento que la reina, de principios estrictamente religiosos, jamás consentiría en deshacer una unión consagrada por Dios. Como era imposible obtener concesiones de ella, le había parecido más razonable al rey neutralizar tal motivo de escándalo para su pueblo. Además esperaba obtener, gracias a ella, ayuda extranjera para su lucha contra Inglaterra: campaña preparada desde tiempo atrás, con plenos poderes del Papa para ejecutar el veredicto de la Iglesia contra Juan Sin Tierra, hermano y sucesor de Ricardo Corazón de León. Según creía el rey, su recompensa sería el trono de Inglaterra.

Pero, ¿podía fiarse del carácter irrevocable de la misión que le confiara el Papa? Le pareció política acertada dar satisfacción a tal respecto a sus relaciones con Ingeborg, y aún más pudiendo hacer valer sus pretensiones legítimas al trono de Inglaterra e incluso tener un aliado contra este país. En efecto, Ingeburg descendía de Canuto el Grande, que reinara allí en otro tiempo. Si la reina Ingeburg volvía junto a su esposo, el rey de Dinamarca estaría en mejores disposiciones respecto a los planes del rey de Francia. De pronto, Juan Sin Tierra se sometió al papa y los proyectos bélicos de Felipe Augusto se esfumaron.

No obstante, el juego político tuvo como resultado para la desgraciada Ingeburg la liberación de su prisión al cabo de veinte años. Murió en 1237 ó 1238, a los sesenta años de edad. En el panteón de la historia, Ingeburg ocupa el lugar de aquellos que, por constante paciencia e inquebrantable fidelidad, se elevan a la categoría de héroes.



## SACRO IMPERIO Y PAPADO EN EL SIGLO XII

### Conrado III y su sucesor

En 1125 se extinguió la dinastía francona. Doce años después, Conrado III el suabo era coronado rey de Germania. Con él entró a ocupar el trono la dinastía de los Staufen, tercera de las dinastías imperiales alemanas desde la caída del imperio carolingio. Conrado era nieto del duque de Suabia por línea materna e hijo del castellano de Staufen, quien secuestraba a los comerciantes que venían de Italia por los Alpes, como una forma de cobrarles peaje; en retribución a su incommovible lealtad, el emperador Enrique IV le había dado en matrimonio a su hija Inés, y con ella, en dote, el ducado de Franconia. Pero, al igual que a Conrado I, obligóle el destino a consagrar sus fuerzas a una lucha encarnizada contra los nobles émulos en riqueza y poder. Consumió las energías de su pueblo y su propio prestigio con el fracaso de la segunda cruzada, de la que regresó quebrantado. Tres años después moría de una enfermedad contraída en Palestina. A su muerte, el imperio germánico se estaba desintegrando.

Al morir, Conrado indicó al sucesor que salvaría la monarquía alemana: su sobrino Federico; hijo de su hermano muerto. El mozo había dado pruebas de energía y talento durante la cruzada, formando parte del séquito de su tío, y luego en las misiones pacíficas que le fueran confiadas. Al designar sucesor a su sobrino, sin contar con su hijo menor, el moribundo siguió el ejemplo de Conrado I. Los príncipes electores alemanes ratificaron la opción hecha por el soberano desaparecido, en particular gracias a las entrevistas y encuentros promovidos por el joven duque para conseguir votos. Y así, Federico Barbarroja, como llamaron sus súbditos italianos a este alemán pelirrojo, devino rey de Alemania en 1152, a los treinta años de edad.

El reino tuvo en él un hombre sano, fuerte y bien equilibrado: un nuevo Enrique el Cetrero, aunque de mayor categoría. En resumen, un hombre capaz de acabar con las desastrosas guerras civiles entre vasallos ávidos de poder. Fue la personificación del ideal caballeresco de su tiempo. Hasta los sesenta años participó en torneos y esparcimientos bélicos, siempre dispuesto a medir sus fuerzas en la lucha. No sólo los nobles, sino los obispos le eran adictos. Rodeóse de colaboradores capacitadísimos, aunque ninguno lo igualó en talento y energía.

Cuando hubo de proveer sedes episcopales, siempre impuso sus propios candidatos, importándole muy poco el célebre concordato de Worms. Como soberano tuvo la valía de un Carlomagno, a quien precisamente escogió por modelo. Se propuso como meta renovar la época de paz y justicia que la leyenda asociaba al nombre del gran emperador franco.

### El emperador Federico Barbarroja

Barbarroja siguió también el ejemplo de Carlomagno en su política extranjera, como lo demuestra su gran interés por los asuntos de Italia, el dominio imperial por excelencia. El poder imperial hallaba en las prósperas ciudades italianas, libres de soberanos locales, un apoyo más seguro que en Alemania, dominada por las intrigas de sus orgullosos príncipes. Además, significaban mucho los recursos en especie que podían proporcionarle las ciudades comerciantes de Lombardía. En una época en que Alemania apenas superaba la fase de permutas y trueques, Lombardía y Sicilia gozaban

de gran prosperidad económica y eran, de hecho, las principales potencias financieras del continente.

Pero si Federico quería convertir a Lombardía en su mina de oro, le era preciso antes restablecer allí su autoridad. Al sacudir las ciudades italianas el yugo de sus soberanos, su estado político habíase hecho similar al de las ciudades griegas e italianas de la Antigüedad, en que hubo también ciudades con régimen republicano. Como sus modelos de los tiempos clásicos, estas comunidades se revolvían entre luchas de clases y partidos y vivían en perpetuo conflicto unas con otras. Las regiones devastadas entre aquellos países evidenciaba la guerra despiadada que se hacían las ciudades rivales. Un emperador o aspirante a la dignidad imperial lo bastante enérgico, tenía aquí ocasión para intervenir con provecho. Federico Barbarroja solía recibir frecuentes súplicas, conjurándolo a que interviniera como árbitro entre los partidos o ciudades en lucha. El rey no deseaba otra cosa, si se presentaba ocasión favorable, que atender estos llamamientos, pero era mejor seguir el ejemplo de sus predecesores: ofrecer su ayuda al Papa. Como en tiempos de Carlomagno, al Santo Padre lo amenazaban constantemente los enemigos en su propia ciudad.

En efecto, en 1144 había estallado en Roma un levantamiento de inspiración republicana, alentado por Roger II, rey normando de Sicilia e Italia meridional. El fautor de las revueltas romanas era un asceta llamado Arnaldo de Brescia, quien soñaba con resucitar las virtudes cívicas de la Roma antigua, unidas a la piedad de los primeros cristianos. Desde el Capitolio tronaba contra el poder temporal de la Iglesia y contra las costumbres, lujos y riquezas de los sacerdotes; decía que éstos, con el papa a la cabeza, debían vivir pobres y renunciando del mundo, como Cristo y los apóstoles.



*Federico I Barbarroja.*

## Una marcha sobre Roma

Al frente de un escogido ejército de caballeros de Alemania y Borgoña, país de su esposa, Federico Barbarroja se encaminó, en 1154, hacia la Ciudad Eterna, para defender al Papa. A su paso por Lombardía, y por esta vez, se contentó con inspirar temor a los habitantes de Milán y de otras ciudades, demasiado belicosas para su gusto.

“Con el corazón lleno de cólera” —empleando palabras del propio Federico—, mandó arrasarse la mayor parte de los castillos levantado en tiempos de las guerras civiles. En Bolonia, en cambio, asiento de la célebre escuela de Derecho, mostró la mayor amabilidad. Multitud de maestros y discípulos se amontonaban para ver de cerca al futuro emperador romano; Federico les dirigió benévolas frases de aliento, interesándose en especial por sus condiciones de vida. Concedió importantes privilegios a la universidad y exhortó a los burgueses a que manifestaran el mayor respeto a maestros y estudiantes. Durante su estancia en Lombardía, el rey elaboró su famoso código militar para mejorar la disciplina militar (se aplicaría a partir de 1158).

Pero mientras Federico Barbarroja se entretenía en Lombardía, los cardenales reunidos en Roma elegían Papa a Nicolás Breakspear, quien tomó el nombre de Adriano IV. La elección fue singular: ha sido el único inglés ocupante del solio pontificio. Era gran amigo del monarca alemán. Pero ¿sería bastante sumiso este amigo hacia el jefe de la Iglesia? No lo pareció al encontrarse por primera vez rey y pontífice fuera de los muros romanos. Federico Barbarroja se negó a llevar de la brida el caballo del papa y sostener a éste del estribo.

Origináronse violentas querellas entre los cardenales y los vasallos regios. El partido republicano de Roma procuró sacar ventajas del descontento de Federico para atraérselo como aliado; los embajadores que le enviaron mostraron un tono tal que pudiera creerse que representaban al poderoso Senado romano de tiempos de Catón el Viejo o Cicerón. Según ellos, el rey de Alemania tenía una misión noble y grandiosa: sacudir el yugo del pontificado y resucitar el glorioso pasado de la ciudad: como en otro tiempo, Roma, gracias al prudente gobierno del Senado y al valor de sus nuevos legionarios, dominaría al mundo. Si el emperador realizaba tan grandiosa tarea, ellos lo proclamarían augusto; con una condición, sin embargo: que el rey concediese a la población romana una gran suma de dinero y jurase respetar los antiguos privilegios y libertades de la ciudad.

En ese momento, interrumpió Federico con un ademán brusco la pomposa declaración y trazó un crudo paralelo entre el tiempo del esplendor de Roma y la presente situación de la ciudad: la fuerza y las antiguas virtudes del pueblo romano no estaban ahora tras los muros de la Ciudad Eterna, sino en el pueblo, llamado para proteger con su espada a los romanos y establecer el orden y la ley en su ciudad. Ésta pertenecía ahora al rey de Alemania, no en virtud de un derecho del Senado, sino por el derecho de la espada y en virtud de las hazañas de sus predecesores Carlomagno y Otón el Grande. Federico anunció sin rodeos que no tenía interés en comprar la corona imperial ni comprometerse en forma alguna con el pueblo romano.

En lugar, pues, de entenderse con el partido republicano, Federico pactó con el papa; llevó al día siguiente el caballo del Padre Santo por la brida, entrando ambos a la Ciudad Eterna en visible armonía. Una vez prestado el juramento tradicional de proteger y defender a la Iglesia romana, fue coronado emperador en la Basílica de San Pedro (1155). Arnaldo de Brescia, que había caído en manos del emperador, fue encarcelado y terminó sus días en la horca.

Al regresar Federico con sus tropas camino de Alemania, poseía ya la tan deseada corona imperial y se había atraído fervorosos partidarios en Pavía, Cremona y otras ciudades lombardas que odiaban a Milán mortalmente. Esta ciudad, la más poderosa de Italia septentrional, y sus aliados fueron en lo sucesivo enemigos declarados del emperador.

## **Sumisión de las ciudades lombardas**

Federico Barbarroja no era hombre que se contentase con una victoria a medias. Cuando Milán amenazó con someter a toda Lombardía, Federico juzgó llegado el momento de realizar una nueva expedición a Italia. En la primavera de 1158 pasó los Alpes al frente del ejército más poderoso mandado por un emperador alemán. Estaba determinado a quebrantar el orgullo de los milaneses. El emperador asedió la urbe y obligó a la burguesía a someterse a su autoridad.

Para disponer su soberanía en toda Italia del norte y poner fin a las nefastas guerras civiles, convocó una dieta en los Campos Roncalianos, cerca de Piacenza. Proclamó allí un edicto de paz obligatorio en todos los territorios lombardos. Todos los hombres aptos para la milicia debían jurar que respetarían el edicto imperial; todo atentado contra la paz pública sería castigado con crecidas multas y confiscación de bienes. Haciendo votar por la asamblea este trascendental edicto, estructuraba el emperador la sólida base económica que deseaba. Los derechos reales de las ciudades, así como los de aduanas, impuestos, rentas producidas por las minas, gabelas, etcétera, pertenecerían en lo sucesivo al emperador.

Pero era más fácil hacer sancionar por una asamblea decisiones tan radicales que ponerlas en ejecución, sobre todo en un país con tantas opiniones opuestas y tantos espíritus exaltados. El descontento general no tardaría en manifestarse. Tal fue la enérgica resistencia de Crema —pequeña ciudad vecina de Cremona—, que durante siete meses mantuvo en jaque al poderoso ejército imperial. Al rendirse los valientes defensores de la ciudad, mandó Federico arrasarla.

Ahora le tocaba el turno a Milán. Para mantener un asedio en regla, Federico no tenía un ejército bastante potente, y por ello intentó vencer por hambre a la orgullosa ciudad; pero ésta había acumulado grandes reservas de víveres. Las despiadadas devastaciones de los invasores incitaban a los antiguos aliados de Milán a sublevarse de nuevo contra la autoridad imperial. Pronto tuvo Federico un nuevo enemigo: el Papa Adriano IV. Tratándose del dominio de Italia, muy poco bastaba para enemistar a Papa y emperador: su colaboración se esfumaba desde el momento en que el uno no tenía necesidad del otro.

La antigua disputa entre pontificado e imperio se reanudó. Adriano procuró no romper abiertamente contra el poderoso Federico Barbarroja; pero en cuanto podía, contrariaba la voluntad del emperador; sus cartas a Federico demuestran también unos sentimientos muy fríos. En 1159, Adriano murió de súbito, antes de poder atacar de frente al temible Hohenstaufen, pero su fallecimiento no disminuyó la tensión entre el emperador y la Santa Sede. Alejandro III (1159-1181), sucesor de Adriano IV, era discípulo de Gregorio VII, aunque no demostrara el absolutismo de su ilustre maestro. Barbarroja se apresuró a tomar medidas para anularlo, proclamando un antipapa. Alejandro excomulgó no sólo a éste, sino también al emperador y sus principales aliados.

Como la excomunión no causara el efecto deseado en una personalidad tan poco religiosa como la de Federico, Alejandro, al igual que Adriano, se vio obligado a

adoptar una postura solapada contra el emperador. Desde entonces, la corte francesa se convirtió en centro de gravedad de la oposición oculta del partido pontificio. Alejandro encontró asilo junto a Luis VII cuando su estancia en Italia se hizo insostenible. Sólo la excesiva preocupación de Federico por los asuntos italianos impidió que estallara la guerra entre el emperador y Francia. Para Federico, la lucha entre él y Milán era decisiva. Después de una defensa desesperada, la población cayó en la apatía. Se mudó ésta en horror al regresar a la ciudad seis personajes ilustres, prisioneros de los imperiales: a cinco de ellos les habían arrancado los ojos y el sexto conservaba uno para que pudiese guiar a sus compañeros. En la primavera de 1162, la situación llegó a tal extremo, que la burguesía milanesa decidió entregarse a merced del emperador. Al presentarse suplicantes los altivos burgueses, los amenazó de muerte; luego les dijo que, por misericordia, les perdonaba la vida. Los emisarios no pudieron lograr otra promesa del emperador.

La suerte que reservaba a la ciudad dependía del cambio de impresiones que mantuviera el emperador con sus aliados lombardos. El odio de los italianos septentrionales contra la altiva y poderosa Milán superaba cualquier otro sentimiento. Exigieron por unanimidad que "los burgueses de Milán bebiesen también el cáliz de la amargura que hicieran beber a las demás ciudades lombardas". El emperador determinó que la ciudad fuese saqueada.

Hubo escenas desgarradoras al verse los milaneses obligados a abandonar sus hogares. La ciudad fue entregada a la devastación. En una semana, la población más rica de Italia quedó convertida en un montón de ruinas; sólo los templos y parte de las murallas emergían de los escombros. Presa del escarmiento, Lombardía entera se sometió por el momento al yugo imperial, pero reservándose para tiempos mejores. Por el momento, la situación parecía desesperada, pues nadie había con valor suficiente para oponerse al poderoso Barbarroja. En una asamblea imperial convocada ese año de 1162 por Federico, incluso Valdemar el Grande de Dinamarca vino a postrarse humildemente ante el emperador de Alemania.

## **Colonización germánica al este del Elba**

En la época en que Federico Barbarroja cimentaba el poder imperial en el norte de Italia, se producía, en el nordeste del imperio un deslizamiento fronterizo decisivo para el futuro. La gran obra de conquista y colonización de tierra eslava iniciada por Enrique el Cetrero proseguía con éxito.

Según los cronistas, los vendas, empujados a la sazón por los germanos, vivían en especial de la pesca y de la caza, pero también talaban los bosques y roturaban la tierra con instrumentos primitivos. Mantenían activo comercio con los escandinavos, con Rusia e incluso con Grecia. Eran bondadosos, hospitalarios y serviciales, incluso con sus enemigos. En cambio, no tenían el sentido de la propiedad. Se atribuye a los vendas como regla de vida este precepto: "Lo que robes por la noche, conviene que lo des a tus huéspedes a la mañana siguiente". En su lucha contra los germanos, daban libre curso a su crueldad, a su espíritu de venganza y perfidia, y no a su simplicidad natural.

La conquista germánica del país de los vendas, sito entre el Elba y el Oder, fue la base del margraviato o marquesado (*markgraf*) de Brandeburgo; es decir, de Prusia. En tiempos de Federico Barbarroja reinaba allí el margrave Alberto el Oso, de la dinastía de Ascania, quien se había dedicado a extender sus territorios a expensas de los eslavos. En la misma época, otro príncipe alemán, el duque de Sajonia y Baviera Enrique el León, de la poderosa casa guelfa, se propuso convertir el litoral báltico en tierra

alemana. Desde luego, el Holstein occidental, Mecklemburgo y Pomerania fueron poco a poco germanizados: colonos de Alemania y Países Bajos, con hachas, azadas y arados, ocuparon los territorios abandonados por los eslavos.

Tanto los holandeses como los flamencos se mostraron muy activos en esta competencia. Muchas generaciones mantuvieron en su patria dura lucha contra el mar y las inundaciones, y eso les dio la experiencia necesaria para sanear las tierras pantanosas de Baja Sajonia y otras tierras eslavas vecinas. Por otra parte, colonos valones se asentaron en Transilvania (Hungría-Rumania) y Silesia. A la población eslava sólo le quedó la pesca como medio de subsistencia, quedando confinados en localidades pesqueras pequeñas y sucias, hasta sucumbir lentamente, absorbidos por la nueva población. Existen aún numerosos topónimos terminados en *ow* o *itz*, que atestiguan la antigua presencia eslava.

Los siglos XII y XIII constituyeron para el pueblo alemán el período medieval de mayor despliegue de energías. Igual que ocurriría en Andalucía una vez reconquistada, en la Baja Sajonia quitada a los vendos se formaron grandes señoríos que, con el andar del tiempo, iban a dar paso a las propiedades rurales, de lejos las más extensas de Alemania, poseídas por los *junker*.

## NUEVA CAMPAÑA ANTIPAPAL

### La liga lombarda

En 1165, Alejandro III decidió volver a Roma. Parecía llegado el momento de recordar a los romanos quién era su verdadero soberano. Ciertamente es que el Papa estaba muy lejos de sentirse seguro, pero algunos síntomas le infundían esperanzas. En su lucha contra el poderoso Hohenstaufen, el Papa tenía intereses comunes con el soberano normando de Palermo y con Manuel, emperador de Bizancio. Éste trató por todos los medios de atraer al pontífice a su causa. Uno de los lazos que le tendía era la unión de las iglesias, romana y griega, bajo la autoridad del Papa de Roma. En contrapartida, Manuel pedía a Alejandro desposeyera de la corona imperial de Occidente al rey de Alemania, para conferírsela al emperador bizantino. Manuel ofreció, además, ayuda financiera y las tropas que el Papa necesitase para someter a toda Italia.

En el verano de 1167, Federico Barbarroja hallóse una vez más al frente de un poderoso ejército, ante las puertas de la Ciudad Eterna, decidido a deponer a Alejandro. Los romanos se defendieron con valor. Quedaron asolados los contornos de la basílica de San Pedro y, sólo ante el peligro de ver destruido este templo, depusieron los romanos las armas. Alejandro, huyó; su lugar fue ocupado por un antipapa. Federico solía verse comprometido en medio de sus triunfos, incluso contra su enemigo más peligroso. Sobrevinieron lluvias torrenciales y declaróse una epidemia que se extendió con rapidez a causa del aire insalubre de la Campania, obligando al emperador a emprender una retirada precipitada.

Por si fuera poco, estalló una rebelión a retaguardia, entre las ciudades lombardas, mientras ocupaba Roma. Al frente de esa liga recién creada se hallaba Cremona, la ciudad hasta entonces más fiel a Federico, quien la había colmado de privilegios. En la liga lombarda fueron admitidos los burgueses de la devastada Milán, para cuya restauración las demás ciudades prometieron ayuda. Poco después, Milán sería otra vez la ciudad más pujante de Lombardia.

Por el momento, con su ejército tan debilitado, Federico se sintió impotente ante la rebelión de los lombardos, que llegaron incluso a ocupar los pasos de los Alpes; fue

toda una hazaña la de conducir sus tropas a Alemania. Aquí se hallaba también amenazada la autoridad imperial. Sus adversarios habían aprovechado los reveses de Federico en Italia para mostrarse en abierta rebelión contra él y sus partidarios. El más poderoso de ellos era su sobrino Enrique el León. El emperador necesitó cuatro años para restablecer su autoridad en Alemania y poder volver contra Italia.

Otros dos años tardó Barbarroja en preparar su campaña contra los rebeldes lombardos. No le fue posible organizar un ejército tan potente como los de 1158 y 1167. En el momento decisivo dejó de contar con su más poderoso vasallo, Enrique el León, señor de una retahíla de dominios sitos entre los Alpes y el mar del Norte. Enrique el León prefería utilizar sus ejércitos y su dinero en ampliar sus posesiones en el país de los vendas, antes que arriesgarlos con el emperador en una empresa italiana. Bastantes sacrificios se habían hecho en Italia. Además, él nada ganaba reforzando la autoridad imperial.

Barbarroja se dirigió, pues, con tropas insuficientes contra el ejército de la liga lombarda; su marcha quedó detenida por éste cerca de Legnano (1176). La fuerza de choque de los ligados la integraban los burgueses de Milán. Éstos lucharon con tanto encono contra el odiado príncipe que había arrasado su ciudad, que consiguieron la victoria.

La derrota de Legnano fue un rudo golpe para Barbarroja, pero su posición no era desesperada. Tanta incertidumbre en la lucha hizo reflexionar a los contrincantes. Se mostraron dispuestos a tratar. Los belicosos milaneses deseaban consolidar con una nueva victoria sobre el emperador su antigua posición dominante en Lombardía; pero los burgueses de Cremona sintieron renacer su antigua animosidad hacia la gran rival lombarda e iniciaron conversaciones con Federico.

Las veleidades políticas de Cremona aumentaron al circular el rumor que el soberano iba a reconciliarse con el Papa. Separar primero los intereses del Papa de los de la liga lombarda y tratar aisladamente con cada adversario era en aquellas circunstancias lo mejor que Federico podía hacer. En conclusión, Federico reconoció a Alejandro como legítimo Papa y éste levantó la excomunión fulminada contra el emperador. Tras prolongadas conversaciones, se firmó la paz en Venecia; mientras la ciudad ardía en fiestas, el pontífice y el emperador sancionaron su tratado con un encuentro personal en la basílica de San Marcos (1177).

En el pórtico del célebre santuario se erigió un trono para el Papa; se acercó Federico, se despojó de su manto de púrpura, postróse y besó humilde los pies al soberano pontífice. El Papa, echando lágrimas, levantó al monarca y le dio el beso de paz. Simultáneamente, el emperador firmó una tregua de seis años con la liga lombarda y otra de quince, con el rey de Sicilia. Solucionados los asuntos de Italia, podía disponer el emperador su regreso a Alemania. Quedaba libre para entenderse con Enrique el León.

En medio de impresionantes ceremonias oficiales, entró Alejandro en la Ciudad Eterna. Su victoria fue completa cuando Inocencio, el cuarto de la sucesión de antipapas sostenidos por Barbarroja, vino a postrarse y reconocerlo como único Vicario de Cristo (1180).

## **La lucha contra Enrique el León**

Una vez en Alemania, Federico llamó a Enrique el León para que justificara sus desacatos hacía su soberano. Muchos enemigos del presuntuoso güelfo se habían quejado también de él. Confiando en su bien entrenado ejército y en su talento militar,

había vulnerado la tregua imperial proclamada por Federico. Cuatro veces lo requirió éste a comparecer ante el tribunal de justicia imperial, pero Enrique no se dio por enterado. Este príncipe, especie de monarca no coronado de media Alemania y que tenía por suegro al rey Enrique II de Inglaterra, se juzgaba superior a la ley. No quedó otra alternativa que desterrar a Enrique del imperio y desposeerlo de sus feudos.

En la lucha entablada entre el staufen y el güelfo, Enrique el León llevó la peor parte. No le quedó otro recurso que echarse a los pies de Federico y entregarse a merced del vencedor. Cuando éste vio a su orgulloso vasallo en tan humillante postura, debió recordar las muchas veces que su sobrino y él se hallaron juntos no sólo en el campo de batalla, sino también en el consejo de príncipes. También dorando, tendió la mano a su adversario y lo levantó, dándole el beso de paz.

El conmovedor espectáculo no agradó a los demás príncipes. Unánimes, avanzaron hacia el emperador, exigiéndole que no devolviera al duque Enrique sus feudos sino con el asentimiento general. El emperador hubo de ceder. La sentencia condenatoria de Enrique había sido pronunciada de común acuerdo entre el emperador y los príncipes vasallos y sin apelación; como única gracia, Enrique solamente pudo conservar sus posesiones hereditarias de Brunswick y de Lüneburgo. Los demás feudos fueron distribuidos entre diversos príncipes alemanes.

Desde entonces no hubo vasallo imperial lo bastante fuerte para enfrentarse con la autoridad de los Hohenstaufen. Ningún monarca de Europa era capaz de medir sus fuerzas con Federico Barbarroja; ni siquiera Enrique II, el poderoso rey inglés. Pudiera preguntarse por qué Federico no conservó para sí los territorios de su vasallo Enrique el León, administrándolos con sus propios funcionarios: tal era el método que permitió a los Capetos crear poco a poco el Estado francés. En Alemania, eso no era posible sin tremendos altercados entre el emperador y la nobleza. Federico era un político demasiado avisado para arriesgarse en una experiencia que hubiera exigido graves sacrificios, y que le acarrearía sin duda el nombre de déspota. Lejos de ser autócrata, sólo deseaba ser en el concierto de príncipes alemanes el primero entre iguales.

Respecto a las vicisitudes posteriores de Enrique el León, debe recordarse que trató de aprovechar la ausencia de Barbarroja, en marcha a la cruzada, para posesionarse de sus antiguos territorios. Pero frustró su intento gracias a la enérgica intervención del joven príncipe heredero, el futuro emperador Enrique VI. El autoritario güelfo renovó su tentativa cuando éste fue nombrado emperador y combatía en Italia, pero su intento fracasó una vez más.

La autoridad imperial consiguió imponerse a la nobleza, pero la aspiración de Federico a restablecer sobre toda Europa occidental el mandato del Sacro Imperio pertenecía hacía tiempo al pasado. En cambio, la obra que Enrique el León convirtió en objeto de su vida —la germanización de las tierras eslavas al este del Elba— quedó íntegra hasta hoy, con la salvedad que después de la segunda guerra mundial, los polacos, moviendo sus fronteras hasta el Oder, recuperaron una parte importante de estos territorios, otrora eslavos.

### **Federico Barbarroja y su política italiana**

En 1183 expiraba la tregua entre el emperador y la liga lombarda. Siguió un tratado de paz realizado en debida forma. Federico renunció a acabar con la autonomía de las ciudades lombardas, aunque mantuvo, tanto allí como en Alemania, su autoridad como soberano, asegurándose las principales fuentes de recursos.



Un año después, la política de Barbarroja —ya más cano que colorín— logró un nuevo éxito mediante los esponsales de su hijo y heredero Enrique con Constanza, heredera del trono de Sicilia. Tal unión distaba de ser romántica: Constanza no era agraciada y tenía once años más que su prometido. Pero desde el punto de vista político, el matrimonio constituía una empresa utilitaria: los Hohenstaufen podrían hacer del Estado normando de Sicilia, tan bien organizado, el punto de apoyo para su hegemonía en Italia.

La última vez que el anciano emperador visitó Italia, en donde había pasado casi la mitad de su reinado, pudo ir sin ejército, como pacificador y padre de la patria. En las florecientes ciudades lombardas fue recibido con fiestas y muestras de respeto. Los festejos más espléndidos se celebraron en Milán. Allí tuvieron lugar los esponsales entre el heredero al trono imperial y la princesa Constanza de Sicilia. Sucesivamente ciñeron la frente del joven prometido las coronas reales de Alemania, Lombardía y Nápoles. Con todo, el creciente poder de los Hohenstaufen no dejaba de inspirar preocupaciones, en particular a la Santa Sede, cuya situación entre el Sacro Imperio romano-germánico y el reino siciliano era por demás incómoda entre aquel bloque político que la atenazaba por el norte y por el sur.

## **LA TERCERA CRUZADA**

### **Caída de Jerusalén**

La tercera cruzada evoca el nombre de Saladino, el gran sultán de Egipto y Mesopotamia, cuyo carácter caballeresco era la admiración de amigos y enemigos. Saladino era hijo de un jefe kurdo. Los kurdos, que dieron su nombre a la región montañosa del Kurdistán, son un pueblo de origen iranio, muy valiente y amigo de la libertad. Saladino no era semita, sino indo-europeo. En 1187 proclamó la guerra santa e invadió Palestina. Tuvo un sangriento encuentro con el rey de Jerusalén cerca del lago Tiberíades.<sup>13</sup> En vano lucharon con tenacidad los caballeros hospitalarios y templarios; casi todos perecieron en esta memorable jornada. El ejército cristiano fue aniquilado por completo y su rey cayó prisionero. Nos queda un notable relato de mediados del siglo XIII, del historiador árabe Abu Samah, obra basada en los testimonios de tres altos dignatarios del séquito de Saladino.

Cuando los cristianos se pusieron en marcha, el viento les daba de frente. Los turcos aprovecharon esta circunstancia para incendiar la hierba seca de la estepa, de modo que los francos pronto hubieron de luchar contra las llamas y el humo: "Así, los adoradores de la Trinidad fueron, en esta vida, atormentados con triple fuego: el de la estepa, el de la sed y el de las flechas".

---

<sup>13</sup> El lugar de la batalla se llamaba el Cuerno de Hattin (4 de Julio de 1187).



*Cristianos rindiéndose ante Saladino, después de la batalla del Cuerno de Hattin.*

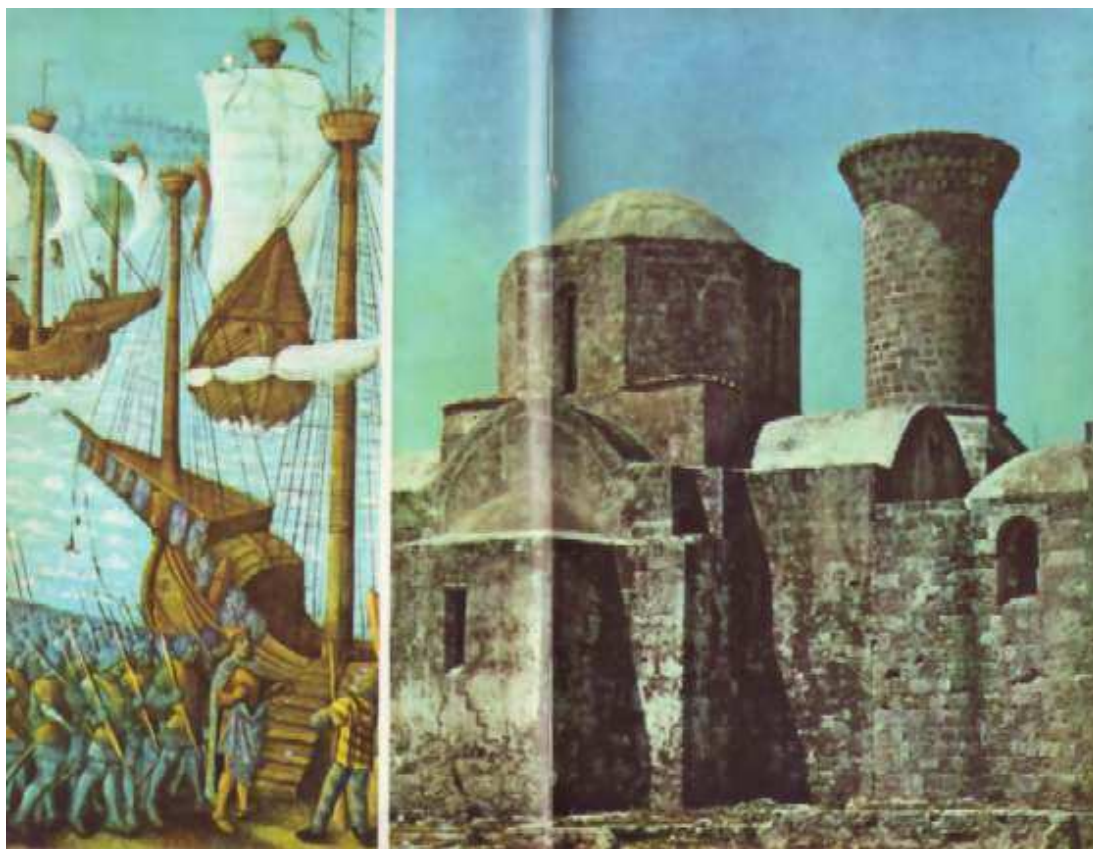
Después de la victoria de Tiberíades, Saladino se apoderó de todos los castillos que rodeaban Jerusalén antes de poner sitio a la ciudad. Los graves desperfectos causados por las máquinas de asedio desanimaron a los defensores, que pidieron un armisticio. Saladino rehusó al principio. "Quiero conquistar Jerusalén —decía— como lo conquistaron los cristianos hace noventa años: mataré a todos los hombres y me llevaré a las mujeres como esclavas. Mañana tomaremos la ciudad." A lo que respondieron los cristianos: "Si hemos de renunciar a toda esperanza por medio de conversaciones, lucharemos desesperadamente hasta el último de nosotros, pegaremos fuego a las casas y destruiremos los templos. Mataremos a los cinco mil prisioneros musulmanes que tenemos, hasta no dejar uno. Aniquilaremos nuestros bienes artes que dejároslos. Mataremos a nuestros hijos. Ni un ser humano quedará con vida y perderéis todo el fruto de la victoria".

Tan altiva respuesta hizo reflexionar a Saladino, quien reunió en consejo de guerra a sus hombres. Le aconsejaron que aceptase la capitulación de Jerusalén mediante un rescate por cada habitante. Con estas condiciones, se rindió la población (1187).

De nuevo estaba la Ciudad Santa en manos de los infieles. Entre gritos de alegría de los musulmanes y lamentos de los cristianos, fueron transformadas las iglesias en mezquitas. Las cruces fueron arrojadas al suelo y fundidas las campanas de las iglesias. Una vez pagado su rescate, los cristianos pudieron abandonar la ciudad. Varios miles de cristianos pobres que no pudieron pagar dicho rescate fueron puestos también en libertad. Dos detalles sorprendentes: uno, que Saladino mandó incluso distribuir limosnas entre los francos pobres, y dos, que apenas salieron estos infortunados de Tierra Santa, fueron despojados —cerca de Trípoli, en Siria— por sus propios correligionarios.

Después de Jerusalén, pronto cayó toda Palestina en poder de Saladino. Abu Samah narra con orgullo cómo "Saladino, al frente de un ejército de hombres llegados del paraíso, combatía a los enviados del infierno con tal éxito, que Tierra Santa fue purificada y, con ayuda de Alá, liberada de sus sufrimientos. El pecado de impiedad fue ahogado en sangre y la creencia en el único Dios verdadero triunfó sobre la doctrina de la Trinidad".

El dolor y la indignación no conocieron límites cuando se supo la caída de Jerusalén. La existencia de la cristiandad estaba una vez más en peligro. No en vano se apeló a príncipes y señores y a su fidelidad a Cristo, soberano supremo. Los tres monarcas más poderosos de Occidente, el emperador Federico Barbarroja y los reyes Felipe II Augusto de Francia y Ricardo Corazón de León de Inglaterra, se dispusieron a combatir.



*Salida de Felipe Augusto para la 3ª Cruzada, en 1190 (miniatura del siglo XV). Murallas de la isla de Rodas, donde los caballeros de San Juan resistieron a los turcos hasta el siglo XVI.*

## **Federico Barbarroja muere en la cruzada**

Federico, hasta entonces en buenas relaciones con Saladino, le ordenó en 1188 que evacuara Jerusalén, que devolviera a los cristianos la Verdadera Cruz, el botín del combate de Tiberíades y los indemnizase por los perjuicios que les había causado. Saladino respondió altivo que los cristianos no le inspiraban ningún temor y que confiaba en Alá, que le había concedido tantas victorias; por amor a la paz, se declaraba dispuesto, no obstante, a restituir a los cristianos la Verdadera Cruz, así como algunos territorios, poner en libertad a todos los prisioneros cristianos y permitir a los peregrinos que visitasen en paz el Santo Sepulcro.

Tales concesiones eran insuficientes para que Barbarroja renunciase a sus proyectos de cruzada. Además de los motivos de orden religioso y caballeresco, no deben descartarse sus intenciones políticas. Los cruzados afluían de toda Europa. De cualquier lugar llegaban los caballeros buscando el desquite con los sarracenos. Para todos era motivo de honor ser cruzado en Tierra Santa.

En el verano de 1189, Federico Barbarroja se puso en marcha al frente de un ejército que, según los cronistas, ascendía a unos cien mil hombres. Con habilidad, aunque con sensibles pérdidas, conducía el anciano y experimentado emperador a sus hombres a través del Asia menor. Ante la batalla más peligrosa que Sostuvo con los turcos, arengó a sus hombres prometiéndoles el paraíso.

Los cruzados alemanes, avanzando a lo largo del río Salef, se acercaban ya a la costa meridional de Asia menor, cuando circuló una triste noticia: "¡El emperador ha muerto!" Federico se había ahogado en el río mientras se bañaba, reponiéndose de una marcha agotadora por el calor. La muerte inesperada del soberano causó en su gente un efecto demoledor. ¿Cómo creer ya, después de tal accidente, en apariencia sin sentido, en la consigna de los cruzados: "Dios lo quiere"?

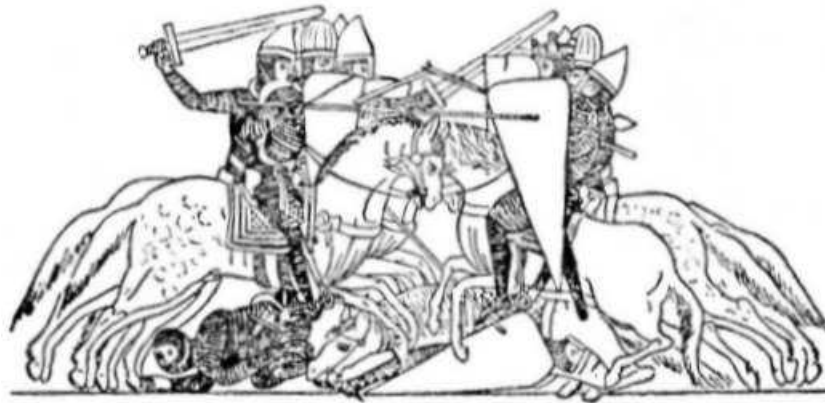
En la patria de Federico Barbarroja nació con el tiempo la leyenda que el viejo emperador duerme en una cueva del Kyffhäusberg, en Turingia, recostado en una losa de piedra. Su larga barba le ha crecido hasta el suelo. Pero, algún día, cuando a su país y su pueblo les amenace la desgracia, el poderoso mantenedor de la ley y del orden despertará de su sueño y restablecerá el imperio alemán en todo su esplendor.

## **Ricardo Corazón de León y el sultán Saladino**

El mando del ejército alemán recayó en el hijo del emperador difunto, el popular duque Federico. Los cruzados siguieron, a costa de dificultades y numerosas víctimas, su camino hacia Siria. Allí, los alemanes se unieron a los cruzados franceses e ingleses trasladados por mar a Tierra Santa.

Para mantener la disciplina durante la expedición, Ricardo Corazón de León, hijo de Enrique II y de Leonor de Aquitania, dictó un código militar severísimo, en el que aparecían artículos de este jaez: "Aquel que mate a un hombre durante la travesía, será atado al cadáver de la víctima y arrojado con él por la borda". Actuó con la máxima energía contra la creciente inmoralidad del ejército.

Al acercarse los alemanes a Siria, ingleses y franceses desembarcaron junto a San Juan de Acre, en la Palestina central. Inmediatamente sitiaron la ciudad. En vano intentó Saladino obligarlos a levantar el asedio. Durante las operaciones, los alemanes perdieron a su nuevo jefe: el duque Federico cayó víctima de la peste. Por fin, en el verano de 1191, la ciudad capituló. Desde entonces y durante un siglo, constituyó el principal apoyo de los cristianos en Tierra Santa. Se esperaba que tras la toma de San Juan de Acre se clamara una sola consigna: "¡A Jerusalén!"; pero no hubo posibilidad de ello. La discordia en el campo de los cruzados ahogó toda iniciativa.



Combate entre caballeros (según un manuscrito medieval)

Durante el asalto a San Juan de Acre, provocóse una escena penosa ante las murallas de la ciudad. El duque Leopoldo de Austria fue el primero en clavar su estandarte en los muros. Ante los gritos alborozados que saludaban la caída de la ciudad despechado Ricardo Corazón de León, arrancó el estandarte del duque, lo arrojó al suelo y en su lugar plantó el suyo. El duque reprimió su cólera en aquel momento y reservó su venganza para ocasión más favorable.

Ricardo Corazón de León tampoco simpatizaba con sus aliados franceses. Al fin, Felipe Augusto se cansó de él, y, pretextando una enfermedad, regresó a Francia con la mayoría de su ejército, dejando una escasa tropa a las órdenes de Ricardo. Más que en el carácter caprichoso de éste, debe inquirirse la verdadera causa del descontento francés en una cuestión de honor. El vasallo (Ricardo) era más poderoso que su soberano (Felipe Augusto) y no desdeñaba ocasión de manifestarle.

Los cruzados que quedaban consideraron deshonorosa la partida de Felipe Augusto. Cuando su flota se hizo a la mar, maldijeron al guerrero que faltaba a su juramento de cruzado. Pero en su patria lo esperaban conquistas con mayor honor y provecho que la lucha sin sentido desarrollada en Tierra Santa. Para echar mano a los feudos franceses de su rival, Felipe Augusto aplicó una táctica que ya le había dado felices resultados. Trabó amistad con Juan Sin Tierra, hermano y enemigo de Ricardo, y lo persuadió de tomar posesión de los territorios franceses de su hermano, que luego recibiría como herencia oficial del rey de Francia.

Entretanto, Ricardo Corazón de León se hallaba al frente de toda la cruzada. Su primera medida fue degollar a tres mil prisioneros musulmanes, porque opinaba que Saladino no tenía prisa en pagar el rescate convenido. En lugar de marchar sobre Jerusalén, el inconsecuente Ricardo se dejó arrastrar por el astuto sultán a una agotadora campaña, expugnando castillos y tendiendo emboscadas a las caravanas. El tiempo que perdió así el jefe cruzado fue aprovechada por el sultán para poner a Jerusalén en condiciones de defensa.





*Ricardo Corazón de León visitado por Saladino.*

Al mismo tiempo que Ricardo se esforzaba en inspirar terror a los musulmanes, procuraba granjearse el respeto y la amistad de su gran adversario. Ambos héroes se enviaban mutuos obsequios. Al lanzarse Ricardo con un puñado de hombres contra Jaffa, antepuerto de Jerusalén, para libertar a los cristianos cercados allí, cayó al suelo su caballo en plena lucha y hubo de seguir combatiendo a pie. Al saberlo, su noble adversario le regaló una cabalgadura de refresco con un mensaje que decía que era conveniente que los reyes combatieran a caballo. En sus conversaciones con Saladino, Ricardo simpatizó tanto con el hermano de éste, Aladil, que propuso casar a su hermana con el príncipe oriental. Como la anterior, esta cruzada resultó inútil. Finalmente, el regio aventurero que mandaba la expedición comprendió que su presencia era necesaria en su propio reino: habíanle llegado noticias inquietantes de Inglaterra sobre los compromisos felones de su hermano Juan con Felipe Augusto. Ricardo Corazón de León abandonó al fin el escenario de sus hazañas. Antes de partir, obtuvo de Saladino un tratado que garantizaba a los cristianos, durante tres años, la posesión de casi todo el litoral de Palestina y les permitía peregrinar al Santo Sepulcro en grupos desarmados. Esto y la liberación de San Juan de Arce fue el resultado de esta tercera cruzada, preparada en forma tan espectacular.

Más que su irrisorio tratado con Saladino, sobrevivió en Oriente el recuerdo de las hazañas de Ricardo Corazón de León. Las madres turcas solían amedrentar a sus hijos que no querían dormir diciéndoles: “¡Que viene Ricardo!”. Por su parte, Saladino, agotada por las fatigas de la guerra, murió apenas a la edad de 55 años, dejando diecisiete hijos.

En cuanto al temerario Ricardo, corrió muchas aventuras antes de volver a Inglaterra. Primero, las tempestades arrojaron su navío a la deriva, alcanzando al fin el litoral norte del Adriático. Como, además de Felipe Augusto, le acechaban otros enemigos, se disfrazó en el camino y prosiguió viaje por tierra. Cerca de Viena fue reconocido y cayó en manos de su mortal enemigo, el duque Leopoldo, a quien tan gravemente había ofendido en Palestina. Leopoldo lo retuvo dos años en prisión, hasta que de Inglaterra pagaron el enorme rescate exigido por el duque.

## LA CARTA MAGNA

### Regreso y muerte de Ricardo Corazón de León

Cuando Ricardo recobró su libertad, Felipe Augusto escribió a Juan Sin Tierra: “¡Cuidado, ahora: el diablo anda suelto!”

Apenas llegó a su reino, Ricardo acusó a su hermano de alta traición; pero, impulsivo como siempre, lo perdonó pronto: “Después de todo, ¿no es, acaso, hermano mío?—dijo Ricardo—. Quiero perdonarle las sucias jugadas que me ha hecho”. Y así fue rey de nuevo. Recompensó la fidelidad del pueblo inglés desangrándolo y abandonándolo una vez más, aunque ahora con motivo. Debía defender su patrimonio francés, su país de origen, contra Felipe Augusto.

Al desembarcar Ricardo en Lombardía fue aclamado por la multitud. Sus enemigos huyeron al saber de su llegada. Para suerte de Felipe Augusto, el pródigo Ricardo quedó pronto sin dinero, lo que menguó su poder. En el período siguiente, la guerra, la paz y la firma de tratados se sucedieron incesantes y Felipe Augusto no descuidó detalles ni manejos diplomáticos para arrebatar a Ricardo el fruto de sus victorias. En cambio, no se afanó en emular a Ricardo en la labor de soborno a los vasallos del adversario. Felipe Augusto era muy económico, casi un avaro. Todos sus vasallos, laicos y eclesiásticos, se quejaban de ello.

En 1199, Ricardo, a los 42 años de edad, pereció víctima de sus temeridades, cuando asediaba el castillo de uno de sus vasallos franceses. Su reinado duró diez años: en ellos deshizo toda la obra de su predecesor, Enrique II, que tanto trabajo y perseverancia había puesto en su labor política.

### Juan Sin Tierra

Al no dejar Ricardo hijos legítimos, la corona pasó a su infiel hermano Juan Sin Tierra, el más antipático de los hijos de Enrique Plantagenet. No tenía el ardor caballeresco de su hermano Ricardo, que realzaba su persona, pese a todos sus defectos. En cuanto a oprimir a sus súbditos, superó a su hermano difunto. Es posible que no haya habido en Inglaterra otro rey tan odiado por sus súbditos como Juan Sin Tierra.

Tal encono se manifiesta en las biografías contemporáneas referentes a él. Los historiadores opinan que lo describieron más odioso de lo que era en realidad, pues tuvo la desgracia que su historia la redactaran sus enemigos personales, que no perdonaron ocasión de vilipendiarlo. Sin duda, sus contemporáneos y la posteridad lo han responsabilizado de hechos que no eran sino consecuencia inevitable de las torpezas, prodigalidades e incurias de su hermano Ricardo. Sobre Juan Sin Tierra recayó un juicio muy influido por la penosa situación política en que se encontraba. Desde luego, el pueblo inglés se irritó al comprobar que el dinero que el rey les arrancaba se derrochaba en defender los patrimonios reales franceses, y aún eso, sin éxito, puesto que Felipe Augusto le había ido arrebatando una tras otra todas sus tierras, a excepción de una parte de Aquitania. Los insignificantes resultados de su política se debían también a la calidad de un adversario tan temible como Felipe Augusto.



*Chateau-Guillard, la fortaleza de Ricardo Corazón de León, en la orilla oriental del Sena, dominando la ciudad de Andelys. Un recinto elíptico, rodeado de un foso, envuelve el torreón. Obsérvese la imponente construcción externa, flanqueada por torres cilíndricas que avanzan como proa de un navío hacia el istmo que une la roca escarpada con la planicie.*

El resultado desastroso de otro conflicto entre Juan Sin Tierra y el autoritario Papa Inocencio III colmó la cólera inglesa. Inocencio despreciaba a Juan Sin Tierra y no disimulaba sus sentimientos. El origen de la disputa fue que el Papa trató, a despecho de todas las tradiciones, de imponer como arzobispo a uno de sus cardenales, Esteban



Langston. El rey desterró a los eclesiásticos que sugirieron a Inocencio esta elección. Inmediatamente, el Papa fulminó el interdicto contra Inglaterra y amenazó con deponer a Juan y dar su corona a Felipe Augusto. Al saber Juan que el activo rey francés se preparaba para invadir Inglaterra, quedó anonadado. Sabía que sus súbditos no lo ayudarían a la hora del peligro. Así, prometió al legado del papa reconocer a Langston como arzobispo y llamar a los sacerdotes desterrados. Fue obligado a arrodillarse ante el legado del Papa y a ofrecerle la corona, lo que significaba que en adelante gobernaría Inglaterra como un feudo recibido de manos del soberano pontífice. Además prometió que él y sus sucesores pagarían tributo anual (*annata*) a Roma. Al aceptar que su reino figurase como feudo del Papa, no sólo Juan Sin Tierra se humillaba vergonzosamente, sino también el pueblo inglés.

La sumisión de Juan a Inocencio III recuerda en cierto modo el célebre viaje a Canosa del emperador Enrique IV. Sin embargo, Juan se atrajo también un fiel aliado, pues el Papa no se contentó con ordenar a Felipe Augusto que renunciara a la invasión, sino que prestó apoyo a su vasallo inglés en otras circunstancias. Cuando Juan formulaba al pueblo promesas de las que luego se arrepentía, siempre tenía un medio para escudarse: bastaba hacer intervenir al Papa.

## **Bouvines, una batalla decisiva**

Es probable que Felipe Augusto no hubiera acatado la prohibición pontificia de invadir Inglaterra si, en aquel preciso momento, no hubiese roto su vasallo, el conde de Flandes, el juramento de fidelidad. Temiendo que este súbdito rebelde lo atacara por retaguardia, el rey de Francia suspendió la invasión y se desquitó apoderándose de parte de las tierras flamencas. La política tomó un nuevo rumbo. La flota de invasión reunida por Felipe Augusto fue aniquilada por los ingleses; el conde de Flandes firmó un tratado con Juan Sin Tierra y Felipe Augusto perdió casi por entero todas sus conquistas en Flandes. Además, Juan Sin Tierra atacó a Felipe Augusto mientras el ejército alemán a las órdenes de Otón IV, sobrino de Juan, acudía en socorro de Flandes. Ante el grave peligro, el pueblo francés apoyó a su rey. Monarca y pueblo derrotaron por completo al enemigo en Bouvines, Flandes, en 1214. A consecuencia de las graves pérdidas sufridas en Bouvines, el emperador Otón no fue capaz ya de enfrentarse con su rival Federico II. Incluso la resistencia que el rey Juan oponía a sus adversarios del interior quedó paralizada. En cambio, Felipe Augusto vio reforzada su autoridad real ante el feudalismo francés y se aseguró la posesión hereditaria de las tierras arrebatadas a Juan diez años antes. La batalla de Bouvines tuvo para Francia la importancia que para el porvenir de Alemania había tenido la victoria de Otón el Grande a orillas del Lech: conseguía, en definitiva, estructurar una Francia unida y homogénea.

Dos años antes (1212), otra famosa batalla, la de Navas de Tolosa rompió el equilibrio cristiano-musulmán en España y anunciaba la futura unidad bajo el cetro de Castilla, entonces asistida por vez primera no sólo por los demás reyes cristianos de la península, sino por combatientes europeos que daban a la lucha un significado de “cruzada” como pocas veces lo tuvo la Reconquista.



Batalla de Bouvines (1214).

## La "carta magna"

En cuanto a los ingleses, al aceptar que su reino figurase como feudo del papa, no solo se humillaba vergonzosamente a Juan Sin Tierra, sino también al pueblo entero. El descontento de sus súbditos se incrementó con las continuas exacciones y la desdichada administración. Estalló una sublevación entre los vasallos del rey, dirigida nada menos que por Esteban Langston, que gozaba de consideración general por su prudencia y capacidad. En 1215 se desligaron de su juramento de fidelidad al monarca. Los burgueses de Londres se unieron a los barones y cerraron las puertas al rey, que residía entonces en el castillo de Windsor, al oeste de la ciudad. Los demás poblaciones del

reino siguieron el ejemplo. Cuando Juan llamó a sus partidarios a las armas, de tantos miles de vasallos solo siete le siguieron fieles.



Juan Sin Tierra (John of England) firmando la Carta Magna.

También esta vez Juan se apresuró a aceptar cuanto le pedían. Firmó el documento que le tendía el arzobispo en nombre del feudalismo inglés. Era la *Charta Magna* o Gran Carta, que en realidad sancionaba los privilegios de los nobles y príncipes de la Iglesia, pero que la conciencia popular consideró, con el tiempo, concedida al pueblo entero. El punto capital de esta constitución es el párrafo referente a la libertad personal del ciudadano contra los abusos del poder: "Ningún hombre libre podrá ser detenido, preso, declarado fuera de la ley, desterrado o castigado de cualquier manera que sea, sin haber sido juzgado antes por sus iguales, según las leyes del reino". En realidad en este documento, las palabras "hombre libre" significan "hombre noble". Pero con el tiempo, esta expresión dio lugar a la de "ciudadano inglés".

La carta disponía, además, que el soberano no estaba autorizado a percibir otros impuestos que los considerados legales, sin la aprobación de un Gran Consejo integrado por súbditos del rey y dignatarios eclesiásticos. Esta Asamblea, que se llamaría Parlamento, debía ser convocado por decreto real. Al participar la burguesía de este movimiento por la libertad, la Carta Magna confirmó los antiguos derechos y privilegios de las ciudades. Gracias a tal unión sin fisuras, las clases emancipadas de la nación inglesa lograron que el monarca se doblegase ante la majestad de la ley. Ello

representaba un gran contrapeso al principio feudal de la fidelidad incondicional de los vasallos.

Pero ¿mantendría su palabra un rey sin conciencia como lo era Juan? Para mayor garantía, se insertó en la Carta Magna un párrafo relativo al derecho de rebelión armada contra el rey, si fuera necesario. Se otorgó facultad a los veinticinco principales nobles del reino para llamar al pueblo a las armas si llegara el caso. Y pudo comprobarse pronto que tal desconfianza no dejaba de tener fundamento. Con la ayuda de mercenarios trató Juan de liberarse de las obligaciones que había suscrito, una vez desligado por su soberano Inocencio III del juramento prestado. Una vez más se desencadenaban las furias de la guerra civil en Inglaterra. Pero, por fortuna para el país, Juan murió en 1216, al comenzar esta guerra contra su pueblo. Su tensión nerviosa había sido excesiva: una breve enfermedad acabó con su propia vida.

## **Eduardo I: irlandeses, galeses, escoceses**

Aunque durante el medio siglo siguiente a la muerte de Juan Sin Tierra la guerra estuviese a la orden del día, la *Carta Magna* continuó siendo la salvaguardia de aquella sociedad. En situaciones críticas, se sometía de nuevo la Carta al monarca para que lo confirmara y, a medida que la política evolucionaba, se iba completando a fin de que respondiera a las circunstancias del momento. El Parlamento también fue adquiriendo cada vez más importancia. Además, con el tiempo viose que para resolver cuestiones esenciales se necesitaba convocar, no sólo a los nobles (lores) y a los eclesiásticos, sino también a gente representativa de las demás clases sociales. Así, en 1265, fueron llamados al Parlamento representantes de las principales comunas urbanas: los burgueses, *commons* o comunes. Fue el primer paso para transformar el Parlamento en una auténtica representación nacional,

Esta transformación se verificó a partir de 1272, con el advenimiento de Eduardo I, nieto de Juan Sin Tierra. El principio según el cual el Parlamento es considerado como poder legislativo constituye desde entonces la piedra angular del sistema gubernamental de Inglaterra.

Eduardo I fue uno de mejores monarcas de Inglaterra. Poco antes de su ascensión al trono participó, como convenía a un caballero, en la cruzada a Tierra Santa. Su apasionado espíritu caballeresco iba a la par con su talento político e inquebrantable sentido de deber. Fue el primer rey Plantagenet en considerarse inglés nato. Por sus prudentes leyes y sus desvelos para que se cumpliera la justicia en su reino, fue para la Inglaterra anglonormanda lo que Alfredo el Grande había sido para el reino anglosajón.

Eduardo I se propuso como objetivo reunir a los británicos en un solo reino. Juzgaba que esta tarea era más importante para un monarca inglés que reconquistar las posesiones francesas recién arrebatadas a la corona. Desde la época de Enrique II, Irlanda era considerada, al menos en teoría, como territorio británico. En realidad, y durante la Edad Media, sólo Dublín y algunos pocos territorios de la costa oriental fueron dominios ingleses. Igual que en Escocia y en el país de Gales, la población autóctona no estaba sometida a los monarcas anglosajones. En los tres países, la población celta vivía en perpetuo conflicto. Eduardo conquistó el país de Gales y acabó con su independencia; pero aún hoy Gales es considerado como parte del Reino Unido, consideración recogida en el título del príncipe heredero que, desde la época de Eduardo I, recibe la denominación de “Príncipe de Gales”.

En cambio, las tentativas que hizo Eduardo para incorporar a Escocia no tuvieron éxito. A la larga, pareció imposible sujetar a sus nobles al yugo. Sin cesar, surgían guerrillas en el país, transformadas al fin en declarada rebelión nacional. Apenas dominaba Eduardo un levantamiento, se organizaba en seguida otro. A su muerte, Eduardo contaba con 68 años: para un político, en tiempos tan turbulentos como los medievales, era una edad muy avanzada.

Durante el reino de Eduardo II, incapaz y torpe hijo de Eduardo I, la suerte de Escocia quedó sellada para siempre en la batalla de Bannockburn. El noble y valiente héroe nacional Roberto Bruce, quien se hizo proclamar rey de Escocia, infligió una decisiva derrota a Eduardo (1314) y salvó la independencia de su país.

La batalla de Bannockburn fue una verdadera revelación de arte militar: por vez primera en la isla, la caballería era derrotada por la infantería. La guerra continuó hasta 1328, en que los ingleses hubieron de reconocer la independencia del reino escocés.

Un año antes, había terminado el miserable reinado de Eduardo II. Meses después de ser depuesto por el Parlamento, fue asesinado por el amante de la reina.



# LAS ÚLTIMAS CRUZADAS EN ORIENTE

## CUARTA Y QUINTA CRUZADA

### El emperador Enrique VI

El hijo y sucesor de Federico Barbarroja, Enrique VI, heredó el talento político y la energía de su padre, pero no su buen carácter. Era calculador, frío e impasible.

Por su matrimonio con Constanza, heredera del trono de Nápoles y Sicilia, las posibilidades de realizar los vastos proyectos de los Hohenstaufen para conquistar el mundo eran más factibles para Enrique VI que para su padre. Cuando en 1194 quedó vacante el trono de Palermo, no tardó en tomar posesión del reino normando-siciliano.

Acto seguido, cometió una acción horrenda que mancharía para siempre su memoria: terminada la ceremonia, mandó detener a muchos de los asistentes, hombres, mujeres y niños —presuntos partícipes de una conjura contra él— y a algunos les sacó los ojos antes de enviarlos a Alemania como prisioneros.



Enrique VI. Hohenstaufen recibiendo a los delegados de Palermo. Códice. Siglo XII.

Aquella era la mejor manera de desencadenar la tempestad que Enrique trataba de conjurar. Percatóse pronto de que su autoridad en Sicilia se asentaba sobre un abismo. Surgían incesantes sublevaciones contra el tirano llegado del norte. Incluso se proyectó asesinarle durante una partida de caza. Enrique no se limitaba a castigar a los rebeldes que caían en sus manos; a la menor sospecha, envió a muchos a pudrirse al fondo de las mazmorras. Se apoderó también del tesoro reunido por los normandos. Ciento cincuenta mulas cargadas de oro y piedras preciosas atravesaron los Alpes camino de Alemania.

Con respecto al Papa adoptó la política de su padre: cultivar amistosas relaciones con él mientras éste respetara la voluntad del emperador. Pero el resultado de estas relaciones amistosas fue, en realidad, un estado de guerra latente y prolongado.

Su carrera fue breve, pues murió en 1197, a los 32 años. Después de diez años de matrimonio con su esposa Constanza de Sicilia había traído al mundo un hijo que, a la muerte de su padre, solo contaba con tres años.

### **Inocencio III, el Papa-emperador**

A su muerte de Enrique VI comenzó a desmembrarse el imperio. Las ciudades lombardas sacudieron la dominación alemana. La emperatriz Constanza, quien asumió la regencia del reino de Nápoles y Sicilia, despidió a los consejeros alemanes afectos a su marido. La orgullosa e indomable reina madre, que quizá alentó las sublevaciones que caracterizaron el reinado anterior, juzgaba con mentalidad siciliana a los alemanes. Tanto el emperador germánico como su séquito se habían hecho impopulares en Sicilia. Después de romper con el régimen alemán, Constanza buscó apoyo en el papa Inocencio III, quien reinaba desde 1198 en los Estados Pontificios. La reina lo reconoció como soberano; al morir, un año más tarde, designó al Santo Padre como regente del reino y tutor de su hijo Federico.



El Papa Inocencio III y el joven Federico.

Hasta el año 1208, momento en que Federico alcanzó la mayoría de edad, el Papa Inocencio III fue, de hecho, el virtual soberano de Sicilia, como lo era de toda Italia, porque todo el norte de ese país le permanecía también fiel. Con todo, tuvo muchas veces que luchar contra los adictos de Enrique VI.

En esta época de desintegración, el Papa era el paladín de la idea del imperio universal. Mientras la hegemonía imperial de los Hohenstaufen parecía quebrantada, el Papa tuvo el campo libre. Inocencio había asimilado las ideas de Gregorio VII. Comparaba el poder pontificio al Sol y el poder temporal a la Luna: "Así como la Luna recibe su luz del Sol, el poder temporal recibe su esplendor del poder pontificio". Con Inocencio III, el poder terrenal del papado alcanzó su apogeo. El "nuevo Salomón" se convirtió en árbitro de Europa; su mano se dejó sentir desde Islandia hasta el Éufrates. Procuraba que en todos los países las Iglesias nacionales fueran instrumentos dóciles de la política pontificia, liberando así a la Iglesia de su dependencia respecto al poder temporal.

En un concilio celebrado en 1215, en su palacio de Letrán, proclamó que el clero era intercesor entre la comunidad cristiana y Dios. El IV concilio de Letrán debe ser considerado como una de las asambleas eclesiológicas más importantes convocadas por un papa. Asistieron los patriarcas de Constantinopla y Jerusalén, unos 500 obispos y arzobispos y más de 800 abades mitrados.

Pero aunque tuviese una idea tan elevada de la misión del clero, el Papa no permitía que éste abusara de privilegios viviendo en pecado. Tratándose de castigar la inmoralidad, no perdonaba a nadie, ya fuese obispo o arzobispo. El talento político de Inocencio III no ha sido igualado por ningún pontífice y quizá haya sido el político más capaz de todos los soberanos, de cualquier género. Era un maestro consumado en el arte de enemistar a un rey contra otro y obtener para sí todo el provecho de la disputa. Sacaba partido de la menor debilidad del adversario. Esperaba con calma y paciencia el momento favorable para atacar cuando su adversario menos lo esperaba. Su caro juicio no se enturbiaba por el odio o la ambición personal. Cedía gustoso en las cosas sin importancia cuando veía la posibilidad de atraer al adversario a concesiones de más peso. Y no ambicionaba más de lo que era humanamente posible.

Con una energía que no se arredraba ante nada, Inocencio reforzó el poder pontificio en la propia Roma. Expulsados los alemanes de los Estados Pontificios, hizo de éstos una especie de reino independiente. Otros reyes, como los de Inglaterra y Sicilia, lo reconocieron como soberano. En la lucha por el trono de Alemania supo intervenir con tanta destreza diplomática, que hizo triunfar a su candidato Otón IV. Pero, cuando éste, no obstante ser emperador por gracia papal, prosiguió la política italiana de los Hohenstaufen, intervino de nuevo. En 1212 consiguió que proclamaran rey de Alemania a su pupilo Federico II, a quien había mandado vigilar por su guardia, pues no se fiaba mucho del joven a quien sirviera de mentor. En efecto, el príncipe se había inmiscuido en negocios que, según el Papa, no le importaban; a saber, los asuntos eclesiológicos de su reino. "¡Evitad —le amonestaba el Santo Padre— la arrogancia y la actitud de los tiranos!"





*El papa Inocencio III*

## **La cuarta cruzada y el imperio latino de Bizancio**

Europa se entusiasmó una vez más ante la idea de una nueva cruzada. Fueron sus promotores el Papa y su equipo de predicadores populares. Esta vez se hizo menos hincapié en los sentimientos religiosos de los oyentes que en su codicia. Los bajos instintos del pueblo, puestos al servicio de una misión religiosa, eran también compartidos por sus jefes. En realidad, la cuarta cruzada sólo fue una lucha político-comercial planeada por Venecia, la opulenta república de mercaderes que se asentaba en las lagunas septentrionales de la desembocadura del Po.

A mediados del siglo IX, Venecia había sacudido el dominio del imperio romano de Oriente, confiando sus asuntos políticos a un *dux* —*dogo*, *duce* o duque— elegido y asistido por el Consejo de los Diez. Después de su liberación de los bizantinos, los venecianos habían decidido expulsarlos del Adriático. Con este fin, habían construido una gran flota, convirtiendo a Venecia en la mayor potencia marítima del Mediterráneo hacia el año 1000. "La reina del Adriático", como la llamaban los venecianos, pretendía la hegemonía de este mar con objeto de ser el principal intermediario comercial entre Occidente y Oriente. Después de la primera cruzada, fueron sobre todo naves de Venecia las que aseguraron el traslado de los peregrinos a Tierra Santa, ello les reportó pingües ingresos.

A finales del siglo XII, el emperador bizantino puso trancas a la avidez insaciable del comercio veneciano. Con calculada astucia, el dux logró arrastrar a los cruzados al servicio de sus intereses. En 1202 se concentraron en Venecia y mediante crecida retribución, la ciudad se comprometió a alimentarlos y a trasladarlos a Egipto, donde "atacarían al león en su madriguera".

Antes de la partida apareció en Venecia un hijo de Isaac Angelos, pretendiente al trono bizantino, suplicando a los cruzados le prestaran asistencia contra su tío, usurpador del trono de su padre. Apoyado por el dux, el príncipe persuadió a los cruzados a que se dirigieran contra Constantinopla, además, como no tenían medios para pagar el pasaje hasta Egipto, la persuasión fue más fácil. En cambio, el Papa sufrió una amarga decepción: nunca bendeciría una cruzada que se trocaba en guerra entre cristianos. Amenazó a los recalcitrantes con la excomunión, pero pocos desistieron de la empresa.

La ciudad fortificada a orillas del Bósforo, cuyas defensores lograron hasta entonces rechazar a todos los asaltantes, estaba muy debilitada en ésta época a causa de las luchas partidistas. Tras muchas disputas y complicaciones, Constantinopla fue tomada por los occidentales el 13 de abril de 1204, fecha bochornosa para la civilización. Hasta entonces, las obras maestras del arte griego habían hallado refugio en Bizancio; ahora una furia destructora se cebó en aquellas bellezas insustituibles. Convirtieron en monedas las estatuas de bronce y por puro vandalismo hicieron añicos las esculturas de Lisipo, Fidias y Praxiteles, y las arrojaron al mar. Estos ávidos "cruzados" nada dejaron en paz; lo mismo se abalanzaron sobre los santuarios y sus tesoros, como sobre los palacios y cámaras subterráneas. Para mayor desgracia, se declaró un incendio que redujo a cenizas casi media ciudad.

El imperio romano de Oriente entró en colapso. Los "vencedores" se repartieron el botín. Venecia se quedó con casi la mitad, en primer lugar, con las islas del mar Egeo y el Peloponeso. Un pequeño núcleo de territorios bizantinos constituyó un Estado feudal llamado "imperio latino de Constantinopla", con capital en Bizancio. Sus primeros soberanos fueron Balduino I (1204-1205, quien ostentaba paralelamente como conde de Flandes, el nombre de Balduino IX); su hermano Enrique (1206-1216), su cuñado Pedro de Courtenay (1217) y su hermana Yolanda (1217-1219). Este "imperio" fue disuelto en 1261 por el príncipe de Nicea, ciudad en la que los bizantinos se mantuvieron independientes. Esta victoria les permitió restaurar el imperio romano de Oriente. Sin embargo, ya no fue más que una sombra del pasado. La vanguardia más sólida de la Cristiandad contra el Islam había perdido para siempre su poderío, mientras que en Siria sólo quedaban algunas colonias diseminadas de cristianos.

Tal fue el resultado de la cuarta cruzada o "cruzada latina". Inocencio fulminó una bula condenatoria contra esos cruzados rebeldes. No obstante, la misma bula terminaba diciendo que estos tristes sucesos indicaban que la mano de Dios castigaba a los griegos, separados de la única verdadera Iglesia.

## **Cruzadas infantiles**

Pese a todos los esfuerzos hechos para infundir nueva vida al ideal de Cruzada, el entusiasmo de los pueblos había menguado. Y surgió un curioso fenómeno al que se llamó "Cruzada de los Niños". ¿Acaso no había dicho Jesús: "Dejad que los niños vengan a mí?" De la boca de aquellos adolescentes extasiados salía entonces el grito extasiado de: "¡Dios lo quiere!" Un pastorcillo de Vendôme, en el noreste de Francia, se presentó como un nuevo Moisés que prometía a los creyentes llevarlos a pie enjuto por mar a Tierra Santa. Recorrió ciudades y pueblos cantando viejas canciones de cruzados y de tal forma logró reunir en torno de él una multitud de adolescentes. Cuando les preguntaban adónde iban respondían: "¡Hacia Dios: vamos a a buscar la verdadera cruz al otro lado del mar!" Ni lamentos de padres ni exhortaciones de sacerdotes pudieron retenerlos; muchos adultos esperaban maravillas de estos adolescentes. Se cuenta

también que el Papa Inocencio exclamó: "¡Estos niños avergüenzan a los adultos, pues mientras nuestro ardor se adormece, ellos parten con alegría a conquistar Tierra Santa!"

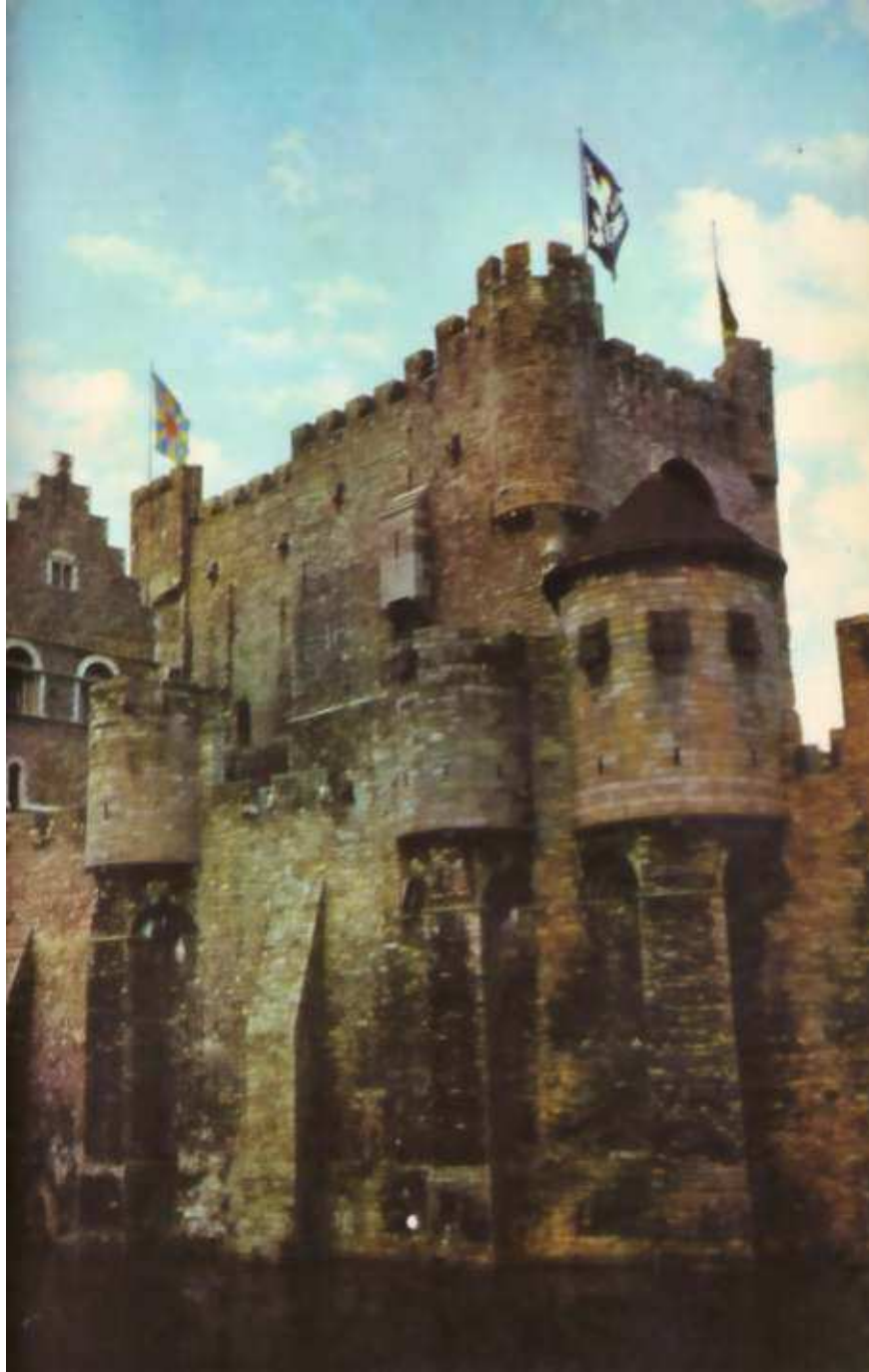
Por donde pasaban esos muchachos, la gente les daba limosnas y los bendecían. Muchos adultos se unieron a ellos: sacerdotes, artesanos y campesinos, mendigos, ladrones e incluso mujeres. Cuando llegaron a Marsella, con el joven pastor al frente, eran ya 30.000. Allí, dos comerciantes se ofrecieron a trasladarlos a Tierra Santa. Armaron siete navíos, que zarparon en el acto, pero dos de ellos fueron a parar al litoral de Cerdeña y los otros cinco llegaron a Egipto, donde los "filántropos" comerciantes vendieron a los niños como esclavos. Diecisiete años después, durante la cruzada organizada por Federico II, cayeron prisioneros ambos mercaderes de esclavos y el emperador los hizo ahorcar.



*Cruzada de los niños. Gustavo Doré.*

También en Alemania se formó una cruzada infantil. Un adolescente de Colonia consiguió reunir unos 20.000 muchachos y muchachas y un grupo de adultos aventureros, prometiéndoles llevarlos sanos y salvos a Tierra Santa, para fundar allí el reino eterno de la paz. Atravesaron los Alpes entonando cánticos, pero cuando llegaron a Brindisi eran muchos menos. El obispo de aquella diócesis tuvo la prudencia de impedir el embarco, librándolos así de la tragedia de sus homólogos franceses. Aunque les aguardaba otra desgracia no menos dolorosa entre el populacho de tierras italianas; otros, a millares, perecieron en el viaje de retorno, agotados de hambre y fatiga.

La gente aún seguía creyendo que estos niños simbolizaban la mano de Dios, que señalaba el camino a los adultos por tal medio. Otros decían, en cambio, que era una añagaza del demonio. La leyenda del encantador de ratas de Hamelín tiene, según parece, su origen en estos dramáticos sucesos. Inocencio III exhortaba a los cristianos a seguir el ejemplo de estos niños. Pero la muerte lo sorprendió en plena predicación, en el año 1216.



*Castillo de los Condes, en Gante, edificado en 1188 por Felipe de Alsacia a su regreso de la Cruzada, según el modelo de los castillos que había visto en Siria.*

## **FEDERICO II EL SABIO, EMPERADOR**

### **El primer rey "moderno"**

El nieto de Federico Barbarroja es una de las figuras más interesantes de la Historia universal. Por sus cualidades extraordinarias, su carácter excéntrico —distinto a los hombres de su época y adelantado a todos ellos desde más de un punto de vista— ha maravillado al mundo entero. La Historia le apellidó *Stupor mundi*, asombro del mundo.

El suizo Jacobo Burckhardt, célebre historiador de las civilizaciones, dijo de Federico II que fue el primer hombre moderno que se sentó en un trono. Otros han compartido tal juicio ya proverbial. La cita acaso ha sido deformada o tomada en exceso al pie de la letra. Quizá fuera mejor decir, con el historiador inglés Eduardo Freeman, que Federico no perteneció a una época determinada. En la galería de la Historia, su personalidad sólo se parece a sí misma.

Por otra parte, sólo puede formularse exacto juicio tras un profundo estudio de la época que precedió a la suya. Entre sus antecesores, Roger II manifiesta ya algunos de los rasgos que caracterizaron a los Hohenstaufen. Estudiando a fondo la célebre obra legislativa de Federico II, se observa que no es tan revolucionaria como parece y que se asienta, de hecho, en la obra de sus predecesores normandos.

Al morir su padre, Federico quedó en Sicilia, junto a su madre Constanza, y allí terminaba su educación al morir ésta. Factor decisivo de su personalidad fue la influencia de la civilización normando-árabe. En Alemania era casi un extranjero. Constanza hubiera deseado que su hijo abandonara a su suerte los países al norte de los Alpes y se limitara a gobernar su risueño reino de la Italia meridional. El papa concibió igual esperanza. Durante el reinado de Enrique VI, observó Inocencio II cuán peligroso era para los Estados Pontificios hallarse entre las posesiones meridionales y las septentrionales de un gran monarca. Y el fallecimiento de Enrique VI parecía haber alejado tal peligro.

Aquel huérfano de padre y madre, no tuvo una infancia feliz. Hubo de soportar de continuo la tensión provocada por la lucha entre el papa y los adictos de su padre. Aprendió pronto todos los idiomas hablados en la capital de su reino siciliano, francés, italiano, latín, griego y árabe. Así pudo entenderse con cualquiera, atraerse amigos en todas partes y conocerlo todo. Aquel muchacho ávido de saber y dotado de excepcional talento asimiló lo esencial de las tres civilizaciones universales: la clásica, la cristiana y la oriental. En él se mezclaban sangre normanda y de los Hohenstaufen; por naturaleza desdeñaba la opinión ajena para seguir su propia voluntad y con sólo la expresión de su rostro y su ademán mantenía a la gente a distancia. Desde su niñez se comportó como soberano incluso en sus menores detalles. La dura escuela de la vida le enseñó pronto a ser calculador, frío, refractario a cualquier ilusión. Con aguda visión penetraba la falsedad y estrechez de espíritu de cuantos le rodeaban; aprendió a despreciar a los hombres y a fiarse sólo de sí mismo. Las astucias diplomáticas pronto dejaron de tener secretos para él. A veces se mostraba despiadado y cruel como su padre, pero heredó también buena dosis de la franqueza y honradez de su abuelo. Tenía un temperamento extremista, tanto en odio como en amor.

## **Carácter de Federico II**

A la edad de catorce años, Federico alcanzó su mayoría de edad política, dotado ya de los conocimientos y decisión de un hombre maduro. Se dedicaba al estudio noche y día y ello no perjudicó su desarrollo físico. Sobresalía en todos los ejercicios corporales: equitación, caza, tiro al arco y esgrima; después de todo, sus caballos, perros y halcones quizá fueron sus mejores amigos. A los cincuenta y cuatro años de edad era capaz de permanecer todo el día a caballo sin dar señales de fatiga.

Su carácter era fascinador y capaz de atraerse a gentes de cualquier clase social. Convirtió su magnífica corte en núcleo de arte y cultura; todos los cronistas de su tiempo alaban a porfía sus ojos luminosos y la vivacidad de su rostro. Durante toda su vida conservó esta alegría y excelente humor. Parecía como si los años no mellaran su

eterna juventud. Pero, junto a tal encanto, vibraba algo de terrible. Su inalterable buen humor se convertía, llegado el momento, en tanta dureza y crueldad que resultaba desconcertante y no había modo de juzgarle. Uno de sus amigos decía de él que tenía ojos de serpiente; seductores y espantosos a la vez.

No pasó mucho tiempo sin que el nuevo autócrata tendiese su garra de león. Defendió su autoridad real contra todos y, llegada la ocasión, no titubeó en castigar con rigor. Durante su viaje inicial al extremo nordeste de Sicilia, actuó con la máxima severidad contra quienes en años anteriores turbaron la paz de la isla, y los redujo a la más estricta obediencia. Luchó, entre peligros, contra Otón IV que había sometido una tras otra las posesiones de Federico al norte de la península y amenazaba incluso con expulsarle de Sicilia. Durante algún tiempo la situación de Federico fue tan precaria que en el puerto de Palermo había un navío dispuesto siempre a la vela para que el rey pudiera huir al África.

En el momento oportuno intervino el papa. En principio, se oponía a la unión de Alemania y Sicilia, fuese bajo la autoridad de Otón o la de Federico II. Excomulgó a Otón y movilizó su diplomacia minando su autoridad en Alemania. Logró su objetivo. Cuando Otón se disponía a atravesar el estrecho de Mesina y apoderarse de Sicilia, vióse obligado a renunciar a sus proyectos y regresar a toda prisa a Alemania, donde las intrigas conjuntas del papa y de Felipe Augusto lograron fomentar un levantamiento. La asamblea de príncipes electores enemigos de la casa de los güelfos destituyó a Otón (1212). Confiando en la mágica atracción que ejercía siempre el ilustre nombre de los Hohenstaufen, los príncipes eligieron rey de Alemania a Federico.

## **Emperador y civilizador**

El joven monarca no vaciló en aceptar la misión que se le confiaba. La aventura y el poder ejercían sobre él un atractivo irresistible. El «jovenzuelo de Apulia», como le llamaba Otón IV con desdén, hizo su entrada solemne en el país de sus padres, acogido en todas partes con indescriptible entusiasmo. Los alemanes, extasiados, le llamaban «nuestro hijo» y le comparaban al pastorcillo David que venció al gigante Goliat. Los trovadores le entonaban alabanzas y celebraban su carácter amable y su espíritu caballeresco. El joven soberano se atrajo también a muchos con su munificencia. Distribuía a manos llenas entre sus partidarios sus tierras o bienes patrimoniales. Cuando menos, prometía hacer obsequios tan pronto pudiera, «con la ayuda de Dios, recuperar sus bienes». El «jovenzuelo de Apulia» sabía muy bien lo que hacía: impresionar a todos, en contraste con la avaricia de Otón IV. En efecto, el gigantesco güelfo, cuya fuerza sólo se basaba en su puño de hierro y su voz tonante, era el polo opuesto de su refinado y genial adversario.

En pocas semanas, sin desenvainar la espada, Federico se adueñó de toda Alemania. Tuvo la inestimable ayuda del papa y de Felipe Augusto, mientras que Otón, cuya madre era hermana de Juan Sin Tierra, sólo contaba con el apoyo de Inglaterra. Esta lucha por la corona de Alemania tuvo su epílogo en la célebre batalla de Bouvines. El emperador Otón no se rehizo ya de esta derrota y desde entonces su papel fue insignificante. Murió en 1218.

Durante varios años, Federico apechó con las preocupaciones anejas al rey de Alemania. Fiel a la tradición de Carlomagno y de los Hohenstaufen, cumplió con sus deberes presentándose en persona allí donde su presencia parecía necesaria. Así aprendió a conocer el país de sus padres, pero no echó raíces en él. Federico era en cuerpo y alma un hombre del Sur. Adoraba la alegre naturaleza y la espléndida





Ordenando la vida económica de su reino, Federico esperaba formar de aquel caos un estado poderoso, en el cual cada uno sirviera al interés común. Para alcanzar esta meta, puso todas las actividades bajo una rigurosa inspección. Federico se ingeniaba de mil modos para proporcionar al Estado nuevas fuentes de recursos, mediante contribuciones directas o indirectas, concesiones, impuestos, monopolios... A las quejas de los súbditos argüía que obraba para el bien común. Quería también elevar el nivel cultural de su pueblo. Se rodeó de un círculo de sabios y poetas: las polémicas mantenidas con ellos constituían uno de sus mayores placeres. No dejaba escapar ocasión de entablar nuevas relaciones con los eruditos de su tiempo. La corte de Palermo se convirtió en una especie de academia de ciencias; los escritos allí publicados ejercieron gran influencia en el saber de la época. El monarca mantenía continua correspondencia con científicos cristianos, musulmanes y judíos.

Su pasión por la cetrería le movió a estudiar la zoología a fondo y los resultados de muchas observaciones sobre la vida de las aves, tanto suyas como de sus colaboradores, fueron consignadas, a lo largo de los años, en una excelente obra titulada *Sobre el arte de cazar con ayuda de pájaros*. Este libro contribuyó mucho al progreso de las ciencias naturales y contiene bastante más de lo que su título anuncia. La primera parte constituye un tratado de las aves, exponiendo su aspecto exterior, anatomía, costumbres y distribución geográfica. Sigue una exposición sobre la migración de las aves, su mecanismo de vuelo y otros asuntos importantes. Se extiende luego el autor sobre las aves empleadas en cetrería y las distintas especies de halcones que posee, de diversos países, tanto de la India como de Islandia, y aprovecha para ostentar sus conocimientos sobre geografía animal y vegetal. Señala en particular que las aves de las regiones árticas son más fuertes, atrevidas, rápidas y bellas que las del Sur. Le interesa toda novedad, pero se muestra escéptico hacia cuanto no esté contrastado por la experiencia. Cuando habla del ave Fénix descrita por Plinio, añade: «Pero esto es increíble». En más de una ocasión corrige a Aristóteles porque suele sistematizar informes que sólo recibió de oídas. Opina que hay que desconfiar de un naturalista que sacó toda su ciencia de los libros e ignora cuanto se refiere a cetrería. Esta gran obra fue ilustrada con centenares de dibujos delicados y polícromos, muchos de ellos pintados quizá por el propio emperador —se sabe, en efecto, que era un artista—. Las ilustraciones corresponden a la realidad y muestran que el autor siguió con minuciosa observación el vuelo de las aves en sus diferentes fases de movimiento.

Con la misma precisión científica observa la vida de los demás animales. Poseía un parque zoológico privado, con elefantes, camellos, leopardos y otros animales exóticos, que llevaba a veces en sus viajes. La especie más curiosa de su parque era una jirafa que le regaló el sultán. Fue la primera que se vio en la Europa medieval. Federico examinaba la naturaleza con mirada escrutadora y crítica. Observaba el crecimiento del polluelo recién salido del huevo. Este príncipe extraordinario y ávido de saber mandó estudiar el fondo de los mares y el interior de la tierra. Confrontó siempre las leyes de la naturaleza en el conjunto del universo.

En Nápoles, Federico el Sabio fundó la primera y auténtica universidad, mantenida con rentas del Estado; las demás no eran sino instituciones locales para estudios superiores o escuelas eclesiásticas. El objetivo principal de esta nueva universidad era formar jóvenes al servicio del Estado. En Salerno existía otra célebre escuela de Medicina, cuyas doctrinas se hallaban influidas por la ciencia griega y árabe: desde mediados del siglo IX estaba considerada como la principal de Europa y con Federico II floreció de nuevo; en ella reinaba una amplitud y objetividad ilimitadas, allí podían enseñar unidos librepensadores, monjes y rabinos. Entre los estudiantes había hombres y mujeres, muchas de ellas, formadas en esta universidad, adquirieron fama



como profesoras, médicos y autoras de obras de Medicina. Salerno contaba también con una célebre escuela de obstetricia.

Federico prohibió el ejercicio de la medicina a quienes no habían aprobado los cursos de la universidad de Salerno. Los estudios de medicina constaban de tres años de humanidades y cinco cursos consagrados a la cirugía. Después, los médicos recién graduados debían ejercitarse largo tiempo junto a un médico reconocido, antes de poder ejercer por su cuenta.

## **Federico en Tierra Santa: sexta cruzada**

La cruzada promovida por Inocencio III defraudó las esperanzas pontificias. Ansiando un resultado mejor, concibió un nuevo proyecto de expedición a Tierra Santa, en sus últimos años. A diferencia de las anteriores cruzadas, ésta debía dirigirla el papa en persona. Los medios financieros para tan vasta empresa los proporcionarían los sacerdotes y conventos de toda la cristiandad, sacrificando la vigésima parte de sus recursos. Inocencio dio ejemplo entregando una gran suma al contado y prometiendo además ceder la décima parte de sus rentas. Los cardenales prometieron hacer otro tanto.

Inocencio no vería consumados tales proyectos. Fueron realizados por su sucesor, Honorio III. Los ejércitos reclutados por los predicadores de la cruzada sólo contaban con una parte mínima de auténticos guerreros. Ancianos, enfermos, clérigos y mujeres se encaminaron, bajo la dirección pontificia, a conquistar Tierra Santa. A ellos se juntaron bandoleros, incendiarios y la hez de la sociedad. Los medios financieros tampoco respondieron a las esperanzas, pues la mayoría de quienes prometieron ayuda se hicieron luego los sordos. Para mayor desgracia, el cardenal a quien el papa confió la expedición se mostró completamente incapaz.

Los cruzados llegaron a Egipto, es cierto, pero el peligro acreció al quedar cortadas las comunicaciones con Europa; después, sería un juego capturarlos o matarlos. Honorio se dirigió angustiado a Federico II y le recordó sus promesas con motivo de su coronación como rey de Alemania. Aunque Federico fuera hombre de ideas avanzadas respecto a su época, debía considerar, aun a pesar suyo, el espíritu de su siglo, que confería a la dignidad imperial todo su valor religioso sólo en Oriente, junto al sepulcro de Cristo. En su fuero interno, los cristianos de Occidente esperaban que el emperador entrase en Jerusalén, para fundar allí el imperio milenarista de la paz. ¿Podría Federico pisar al fin la Tierra Prometida, que su célebre abuelo, el «segundo Moisés», tuvo que contentarse con mirar desde lejos?

Federico prometió a Honorio partir durante aquel mismo año de 1219. Pero la gran empresa se retrasaba y año tras año se aplazaba la fecha. Ya hacía tiempo que había fracasado la cruzada del papa: sus participantes pudieron considerarse muy felices con que el sultán aceptara su capitulación y les permitiera regresar. Al fin, el amabilísimo Honorio acabó perdiendo la paciencia con Federico. Exhortó al emperador a «no abusar ya más de su mucha longanimidad». Sin embargo, hubo de esperar hasta 1227. Federico embarcó en Brindisi. Mientras, se había casado con Isabel, hija del sedicente rey de Jerusalén. La esposa le aportó en dote la corona real de Tierra Santa y, el día de sus esponsales, Federico unió a sus títulos de emperador romano y rey de Sicilia, el de «rey de Jerusalén».

En Brindisi, las tropas imperiales fueron diezgadas por la peste; el propio emperador cayó enfermo. Por consejo de los médicos, interrumpió el embarco y se detuvo en Otranto. Al saber el nuevo papa Gregorio IX la noticia, le excomulgó,

negándose a atender las explicaciones de Federico. Parece como si Gregorio se propusiera acumular obstáculos contra el emperador para que a éste le fuera imposible emprender la expedición al año siguiente. En tal caso, el reino de Sicilia, como feudo pontificio, debía revertir por derecho propio a la Santa Sede. Pero, en la primavera de 1228, Federico consiguió poner en marcha la cruzada.

Cuando el Padre Santo supo que el Hohenstaufen había partido hacia la lejana Siria, de donde no podía regresar en el acto, promovió disturbios contra la autoridad imperial en Alemania e Italia. En Lombardía se incubaba la rebelión hacía ya varios años. Desde la muerte de Enrique VI, se habían arrebatado en este país a su legítimo propietario extensos dominios y otras fuentes de recursos. Por miedo a ser afectados por el «reajuste» imperial llevado a cabo en Sicilia, las ciudades lombardas habían renovado en 1226 su famosa Liga, dirigidas por Milán. La Liga Lombarda tuvo en el papa su mejor aliado. Cremona, como siempre, tomó partido por el emperador y, en torno a ella, otras ciudades.

En Alemania, Gregorio intentó suscitar un rival al rey en la persona de un descendiente de los güelfos, pero quedó decepcionado, pues el presunto pretendiente no secundó sus planes. Desde Siria, se anunciaron victorias del emperador que asimismo neutralizaron los manejos pontificios. Desesperado, invadió el papa el reino siciliano de Federico con tropas pontificias y aliados lombardos; circuló la noticia de que el rey había muerto en Tierra Santa y el papa logró apoderarse de gran parte del país sin derramar sangre.

Entretanto, Federico había desembarcado en San Juan de Acre entre aclamaciones. Los musulmanes temblaban a la llegada del emperador, a quien creían acompañado de numerosos ejércitos. En realidad, Federico sólo disponía de 1,000 caballeros y 10,000 infantes, e incluso estas tropas no eran muy seguras. Apenas desembarcado, los monjes enviados por el papa excitaron a los cruzados contra el rey excomulgado, apoyados por el patriarca de Jerusalén y los Templarios.

En tales condiciones, el emperador consideró hartó difícil combatir a los infieles. Necesitaba lograr algún éxito en el terreno diplomático; además, la situación política imperante a la sazón en Oriente favorecía mucho las negociaciones. El sultán egipcio, uno de los hijos de Saladino, estaba en guerra con su sobrino, sultán de Damasco, y ofreció alianza a Federico. Aprovechando su encanto personal y sus conocimientos del idioma y costumbres árabes, el emperador pudo entablar conversaciones con el sultán egipcio en una atmósfera muy cordial. El resultado fue que el sultán de Egipto cedió al emperador la ciudad de Jerusalén, a excepción de dos mezquitas, así como otras plazas y castillos que protegían la ruta a Tierra Santa, entre ellas Belén, Nazareth y Sidón.

En la iglesia del Santo Sepulcro, Federico se coronó rey de Jerusalén, y de este modo consiguió liberar la Ciudad Santa. Un emperador excomulgado había logrado lo que no pudo realizar ningún monarca cristiano desde que Saladino tomó Jerusalén. Federico había triunfado, pero no gracias a la Iglesia, sino a pesar de ella.

Las relaciones entre el sultán y el gran emperador cristiano fueron cada vez más amistosas. En prueba de afecto, el sultán regaló a Federico un gran planetario. El emperador se mostraba orgulloso de enseñar a sus visitantes este obsequio de su «buen amigo», que hacía girar el sol, la luna y los planetas, según las supuestas leyes de la armonía universal. Con su admiración hacia la civilización árabe, Federico se atrajo la simpatía de todos los musulmanes. Velaba de continuo para que no surgieran obstáculos al libre ejercicio de su culto en la mezquita de Jerusalén.

En ninguna época, un monarca occidental fue tan popular en Oriente como este «gran sultán de los cristianos».

Entretanto, en Occidente, el papa y sus partidarios calificaban al emperador «apóstata» como el anticristo en persona. Propalaron las más absurdas calumnias acerca de las costumbres orientales que, según ellos, había adoptado el emperador. Hasta que, por último, Federico fue advertido por sus amigos musulmanes, que le comunicaron noticias un tanto alarmantes sobre la situación de Sicilia.



Federico II.

## El papa y el emperador se reconcilian

En verano de 1229, Federico desembarcó de pronto en Brindisi. De todas partes acudieron partidarios para unírsele. No necesitó marchar contra las tropas pontificias y sus aliados, los rebeldes lombardos. Bastó el temor que les inspiraba el emperador y el convencimiento de que habían sido engañados por el soberano pontífice. Los adversarios del emperador, como polvo llevado por el viento, buscaron su salvación huyendo a los Estados Pontificios. Para escarmiento, Federico se limitó a algunos castigos ejemplares.

En aquel momento, si Federico se hubiera dejado arrastrar por la ambición, tenía la posibilidad de apoderarse fácilmente de los Estados del papa e imponer por las armas su voluntad a Gregorio. Pero el emperador creyó que el papa quedaría más desprestigiado si se rebajaba a tratar con quien había excomulgado que obligándole a firmar un tratado de paz. Con su habitual diplomacia, Federico indujo al pontífice a aceptar un armisticio, y así abrió camino a las negociaciones. El papa no ignoraba el valiosísimo objeto de cambio que se ventilaba: en efecto, a Federico le interesaba levantar la excomunión fulminada contra él. Se había abstenido de amenazar, ya que ello habría reforzado la posición de Gregorio. Dio así muestras de una mansedumbre

sobrehumana. Al fin, Federico apeló al arbitraje de los señores alemanes. Gregorio no tenía más remedio que aceptar un arreglo pacífico.

Las concesiones impuestas a Federico no fueron pequeñas: hubo de restituir todas las posesiones eclesiásticas en Sicilia y eximir a los clérigos de comparecer ante la justicia laica y de todos los impuestos debidos a la Corona, pero lo que más interesaba entonces a Federico era que su más poderoso enemigo le dejara en paz; después podría dedicar sus energías a reforzar su poder en el interior de su reino y someter las ciudades lombardas.

Firmada la paz con el papa, Federico se dedicó a recopilar todas las leyes sicilianas y a fundirlas en una especie de Código. En 1231, echaba la última mano a sus Constituciones para el reino de Sicilia, codificación basada en gran parte en las antiguas leyes normandas y en particular en decretos reales e imperiales de época más reciente; se completaba el Código con muchas disposiciones legales nuevas. Con tal labor, Federico transformó su estado feudal de tipo medieval en una pujante organización política, administrada en todos sus grados por un cuerpo de funcionarios del Estado. La obra legislativa de Federico ejerció profundo influjo en la legislación de otros países europeos. En algunos sirvió de modelo para reorganizar su estructura política.

Las leyes de Federico II reconocían los derechos de los pobres y menesterosos ante la sociedad, y precisaban los deberes del Estado hacia ellos. Nunca fueron redactadas con tanta claridad las disposiciones legales referentes a la protección de viudas y huérfanos. Jamás legislación alguna prohibió con tanto rigor a los ricos desplomar toda la carga de la vida social sobre los hombros de los pobres. En el reino de Federico, incluso los siervos tenían derecho a defenderse ante un tribunal, en lugar de ser entregados al capricho de los terratenientes. El rey llegó tan lejos que abolió la servidumbre en sus propios territorios. En sus dominios llevó a cabo empresas agrícolas sin igual. Cuantos lo deseaban podían acudir a instruirse. En varios lugares transformó auténticos desiertos en espléndidos jardines.

Federico actuó sin piedad contra quienes, en la vida cotidiana, trataban de engañar a su prójimo. En caso de reincidencia, el culpable era castigado, en ciertos casos, con la confiscación de bienes; en otras, con la pérdida de una mano.

Reorganizado su reino de Sicilia, Federico se dirigió hacia Alemania y las ciudades lombardas. En Alemania la situación era bastante alarmante. Su hijo Enrique, entonces de unos veinte años e hijo de su matrimonio anterior, había hecho causa común con las ciudades lombardas rebeldes, en 1237. Federico dirigió en persona a los territorios amenazados. Para mayor seguridad, llevaba consigo tesoros de oro, plata, púrpura y joyas, que podían costear, si llegaba el caso, la expedición imperial. Los cronistas del tiempo cuentan con extrañeza no disimulada que su séquito era impresionante y que constaba de una multitud de «camellos, mulas, dromedarios, leopardos y monos, y muchos sarracenos y etíopes de piel oscura que conocían más de un arte y estaban encargados de vigilar el dinero y los tesoros del emperador». En las ciudades del Danubio, del Neckar y del Rin, Federico desplegó todo el esplendor de los países meridionales.

Al llegar Federico a su reino de Alemania, Enrique viose perdido. El joven rebelde pronto se halló solo y abandonado. No tuvo más remedio que postrarse ante su padre. Padre e hijo, cuya diferencia de edad sólo era de dieciséis años, no se habían visto desde 1220, época en que Federico abandonó Alemania para coronarse emperador en Roma. Federico no quiso ver a su hijo y le mandó encarcelar. Al intentar evadirse, Federico le privó del derecho de sucesión y siguió encarcelado hasta 1242, en que se suicidó.

La paz fue restablecida fácilmente. No sucedió lo mismo con las ciudades lombardas.

## LOS HOHENSTAUFEN SE EXTINGUEN

### Otra vez la Liga Lombarda. Muerte de Federico

En 1236 inicióse en Lombardía la lucha entre las fuerzas adversarias, que no enfrentaba sólo al emperador contra sus rebeldes súbditos, sino también a las propias ciudades italianas entre sí; pueblos contra pueblos y familias contra familias. Los partidarios del emperador se llamaban gibelinos, al parecer del nombre del castillo ancestral de los Hohenstaufen (Waiblingen) en Suabia; al partido contrario se le llamó gielfo, del nombre de la casa rival, Welf en. La lucha de partidos en Italia continuó mucho tiempo después de la dinastía Hohenstaufen y la mayoría de ciudades italianas se enzarzaron en esta lucha.

En 1237, Federico infligió por sorpresa una derrota aplastante al ejército de la Liga Lombarda. Ésta se disolvió. Gracias a la moderación del vencedor, acordóse una paz razonable. Con todo, era evidente que Federico no tenía la sutileza de su abuelo. Referente a Milán, la ciudad aborrecida, el emperador exigió una sumisión ciega. Los burgueses de Milán no habían olvidado los sufrimientos de la población en tiempos del abuelo de Federico. «La experiencia nos ha enseñado a temer el furor del emperador», podían responder. Confiando en sus fuertes murallas, se atrevieron a desafiar al soberano; cinco ciudades más, entre ellas Bolonia, siguieron su ejemplo. Federico desencadenó una nueva contienda que terminaría con la caída del poder imperial germánico y la dinastía de los Hohenstaufen.

El papa y el emperador iniciaron la lucha de manifiestos e injurias, y en esta curiosa logomaquia, sin duda el papa quedó vencedor. El Apocalipsis le inspiraba todos los apelativos propios para inspirar espanto y los arrojaba a la cabeza del «escorpión que echa pus, la gran bestia salvaje que se llama el emperador Federico» y otras lindezas. Con altivez, el emperador aludía a ese «espíritu maléfico que se llama papa». Ni siquiera el peligro que entonces amenazaba a la cristiandad por parte de los mongoles movió a Gregorio a negociar una paz con su enemigo. En 1241 murió este «perturbador de la paz del mundo», como le apodaba el emperador Federico. El solio pontificio quedó vacante durante casi dos años. Luego, Federico tuvo un adversario aún más enconado, Inocencio IV, un genovés distinguido y culto. Inocencio se había mostrado hasta entonces conciliador con respecto al monarca y Federico confiaba en que se establecerían relaciones cordiales entre ellos. Con una carta escrita de propia mano y un embajador enviado al efecto, dedicó sus congratulaciones al nuevo pontífice elegido. Se imaginaba ya que el nuevo papa se apresuraría a levantar la excomunión fulminada contra él.

Aunque, como hombre, Inocencio fuera distinto a Gregorio, considerábase obligado a seguir la tradición de sus predecesores. En el transcurso de las conversaciones encaminadas al levantamiento de la excomunión, Federico se percató en el acto de las intenciones del soberano pontífice. Éste exigía como primera medida que el emperador evacuara los Estados Pontificios. Federico juzgó que abandonar una prenda tan valiosa sería el mayor desacierto que podía cometer.

Creció la desconfianza entre ambos. Inocencio, que no era por cierto un héroe, huyó disfrazado y se dirigió a Lyon. Propagó el rumor de que el emperador había

intentado asesinarle y convocó un concilio. Con el rostro en lágrimas, expuso sus quejas a la asamblea clerical y logró causar profunda impresión en los prelados. Como vicario de Cristo en la tierra, confirmó la excomunión que pesaba sobre Federico y sus descendientes, y les declaró privados de los tronos del imperio y de los diversos reinos. Entonces, la asamblea expresó su adhesión apagando los cirios encendidos que empuñaban.

El emperador quedó sorprendido ante aquel nuevo y mortal enemigo. La lucha entre güelfos y gibelinos se hizo cada vez más despiadada y cruel; el propio Federico olvidó el sentido de la palabra misericordia.

El emperador sufrió hondamente al enterarse de la conspiración urdida contra él por un puñado de hombres a quienes había considerado hasta entonces como a sus mejores amigos y que todo se lo debían. La intención de los conjurados era asesinar, no sólo al rey, sino también a su hijo preferido, el joven y caballeresco Enzo, el mejor apoyo de su padre en los combates. Al descubrirse la conjuración —ello ocurría en 1246—, los traidores se refugiaron en un castillo, en el sur de la península. Al no poder resistir a las fuerzas de Federico que los asediaba, no fueron capaces de poner voluntariamente fin a sus días y cayeron en manos del hombre a quien intentaran asesinar. El castigo fue espantoso. Tres años después, Federico escapó otra vez a la muerte por envenenamiento. El culpable era su médico, íntimamente unido a su persona, en quien tenía la mayor confianza y al que poco antes liberó de la prisión.

Aprovechó una ligera indisposición del monarca para administrarle un brebaje envenenado. Federico fue advertido en el último instante. Cuando el médico se acercó con la copa para que bebiera su soberano, exclamó severo: «¡Bebe primero a mi salud!». Sorprendido, el traidor hizo ademán de tropezar, arrojando así la mayor parte del brebaje. El resto se lo dieron a un condenado a muerte, que apenas bebió cayó desplomado. Esta vez Federico perdió su sangre fría: «¡Desgraciado de mí! —decía, retorciéndose las manos desesperado—. ¿De quién me fiaré en adelante? ¿Dónde podré estar ya seguro y ser feliz?» Los amigos que le rodeaban lloraban con el infortunado monarca. Pero desde entonces no se fío de nadie.

El reino de Alemania se hallaba gobernado a la sazón, en nombre del emperador, por Conrado, hijo de Federico e Isabel de Jerusalén. Inocencio IV le suscitó un rival, lo que ya había intentado en vano Gregorio IX. Conrado marchó con un buen ejército contra el pretendiente al trono, el landgrave Enrique de Turingia; pero, sobornados por el oro pontificio, los inmediatos colaboradores de Conrado y la mayor parte de sus tropas se pasaron al campo del pretendiente. Conrado fue vencido; pero a los pocos meses moría el pretendiente.

Las ciudades lombardas ocasionaron a Federico mayores dificultades aún. Tan desdichado año (1249) le asestaría un tercer golpe: su hijo Enzo, infatigable en servir a su padre, cayó prisionero de las tropas de Bolonia con gran parte de su ejército. El joven héroe sufriría en la prisión los veintitrés años que le quedaban de vida. Los súbditos de su padre le habían apodado «el joven halcón» porque parecía realmente volar con su esbelto cuerpo y sus trenzas rizadas. Aquel halcón de Federico estaba condenado a morir en la jaula. Enzo cautivo, expresaba su sed de libertad y ansias de vida en alegres romanzas, pero a medida que transcurrían los años, sus canciones eran más melancólicas. El rubio hijo del rey no debía sentirse solo por completo, pues le visitaban bellas mujeres que le ofrecían su amor; según se cuenta, tuvo de ellas dos hijas durante su cautiverio. Tras veinte años de cárcel —Enzo se acercaba ya a los cincuenta—, el príncipe trató de evadirse. Se dice que consiguió sobornar a un transportista de vino de estatura gigantesca, que accedió a sacarle metido en un gran tonel vacío. Todo iba a

maravilla y los amigos esperaban al fugitivo con sus caballos ensillados cuando, en la calle, una mujer transeúnte observó una gran trenza rubia al borde del tonel. «En Bolonia nadie tiene tales cabellos, tienen que ser del príncipe Enzo.» Sus gritos alarmaron a los guardianes de la cárcel. El transportista fue decapitado y el prisionero encerrado con mayor rigor. Murió dos años después.

Parece como si Federico acrecentara su recia personalidad ante los golpes adversos. A uno de sus amigos escribía que sentía rejuvenecer su espíritu de año en año. Pensaba casarse por cuarta vez —sus tres esposas habían muerto en plena juventud—. Los azares de la guerra tomaron otro cariz y varias ciudades lombardas se pasaron al partido del monarca. Federico iba a emprender una nueva campaña en Lombardía (1250) cuando una enfermedad inesperada le arrebató la vida a los cincuenta y seis años de edad. Con él se apagaba una luz en el firmamento de la Historia: no era una estrella fija la que se extinguía, sino «un meteoro que estallaba».

Federico fue a dormir su último sueño en un enorme sarcófago de pórfito rojo, en la catedral de Palermo, junto a Roger II, Enrique VI y su madre Constanza.

## **Conrado IV y el eterno problema siciliano**

«Que el cielo estalle en alegría y la tierra se regocije», escribía Inocencio IV desde su destierro de Lyon al pueblo de Sicilia, al saber la muerte de Federico II. El papa exilado podía al fin volver a Italia.

Al morir su padre, el hijo mayor y sucesor de Federico II, que tomó el nombre de Conrado IV, se encontraba en Alemania. La tarea de defender el reino de Nápoles y Sicilia recaía sobre su hermanastro Manfredo, entonces de dieciocho años de edad, que Federico tuvo de una dama italiana famosa por su belleza. Aunque joven, Manfredo actuó con inteligencia y energía. Apenas se enteró de un intento de sublevación, se lanzó como un águila sobre los sospechosos, pero después mostróse demente. Esta conducta suave era acertada, desde el punto de vista político. La paz restablecióse rápidamente en el país. En pocos meses, Manfredo logró ahogar las esperanzas alentadas por el papa de provocar un levantamiento general contra los familiares de su enemigo en Italia meridional.

A primeros de año de 1252, Conrado se dirigió en persona a su reino de Sicilia para tomar el gobierno de manos de su leal hermanastro. Inocencio IV demostró ser un enemigo irreductible, rechazando tenaz y porfiado toda tentativa de reconciliación. Sublevó a las ciudades lombardas contra el rey de Alemania e incluso les prometió enviarles tropas. Al propio tiempo trató de suscitar en Sicilia un rival a su enemigo, y halló este pretendiente en el príncipe inglés Ricardo de Cornualles, nieto de Enrique II. Y mientras se preparaba para luchar contra todos estos enemigos, murió Conrado inesperadamente, apenas cumplidos veintiséis años; tampoco pudo él resistir el clima siciliano.

## **Manfredo, el ilustre bastardo**

Igual que en 1197, una muerte prematura cambiaba de repente el curso de los acontecimientos. Como en la muerte de Enrique VI, el heredero de la corona de Alemania era un niño: Conradino, hijo de Conrado, contaba sólo dos años de edad. Una vez más, el porvenir parecía sombrío e incierto.

Inocencio intentó apoderarse del reino de Sicilia, pero Manfredo supo detenerle a tiempo. Antes que la lucha terminase, murió Inocencio. Años después, Manfredo se proclamó rey de Nápoles y Sicilia. Manfredo se consideraba italiano y no quería depender de la voluntad del joven rey, su sobrino. Como monarca, siguió las huellas de su padre; su corte fue de nuevo un centro de civilización; respecto a legislatura, administración y vida económica del país, prosiguió la obra reformadora concebida por Federico II.

Urbano IV, segundo sucesor de Inocencio, era también enemigo irreconciliable de los Hohenstaufen. Fue patriarca de Jerusalén, francés de nacimiento y, como su célebre predecesor Gregorio VII, de origen humilde. En calidad de legado pontificio, Urbano había sostenido con gran energía y habilidad diplomática a Inocencio IV en su contienda contra los Hohenstaufen y, una vez papa, prosiguió la lucha con igual celo apasionado. Logró encontrar un digno rival de los Hohenstaufen, por haber desistido de serlo el príncipe inglés Ricardo; Urbano escogió al conde Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia. El Padre Santo no podía encontrar mejor pretendiente. Carlos no sólo era un guerrero valiente y hábil capitán, sino también obediente hijo de la Iglesia, como su hermano, entregado a piadoso ascetismo.

A finales de 1265, en la basílica de San Pedro, fue coronado rey de Nápoles y Sicilia y al iniciarse el nuevo año (1266) pasó la frontera del reino que esperaba conquistar, con su ejército. Manfredo contaba hacía tiempo con esta posibilidad, pero subestimó a su audaz adversario. Cuando se decidió a marchar contra Carlos de Anjou, era ya demasiado tarde. La batalla decisiva entablóse cerca de Benevento, en el antiguo Samnio. En lo peor de la batalla, Manfredo fue abandonado por varios vasallos felones que se pasaron al enemigo. Así se decidió su suerte y la de Italia meridional. Desesperado, el joven rey se arrojó para morir en las filas de sus enemigos. Su mujer e hijos cayeron en manos de los vencedores. La reina murió cinco años más tarde, en cautiverio. Sus tres hijos crecieron literalmente entre cadenas: sólo al cabo de treinta años se las quitaron, aunque sin recobrar la libertad. Pasados otros diez años de cautiverio, murieron uno tras otro, de inanición y miseria, después que habían perdido la razón hacía tiempo.

## **Conradino y Carlos de Anjou**

Muerto Manfredo, nadie hubo en el reino capaz de enfrentarse con el invasor. Carlos entró triunfante en Nápoles. Sicilia cayó también, sin ofrecer resistencia. El nuevo rey trató a sus súbditos con la mayor brutalidad. Gobernaba con ayuda de un grupo de inmigrantes franceses que no tenían otras miras que sacarle a la población el mayor dinero posible. La sumisión de Carlos de Anjou al Padre Santo acabó pronto. Carlos, hijo del autoritario Felipe Augusto, sólo tenía una obstinada idea: apoderarse de toda Italia, como la poseían los Hohenstaufen antes que él.

Carlos y el papa (Clemente IV, entonces) intercambiaron cartas ásperas. El Padre Santo le reprochaba de crueldad hacia sus súbditos. «Quien se muestra tan inaccesible y desdeñoso hacia sus vasallos, se ve obligado a mantener espada en las manos y coraza en el pecho. ¿Puede llamarse vida a una situación en que sin cesar se desconfía de los súbditos y éstos desconfían de su gobierno?» Pero Carlos de Anjou tenía sus propias ideas a tal respecto. No sentía el menor afecto hacia Sicilia y sus habitantes, considerando su nuevo reino como una fuente de ingresos y base de operaciones para nuevas conquistas. Acariciaba la ambición de apoderarse de Constantinopla y ceñirse la corona imperial de Oriente. Pero, mientras se preparaba para una campaña en la



península balcánica, se agolparon nubes tormentosas sobre su cabeza. Venían del norte, de Alemania precisamente.

Conradino era ya un hombre, pleno de nobleza y espíritu caballeresco, «el más bello adolescente que hubiera podido imaginarse». Se hallaba profundamente imbuido de la pesada responsabilidad que caía sobre sus jóvenes hombros, para continuar la secular tradición dinástica de los Hohenstaufen. El tono altivo de sus cartas lo evidencian. En 1267, a la edad de quince años, se puso al frente de algunos miles de leales para arrancar su botín al usurpador. Al publicar su manifiesto de guerra contra Carlos de Anjou, comprobóse que la adhesión de Alemania a los Hohenstaufen no había muerto. En Italia, los gibelinos esperaban con impaciencia la llegada del joven héroe.

En el sur de Italia, los habitantes árabes mostraron su lealtad al descendiente de Federico levantándose en abierta rebelión contra el usurpador francés, y la mayoría de la población siciliana estaba dispuesta a negar la obediencia a Carlos de Anjou. Conradino entró en triunfo en la propia ciudad del papa y fue consagrado emperador romano por la multitud de la Ciudad Eterna.

Antes de un mes sobrevino la catástrofe. Apenas pisó tierra napolitana, se esfumaban sus sueños de grandeza con una derrota aplastante. Con todo, no estaba perdido si lograba pasar a Sicilia, donde podría continuar su lucha con ayuda de la población. Embarcado ya con algunos fieles compañeros, sentíase feliz de haber escapado al enemigo, cuando otro navío se hizo a la mar y le persiguió. Los fugitivos fueron alcanzados y Conradino hecho prisionero y entregado a su implacable rival.

En vez de tratarle como a prisionero de máxima categoría, Carlos le condenó por crimen de alta traición. En 1268, y en la plaza mayor de Nápoles, caía bajo la espada del verdugo la cabeza del último de los Hohenstaufen. La sentencia del rey angevino fue un flagrante atentado contra el derecho de gentes. Entre los asistentes a la ejecución, hombres endurecidos por la guerra lloraban prosternados. La trágica suerte del joven Conradino inspiró a muchos poetas y dramaturgos. Una romántica tradición sostiene que, desde el cadalso, arrojó un anillo o un guante, que recogió el médico han de Prócida, como símbolo de herencia y venganza. Pasó luego Prócida al reino catalano-aragonés, instigando a la reina Constanza, esposa de Pedro III, a que se mostrara digna hija de quien pereció heroicamente en los campos de Benevento.

La muerte de Conradino acabó no sólo con la dinastía de los Hohenstaufen, sino también con el imperio de Occidente. El Sacro Imperio Romano Germánico no se extendería ya al otro lado de los Alpes.

## **Las Vísperas Sicilianas**

El castigo de Carlos de Anjou por el crimen perpetrado contra el joven Conradino no se hizo esperar mucho tiempo. Los sicilianos nunca simpatizaron con la dominación de los franceses y su odio hacia ellos se incrementó con la despiadada política fiscal de Carlos. Había gastado mucho dinero luchando contra Conradino y necesitaba compensarse con nuevos impuestos. Precisaba también grandes sumas para mantener tropas y funcionarios franceses, imprescindibles para dominar a la inquieta población siciliana. Sus últimas experiencias le indicaron que no podía fiarse de ella. Los nuevos amos de Sicilia, según palabras de Clemente IV, se «abalanzaron sobre el país como una nube de langostas». Muchos franceses eran salteadores de caminos y no vacilaban en asesinar a quienes tenían el valor de defender sus bienes. Bastantes sicilianos se expatriaron, afligidos, hasta el punto de que algunas comarcas quedaron desiertas.

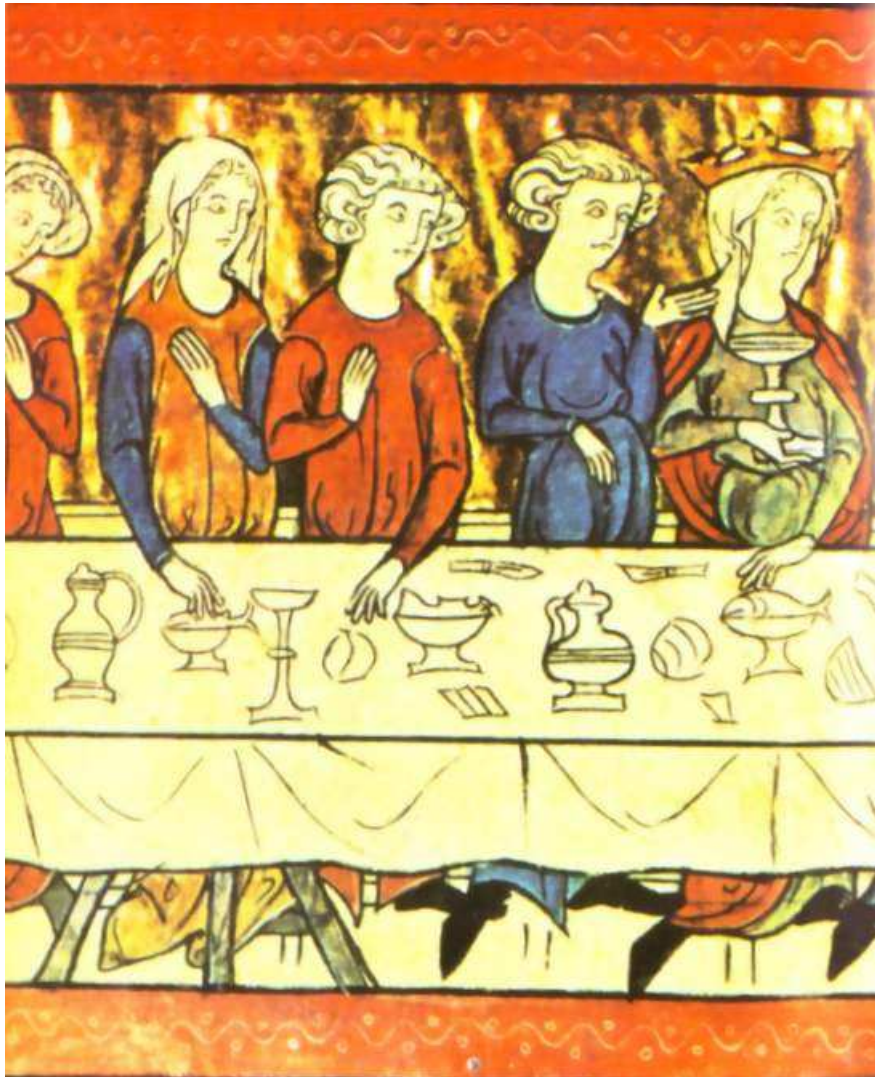
Colmóse la medida cuando varios mercenarios franceses ofendieron gravemente, el lunes de Pascua de 1282, a algunas mujeres de Palermo que iban a rezar vísperas. So pretexto de sospechar que las mujeres ocultaban armas bajo sus vestidos, la soldadesca las sometió a un registro desvergonzado. La cólera de los sicilianos, contenida tanto tiempo, estalló al fin. Llegaron a las manos y mataron a los franceses. El suceso fue señal de un levantamiento general que la Historia ha calificado con el nombre de Vísperas Sicilianas. «¡Muerte al Maligno!», era el grito de guerra de los sicilianos. «¡Antes morir en combate —decía un manifiesto de los palermitanos— que pudrirse en vergonzosa esclavitud!» La mayoría de los franceses que se hallaban en la isla fueron muertos sin piedad y arrojados a los perros. No se perdonó ni a las mujeres ni a los niños. Sólo algunos sectarios de Carlos de Anjou simpáticos y afectuosos con el pueblo escaparon a la matanza y pudieron volver a su país.

La noticia de lo ocurrido llegó a Carlos en el momento justo que realizaba los últimos preparativos de su expedición contra Bizancio, su constante sueño dorado. Encolerizado, ordenó a sus tropas que desembarcaran en Sicilia en vez de dirigirse a Constantinopla. Pero los revoltosos pidieron ayuda al yerno de Manfredo, el prudente y poderoso rey Pedro III de Aragón, que hacía tiempo preparaba una expedición a Sicilia. Los insulares le habían ofrecido la corona y sólo esperaba la ocasión favorable. Los sicilianos veían en Pedro un digno rival de Carlos de Anjou, con la ventaja sobre el francés de su carácter amable y enorme popularidad. Ante la cristiandad, Pedro podía hacer valer los derechos de su mujer Constanza a la sucesión de Sicilia. Por otra parte, su intervención estaba más que justificada, ya que los sicilianos preferían entregarse a los sarracenos de Túnez que soportar por más tiempo el yugo de los franceses.

En verano de 1282, desembarcó Pedro en Trapani y en Palermo, y fue recibido como libertador. La flota aliada de los aragoneses y sicilianos infligió algunas derrotas a la flota de Carlos de Anjou. Una patrulla naval del almirante Queralt venció en Nicotera a la escuadra angevina, numéricamente triple. El hijo del príncipe francés fue hecho prisionero en un combate por mar contra el célebre almirante Roger de Lauria. La población de Nápoles, enardecida, se sublevó contra Carlos de Anjou. Al grito de «¡Muera Carlos! ¡Viva Pedro de Aragón!», los napolitanos acuchillaban a todos los franceses que encontraban a su paso. Idénticas escenas se repitieron en otras comarcas del reino napolitano. En 1285, Carlos de Anjou moría a la edad de sesenta y cinco años, con su pueblo en plena sublevación.

Pedro III murió aquel mismo año. La lucha prosiguió entre su sucesor Federico y Carlos II, hijo de Carlos de Anjou, generosamente puesto en libertad por los catalanoaragoneses. Aunque Carlos recibió apoyo del papa y del rey de Francia, al fin viose obligado a ceder Sicilia a su rival por el tratado de Caltabellota (1302).

El hijo político de Manfredo había vencido y logrado salvar una parte de la herencia de los Hohenstauf en para los descendientes de Federico Barbarroja y Federico II. La casa de Anjou hubo de limitarse al reino de Nápoles.



*Un banquete del siglo XII. Miniatura sacada del poema "El conde de Méliacin", de Girardin de Amiéns, ilustrado hacia el 1260.*

## **Los catalanoaragoneses entran en escena**

Después de las conquistas de Baleares y Valencia por parte de Jaime I el Conquistador, ilustre monarca de Aragón y Cataluña, la fase oriental de la Reconquista hispánica había terminado su labor. Quedaba Castilla encargada de acabar con la dominación musulmana en la península, que no lograría hasta finales del siglo XV. El hijo y sucesor de Jaime, Pedro III el Grande, se halló con las manos libres para la expansión por el Mediterráneo, interviniendo en los asuntos de Sicilia, como hemos visto. Así, el principado catalanoaragonés entraba de lleno en la escena política internacional.

Pedro III, excomulgado por el pontífice, hubo de hacer frente a una invasión francesa en sus propios territorios. Seis cuerpos de ejército, dirigidos por Felipe III el Atrevido, rey de Francia, pasaron los Pirineos y llegaron hasta Blanes, pero la energía del monarca aragonés, el levantamiento general de huestes armadas, las victorias navales de Roger de Lauria en el litoral catalán y languedociano y la desmoralización en el seno del ejército invasor, obligaron a éste a retirarse. A su paso por el collado

pirenaico de Panissars, les infligió Pedro III la última derrota. El propio monarca francés murió al llegar a Perpiñán (1285).

El reinado de su hijo Alfonso III representó un retroceso para los intereses catalanoaragoneses en el Mediterráneo, por su compromiso de abandonar Sicilia. Su hermano y sucesor, Jaime II, manifestó, en cambio, su decisión de conservar la isla, dejando en ella a su hermano Fadrique (Federico), en calidad de lugarteniente, en 1291. Pocos años después era éste proclamado rey, con el nombre de Federico y se reanudaba la guerra, incluso entre los propios hermanos. Terminó al fin por la citada paz de Caltabellota.

La paz consiguiente dejó ociosas las huestes de guerreros catalanoaragoneses conocidos por almogávares, y el monarca de Sicilia decidió emplearlos a fondo en una campaña útil y memorable. Dirigidos por Roger de Flor, antiguo caballero templario, se encaminaron al imperio bizantino (1303) para ayudar allí al soberano Andrónico Paleólogo, asediado peligrosamente por los turcos que amenazaban Constantinopla.

Las fuerzas expedicionarias, con su flota de 36 naves que embarcaban 4000 almogávares, 1,000 peones y 1,500 caballos, fueron recibidos en triunfo como un alivio salvador. Apenas desembarcados en Artacio, derrotaron a los turcos y prosiguieron una admirable campaña de sucesivas victorias —Nicea, Filadelfia, Magnesia y Tirra—, llegando hasta la cordillera del Tauro. Pero la recelosa envidia bizantina tramó una intriga en la que fueron asesinados a traición Roger de Flor y los principales jefes almogávares. Los supervivientes cometieron atroces represalias ("venganza catalana"); en sus correrías por la Grecia continental, fundaron en 1313 los ducados de Atenas y Neopatria, feudos primeramente de Sicilia y más tarde de la Confederación catalano-aragonesa, que podría conservarlos hasta la caída de Constantinopla en poder de los turcos a mediados del siglo XV.

## **TEMPESTAD EN ORIENTE**

### **Gengis Kan y la invasión mongol**

Lo que no consiguieron los cruzados de Occidente —quebrantar el poder del Islam en Asia,— fue logrado por una gran invasión surgida, en el siglo XIII, de las estepas del Asia central, acaso la más devastadora de la Historia. Los mongoles se pusieron en marcha hacia el oeste. En 1200, aproximadamente, el jefe mongol Gengis Kan había sometido a sus hermanos de raza, nómadas y bandidos de las estepas de la región entre el desierto de Gobi, al sur, y el Baikal, al norte.

Con anterioridad, las tribus mongolas, como los árabes antes de Mahoma, se hacían de continuo la guerra. Después, una mano férrea les impuso organización y severa disciplina. El gigantesco Gengis Kan, con su insólito vigor corporal y sus astutos y penetrantes ojos felinos, fascinaba a sus semejantes. Pronto se hizo temer por la extraordinaria y despiadada energía con que reprimió una rebelión de sus hombres. El jefe militar que faltaba a su deber era condenado a muerte o azotado; a los propios príncipes no les perdonaba el látigo.

Una vez Gengis Kan inspiró suficiente terror a sus tropas de bandidos y los sujetó a ciega obediencia, dispuso de excelentes soldados, endurecidos y capaces de alimentarse y contentarse con cualquier cosa. Los mongoles eran jinetes por naturaleza; parecía que integraban un solo ser con sus caballos pequeños y rápidos; durante sus campañas, eran capaces de dormir montados en su silla.



*Cortejo de la corte de los mongoles (miniatura persa del siglo XIII). Los mongoles adoptaron el boato de las civilizaciones que destruyeron, pero... conservaron sus caballos.*

Nada detenía a las hordas de Gengis Kan, ni desiertos, ni altas cadenas de montañas, ni el hambre, ni la peste. Este pueblo parecía disponer de reservas inagotables de hombres. Los mongoles acometían como un huracán; sólo verles y oír sus agudos gritos de guerra sobrecogía de espanto. Las poblaciones atacadas sólo pensaban en salvar sus vidas, abandonando aterrorizadas sus bienes y hogares al pillaje y al incendio. A los pocos que escapaban a la matanza y a la devastación se les permitía volver a trabajar sus tierras, a cambio de suministrar a sus señores, los mongoles, víveres y artículos básicos, y pagar, además, onerosos tributos. Los mongoles seguían siendo nómadas. El trabajo perseverante del agricultor no encajaba con su libre naturaleza.

Los mongoles atacaron en primer lugar el imperio chino septentrional, conquistándolo tras una guerra tan sangrienta que duró nueve años y parece que costó unos dieciocho millones de vidas. Luego, el jefe mongol dirigió sus salvajes hordas hacia el oeste. Un historiador persa de finales del siglo XIII refiere esta frase de Gengis Kan: «El hombre goza atacando a sus enemigos, estrangulándolos, montando en sus soberbios caballos de raza y durmiendo en el regazo de sus mujeres e hijas». Según Gengis Kan, conceder clemencia a los pueblos sometidos no sirve más que para incitar traiciones y venganzas.

La humanidad hubo de soportar así una nueva riada de hunos, más espantosa aún que la anterior. Ciudades populosas y florecientes como Samarcanda y Bucara, que todavía conservaban monumentos del helenismo, fueron arrasadas por completo. Las ruinas de Turquestán y Persia muestran hoy aún el antiguo esplendor de tan ricos países cuando vivía allí una nobleza caballeresca, ricos comerciantes y artesanos acomodados.

## Los gengiskánidas

Al morir Gengis Kan, en 1227, a la edad de setenta y dos años, el imperio de los mongoles abarcaba desde la desembocadura del Hoang-ho hasta el mar Negro. Este hombre que impuso su voluntad al mayor imperio conocido, inició su vida activa a los trece años, huérfano de padre y entablado con otros rivales una lucha a muerte para defender sus derechos sucesorios al frente de una insignificante tribu de nómadas del Asia interior.

Se ha dicho que Gengis Kan tuvo unas quinientas esposas y concubinas. Los cuatro hijos de sus principales esposas recibieron cada uno en herencia su parte de imperio. Durante algún tiempo vivieron en concordia, prosiguiendo sus conquistas a levante y poniente. Batu, hijo de Gengis Kan y futuro Kan de la Horda de Oro del Volga, invadió Rusia al frente de un formidable ejército; destruyó Kiev y sometió los reinos fundados por los normandos y sus descendientes en estas regiones. Durante dos siglos y medio, los mongoles o tártaros fueron dueños y señores de Rusia y tan largo período de dominación imprimió su huella en el carácter nacional del pueblo ruso. La raza eslava experimentó una transformación profunda, tanto desde el punto de vista físico como psíquico. Aún hoy, muchos rusos presentan rasgos externos de su mezcla con sangre tártara: nariz chata de los mongoles, pómulos salientes y barba rala.

Conquistada Rusia, Batu marchó con el grueso de su ejército a invadir Hungría, y conquistó todo el país, que devastó por entero. Parte de sus tropas penetraron en Polonia y Silesia. En aquella época, el emperador Federico II hallábase absorbido en su lucha contra las ciudades lombardas y el papa Gregorio IX. Encargó al duque de Silesia que protegiera Europa con un ejército de caballeros polacos y alemanes, y tras una heroica resistencia, las tropas del duque fueron aniquiladas y él mismo pereció en la batalla (Liegnitz, 1241). Europa estaba amenazada por un terrible peligro: de súbito, Batu dio media vuelta y regresó a su país, donde la sucesión al trono requería su presencia. La civilización occidental se había salvado.

En cambio, la cultura oriental fue herida mortalmente cuando Hulagu, otro hijo de Gengis Kan y kan del Irán, tomó Bagdad y la entregó al pillaje (1258). Torrentes de sangre tiñeron las aguas del Tigris y «el río se volvió rojo, como el Nilo, cuando Moisés cambió milagrosamente las aguas en sangre». Como remate, los mongoles prendieron fuego a la orgullosa ciudad de los califas. Todos los tesoros creados durante siglos por el arte asiático fueron botín de mongoles o perecieron en las llamas. Los 100,000 volúmenes de la biblioteca desaparecieron para siempre. La dinastía de los abásidas quedó extinguida.

Con los increíbles éxitos obtenidos se comprende que los mongoles se consideraran invencibles conquistadores. Ello se deduce de la relación del viaje de Willem van Rubroek, que visitó al Gran Kan en Karakorum, al norte de la India, en su intento de difundir la religión cristiana. El kan recibió al monje flamenco y a sus compañeros con relativa cortesía, aunque evidenciando cuán minúsculos personajes eran ante tan poderoso monarca como él, y los dignatarios mongoles inquirieron a los cristianos «en un tono que parecía indicar que se disponían a ir en el acto a someter

aquel país del que les hablaban». Van Rubroek replicó con cierta altivez que había en su patria tantas cosas admirables que les deslumbrarían, si algún día tenían ocasión de llegar allí. Cuatro años antes, san Luis había enviado un embajador a Karakorum a propósito de una propuesta de alianza contra los sarracenos que el kan hizo al rey francés poco antes de la primera cruzada emprendida por éste. Pero al llegar allí la embajada, el kan había muerto y su viuda recibió los obsequios. En la respuesta de ella al embajador afirmaba que, en efecto, la paz es el bien supremo, aunque añadía que el único medio para disfrutarla era «someterse por entero a la autoridad de los mongoles y entregarles todo el oro y la plata, so pena de ser desollados en caso contrario».

A tal respecto, es curioso observar que uno de los monarcas mongoles llegó a proponer al emperador Federico II que se sometiera. En la misiva que le dirigió aún tuvo la amabilidad de ofrecer al Hohenstaufen un empleo de dignatario en la corte del kan. Federico le respondió con ironía: «Entiendo bastante en aves: quizá podría aceptar en vuestro reino el cargo de halconero».

Las devastaciones de Hulagu asolaron todo el territorio de Mesopotamia. Estos países ya no lograron reponerse de tan grave cataclismo. El mongol sometió también Siria oriental y otras comarcas de Asia Menor. Con todo, estos bárbaros no consiguieron llegar nunca al Mediterráneo. El sultán de Egipto los derrotó en 1260 en tierras de Palestina y salvó así los restos del imperio árabe: Egipto, Siria meridional y Palestina.

## **LAS ÚLTIMAS CRUZADAS**

### **Luis VIII y Luis IX el Santo**

Felipe Augusto tuvo un hijo, Luis, de su primer matrimonio con Isabel de Hainaut, que era de constitución delicada y enfermiza, pálido y delgado, pero resistente. Aunque orientado hacia los estudios, pronto le acostumbró Felipe Augusto a sus campañas. Durante los nueve últimos años de su vida, Felipe Augusto ya no pudo dirigir en persona a sus tropas, pero podía sin temor dejar el mando supremo de ellas a su hijo.

Luis tuvo como compañera de infancia a una joven princesa, Blanca de Castilla, hija de Alfonso VIII y sobrina de Ricardo Corazón de León. Luis se casó con ella a la edad de trece años. La princesa poseía recia personalidad y era piadosa en extremo.

En 1223, a los treinta y seis de edad, Luis VIII subió al trono. Su carácter era en todo distinto al de su padre, hombre apasionado, de espíritu exaltado; pero en política siguió fielmente su ejemplo. Ya en tiempos de su padre, Luis extendió sus dominios al sur de Francia. La guerra iniciada entonces contra albigenses y valdenses ocasionó pérdidas irreparables. La civilización provenzal quedó poco menos que aniquilada y casi dejó de oírse el canto de los trovadores.

Luis VIII murió después de tres años escasos de reinado. De Blanca de Castilla tuvo nueve hijos, cuatro de ellos fallecidos antes de ocupar el trono. Los cinco restantes eran todos menores de edad al morir su padre. El sucesor al trono, Luis IX —el futuro san Luis—, tenía entonces doce años y, por tal motivo, Blanca de Castilla asumió la regencia.



Desde su infancia, Luis IX fue educado en la más estricta disciplina y temor de Dios, y el único fin del joven monarca parecía ser el de servirle y honrarle. En su edad madura, san Luis solía citar frases de su madre, palabras que ejercieron decisivo influjo en su vida. Decía la reina Blanca, por ejemplo: «¡Preferiría verte muerto antes que cometieras un pecado mortal!». Joinville, amigo y biógrafo de Luis, cuenta que un día el rey le preguntó qué prefería, estar leproso o con el alma manchada de pecado. Joinville replicó sin vacilar que prefería cometer treinta pecados mortales a ser leproso. «¡Cómo puedes decir tal cosa! —exclamó el rey—. No es tan repugnante la lepra como el pecado. Un leproso queda libre de sus padecimientos con la muerte, mientras que un alma en pecado mortal cae sin remisión en poder del demonio. ¡Cuánto me gustaría que tuvieras mejores sentimientos!»



El piadoso rey juzgaba la herejía o la apostasía los peores pecados. Aunque carente de fanatismo, enviaba a los herejes a la tortura o a la hoguera con la esperanza de lograr su enmienda antes de morir. Por su parte, aun siendo un rey, Luis vivía con sobriedad, casi como un monje. Sus continuos ayunos le ponían de continuo en peligroso estado de subalimentación. Cada viernes se hacía flagelar con una cadena de hierro y si su confesor aflojaba en su rigor, pedía que le azotara más fuerte.



*Estatua de San Luis.*

Cuando fue monarca, se ocupaba en persona de alimentar a más de cien enfermos y achacosos pobres. «Le vi con frecuencia —dice Joinville— cortarles el pan y darles de beber.» El rey mandó construir varios hospitales y consignó cantidades cuantiosas a obras de caridad. Experimentaba especial alegría al cuidar por sí mismo a los pacientes y curaba sus llagas por repugnantes que fueran. Ni siquiera temía cuidar a los leprosos, a quienes la sociedad arrojaba de su seno. Les dirigía palabras conmovedoras y les exhortaba con suavidad a soportar sus padecimientos por amor a Dios.

La piedad de Luis no se limitaba a las apariencias, según testigos oculares. Era imposible no amar y admirar a un ser tan noble. Nunca le dominó la cólera. Consiguió en esta vida la «paz eterna» por su desprendimiento y humildad, libres de toda ambición y vanidad terrenas. A esta sincera humildad y admirable pureza de corazón unía un amor sincero a la verdad y la justicia. Nunca se apartó de sus deberes de conciencia,

incluso si se veía obligado a actuar contra los sacerdotes o el papa, por quien profesaba un profundo respeto, en cuanto estimase justo y equitativo.

Salvaguardar la paz era para él una de las principales tareas de un monarca en este mundo. Tenía santo horror a la guerra, nacida del odio y engendradora de nuevos odios. Utilizaba sus facultades diplomáticas para evitar todo choque entre pueblos cristianos, reconciliarlos y solucionar los conflictos originados entre ellos. En la contienda entre el papa y el emperador, trató Gregorio de atraerle a su causa, halagándole con la corona imperial, pero Luis era demasiado honrado para escuchar tales proposiciones. En cambio, se ofreció para intervenir en la pacificación de ambos rivales. La excomunión fulminada por el papa contra Federico no influyó nunca en sus relaciones con el emperador. El sincero deseo de paz que animaba a san Luis le granjeó la admiración y el respeto de todo el mundo.

«El reinado de san Luis —dice uno de sus biógrafos— es, en la Historia universal, uno de los más bellos ejemplos de lo que puede lograr la verdadera fe cristiana.»

## San Luis en Egipto y Túnez

Para devolver Jerusalén a los cristianos, era necesario antes quebrantar el poder turco en Egipto. San Luis organizó contra este país, en 1248, y con auténtico entusiasmo de cruzado, su primera expedición, si bien los resultados obtenidos fueron bastante mezquinos. Ciertamente arrebató Damietta a los infieles y rechazó sus golpes uno tras otro, pero cada nuevo ataque reducía mucho sus fuerzas; para colmo, los cristianos fueron diezmados por el hambre y el escorbuto, que hizo terribles estragos.



El rey de Francia San Luis ante Damietta.

Al quedar el rey y sus soldados por completo agotados, se apoderó el enemigo de ellos (1250). El cautivo monarca fue tan bien atendido por el médico particular del sultán que se restableció muy pronto. Luis, que vivía con tanta integridad su fe, causó enorme impresión en los musulmanes; incluso se dice que su ejemplo convirtió a

muchos, que pidieron el bautismo. Como militar, san Luis no cosechó laureles, pero su firmeza de carácter en tiempo de adversidades y sufrimientos, la dignidad con que aceptó la humillación de verse cautivo y sus cuidados hacia sus desgraciados compañeros de armas aumentaron aún más su prestigio personal. El influjo que san Luis ejercía en la política europea no disminuyó después de su cruzada: mejor que antes, le designaban árbitro y promotor de la paz. Su biógrafo Wallon escribe: «El rey Luis logró con su influencia personal mucho más de lo que pudieran conseguir sus conquistas».

La aventura en que se embarcó el rey Luis costó a su pueblo muchas vidas humanas y grandes sacrificios económicos. Los vencedores exigieron crecidos rescates por la libertad del rey y sus compañeros. Ello no impidió que al volver a Francia fuese acogido con gritos de alegría. «Alabado sea Dios —se decían—, que nos ha devuelto vivo a nuestro querido rey.» Le honraban ya como santo.

Veinte años después, Luis emprendió otra cruzada contra Túnez, la antigua Cartago, donde el cristianismo echara profundas raíces, gracias a san Agustín, y muchos mártires ofrecieron su vida por la fe. San Luis esperaba retornar este país al cristianismo y convertir al sultán. Con todo, esta cruzada no estaba exenta de móviles de orden económico. Túnez pagaba tributo a Sicilia desde tiempos de Roger II y había interrumpido sus pagos al ocupar el trono Carlos de Anjou. El sultán de Túnez puso tropas a disposición de Conradino y, tras la derrota del joven Hohenstaufen, sus partidarios se refugiaron en Africa. Por tales motivos, Carlos de Sicilia quería vengarse del sultán, pero se cuidó bien de importunar al piadoso Luis con estas mezquindades, seguro de que no le secundaría; tampoco ayudó al egoísta Carlos al tratar éste de dar el golpe de gracia al Hohenstaufen.

Cuando ambos hermanos iniciaron su lucha contra el Islam, su colaboración fue muy imperfecta. Luis aguardaba la llegada de su hermano y sus tropas. El calor se hizo cada vez más agobiante y el agua corrompida que bebían las tropas ocasionó una epidemia. De ella fueron víctimas el rey y algunos de sus allegados. Durante su agonía, el monarca deliraba con la liberación del Santo Sepulcro; con el rostro iluminado murmuró varias veces: «¡Jerusalén, Jerusalén!».



*Cruzados asaltando una ciudad.*

Al desembarcar Carlos de Anjou y sus tropas en África, junto a Cartago, vieron un lugar de desolación. La primera noticia fue que su hermano yacía en su lecho de muerte, y a galope tendido se dirigió al campamento del rey francés. Al llegar a la tienda de

Luis, el rey acababa de morir y la multitud de soldados muertos o moribundos ofrecía un espectáculo desgarrador. Gracias a las fuerzas de repuesto que llevaba, Carlos se aprovechó de la situación pactando con el sultán tunecino y pudo regresar al sur de Italia con los supervivientes. Las tropas francesas volvieron por tierra a su país, a las órdenes de Felipe III, hijo y sucesor de san Luis. El regreso a la patria fue un auténtico cortejo fúnebre. El rey traía consigo los despojos de cinco familiares: su mujer, su padre, un hermano, una hermana y un cuñado.

## **Ultimo acto del drama de las cruzadas**

Con san Luis desaparecía el último gran cruzado. El peligro que desde tanto tiempo amenazaba a las débiles colonias cristianas de Oriente no podría ya ser conjurado.

Los occidentales contemplaron tristes e impotentes cómo los establecimientos cristianos de Tierra Santa desaparecían uno tras otro. En vano intentó el Papa despertar el antiguo entusiasmo. Pasados dos siglos de vicisitudes y esfuerzos, inútiles al parecer, el ideal de las cruzadas perdió todo atractivo para las almas. Hasta 1918, Tierra Santa quedó en poder del Islam.

Tras la caída de San Juan de Acre, los caballeros hospitalarios se establecieron algún tiempo en Chipre y luego se apoderaron de la isla de Rodas, donde resistieron a los turcos hasta 1522. Hallaron nuevo refugio en la isla de Malta, y por ello se les denominó caballeros de la Orden de Malta; allí construyeron una poderosa flota que les permitió luchar con éxito contra los corsarios berberiscos. Más tarde, en 1798, Napoleón se apoderó de la isla y la Orden fue disuelta. Renació de sus cenizas en 1834, en Roma: la Orden Soberana existe aún y se dedica al cuidado de los enfermos. En cuanto a la Orden de los Templarios, habrá ocasión de aludir a ella.

## **Influencia de las cruzadas en la civilización europea**

Dos siglos de vicisitudes y de esfuerzos en vano. Éste es el balance de las expediciones emprendidas por los cristianos en tierras del Islam, en Asia y África. Siguiendo su evolución, se comprueba que hubo muchos factores que convirtieron a las cruzadas en verdaderas tragedias. En más de una ocasión, poníanse en marcha potentes ejércitos, al parecer invencibles, hacia Oriente, pero en el camino los efectivos quedaban muy reducidos. Muchos cruzados habían perecido en ruta, víctimas del hambre, de la peste u otros padecimientos. La meta final de las cruzadas era demasiado lejana, teniendo en cuenta los medios de comunicación de la época. Ésta fue la primera causa del fracaso.

En la península balcánica y en Asia Menor, el emperador bizantino entorpecía la marcha de los combatientes de la fe con obstáculos sólo vencidos a costa de muchos sacrificios y vidas humanas. Llegado el momento de batirse con los musulmanes, surgían disensiones entre los príncipes cruzados y entre el papa y el emperador.

Otra causa fundamental del trágico desenlace de tan ambiciosas expediciones fue la degeneración moral reinante en los Estados creados en Siria por los cruzados, que incapacitaba a estas poblaciones para defender las conquistas de la cristiandad. Si los cristianos de Oriente hubieran conservado el noble ideal que animó a los primeros cruzados, fuera otro el resultado: las conquistas cristianas en Siria y Asia Menor habrían

constituido una fuerte muralla para el imperio romano de Oriente y éste acaso hubiera resistido más tiempo el empuje de los turcos.

Sin embargo, no deben minimizarse los resultados militares y políticos de las cruzadas. En realidad, frenaron el avance musulmán, como lo detuvieron Carlos Martel y los emperadores bizantinos isáuricos. El asalto de los turcos a Europa se retrasó dos siglos.

Las campañas realizadas en Oriente por los occidentales tuvieron otras consecuencias económicas y sociales entre los pueblos participantes. Lo que representó la campaña asiática de Alejandro Magno para el helenismo, lo fueron las cruzadas para el Occidente medieval. Unas y otras representaron guerras de liberación. Alejandro quiso liberar a los jonios del yugo de los persas; los cruzados trataron de liberar la Ciudad Santa de manos de los infieles. Ambas empresas militares coinciden en mostrar a su época el camino hacia un mundo nuevo lleno de fecundas posibilidades culturales. Imaginémos el asombro de los oyentes occidentales del siglo XII, cuando oían relatar a los caballeros bretones y normandos las cosas curiosísimas vistas en Oriente después de sus años de cautiverio en Damasco, Bagdad o Babilonia. Estos caballeros fueron tratados con miramiento en las cortes de los príncipes orientales; las princesas se enamoraban de tan altivos «francos» y gozaban escuchando sus cortesés donaires; reyes y caudillos deseaban tener nietos de sangre franca. Los árabes, ni una sola vez durante el cautiverio, habían inducido a los caballeros occidentales a cambiar de religión.

Aunque la mayoría de los oyentes moviesen la cabeza con aire incrédulo al oír tales relatos, la generación que vivió la época de Saladino (hacia 1200) persuadióse de que la caballerosidad y otras excelentes cualidades de espíritu no eran exclusivas de los cristianos. En su innato desprecio por los infieles, los cruzados consideraban a los sarracenos, en general, como salvajes de humanidad sólo aparente. Pronto comprobaron asombrados que los musulmanes podían ser más civilizados y humanos que los cristianos. Por su fidelidad a la palabra jurada y pureza de costumbres, estos «paganos» parecían mucho mejores que los cristianos de Siria.

Este nuevo espectáculo que se evidenciaba obligó de buen o mal grado al europeo a revisar sus juicios y ejercitar su espíritu crítico. La civilización árabe ayudó a los occidentales medievales a crearse una personalidad. Los cruzados no liberaron para siempre Jerusalén, pero los más inteligentes de ellos se liberaron de su falta de madurez intelectual. El espíritu helénico retornó a los pueblos de Occidente. En primer lugar, los cruzados reactivaron el intenso tráfico que existiera en otro tiempo en el Mediterráneo y que las invasiones árabes de los siglos VII y VIII casi habían extinguido. Sólo Venecia quedaba en pie; sus animosos y astutos mercaderes se las ingeniaban en tener y conservar amigos entre pueblos de razas y religiones dispares. Los venecianos concertaron tratados comerciales lo mismo con los árabes que con los emperadores de Occidente y de Oriente, adquiriendo así una posición privilegiada entre los comerciantes de la época.

## **Economía y cultura**

Las cruzadas dieron nueva vida al Mediterráneo. Cruzados y peregrinos eran trasladados a millares en navíos rumbo a Asia o Africa; se embarcaban en Génova o en Pisa y los emprendedores comerciantes italianos traían de Oriente especias, frutos tropicales, azúcar, seda, algodón, perlas y piedras preciosas. El tráfico proseguía después de cada cruzada y, a medida que pasaba el tiempo, parecía que las cruzadas estaban cada vez más desprovistas de sentido.

A finales de la Edad Media, el comercio mediterráneo tuvo un nuevo período de esplendor, gracias a la seguridad de comunicaciones que los mongoles impusieron en toda la extensión de sus inmensos territorios. Así se estableció un tráfico cada vez más intenso entre China y el mar Negro. Los mercaderes de Venecia y de Génova fueron los más beneficiados. Desde sus puertos, las mercancías se distribuían a otros puertos europeos. También por vía terrestre, en especial hacia las opulentas ciudades lombardas y, por el Brenner, hacia el norte de Europa.

Como prueba de esta prosperidad económica, bastará mencionar que, desde el siglo XIII, circularon de nuevo monedas de oro —los florines de Florencia, los ducados de Venecia y Génova—, mientras que en los cinco siglos anteriores todo se pagaba en moneda de plata. Desde que la vida comercial de Marsella quedó estancada, el metal amarillo había desaparecido de la circulación; la depresión económica obligó a Carlomagno a interrumpir la acuñación de moneda de oro y volvióse poco a poco a practicar el trueque. El oro emigraba a Oriente para pagar artículos de lujo; sólo retornaba con lentitud por Africa del Norte y España, gracias al comercio de esclavos. En el siglo XIII, la moneda volvió a circular en las transacciones comerciales y el nivel de vida mejoró visiblemente. Al propio tiempo, el elemento popular adquiría mayor importancia y no se dejaba manejar tan dócil por reyes y señores.

Las nuevas fuerzas vitales surgidas del bienestar material actuaron fecundas en la cultura intelectual y estimularon las ciencias y las letras. En este terreno, Francia ostentó la primacía en los siglos XII y XIII, emulando a Sicilia. La nación cuyos caballeros fueron promotores de las Cruzadas se sentía heredera de la civilización de la Roma antigua. En las universidades francesas se formaron los principales «maestros del pensamiento» de aquella época, y París fue la ciudad ideal como metrópoli de intelectuales. Ya en el siglo XII era considerada «la corona de todas las ciudades del mundo» y la «morada de las Musas».

La antigua civilización romana recibió en Francia la aportación fecundadora de la civilización árabe. Esta influencia árabe en las ciencias y en las letras francesas no tiene, sin embargo, su origen en Oriente. Debe recordarse, a tal propósito, la elevadísima cultura islámica en España, de máxima importancia para la Europa cristiana del siglo xn. Toledo fue el foco principal de esta civilización. Cuando, a finales del siglo XI, los cristianos lograron reconquistar esta ciudad a los musulmanes, tomaron posesión de sus ricas bibliotecas. A principios del siglo XII, los vencedores comenzaron a utilizar estos tesoros de ciencia y a divulgarlos por ambas vertientes pirenaicas.

Llegamos al umbral de nuevos tiempos —los «siglos del gótico»—, en que no cesa de acrecentarse el interés en todos los ámbitos del pensamiento con lo que así preludian ya, pronto en Italia, más tarde en Europa, la eclosión renacentista.

**2009**